

Memória



VOLODIA TEITELBOIM

Editorial Sudamericana
BIOGRAFIA

Volodia Teitelboim es un escritor imprescindible de las letras chilenas. Desde aquel hito polémico que marcó en 1935 la publicación de *Antología de poesía nueva* (en colaboración con Eduardo Anguita) no ha cesado su producción intelectual.

Abogado, diputado, senador elegido en 1965 y reelecto en 1973, secretario general del Partido Comunista de Chile desde 1989 hasta 1994, ensayista, novelista, poeta y biógrafo indiscutido. Escribió novelas tales como *Hijo del salitre* (1952), *Pisagua. La semilla en la arena* (1957) y *La guerra interna* (1979), traducidas a varios idiomas. A éstas se suma una rica serie de ensayos sobre los procesos históricos, intelectuales y literarios de nuestra complicada época y realidad latinoamericanas. Entre ellos, *El amanecer del capitalismo y la conquista de América* (1943), *Hombre y hombre* (1969) y su versión actualizada *El corazón escrito* (1986), *El oficio ciudadano* (1973), *El pan y las estrellas* (1973), *Pólvora del exilio* (1976), *La letra y la sangre* (1986), *En el país prohibido* (1988) y *La gran guerra de Chile y otra que nunca existió* (2000). *Un muchacho del siglo veinte (Antes del olvido I)* (1998) y *Un hombre de edad media (Antes del olvido II)* (1999) son parte de sus memorias.

En 1993 obtuvo el Premio de Ensayo del Consejo Nacional del Libro y la Lectura por su *Huidobro. La marcha infinita*. En mayo de 1996 el Gobierno chileno le otorgó la Orden Gabriela Mistral en el grado de Gran Oficial y el año 2002 fue galardonado con el Premio Nacional de Literatura.

Neruda (1984) se suma a las ediciones corregidas y actualizadas de sus biografías *Gabriela Mistral. Pública y secreta* (1991), *Huidobro. La marcha infinita* (1993) y *Los dos Borges. Vida, sueños y enigmas* (1996).



1./ Fotografia de Luis Poirot, 1969

Volodia Teitelboim

NERUDA

I. Nostalgia	11
1. Vista a la madre. 2. Adiós a Parra! 3. Recuerdo. 4. Una ciudad campamento. 5. La madre. 6. El padre brusco. 7. No sé cómo ni cuándo. 8. ¿Un sueño? 9. Amigos de infancia. 10. El primer poeta. 11. El avestruz. 12. Un muchacho llama a la puerta de Gabriele. 13. Poeta balbuceante - balbuceante. 14. Los planos. 15. El complejo de complejos de ciencia. 17. ¿Próxima a la locura?	
II. Joven de cipréses	51
18. Los lucos años veinte. 19. Los veinte, los nistas del patriotismo. 20. Pensamientos y colapso. 21. Maruri, los cipréses. 22. En la casa. 23. El estudiante. 24. Amistad y amor. 25. Amigos volando. 26. Pablo de Rokha. 27. El Rokha 2. de Tomoca. 28. Mujeres con permas asignadas. 29. El poem incendiario. 30. Una tumba de pajaros. 31. La muchacha de Santiago. 32. Un extraño violador de secretos. 33. Amos y poetas. 34. El verso carib. La mujer permanece. 35. Epistolario como confesión de angustia. 36. La era del poeta floso como un estorón. 37. Despedida. 38. El poeta de la poesía. que trabaja como un fabricante de bombas electrónicas. 41. Hasta las bombas.	
III. AGENIA Y CREACION EN ORIENTE	
43. Aprendizaje desde lejos. 44. Encuentro. 45. Carta escrita a la madre. 46. Vigilias y sueños de la venta. 47. Soledad en Birmania. 48. Ambiciones y sueños. 49. Mensajes de un naufrago. 50. Dudas en Rangún. 51. El realismo de Resurrección. desde el Oriente. 53. Comunicación telefónica. entre el Norte y el Sur.	

Editorial Sudamericana

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del *copyright*, bajo las condiciones establecidas por las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares de la misma mediante alquiler o préstamos públicos.

Neruda

© 1984, 1994, 1996, Volodia Teitelboim

© 1996, Editorial Sudamericana, una empresa Random House Mondadori S.A.
Monjitas 392, of. 1101, piso 11, Santiago de Chile
Teléfono: 782 8200 / Fax: 782 8210
E-mail: editorial@randomhouse-mondadori.cl

Primera edición: septiembre de 1996

Segunda edición: diciembre de 1996

Tercera edición: enero de 2000

Cuarta edición, corregida y actualizada: junio de 2003

ISBN: 956-262-041-7

Inscripción en el Registro de Propiedad Intelectual: N° 132.785

Diseño de portada: Andrea Cuchacovich

Diagramación y composición: Andros Impresores

Impresión: Salesianos S.A.

Impreso en Chile / Printed in Chile

ÍNDICE

<i>Primera parte: DE LA LLUVIA A LA GUERRA</i>	9
I. NIÑO DE FRONTERA	11
1. Visita a la madre. 2. Adiós a Parral 3. Reencuentro. 4. Una ciudad campamento. 5. La mamadre. 6. El padre brusco. 7. No sé cómo ni cuándo. 8. ¿Un sueño? 9. Amigos de infancia. 10. El primer poeta. 11. El avestruz. 12. Un muchacho llama a la puerta de Gabriela. 13. Poeta balbuceante. 14. El niño y los pianos. 15. El cumpleaños del hermano. 16. Iniciación. 17. ¿Prosista a la fuerza?	
II. JOVEN DE CREPÚSCULO	51
18. Los locos años veinte. 19. Unamuno y los accionistas del patriotismo. 20. Pensiones y conventillos. 21. Maruri, los crepúsculos. 22. ¿Por qué Neruda? 23. El estudiante. 24. Amistad y bohemia. 25. Se fue volando. 26. Pablo de Rokha. 27. La muchacha de Temuco. 28. Mujeres con poemas asignados. 29. El polen incendiario. 30. Una tumba de pájaros. 31. La muchacha de Santiago. 32. Un extraño violador de secretos. 33. Amor y poesía. 34. El verso cambia. La mujer permanece. 35. Epistolario como confesión y angustia. 36. La era del poeta flaco como un esturión. 37. Despedida. 38. La crisis de la bohemia. 39. El flojo que trabaja como una fábrica. 40. Los escritores y los elefantes. 41. Hacia las islas. 42. La partida.	
III. AGONÍA Y CREACIÓN EN ORIENTE	127
43. Apremios desde lejos. 44. Encargos de Batavia. 45. Carteo en familia. 46. Vigilias y sueños de la travesía. 47. Soledad en Birmania. 48. Ambiciones y deseos. 49. Mensajes de un naufrago. 50. Dudas en Rangún. 51. El realismo de <i>Residencia</i> . 52. Cartas desde el Oriente. 53. Comunicación solemne. 54. Regreso a Maligna.	

IV. LA LETRA CON SANGRE ENTRA	167
55. El poeta y la máscara. 56. ¿Cantar de los cantares? 57. Toreo al alimón. 58. La llegada a la casa matriz. 59. Dos cónsules singulares. 60. Desdichas. 61. ¿Hormiga o vecina? 62. Perros y poetas. 63. La buena acogida. 64. Afinidades. 65. Controversias. 66. Rectificación. 67. Las polémicas de la <i>Antología</i> y <i>El jardinero</i> . 68. Púgil peso pesado. 69. Vísperas. 70. Ejecución en Víznar. 71. El porqué del cambio. 72. El libro de España. 73. El poeta en la calle y una mujer fatal. 74. Pasiones literarias. 75. Presidente de los intelectuales. 76. Agua de vida y muerte.	
<i>Segunda parte: PASIÓN Y MUERTE</i>	237
V. SU DESCUBRIMIENTO DE AMÉRICA	239
77. Las ciudades malditas. 78. Elección en Chile. 79. Casas. 80. Operación "Salvataje". 81. La aventura del <i>Winnipeg</i> continúa. 82. Reflexión de la experiencia española. 83. Arrepentimiento. 84. País mágico y violento. 85. Miscelánea mexicana. 86. Batallas, serenatas y mandobles. 87. Ascensión a los orígenes. 88. Significación personal y extrapersonal de Machu Picchu. 89. Cuatro viajes. 90. Un discurso particular. 91. Estreno parlamentario. 92. El problema del tiempo. 93. El Honorable señor Reyes celebra a Lucila Godoy Alcayaga. 94. Pro memoria. 95. El extraño vals. 96. La gran voltereta. 97. El poeta acusa. 98. Vida clandestina. 99. En busca de la salida. 100. Preparativos en la selva. 101. Hacia las regiones antípodas.	
VI. EL VIAJE DEL MUNDO	323
102. San Martín de los libres. 103. La misión de sacar el <i>Canto</i> . 104. Debut parisiense. 105. Europa hace un descubrimiento. 106. El viento del Viejo Nuevo Mundo. 107. Adiós al Senado. 108. Encuentro con Pushkin. 109. El verso subrayado de un joven suicida. 110. Amor y tromboflebitis. 111. Conversación de exiliados. 112. Interludio italiano. 113. La mujer de	

dos cabezas. 114. Poligamia y desinformación. 115. Bienvenidas en la casa. 116. Se reúnen los intelectuales. 117. Alegrías y tristezas del pájaro sofré. 118. Cuentos y cuentas. 119. La aventura de los premios. 120. Donaciones, fundaciones y equivocaciones.

VII. NARRADOR DE SÍ MISMO 375

121. Cincuenta salvas y dos maldiciones. 122. Casas y mujeres. 123. La ruptura. 124. El hombre invisible se deja ver. 125. La guerra no dura cien años. 126. Intercambio de títulos. 127. Neruda sí. Neruda no. 128. Días transparentes y nublados. 129. Sebastiana y botas. 130. El fiestero. 131. Epístolas. 132. Una heroína olvidada. 133. Maremoto en su infancia. 134. Los barbudos de la historia. 135. El pájaro burlón. 136. Esbozos. 137. Poesía aérea y terrestre. 138. Misteriosa simultaneidad de las ideas. 139. Hombre triángulo. 140. Entre el turco y el español. 141. Oficial de Registro Civil. 142. El plomo de la fama. 143. Balance y autocrítica. 144. Su compañero William. 145. Los pies azulosos. 146. El libro de la mesa feliz. 147. Volantines. 148. El disfrazador. 149. La ira de los paparazzi en la hora nupcial. 150. El bandido mítico. 151. J.S. 152. Pajarintos y pajarantos. 153. La casa de bandera azul. 154. El bamboleo de *La barcarola*. 155. La trutruca y el juglar. 156. El malacólogo. 157. Un poco de filosofía. 158. Portaestandarte. 159. Una campaña singular. 160. Un viejo sordo con un acordeón. 161. El poeta y el siglo. 162. Locos interdisciplinarios. 163. La Ciudad de los Césares. 164. ¡Piedras, esperen! 165. Discurso de medianoche y conversación matinal.

VIII. LA BALADA DEL VIEJO MARINERO 455

166. Noticias inquietantes. 167. El juicio sueco. 168. La hora de las luces de magnesio. 169. Júbilos en casa. 170. Glóbulos rojos. 171. Revelación. 172. Un castillo de niebla. 173. La hermana del futurismo. 174. El país albatros. 175. Proyectos y recaídas. 176. Piedra araucana. 177. El sueño de Cantalao. 178. Las tapicerías del pobre. 179. Dedicatorias corregidas. 180. En vigilia. 181. El chaque-

IV. La	tón. 182. Obra póstuma. 183. Memorias e inéditos. 184. Despedida. 185. La muerte entre la muerte. 186. El féretro errante. 187. Convidados de piedra. 188. El cortejo. 189. ¡Hasta luego! 190. Sucede que voy a vivirme. 191. Postdata. 192. Seis meses después. 193. Seis años después. 194. De vuelta a casa.	167
Notas bibliográficas		515
Índice onomástico		519
VII		
VIII		



1919

2./ El poeta a los 15 años
(Foto gentileza Fundación Neruda)

1. *Visita a la madre*

Hay cierta tensión sentimental cuando entramos a la casa semi en ruinas. Me pongo en actitud del que mira al que mira. Neruda viene al encuentro de la historia muy desconocida de su madre, que murió pocas semanas después de darlo a la luz. Yo quiero ver, de algún modo sentir esa escena. Sé la distancia que media entre el yo y la tercera persona. La primera persona siente. La tercera está en el otro polo o fluctúa alrededor de un punto neutro. Adivino la contradicción entre la trémula interioridad del hombre que pregunta por la madre y la exterioridad recogida, esa aparente calma del señor grueso y maduro que acaba de llegar en auto, el antiguo huérfano de días transformado ahora en personaje célebre.

Ha acudido presurosa una vieja vecina que conoció a la difunta. No sabe bien cómo tratar a este hombre famoso que viene a buscar reminiscencias, descripciones, frases, anécdotas, en fin, todo lo que se refiera a su madre, de la cual no recuerda nada. Ella parte y vuelve a los pocos minutos. Trae en sus manos una fotografía en tono sepia, más propiamente un daguerrotipo. Allí está ella, Rosa Neftalí Basoalto. La entrega al hombre que aguarda.

Por primera vez él se encuentra con una fotografía de su madre. Su interlocutora es profesora y le explica que se trata del único retrato que se conoce de ella. Fue reproducido años más tarde, en 1980, ilustrando un libro que recibió el título de *El río invisible*, donde se recogía su poesía y prosa de adolescencia y primera juventud.

Precisamente allí le dedica dos poemas. "Luna": "Cuando nací mi madre se moría/ con una santidad de ánima en pena./ Era su cuerpo transparente. Ella tenía/ bajo la carne un luminar de estrellas./ Ella murió. Y nací. Por eso llevo/ un invisible río entre las venas,/ un invencible canto de crepúsculo/ que me enciende la risa y me la hiela".¹

El segundo lo titula "Humildes versos para que descansen mi madre": "Madre mía, he llegado tarde para besarte/ y para que con tus manos puras me bendijeras;/ ya tu paso de luz iba extinguiéndose/ y había comenzado a volver a la tierra./ Pediste

poco en este mundo, madre mía./ Tal vez este puñado de violetas
mojadas/ está de más entre tus dulces manos/ que no pidieron
nada”.

Poesía sin duda ingenua y primeriza, pero no exenta de sinceridad. No es la primera conversación hilvanada con su madre. La novedad reside en que ahora este diálogo imaginario lo estampa por escrito.

Está retratada casi de cuerpo entero. Piensa en la devastación que la mató tan pronto, sumergiéndola en el olvido. Escruta esa imagen en silencio largo rato y pasa la fotografía a Matilde. Al cabo de algunos minutos ella me la entrega. La miro con avidez. Al reverso, con letra descolorida y cuidada caligrafía de antaño, alguien escribió: “Neftalí Basoalto Opazo de Reyes, madre de Pablo Neruda”. Por ella la criatura al nacer fue bautizada Neftalí. Estudio sus facciones. Miro de reojo al hijo. No cuesta descubrir el parecido. Un dibujo facial semejante. Un arco de cejas desiguales que coronan ojos de párpados pesados y pequeña pupila, donde se advierte cierto asomo de pregunta o un dejo de malicia. La nariz se adelanta, pronunciada, con ese perfil rotundo de la gente de campo acostumbrada a oler el cambio de las estaciones y a descubrir —como diría su hijo— los nidos secretos de los pájaros. ¿Algo insinúa que esta mujer estuviera mirando al abismo o se sintiera próxima a caer en la sombra? No lo sabemos. En apariencia su expresión irradia vivacidad. No da tampoco la impresión de un falso semblante, tras el cual oculte lo que siente. Pero hay algo de soñador o enfermizo en su mirada. En ese rostro se advierte una lucha. La boca se dibuja grande, con labios que hablan, si no de sensualidad, por lo menos de apego a la vida. El mentón es prominente sin exageración. De los lóbulos de las orejas cuelgan largos pendientes redondos, oscuros, parecidos a guindas muy maduras. Un peinado cuidado y fantasista, según la moda de la época, con ondulación que cae ligeramente sobre la frente espaciosa. El prendedor labrado de plata contrasta con el fondo oscuro del vestido que pareciera un luto premonitor, si no fuera por el encaje coquetón de las mangas. La mano grande está afirmada sobre el respaldar estrecho de la silla, cubierta por cuero repujado. Se ve una mujer alta, flaca, que mira hacia el cajón enigmático de la fotografía con la intención del segundo en que quisiera fijar su fisonomía para siempre. Es probable que sospeche o tema que su vida esté contada por días o por horas. Quizá sea éste el último mensaje que deje al mundo y a su hijo, evocando, tal vez, cierta frase de San Agustín que leyó y subrayó sugestivamente en el

libro que le prestaron en la iglesia: "La eternidad no es más que la entera posesión de sí en un solo y único instante".

Esa cara del retrato, con su expresión alerta, parece la de un ser ansioso de aferrarse a la vida. Pero en ese duelo de luces y sombras estampado en la amarillenta cartulina titila un destello temeroso.

Neruda volvió a tomar la fotografía. Sentía la necesidad de grabarse la imagen. Quería saber si tenía una expresión de quietud o de angustia. Seguramente descubrió ambas cosas.

Al parecer fue captada en esta misma casa y en este mismo cuarto donde nos encontramos. Ya entonces, año 1904, muestra los muros revenidos, las manchas de la humedad y la cal mal fraguada. No se divisa más amoblado que el trozo de respaldar de la silla.

Salimos al pequeño patio, donde ella pasaba horas leyendo, mirando a veces el cielo para saber si venía la lluvia y regando las plantas que todavía crecen allí en desorden. La amiga de su madre, que sirve de Virgilio al poeta para conducirlo por el reducido círculo del conocimiento de Rosa Neftalí, le informa intencionadamente, como subrayándolo mucho, que ella leía libros. Le insiste: ¡Adoraba la poesía y se sumía en la lectura como quien toma un barco que la conducía a otra parte!

Neruda estuvo largo rato tratando de reconstruir la faz íntima de esa mujer. Preguntó varias veces por su carácter y sus gustos. Por las frases que repetía, por palabras que le gustaban. ¿Qué otras personas podrían contarle más cosas sobre ella? Necesita esa fotografía. La vecina se la regala. ¿Acaso no es él quien debe conservarla? Él mira conmovido el pobre ámbito doméstico. Recorre la desmantelada y polvorienta casa provinciana donde nació. Es una llave herrumbrosa para penetrar en sus orígenes. Este ladrón de llaves, como no puede llevársela, se la guardará en el bolsillo de la memoria. Ahí está todo lo que queda de la fuente materna. Es poco. Pero le agrada saber que ella mantuvo una frecuentación asidua con la letra impresa.

Esa vecina le proporciona datos que él en parte conoce. Al comienzo de su carrera fue maestra de campo. En 1900 entró a trabajar como profesora primaria en la Escuela Superior de Niñas N° 2 de Parral. No se casó tan joven. Cuando Rosa Neftalí Basoalto contrajo matrimonio con José del Carmen Reyes, en 1903, según el concepto de entonces, ya se había quedado para vestir santos. El tren casamentero la había dejado. Perdió casi toda la esperanza... hasta el momento en que se subió inesperadamente al último vagón. Pero lo pagó caro. Tenía entonces

treinta y ocho años. Había nacido en 1865 y era hija legítima de Buenaventura Basoalto y Tomasa Opazo. El matrimonio, tan pronto malogrado por la muerte, se fue a vivir en la casa que ahora visitamos, en calle San Diego entre Unión y Urrutia.

Tuvo su hijo cuando había cumplido treinta y nueve años. Su partida de defunción, N° 1.454, registra una fecha casi inmediata: dos meses y dos días después del nacimiento del niño, 14 de septiembre de 1904.

Matilde casi no hace comentarios. Yo doy una vuelta por el patio, que se me ocurre debe estar igual a ese lejano 12 de julio de 1904, cuando nació esa criatura cuya llegada al mundo costó la vida a la madre tísica. Probablemente el golpe de gracia se lo dio la fiebre puerperal, que en aquellos tiempos solía matar a casi tantas mujeres como la tuberculosis. Las mujeres morían y los hombres nacían. La vinculación muerte y nacimiento era suceso común de la época y el medio.

2. *Adiós a Parral*

Cuando muere la madre, acoge a la criatura en su casa el abuelo paterno, José Ángel Reyes Hermosilla. Quien lo atiende es su abuelastra, Encarnación Parada, su segunda esposa, con la cual contrae matrimonio alrededor de 1885. El padre del niño era hijo del primer matrimonio. Doña Encana buscó entre las campesinas del fundo una mujer joven que estuviera criando. Escogió como nodriza a María Luisa Leiva, esposa de Estanislao León. Tenía leche abundante en sus pechos. Alcanzaba para el suyo y para el ajeno. El niño huérfano de madre creció bien, aunque algo esmirriado.

No sólo la tierra era fecunda. El abuelo paterno de Neruda tuvo catorce hijos reconocidos. No se sabe cuántos *huachos* ni si ejercía el derecho de pernada. Porque era dueño del fundo Belén, que no constituía gran cosa. Con su primera mujer, Natalia Morales Hermosilla, tuvo un solo hijo, José del Carmen, el padre del niño que se quedó sin madre. Los otros trece los tuvo con Encarnación Parada. Algunos fueron bautizados con nombres bíblicos: Abdías, Amós, Oseas, Joel...

En los largos días de Belén hablaba con el niño llana y cariñosamente. Pero al abuelo paterno le gustaba recitar con voz de sermón. Aquél lo escuchaba sin entender.

—Abdías se llama así porque quise que no fuera arrogante ni

se alegrara con los desastres y las tristezas de sus hermanos. Le puse Amós a tu tío porque no quería que fuera hombre de ciudad sino pastor y persona cuerda, de esas que saben que no galopan los caballos por las rocas ni se ara el mar con bueyes... Con Oseas, Dios fue más duro: "Ve, tómate una mujer fornicaria" —decía el abuelo, leyendo el Libro con ademán fuerte y señalando con el dedo índice hacia adelante—. Una mujer fornicaria.

—No entiendo, abuelo.

—Una mujer que se porta mal, que anda con hombres que no son su marido. Y la orden es que los hijos peleen con su mamá, se enojen con ella por las cosas que hace. Dios la amenazó con ponerla como el día en que nació, o sea en pelotas, con dejarla como un desierto, como una tierra seca y tú sabes que la tierra seca se muere de sed.

—Y el tío Joel, abuelito, ¿por qué se llama así?

—Para despertar a los borrachos, y hay muchos borrachos en esta tierra. Despierten borrachos y lloren. Gimán todos los que toman vino hasta por los codos. Porque les quitaré el mosto de la boca. Tengo viña, pero no es para volverlos locos. Joel habla así en el Libro.

El abuelo leía con entusiasmo, como recitando:

—"...animales de campo, no temáis, porque los pastos del desierto reverdecerán..."

El abuelo vivió hasta una edad bíblica. Murió después de su hijo José del Carmen, en 1939.

El joven viudo no tenía hechuras de empresario. Unas melgas de viña, con las cuales se preparaban los acreditados caldos de la región, no bastaban para sacarlo de apreturas. Era, sin embargo, un hombre laborioso. Durante el año que alcanzó a vivir con su mujer no ejerció la profesión de "marido de maestra". No obstante estar casado con una frágil profesora, ambos se dieron maña para afrontar los gastos. Pero en Chile el magisterio figuraba entre los peor pagados. A veces el sueldo demoraba meses en cancelarse.

El siglo XX no había traído la felicidad para el país ni el bienestar para la gente sin fortuna. 1904 ofrecía la imagen de un año sin historia, salvo noticias de temblores y represiones contra los obreros en las grandes ciudades y en el norte.

Don José del Carmen pertenece a una familia de hidalgos pobres, orgullosos, en un país donde el don se antepone al nombre incluso de aquel que no tiene dinero, pero al cual se debe respeto. Quedaba con un hijo recién nacido. Lo confiaría al cuidado de su padre con mejor situación. Y él se incorporaría

a la legión de los chilenos errantes en busca de trabajo. Atravesó la cordillera tratando de encontrar un alivio económico en Argentina. Regresó con las manos vacías. Helo convertido en un chileno pata de perro. ¿Se trasladará al norte, como tanta gente de la zona seducida por el pregón de los enganchadores, que contratan en las plazas de los pueblos, hablando del salitre como del nuevo vellocino de oro? Él es hombre del verde, del centro. Más que mirar hacia el norte fija los ojos en el sur. No le atrae el desierto. Prefiere los bosques y la lluvia. En ese tiempo los viajes a cien kilómetros parecían largos. Él se desplaza doscientos, trescientos kilómetros hacia el sur. De pequeño agricultor arruinado pasará a ser directamente obrero, lo cual es una muestra de coraje moral y de desafío al prejuicio, obrero en la construcción del dique de Talcahuano.

Sobrelleva su duelo sin lágrimas. No le cuenta a nadie sus penas. Pero le da por viajar. Poner, poner distancia... Vuelven a insistirle que la Tierra de Promisión está en la pampa salitrera. Pero él mira hacia el horizonte contrario, hacia la vieja Araucanía, aquella de la guerra de más de tres siglos entre conquistadores españoles e indios mapuches. Ahora la llaman la nueva Araucanía, la tierra pacificada. Si en Estados Unidos se habla del Lejano Oeste, aquí se habla de La Frontera. Porque acaba de ponerse fin al conflicto secular, gracias al argumento de los cañones último modelo. El obrero de dique fijo se transforma en viajero que llega a Temuco en coche de caballos, parecido a las diligencias que empezarán a aparecer en las películas del Far West. Así descubre un pueblo recién fundado. Un día toma a su hijo de pocos años y lo lleva con él. El equipaje es escaso. Guarda una fotografía con una explicación al reverso: "Neftalí Reyes Basoalto. Villa Prat. Octubre 13 / 1906".

Es un niño pollerudo, de dos años, con mirada triste. Una especie de capa blanca o gran babero cae desde los hombros, tapándole el pecho. Una bata plisada de color gris claro, con puñitos almidonados, lo cubre hasta las rodillas. Por debajo un pantalón negro y zapatos abotonados al lado. Como su madre en la foto, afirma la mano izquierda en la silla de brillante pintura oscura y patas torneadas. La indumentaria indica que, a pesar de que la fotografía está tomada en primavera, se abriga al pequeño cuidadosamente, para que no le pase lo de su madre.

La otra fotografía se ha quedado en Parral. Su esposa escribió accidentalmente poesía. Pero no se ha encontrado ningún verso suyo. Si los escribió, hay que darlos por perdidos. Cosa que al viudo no le importa. La poesía es cosa de mujeres soñadoras.

Lo que sí lleva el padre es un documento oficial del Obispado de Linares:

Certifico que en la página 269 del libro 39 del Bautismo se encuentra la siguiente partida de bautismo N° 1.033. En la parroquia de San José de Parral a veintiséis de septiembre de mil novecientos cuatro puso óleo y crisma a Ricardo Eliecer de dos meses doce días de nacido hijo legítimo de José del Carmen Reyes y de Rosa Neftalí Basoalto lo bautizó el padre San Martín fueron padrinos de agua i óleo Manuel Ijido Basoalto i Beatriz Basoalto del que doy fe. José Manuel Ortega.

Hay una rúbrica del cura párroco y el timbre. Ya antes, el primero de agosto de 1904, había sido inscrito en el Registro Civil con el nombre de Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto. Ese fue el adiós a Parral.

3. *Reencuentro*

Lo acompaño en su vuelta a su pueblo natal, después de tanto tiempo, con la fama al hombro. No veo, sin embargo, ninguna apoteosis. Las multitudes no salen embobadas a su paso a vitorear al héroe. Salvo parientes, unos pocos amigos, los inevitables poetas de provincia, que invitan a un club de sillones desvencijados y atmósfera grisácea, nadie parece entusiasmado con la llegada de ese parralino que, según dijo un periodista amante de las frases de efecto, había conquistado el mundo. Casi indiferencia. Y algo más agresivo: la irritación de los antiguos patronos de fundo, de la aristocracia pueblerina, vitivinícola e iletrada.

Agreguemos un dato que explica el porqué del gesto entre desdenoso y hostil con que se recibe al poeta. No sólo porque no les interesa la poesía y se sientan en la literatura, sino porque detestan la afiliación política de su coterráneo.

Pablo me comenta: "Nunca he visto juntas tantas moscas". Pero él está agradecido del pobrericío que lo reconoce como un hombre de su misma tierra y del cual se sienten orgullosos. Por la noche se descorchan en el Club Social algunas botellas, probablemente de la familia de esos mostos que cultivó su padre.

Nos alojamos en casa de su tío José Ángel Reyes Parada. Es un hombre de estampa criolla fina, moreno claro, de bigotes densos, con aire de dignidad campesina. Tanto él como su mujer

atienden al sobrino, a su esposa y al político que los acompaña con una hospitalidad amable, querendona, que se conserva en las aldeas y los viejos pueblos del país, como una cortesía de corazón. Don José Ángel tiene el orgullo de la tierra.

—Yo soy agricultor de los Álamos —explica como presentando su tarjeta. Su segundo orgullo es su fecundidad—. Tengo nueve hijos y trece nietos —Su esposa, una bella mujer, Matilde Mora, asiente complacida—. El padre de Pablo era el único Reyes Morales de la familia —aclara—. Los demás somos todos Reyes Parada. Cuando murió la mamá del niño —dice refiriéndose a Neruda— lo trajimos a mi casa. Mi madre lo crió. Vivíamos en calle Libertad. Como le digo, yo jugué con él hasta los seis años. Pasaba días con el abuelo paterno en un lugar próximo a Parral, que recuerda a Cristo: Belén.

Pablo lo escucha con asombro. Ese tío, José Ángel Reyes Parada, sólo cuatro o cinco años mayor que él, le está contando cosas novedosas. Ahora podrá tal vez concluir que se fue a vivir a Temuco cuando tenía seis años. El tío es hombre que trabaja con animales. El sobrino, que en *El habitante y su esperanza* escribió, cuando tenía poco más de veinte años, una novelita influida por los rusos, donde galopaban los cuatreros, que tenían amores violentos y pependencias, piensa en abigeatos y sospecha que el tío que traspasa con tanta facilidad los boquetes cordilleranos, tal vez ejerza a veces las artes sutiles y recias del contrabandista. Observa a su compañero de juegos infantiles. Lo mira, como haciendo un reconocimiento sanguíneo. Quizá ha encontrado algo que andaba buscando.

Sólo el hijo menor de la familia, un primo de Pablo que anda por la veintena y se parece al poeta de los días de *Crepusculario* o *Veinte poemas de amor*, se muestra agradablemente turbado por la presencia de ese pariente tan conocido y tan sencillo, que él no sabe cómo tratar, pero con sus dichos de hombre que no se da importancia le arranca risas y le hace preguntar cosas sobre ese mundo desconocido por donde su primo ha viajado.

Al día siguiente, por la mañana, hay una especie de desagravio. Vamos al Liceo de Niñas de Parral. Están todas las alumnas formadas en el patio y luego entran al gimnasio para escuchar al señor medio calvo que es oriundo de la misma tierra y escribe poesía amorosa y de la otra.

Siempre admiré en Neruda el don de la ubicación. Saca del bolsillo un tomito. Lee durante veinte minutos versos comprensibles para todos y que penetran en el corazón de los adolescentes.

Es verdad que Dante Alighieri, perseguido en vida, desterrado de su ciudad natal, nunca pudo volver a Florencia. Una vez muerto, ésta proclamó como título de gloria ser la cuna del autor de la *Divina comedia*. Otras ciudades de Italia le disputaron esa gloria. En ese caso, Parral no parecía conmoverse porque hubiera nacido en dicha ciudad un hombre que dividía al pueblo. Matilde se sonreía. Yo aprendí un poco de ciencia política aplicada.

Años después vi la reivindicación del poeta. Fue declarado profeta en su tierra. Para ello era necesario un cambio político, que Parral tuviera un alcalde socialista: Enrique Astorga, dueño del fundo La Florida. Ese domingo 26 de noviembre de 1967 el aceite se juntó con el vinagre, el día con la noche, y hubo dos actos en que participó todo el pueblo: el Rodeo Oficial y una declaración de Pablo Neruda como Hijo Ilustre de Parral, distinción que por primera vez concedía la Municipalidad. Se juntaron todos. En verdad la fiesta había comenzado el día anterior, sábado. Huasos a caballo con monturas a la chilena y mantas de verdad, bomberos de uniformes encarnados y cascos metálicos; *boy-scouts*, escuelas, la Cruz Roja, maestros, periodistas, sindicatos, padres, apoderados. Estaban también los campesinos que no tenían caballo. Un desfile, pues, de rotos y caballeros, de peatones y jinetes. Era un día caluroso. Lo encabezaba el poeta, que se protegía del sol con un *jockey* claro y anteojos oscuros. A su lado iba Matilde, conversando con la mujer del alcalde, Jimena Pereira.

—¿Cómo se obtuvo el acuerdo para designarlo Hijo Ilustre?
—pregunto.

—Por unanimidad —me responde el alcalde.

El teatro Municipal de Parral está repleto. Enrique Astorga, original agricultor socialista, de físico espigado, con cabeza prematuramente cana, que ama a las mujeres hermosas, al parecer también es capaz de apasionarse por la poesía. "La historia de Parral —dice— tiene doscientos años. Y el libro en blanco del homenaje esperó todo este tiempo para escribir por fin un nombre, el de Pablo Neruda. Es difícil para un hombre del llano hablar de un hombre de la cima —agrega—. Pero el sentimiento no tiene estatura y aquí está el pueblo; han venido de los barrios, de las poblaciones, de los campos, los niños, nuestros huasos chilenos."²

Neruda nunca quiso vivir solo los momentos de reconocimiento. Celebraba cumpleaños masivos. Para festejar sus décadas invitaba a amigos de todo el mundo. En esa ocasión orga-

nizó también el encuentro en grande. Siempre admiré la desenvoltura telefónica, telegráfica o epistolar con que convidaba a actos, almuerzos, celebraciones, a personas que vivían a cinco, diez, veinte mil kilómetros de distancia, como quien invita a comer al vecino o a alguien de la misma ciudad. Lo más sorprendente es que los invitados de tierras lejanas solían llegar. Esta vez estaban en las fiestas las parralinas pobres y las parralinas ricas, los locales y los extranjeros, algunos de tierras muy distantes, como un miembro del Comité Central del Partido Comunista de la Unión Soviética, Anatoli Tchernigov, el colaborador científico del Instituto de América Latina de Moscú, Igor Ribalkin, y un diputado del Soviet Supremo, Georgui Sheeko. En el almuerzo del domingo 26 en las termas de Catillo participan también huéspedes rumanos, entre ellos Stefan Andrei, que luego sería Ministro de Relaciones de su país, y Mijail Florescu. Todo se mezcla en una especie de torbellino donde el mundo, la aldea, las lenguas, el sonido de los vasos dejan, sin embargo, escuchar el tímido ruego de un profesor del Liceo de Hombres y tesorero del Comité del Rodeo, pidiendo que las distinguidas visitas escriban saludos para los niños. Neruda limpia un poco la mesa, se pone los anteojos, saca su pluma con tinta verde y escribe:

Parral, 25 de noviembre de 1967. A los muchachos del Liceo. Buenos días!! Lo importante de la vida son los Buenos días!! Son la unidad de los hombres para comunicar la esperanza. La esperanza de nuestras pequeñas vidas y de las vidas ajenas, que CUENTAN MÁS, que cuentan todo. Vivimos para ser nosotros mismos, y luego, para comprender a los otros, a los demás, que son más importantes que nosotros!! BUENOS DÍAS!!*

Francisco Coloane mide más de un metro ochenta. Se yergue con su corpachón de gigante, su cabeza de león y sus ojos de niño asustado. Es ya Premio Nacional de Literatura y habla como presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Su voz tiene algo de trueno, suavizado por un corazón a flor de piel. En su prosa y en su oratoria, a la cual se entrega con deleite de autodidacta, se esconden la poesía, los elementos naturales. Lo deslumbra una imagen nerudiana. Aquella que habla del "eléctrico avellano". Ya no podrá mirar las selvas sureñas sin encon-

* En todas las citas textuales se respeta siempre la puntuación de Pablo Neruda, quien no solía abrir los signos de exclamación y de interrogación. (N. del E.)

trarse con el fulgor magnético del árbol, con ese destello que antes no poseía. El poeta tiene un ojo violador de materias vírgenes y es repartidor de chispas y resplandores. El "avellano eléctrico" ha dejado ya caer sus hojas en la música, en el ballet, en la tonada folklórica y el teatro. El orador está un poco encandilado. Pero hay algo que lo superencandila. Es la dueña de casa. Inventa un sueño para contárselo.

—Cuando era niño soñé con una mujer. Y era usted.

Miguel Otero Silva que lo escucha, exclama:

—¡Sinvergüenza, me has copiado el sueño!

Ese día en que su pueblo natal, después de algunas desconocidas y muecas, le hizo una sonrisa de desagravio, por fin después de medio siglo, vino de Caracas su antiguo compañero, el novelista Miguel Otero Silva. Lo presentaron en el escenario del teatro como Senador venezolano y propietario del diario *El Nacional*, pero su credencial más importante en aquella reunión era su amistad con el poeta, del cual contó ante el público ciertas evocaciones inéditas.

Por la noche hubo fiesta a la chilena en el fundo del alcalde. Recitó María Maluenda. Parral parecía cambiado: el nuevo juez es un joven poeta y de los buenos, Alberto Rubio. El director de Obras Públicas lee un acróstico "A Neruda de Parral". No es un escritor improvisado. En los diarios de la región ha publicado artículos biográficos sobre el poeta.

Neruda tomó con buen humor y filosofía la empresa de "parralizarlo". Admitió que esta vez la ciudad lo recibió con cariño pero sin conocerlo bastante. Al fin y al cabo su vida se desarrolló en otras tierras. Pero en Parral —recordó— está la tumba de su madre y la familia Reyes sigue multiplicándose.

—Hasta ahora —afirma guiñando un ojo— no ha salido otro Reyes poeta.

La casa que visitamos fue destruida después por un terremoto. No sé si más tarde se levantó de nuevo.

Cuando le preguntan a Neruda por Parral, su respuesta sin alarde se asocia a la atmósfera de algún poema de *Residencia en la tierra*.

—Recuerdo poco. Fui llevado de aquí niñísimo.

Lo dice junto a la fogata crepitante del asado criollo. Esta memoración de su infancia, como el primer asombro cuando de niño divisó el viaducto del Malleco, tiene un fondo de cuecas.

—Ustedes me han vuelto a reconocer como a un hijo errante.

4. *Una ciudad campamento*

Dos años después de la muerte de la madre de Neruda, José del Carmen Reyes se casa con Trinidad Candia Marverde. El segundo apellido es poético. Otros sostienen que exactamente es Malverde. Pero es visible que ella no tenía nada que ver con el mal. Es la siete veces buena "Mamadre" del poeta. Es efectivamente Marverde y parralina, pero tiene algo que ver con Temuco, donde se cuentan por docenas sus parientes.

¿Cómo se enlazan esos destinos? Aquí interviene de algún modo un hijo de norteamericanos residentes en Chile, Carlos Masson, quien tenía negocios en Parral y era compadre y amigo de José del Carmen Reyes. En esa ciudad Masson conoció a una joven, Micaela Candia Marverde, y se casó con ella. Parral no ofrecía a un hombre emprendedor grandes horizontes mercantiles. Probablemente en 1903 se trasladó a Temuco, ese pueblo naciente donde todo parecía abierto hacia el futuro; llegaba gente a instalarse en el hueco que dejaban la selva recién talada y los indígenas expulsados y ya se había tendido la línea troncal del ferrocarril. Abrió una panadería, un hotel cercano a la estación. Micaela llevó a Temuco a su hermana Trinidad. Masson no olvidaba a su compadre parralino. Y cuando supo que había quedado viudo y que para peor no tenía ocupación estable, le propuso que se viniera a Temuco a fin de trabajar con él en la panadería. José del Carmen, abrumado y sin plata, se fue a Temuco. Allí sucedió algo nada sorprendente: se casó con la cuñada de su compadre. Ricardo Neftalí seguía en casa de sus abuelos, en Parral o en Belén. No se sabe bien cuándo el padre llevó a su hijo a vivir con él a Temuco. Todo parece indicar que no fue después de 1910. El niño volvió durante algunos veraneos a la casa de sus abuelos. Carlos Masson vendió la panadería de Temuco, situada en Matta esquina de Lautaro, a su compadre José del Carmen. Después fue propiedad de Raúl Reyes Toledo, sobrino del poeta.

¿Temuco es una ciudad o un campamento militar que acaba de ser transformado en pueblo? Sólo en 1887 se crearon las dos provincias, Malleco y Cautín, que han de regularizar el dominio blanco en los últimos reductos de los pueblos aborígenes. A Cautín llevarán al pequeño en la hora que sigue a la colonización. El poder central radicado en Santiago tiene en cuenta peligros aún no olvidados. No sólo el de los indios. El intento de Orélie-Antoine I, ese francés con cara de loco que se hizo coronar Rey de la Araucanía, representa quizá algo más que una

demencia pintoresca e inofensiva. Al fin y al cabo, Napoleón III instaló a Maximiliano en el trono de México. Es la hora de la conquista y de los ferrocarriles. Francisco Kindermann ordena al administrador de su hacienda en Santo Tomás que compre a los mapuches todos los terrenos que considere aptos. Por esos tiempos un colega del futuro Neruda, Vicente Pérez Rosales, consumido y exangüe por la fiebre del oro en California, movido por un espíritu de aventura que se encarrila, actúa como agente de colonización en Europa. Traerá obreros y artesanos alemanes. Pero una zona intermedia entre Concepción y el golfo de Reloncaví no está dominada. Es la Araucanía. Los políticos de la Independencia exaltarán a los mapuches como símbolos de la emancipación. Lo mismo hará Neruda cantando a Caupolicán y a Lautaro.

La matanza ha sido grande. Un Custer chileno, el coronel Cornelio Saavedra Rodríguez, es un militar experto en la limpieza del territorio mediante la violencia. Esto no le impedía proclamar que no había derramado una gota de sangre y que el bien se había hecho a todos, "indios y chilenos civilizados". Reinició la conquista en 1868, después de participar en el conflicto con España. Suspendida de nuevo en 1870, había penetrado a sangre y fuego en tierras indígenas, arrancándoles un millón ciento sesenta mil hectáreas de tierra fértil. Como el conquistador español, el émulo chileno establecía allí fuertes, que se transformaban en pueblos, como Mulchén, Negrete, Angol, Collipulli, Lebu, Cañete, Toltén. Varios de ellos resucitaban. Habían tenido una primera vida en los tiempos de la conquista española. Los fuegos de la guerra seguían ardiendo en La Frontera. El ejército blanco conoció derrotas y desastres. En los combates de Coipue, Traiguén, Centinela, Curaco, Collipulli, hicieron su escuela práctica los jefes que mandarían después en la guerra del Pacífico contra Perú y Bolivia.

Antes e inmediatamente después de ella, libraron la guerra total contra los araucanos. Había durado, con intermitencias, más de tres siglos.

En el XVI, cuando en la Corte de Madrid alguien era mal visto o estaba a punto de caer en desgracia, se le decía: "Guardaos, que os enviarán a Chile." Chile era el punto más remoto del mundo. Lope de Vega lo llamó entonces "última Tule". Ese Flandes indiano inspiró *La Araucana*, publicada en 1569. Juan de Guzmán, un oráculo de ese tiempo, proclamó a Ercilla nuevo Homero. Vicente Espinel en su *Casa de la memoria* decía: "Del fuerte Arauco el hecho altivo espanta/ don Alonso de Ercilla

con su mano,/ con ella lo derriba y lo levanta,/ vence y honra venciendo al araucano." Ercilla, en el prólogo a la segunda edición, explica que "todo lo merecen los araucanos, pues ha más de treinta años que sustentan su opinión sin jamás haberseles caído las armas de las manos".

A esta zona llega el niño cuando recién ha terminado la larga contienda. Temuco es entonces una aldea. Neruda recuerda que empezaban a construirse las primeras casas y el terreno iba repartiéndose entre la gente a medida que llegaba. Alrededor se extendían los bosques y los campos en los cuales vivían los indios mapuches.

Al concedérsele el Premio Nobel, una revista francesa, *L'Express*, le preguntó entre otras cosas por su primera escuela. La respuesta encierra una pintura del ambiente. Sí, fue a la escuela pública. Sus compañeros tenían apellidos alemanes, ingleses, franceses, noruegos, sefarditas y naturalmente chilenos, o más bien españoles. Sin embargo, dicha sociedad naciente presentaba sus particularidades: en ese momento inicial era un mundo sin castas. "Todos éramos iguales", sostiene Neruda. La cristalización de las clases vino con posterioridad, cuando algunos empezaron a enriquecerse. En aquel tiempo, a su juicio, Temuco era una especie de gran democracia popular, donde todos tenían trabajo. No existían terratenientes, grandes propietarios. Cuando le preguntan por los indios, Neruda contesta que vivían totalmente aparte. Expulsados de sus tierras a fines del siglo pasado, los mapuches no habitaban en Temuco mismo, sino en los campos circundantes. Una ruca aquí y otra varios kilómetros más allá. Iban a la ciudad para vender sus productos: lana, huevos, tejidos, corderos. Por la tarde regresaban a sus rucas. El hombre, a caballo; la mujer, a pie. No había comunicación con ellos. "No sabíamos su idioma, fuera de algunas palabras. Ellos tampoco hablaban castellano, aún hoy lo hablan mal."

Ante dichas explicaciones el periodista, al parecer extrañado, le insiste, haciéndole notar que, a pesar de todo eso, su poesía ha sido marcada por la presencia de los indios.

Así es —responde Neruda—. Yo he tenido el sentimiento de la historia, que es un poco la conciencia del pueblo. En Temuco se desarrolló la mayor batalla de La Araucanía. Los conquistadores españoles buscaban oro, oro, oro. Pero con los indios araucanos no pudieron lograrlo, no sólo porque eran pobres sino porque ningún pueblo indio de América resistió tan ferozmente a los españoles. Es un hecho que se ha olvidado demasiado.

En mi última conversación con Neruda le oí hablar de los indios. A su juicio, los gobiernos de Chile han ocultado siempre la verdad respecto a ellos. Incluso tratan de minimizar el número. Han dicho que quedan cincuenta o sesenta mil; pero en realidad son medio millón o más. Forman una minoría étnica, tienen su lengua —a su juicio, una de las más hermosas del mundo—, sus tradiciones, su cultura.

5. *La mamadre*

Dijo muchas veces que el principal personaje de su infancia fue la lluvia. En el sur es común oír que las ciudades tienen dos estaciones: la del ferrocarril y el invierno.

El lodo personificaba el enemigo oscuro, el ogro que hacía difícil caminar por las calles sin pavimento. La materia primordial era la madera. El bosque estaba en todas partes, como los castillos de tablas, los aserraderos, los carpinteros manejando el serrucho y la garlopa. Las nubes de virutas de aserrín transmitían por el aire el olor de los árboles recién cortados. Las casas de madera eran espaciosas y primitivas. Los techos de zinc no conseguían evitar totalmente el paso de la lluvia. Porque si ella fue para Neruda el piano de su infancia, la tecla desesperante fueron las goteras que se filtraban por el tejado cayendo sobre baldes, lavatorios, tarros, bacinicas, escupideras. No había tanto tiesto como para recibir todas las goteras. Se instalaban los recipientes más inverosímiles. La artillería monocorde de la gota que caía insistente debía dar en el blanco, so pena de inundar la casa.

Otro fantasma, un fantasma rojo, amenazaba al pueblo y casi siempre lo atacaba en la oscuridad: el fuego. Por la noche todos despertaban asustados a un grito: ¡Incendio! El aldeón de tablas era casi tan combustible como el petróleo. Los siniestros solían devorar en un santiamén manzanas completas. Improvisados bomberos trataban, junto a toda la población, de contener las llamas hambrientas. La lluvia sempiterna y los incendios frecuentes pintaban el panorama de su infancia. El niño miraba todo. Más que todo, el fuego le daba miedo cuando no dormía su padre en casa. Él se consiguió un empleo en los Ferrocarriles, digamos, gracias al hotel de los Masson Candia, que era un punto de cita del personal ferroviario. Allí José del Carmen Reyes hizo amistad con varios funcionarios de la empresa, que le facilitaron el ingreso.

Él dormía generalmente en el tren. Al final de su vida era conductor. No de trenes de pasajeros, sino lastreros, aquellos que transportaban gravilla, arena, materiales para afirmar los durmientes de madera de la vía férrea, constantemente atacados por las lluvias diluviales. Su turno tomaba días. El tren era la segunda o primera casa de su padre. Tenía un vagón para dormir. La mayor felicidad de su infancia fue partir con él en el tren lastrero y pasar algunos días envueltos por la selva, descubriendo flores, escarabajos, la vida del bosque. “Éramos como desocupados tras-humantes”, recuerda. Así exploraba la naturaleza, los arroyos, las montañas. No sabía entonces que en esos viajes con su padre, en el tren lastrero, estaba acumulando materiales para su poesía. Cuando partía, por las noches, al acostarse en el vagón, echaba de menos a su madre, porque necesitaba un mimo que el padre no le daba. Se lo prodigaba la madre, o sea, su madre. Nunca le gustó la palabra madrastra. Para él, ella era la ternura. Realmente maravillosa. Tal vez para matar a la madrastra perversa de los cuentos infantiles, por amor a esa mujer cariñosa, inventó la palabra “mamadre”. A ella le dedicó su primer intento de verso. Lo escribió cuando tenía siete u ocho años. Se los leyó sin darse cuenta de que estaban ocupados. El padre le dijo: “¿De dónde has copiado eso?”. “Así recibí —rememoraba más tarde— la primera muestra distraída de crítica literaria.” Doña Trinidad no ofició de crítica. No le daba el corazón para eso. El niño se daba cuenta. Por eso nunca quiso llamar madrastra a esa mujer que consideraba el ángel tutelar de su infancia. Diligente y dulce, con sentido de humor campesino, bondad activa e infatigable, son los rasgos que le atribuye el hijastro agradecido.

Más tarde, cuando él tenía diez años, en el día del cumpleaños de doña Trinidad le escribió una dedicatoria donde pugnaba por asomar el poeta: “De un paisaje de áureas regiones/ yo escogí/ para darle, querida mamá, esta humilde postal./ Neftalí”. *Neftalí* rimaba con *escogí*. Y eso bastaba, por el momento, al poeta en ciernes. Ya maduro, mejoró el nivel. ¡Dulce madre! —nunca pudo decir madrastra—, le dice en el poema que le dedica. Para él era “la bondad vestida de pobre trapo oscuro, la santidad más útil: la del agua y la harina”. Ella era el sinónimo del pan que se comía, de la lucha contra los inviernos, contra las goteras que inundaban la casa. Era la buena repartidora de lo exiguo, de la pobreza, como para que todos los que dependían de su humilde maternidad se mantuvieran en la línea de flotación. Y lo hacía con tal gesto que era “como si hubieras ido/ re-

partiendo/ un río de diamantes”. La ve calzada con resonantes zuecos de madera, como los usaban las mujeres modestas de aquella época en esas zonas, tratando, sin embargo, de no hacer mucho ruido, organizándolo todo para enfrentar los daños del viento, el derrumbe del tejado, la caída de las tapias. El viento aullaba con sus pumas y allí estaba doña Trinidad Candia Marverde, “dulce como la tímida frescura/ del sol en las regiones tempestuosas,/ como una lamparita menuda”, para enseñarles el camino. El símbolo nerudiano es claro: la madre se hizo pan para los hijos. El pan que se reparte, así como cortó el saco de harina para coser los calzoncillos de su infancia. Hizo lo que han hecho las mujeres durante siglos: cocinar, lavar, planchar, calmar la fiebre del niño enfermo. Sembrar un pedazo de tierra y sembrar la vida y la actitud ante la vida en los hijos. Todo lo hacía en silencio. Le salía de adentro. Era su deber, era su vocación maternal. Y por eso, cuando ya los niños se hicieron grandes y caminaron por sí mismos por el mundo, la madre se fue “al pequeño ataúd/ donde por primera vez estuvo ociosa bajo la dura lluvia de Temuco”.³

6. *El padre brusco*

Eruditos nerudianos han planteado el antagonismo entre las imágenes de la madre y el padre. Otros van más lejos, extendiendo la interpretación a la historia y al psicoanálisis. Cuando hablan de Diego de Almagro, de los conquistadores rapaces, que se lanzan a la posesión física de las tierras desconocidas, no falta quien asimile el gesto del antiguo porquerizo español a la violación de la madre, transferido en símbolo telúrico. Y llegan a deducir que Neruda, de algún modo, asimila inconscientemente la imagen del padre a la visión del conquistador violento.

Son interpretaciones que se basan en expresiones aisladas que pueden dar cierta verosimilitud al retrato, pero llevadas a un exceso que destruye su verdad. La relación con su padre fue más compleja: una mezcla de temor y de ternura, de distancia y de piedad. Efectivamente, sobre todo en el *Memorial de Isla Negra*, habla del padre brusco. Su modo de anunciarse era típico y profesional: el aullido del pito de la locomotora. Poco después, la puerta temblaba. Cuando entraba el padre, “la casa se sacudía; las puertas, asustadas, se golpeaban con seco disparo de pistola;

las escalas gemían, y una alta voz recriminaba, hostil". Ésta es la cara hosca del padre, su rostro nocturno.

En la estrofa seguida, el poeta dice directamente: "Sin embargo, era diurno". Lo ve en toda su integridad, como capitán del tren, en movimiento apenas despuntaba el alba. Recién salido el sol, se divisa su barba, las banderas de señales ferroviarias, los faroles indicadores de las estaciones, el carbón de la máquina. Su padre estaba trabajando como lo que era: un ferroviario. "El ferroviario es marinero en tierra,/ y en los pequeños puertos sin marina,/ puertos del bosque,/ el tren corre, haciendo su navegación terrestre."⁴

El hombre duro era cordial, amante de la mesa poblada de amigos. Allí triunfaba la fraternidad. Chocaban en los brindis los vasos gruesos donde brillaba el vino. Se cuenta que, cuando no tenía alguien con quien compartir el almuerzo o la comida, solía pararse en la puerta de su casa e invitaba al primero que pasaba para conversar el pan y el trago. Su hijo heredó esta costumbre de su padre, que venía, tal vez, de generaciones ancestrales. No concebía las mesas solas. Quería que en ellas se juntaran "la viril amistad, la copa llena".

Hablamos de piedad. Neruda admiraba y compadecía el rudo oficio paterno. Toda su vida, como la de muchos hombres, fue un llegar para salir corriendo, madrugar y gastarse en una especie de servicio perpetuo, hasta que "un día con más lluvia que otros días,/ el conductor José del Carmen Reyes/ subió al tren de la muerte y hasta ahora no ha vuelto".

7. *No sé cómo ni cuándo*

Naturalmente, el niño contenía en sí al hombre. Las tías, como es proverbial, tienen autoridad para recordar las infancias de sus sobrinos. El niño —decían— era de apariencia débil pero de una voluntad de hierro. Sus primeras poesías le costaron azotes. Sin embargo, los chicotazos no le impidieron llegar adonde se propuso.

En 1910 ingresa en el Liceo de Hombres de Temuco. Su compañero de banco, Gilberto Concha Riffo, tiene en ese momento cuatro años más que él, lo cual es mucho a esa edad. Esta sensación de ser el pequeño en la escuela —en una época en que la exigencia de una edad determinada para el ingreso no era tan rigurosa— se le transformó más tarde en la sensación de ser el

menor. "Yo, que siempre fui el más joven, ahora tengo sesenta años", me dijo, con cierta chispeante risa-melancolía, el día que los cumplió.

Pero el grandote no molesta al más pequeño ni a nadie. Gilberto es silencioso, no como una piedra, sino como un árbol, tal vez un coihue. Viene del pueblito de Almagro, próximo a Nueva Imperial. Su familia posee un molino. Durante las clases se prohíbe hablar. Mejor para Gilberto. Pero el chiquito Reyes no atiende en verdad. Su pensamiento está en el tren lastrero, en los coleópteros del bosque, en los diminutos huevos de perdiz, en la madre de la culebra y en el cuchillero Monje, un obrero ferroviario que trabaja con su padre, con la cara cruzada por una larga cicatriz, que es su amigo y lo lleva a descubrir los secretos de los nidos y los misterios de la selva. Afortunadamente, en la clase de aritmética tiene un cuaderno cuadriculado a mano y él dibuja no números, sino lo que le viene a la cabeza. Traza una raya fina con el lápiz negro, y le dice a su vecino: "Gilberto, saca ese pelito que cayó a la hoja". El niño trata de limpiar el cuaderno. Ricardo ríe. Salen del Liceo y caminan por las calles embarradas. Van lentamente, mirándolo todo. Cuando llegan a la casa de los Reyes, muertos de frío y a veces empapados, doña Trinidad los seca, los cambia. Les sirve la merienda. Ella se disculpa delicadamente ante Gilberto. Le dará sólo café puro, porque Ricardo debe tomarlo con leche. "Ésta no alcanza para los dos", explica. El niño Ricardo es más enclenque.

Gilberto, con el tiempo, se llamará Juvencio Valle. Ricardo Eliecer Reyes se llamará Pablo Neruda, ambos poetas del sur, ambos Premio Nacional de Literatura de Chile. Se puede decir que fueron amigos desde el principio. Juvencio es un hombre callado, pero no taciturno. Sobre todo, saca la voz cuando es necesario defender la justicia. Entonces se le convierte en un trueno y él mismo se transforma en un gigante. Es una manera de ser. Cada vez que hay que luchar por la verdad, el decoro, y nunca por sí mismo, sino por el derecho de todos, Juvencio, aquel Gilberto casi mudo que compartía la banca escolar con Eliecer Ricardo, ha estado entre los más dignos. Es el que cayó en la broma de apartar el pelito en el cuaderno del niño que dibujaba en clase porque estaba pensando en las aventuras del tren lastrero. Cuando ya ambos eran hombres grandes, rebautizó a su amigo, introduciendo una pequeña modificación en su seudónimo literario, llamándolo Juvencio Silencio o Silencio Valle.

Neruda, ya maduro, ante una pregunta, obligada, respondía que no sabía cómo la poesía vino a buscarlo. "No sé de dónde

salió. No sé cómo ni cuándo.” Juvencio Valle, el poeta que compartió su niñez, su compañero de juegos y travesuras, tal vez no sabía que él mismo era o sería poeta; pero, en cambio, sabía a ciencia cierta que lo era ese niño cuatro años menor que él. Advirtió prontamente indicios reveladores en el muchachito delgado, silencioso, con un aire retraído y melancólico, pero que tenía en su mirada algo que era todo lo contrario de la inercia y la indiferencia. Le llamaba la atención la intensidad con que vivía todo lo que lo rodeaba. Le asombraban sus ojos pequeños, siempre descaradamente abiertos. A mí también esto me llamó siempre la atención. El fenómeno de los ojos muy abiertos tiene su importancia. Alguna vez le hice una pregunta, seguramente candorosa: ¿Cómo podía penetrar tantos secretos, de los árboles, de los pájaros, de las piedras, de todo el mundo natural?”. Tenía sesenta años cuando me dio la siguiente respuesta: “Es una manera de mirar”. ¿Se nace con esa manera de mirar? Seguramente, a juzgar por la observación que el hombre Juvencio Valle hace del niño Neftalí Ricardo Reyes. Pero es también una educación de la mirada. Un cierto respeto por la materia, un interés profundo y sostenido hacia las cosas: su textura exterior, su color, su forma y la explicación de su mundo íntimo. Recuerdo que Vicente Huidobro sostenía que las piedras tenían entrañas. Neruda le descubría la cara y las entrañas a las cosas.

Esa condición de observador del interior de los objetos, que también era una tendencia a viajar por dentro del hombre, debe acompañarse por un signo exterior que anuncia al mensajero. ¿Qué es un poeta para un niño de pocos años como él? Tal vez un hombre con capa y con el sombrero alón, que usaban los artistas del siglo pasado en Europa. Juvencio recuerda que, caminando un día juntos por las calles de Temuco, a la salida del Liceo, vio pasar por la vereda del frente a un señor estafalarío que vestía con la indumentaria de la ópera *La Bohème*, y comentó: “¡Vaya un tipo raro!”. Pablo lo miró con gravedad y le aclaró, con un acento categórico difícil de olvidar, que estaban frente a una persona que ejercía un oficio admirable: “¡Es un poeta!”. Habrá que agregar que no estaba adivinándole la aureola, sino más bien refiriéndose a un ser conocido. Era su tío Orlando Masson, director del diario *La Mañana*.

La autoconciencia de ser poetas asoma pronto en Neruda, y es más tardía en Juvencio, quien explica que “...indudablemente, la poesía nace con el hombre. Este fervor inexplicable viene alojado con nosotros dentro de nuestra cápsula humana. Mi cono-

cimiento de Neruda se remonta a la infancia, y desde esa época remota, cuando ninguna manifestación visible podía haber denunciado al poderoso poeta del futuro, ya yo presentía en él una individualidad distinta, una vibración imperceptible, un aire que sólo a él pertenecía y que lo hacía diferente. Atmósfera inexistente para el ojo común, pero para mí, potencialmente, efectiva y real. Yo creo que eso era la poesía. Saltándome a muchos otros muchachos me acerqué a él y fui su amigo. Ése su misterioso halo interior me arrastraba a su lado y me hacía sentirme bien en su compañía. Mientras nuestros compañeros corrían en comparsa, saltaban y daban grandes voces a nuestro alrededor, a nosotros se nos pasaba el día observando las cosas menudas del mundo: una hoja, un insecto, una línea cualquiera. En esa bella amistad trabajaba silenciosamente la poesía".⁵

Tanto Neruda como Juvencio hacen más tarde, sin proponérselo, un estudio psicológico del niño poeta, un aporte a la literatura y el arte como compensación de una infancia que en el mundo de la competencia física se sentía en inferioridad de condiciones. Juvencio reacciona contra la idea del niño poeta, casi anormal, para afrontar los juegos y las violencias de la niñez. Advierte claramente: "No éramos niños graves ni profundos. Nuestra infancia era natural. Éramos vehementes y entusiastas. Pero nunca triunfábamos en el campeonato del grito pelado, y en una carrera, 'hasta los mismos cojos nos dejaban atrás'. Entonces no nos quedaba otra cosa que refugiarnos en nuestra parcela particular, ese maravilloso universo de los sueños, y allí, por ser siempre de los primeros, éramos los campeones indiscutidos".

Neruda confirma esta visión de la infancia. En la guerra de las bellotas, en la cual siempre participaba, también siempre perdía. Porque se quedaba mirando el vuelo de la bellota, tan hermoso, la curva verde, bruñida, como una maravilla de la naturaleza. Y en esta reflexión embobada, la bellota le caía sobre la cabeza no como obra de arte, sino como un proyectil. Y nadie que no haya recibido ese impacto sabe cuánto puede doler un disparo de bellota.

8. *¿Un sueño?*

Le pareció haberlo soñado. ¿Un sueño de niño? No sabía exactamente cuántos años tendría él entonces. Esta vez el viaje

no fue en el lastrero, sino en el tren nocturno. Un acontecimiento. Comió pollo y arrollado, como muchos pasajeros. A su padre lo conocían todos los ferroviarios. El maquinista, el conductor. Los oía conversar. Salió a bailar una botella de vino. Le preguntaron a él. No, no iban a Santiago. Ni tampoco a Concepción. En verdad no sabía a dónde iban. Pero el papá tenía un asunto urgente. Le gustaba el tren, aunque la tercera clase no tuviera terciopelo verde, ni rojo, ni de ningún color. Sentía el placer del triqui traque, el soñoliento golpeteo de los durmientes, el tren que decía: "Eliecer Ricardo, Eliecer Ricardo, Eliecer Ricardo...". Los amigos de su padre fumaban *Joutard*. Vio atardecer y desaparecer el campo. Cuando la noche borró todas las imágenes exteriores, se concentró en lo que pasaba dentro del vagón. Alguien, un ciego, comenzó a cantar un tango. Uno de los amigos de su padre se puso a silbarlo. Le dio sueño.

—Es la poca costumbre de viajar —explica el del silbido.

—No —dice el niño, con orgullo—, yo siempre viajo.

Su padre aprueba:

—Es mi compañero del lastrero. Hijo de ferroviario. Salió rayado —agrega.

Siente el traje de domingo arrugado; pero él es un niño viajero. Tendrá que estar despierto. Echa el aliento sobre el vidrio de la ventanilla y luego pasa el dedo sobre el cristal, empavonado por el vapor de agua, para escribir sus iniciales. Acaba de aprender a leer antes que otros niños. Vuelve a echar el aliento. Su padre le dice:

—Estamos llegando.

Se le dilatan las fosas nasales. Siente la boca seca. ¿Son los nervios? Está impaciente por bajar.

—¿Quién nos espera en la estación? —pregunta.

—Nadie —contesta el padre.

Mira a través de las luces hacia el andén. No; los espera una vieja conocida: la lluvia. Lluvia a cántaros en San Rosendo. Un gentío en esa estación fría y desmantelada, pero cruzada por muchos rieles, donde hay que esperar el tren de Santiago. Se refugia en un pequeño restaurante donde venden sándwiches y platos de urgencia. Pero su padre no lo lleva al restaurante. Además, no tiene hambre. Sólo tiene sueño, sueño dentro de este sueño que está soñando, el del viaje de la lluvia a la lluvia, por la noche. Caminan empapados un par de cuadras, que le parecen muy largas. Pero ¿por qué, si él ha caminado toda la vida bajo el agua? Tal vez porque tiene sueño y frío y siente los zapatos calados. Su padre se detiene ante una puerta. Una

lmparilla tenue alumbrs un letrero de letras blancas sobre fondo negro: "Pensi3n". Le llama la atenci3n que su padre saque una llave del bolsillo y abra esa puerta, como quien entra a su casa o a un establecimiento de su propiedad. Una mujer alta de ojos claros aparece con un chal enrollado al cuello. Es m1s joven que su madre. En lugar de saludar al ni1o, le mete la mano por la camisa y dice:

—Est1 empapado.

—Como tenca —murmura el padre, que s3lo le ha hecho una venia a la se1ora alta.

Ella acaricia el cuello del ni1o, le pasa la mano por la cabeza mojada. Le recorre el cuerpo.

—Ven, voy a cambiarte —le dice, tom1ndolo de la mano.

Lo sienta en una silla, desnudo. Luego lo envuelve en una s1bana. Regresa con una camisa de dormir. l no quiere ponerse.

—Es de mujer —objeta.

—No seas tonto —le reprocha.

Ella habla un idioma perfilado, duro y sonoro que le asombra.

"Pero si estoy desnudo —se pregunta—, por qué me fijo en la forma como habla la se1ora?", que forcejea por meterle la camisa de dormir por la cabeza.

Lo m1s dif3cil es acertarle a las mangas. Se la introduce a la fuerza, como si le sacara las orejas. l se defiende desordenadamente, pero bati3ndose en retirada. Deja de oponer resistencia cuando le dice que esas camisas para dormir las usan tanto los *chicos como las chicas*. *Chicos y chicas*. Por qué no dice ni1os y ni1as?

Luego lo toma de la mano y lo lleva a un cuarto vecino. El pap1 va detr1s. Hay dos camas. En una duerme una ni1a peque1ita, mucho menor que él. Duerme con una camisa igual a la que le acaba de poner a la fuerza la se1ora que habla raro. La ni1a tiene pesta1as largas. En la cama grande, parece un pajarito de cabeza negra metido en una jaula blanca. S3lo se le ve la cara y el comienzo de los hombros. Duerme mordiendo la s1bana. Tiene una mano afuera. En la ventana suena la lluvia. Se oye que alguien golpea imperiosamente la puerta. La se1ora va a abrir. La ni1a tiene las u1as comidas. l no quiere meterse a la cama. Ella tarda en volver.

El ni1o aprovecha la ausencia para decir a su padre:

—Ella no habla como chilena.

l contesta:

—Es catalana.

¿Catalana? ¿Qué será ser catalana?

Cuando la mujer vuelve al cuarto húmedo, le dice:

—Esta noche dormirás en la misma pieza con tu hermanita. Quiérela mucho.

Mira a su padre. Éste no dice nada. Rehúye sus ojos. Pero al día siguiente parten los tres, con su hermanita, a Temuco. Siempre se preguntaba: ¿Fue un sueño? Pero nunca les preguntó, a su padre, a la madre, ni menos a Laurita, si había sido un sueño.

9. *Amigos de infancia*

Cuando cumplió sesenta años recordó que una semana antes había invitado a almorzar en su casa en Santiago a viejos compañeros del Liceo de Temuco: Alejandro Serani, Vicente Cid y Alberto Aracena. No fueron los tres mosqueteros, pero crecieron juntos en el sur y juntos entraron a la Universidad. “Si no es por Serani —confiesa el poeta—, yo nunca hubiera sido bachiller, puesto que con su gran cabeza siempre me resolvía los problemas de álgebra, ya que nunca pude aprender la tabla de multiplicar.” Hay en esto una materia de reflexión. Cierta lógica abstracta que no calza con su poesía carnal, terrestre, y no se entiende con el mundo de los números.

Cuando se encuentra, después de medio siglo, con estos compañeros de Temuco, Neruda, inevitablemente, advierte la obra del tiempo, que ha escrito para cada uno biografías distintas. Pero fue una reunión jubilosa, casi tan alegre como el día en que allá por el año 1918 formaron en Temuco un club de fútbol tan, tan pequeño, que lo llamaron el “clusito”.

Otro de sus amigos de Temuco, el escritor Diego Muñoz, recuerda que lo conoció cuando ambos eran alumnos del primer año en el Liceo. Diego, interno, estaba en el Primer Año B; Neruda, externo, en el Primer Año A. Lo revive muy flaco, muy serio, con cara de ausente, llegando tarde a la formación de los cursos en el gimnasio. De ese semblante delgadísimo, como de lejanía, Diego deduce que Pablo era ya un poeta. Tal vez tenía otros antecedentes escritos. El poeta enclenque sentía el imán de la aventura. Se perdían por la Escalerilla, donde los imberbes estudiantes solían lavar su honor a puñete limpio. Eran visitantes del río Cautín; ladrones de fruta en la quinta del Liceo; viajeros a lo largo de la línea del tren; asiduos de los campos vecinos y conocedores al detalle del cerro Ñielol. Decían que allí cumplían

con sus deberes escolares. Coleccionaban sobre el terreno materiales para el herbario y el insectario.

La tierra de crianza, con sus personajes centrales, la lluvia y el lodo, tuvo en su generación poetas que eran sus compañeros de escuela. Jugaba al fútbol como uno de ellos. Aún peor deportista que él, Norberto Pinilla, quien fue profesor de Castellano, trabajó en el Pedagógico, y escribió estudios sobre literatura y poesía chilena. El otro poeta condiscípulo era un muchacho de rostro huesudo y alargado, Gerardo Seguel. Hijo de pastor evangélico, se recibió de profesor normalista y más tarde, en Santiago, escribió versos que recordaban el río Toltén. Fue uno de los primeros intelectuales comunistas del país. Miembro de su Comité Central, publicó varias obras buscando las raíces de la literatura chilena en los viejos cronistas coloniales: una sobre Ercilla, otra sobre Pineda y Bascañán. Dio a la estampa un libro de poesía, *Horizonte despierto*. Durante la dictadura de González Videla fue aplastado por un camión. Una vez viajaron los tres jinetes adolescentes a Pillanlelbún.

10. *El primer poeta*

Se ha dicho que Neruda fue lector precoz y a la vez tardío y deficiente sacador de cuentas. Posiblemente la leyenda desfigure los hechos. González Vera asegura que cuando al pequeño Neruda le daban un libro al revés, él lo leía de corrido. Agrega que sumaba velozmente toda suerte de cantidades, sin inquietarle la exactitud. Sumar, tal vez; multiplicar, no. Se cuenta que, revisando papeles en Isla Negra, con anteojos a caballo sobre la punta de la nariz, le pregunta a su hermana: "Oye, Laurita, ¿cuántos son cinco por ocho?". Laura Reyes lo mira con aire compasivo, como a un alumno torpe de la Escuela Técnica donde ella es inspectora. Menea la cabeza, frente a alguien que le ha hecho muchas veces la misma pregunta, y contesta con santa resignación: "¡Por Dios, Pablo! Son cuarenta". Esta anécdota revela que si Neruda no sabía multiplicar y carecía de todo talento matemático, había alguien siempre a su lado que podía cubrir ese vacío. Todavía no se usaba la máquina calculadora de bolsillo. El poeta tal vez hubiera solucionado este problema adquiriendo una con música. Porque la música de su poesía, con el tiempo, resultó altamente rendidora, multiplicó los panes y los pesos.

Un personaje mítico, ya aludido, su tío Orlando Masson, el primer poeta que conoció en su vida, fue también el primer luchador social con el cual se encontró. Lo admiró en su niñez como un hombre completo. Era un rebelde. Tenía un diario donde combatía por la justicia y denunciaba los abusos. Llamaba a los injustos por su nombre. La respuesta fue el último incendio que Neruda vio en Temuco: ardió el portavoz justiciero. Los incendios en la ciudad eran generalmente intencionales. Algún fallido insolvente esperaba escapar a sus deudas prendiendo fuego al establecimiento, o estallaban los siniestros de la venganza de los poderosos ofendidos, como fue el caso de aquel que redujo a cenizas *La Mañana*. Las llamas surgían al amparo de la oscuridad, para cubrir el rostro del culpable.

El adolescente sintió el siniestro como una herida personal. En ese diario publicó su primer artículo y sus versos de iniciación. Allí imitó a los cajistas, se manchó los dedos con tinta y conoció el áspero olor ácido del antimonio. Le dolía también la muerte de esa imprenta donde su revoltoso propietario había editado el primer libro de poesía publicado en toda la zona austral. El tema era el mismo que más tarde inquietaría al sobrino. El libro se llamaba *Flores de Arauco*. Poesía directa y rebelde. Después, en la India, escuchó a poetas parecidos, que recitaban melopeas o monólogos en la calle. También lo vio años más tarde en la Unión Soviética, donde la declamación era una pasión y un arte, en que el poeta se desempeña también como actor. Su tío contaba con un público fervoroso. Para recitar uno de sus poemas de más efecto, "El mendigo", en la casa del niño le hacían rasgones espectaculares en el traje. Luego volvían a coserlo, zurciéndolo, si era necesario, para recitar otro poema de gran éxito, "El artista". En este último caso, el remiendo no exigía la perfección. Y si no les alcanzaba el tiempo no importaba, puesto que todo lo tapaba la gran capa poética. El tío alienta las aficiones de ese sobrino flaco y amarillento que pinta para escritor, y el día en que cumple trece años se entrega a la redacción de un artículo titulado "Entusiasmo y perseverancia", que por su tono e intención positiva bien merece ser el editorial del diario. Su tío lo publica orgullosamente. Para "perseverar en el entusiasmo se hace necesario utilizar la experiencia de la humanidad y de sus grandes figuras históricas".

Fuera del tío poeta, nadie parece atribuir ninguna importancia a lo que escribe el aprendiz de adolescente. En el círculo familiar sigue siendo Neftalí Ricardo Eliecer Reyes. Se le apoda "El Canilla", tal vez porque en ese tiempo era delgado como la

pierna de Gandhi, famélico, pálido y con aire ausente. Ése fue el alias más perdurable. Y de los tres nombres de pila que tenía, preferían llamarlo con el apelativo bíblico, Neftalí, extraído del Libro de los Libros, como los de sus tíos paternos Amós, Oseas, Joel y Abdías.

11. *El avestruz*

Neruda dice que no le gusta Buffalo Bill porque mata a los indios, pero lo admira como buen corredor de caballos. Consume volúmenes por centenas, como lo haría más tarde, ya un joven, en la soledad del Oriente. En Temuco salta desordenadamente de los libros de aventuras a Vargas Vila. Para extremar el caos, sus ojos van de Strindberg a Felipe Trigo, del atormentado escandinavo al entonces llamado sicalíptico español; del muy intelectual enciclopedista Diderot al muy trashumante caminador de Rusia y de las estepas, de los subhombres y de los revolucionarios, Máximo Gorki. Se estremece con las desventuras de Jean Valjean, con las tristezas de Cosette y los amores de Marius, en *Los miserables*. Romántico de trece años, suspira con las páginas de Bernardino de Saint-Pierre. Fue el deslumbramiento, el festín verdadero: "El saco de la sabiduría humana se había roto y se desgranaba en la noche de Temuco. No dormía ni comía, leyendo".

Era un avestruz que tragaba libros. Devoraba cuanta letra impresa se le ponía por delante. Por supuesto, Salgari y Julio Verne. Luego, todos los libros que tenía su tío Orlando Masson en la casa. Enseguida, los de la biblioteca del Liceo. *El Quijote* lo leyó en una edición que le regaló Juvencio Valle. El poeta Ernesto Torrealba, su profesor de francés, orientaba algo sus lecturas. Era éste un entusiasta de la literatura rusa. Le prestó varios libros de Gorki. Le hizo una advertencia o le dio más bien un consejo: "Si quieres escribir, no sigas Castellano, porque no te podrás librar de la pedagogía". Le facilitaba obras de Rimbaud y Baudelaire. Leía el muchacho no sólo literatura francesa, sino también inglesa. Le gusta traducir poemas de ambos idiomas. Tradujo unos versos del inglés y se los enseñó a su profesor. Éste lo miró entre silencioso y desconcertado. Neruda hizo pedazos el papel. El profesor comenzó a reconstituir la hoja. Antes de que consiguiera armar ese rompecabezas, el niño había vuelto a escribir el poema. Se mandó a hacer un timbre de goma

con el nombre de Neftalí Reyes. Con él timbraba las hojas que copiaba y a veces traducía poemas de Verlaine, Sully Prudhomme (recitaba de memoria en francés "La Vase Brisée"), a Paul Fort. Era una manera de aprender. Así comenzó a tomar clases en la escuela de la poesía europea.

12. *Un muchacho llama a la puerta de Gabriela*

Entre las amigas más finas y más dulces que he conocido figura Laurita Rodig. Fue siempre una militante revolucionaria. Pintora, escultora, algún día, cuando yo era joven, quiso hacerme un retrato, hasta intentó una cabeza esculpida. Escéptico en la materia, pensé que nada de aquello se realizaría, pero acudía gustoso cuando terminaba la jornada a su taller de la calle Monjitas, para largas sesiones de una conversación estupenda. Fue muy amiga de Gabriela Mistral. Vivió con ella en Magallanes y en Temuco. La acompañó un tiempo en su viaje a México y a ella, la escultora, dedica en el libro *Desolación* el poema "Al Pensador de Rodin" ("Con el mentón caído sobre la mano ruda, / el Pensador se acuerda que es / carne de la huesa.").

Laura Rodig, de regreso de México, donde tomó contacto con los pintores muralistas, con Rivera, Orozco, Siqueiros, influida por dicha experiencia y convencida de que ésa era la pintura que se debía hacer en aquel momento, realizó un gran mural en una librería ubicada en la calle Moneda. Allí aparecían los escritores chilenos para ella más significativos del pasado y de aquellos años. Desde luego, Neruda sobresalía. Estaba en primer plano, tal como era entonces, un hombre de treinta años. Mucho después, en las sesiones, mientras ella hacía bocetos, yo le preguntaba por ciertos episodios de los cuales tenía personal constancia. Hablaba con mucha discreción una lengua hermosa y pulcra y nada parecía más ajeno a ella que el relato ostentoso. Cuando vivía con Gabriela Mistral en Temuco, entre sus menesteres —me contó— estaba el de operar como filtro en las visitas a la directora del Liceo. A partir de 1914, al premiarse en un concurso literario en Santiago *Los sonetos de la muerte*, quedó investida, *malgré-elle*, de la calidad de suprema sacerdotisa, dispensadora de la gracia literaria. Llegaban a su casa manadas o bandadas de poetas y poetisas; adolescentes casi todos, con poemas, para recibir el golpe de vara consagratorio de la Maestra. Como casi todos eran alumnos del Liceo, ella los recibía maternalmente.

Los escuchaba, les preguntaba cosas y echaba una mirada a sus versos. Un día vino un niño con cara aceitunada. Preguntó por la directora a Laurita. Le dijo que ella no estaba. Esperó tres horas y no cambió palabra con la suave secretaria, que por aquel entonces debía tener poco más de veinte años y era una tímida acogedora. El poeta y su poesía se marcharon muy tristes. Pero como ese muchacho no pertenecía al rebaño de los que se dan por vencidos, regresó al día siguiente, temeroso, siempre con el cuaderno en la mano. Sí, Gabriela estaba en casa, pero no podía recibirlo porque ese día se sentía enferma de jaqueca. El adolescente cetrino, no obstante su inhibición, no pudo evitar que se le notara la cara de pena. Laurita le preguntó, afable:

—Pero, ¿qué desea, joven? ¡Dígamelo, por favor!

—Traigo unos versos —murmuró, balbuceante, el muchachito. Laura Rodig pensó para sí misma: “Es lo de siempre. Esta escena ya la he visto alguna vez”. Pero como era cortés y percibía que ese niño flaco estaba amargado, le dijo, con dulzura:

—¿No puede dejármelos? Ella los verá cuando tenga tiempo.

—Sí, puedo dejarlos —contestó el muchacho—. Pero, de todos modos, necesito hablar con ella. Quiero conocer su opinión.

—Bueno, entonces, tenga paciencia. Vuelva en unas horas. Puede ser que...

Una vez transcurrido el tiempo, el muchacho golpeó de nuevo la puerta. Vio frente a él a la mujer que personificaba la poesía. Se inclinó en una venia profunda, que no acostumbraba. Ella descendió de su trono invisible. Lo trató como una mamá cariñosa. Le dijo:

—Me he arreglado para recibirlo. Estaba enferma. Pero me puse a leer sus versos y me he mejorado, porque tengo la seguridad de que aquí sí que hay un poeta de verdad —Luego agregó—: una afirmación de esta naturaleza no la he hecho nunca antes.

Esa amistad no se quebró nunca.

Largas décadas después, cuando Gabriela Mistral ya había muerto, en una visita a la Universidad del Norte, en Antofagasta, las niñas de las escuelas y de los liceos cantaban al paso de Neruda. Su amigo, el poeta de Antofagasta por antonomasia, Andrés Sabella, le preguntó a una de las chicas, a la cual Pablo había acariciado la cabeza:

—¿Estás cantando al poeta más grande de Chile?

—No —contestó la niña—, al señor Neruda ... ; el poeta más grande de Chile es Gabriela Mistral.

Neruda se echó a reír, acarició nuevamente a la pequeña y dijo a Sabella:

—Se lo contaré a la “vieja” en el valle de Josafat... ¡Cómo gozará!

13. *Poeta balbuceante*

Llenaba cuadernos donde iba copiando sus versos con caligrafía diáfana. El poeta-niño Neftalí Reyes colabora en la revista santiaguina *Corre Vuela*, que no era una publicación literaria, sino de información masiva y secciones amenas, de mucha circulación. Había un rincón donde tenía también refugio la poesía provinciana, denominado *Musa Chilena*. Neruda comienza a mandar sus versos. Allí se publican diecisiete poemas suyos. Es un principiante decidido a no permanecer inédito. Envía colaboraciones a diversas publicaciones. Se empecina participando en concursos literarios desde muchachito. Aparecen versos suyos en pequeñas revistas estudiantiles: *Cultural*, de Valdivia; *Siempre*, de Valparaíso; y *Los Ratos Ilustrados*, que dan a la estampa, cuando pueden, alumnos del Liceo de Hombres de Chillán.

¿Pero sobre qué escribía? ¿Cuál era su idea de la poesía? ¿Qué leía entonces?

José Santos González Vera, en su libro *Cuando era muchacho*, cuenta que cuando vio por primera vez a Neruda, en Temuco, llevaba bajo el brazo un libro de Jean Grave, *La sociedad moribunda y la anarquía*. El poeta flaquísimo creía que el mundo en que vivía estaba mal hecho y había que cambiarlo empezando por un gran NO. Se sentía anarquista a los dieciséis años. Tanto lo entusiasmó ese libro que tradujo a Jean Grave.

Pronto se revela otra faceta de su personalidad. No será nunca, por su voluntad, un poeta que dé la espalda al mundo. Hay en él una irreprimible ansia de asociación, que se manifiesta desde la más temprana mocedad. Si cuando niño participa en la formación de uno de los más diminutos clubes de fútbol, luego tiende a la organización de sociedades de poetas, como el Ateneo Literario de Temuco. Cuando Gabriela Mistral, en 1920, es nombrada directora del Liceo de Niñas de la ciudad, su delgado Presidente, mal vestido de oscuro, medio encerrado aún en el “pésimo desarrollo verbal” que caracteriza a los habitantes de la zona, medio tartamudeante, va a ofrecerle el título de Miembro Honorario del Ateneo que encabeza. El muchacho es

tímido. Apenas se atreve a dirigir la palabra a esa señora alta, con vestido largo, ropa severa, que no sólo venía de las nieves de Punta Arenas, sino que llegaba envuelta por la aureola de la poesía. Encuentra que su cara es la misma del palanquero Monje, menos las cicatrices. Es una chilena de pueblo que lo mira acogedora con sus ojos verdosos y, abriendo más ancho el surco trazado por el profesor Torrealba, le hablaba de Tolstoi, Dostoievski, Chejov, y le presta libros de los rusos que imprimieron sobre él una impronta imborrable.

Los rusos le hablan no sólo de literatura; le dan lecciones sobre cómo escribir y también cómo ver la sociedad en que vive. Le enseñan a oír el clamor de cuanto le rodea. Resultado: a los catorce años será un poeta social. A los quince se desempeña como agente y corresponsal de la revista *Claridad* en el Liceo de Temuco. Se reproduce en él una vivencia repetida en la sensibilidad colectiva de su generación y en las que vinieron más tarde: el bautismo de fuego político es la agitación estudiantil de las respectivas épocas. Muy pronto el poeta, que publica versos que son una revelación en *Claridad*, revista de la juventud revolucionaria de esos años, se convierte también en redactor de temas candentes y es autor de vibrantes "Carteles", publicados en primera página.

14. *El niño y los pianos*

Cuando estalla la Primera Guerra Mundial, el niño lee diarios y se interesa por lo que pasa en el mundo. En el Liceo se forman dos bandos: "aliados" y "alemanes". En la pequeña ciudad naciente, llena de colonos germanos, franceses, ingleses y de otras nacionalidades, el corte es profundo. Varios jóvenes de origen extranjero parten a pelear por las patrias de sus padres.

Tenía diez años y aún era combatiente en la guerra contra las goteras. Sentía la lluvia como cómplice en su acto de escribir. Así, redondamente. Alguna vez dijo que "para escribir me hacía falta el vuelo de la lluvia sobre los techos". También necesitaba el son de las goteras, ese pobre, empapado piano de su infancia. Lo estremecía el gemido del tren de su padre, anunciando su llegada a la estación de Temuco. También soñaba con un piano verdadero. Esperaba que llegara a casa, no sólo por el status de respetabilidad que concedía el que se dijera "tienen un piano", sino también para escuchar a sus tías, al compás de la

lluvia, tocar su vals predilecto, *Sobre las olas*. Nunca llegó a la casa el piano Steinway ni de ninguna otra marca. El que llegaba siempre, puntualmente, sin necesidad de comprarlo, era el piano de las goteras, que ejecutaban la misma partitura durante largos meses. El niño aprendió a descubrir que, cayendo la lluvia sobre el pandemónium de cacharros distintos que se repartían en los puntos críticos de la casa, cada uno respondía con una melodía diferente. No, la lluvia no era monocorde; era una música de fondo que acompañó al poeta al escribir sus primeros versos y siguió siempre humedeciendo e imprimiendo ritmo a su poesía.

Algún estudioso de Neruda sostiene que en sus primeros versos el poeta maldecía la lluvia y a su criatura, el cieno, que cubría las calles como un pantano. Y así como un escéptico y desencantado Eça de Queiroz decía de su patria, Portugal, que tenía una cosa buena, el Expreso del Sur que viajaba a París, Neruda no encontraba a Temuco más gracia que tenerla a Ella por habitante; Ella, la muchacha de la cual se sentía enamorado. Transemos diciendo que mantuvo con la lluvia una relación contradictoria, amor-odio.

Hablando del conflicto Neruda-lluvia, un profesor lo ilustra con una imagen en que ve al adolescente encogido en el poyo de una puerta, mirando con expresión torva la caída del agua. Sin duda fue así. Pero a la vez su poesía está poblada de alusiones a esa compañera inevitable, sin la cual el légamo empapado de su infancia sería inconcebible.

15. *El cumpleaños del hermano*

¿El don de la poesía está inscrito en el código genético? Si es así, éste es muy misterioso. El padre desconfiaba de la poesía. Jamás se resignó a tener un hijo poeta. Quería que estudiara una profesión seria. Detestaba a los bohemios, a los payasos, aunque fueran tristes; no quería a los locos ni a los ociosos. Y, posiblemente, no deseaba tampoco que su hijo fuera ferroviario, oficio para el cual no le descubría ninguna aptitud. Quería que fuera doctor o dentista, ingeniero, abogado o profesor; pero poeta, jamás. Eso no era una profesión. Se imaginaba a algún colega del gremio, algún maquinista o fogonero, presentándolo con una risita como papá de poeta. Sería para morir de vergüenza. Reprendió muchas veces al niño porque se dedicaba al feo vicio solitario de escribir poesía; a lo que él llamaba hacer versitos. Lo

castigó con energía. De allí e origen del seudónimo Pablo Neruda, que adoptó más tarde, sobre todo como un modo de ocultar a su padre el deshonor de un hijo poeta.

De doña Rosa Neftalí Basoalto tal vez heredó su interés por la lectura, cierta delicadeza de espíritu. Hay indicios de esto, aunque el hecho no está establecido del todo. Y el código genético no es tan simplista.

Su hermana Laura no tenía nada que ver con la poesía ni con la literatura. Pero Pablo era su hermano y lo adoraba, así como adoraba al hermano menor, Rodolfo. El amor fraternal de Laurita no congeniaba con la nota falsa de la reverencia. Era una mujercita de físico fino, con nariz aguileña, salvajemente independiente, que sabía mostrar sus garritas afiladas ante cualquier ataque a su hermano, pero que también le decía cara a cara la verdad de la persona incapaz de un halago. No, era simplemente su hermano. No le impresionaban la fama ni las glorias de este mundo. Lo quería tanto como a Rodolfo. Representante del clan familiar, soñaba con juntar a los hermanos separados. ¿Por qué esa distancia? La vida cavó entre ellos un foso. Los llevó por caminos muy distintos. Para Laurita, Pablo era su hermano mayor. Y bastaba con eso. Rodolfo, su hermano menor, y ello era también suficiente como para que lo quisiera por igual, según la ley de la tribu Reyes. (Más tarde se supo que Rodolfo era el mayor.)

Los hermanos no se veían casi nunca. Neruda quería a Rodolfo. Veía en él un producto natural de su estirpe familiar, con muchos oficios y sin ningún éxito, pero con afición por las mujeres, rasgo que a Pablo le enorgullecía. Rodolfo consiguió sentar cabeza finalmente como empleado municipal. Años después, con la jubilación, instaló un pequeño almacén en La Granja, donde yo solía verlo cuando recorría la comuna en mis menesteres parlamentarios. Pablo me hablaba con cierta admiración por los varios matrimonios de su hermano Rodolfo. "Casi como Rodolfo Valentino", le dije. "No, este Rodolfo es mucho más sencillo" me contestó, levantando una ceja. El hermano menor, con gran amor propio, se resistía a rendir pleitesía al mayor.

Yo lo había conocido una mañana, en Los Guindos. Neruda me presentó a un hombre con aire chileno-español, tranquilo, de rostro agradable, sin afectación. "Es mi hermano Rodolfo", me dijo. Yo comprendí que la escena no podía ser perturbada con exclamaciones. Me limité a darle la mano, murmurando un "mucho gusto" de rigor. Los dejé a solas. Conversaron un rato en el jardín, ambos de pie, y pronto Rodolfo se marchó.

Algún tiempo después Laurita, la más radiante por la aproximación de los hermanos, de la cual era, sin duda, la principal artífice, me anunció, colocándose una mano sobre un ángulo de la boca, como quien revela un secreto de Estado, que se celebraría en la casa de Pablo, en Los Guindos, el cumpleaños de Rodolfo.

Nunca he visto al poeta más preocupado por el detalle y por el total del festejo que en aquella anunciada fiesta. No se haría de noche, sino a la hora del almuerzo, a petición expresa de Rodolfo, según me dijo Laurita. La gran mesa nerudiana estaba instalada al comienzo del parque, junto a la casa, como en una escena de las piezas de Chejov. Se dice que a Neruda, de niño, le gustaba tomar agua en copa de colores. Esta vez salieron a relucir las copas mexicanas azules, carmesíes, verde hoja, pero no para tomar agua, sino vino. Neruda mismo las colocaba. Se preocupó de la loza. Hizo una excursión por el parque para sacar las flores que repartió por la mesa. Las dejó recostadas frente a cada cubierto, estableciendo un contraste entre el metal de los cuchillos y la delicadeza de los pensamientos y las rosas. La primavera había llegado y el día era glorioso; glorioso por lo bello y porque sería el día del gran encuentro. La fiesta de cumpleaños debía empezar a la una de la tarde. Había entre los amigos de Pablo, que formaban la mayoría de los invitados, cierta expectación simpática, una ansiedad de buena ley por presenciar esa reunión de los dos hermanos. El reloj dio la una. Pasaron unos minutos largos y todos atribuimos la pequeña impuntualidad a la clásica costumbre "chilensis" del "atraso que viste". A la una y media, tampoco llegó. Vimos la cara tensa, los ojos grandes, inquietos, de Laurita. Algunos nos fuimos a pasear por el parque, a conversar de otras cosas para matar ese tiempo de la espera. Las dos de la tarde. Neruda seguía ultimando algunos detalles de anfitrión perfecto para su hermano. A las tres se dio por vencido, sin proclamar su derrota. Golpeó las palmas de las manos e invitó a la mesa, para celebrar en ausencia el cumpleaños de su hermano. Seguramente la tristeza le andaba por dentro. Había fracasado en su convite. Lo único que dijo, con un encogimiento de hombros, fue: "Este Rodolfo...". Laurita saltó como una tigresa y gritó con voz aguda: "¿Por qué *este Rodolfo*? Siempre él fue más inteligente que tú. Cuando chico, tú eras un aturdido...".

Las copas mexicanas fueron rápidamente vaciadas. El ambiente parecía el de siempre. El poeta conversaba con naturalidad. Sólo Laurita no podía esconder su desconsuelo.

He contado en varias ocasiones mi propio descubrimiento de dos voluminosos sobres sin cerrar encima de la mesa larga en Isla Negra. La casa estaba silenciosa. Era la hora de la siesta privilegiada de un domingo de invierno. Comencé a revisar, intrigado, su contenido. Cuadernos manuscritos de Laurita, donde ella pergeñaba sus tareas escolares. Pero al reverso poemas escritos con una caligrafía diferente, la letra apenas cambiada del poeta, no obstante haber pasado más de cuatro décadas. Era la poesía del niño, del adolescente. Él mismo dice que su primer poema fueron unas cuantas palabras semirrimadas. Había en esas páginas de colegio un inevitable "Nocturno", publicado antes de los catorce años. Desde luego, se palpa el poeta incipiente.

En el periódico de su tío Orlando Masson, que circulaba "entre gente tan bárbara y violenta", el muchacho Neftalí Reyes rima *canciones con corazones, ilusiones con rincones, amor con rumor*. No es gran poesía, aunque encierra atrevimientos para una ciudad tan pragmática.

Los que publica la revista *Corre Vuela*, de Santiago, el 20 de octubre, el 25 de diciembre de 1918, el 5 y 12 de febrero de 1919 no son obras de arte, pero tienen el valor de constituir la época prenatal del poeta.

Alguna vez, precisamente en el prólogo a *El habitante y su esperanza*, sostuvo que su concepción de la vida era dramática.

A los quince años, el poeta escribe en verso libre "Los minutos sencillos". Alguien se pregunta si ha leído ya al poeta uruguayo Carlos Sabat Ercasty. Luego vuelve a la rima.

Le satisface que su primer galardón literario fuera apenas un modestísimo tercer premio en los Juegos Florales de Cauquenes, muy cerca de su Parral nativo, con el poema "Comunión ideal". El jurado estaba formado por Aníbal Jara, Domingo Melfi y Alberto Méndez Bravo. Los dos primeros serán con el tiempo periodistas famosos. Y Melfi, un estudioso de Chile, con talento reflexivo y filosófico. Pronto llega el período de los pequeños laureles sucesivos, hasta que en 1920 obtiene el Primer Premio en el concurso poético de los Juegos de la Primavera en Temuco.

Se ha dicho, y con toda razón, que el fondo de la poesía nerudiana es autobiográfico. El poema titulado "De mi vida de estudiante" señala precozmente ese carácter. En clase, distraído, escucha voces femeninas y esboza rebeldías sociales. Por ahora son presentimientos. "El llanto de los tristes" es una autodescripción. El tema reincide en "Yo te soñé una tarde...".

El poeta tiene conciencia de que la poesía puede ser su propia vida. Neruda, desde niño, se inclina a celebrar con versos los cumpleaños propios, de sus familiares o amigos. "Hace dieciséis años —escribe en su "Sensación autobiográfica"— que nací en un polvoso/ pueblo blanco y lejano que no conozco aún." Es una de las primeras alusiones a Parral que hace en su poesía. El sentido de la autoafirmación personal aparece muy temprano: "Ah, me acuerdo que teniendo diez años/ dibujé mi camino contra todos los daños/ que en el largo sendero me pudieran vencer". ¿Y cuáles eran los anhelos de esa época? Amar a una mujer y escribir un libro. Confiesa su derrota con un sesgo de autoironía: "No he vencido porque está manuscrito/ el libro y no amé a una sino a cinco o seis."

En los cuadernos de su hermana constan dos proyectos de libros, con sus títulos: "Las ínsulas extrañas" y "Los cansancios inútiles". Nunca se publicaron, pero algunos de sus poemas se incorporaron a *Crepusculario*, su primera obra editada, en agosto de 1923.

El año 1920 no es en Chile sólo una fecha de violentas convulsiones políticas y sociales, con la elección a la Presidencia de la República de un formidable demagogo, Arturo Alessandri Palma. No es sólo el año que bautiza la tempestuosa generación universitaria a la cual pertenece Neruda. Es también el año en que nace Pablo Neruda como nombre del poeta. Sucede en el mes de octubre. Necesitaba, como se ha dicho, escapar al control del dragón que odiaba la poesía, ese conductor de tren lastrero que vigilaba desconfiado y molesto sus estudios. No debería aparecer nada más publicado con el nombre de Nefthalí Reyes. El primer poema que firma con el nombre de Pablo Neruda es "El amor perdido": "Mis deseos se van tras de la amada/ en cauces apacibles o violentos/ y se sacuden bajo su mirada/ como las arboledas bajo el viento".

El muchacho todavía vive en Temuco, pero su primo Rudecindo Ortega Masson, entonces estudiante universitario en Santiago, ha llevado a la capital poemas suyos y le anuncia que una selección de ellos será publicada en *Claridad*. Urge, pues, convertirse, si no en poeta incógnito, por lo menos en poeta bajo seudónimo.

Raúl Silva Castro organizó la publicación precedida de una nota, bajo la firma de Fernando Ossorio, tomado del personaje de Pío Baroja en la novela *Camino de perfección*: "Desde Temuco nos llega —decía— su promesa significativa y ungida de dolores acaso ancestrales. Vendrá dentro de poco a esta ciudad".

En la lucha contra el padre, que es el combate de la vocación que se defiende frente a aquellos que quieren prohibirla, lanza un grito de rebelión en el poema de los cuadernos de su hermana, "El Liceo": "Toda mi pobre vida/ en una jaula triste, mi juventud perdida.../ Pero no importa, ¡vamos!, pues mañana o pasado/ seré burgués lo mismo que cualquier abogado,/ que cualquier doctorcito que usa lentes y leva,/ cerrados los caminos hacia la luna nueva.../ ¡Qué diablos, y en la vida, como en una revista,/ un poeta se tiene que graduar de dentista!". El poema siguiente recibe un nombre del mismo signo, "Norma de rebeldía": "Ser un árbol con alas.... con las alas abiertas entregarlos al vuelo".

Aparte de escribir en los cuadernos de su hermana, lo hacía en papel con membrete del diario *La Mañana*, de su tío Orlando. Desde entonces invariablemente firma como Pablo Neruda.

Su hermana Laura Reyes Candia conservó otro de los cuadernos manuscritos firmados por Pablo Neruda con el título del proyecto del libro "Helios". Desde niño le gustó unir a la poesía el dibujo y luego la pintura. Solía él mismo esbozar rústicas portadas.

"Manos de campesino", publicado en la revista *Selva Austral* de Temuco, en 1920, no es, como se ha dicho, el primer poema en que se advierte la intención social del poeta, pero sí donde ella se configura claramente.

El tema se junta a otra preocupación esencial; el amor, amor huidizo: "Cada vez que te tengo —amor— entre las manos/ no sé cómo te llegas ni sé cómo te vas".

En el poema que llama directamente "El placer", el poeta registrará las nuevas experiencias del macho joven con desnuda franqueza: "Como un surco en descanso sentí tu cuerpo abrirse/ por recibir la ofrenda máxima de mi ser.../ Sentir.... tremar. Y, oh carne, hundirse, hundirse, hundirse,/ así como los soles en el atardecer".

17. ¿Prosista a la fuerza?

Aunque nunca habló con entusiasmo de su prosa, sin embargo la escribió desde el primer hasta el último momento. Mirando la muerte, dictó las páginas finales de *Confieso que he vivido*. Escribió prosa periodística, prosa de cartel y prosa suprema.

No es posible seguir su trayectoria sin adentrarse en esa línea ascendente señalada por su poesía y también su prosa.

Un *leitmotiv* de la prosa nerudiana inicial es el antiprovincianismo, la rebelión contra el ambiente mediocre. El muchacho de quince años lee a Azorín por el revés. Detesta los pueblos grises, que encuentra demasiado tristes. Zahiére, además, la literatura ramplona, las metáforas huecas como monedas de circulación forzosa; se burla de *la alabanza de la raza heroica, los copihues rojos como la sangre, las selvas impenetrables*.

Critica a *la gente distinguida, aquella que se pasea todas las tardes por la plaza*. Les endilga epítetos: *frívolos, vulgares, gomosos*, más o menos cursis. La gente realmente *distinguida* para él es la que trabaja, escribe, lee; la que sostiene su dignidad en la soledad de sus sueños. Este artículo es incisivo, con sabor a melodrama o folletín. Lo ha motivado un hecho personal y concreto: rechaza ser excluido porque su padre ha sido obrero, es conductor de trenes, no pertenece a la gente bien. Como un reto al mundo oficial, se proclama abiertamente poeta. Viste como tal: anda con una ancha capa negra. Está enamorado de una niña... de sociedad. La familia de ella lo rechaza porque él es un *roto*. Le añaden el apodo ridiculizante, llamándolo "El Jote". Si fuera "El Cuervo" poético de Edgard Allan Poe, tal vez aceptaría la comparación. Pero "El Jote" es un insulto, al cual replica con la fuerza que será siempre su característica. El tema vuelve en los artículos siguientes: "Cómo odiamos, cómo odias tú, lector joven y fuerte que lees estas líneas, a esa gente indiferente y egoísta que no mira los dolores de nadie, que se escurre venenosamente bajo sus paraguas enlutados, mientras la rabia del invierno se deshace en aguas...". Él no se avergüenza de proclamar que "la llamarada ardiente del sexo, el goce" ya ha sido descubierta y lo atrae como la cosa más simple y maravillosa pero rechaza al filisteo libidinoso, al hipócrita santurrón que no va a ver los bailes, sino las piernas de las bailarinas rusas.

Tiene quince-dieciséis años y se proclama rebelde con estridencia. En sus "Glosas de la ciudad", bajo el título "Empleado", postula sin circunloquios la lucha de clases: "Nosotros —dice— lo llamamos explotación, capital, abuso. Los diarios que tú lees, en el tranvía, apurado, lo llaman orden, derecho, patria, etcétera. Tal vez te halles débil. No. Aquí estamos nosotros, nosotros, que ya no estamos solos, que somos iguales a ti, y, como tú, explotados y doloridos, pero rebeldes".⁶ O sea, ese poeta del amor fue tentado por el demonio de la política, y, lo que es más terrible aún, de la política revolucionaria desde la adolescencia.

A ratos el lenguaje despidе un olor mezclado, ácrata y poético. Habla por los *explotados de todas las fábricas del universo*. Toma en solfa el ídolo de la patria guerrera. Invita a la rebelión cotidiana. Escribe alguna de esas proclamas publicadas en *Claridad*, redactadas casi siempre por jóvenes universitarios anarcosindicalistas, que saludaban en la Revolución de Octubre el comienzo de la época nueva. En sus memorias, Neruda recuerda que en cuanto llegó a Santiago se sumó de inmediato a la ideología anarco-sindicalista estudiantil. Para firmar sus prosas usa diversas clases de seudónimos. Se firma a ratos Lorenzo Rivas. Su "Cartel" *Miserable* lo suscribe como Sacha, tomado del personaje Sachka Yegulev, de Leonidas Andreiev.

El verde prosista Neruda empieza por el pronunciamiento encendido. Periodista estudiantil muy de época, mostrará desde el primer artículo su garra polémica.



3./ Albertina Azócar, 1922

18. *Los locos años veinte*

Neruda vive todavía en Temuco. Cursa el sexto año de Humanidades en el Liceo. Hay hechos que lo estremecen.

Jóvenes perseguidos políticos de aquel tiempo parten a refugiarse en las más apartadas provincias. Entre ellos, el escritor González Vera, un suave anarquista de ese tiempo, que llega a Temuco en julio de 1920, pocos días después del asalto a la Federación de Estudiantes en Santiago. El fugitivo tenía interés por conocer a ese bisoño autor temucano que publica versos y prosa incendiaria en *Claridad*. Apenas llegado fue a esperarlo a la puerta del Liceo. Vio en sus ojos como dos puntitos oscuros y su rostro afilado como una espada. Daba una impresión de extrema debilidad física, pero advirtió un espíritu resuelto. Hablaba poco y encontró que su sonrisa era dolorosa y cordial. Por las tardes paseaban conversando mientras recorrían el pueblecito vecino, Padre Las Casas.

Después González Vera trabajó como cronista en el diario de Valdivia y volvió a encontrar a su amigo de rostro aguzado en las tertulias de *Claridad*, en la Federación de Estudiantes.

Había que reorganizarse después del asalto tremendo. El asalto era el tema de los mitines. Allí ardía con todos sus fuegos la generación del año 1920, de la cual Neruda sería el poeta más alto. Muchachos lectores de los enciclopedistas, de Proudhon, entusiastas de la Revolución Rusa, enemigos de la guerra, descubrían que su país marginal, situado en un borde delgado del mundo, no tenía nada que ver con la justicia ni con el respeto a la dignidad humana del trabajador. Era una generación de asambleas, en debate constante, donde se mezclaba a la discusión política el fervor literario y el ansia vaga de una cultura nueva. En las largas veladas, que solían extenderse hasta horas de la madrugada, la controversia se entregaba a la pasión del choque de ideas. Como suele suceder en las reuniones estudiantiles, el orador no siempre fundía la realidad con el argumento romántico. Cuando Pablo Neruda llegó a Santiago tenía dieciséis años y se fue casi de inmediato a la Federación de Estudiantes. Sintió un deslumbramiento. Los oradores de más prestancia eran Juan Galdulfo, a quien dedica su primer libro publicado, *Crepusculario*,

Pedro León Ugalde, Santiago Labarca, Eugenio González Rojas, González Vera, Rubén Azócar y tantos otros.

Allí estaban también Óscar Schnake, Daniel Schweitzer, el poeta Roberto Meza Fuentes. Tiempos de bohemia obligatoria, cuando se fumaba tabaco malo, se jugaba apasionadamente al billar, se bebía "leche con parafina" y se vivía al crédito, empeñando relojes o prendas de vestir en la Tía Rica, el Monte de Piedad chileno de la época, o tomando o comiendo al fiado en la cantina o en el bar de mala muerte de todas las esquinas.

Conversando sobre esa época, cuando le pregunto respecto a Juan Gandulfo y el motivo por el cual el poeta le dedicó su primer libro, Pablo hace un gesto de duda.

—Tenía pasta del político fogoso —me dice—; nunca he visto un panfletista semejante. De haber vivido más, no sé, tal vez habría evolucionado políticamente, pero esto es una incógnita.

El tribuno electrizante murió el 27 de diciembre de 1931, en un accidente de automóvil, cuando iba en camino hacia Viña del Mar. Tenía treinta y seis años, y Neruda recibió la noticia en el Oriente. Había muerto el líder estudiantil carismático de la generación del año 1920, en la cuesta de Zapata, a unos doscientos metros de la recta de Casablanca.

El año 1920, el 21, el 22, todo el período de la vida universitaria nerudiana transcurre bajo el signo de la crisis que ha paralizado las salitreras, multiplicado la desocupación, aumentando el descontento de los trabajadores, clima que envuelve por entero a los estudiantes de la Universidad de Chile. No les gustaba usar la expresión "política". Preferían otra de la cual se hablaba a troche y moche y se había instalado en el tapete de todas las controversias. Era la "Cuestión Social". El destino de la clase obrera, que los poderes constituidos no veían sino como una masa ignara, nacida para ser explotada. Así como Gómez Rojas y luego Neruda fueron los poetas de esa generación, Juan Gandulfo encarnó el político. Para la gente bien pesante él era enemigo de todo lo que merecía respeto: el orden, la patria, la propiedad, la religión y la moral. Era el traidor anarquista vendido al "oro peruano". Siempre necesitan un "oro" al cual se vende aquel que pone en duda la legitimidad del sistema. Cuando Ladislao Errázuriz, propietario de grandes viñas, en vista de que la crisis estaba a punto de reventar la caldera, inventó un *casus belli* en la frontera con Perú-Bolivia, movilizó al ejército al norte y llamó a cuartel a varios contingentes, Juan Gandulfo contestó con una palabra lapidaria: "¡Mentira!". Esta sola palabra le valió meses de cárcel. Neruda, como sabemos, solía es-

cribir en *Claridad* los "Carteles", pero su redactor más frecuente era Gandulfo, bajo el seudónimo de Juan Guerra. Tenía la retórica de la época y le prendía fuego cierta viva elocuencia. "¡Siempre juventud! ¡La tierra es propicia, el momento es único!", decía en el número 14 de *Claridad*. Pequeño, débil en apariencia, tenía nueve años más que Neruda. Y eso para el caso es mucha diferencia. El escritor Manuel Rojas, un obrero errante, vinculado a esa generación, consideró que el rasgo dominante en Gandulfo lo constituía la audacia.

No todos eran tribunos, pero todos compartían el principio nacido en 1918, bajo la inspiración del movimiento de Reforma Universitaria de Córdoba. El lema era: "Acercándose al obrero, mano a mano, corazón a corazón, para realizar una obra de justicia social". Esto fue tachado de obra revolucionaria y anti-patriótica. Esos jóvenes cometieron otros crímenes: fundaron la Universidad Popular Lastarria, el Centro de Pedagogía abrió el primer Liceo Nocturno. En junio de 1920 sumaron otros delitos. La Convención Estudiantil, debatiendo la "Cuestión Social" y las "Orientaciones internacionales", declaró que había que subordinar "el interés del individuo, de la familia y de la patria, a los supremos ideales de justicia y fraternidad humana". Esto constituía una herejía y una obscenidad. En el Senado, un honorable padre conscripto manifestó que los sostenedores de tales ideas "debían envejecer y morir en la cárcel".

19. *Unamuno y los accionistas del patriotismo*

Los acontecimientos se precipitaron desbordando el vaso de la gente exquisita, que lleva adelante a toda máquina la representación del sainete "Guerra de don Ladislao", vinculado a maniobras electorales tendientes a evitar el triunfo del equívoco candidato de la Alianza Liberal, Arturo Alessandri, a quien también la propaganda conservadora tildaba muy novedosamente de estar pagado, no ya por uno sino por dos oros: el Oro del Perú y el Oro de Moscú, amén de ser un émulo del drástico, misterioso y lejano Iván el Terrible. El presidente Juan Luis Sanfuentes, junto con su Ministro de la Guerra, Ladislao Errázuriz, decretan la movilización. El día 18 de julio de 1920 se reúne extraordinariamente la Federación de Estudiantes para discutir el peligro que envuelven los preparativos bélicos. Al día siguiente pasa frente a la sede estudiantil, Ahumada, número 73, una multitud

de guardias blancos gritando "Viva la guerra" y "A Lima". Agreden a Santiago Labarca y a Juan Gandulfo. Luego destruyen la imprenta Numen y destrozan los originales de una novela de José Santos González Vera, *El conventillo*. Julio Valente, uno de los socios de la imprenta, estuvo preso en la penitenciaría durante seis meses. Como los diarios no quisieron publicar nada sobre esto, la Federación de Estudiantes hizo imprimir sus acuerdos y denuncias en octavillas que los estudiantes y obreros repartieron mano a mano a los transeúntes, razón por la cual fueron apaleados y arrestados. Al otro día, 21 de julio, alrededor de la 1:30 a.m., se consumó el asalto al Club de los Estudiantes. Se dieron el gusto: lanzaron a la calle los muebles y quemaron todo lo que encontraron dentro.

Como en el caso de García Lorca, dieciséis años más tarde, la poesía tuvo que pagar un tributo especial. Al dirigente estudiantil y poeta José Domingo Gómez Rojas, junto a obreros y estudiantes, se lo llevaron a la penitenciaría. Lo golpearon tanto, lo torturaron de tal modo, que perdió la razón. Trasladado a la Casa de Orates, murió virtualmente asesinado el 25 de septiembre. Era un poeta de enorme temperamento, muerto cuando apenas empezaba su obra.

Don Miguel de Unamuno, el 26 de julio, escribió desde Salamanca un mensaje de protesta y solidaridad, que no ha perdido vigencia:

¡Orden! ¡Orden! Claman los accionistas del patriotismo, los fariseos como aquellos que hicieron crucificar a Cristo por antipatriota. Volverán sobre el principio de autoridad para que no se vea que la civilización se asienta sobre el fin de autoridad y que este fin es la justicia. Ahí como aquí. Que ahí, en ese generoso y noble Chile, donde se mezclan las sangres de Valdivia y Caupolicán —y no poca de mi sangre vasca—, ha sido una oligarquía pseudoaristocrática plutocrática, que tenía su tesoro cerca del altar y al amparo del cuartel, la que ha dado origen a vuestra leyenda negra, a la leyenda del Chile imperialista y prusiánico, revolcándose en guano y salitre. ¡Y ellos hablan de patria! ¡Esos! ¡Los accionistas del patriotismo! Para ellos la patria es una empresa o una hipoteca de los tenedores de la deuda. Y los sin tierra son los sin patria: los que andan bajo tierra, en oscuras galerías, sin recibir la luz del sol que sobre todos luce. He visto que se os acusa de vendidos a la plata peruana. No podían acudir a otra argucia. Es lo de todas partes. Estos accionistas del patriotismo no se explican actitud ninguna sino por el dinero, que es su único Dios.

¡Los patriotas de profesión! ¡Los profesionales de la patriotería! Los capitanes que asaltan una imprenta. He leído la lista de las personas que tomaron parte en el asalto y saqueo y he visto que dicen que uno era piloto y sportman. Y no sé ahí, pero sportman quiere decir holgazán y hombre de poca o ninguna sal en la mollera. Y veo que los más de esos asaltantes eran estudiantes. No estudiosos, claro. ¡Estudiantes de patriotería!

Conozco a esos tristes estudiantes, cachorros de la oligarquía plutocrática y accionista del patriotismo. Conozco a esos estudiantes. Son los mismos que hacían aquí de "policías honorarios" y que un día se prestarán a hacer de "verdugos honorarios" para establecer el principio de autoridad, el orden, ahogando su fin, la justicia. Son los de ahora tiempos de suprema prueba y agonía y congojas del parto. Del parto de la actividad universal y humana, de la justicia entre los pueblos. El imperialismo militarista y plutocrático se resiste en sus últimas fronteras y asalta imprentas. Su odio es la inteligencia. En sacristías y cuartos de banderas se pronuncia el mote de intelectual con un fingido desdén de dientes apretados. Con un desdén que envuelve la envidia y la rabia de la impotencia.

Con la baraja o la ruleta de entretenimientos, los reyes y accionistas del patriotismo y valientes de profesión. Aquí al menos —España— es éste el mismo despotismo que en Europa queda; sólo campean a sus anchas el juego de azar, la pornografía más baja, la servilidad a las autoridades y los negocios turbios.

Por encima del océano, tumba de tantas esperanzas y cuna de muchas más, les tiende una mano trémula y cálida...

20. *Pensiones y conventillos*

A poeta muerto, poeta puesto. Gómez Rojas tenía un talento dramático, podríamos decir trágico. Y una fuerza inmensa. Era el poeta para una juventud romántica y anárquica. Su muerte produjo una sensación de escalofrío. ¿La juventud se quedaba sin la voz que pudiera cantarla a todo pecho, con la grandeza de un corazón que respiraba profundo y hablaba claro, con hermosura que no era lindura?

Como si las generaciones y los pueblos necesitados de decir lo que sienten promovieran en su seno las personalidades capaces de expresarlos, así, muy pronto, se tuvo la revelación de que aparecía el nuevo poeta que hablaría por todos. En el concurso propiciado por la Federación de Estudiantes, el jurado emitió su

veredicto el 14 de octubre de 1921. El poema apareció publicado al día siguiente en la revista *Claridad* y lo aprendieron de memoria miles de jóvenes. Es "La canción de la fiesta":

Hoy que la tierra madura se cimbra
en un temblor polvoroso y violento,
van nuestras jóvenes almas henchidas
como las velas de un barco en el viento.

En ese Pentateuco autobiográfico, *Memorial de Isla Negra*, muchos años después, bajo el número "1921", Neruda habla del acontecimiento: "La canción de la fiesta... Octubre./ premio/ de la Primavera:/ un Pierrot de voz ancha que desata/ mi poesía sobre la locura/ y yo, delgado filo/ de espada negra entre jazmín y máscaras/ andando aún ceñudamente solo./ cortando multitud con la melancolía/ del viento sur, bajo los cascabeles/ y el desarrollo de las serpentinatas".

La juventud tenía a su poeta. Los poemas que vendrían enseñados, numerosos, como un agua continua de catarata, dirían con más claridad que nunca que el país contaba con un poeta a la altura de su antigua proveedora de libros en Temuco, Gabriela Mistral.

En todas partes donde iba querían que el poeta recitara "La canción de la fiesta". Como después le sucedió con su "Farewell", Neruda se aburrió de hacerlo. No le gusta leer sino lo que acaba de escribir. Y menos le place repetir.

Así como alguna vez hicimos una peregrinación hacia la casa natal del poeta, en nuestras conversaciones peripatéticas siempre había un trasfondo de redescubrimientos, momentos distantes, personas, casas, pensiones, plazas. Hablábamos de todo y de cualquier cosa. A veces, de literatura; habitualmente, de política, y, aunque yo no pensaba escribir nada muy biográfico sobre el poeta, irremediamente, en algún sentido, surgía una pregunta sobre episodios de los cuales había oído o encontrado alguna mención en la abundante literatura producida en torno a Neruda. De repente él me decía:

—Mira, ésta es la casa de la calle Padura.

—Pero si ésta es la calle Club Hípico...

—Antes se llamaba Padura. Más bonito. Aquí viví en 1922.

Pienso que son los días en que escribe *Crepusculario*. Vivía casi como un personaje de Gorki. La casa era, en realidad, un conventillo. En la pieza aparecían sus amigos. Tenía por todo un catre de fierro, una manta indígena, un velador con palmatoria,

donde la vela se encendía para la poesía, se apagaba para la conversación. Claro, tenían dieciocho, veinte años. No les era tan difícil dormir en el suelo de ladrillos. Uno, el más caballero, Orlando Oyarzún, aspiraba a ser comerciante para sacar a sus amigos de pobrezas, de esas paredes mal revocadas con cal. Sería capitalista, sueño que no compartía ninguno más de la banda de Neruda. Orlando podía entonces dormir tranquilo tapándose con la página editorial de *El Mercurio*. La casa estaba cerca de la plaza Manuel Rodríguez, en el viejo Santiago del siglo XIX, ya en decadencia, y tenía, por tanto, un cierto aire amable, interrumpido a menudo por los escandalosos gritos nocturnos de estos saltimbanquis.

21. *Maruri, los crepúsculos*

Neruda dijo que podía olvidar todos los números, el de sus casas, de su teléfono, pero nunca olvidaría una dirección exacta: Maruri 513. La casa de "Los crepúsculos de Maruri". Viví, cuando llegué de provincias a estudiar en la Escuela de Leyes en la Universidad de Chile, también en la inevitable calle Maruri. Calle de pobres y de estudiantes sin plata. Viví allí diez años después de Neruda. Y, sin duda, la calle no había cambiado nada desde entonces. Paralela a Independencia, en el costado norte del río Mapocho, se aproxima al barrio bravo entonces llamado Las Hornillas, donde reinaban el malevaje y los prostíbulos. Y uno se preguntaba (*Crepusculario* era un libro de poesía): ¿y aquí está la poesía? Sí, allí, en el lugar más antipoético del mundo, la poesía surge por obra del poeta. Así surgió (lentísimo) "La tarde sobre los tejados cae y cae... ¿Quién le dio para que viniera alas de ave?". Allí escribió un poema que sigo escuchando en muchas voces: "...esa mariposa de otoño que volotea, revolotea y desaparece". Y la misteriosa sugerencia de la palabra *saudade*, "esta dulce palabra de perfumes ambiguos". La adivina en Eça de Queiroz. "Oiga, vecino, ¿sabe el significado de esta palabra blanca que como un pez se evade?"

Una de esas pensiones de medio morir saltando estaba en Maruri. Era una calle gris que verdaderamente tenía el olor a gas, a ladrillo añejo y a café de higos, que el poeta olfateó de inmediato en el mes de marzo del año 1921, cuando se bajó del tren nocturno y llegó a vivir a Santiago para estudiar en la Universidad. Él mismo habla de las casas uniformemente feas,

ocupadas por desconocidos y por chinches. El mundo se hacía más sucio, más oscuro y doloroso cuando el otoño y el invierno exterminaban las hojas de los árboles y los volvían desnudos y desolados.

Pero el poeta ve lo que los otros no ven. Siente particularmente. Descubrió lo que nadie descubrió ni antes ni después: que esa humilde calle era visitada por los más extraordinarios crepúsculos. Los iluminados perciben las apariciones de la Virgen o del Señor. Neruda admiraba los ocasos resplandecientes que entraban con sus rápidos efectos luminosos; los juegos de la luz, para desfallecer en cuestión de minutos en su cuarto de aquella calle triste. Como los impresionistas, ¿estimaba la luz sustancia poética? ¿O eran las iluminaciones del fakir? En esa pensión de estudiantes de la calle Maruri rememora que llevó una vida de "hambre completa, escribí mucho más que hasta entonces, pero comí mucho menos". Como para apoyar la teoría famélica de que los poetas hambrientos escriben más y mejor.

Cuando me tocó después vivir en la calle Maruri, cada mañana, a las ocho, veía subir a la góndola a una hermosa estudiante de boina que cursaba la asignatura de Historia en el Pedagógico y que con el tiempo se casaría con Salvador Allende. Había que hacer acrobacias. Viajábamos como podíamos en roñosos autobuses que indicaban el trayecto hacia Avenida España, donde se descargaban los alumnos del Pedagógico. Los vehículos destaralados eran llamados por todos *góndolas*. Ilegítimo triunfo de la poesía, porque Santiago nunca ha sido ni jamás será Venecia, ni la Alameda el Gran Canal. Así como Byron, un siglo antes, descubría las bellezas del Rialto, Neruda revelaba el encanto oculto de los crepúsculos de Maruri.

Después volvimos con él al barrio que quedaba entre el Pedagógico y la Estación Central. A la casa de la calle García Reyes, 25. Abajo, retrospectivamente, estaba el puesto de frutas de doña Delmira, buena amiga. Arriba, los inseparables de entonces. Tomás Lago y Neruda comenzaron a trabajar en la traducción de *El Negro del "Narcissus"*, obra de uno de sus escritores admirados de entonces, Joseph Conrad. Ese barco no llegó a puerto.

La pandilla era tan pobre que Neruda, un día de amanecida, soltó en la calle, a lo François Villon, una enorme maldición contra las privaciones, las miserias y la mala suerte de los poetas, que los hacía rugir de necesidad. Tomás Lago se sumó a la imprecación. Pero Orlando, el proyectado financista que, sin tener un centavo, leía la página de la Bolsa en *El Mercurio*, sacando un vozarrón, más estentóreo que el de los demás, lanzó

una arenga estimulante: "Muchachos, no se preocupen. Esto va a cambiar. Tengo el palpito". Los demás no creían en el palpito. Pero el brujo Orlando tenía fe en la hechicería y en los negocios. Leía el porvenir en la bola de cristal o en la página bursátil.

22. ¿Por qué Neruda?

En una carta a su hermana Laura, le escribe: "No he perdido la costumbre de comer todos los días". La satisfacción de dicho hábito no se sujetaba a garantía. El tema de la poesía y el hambre estaba de moda en su círculo de relaciones.

Cuando llegó a Santiago era un joven ambicioso, pero desnutrido. El poema premiado en 1921, la "Canción de la fiesta", no pudo leerlo personalmente. Lo hizo el que entonces era una especie de dictador de los concursos literarios y ganador de casi todos los certámenes por el estilo, Roberto Meza Fuentes. Además, tenía ganas de leerlo. El seudónimo del autor que ganó el concurso era Sachka Yegulev. Cuando abrieron el sobre se encontraron con otro seudónimo, Pablo Neruda. La pregunta de por qué adoptó ese nombre se la hicieron mil veces. Lo persiguió hasta el cansancio. El poeta recordó que un gran escritor checo, al mismo tiempo cronista magistral, Erwin Kisch, seguramente movido también por la curiosidad patriótica, por el enigma de que adoptara un apellido checo, lo interrogó al respecto en todas las ciudades del mundo donde lo encontró: en la guerra de España; durante su destierro en México en tiempos del nazismo; en Praga, después de la liberación. Allí lo llevó a la casa de Jan Neruda, en la calle Mala Strana, y le rogó: "Dime finalmente la verdad. Ya soy viejo y te he perseguido desde hace tiempo". Un día en que, como el praguense Kafka, Neruda temía a su padre más que de costumbre, cuando tenía catorce años, decidió cambiar, adoptar un *nom de plume*, precisamente por miedo al progenitor. El suyo no era carnicero, como el de Franz Kafka. Pero los versos tenían la culpa de las malas notas de Nefalí en Matemáticas. El ferroviario, según su hijo, un hombre excelente, ardía en una fobia infernal contra los poetas, respecto de los cuales no entendía para qué servían. ¡Y tocarle a él la desgracia de tener un hijo miembro de esa mala ralea! Casi peor que si fuera un delincuente. Lo que quería era que perteneciera a la gente necesaria. Pensaba como las personas de las capas medias más pobres, procedentes del campesinado, que deseaban ver a

sus hijos subir en la sociedad. Ya que él no disponía de tierras ni de dinero, el único camino para abrirse paso en la vida era que el muchacho estudiara en la Universidad una profesión y recibiera un título rentable y respetable. Por eso llegó a quemar sus libros y los cuadernos en que escribía poesía. Un día, temeroso de que su padre descubriera que no había abandonado la funesta y vergonzosa vocación, cuando tenía que mandar un poema para ser publicado, deseoso de no ser descubierto, porque el nombre Neftalí Reyes como autor desataría todas las furias del airado autor de sus días, se encontró con las páginas de una revista en que había un cuento firmado por Jan Neruda. La palabra Neruda le sonó. El nombre de Pablo le gustaba. Pensó que sería un expediente que duraría unos pocos meses. Treinta y cinco años más tarde, durante los cuales se acostumbó totalmente a su nueva identidad, hasta hacer desaparecer su nombre original, incluso de las reacciones reflejas y de la memoria subconsciente, legalizó este Pablo Neruda, que desplazó y borró en la partida de nacimiento a Neftalí Reyes. Ahora tenía un nombre ficticio que le permitiría esconder ante su padre la pertinacia en la costumbre vil, entre otras cosas porque él no podía prescindir de la exigua mesada paterna.

En las familias de provincias, el estudiante pobre se las ingeniaba para descubrir una tía o pariente que tuviera una pensión en Santiago. Eran baratas. Generalmente, esas residenciales tenían dos características: estaban llenas de pulgas y se comía mal. El poeta concluye que toda una generación de compañeros de Universidad vivió en ellas prácticamente muriéndose de hambre, en el límite de la inanición.

23. *El estudiante*

Ya que tenía que estudiar una profesión y quería que ella le sirviera en algo para trabar contactos con la poesía, se matriculó en la asignatura de Francés. En aquel tiempo, en América Latina el francés aún no había sido desplazado como idioma principal por el inglés. Además, tenía el prestigio de ser el idioma de la cultura. Poder leer en francés directamente a Baudelaire, Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire... Los estudios le sirvieron para devorarlos con una voracidad loca. Cursó los cuatro años reglamentarios. Pero nunca recibió el título. Según él, lo acaparó la política universitaria, que, como hemos visto, era de una inten-

sidad sin respiro. Y también la vida literaria. En las noches de loca bohemia se bebía, pero también se intercambiaban descubrimientos poéticos, se recitaba a los nuevos poetas. El mundo estaba comenzando. El muchacho tenía diecinueve años.

Los años universitarios fueron decisivos. Salvado de la quema de libros y de papeles peligrosos, guardo firmado por Pablo Neruda, un documento mecanografiado, donde traza recuerdos de su juventud estudiantil y política. Tal vez sea útil reproducir su texto, copiando aquella comunicación escrita en papel con el *ex libris* del pez nerudiano.

Isla Negra, abril 1973

En un día del año 1923 pasó por la puerta del viejo Pedagógico el Presidente de la República de entonces, don Arturo Alessandri Palma. Los corrillos de estudiantes allí detenidos no lo saludamos respetuosamente. Lo miramos simplemente con curiosidad, sin hablar. La verdad era que no lo considerábamos nuestro amigo.

El antiguo León de Tarapacá agitó su simbólica melena y su bastón y nos acusó de irrespetuosos e insolentes. Tampoco respondimos, y él pronto siguió andando entre su indignación y su bastón. Medio siglo ha pasado, y ahora un compañero Presidente viene hacia ustedes a dictar una primera clase magistral, a mezclarse en el conocimiento, en la inteligencia y en la vida de estudiantes y maestros.

También nuestro Presidente, nuestros estudiantes, nuestra vida ha cambiado.

Sin embargo, mis recuerdos recorren tiernamente la vieja escuela universitaria en que conocí la amistad, el amor, el sentido de la lucha popular; es decir, el aprendizaje de la conciencia y de la vida. De aquella escuela y de mis alojamientos sucesivos de estudiante pobre salieron a las imprentas mis primeros libros: *Crepusculario*, el año 1923; *20 Poemas*, que cumplirá cincuenta años de vida el próximo año de 1974.

La poesía, la curiosidad delirante, la fermentación de todos los libros, la embriaguez juvenil de hallar otros seres que sueñan los mismos sueños que nosotros, las calles Echaurren, República, Av. España, llenas de pensiones juveniles; los poetas Cifuentes, Sepúlveda, Romeo Murga, Eusebio Ibar, Víctor Barberis, desaparecidos de la existencia, pero no de la poesía; las calles inquietas en que lo impresionante al atardecer era una súbita ráfaga, fragancia de madre selvas o de lilas. Aquellos amores gozosos, lancinantes y efímeros, todo esto condicionó mi existencia.

Nuestros pasos más serios iban hacia la Federación de Estudiantes

de la calle Agustinas. Al pasar, a pocas puertas de ahí, en el umbral de la Federación Obrera, vi muchas veces en chaleco y en mangas de camisa, al hombre más importante de la clase obrera de este siglo: don Luis Emilio Recabarren.

Vayan estos recuerdos como un saludo en el acto inaugural del año académico de 1973, que ustedes celebran en esta mañana. Y, naturalmente, porque ha cambiado todo y porque la transformación revolucionaria que encabeza el Presidente Allende es también acción del pueblo y de la Universidad, pienso que aquellos años son necesario antecedente de lo que hemos alcanzado y de lo que alcanzaremos: ante todo, el sentido de responsabilidad, de lucha, de firmeza hacia nuestros deberes y hacia la generosidad de la cultura, que abre ahora sus más grandes perspectivas históricas en nuestro país. Un fraternal saludo para el vicerrector Ruiz y para el profesor magistral Allende, como para todos ustedes, que son, a la vez, mis antiguos y nuevos compañeros.

Pablo Neruda

El documento tiene su significación. Es un reencuentro, en el último año de su vida, con su juventud estudiantil. Todo está enmarcado dentro del panorama de aquel tiempo, en cuyos ángulos contrapuestos sobresalen Arturo Alessandri Palma, el caudillo burgués, y Luis Emilio Recabarren, el líder obrero. La actualidad está representada política, socialmente, por un hombre que dejó de ser sólo un hombre de su tiempo para transformarse en figura permanente: Salvador Allende.

Pero también ese documento revive su vida estudiantil, las calles próximas al antiguo Pedagógico, la sombra de las pensiones humeantes, los nombres de los poetas de su generación. Evoca los amores y también la pasión civil. Unas pocas puertas más allá de la Federación de Estudiantes está el local de la Federación Obrera. En la historia de Chile de este siglo esa cercanía encierra un símbolo valedero.

Neruda iba casi todos los días, por las tardes, a esa Federación de Estudiantes de la calle Agustinas, de la cual la revista *Claridad*, donde trabaja naturalmente *ad honores*, era su órgano de expresión. Aquél fue el local asaltado. En Chile, las organizaciones populares han sido muchas veces objeto de agresiones, destrucciones, incendios, como aquel que arrasó en pocos minutos con el diario de su tío Orlando una noche en Temuco. Pero entre los asaltos más tristemente célebres de la historia, aparte de la matanza de la escuela Santa María de Iquique, en 1907, particularmente dos se mantienen persistentes en la memoria

colectiva: el incendio de la Federación Obrera en Punta Arenas el 26 de julio de 1920, y el asalto a la Federación de Estudiantes de Chile, consumado cinco días antes en Santiago. Como se puede apreciar las fechas de ambos siniestros son próximas. Corresponden a una misma orden, a una marca regresiva. Y son pálidos anuncios del zafarrancho que sumergiría a Chile en un mar de sangre antes de que se cumpliera medio año del día en que el poeta escribió estas líneas.

24. *Amistad y bohemia*

Sostenía que la amistad es un buen continente para los poetas. "Yo tengo un sentido sureño de la amistad. Nunca he perdido amigos. Sólo la muerte me los ha quitado." La muerte, efectivamente, le arrebató muchos amigos. Los nombres de los que morían los hacía grabar a punzón en los maderos que afirmaban la estructura del bar Alberto Rojas Giménez, en su casa de Isla Negra. Un día oí deletrearlos lentamente a Camilo José Cela. Neruda pensaba que era un sitio indicado para registrar su recuerdo, junto a las botellas coloreadas, a los caldos y piscos del país, a los vinos navegados, para que los sobrevivientes, instalados ante las pequeñas mesas redondas, como en un café, pudieran beber, conversar y tal vez, en algún momento, fijar su mirada en los nombres inscritos en la dura madera y acaso evocarlos fugazmente.

Pero no sólo la muerte le quitó amigos. También las complicaciones de la vida. La guerra de las pasiones le sustrajo algunos con gran violencia. Por ejemplo, su segundo divorcio, el fin de su unión con Delia del Carril, que partió el mundo nerudiano en dos, lo enemistó con íntimos de largos años. Poco antes había dicho: "Ahí ando por las calles de Santiago, sin conversar nunca de libros, con Tomás Lago, igual que hace treinta y cuatro años. Publicamos juntos aquel libro, *Anillos*, en el que las páginas suyas contienen singular poesía". Terminó con Tomás Lago. El clan Neruda fue sacudido por la guerra civil, declarada a raíz de la separación.

Pero el sentido de la amistad a la sureña era auténtico. Conocí a Alejandro Serani muchos años después, en Santiago, como político demócrata, abogado. Neruda dijo alguna vez: "Yo no habría salido nunca de las Humanidades si no hubiera sido por Sacha." Así llamaba a Alejandro. En el Liceo tradujeron juntos a

poetas ingleses. Las Matemáticas, como se sabe, eran la pesadilla y el enemigo mortal de Neftalí. Sacha lo ayudaba. Pero escogían un sitio agradable para estudiar: las orillas del río Cautín. Serani proponía seguir el sistema del Liceo: 45 minutos de clase y quince de recreo. Neftalí estimaba mejor la distribución inversa. Sacha no transaba. Neftalí tenía que aprender Álgebra y Geometría. La hora de estudio transcurría, insoportable. A Neftalí los ojos se le iban al agua y a las flores de la orilla. Cuando llegaba el descanso, jugaban a las "taguas". Seleccionaban piedras bajas, bien aplanadas, de superficie lisa, y las disparaban a ras del río de tal manera que se sumergieran un poco y reaparecieran enseguida lanzando regueros, como si les brotaran pequeños surtidores.

El dúo de la amistad funcionaba. Jugaban a las "cambiaditas". En el quinto año de Humanidades, Neftalí fue elegido presidente del Ateneo del Liceo, y Sacha, secretario. En la Asociación de Estudiantes, éste ejercía de presidente, y aquél, de secretario. La muralla china, que parecía infranqueable, erigía su baluarte en los exámenes finales del sexto año, para poder optar a la Universidad. Y el dragón que la custodiaba, dispuesto a no permitir que la saltara, eran las Matemáticas. Si Sacha lo ayudó, contó, en verdad, con cierta complicidad del rector, Marco Aurelio Letelier, que tal vez percibía en el muchacho, torpe para las ecuaciones y teoremas, cierto halo invisible que no iluminaría precisamente los números, pero sí las letras.

La primera residencia del poeta en Santiago la compartió con su amigo Sacha, en la Avenida España. Era relativamente decorosa, pero cara para el poeta. Además, la dueña de casa tenía alma de policía. Vigilaba a los amigos y, sobre todo, a las amigas. Metía la nariz en sus movimientos y en sus horas de llegada y salida. Disgustado, Pablo se fue a vivir a un conventillo —más libre y más barato— junto con Rubén Azócar y Tomás Lago. Pero, como la vida es teatral, sucedió que don José del Carmen Reyes vino a Santiago para operarse. Entonces tuvieron que recurrir a un pequeño paso de comedia: el buen Sacha se vino a vivir por unos días al conventillo y el poeta se reinstaló en la casa menos insalubre de Avenida España, mientras duró la permanencia de su padre en la capital.

Las amistades se multiplicaron, reclutadas entre compañeros de Universidad, escritores y artistas. Pronto los sitios de reunión fueron determinadas tabernas, como el Hércules, el Jote, el Venezia, y sitios de un nivel material más alto, como los clubes alemanes de las calles Esmeralda y San Pablo, amén de la Posada

del Corregidor. Se convirtieron en asiduos del cabaret de la Ñata Inés, y después, del Zeppelin. Se juntaban en esa época los poetas Alberto Rojas Giménez, Ángel Cruchaga, Rosamel del Valle, Gerardo Seguel, Homero Arce, Rubén Azócar; los pintores Armando Lira, Julio Ortiz de Zárate, Isaiás Cabezón, Israel Roa, Paschin, el caricaturista Víctor Bianchi, quien más de veinte años después, ayudaría a Neruda a cruzar la cordillera, en los días de la persecución de González Videla. Había otros contertulios, como sus grandes amigos Orlando Oyarzún y los incorregibles bohemios periodistas Antonio Rocco del Campo y Renato Monestier. Cantaban en los idiomas que conocían y en aquellos que desconocían. En medio de las copas y del desafinado coro, la poesía. Alguien sacaba un libro y decía algo sobre el autor. En esas reuniones se dijeron por primera vez en Chile los nombres de Marcel Proust y James Joyce. Más tarde, cuando alguien inquirió sobre influencias recibidas, Neruda respondió: "Hay una de la cual nunca se habla y que, sin embargo, ha sido para mí muy importante: la influencia de Proust". Tradujo entonces al castellano algunos poemas de Joyce.

Esa camaradería viril nunca lo abandonó. En Maruri y en García Reyes, su compañero de cuarto era Tomás. Pero siempre hubo entre ellos un trato respetuoso, entre otras cosas, traducido en el hecho de que nunca se tutearan. Muchas veces los oímos decirse: "Usted, Pablo"; "Usted, Tomás". Ese *usted* chileno es curioso. Antes los cónyuges entre sí siempre se trataban de usted. Muchas parejas siguen haciéndolo así. Por supuesto, los hijos trataban a sus padres de usted, hábito que ahora virtualmente ha desaparecido. Por ese tiempo, hasta los padres solían de tratar de usted a los hijos.

Diego Muñoz cuenta que cierta vez le encargaron decorar las paredes de lo que sería el cabaret Zeppelin. En el contrato se especificaba una forma de pago medio estrambótica, medio etflica: cinco mil pesos en dinero y cinco mil pesos en bebidas a precio de costo. El muralista y sus amigos tenían que pagarse tomando veinticinco mil botellas de cerveza o su equivalente en otros consumos. Los jóvenes de la banda estuvieron largos meses sin padecer sed. El mismo Diego Muñoz cuenta que la Ñata Inés, la dueña del cabaret, quería mucho a esa que llamaba su patrulla juvenil. Les daba crédito. Sobre el escenario cantaba una joven tuerta que tapaba la cuenca sin ojo con el pelo. Eran habitués del jarro de "clery". Si tocaba un anfitrión generoso venían los vinos. Y el baile. Neruda no bailaba.

Rojas Giménez se me acercó un mediodía en el *hall* de entrada, colmado, de la Casa Central de la Universidad de Chile, que siempre estaba desbordante. A esa hora no cabía un alfiler. Los estudiantes se preparaban para una excursión fuera de la ciudad, que naturalmente no estaría regida por la Ley Seca. Rojas Giménez me pidió dinero para pagar su cuota. "Por desgracia —le respondí—, no tengo un centavo." Tenía yo ganas de ir y no pude. Él tenía ganas de ir y fue. Siempre iba, especialmente allí donde sospechaba que la alegría podía saltar como el corcho de una botella. Era un poeta fino, sutil. Durante años no pude sacarme de la memoria una joyita suya, que cito sin texto, seguramente equivocándome: "Tus palabras son pequeñas. Sin embargo, yo amo tus palabras. Hay en ellas tanto de ti que no es necesario un hondo sentido para llenarme de gracia". Terminaba diciendo que ellas revoloteaban en torno a él como mariposas alrededor de la lámpara. Así revoloteó él por la vida y así se consumió, encandilado por la luz que no podía controlar y por la sed más devorante. En cierto sentido, perteneció a una generación trágica. Junto al poeta Aliro Oyarzún, hermano de Orlando, autor de *El barco amarillo*.

El más bohemio entre estos bohemios era Alberto Rojas Giménez, al que conocí en la década del 30. Era el mago de las locuras, de las ideas frenéticas y de las pajaritas de papel. Escribió poemas siempre hermosos, que suelen republicarse como la imagen de un talento que la bohemia destruyó, así como lo mató a él, tempranamente. Lo recuerdo entrando a los actos estudiantiles en el Palacio de Bellas Artes. Alguien le pedía que dijera algunas cosas, realizara alguna provocación o recordara su vida en París o a su amigo Neruda. Se instalaba en la mesa y aceptaba con una condición: que le trajeran primero una botella.

Rojas Giménez era muy distinto de Pablo, el desenfadado por excelencia, un individuo hedonista, pánico, adorador del vino, epicúreo de todos los días y bohemio de todas las noches y amaneceres. Tenía algo que en el grupo escaseaba: el ángel tabernario, la gracia teatral, su capacidad de convertir en espectáculo divertido todo, su don de comunicación y su simpatía a chorros. Para el melancólico Neruda de entonces fue como la aparición de su revés. Y ese lado alegremente demoníaco de Rojas Giménez sin duda lo atraía y le daba un poco de miedo. Si leemos su poesía de entonces, *Crepusculario*, *Veinte poemas de amor*, *El hondero entusiasta*, nos encontramos con un hombre triste al cual

le atrae también el desborde dionisiaco. Tal vez traía de Temuco el hábito de la comida y del vino compartidos. En ese sentido, Rojas Giménez fue el Tentador que le insinuaba los goces del cielo y del infierno, que lo invitaba a no temer dar la luz verde a los placeres. Orlando Oyarzún se pregunta si influyó mucho Rojas Giménez en la determinación que adoptó Neruda de dejar sus estudios de Pedagogía y entregarse por entero a la literatura. Tal vez fue uno de los factores que lo impulsó a tomar esa decisión. De ninguna manera el único ni seguramente el más importante.

Otro miembro de la jocunda partida era el pintor Paschin, seudónimo artístico de Abelardo Bustamante, que soñaba con París. Por una de esas rarezas de la existencia, le cayó un día en suerte un pasaje de primera clase en un barco inglés que hacía la carrera hasta Londres. Le propuso a su amigo Orlando Oyarzún cambiar el pasaje de primera por dos de tercera y viajar ambos a Europa. Esta aceptación le valió a éste una visita de Rojas Giménez, quien le suplicó, desplegando todas sus artes de encantamiento, que le cediera el pasaje. Le enumeró cien razones muy conmovedoras. El bueno de Orlando accedió. Todos fueron a Valparaíso, entre ellos, Neruda, Tomás Lago, a despedir al par de amigos que partían a Europa. Zoilo Escobar ofició de Virgilio para que conocieran los secretos de la noche porteña. No tenían dónde dormir, pero los albergó el periodista Novoa, quien les ofreció colchones y frazadas de diarios. A la mañana siguiente, el grupo se dio cita en la Compañía Naviera para partir el boleto en dos. El agente británico perdió su flema al escuchar tan descabellada proposición. En medio de la desesperación de la concurrencia, se recurrió a la autoridad ejecutiva máxima de la provincia. Rojas Giménez, que estudió con un par de miradas el escenario en aquel gran despacho de un segundo piso que miraba a la Plaza Sotomayor, hizo ante el Intendente un alegato persuasivo: "Si usted me niega este favor, yo no regreso vivo a Santiago y le juro que saltaré por este balcón". A la una y media de la tarde, los dos viajeros se despedían de sus amigos desde la cubierta.

Rojas Giménez era pequeño, un *bellezón*, como decía Neruda, con cierto perfil a lo Rodolfo Valentino, en los tiempos en que el mito del *amante latino* hacía furor y se convertía en un prototipo. Siempre lo asediaban las mujeres, y él parecía ante ellas el hermoso indiferente. Escribió poemas notables, como "Carta océano". De aquel viaje que le regaló Paschin, por cesión generosa de Orlando, salió un libro brevísimo y chispeante, *Chilenos en*

París. Tal vez de allí trajo las pajaritas de papel de Unamuno, que fabricaba y disparaba con excelente puntería en todos los bares que frecuentaba. De sus expendios nocturnos solía partir a la cárcel, desde donde enviaba recados, ilustrados con dibujos, requiriendo dinero, ayuda y libertad.

En una ocasión fue a la Posada del Corregidor, consumió, no tenía dinero con qué pagar. Dejó en prenda el abrigo, la chaqueta. Salió en invierno bajo la lluvia torrencial. Contrajo una pulmonía. Ese organismo disminuido no resistió, y escasos días después fue velado en casa de su hermana, en el barrio Quinta Normal, adonde llegaron los amigos. Poco antes de partir al cementerio, llegó un hombre desconocido de los demás, que miró con detenimiento la cara del difunto. Después, dejando estupefactos a todos, como un acróbata de circo, saltó al otro lado del ataúd, tras lo cual se marchó sin decir palabra. Tal vez pagaba una apuesta o una manda. Los funerales tuvieron el mismo tono. Pocas veces había llovido tanto en Santiago. El cortejo, a pie, cruzó un río Mapocho a punto de desbordarse. Vicente Huidobro marchaba pálido bajo un paraguas chorreando. De vuelta, varios de los amigos pasaron al Quitapenas. Algunos escribieron a Pablo, que entonces estaba en España como Cónsul, comunicándole la noticia. Neruda recibió la carta en Barcelona, entró a la catedral de Santa María del Mar, encendió velas en memoria del amigo y contestó enviando a Chile por correo su poema "Alberto Rojas Giménez viene volando".

Aquel intento religioso por salvar el alma perdida de un gran pecador condenado a los más profundos infiernos habla de su vocación redentora *post mortem* de sus amigos. María de la Luz Uribe, quien trabajó con Neruda en el año 1964, lo escuchó hablar de esas velas que encendió en Santa María del Mar. Su hermano Armando Uribe, poeta autoexigente, católico lúcido, sabio, no prendió velas ni velones, pero estuvo largo tiempo muy cerca de Neruda y lo siguió estando siempre.

26. *Pablo de Rokha*

Los días de inanición, en que no tenían ni para hacer cantar a un ciego, se hacían más largos que el mapa del país. Cuando el padre supo que había abandonado los estudios, enfurecido, le cortó la mesada. La mamadre le enviaba a escondidas un poco de dinero, todo lo que podía, a través de Laurita. Él le escribía

llamándola Coneja, Koneka, Conekita o Laura coneja, diciéndole: "No estoy en edad de no comer todos los días". Los escuálidos giros postales alcanzaban para un suspiro. Comían un día sí, otro no. Se convirtieron en personajes de Quevedo o de Cervantes, en estudiantes pícaros que entraban muertos de hambre a un restaurante de la primera cuadra de la calle San Antonio, que por impropiedad criolla llamaban "Los chinos del Tokio". Si el mozo no estaba a la vista, engullían a hurtadillas el pan que había sobre la mesa, untándolo en la sal, el aceite y el ají de la alcuza. El mozo bienhadado casi nunca aparecía. Varios días volvieron a repetir la operación. Un día, por fin, los atendió. Era un chino, que, con las debidas desfiguraciones del castellano, les dijo:

—A ustedes no se les sirve.

—¿Por qué?

—Porque se comen todo el aceite.

Pasaban buena parte del día imaginando procedimientos para calmar el intestino. Un día Neruda, levantando una ceja, subrayó su papel rector como financista:

—Si no fuera por esta cabeza —dijo, señalando la suya—, no comeríamos nada. Todo lo pienso y todo lo proveo. Y usted, Tomás, coopera poco.

Tomás Lago era orgulloso, y le respondió:

—¡Qué cabeza ni qué ocho cuartos! Si usted lo único que sabe es mandarme todos los días donde Rudecindo Ortega a pedirle cinco pesos o decirle a Orlandillo que vaya a vender un par de libros usados.

En esta situación de famélica penuria los jóvenes poetas se mezclaban fácilmente con el rufián y el tahúr. A veces parecían mendigos y eran sablistas. Por las noches contactaban con mujeres públicas caritativas. Daban la sensación de ociosos y vagabundos. Tenían que satisfacer el hambre todos los días y debían ingeniarse en conseguirlo sin tener plata. Configuraban el tipo nada nuevo en la historia que junta el estudiante y el pícaro, muchas veces a la fuerza, sin condiciones naturales para ejercer ese antiguo oficio. Si don Quijote dice que no hay mayor victoria que la de vencerse a sí mismo, la verdad es que es muy difícil triunfar todos los días sobre el hambre. El Lazarillo de Tormes y Guzmán de Alfarache resultaban para ellos auténticos colegas. En ese momento apareció alguien, diez años mayor, de carácter autoritario y ya más experimentado en el difícil arte de vivir y comer sin tener cómo, que, sin preguntarles su parecer ni proceder a ninguna elección democrática, se constituyó en jefe de la

banda. Era un poeta que había publicado un libro físicamente enorme, convertido de repente en piedra de escándalo y motivo de irrisión por la crítica. En su vida se planteó largamente la antinomia poesía-dinero. Toda ella fue de patética estrechez interrumpida cuando podía por tomaderas y comilonas salvajes.

Tenía que urdir cada mañana cómo matar el hambre ese día. Iba de puerta en puerta ofreciendo sus libros. Se esforzaba por vender arados, maquinaria agrícola. Viajaba por los campos tratando de picar la vanidad de los terratenientes podridos en plata, a fin de encajarles cuadros de autores famosos que, inevitablemente, eran falsificados. Héroe y antihéroe en la batalla cotidiana, esto lo convierte en un aventurero que vive situaciones y estados diferentes. El poeta de treinta años se relaciona con los poetas de veinte, porque los aproximan la poesía, las privaciones, la necesidad de arreglárselas para subsistir. El hombre de anchas espaldas y chuletas dignas de la ópera *Carmen* (tiene el rostro de un conquistador español) camina balanceándose como un oso o un orangután. Emplea un tono imperativo, inapelable, da órdenes a los muchachos para ir a cumplir su deber de pedir plata prestada, de vender libros, cometer pequeñas estafas. Hay ciertos puntos precisos donde se puede sorprender a un amante de la literatura, a un ser candoroso o un espíritu solidario. Las andanzas adquieren así un carácter más organizado, matizadas de digresiones contra la moral burguesa y con misceláneas literarias. Son pobres, pero no tontos. El marco geográfico de la peripecia es la ciudad de Santiago. Cada día contiene un viaje, muchos viajes por diversas calles y medios sociales, para acallar el silbido de las tripas vacías. El éxito raramente es efectivo. Hay muchas negativas y vergüenzas. Pablo y sus compañeros de generación las sienten. Esto de vivir de limosna y arrastrarse por el pan es cruel, como no respetarse a sí mismos. La negación de su valor de hombres. Aunque traten de asumir la visión más naturalista y desprejuiciada de la vida, llegan a considerarlo repugnante. Esa vida huele a huevos podridos. Quieren romper dicha asociación. Pero para ello tenían que rebelarse contra la dictadura del *capo*. Sentían miedo. Estaban abatidos. Temblaban ante su vozarrón y sus amenazas. Para romper las cadenas planearon una sublevación. El lugar fijado de encuentro era el restaurante Hércules. El hombrón llega a la hora acostumbrada. Y ellos vuelven con las manos vacías. Se disculparán pobremente. Serán increpados. Los conjurados están resueltos a enfrentarlo, a romper de una vez por todas la coyunda infamante. Cuando les pide cuentas de las gestiones programadas, contestan que no han juntado un centavo.

Los insulta. El diluvio de improperios los abrumba. No han sido capaces de sacar la voz, como se habían comprometido. Amargados, furiosos consigo mismos, reaccionan luego y lo siguen a la sección urinarios. Allí, en medio de los perfumes propios del lugar, levantan la bandera de la independencia a gritos. El que primero la hace ondear es Tomás Lago. Lo sigue Diego. Pretenden agredir al patrón desconcertado. El demonio grita, pero no echa fuego. Allí no se respira olor a azufre, sino a meados. La insurrección general se extiende a toda la partida. Neruda dice algo. Fue una escena que siempre recordó. Naturalmente, con la distancia del tiempo la contemplaba con ojos entretenidos, risueño, pero subrayando que fue un acto liberador.

Aquel jefe de hambreados, ese hombre de extremos, inmensamente desmesurado, es una figura muy compleja de la literatura chilena. Soñaba con convertirlos también en sus discípulos, ejercer la función de maestro de escuela en la poesía. Creaba la suya como una masa informe, revuelta, intensa, imprecatoria, herética, barroca. El libro ya publicado, que algunos calculaban en kilos, *Los gemidos*, era desorbitado, pero su desequilibrio tenía grandeza. Traduce su desaliento, una mirada sin ilusión. Era un prerrevolucionario. Lo digno es que nunca fue un postrevolucionario. No nació para el ascetismo. Amaba terriblemente la vida, pero ella se le hizo siempre angustia y tensión. Escribió en su contra procacidades. No carecía de humor. Lo expendía en cantidades, cáustico y negro. A la maldita necesidad de pan de todos los días para su mujer delicada y la parvada de niños que se incrementaba cada año, a la vida despiadada no le podía contestar con la serenidad del satisfecho. Era el anverso del cortesano y, sin embargo, debía esforzarse por ser muy amable con el posible comprador del libro autoeditado, del cuadro apócrifo, del involuntario prestamista, lo cual no le cuadraba.

Toda su vida fue azarosa. Ella lo abofeteó y él la abofeteó como pudo, diciéndole cosas tremendas en los libros y queriéndola a morir. Este fallido organizador de los poetas miserables nunca perdonó la sublevación en el Hércules. No sólo por razones, digamos, económicas, sino, sobre todo, literarias. Atacó a ese grupo siempre. Escribió contra Neruda, agresivo y mordaz, no sólo páginas, sino libros enteros. *Neruda y yo* es la coronación de la competencia literaria, llevada hasta la obscenidad como doctrina evangélica. Los sarcasmos no tienen fin. A ratos es escritor festivo y cómico, un satírico. En el fondo era un gran poeta trágico. Tan trágico que se suicidó un día cuando le pareció que en el mundo no había cabida para él.

Pero no luchaba por la desvalorización del hombre. No es un émulo de Maese Cabra. Ni tampoco había nacido para ser jefe de una cofradía de truhanes. Fue una víctima de la ilusión de creer que en esa tierra, en ese mundo en que se movía, podía vivir de la poesía, comiendo gracias a artilugios medievales o con trampas de zarrapastroso financista al centavo. Adoptó a ratos la pose de matón y no era ya tiempo de espadachines. La vida lo obligó a convertirse en arbitrista, en fabricante de cuentos del tío, pero nunca fue un vivillo genuino, de esos naturalmente amorales y temperamentalmente insensibles. No, cuando el estómago le sonaba a hueco, el hombre replicaba al hambre gesticulando exageradamente. Se convertía en un descontento a ratos imponente o lamentable; por momentos, fantástico.

Fue el enemigo más sostenido y majadero que Neruda tuvo en su vida, el grande quevedesco poeta, con esa capacidad de embestida enorme y de furor vaciado en palabrotas, con esa aptitud caricaturesca, desternillante y sombría, el insultador hiperbólico, el hombre que deseó ardientemente la revolución mayor, tal vez para poner fin a su propia desesperanza, y mientras llegaba repartió como pudo mandobles, cobró auténticas o supuestas ingratitudes, e hizo de Pablo Neruda su bestia negra, disparándole al corazón de su poesía. Sólo que no sabía que esa poesía tenía el corazón blindado.

27. *La muchacha de Temuco*

Neruda ha contado en sus memorias, y sobre todo en su poesía, momentos de su vida amorosa y sentimental. Son como focos de teatro que iluminan fugazmente una región secreta más vasta, zonas nocturnas semiocultas o que estuvieran escondidas en la maraña de la historia íntima del poeta.

Alguna vez experimenta una precoz revelación erótica, cuando dos muchachitas hurguetean bajo las ropas del niño asustado, buscando descifrar un enigma. Ya muchacho, atardece sobre el campo cosechado, y una mujer, enmascarada por la noche, se desliza junto a él en la sementera. Después del estremecimiento, la desconocida parte, envuelta por la oscuridad. Y él se queda ignorando la identidad de su cómplice en la aventura maravillosa. El poeta, es decir, el hombre, disfruta el golpe momentáneo de la atracción física tantas veces como para perder la cuenta. Hay relaciones intensas y breves. Hay amores que cuando comien-

zan parecen ser el definitivo. Finalmente existen los grandes amores, que en algunos casos finalizan como grandes desamores.

Un marido infiel quiere aplacar los celos de su mujer diciéndole: "Mi hijita, no se preocupe. Usted es la catedral. Las demás son capillas". Neruda tuvo muchas capillas y unas cuantas catedrales. Catedrales sumergidas bajo el agua de su poesía, que van lentamente reemergiendo a la superficie.

Otros aerolitos surcan con timidez el cielo del poeta en ciernes. Cruza como una centella el nombre de Blanca. El poeta hizo el papel de su noble colega Cyrano de Bergerac. Roxana se llamaba Blanca Wilson y era hija de un herrero de Temuco. Un amigo de Pablo estaba enamorado de ella. Queda decírselo. No se atrevía a declararse de viva voz. No tenía tampoco a mano un ejemplar del *Secretario de los amantes*, para poder copiar la carta correspondiente, pero sí un amigo del cual decían que era poeta y podría, en consecuencia, escribir convincentes misivas de amor. Neruda no sólo era muy amigo de sus amigos, sino que también le encantaba meter la nariz en los corazones ajenos. Redactó las cartas, vaciando sus propios sentimientos con el nombre del otro. Se sustituyó, sintiendo como propias las confesiones ardientes que hacía a Blanca Wilson. Ella estaba medio atónita. No sé si por pálpito, o porque conocía a su supuesto admirador epistolar, dudaba que fuera el verdadero autor de dicha correspondencia, donde percibía algo inusual.

Neruda cuenta que un día ella le preguntó si era él quien escribía las cartas. "No me atreví a renegar de mis obras y muy turbado le respondí que sí. Entonces me pasó un membrillo, que por supuesto no quise comer y guardé como un tesoro. Desplazado así a mi compañero en el corazón de la muchacha, continué escribiéndole cartas de amor y recibiendo membrillos."

El niño se enamoraba sin que las afectadas lo supieran. El poeta mantuvo dentro, prendido, el recuerdo del amor platónico por muchos, muchos años. Un día, bien maduro, lo recordó con aire candoroso porque se está refiriendo a un sentimiento de infancia:

Cuando mi hermana la invitó
y yo salí a abrirle la puerta
entró el Sol, entraron estrellas,
entraron dos trenzas de trigo
y dos ojos interminables.

Esa fijación de la niñez lo inducía a los homenajes, que la mujer motivo de tanta distinción ignoraba. El poeta instala en el

gran *hall* de su casa en Isla Negra un labrado mascarón de proa, al cual bautiza con el nombre de esa niña de quince años descendiente de alemanes. El poema que la evoca tiene un título-pregunta: "¿Dónde estará la Guillermina?".

Cuando lo leen, algunos periodistas se proponen despejar la incógnita, previa investigación con sus pesquisas correspondientes. Encuentran a una abuela sorprendida y viuda, con dos hijos grandes, que no puede disimular su asombro ante la noticia de que le habían dedicado un poema. Su respuesta contiene un delicioso cuadro de época. "¡Hay tantas Guillerminas! Yo lo vi sólo unas cuantas veces cerca de mi casa, pero nunca conversamos..." Luego, una conclusión encantadora: "Entonces se pololeaba de esa manera...".

El amor platónico no durará mucho. Su corazón será a ratos infiel a las muchachas en flor, se fijará en mujeres floridas o que ya han dado frutos. Se enamoró de "la viuda". Amalia Alviso Escalona quedó sola con dos hijos pequeños, a la muerte de su marido. Era hija de norteamericano y de chilena. Según los que la conocieron, una mujer hermosamente carnal. El corazón de Neruda parece tener buena memoria. Su hermana Laura, que vivía en Temuco, recibía cartas de Pablo desde Santiago, Java, Colombo, Rangún, Buenos Aires, Madrid, París, preguntándole por "la viuda", la bella viuda, hija de ricos comerciantes que para él resultó inalcanzable. Todo indica que nunca correspondió a la abierta admiración del joven de oscura capa ferroviaria y negro sombrero alón de otro tiempo.

Existen evidencias de que el poeta, desde muy joven, no fue impecablemente monógamo. Miraba para otros lados y, aunque melancólico, se reía en la fila. ¿Los *Veinte poemas de amor* están dedicados sólo a dos muchachas? Comúnmente se cree que basta con Terusa y Albertina. Pero, de repente, muchos años después, el poeta, embriagado por la reminiscencia, suelta la pepa:

Puerto Saavedra tenía olor a ola marina y a madreSelva. Detrás de cada casa había jardines con glorietas y las enredaderas perfumaban la soledad de aquellos días transparentes. Allí también me sorprendieron los ojos negros y repentinos de María Parodi. Cambiábamos papelitos muy doblados para que desaparecieran en la mano. Más tarde escribí para ella el número diecinueve de mis *Veinte poemas*. Puerto Saavedra está también en todo el resto de ese libro, con sus muelles, sus pinos y su inagotable aleteo de gaviotas.

Ahora me doy cuenta que he estado relatando cosas sin importancia. Aquellos sótanos, y aquellos libros, y aquellos ojos negros se los llevó tal vez el viento.⁷

Luego aparecieron las tres Bombal, María Luisa y sus dos hermanas mellizas. En las vacaciones de verano se dejaban caer en Temuco, escandalizando al pueblo. Eran lindas, con chasquillas, o melena a la *garçonne*; se vestían según la moda de París o de la capital. Les gustaba a morir hacerse pasar por extranjeras y, además, posar de locas y comportarse como ligeras de cascos. Habían conocido a Pablo en Santiago... Buscándolo en Temuco golpeaban a la puerta de su casa. Solía abrirles doña Trinidad, con su cara virtuosa, que se asustaba ante la presencia de estas afuerinas de mala fama, y siempre respondía de sopetón: "No está". Quería protegerlo del demonio-mujer.

Partían entonces las tres, muertas de la risa, y se sentaban en la plaza de Temuco. Empezaban a hacer cosas estrafalarias que llamaran la atención de los provincianos. Se ponían a tomar helados, bailaban charleston, recitaban en voz alta hasta que, de repente, aparecía el esperado, que tal vez estaba un poco enamorado de una de ellas, Loreto. Pasados muchos años, Neruda llegó un día con Matilde a visitarla a Viña del Mar. Loreto tenía un tumor en el cerebro. Pablo entró solo a verla. Trató de alegrarla recordándole las escenas de la plaza de Temuco. Salió deshecho. Ella murió poco después.

Sin embargo, su gran amor de provincia es Terusa. Así la llama en *Memorial de Isla Negra*. El poeta la recuerda alegre, luminosa. Otro pequeño detalle: ¡Qué pimpollo! Tenía ese algo distinto que descubren los enamorados. Y en este caso particular, también los otros. ¿O todos estaban enamorados de ella? En 1920 fue elegida Reina de las Fiestas de la Primavera en Temuco. Neruda era el poeta de los versos premiados en honor de la soberana. La poesía los acercó. Ella se le convirtió en la musa que ejercía el efecto de bomba impelente que hacía subir el agua de la inspiración poética y a veces la prosa enamorada. "Mujer, en esos momentos te amo sin amarte..., pero tu amor descansa más adentro y más allá de mí mismo. Vaso maravillado que trajo hasta mis labios el vino más dulce, vaso de amor", le dice en "Aquel bote salvavidas".⁸

Amor adolescente en tiempos que usaban cinturón de castidad. Estamos todavía muy lejos de la revolución sexual. Las niñas deben mantenerse vírgenes y el temor al embarazo es paralizante. El joven lo dice de alguna manera en la prosa de "Pudo esta página": "El deseo sube como una ola sobre el horizonte de nuestra vida. Y muere como una ola. Ese es el drama... que no haya, entonces, que no haya nunca una corola para mi corazón de abeja, que no haya nunca un nido para mi corazón de

pájaro viajero, y que nunca encuentre la flauta que necesita mi boca de pastor”.

¿Prurito de ocultamiento, necesidad de clandestinidad? Para esconder la relación a los ojos del mundo, él se autodesigna Paolo. Es el comienzo del camino al seudónimo definitivo. Lo toma del italiano y el agente intermediario se llama D'Annunzio. “Y al irme, he dejado escrito tu nombre, y mi nombre, en la arena mojada.” Era un letrado grande, ancho, así:

PAOLO
TERESA

Hace una advertencia: el letrado grabado en las playas de Puerto Saavedra “era más bonito que éste”.

Este Paolo, que castellaniza en Pablo, se inspira en una pareja de amantes arrebatados por el frenesí amoroso. Recorrí alguna vez el tablado de esas pasiones, caminando por un Rimini actualizado. Antes, ubicándose en los días de Mussolini, lo dice con ojo mágico en *Amarcord* un oriundo de la ciudad, el adolescente onírico llamado Federico Fellini. Como nuestro poeta, expresa la agitación del furioso, desesperado y a la vez jubiloso despertar de sus sueños eróticos. Pero en aquel momento Neruda tiende a consustanciarse con los personajes clásicos. En “Ivresse”, él es Paolo, y ella, Francesca:

Hoy que danza en mi cuerpo la pasión de Paolo
y ebrio de un sueño alegre mi corazón se agita;
hoy que sé la alegría de ser libre y ser solo
como el pistilo de una margarita infinita.

Oh mujer —carne y sueño—, ven a encantarme un poco,
ven a vaciar tus copas de sol en mi camino;
que en mi barco amarillo tiemblen tus senos locos
y ebrios de juventud, que es el más bello vino.

El dúo encierra la transposición literaria que el joven pretende llevar a la vida tomándolo del prototipo. Era una hora en que imitaba los libros. Los copiaba en la vida. Quería sentir el amor como sus modelos trágicos. No era, sin embargo, pura exaltación literaria. También se lo pedía el cuerpo, el calor quemante de las venas, por donde sentía circular un fuego personal y no prestado.

En la realidad era imposible que la relación de los amantes italianos del siglo XIII fuera la misma o semejante, en los hechos, al vínculo de estos dos muchachos. Ambos tenían, por otra parte, entonces la edad de Julieta y Romeo, en un Temuco revenido y destartado que no era precisamente Verona. Aunque el poeta soñaba en grande, tampoco podía consumir al pie de la letra la pasión shakesperiana. Ambas cosas eran para él complementarias y verídicas.

El símil de Paolo Malatesta y Francesca de Polentani no lo sacó de la *Divina Comedia*, donde ya aparecen los cuñados consumidos por amores culpables y, por tanto, condenados a castigos infernales, sino del *Canto de sangre y lujuria*, de Gabriel D'Annunzio. Este D'Annunzio exhibicionista fue un poeta que interesó a Gabriela Mistral en sus inicios, al punto que de él tomó el nombre de su seudónimo, al cual, como apellido, agregó el del poeta francés Federico Mistral. En su día, Neruda también leyó deslumbrado al grandísimo farsante.

28. *Mujeres con poemas asignados*

Un ejército de críticos, académicos, profesores de doctas e indoctas universidades, diletantes, exégetas, estructuralistas o impresionistas, dibujantes de mapas, geógrafos de la poesía, buzos que descienden al fondo de sus secretos submarinos o trabajan como Champolliones en Egipto con sus respectivas piedras rosas, descifran el alfabeto, levantando una especie de carta de marcar o plano aerofotogramétrico para descubrir punto por punto los enigmas del atlas y del lenguaje nerudianos. Algo han conseguido estos empecinados intrusos, hurgadores de las zonas abisales. Aunque mucho del subsuelo de su poesía es aún tierra incógnita, la verdad es que también han hecho el hallazgo de orígenes antes desconocidos, poniendo a la luz inspiradoras que vivían en la sombra, dejando al descubierto sus rostros y sus nombres y estableciendo cuál es la musa de tal o cual composición.

Terusa, en *Veinte poemas de amor*, inspira el 3 ("Ah, tu voz misteriosa que el amor tiñe y dobla/ en el atardecer resonante y muriendo!"). El 4 ("Se rompe y se sumerge su volumen de besos,/ combatido en la puerta del viento del verano"). El 7 ("Inclinado en las tardes tiro mis tristes redes/ a tus ojos oceánicos"). El 8 ("Abeja blanca, ausente, aún zumbas en mi alma./ Revives

en el tiempo, delgada y silenciosa./ Ah silenciosa!”). El 11 (“Ansiedad que partiste mi pecho a cuchillazos./ es hora de seguir otro camino, donde ella no sonría”). El 12 (“Socavas el horizonte con tu ausencia./ Eternamente en fuga como la ola”). El 14 (“Quiero hacer contigo/ lo que la primavera hace con los cerezos”). El 17 (“Pensando, enterrando lámparas en la profunda soledad. Quién eres tú, quién eres?”).

Vásquez León no corresponde a los verdaderos apellidos de la joven. Tampoco León Vásquez. Ella veraneaba con su familia en Puerto Saavedra, de ancha playa melancólica, envuelta en una atmósfera de infinita soledad. La familia Reyes también hacía allí su veraneo, sobre todo en casa de las Pacheco. El muchacho prodigaba nombres (siempre fue un experto rebautizador): Terusa, Marisol. Prestemos atención al nombre Marisol. Para el joven de corazón sombrío, ella tenía el imán de lo distinto, el *cuerpo alegre*. Era “la mariposa morena dulce y definitiva, como el trigo y el sol, la amapola y el agua”.

¡Ojo! Al otro amor de su juventud no lo llamará Marisol, sino Marisombra. El arte de nombrar nunca deja en él de poseer un sentido.

Escribe a Terusa versos que permanecieron por muchos años inéditos y otros que integraron *Crepusculario* y *El hondero entusiasta*, varios de los *Veinte poemas de amor*. Es ella la mujer de “La canción desesperada”.

“Ella fue tierra de camino...; en la hora del beso fuimos cada uno boca y racimo... Dios le dirá cuánto la quiero.” A ella le está dedicado el poema inconcluso “La historia del príncipe loco”: “De querer sin que lo quieran estaba el príncipe loco”. En el *Álbum Teresa 1923* figuran los poemas “Puerto fluvial” y “Cuando recuerdo que tienes que morirte”:

Quando recuerdo que tienes que morirte
me dan deseos de no irme nunca
de quedarme siempre!
Por qué vas a morirte? Cómo vas a morirte?
Te cerrarán los ojos, te juntarán las manos
como se las juntaron a mi madre al morirse,
y será el viaje, el hondo viaje que no conoces
y que yo no conozco porque tú me quisiste.

La obsesión maternal vinculada a la muerte se traslada a Terusa. Tal vez una manera de engañar o vencer a la muerte sea la entrega total. “Déjame poseerte para que en mí perdures..., qué-

mate para que me alumbres.” Es la mujer que anima en “Amiga, no te mueras”, “Playa del Sur”, varios de *Crepusculario*. Anda pensando en ella en *El hondero entusiasta*, donde el poeta se enfrenta a la noche y al deseo. “Es como una marea, cuando ella clava en mí/ sus ojos enlutados.” Ha grabado su nombre en los troncos del bosque. Se vuelve un viento desatado... Ella está para dárselo todo. Y él para contenerla, desearla y recibirla. “Llénate de mí./ Ansíame, agótame, viérteme, sacrifícame./ Pídeme. Recógeme, contiéneme, ocúltame.” Esto precede a la “Canción del macho y de la hembra”: “Me recibes como al viento la vela. Te recibo como el surco a la siembra”. El poema final canta la proliferación cósmica del deseo a través de las especies y de las edades.

Es cierto, amada mía, hermana mía, es cierto!
Como las bestias grises que en los potreros pastan,
y en los potreros se aman, como las bestias grises!
Como las castas ebrias que poblaron la tierra
matándose y amándose, como las castas ebrias!

Cuando cumplió cincuenta años, Neruda dijo ante un auditorio ávido:

“Yo les prometí una explicación para cada uno de mis poemas de amor. Me olvidé que han pasado los años. No es que haya olvidado a nadie, sino que, pensándolo bien, ¿qué sacarían ustedes con los nombres que les diera? ¿Qué sacarían con unas trenzas negras en un crepúsculo determinado? ¿Qué sacarían con unos ojos anchos bajo la lluvia, en agosto? Qué puedo decirles que ustedes no sepan de mi corazón!... Hablemos francamente. Nunca dije una palabra de amor que no fuera sincera, ni habría podido escribir un verso sin verdad”.⁹

En *Veinte poemas de amor* hay dos amores fundamentales del poeta: el de su adolescencia provinciana y el que descubre más tarde en el laberinto de la capital. La muchacha de Temuco y la muchacha de Santiago.

29. *El polen incendiario*

La niña de Temuco recibe un apelativo no muy original: muñeca. Los ríos cantan en ella. Tiene una cintura de niebla. La evoca envuelta por el paisaje marino: “Ah vastedad de pinos,

rumor de olas quebrándose...". En el poema 4 el escenario "es la mañana llena de tempestad en el corazón del verano". El poeta tiene una noción particular sobre el Tiempo Perdido, que no es precisamente la proustiana:

Hemos perdido aun este crepúsculo.
Nadie nos vio esta tarde con las manos unidas
mientras la noche azul caía sobre el mundo.

Ella está asociada a la naturaleza del sur, a la sensación del mar y al sentimiento de la partida:

He dicho que cantabas en el viento
como los pinos y como los mástiles.
Como ellos, eres alta y taciturna.
Y entristeces de pronto, como un viaje.

Terusa se vincula inocentemente con un poema que desató un escándalo literario, el 16. Pero de esto hablaremos más tarde, porque se relaciona con una situación en la cual estuve mezclado de modo personal.

La niña de Temuco es morena y ágil. Antípoda del poeta, nada de gimnástico, encerrado en sí mismo, persiguiendo a una muchacha que juega con el sol. Él se desliza en la sombra y tiene conciencia del contraste:

Niña morena y ágil, nada hacia ti me acerca.
Todo de ti me aleja, como del mediodía.
Eres la delirante juventud de la abeja,
la embriaguez de la ola, la fuerza de la espiga.

Interviene la ley de la atracción de los opuestos:

Mi corazón sombrío te busca, sin embargo,
y amo tu cuerpo alegre, tu voz suelta y delgada.

Terusa es la destinataria del célebre poema 20, que figura en el *hit parade* de la popularidad en mano de mil declamadores:

Puedo escribir los versos más tristes esta noche.
Escribir, por ejemplo: "La noche está estrellada,
y tiritan, azules, los astros, a lo lejos...".

El final, la despedida, se convirtió en un texto clásico:

Ya no la quiero, es cierto, pero tal vez la quiero.
Es tan corto el amor y es tan largo el olvido.
Porque en noches como ésta la tuve entre mis brazos,
mi alma no se contenta con haberla perdido.
Aunque éste sea el último dolor que ella me causa,
y éstos sean los últimos versos que yo le escribo.

Vivía en Santiago y no olvidaba a Terusa, que le inspiró también otro poema recitado a granel. "Los muelles de 'La canción desesperada' —evocó un poeta cincuentón— son los viejos muelles de Carahue y de Baja Imperial. Son los tablones rotos y los maderos como muñones golpeados por el ancho río... Me iba apretando el amor y el recuerdo, tendido en la cubierta de aquellos vapores pequeñitos que hacían la carrera entre Carahue y Puerto Saavedra. Algún acordeón sonaba desde algún sitio del barco. Estos acordeones no los agregó por literatura: los oí por primera vez en el río Imperial..."¹⁰

Le escribe muchas cartas desde Santiago entre el año 1922 y el 1924. Ellas arrojan ciertos destellos tanto sobre el comienzo de la relación como de sus problemas. "Recuerdas, allá, las tardes en los biógrafos cuando nos mirábamos largamente? Todavía no nos hablábamos, pero ya tú me hacías feliz." Dichosos tiempos en que llamábamos *biógrafo* al cine. Pocos días después: "Otoño, y tú siempre bella y alegre como aquella primavera en que aprendí a quererte".

Al año siguiente, la correspondencia se especializa en la descripción de sus ataques de soledad. En horas de pozo negro, "qué dulce, qué hermoso es recibir cartas lejanas de la mujer amada, de ti, y volver a querer la vida y volver a alegrarse!". Dos días continuados de lluvia en Santiago lo llenan de nostalgia por la lluvia eterna de Temuco. "Ámame, pequeña" le dice, como orgulloso de su aire sombrío: "Mi reino es más grande que el tuyo. Tú eres Reina de la Primavera mientras que yo soy Rey del Otoño y del Invierno." Le manda una fotografía suya y de su cuarto, de su rincón preferido: "Es de noche y acabo de llegar. Cuánto diera por estar contigo en esta noche de estrellas! Qué estás haciendo? Yo trabajo. Te envió un retrato muy malo. Lo quieres? Está deformado. Me escribirás? Me querrás? Hasta mañana. Un beso. Dos. Tres. Cuatro. Otro más".

Dibuja para ella. Traza un mono corredor, *Pepe*, al cual le encarga que lleve hasta ella una cantidad de cariño. Se lo manda

como esclavo. Está celoso. Le dice que *Pepe* es un eximio bailarín. "*Pepe* puede reemplazar con corrección, en el domingo del Internacional Tennis Club, a algún jovencuelo que quisiera abrazarte bajo pretexto de bailar *shimmy*."

Hay algo que los separa, aparte de la distancia geográfica. Es la distancia social. Él tiene veinte años y le pregunta a su simpática pequeña: "Dímelo, nunca has pensado en estas cosas que me golpean a martillazos en el corazón? Nunca has abandonado tu *cabeza de señorita* para dolerte un poco del abandono de este niño que te ama?"

Cabeza de señorita. En otra carta del año 1924 agrega: "Y tan lejos que estamos, verdad, Terusa? Nos alejamos, verdad? O me parece a mí?"

Una de las últimas cartas rebosa tanto desconsuelo como el poema 20 o "La canción desesperada": "No, ya no puedo escribirte. Tengo una pena que me aprieta la garganta o el corazón. Mi andaluza, todo se terminó? Di que no, que no, que no".

Tal vez la andaluza (la denomina así porque usó ese disfraz en una fiesta) no dice que no, pero tampoco dice que sí, lo cual es una forma de decir que no, o al menos de traslucir que tiene miedo. Pronto veremos por qué. Muchos años después se pregunta, abriendo "La luna en el laberinto", en la sección "Amores": Terusa (1)

Y cómo, en dónde yace
aquel
antiguo amor?
Es ahora
una tumba de pájaros, una gota
de cuarzo negro,
un trozo
de madera roída por la lluvia?

La pregunta se extiende impregnada de desolación. ¿Qué quedará de aquel cuerpo que relucía como la luna, de esa mano que sostuvo toda la transparencia, los ojos petrificados como los minerales de la noche? Interroga sobre la muerte del amor, inquiere por la muchacha de sus sueños: "El amor, el amor, dónde se va a morir?". A los graneros remotos, al pie de los rosales que murieron. ¡Cuánta delicadeza atribulada en esa búsqueda del sentir que rompió la soledad del joven! Ella se deshizo como una gran violeta derramada, pero no puede olvidar los besos que le trepaban por la piel. También fue la centella negra del primer

dolor del corazón, el ave morada del primer abismo, extraña o sugestivamente sin alcoba, porque tal vez ese amor se desarrolló entre los almendros, el polen incendiario, la retama agreste, en la patria de los misteriosos musgos, como murmura el poeta.

La invoca como la mujer nacida del panorama, surgida de la selva, del reino de las raíces, con fulgor de menta, cabellera de helechos, pubis mojado. Él nacía con su amor. Sentía a Terusa con su amor deshojado sobre su piel sedienta. Pocas veces he leído un poema al amor desaparecido tan lleno de fidelidad: "Terusa inextinguible aún en el olvido".

Se veían en Temuco y Puerto Saavedra durante las vacaciones. Probablemente, ella hizo algún viaje a Santiago. La vio cambiada. Él le rogaba que se sentara otra vez en la hierba. "Ahora me parece que cambió tu cabeza... En dónde están tus ojos? Por qué te has puesto esta mirada estrecha para mirarme si yo soy el mismo? Dónde dejaste tu cuerpo de oro? Qué pasó con tus manos entreabiertas y tu fosforescencia de jazmín?"

Le suplica un retorno. Imposible. Le pide que vuelva a ser lo que era, junto a la madre selva del balcón, a su silla de ámbar en la luna. Imposible. Le ruega que sea el retrato radiante y que lo mire con su inmovilidad hasta que el muchacho que la amó vuelva a verla, para descubrirse él mismo como fue en su corazón querido, entonces.

Los retratos referidos jugaron un papel. Vemos una instantánea captada por un fotógrafo de la plaza de Temuco, donde ella aparece sentada junto a su madre y a su padrastro. Corresponde a la época del romance con Neruda. Terusa, verdaderamente, tenía cabellera de carbón reluciente, ojos grandes como imanes, y algo que le bailaba en todo y era como emanación de un corazón dispuesto a la alegría.

El poeta habla de los "puros cuerpos extendidos". Seguramente la sentía como si de ella emanara una corriente genital. Era la hermosura parada entre los trenes del invierno. En un mapa solitario, ella señalaba la estación capital del asombro, el gran primer amor.

30. *Una tumba de pájaros*

Desde aquel idilio tempestuoso transcurrieron más de sesenta años. Tiempo suficiente para la prescripción de las prohibiciones de decir y contar. Los archivos se abren. Casi todos los protago-

nistas están muertos. Las nuevas generaciones recibieron la versión de ese amor como parte de la crónica familiar que se fue haciendo más visible y abundante a medida que crecía la fama del antiguo doncel enamorado y rompieron el silencio. Empezaron a hablar del amor de la tía Teresa con naturalidad, no exenta de orgullo, ni de cierta condenación hacia los prejuicios sociales de la época.

En 1971, alojado en la Embajada de Chile en París, Neruda me presentó, sonriente, con un gesto que equivalía a la rememoración de viejas historias tácitas, a un hombre cuarentón, agradable, economista acreditado, funcionario del Banco Central, que formaba parte de la misión financiera enviada por el presidente Allende ante el Club de París, en la renegociación de la deuda externa. Como embajador, Neruda encabezaba esa delegación, cosa que hacía entre divertido y resignado, porque recuérdese su incompatibilidad con los números. Valga decir que no entendía nada de la técnica del asunto, aunque lo entendía todo políticamente hablando.

Entre aquellos que eran capaces de navegar en medio de los arrecifes de las cifras astronómicas figuraba este economista que Neruda me presentó, muy económicamente, como sobrino de Teresa Vásquez. El aludido sonrió ante su filiación de pariente de cuarto grado, y, por lo poco que dijo, entendí que ése era un amor que había entrado en la leyenda, frente al cual en la familia ya no se exigía enmudecer.

Luego, una sobrina fue más explícita. Escribió el 15 de agosto de 1982 una carta sobre la primera "polola" de Pablo Neruda, de carácter aclaratorio, al suplemento "Buen Domingo".

Algo ya tocado de paso, así como Pablo Neruda no fue el nombre legal del poeta sino hasta entrada su madurez, el nombre legal de su amada número uno, cronológicamente hablando, no es Teresa Vásquez, sino Teresa León Bettiens. La razón de la ficción no era literaria, sino relacionada con unas segundas nupcias. Convenía que los hijos llevaran el apellido del nuevo marido de la mamá. La familia pertenecía, digamos, a la "sociedad de Temuco", poblado que, por lo visto, rápidamente perdió la calidad de "democracia popular", donde todos eran iguales, como lo dijo Neruda refiriéndose a la ciudad medio salvaje de su niñez.

El pueblo-campamento fue estratificando las clases a paso de carga. La familia Reyes estaba abajo, fuera de la "sociedad"; la familia León, arriba, dentro de la "sociedad". La sobrina Rosa León Muller, que cuando escribe la nota explicativa es subdirectora de l'École Noel, de San Miguel, en Santiago, alumbró el

papel que la presión social desempeñó en la ruptura entre Pablo y Teresa:

La causa de esto me la contó mi tía muchas veces, y también fue muy comentada en la familia. Se debió a la franca oposición de sus padres, porque consideraban que era un joven de origen oscuro de quien no se conocía la familia, no era conocido de nadie de la sociedad de allá. Y por eso no se le permitió que tuviera relación con ese joven. Incluso más, le tenía un mote que era "El Jote", porque usaba capa y sombrero alón...

"El Jote" constituía un mote ofensivo. Era un apodo despectivo aplicado a ferroviarios, poetas, artistas. Alguna gente volteriana y librepensadora llamaba también así a los curas. Pero en el caso del poeta, se le marginaba por poeta y por pobre. Sin duda, el prejuicio influyó sobre ella. Pero nunca, al parecer, desapareció de su vida la imagen del primer amor, como perdurando sobre "la alevosía del olvido inmenso". Y así como Teresa brilló en la memoria del poeta, entre su infancia pálida y el mundo, Pablo fue en la vida de Teresa parte de su integridad, el amor que ella quizá sintió haber perdido. ¿Arrepentimiento tardío, cuando ve ascender la estrella del muchacho? No lo sabemos. Pero ella guardaba todo papel o imagen que le permitiera repasar aquel tiempo envuelto por el aroma del azahar. Volvía a mirar, con los ojos grandes que el poeta recalcó tantas veces, los álbumes repletos de fotos y de cartas, firmadas con otros seudónimos, de un muchacho que necesitó no sólo ocultar su identidad ante el padre que no aceptaba hijos poetas, sino también ante los parientes de su amada que no toleraban pretendientes "Jotes". La sobrina recuerda el álbum. Forrado en cuero, con hojas de cartulina gruesa, rosa, verde, amarilla. En alguna parte aparece encerrada por un cuadrado a tinta una inscripción garabateada en la playa de Puerto Saavedra: "Caminé por la arena y escribí tu nombre y el mío: Paolo y Teresa".

No era ella, a decir verdad, una muchacha tan dócil ni tan ceñida a la ley de la tribu. Lo revela, como detalle, una prueba iconográfica: la fotografía en que está disfrazada de india mapuche. La andaluzada estaba permitida, formaba parte del exotismo a lo Merimée. Pero la mapuchada significaba más que un signo de mal gusto; encerraba una traición a la ley de la raza blanca. Vestir la indumentaria de la india enemiga, cruzar la frente con las diademas araucanas era como pasarse al campo adversario. Fue un gesto de desafío característico, así como el

amor con el poeta también encerraba un reto a su clase. ¿Era acaso demasiado osado, mucho más grave que el disfraz mapuche de un día? Seguramente.

Ese amor que el poeta incorporó a la literatura universal, y tuvo por teatro aquella tierra donde "el agua parpadeaba sin cesar", tal vez a ella le dejó una herida. ¿Cómo se explicaría de otro modo el hecho de que, siendo mujer preciosa y alegre, para la cual "sonaban las campanas de Cautín" y sobaban los pretendientes, se mantuviera soltera durante muchos años?

Sólo vino a casarse un cuarto de siglo después del fin de dicha relación, con un hombre veinte años menor que ella, mecánico experto en máquinas de escribir. A los cuarenta y cinco, el resplandor de la reina no se había apagado. Seguía siendo muy linda. Teresa la hermosa murió muy poco antes de Neruda, en 1972, en casa de su sobrina, calle San Nicolás, de Santiago.

Esas líneas de la *Luna en el laberinto*, que recogen más dramáticamente aún la tradición ronsardiana de los versos a la Bella Elena (nostalgia de la hermosura perdida), no es la elegía por la adorada desaparecida o que el tiempo ha puesto fea, sino por el amor trunco. Es un canto a las cenizas sufridoras del corazón de antaño. Las pasiones no se entierran en el cementerio, sino en una tumba de pájaro, en una gota de cuarzo negro, en un trozo de madera roído por la lluvia. Allí desafiarán el tiempo.

31. *La muchacha de Santiago*

He estado cuarenta años mirándola de reojo y de frente, haciéndome la pregunta absurda, a la cual responde la vieja verdad de que las razones del corazón, la razón no las conoce. Además, ¿por qué me meto yo a juzgar ciertos gustos del poeta?

Vino el período Marisombra, el amor santiaguino, encarnado en Albertina Rosa Azócar.

La conocí cuando esa relación había terminado. Neruda venía de vuelta del Oriente, con su primera esposa, María Antonieta Agenaar, y Albertina estaba allí, en las reuniones, con su presencia silenciosa, como ausente, con ojos que parecían dormir. Supongo que estaba mirándolo todo. Luego, durante el largo reinado de la Hormiga, ella fue miembro fiel y muy callado de la corte que giraba en torno a una entonces espléndida Delia del Carril. Nadie hablaba allí, en las décadas del 30 y del 40, del profundo vínculo amoroso que la ligó al dueño de casa. El silen-

cio, en ese ambiente donde todo se conversaba y el tema de las pasiones era favorito, me hizo a mí, incorporado tardíamente al círculo amistoso, ignorar, como un insigne pajarón, durante largo tiempo, el amor célebre que unió a esa mujer de largos enmudecimientos con el poeta que había escrito ciertos versos de *Veinte poemas* que yo sabía infaliblemente de memoria, desconociendo que una de las musas inspiradoras estaba a mi lado, conversando conmigo, a ratos, con entonación amable, en voz baja, de un modo estrictamente cotidiano.

Después vinieron los investigadores, los espías, los violadores de alcobas ya cerradas, los policías de amores retrospectivos. Y fui sabiendo que mi taciturna vecina había sido la muchacha de la boina gris, recitada por millones —incluido yo— sin que la personalizara.

Entonces ella tenía un año más que Pablo, pero cuando se encontraron, como estudiantes de francés en el Pedagógico, ninguno de los dos llegaba aún a los veinte.

Cuando lo supe comencé a mirarla con otros ojos. ¡Así que era ella! Lo que al principio me pareció inverosímil, después lo estimé plausible. Me puse a contemplarla, a calcular, indignamente, los estragos del gran enemigo, el Tiempo. Para un Neruda angustiado por los desencuentros corporales y sociales con Marisol, joven para la cual tal vez el amor era un complicado juego, que siempre huía como la ola, el amor de Santiago fue también problemático, pero implicó la plenitud. Sí, a mi lado está esta que parece suave y anodina Albertina. Ella es (aún puedo recitar el poema de memoria):

Cuerpo de mujer, blancas colinas, muslos blancos,
te pareces al mundo en tu actitud de entrega.

Mi cuerpo de labriego salvaje te socava
y hace saltar el hijo del fondo de la tierra.

Albertina Azócar Soto tiene cara de crepúsculo. Neruda amaba no sólo los crepúsculos de Maruri. En medio de la locuacidad de la charla generalizada, con un Pablo, que, vuelta la espalda al pasado, perceptiblemente no mira a Albertina, ella —repito— suele cambiar algunas palabras conmigo. Compruebo que el poeta de la imaginación desenfadada es ceñidamente realista. Ahora que lo sé voy comparando los versos que le dedicó con el modelo que los inspiraron. Sí, “muda, mi amiga... absorta...”. Porque Albertina, psicológicamente, es así. Uno de los más bellos cantos al silencio, también un retrato del amor lacóni-

co, es, sin duda, el trajinado poema 15: "Me gustas cuando callas..."

Como todas las cosas están llenas de mi alma
emerges de las cosas, llena del alma mía.
Mariposa de sueño, te pareces a mi alma
y te pareces a la palabra melancolía.

Casi una fotografía por dentro. Es el poeta el que toma la palabra. La iniciativa de hablar le corresponde. Pero él habla para ella. "Y las miro lejanas mis palabras./ Más que mías son tuyas."

Ella tiene las manos blancas, suaves como las uvas. También la temerosa, la sedienta, la que se deja, para que él le vaya marcando con cruces de fuego el "atlas blanco de tu cuerpo". Él le cuenta historias para que no esté triste. Le habla de un cisne. Ella se da y él quiere celebrarla. "Cantar, arder, huir como un campañero en las manos de un loco."

Albertina Rosa Azócar está siempre en la tertulia nerudiana, como su hermano Rubén. Otro habitué, muy querido por todos, es un poeta de más edad, afable, verdaderamente dulce de trato, que sólo rompe su silencio en las fiestas báquicas o cuando se trata de hacer el ditirambo de un amigo, porque entonces, mirando siempre hacia abajo, con los ojos cegatones entrecerrados, le brota a borbotones una elocuencia panteísta, religiosa y profana. Es un gran poeta chileno que durante una etapa de su vida escribió versos de inspiración mística, tal vez porque convertía a las mujeres de las cuales se enamoraba en diosas inasibles. Compañero de generación de Ángel Cruchaga Santa María, escuché más de una vez a Vicente Huidobro, en cuyo palacio solían juntarse los poetas jóvenes del año 1910, que Angelito —así lo llamaba— estaba místicamente enamorado de su mujer de entonces, la orgullosa Manuelita Portales. Ahora quería seguramente no con pasión eucarística, a la que había sido amor de otro gran poeta. No pasaron muchos años y se casaron. Marisombra, como Marisol, con todo vino a contraer matrimonio buen tiempo después de terminar su relación con Neruda. ¿Hubo algo, un légame, una huella, una esperanza, que las hizo aguardar bastante antes de dar el paso? Pablo, al parecer, estuvo contento con estas bodas, tardías, de dos personas maduras que estaban muy cerca de su corazón. Cuando Neruda recibe el Premio Nacional de Literatura, una parte se la cede a Ángel Cruchaga.

Procedía éste de una familia aristocrática venida a menos, devotamente católica. La sociedad sin plata suele recurrir a la

burocracia. Desempeñó él largamente y sin fortuna cargos administrativos que no tenían nada que ver con su vocación. Con el tiempo combinó burocracia y gusto; fue encargado de la Casa de Cultura de Ñuñoa. Tenía cara de obispo bondadoso y era un romántico pintado para vivir un siglo antes. Su primer libro, *Las manos juntas*, en el fondo es una elegía. Lo inspira la muerte de una muchacha que quería y tenía una tristeza que lo turbaba. Además, es hombre aguantador capaz de descubrir la belleza en el sufrimiento humano. Aunque también le atrae Luzbel, el tema del libro publicado al año siguiente es *Job*, "el Santo del muladar, terrible santo, tu alarido de piedra hacia lo Eterno es una torre trémula de espanto. ¡Con tu cilicio se aromó el infierno!". Escribió un poema premonitorio: "Házme como el ciego, mi señor. No ve los panoramas del mundo; pero adentro de su reino te reconstituye". Dios lo castigó como a Job. Lo atacó una retinitis. Agravada por la diabetes, le produjo una ceguera progresiva. *Los mástiles de oro*, *La ciudad invisible*, *La hoguera abandonada*, dan testimonio de un poeta de reconcentrada vida interior. Neruda, en un artículo despachado de Madrás en noviembre de 1927, cuando alude a peces sombríos forrados de terciopelo, peces cantores, está hablando de nuestro poeta. Ése es un pez que, a su juicio, se tragó Ángel Cruchaga; pez diluvial, remotísimo. Antes que lo sucediera en el corazón de Albertina, pero cuando ya dicho vínculo estaba roto, Neruda envía desde Batavia, Java, en febrero de 1931, una "Introducción a la poética de Ángel Cruchaga", que sirve de prólogo a su *Afán del corazón*. Son dos páginas de prosa esencialísima, hermanas de la poesía de los primeros tomos de *Residencia en la tierra*. Empieza con una declaración que después Neruda no mantiene. "Ni el que impreca con salud de forajido, ni el que llora con gran sentimiento, quedan afuera de la casa de las musas poéticas. Pero aquel que ríe, ése está fuera." No. Las señoras musas no siempre son damas aderezadas de doloroso organdí. El mismo Neruda, más tarde, rió a ratos en sus versos. *Estravagario* es una demostración de que no siempre el que ríe está condenado a quedar fuera de la casa de las musas. Pero ese corto texto es de verdad una iluminación penetrante del ámbito Ángel. "Las vivientes y las fallecidas de Cruchaga han tenido una titánica predisposición mortuoria, han existido tan puramente, con las manos tan gravemente puestas en el pecho, con tal acierto de posición crepuscular, detrás de una abundancia de vitrales en tan pausado tránsito corpóreo, que más bien semejan vegetales del agua, húmedas e inmóviles florescencias."

Anota un signo anunciador de que algo va a pasar, restableciéndose cierta conexión entre ambas historias. Aquel envío, de apariencia críptica, termina con un párrafo misterioso que luego sucesos futuros hacen más nítido: "Y entre los repetidos síntomas místicos de su obra, tan desolada, siento su roce, de lenta frecuencia, actuando a mi alrededor con dominio infinito".¹¹

El roce de lenta frecuencia lo produjo Albertina.

La pareja parecía muy distinta, pero algo los unía. El marido era, como dice Neruda, "extraterrestre y sublunar..." a ratos. Tenía comercio con cometas, fenómenos celestes, un olor de cielo, pero no podía vivir sin la tierra. Y la tierra, "los gastados materiales decorativos, las espesas alfombras, las amarillentas rosas, las viejas direcciones" los proporciona la mujer, "femeninamente tibia". Ella fue por momentos un cajón dulce y fenomenal para el antiguo amante y ahora lo era para el marido, ambos de la corporación de los poetas. Tomando en cuenta la esplendidez de la experiencia, ella mostraba una invencible predisposición a la reserva hasta que llegó el momento en que ésta se rompió estruendosamente.

32. *Un extraño violador de secretos*

En 1975, Sergio Fernández Larraín publica en España un volumen con las cartas que Pablo Neruda escribió a Albertina en la época de sus amores. El hecho desató una tormenta. No sólo porque se entraba por la puerta falsa de los secretos de la vida privada y de los hechos mantenidos fuera de la información pública durante 50 años, sino también porque el menos indicado para hacerlo era el que lo hizo. Pues Fernández Larraín editó en 1954 una especie de informe de policía secreta donde acusaba a Neruda como agente peligrosísimo de esa telaraña diabólica que tiende su maléfica red sobre el mundo: el comunismo.

Neruda nunca fue un hombre de paños tibios. Acostumbraba contestar al enemigo desconsiderado sin diplomacia. Y le dio su merecido. El 12 de octubre de 1954 se publicó en la primera página de *El Siglo* una catilinaria titulada "El señor Fernández Larraín no cambiará la historia".

Es un texto muy distinto del que dedica a Ángel Cruchaga Santa María. Es prosa directa, funcional, primitiva, denunciante. Ésta ha sido escondida. Reproduzcamos al menos algunos párrafos ilustrativos:

Se trata, a juzgar por los extractos aparecidos, de un largo novelón, del mal gusto truculento, monárquico fascista, que caracteriza a Fernández Larraín.

Pero si sólo se tratara de sus predilecciones fabulísticas, no me preocuparía. Con este infundio se continúa la amenaza, la calumnia y la guerra contra las libertades de Chile, contra la dignidad de los chilenos.

Los monopolios norteamericanos se han tragado temporalmente a Guatemala. La operación sangrienta fue precedida de una tenaz campaña anticomunista. Los Fernández Larraín de América Central fueron armados de folletines, y luego de aviones que descargaron su metralla, ensangrentando el rostro americano.

Han escogido al señor Fernández Larraín no sólo por representar las catacumbas, las sombras medievales, sino por un antecedente preciso de la historia.

En efecto, existe en la historia patria un acto de los traidores a nuestra patria, firmada por un grupo de renegados el 9 de febrero de 1817, que "reconoce como único monarca al señor Fernando VII, a cuya obediencia vivían felices estos sujetos" y "ofrecían, con sus vidas, haciendas, y sin reserva de cosa alguna, defender los derechos del Rey", pidiendo "castigar, como era justo, la osadía y orgullo de los insurgentes de la otra banda".

Estos insurgentes eran O'Higgins, los Carrera, Manuel Rodríguez, Camilo Henríquez, Juan Egaña, los padres de nuestra Patria chilena. Ellos tomaron el camino de los presidios, de la terrible Cordillera, de Mendoza.

Uno de los traidores fue el Marqués de Larraín.

Después de ciento treinta y siete años, un Larraín, aunque Fernández, pide prisión, Cordillera, islas de concentración, alambre y látigo para los patriotas. No es raro.

El señor Fernández Larraín fue partidario de Hitler, es discípulo del Caudillo, admira a ese pequeño chacal provisorio llamado Castillo Armas. Qué de raro que esté contra la Universidad de Chile y su Rector, contra los institutos universitarios, contra fundaciones de poesía y contra humildes chilenos, profesores, obreros, contra todos aquellos que quieren más dignidad, más libertad, menos harapos para nuestra patria...

Una circunstancia agravante. Fernández Larraín se hizo de las cartas de mala manera. La misma Albertina, a los ochenta años de edad, con su aire de mujer sanota, que contrasta con sus enfermedades de los veinte, a las cuales se refiere Neruda con inquieta preocupación en su correspondencia de entonces, con la

misma expresión, al parecer, imperturbable, cuenta lo sucedido con las cartas del poeta. Las guardó durante más de medio siglo. Mejor dicho, las sumergió; las escondió de todos, pero, sobre todo, de su esposo. Se requería astucia, capacidad de ocultamiento, ingenio para encontrar recovecos secretos que no fueran descubiertos durante largo tiempo. Mérito suyo, sentido de valor que atribuía a esos papeles peligrosos, fue el hecho de que no los rompiera, camino que se sigue tantas veces para eliminar documentos comprometedores. Ella los conservó como hueso de santo. Bajo su capa de silencio había talento para mantener la discreción y proteger los tesoros enterrados.

Cuando estalla el *affaire* de las cartas publicadas por Sergio Fernández Larraín y ella le entabla pleito, los periodistas la asedian. Responde con su rostro impasible, cruzado por arrugas profundas, que la hacen parecerse en su vejez muchísimo a su hermano Rubén, "el Cara de Hombre".

—Yo vivía con Ángel, mi marido, en una parcela en La Reina donde tenía todas mis cosas. Cuando Ángel murió yo no pude seguir allí.

Le quedaba una pequeña pensión del montepío y del Premio Nacional de Literatura que obtuviera. Volvió entonces a vivir en la ciudad, a una casa donde naturalmente trasladó todas sus pertenencias. Un sobrino de su marido, Fernando de la Lastra, entre visita y visita, le hacía proposiciones deshonestas: ¿"Por qué no me vende algunos de esos libros? ¿Qué va hacer con ellos? ". Hurgaba, físgoneaba, olfateaba, metía una nariz de sabueso como buscando algo que no nombraba. Le compró algunos libros. Y un día —¡Eureka!— descubrió la caja donde Albertina guardaba las cartas escritas por Neruda. Muy preocupado y atento, lamentó que la caja estuviera tan a mal traer, castigada por el tiempo; ofreció ordenar las cartas y guardarlas en un envase sólido, capaz de resistir el embate de las polillas devoradoras del papel. Se fue con ellas, el hallazgo bajo el brazo. Regresó una vez más. Se las mostró en proceso de orden y catalogación y volvió a partir con su preciosa carga. Después, su tía política no lo vio más. Por ese tiempo ella entró a trabajar a la florería que tenía la bella de cabello albo, Delia Solimano, hermana de un amigo de Neruda, Manuel, el gran *cacciatore*, como lo llamaba el poeta. Nacidos en Liguria, oriundos de Santa Margherita y Portofino, habían llegado niños de Italia pasando por Ecuador. Manuel se dedicaba a la compraventa de automóviles. Y alguna vez consiguió alguno para el poeta. Delia contrajo un primer matrimonio con un comerciante italiano. Éste instaló una fuente de soda en la calle

Agustinas, donde ella oficiaba de cajera. Vicente Huidobro, allá por el 1933, me invita a pasar todas las tardes, para hacer un pequeño consumo que le permitiera acercarse a la cajera, a fin de decirle por milésima vez mientras le pasaba el dinero, que era la más bella de Santiago. Ella, con la cabeza baja, como quien oye llover, recogía las monedas con aire profesional y distante. Tuvo una hija. Más tarde anuló su matrimonio. Se casó con Tomás Lago. Instaló una florería. Ya viuda, Albertina fue a trabajar con ella. Un día, entre pedidos de *bouquets* de rosas y un despacho de claveles, entró un amigo y le preguntó:

—¿Tú tienes unas cartas que dicen que te escribió Pablo?

Le contestó que sí. Alarmada, llamó a Fernando, y le preguntó qué pasaba.

—Nada —le contestó—. Sólo las he mostrado a mi jefe.

Si el sobrino había desaparecido de la circulación, el que apareció en el jardín de Delia Solimano fue Sergio Fernández Larraín. Le dijo a Albertina, con mucha amabilidad, que quería conversar de algo importante. Ella lo citó en su casa, pensando que deseaba hablarle de Ángel. Para su sorpresa, llegó con las cartas de Neruda. Albertina le preguntó de dónde las había sacado.

—Su sobrino me las cambió por unos candelabros —fue la contestación.

“No quise discutir —agrega Albertina—. Y me dijo que las publicaría de todos modos, que les haría un prólogo muy lindo.” Insistió bastante. Fue dos o tres veces a la casa con el mismo objeto, hasta que por fin Albertina lo autorizó para que las publicara.

La periodista Mónica Guzmán, en la entrevista del 23 de septiembre de 1983 con motivo de los diez años de la muerte de Neruda, en el diario *ABC* de Madrid, le pregunta si le dio algo como porcentaje. “Nada absolutamente; me regaló un solo libro.”

Ocho o diez meses después de aparecido, con dos abogados, ella inició juicio contra Sergio Fernández Larraín, quien fue condenado a devolver las cartas..., pero cuando ya las había publicado.

¿Por qué Albertina autorizó su publicación? ¿Tal vez porque no quería morir llevándose el secreto a la tumba? ¿Quizás porque, ya vieja, quería disfrutar en la vida esa alegría de que se la recordara como la muchacha de la boina gris, cuando tenía veinte años, e inspiró poemas que la proyectarían con un halo romántico hacia la posteridad?

Ese enemigo político tan furibundo de Neruda y de sus ideas, rico terrateniente de Melipilla, se vio envuelto, el 25 de agosto

de 1939, en un frustrado levantamiento contra el Frente Popular. Participó en el "Ariostazo", conspiración dirigida por el general Ariosto Herrera. Tres años después del levantamiento en África, éste quiso ser el Franco chileno que derribara el Gobierno constitucional presidido por el radical Pedro Aguirre Cerda. Fernández Larraín tenía inclinación por todos los Francos del mundo. Formó parte de todas las ligas anticomunistas que se pusieron a su alcance. Se desempeñó como beligerante diputado, y luego senador por el Partido Conservador. Fue embajador en España en tiempos del Caudillo y esto casi colmó su sueño. El día de la muerte de Franco lo lloró como uno de los más grandes del siglo XX.

¿Cómo, entonces, se explica ese interés, que pasa por encima de la ley, que transgrede todos los códigos y normas, para apoderarse de cartas que no son suyas y provocar, publicándolas, un sonado *escándalo*? ¿Cartas precisamente de ese adversario que denunció como indeseable y el cual, a su vez, en respuesta, lo descalificó política y moralmente con su prosa más enérgica?

Seguramente no hay una, sino varias razones que puedan explicar los móviles, las motivaciones psicológicas, el mecanismo de intereses, pasiones, ambiciones que movían su personalidad en direcciones al parecer tan contradictorias.

¿Cierta vértigo ante los hombres que pinta como personeros del abismo? Hay individuos en los cuales se manifiesta la atracción por los que aparecen públicamente odiando, cierto irresistible magnetismo que los impulsa a tratar de descubrir vidas secretas en la existencia de personas acusadas por su propia mano de los más terribles delitos. ¿Es el tributo rendido por el enemigo al hombre que posee lo que ellos, muy ricos en dinero, no poseen y les gustaría tener?

Sí. Les gustaría tener. Porque el pequeño señor feudal de Melipilla siempre soñó con ser considerado un intelectual, un escritor. Falto de talento propio, decidió recurrir al talento de los demás. Para ello se valió a veces del dinero; a veces, del engaño. Si hay una personalidad diferente a la suya en la España de este siglo, ésta es la de Miguel de Unamuno. Pues bien, consiguió cartas del autor de *La agonía del cristianismo* y las publicó con un prólogo suyo, con lo cual consiguió un boleto de entrada al mundo de la literatura, aunque fuera vistiendo ropa prestada.

Si en 1975 Fernández Larraín publica en España un libro con las cartas de Pablo Neruda a Albertina Rosa, en 1978 aparecen en Santiago, editorial Andrés Bello, las *Cartas de amor de*

Gabriela Mistral. "Introducción, recopilación, iconografía y notas de Sergio Fernández Larraín." Algo así como una manía. Incluye cartas de Gabriela Mistral a Alfredo Videla Pineda, y luego treinta y ocho cartas al poeta Manuel Magallanes Moure. Esa correspondencia tiene un valor intrínseco. La dirigida a Magallanes es una mina de oro oculta, que cambia la visión que se tenía de la vida sentimental de Gabriela.

Estas cartas ajenas, que permitieron al compilador convertirse en miembro de la Academia Chilena de la Lengua, valen en plata literaria y biográfica más de lo que pesan. Son materiales preciosos para el conocimiento del mundo íntimo de quienes las escribieron. Completan retratos, rectifican imágenes.

Albertina Rosa terminó vendiendo las cartas. Tras el rescate de manos de Fernández Larraín, las depositó en la bóveda del Banco Exterior de España, en Santiago. Cuando el presidente de esta institución, Francisco Fernández Ordóñez, viajó a Chile para presidir una junta general de accionistas, Albertina Rosa accedió a vender las ciento quince cartas y diecisiete poemas, aparte de algunas fotografías de entonces. La institución bancaria publicó más tarde con ella una primorosa edición facsimilar.

33. *Amor y poesía*

La correspondencia enviada por Neruda a Albertina Rosa constituye un complemento único de su obra literaria de aquellos días. Está indisolublemente vinculada con su poesía, con *Crepusculario*, *El hondero entusiasta*, *Veinte poemas* y la primera fase de *Residencia en la tierra*. Es una pintura de sus sentimientos, casi un diario íntimo de sus tribulaciones y problemas, un índice de sus propósitos, además de un retrato de su tiempo y de su ambiente.

La relación Pablo-Albertina surge cuando convivían en la misma sala de clases, paseaban por los corredores del antiguo edificio del Instituto Pedagógico ubicado en Alameda esquina Cumming. Si Neruda venía de la provincia de Cautín, Albertina, también sureña, nacida en Arauco (con su familia vinculada al magisterio, instalada en Lota Alto, junto a los minerales del carbón, que inspiraron *Subterra*, de Baldomero Lillo) procedía, asimismo, de una tierra de lluvias y de mapuches. Algo había en su rostro, y más aún en el de su hermano Rubén, que denotaba la sangre indígena.

Clases por la mañana y por la tarde. Literatura y Gramática Francesa, Latín, Psicología. La desgracia surge cuando, un año más tarde, inauguran en la Universidad de Concepción el curso de Francés y el padre la manda a estudiar allá, a poca distancia de la casa en Lota. Separación muy dolorosa para el poeta.

¿Cuál es la visión que ella da de su enamorado sesenta años después del romance? "Pablo era un año más joven que yo. Declamaba poesías con un sonsonete monótono. Era muy delgado y taciturno y me acompañaba a la pensión donde vivía con mi hermano."

¿Cuánto tiempo estuvieron juntos? "Yo creo que un año, tal vez un poco más. Cuando nos íbamos de vacaciones tomábamos juntos el tren. Nos separábamos en San Rosendo. Yo seguía a Concepción, y él, a Temuco. En aquel tiempo teníamos vacaciones en septiembre, un mes, y en diciembre."

Ella estuvo dos años en el Pedagógico de Santiago. ¿Pablo terminó los cuatro, o sea, el curso completo? La distancia de Santiago a Concepción, quinientos kilómetros, resultaba una inmensidad para Neruda, que entonces escribía una correspondencia desesperada. ¿La lejanía era mayor o menor para Albertina? Ella contestaba tarde, mal y nunca.

El sentido familiar se le imponía, tiránico. Su padre, Ambrosio Azócar Peña, y la madre, Juana Soto Rodríguez, profesores. Ella también lo será. En una de sus cartas Neruda le echa la culpa de su laconismo epistolar al complejo de profesora. Todos en la familia pertenecen al magisterio. Los tres varones y las tres mujeres. El mayor de los hombres se llama Víctor. Después viene Rubén, el autor de *La puerta y Gente en la isla*. El menor de los varones, Augusto, muere joven. Entre las mujeres, primero viene Etelvina, luego Adelina y la tercera es Albertina. La terminación femenina es siempre la misma. Alguna vez en casa de Rubén, un domingo por la tarde, vi a todos los hermanos sobrevivientes juntos. Daban la sensación de una estirpe recia.

El mes de entrada a clases en Chile era marzo. En los últimos días del verano, todos los jóvenes provincianos que alguna vez fuimos a estudiar a Santiago, tratando de ingresar a la Universidad, tomamos asiento en la tercera clase de un tren que con sus ruedas, sobre los rieles, cortó el cordón umbilical que nos unía a la familia y a la adolescencia.

Se señala el 18 de abril de 1921 como el día del flechazo. ¿Se puede ser tan exacto? ¿El *coup de foudre* está señalado por el calendario cósmico o por una matemática ley de las constelaciones? Las fechas precisas del amor forman probablemente parte de

la leyenda *a posteriori*, de las fábulas que rodearán más tarde al poeta. Si se trata de fechas remitámonos a las cartas, aunque muchas de ellas no están datadas ni tienen lugar de expedición.

Si el Banco Exterior de España habla de ciento quince cartas, Fernández Larraín se refiere a ciento once cartas de amor. Las escribió Neruda desde todos los lugares en que se encontraba durante ese período: Temuco, Puerto Saavedra, Santiago, Valparaíso, Ancud, Colombo, etcétera. La correspondencia se prolonga mucho más allá de la relación directa. La primera carta está escrita en el año 1921. La última, once años más tarde, el 11 de junio de 1932. Generalmente, a mano. Gran excepción la correspondencia mecanografiada. Por ejemplo, la carta enviada el 11 de abril de 1925, escrita en la máquina del poeta Augusto Winter. En buena parte de la correspondencia de Neruda hay dibujos, incluso autorretratos, planos de casas donde vive, esbozos de la habitación que ocupa. El papel le gusta de los colores más diversos. Ensayó la tinta roja, azul, negra, lacre, para preferir en su madurez la verde. Se dice que le hubiera gustado el arcoiris como tintero.

El muchacho tiene tendencia a la introspección. Se autodefine. No parece un admirador de sí mismo. En los meses de vacaciones prodiga una correspondencia casi sin respuesta.

Al poeta, con el tiempo, se le confunden los poemas dedicados al amor de Temuco y al amor de Santiago. Cuando cumplió cincuenta años sostuvo que en *Veinte poemas* eran para Marisol el 3, 4, 6, 8, 9, 10, 12, 16, 19 y 20. Y para Marisombra, casi salomónicamente, los diez restantes. Atribuye la "boina gris" a Marisol y luego, en la correspondencia, la pone en la cabeza de Marisombra. Emir Rodríguez Monegal, en *El viajero inmóvil*, habla de la era de las boinas. Tal vez las dos las usaban. ¿O quizá el poeta hace de sus dos heroínas una sola?

Pero, como se ha dicho, el poema 14 es intransferiblemente albertino. Neruda lo había publicado en *La Serena*, en noviembre de 1923, en la revista *Vendimia*, con el nombre de "Poesía de su silencio".

Tiene una variante, que luego el poeta suprime:

No voy a interrumpirte para que calles mucho,
y todo sea mío, tu silencio suyo.
Cómo callabas antes, cuando eras más pequeña?
Así se te quedaban las manos sobre el pecho?
Si tú no me lo dices tendré que preguntárselo
a tu hermano, el poeta, que se fue para México.

En enero de 1923, la revista santiaguina *Zig-Zag* lo publica con algunos cambios. Tengo la impresión de que el poema 2, "En su llama mortal..." es una creación posterior, que reemplazó la versión primitiva que el poeta publicó en la primera edición. Su sentido de la construcción es distinto, aunque el personaje se identifica: "Muda, mi amiga...". En el poema 5 siente él que habla por ella. "Y las miro lejanas mis palabras./ Más que mías son tuyas."

El poema 7 es de temor ante el misterio de sus ojos, donde sospecha el surgimiento de la desgracia. "Sólo guardo tinieblas, hembra distante y mía/ de tu mirada emerge a veces la costa del espanto."

"Ansiedad que partiste mi pecho a cuchillazos,/ es hora de seguir otro camino, donde ella no sonría."

En el 13 realiza una variante del poema 1: el cuerpo de la mujer. Le canta con voces de alegría, pero "cuando he llegado al vértice más atrevido y frío/ mi corazón se cierra como una flor nocturna".

"A nadie te pareces desde que yo te amo", le dice en el poema 14. Es el don de transformar en única a la mujer de carne y hueso, común y silvestre, convirtiéndola en la que juega "todos los días con la luz del universo".

La incógnita del 17, "quién eres tú, quién eres", nunca el poeta consiguió despejarla. "Amo lo que no tengo. Estás tú tan distante" es el lamento del poema 18.

Fueron escritos en las pensiones estudiantiles, entre la calle Brasil y la Estación Central, y, por excepción, cerca de la Estación Mapocho, en el vértigo de una pasión difícil, donde el poeta, sobre todo, pone el amor y aporta, casi exclusivamente, las palabras escritas y habladas.

Veinte poemas de amor ha sido en América Latina el libro más usado y abusado por los enamorados. Se convirtió en una especie de ayudante de los que sentían necesidad de declararse y recurrían, muchas veces sin nombrar al autor, a estos versos de Neruda como un arma de seducción. Al poeta esto lo maravillaba. Le pareció que era una justificación de su poesía. Cuando le preguntan a Albertina cuáles son, a su juicio, entre los poemas que le dedicó, los mejores responde, evasiva, escuetamente: "El que más se ha popularizado es el poema "Silencio": Me hizo varios, pero no me acuerdo de cuáles son. Hace ya tanto tiempo...".

Neruda la quería por todo y para todo lo que un hombre puede querer a una mujer, pero también porque era motivo, pretexto y trampolín para el salto poético. Es el hombre que tiene que decir

el mundo. Y, además, se trata de un hombre joven, un macho potente. Tendrá que expresar esa bivalente integridad, alcanzar con su mensaje los astros, en una poesía que hable también por la pasión del joven desafiante: "En la noche toda ella de astros fríos y errantes./ hago girar mis brazos como dos aspas locas". Es el clima de *El hondero entusiasta*, que se dio a la estampa en enero de 1933, casi diez años después de haber sido terminado. Lo publica, disculpándolo, como "el documento de una juventud obsesiva y ardiente". Albertina yace en el fondo de alguna de sus páginas como la imagen de la mujer.

Alentaba el proyecto de desarrollar el tema como un ciclo, realizado en varios tomos, como lo hizo más tarde con *Residencia*. Adelanta que el primero se llamará *El hondero entusiasta*. Luego vendrían otros: *La mujer del hondero*, *La ciudad del hondero*, *La trompeta en los bosques*. En algún momento lo denomina *El flechero entusiasta*. Lo anuncia como poesía grande, "pero pequeña en relación a la que piensa". Albertina es la marea. Ella le clava sus ojos enlutados. Siente su cuerpo de greda blanca y móvil. Es ella la que le arranca la exclamación "Amiga no te mueras", cuyo original está escrito en un par de hojas con membrete de la Federación de Estudiantes de Chile, en una primera versión que después aparecerá en el libro bastante modificada.

El original lo da en parte a Albertina Rosa y en parte a Terusa.

Es un hecho que esos dos amores coexisten por un tiempo. La relación santiaguina resultó más intensa, también porque fue más plena. El hombre se encuentra con la mujer en una experiencia realizada. *El hondero* es el testimonio de la pasión furiosa. Hay ciertos momentos en que se siente correspondido: "Estás, eres y te amo! Te llamo y me respondes!". Todo su sentimiento se da en un marco ambicioso del muchacho que quiere incorporarse al universo, hacer participar a la naturaleza de su propia naturaleza, ser con su amada el ocaso más vasto del cielo.

Fueron muchos los poemas escritos inmediatamente después de *Crepusculario*. Seguramente, la mayor parte se perdió, "para siempre", como dijo el poeta. Doce integraron el libro que vio la luz. (1. Hago girar mis brazos como dos aspas locas. 2. Es como una marea. 3. Eres toda de espumas delgadas y ligeras. 4. Siento tu ternura allegarse a mi piel. 5. Amiga, no te mueras. 6. Déjame sueltas las manos. 7. Alma mía! Raíz de mi sed viajera. 8. Llénate de mí. 9. Canción del macho y de la hembra. 10. Esclava mía, témeme. Ámame. Esclava mía! 11. Sed de ti que me acosa en las noches hambrientas. 12. Es cierto, amada

mía, hermana mía, es cierto!) De esos poemas, Albertina conservó siete. Lástima de los versos extraviados. Neruda contó que los había escrito en un arrebató. Lo agarró una embriaguez de estrellas. "Estaba enamorado y a *El hondero* siguieron torrentes y ríos de versos amorosos."

34. *El verso cambia. La mujer permanece*

Recordó más tarde que los *Veinte poemas* son "el romance de Santiago, con las calles estudiantiles, la Universidad y el olor a madreSelva del buen amor compartido". Antes había dicho que le ayudó mucho a escribir el río Imperial y su desembocadura, el paisaje, como lo ayuda a escribir el hecho de estar enamorado, aunque no siempre sea el "buen amor compartido". Sintió desde las vísceras, orgánicamente, el impulso de convertir en poesía sus pasiones, el ámbito geográfico en que vivía y donde ella se desarrollaba. Es la característica de este creador. Amaba porque amaba y porque quería contarlo. Necesitaba decirlo. Su experiencia vital, su angustia amorosa, la aventura erótica la gozará como hombre que es; pero enseguida la transfigurará en poesía como poeta que es. Generalmente no pondrá el tiempo como distancia entre el sentir y el escribir. Serán actos sucesivos. El papel recogerá casi de inmediato la sensación aún tibia del lecho. Él ha venido al mundo para decir lo que siente y lo que otros sienten. Y lo hará con extraña velocidad. Este movimiento continuo que va de la vida a la letra hará que la letra refleje siempre, prestamente, el cambio que se produce en su existencia, en su cuerpo y en su espíritu.

El amor por Albertina atravesará varios libros.

Cada libro de Neruda es distinto del anterior y diferente del que viene, aunque tengan, como en el caso de los diversos tomos de *Residencia en la Tierra*, un solo nombre.

Neruda es un poeta de constantes rupturas consigo mismo, entre libro y libro. La ruptura mayor con la poesía de sus tres primeros volúmenes, *Crepusculario*, *El hondero entusiasta*, *Veinte poemas*, se produce con *Tentativa del hombre infinito*. La poesía de su primera etapa (valga la insistencia que cada libro es diferente) resulta todavía deudora, relativamente hablando, de un modernismo renovado y de la poesía europea previa a la Revolución Estética. Consideraba *Tentativa* el patito feo de su obra, su libro más incomprendido. Cuando cumplió sesenta años le

escuché decir en la Biblioteca Nacional que lo estimaba un verdadero núcleo de su poesía. Pese a ser el menos leído y estudiado de su obra es enteramente distinto a los demás y uno de los más importantes de su poesía. Explicaba dicha afirmación: trabajando en esos poemas (es una de las raras veces en que habla de su poesía como trabajo, no porque no lo fuera, siempre lo fue, sino porque sentía complacencia de autoproclamarse el gran haragán) fue tomando una conciencia que antes no poseía. "Y si en alguna parte están medidas las expresiones, la claridad o el misterio, es en este pequeño libro, extraordinariamente personal."¹²

Ya antes, en 1961, al incorporarse a la Facultad de Filosofía y Educación de la Universidad de Chile, evocó que en esos tiempos, influido por Stephan Mallarmé y por Guillaume Apollinaire, arrasando con la gramática y las normas establecidas, hizo desaparecer de sus libros la puntuación y las mayúsculas. "Aún se puede ver —dijo— mi viejo libro *Tentativa del hombre infinito* sin un punto ni una coma."

Tentativa es el puente en llamas, donde se queman no sólo las mayúsculas, los puntos y las comas, sino que caen, devoradas por el incendio de su propia metamorfosis poética, las formas y las concepciones literarias prevalecientes en ese momento en su obra, para abrir aceleradamente paso a una fase nueva, la fase de *Residencia*.

La poesía cambia. La mujer permanece. Es la misma Albertina. En una carta le pide que le cuente largamente lo que ha hecho y lo que hace, si tiene dolores y en qué piensa. Imagina sus pasos, mientras le escribe, ese martes por la mañana. Luego le transcribe un poema que más tarde integrará *Tentativa del hombre infinito*: "Al lado de mí mismo, señorita enamorada,/ quién sino tú como el alambre ebrio/ es una canción sin título?". Aquí hay mayúsculas, comas, signos de interrogación. Desaparecerán en el libro. Se publicó por primera vez en la revista *Dínamo*, en 1925, con el nombre "Canción para su destino".

La destinataria respondía a los poemas que se le dedicaban con un silencio displicente o temeroso. ¿El poeta escribe para su amada, para sí mismo y para el mundo? Si escribiera sólo para su amada, la respuesta no sería un éxito conmovedor. Él lo sabe. Pero necesita, en algún instante, que ella conozca los versos que de algún modo le inspira, y sobre todo quiere escuchar una palabra de Albertina sobre su obra; o sea, sobre su vida, sobre él mismo. Aunque tiene conciencia de que el resultado no será impresionante, y quizá no merezca la más mínima respuesta, le

manda una carta diciéndole: "Me he tomado el insoportable trabajo de copiarte ésta de mi próximo libro para saber si te interesa algo de lo que escribo para ti. Tú me das una sensación de indiferencia que me abre la curiosidad".¹³

Si *Tentativa* es una encrucijada de tránsito, *Residencia en la Tierra* es llegada a un país distinto. Pero antes la crisis de crecimiento arrasará también con su terremoto el territorio de la prosa, de su llamada "novela", *El habitante y su esperanza*, y de los textos de *Anillos*.

El primero, fechado en 1926, es precedido por un prólogo sustancioso, porque en él el autor, de veintidós años, se autodefine: "Yo tengo un concepto dramático de la vida, y romántico; no me corresponde lo que no llega profundamente a mi sensibilidad... Como ciudadano, soy hombre tranquilo, enemigo de leyes, gobiernos e instituciones establecidas. Tengo repulsión por el burgués, y me gusta la vida de la gente intranquila e insatisfecha, sean éstos artistas o criminales". Es también un autorretrato de transición señalando otro rasgo de ese joven que tiene "siempre predilección por las grandes ideas". Está acosado por las dudas y las vacilaciones. Busca una expresión más o menos propia. Cree que en *Veinte poemas* tuvo "algo de trabajo triunfante". Su alegría es agresiva: "...no la pueden conocer los equilibrados imbéciles que forman parte de nuestra vida literaria". *El habitante y su esperanza* es relato y poesía, aunque él subraya que no le interesa relatar cosa alguna. Al revés de *Albertina*, "Irene es gruesa, rubia, habladora". Lo arrastra de prisa a contarle sus historias. Rivas y el narrador son ladrones de caballos. Le gustan los cuatreritos como Diego Coper, hombre altanero de aire orgulloso, preso por la policía de Cantalao "por unos asuntos de animales". Luego libre, él la recibe en su cuarto comiéndose una manzana. Le quiere contar todo, su infancia, los solitarios días del Liceo. Florencio Rivas, anoche, mató a su mujer, Irene. Galopan juntos. La encontró muerta sobre la cama, "como una gran lisa de mar, arrojada allí entre la espuma nocturna". "Ay de mí, ay del hombre que puede quedarse solo con sus fantasmas." El final nos aboca al Neruda melancólico de ese tiempo. "Ahora estoy acodado frente a la ventana, y una gran tristeza empaña los vidrios. Qué es esto? Dónde estuve? He aquí que de esta casa silenciosa brota también el olor del mar, como saliendo de una gran valva oceánica, y donde estoy inmóvil. Es hora, porque la soledad comienza a poblarse de monstruos; la noche titila en una punta con colores caídos, desiertos, y el alba saca llorando los ojos del agua."

Nadie necesita preguntarse ni condolerse por el prosista Neruda, aunque él se dijo siempre poeta. Prosista por equivocación, por fuerza mayor o fuerza menor, solía decir de sí mismo. Pero *El habitante y su esperanza* evidencia a un escritor quien admite todos los géneros literarios. Alguna vez le oí decir, refiriéndose a un joven escritor bien dotado, por la vía del consejo: "Puedes escribir poesía, cuento, novela y ensayo, pero es necesario marcar una preferencia".

La diferencia de la prosa de *El habitante* con las prosas de *Anillos* es transparente, aunque ambos libros se publican en el mismo año, 1926. El último es prosa poética. El primero es relato escrito por un poeta. "El otoño de las enredaderas" sabe a poesía con distinta disposición tipográfica. Así, "Imperial del sur": "Voluntad misteriosa, insistente multitud del mar, jauría condenada al planeta, algo hay en ti más oscuro que la noche, más profundo que el tiempo". Todo esto es como volver la mirada al sur, a los muelles de Carahue, a la primavera de agosto, la reminiscencia de la "Provincia de la infancia":

desde el balcón romántico te extendo como un abanico. [...] Ah, pavoroso invierno de las crecidas, cuando la madre y yo temblábamos en el viento frenético. Lluvia caía de todas partes, oh triste prodigadora inagotable. Aullaban, lloraban los trenes perdidos en el bosque. Crujía la casa de tablas acorralada por la noche. El viento, a caballazos, saltaba las ventanas, tumbaba los cercos. [...] Yo fui el enamorado, el que de la mano llevó a la señorita de grandes ojos a través de lentas veredas, en crepúsculo, en mañana sin olvido. [...] Provincia de la infancia deslizada de horas secretas, que nadie conoció. Región de soledad, acostado sobre unos andamios mojados por la lluvia reciente, te propongo a mi destino como refugio de regreso.

La lluvia siempre. "Lluvia amiga de los soñadores y de los desesperados, compañera de los inactivos y los sedentarios..." En algunos textos, como en "Tristeza", "La querida del alférez", flota un perfume venido de la literatura escandinava y rusa de la época.

35. *Epistolario como confesión y angustia*

Neruda comenzó a escribir *Residencia en la Tierra* entre 1925 y 1927, antes de salir por primera vez al extranjero. En ese tiempo la vida se le había hecho muy dura. Continúa el libro en

el Oriente. Allí, durante largos días, Albertina Rosa le sigue pensando. El 18 de septiembre de 1929 le anuncia en una carta que pronto aparecerá en España una nueva obra suya, explicándole que contiene muchas cosas para ella. Le transcribe los cuatro primeros versos de su "Madrigal escrito en invierno":

En el fondo del mar profundo,
en las noches de largas listas
como un caballo cruza corriendo
tu callado, callado nombre.

Callado, callado nombre. Rafael Alberti evoca el episodio de este libro de Neruda, que debía publicarse en España y quedó en proyecto frustrado. Por primera vez se editó en Santiago, el 10 de abril de 1933, por Nascimento, con un tiraje reducido de cien ejemplares numerados y firmados por el autor.

Desde Ceilán, Neruda envía también a Albertina "Lamento lento". A la angustia, a la fatiga del último período de su juventud, que vivió en Chile, se ha sumado ahora en el Oriente una soledad desconocida y agobiadora. Es el Asia de aquel entonces, antes de que concluyera el régimen colonial.

El epistolario de Neruda a Albertina comienza cuando el muchacho tiene diecisiete años. La última carta de Java la escribe a los veintiséis. Hay todavía algunas enviadas después de su regreso a Chile. Encierran la historia íntima de una pasión poco correspondida o que toca a dos temperamentos tan diferentes, a dos personas tan disímiles que la respuesta o la falta de ella necesariamente tiene que desesperar al que se entrega a fondo. Pero, además, esas cartas contienen un código de señales para descifrar al joven Neruda. Son como el registro de las palpitaciones de su espíritu, además de una abundante crónica de su modo de existencia.

La carta número uno está acompañada por un autorretrato de cuerpo entero. Aquí está el poeta, en Puerto Saavedra, de pie sobre la playa, sin capa, pero con sombrero alón, vestido de traje oscuro, con su rostro aguzado, los ojos mirando a lo lejos y las manos en los bolsillos. Pequeña aventura: "He robado un gatito romano, hermosísimo; lo llevaré a Santiago".

Como en el poema de Mallarmé, el poeta ha leído todos los libros, ha visto todas las estrellas del cielo austral, ha hablado con todos sus conocidos. Se sabe de memoria el "pueblo amarillo y triste". Más triste porque ella no está. Los separa la distancia de Temuco a Concepción. La crisis con la familia se pro-

fundiza. "Todos mis proyectos de escribir, estudiar, pensar, se van derrumbando. Estoy mal en el pueblo, mal en mi casa, en todas partes. Hoy a las doce tuve un deseo violento de volver a Santiago y enterrarme libremente en mi conventillo." El lunes siguiente se propone ir al campo, viajando dos leguas a caballo. En medio de todo este cuadro hostil, ella le hace falta. Es una carta escrita en verano. Posiblemente, enero. No estudia: lo hará en febrero. En marzo verá "los ojos de té de la pequeña. De la Mala Mocosa que en once días me escribe diez renglones y olvida el número de mi casilla".

En la carta tres se refiere a un viaje en tren que vale por una pintura costumbrista de la época. Para no pagar el boleto, los polizones ("pavos" los llaman en Chile) debían ocultarse en los sitios más inverosímiles. "A medianoche me escondieron debajo de un catre; ahí estuve helándome cinco horas." Luego, un carro de tercera... La invita a compartir el brasero que entibia, quiere que venga con dos o tres de sus atributos constantes, que recorren de punta a cabo su poesía de aquel tiempo: los hermosos ojos tristes, su silencio "que tanto me gusta" y, para completar la fiesta, "tu boca, que necesita mis besos". En la correspondencia celebra algo inherente al escritor: el descubrimiento o el redescubrimiento de las palabras. "Ahora me gusta la palabra manzana... Si tengo alguna hija, se llamará Manzana... Si fuera hija tuya sería entonces alta y paliducha, como esas manzanas largas y amarillas que guardan en las casas en el invierno, forradas en papel de seda."

De vuelta a Santiago, en su cuarto de la calle Manuel Rodríguez 758, declara que su principal sufrimiento es la pobreza. "Cada día tengo que conseguirme dinero para comer. He sufrido mi poco, mi chiquilla, y he estado con ganas de matarme, de aburrido y desesperado."

En el verano, el joven pasa del conventillo a la naturaleza. En la hijuela Miramar, a unas cuantas leguas de Temuco, describe un campo legítimo, con trigales, puestas de sol, maqui, poleo, montaña virgen con león. Por las tardes se tiende bajo un peumo y se pone a pensar en ella. Todo esto se lo escribe en un papel que corresponde a una esquila enviada por Juana de Ibarbouru. Ha realizado el milagro de conseguir tinta. No estudia los textos universitarios pero está contento con su rifle. Quiere ser deportista, campeón de salto; ha derrochado inútilmente balas disparando a las águilas que suelen posarse en los robles. Por la mañana se declara el terror de los pájaros selváticos.

Entra y sale de la correspondencia como de su casa un personaje: Rubén Azócar. En la carta once le dice a ella que le escribirá con su hermano dándole instrucciones: "con Rubén vienes por la razón o la fuerza; eso que me dices de tu salud exige el viaje inmediato. Tomarás el tren aunque todo se venga abajo. Hoy tuve una explicación penosa con Rubén: le reproché duramente su mala voluntad, y le dije, para hacerle determinarse, que tu viaje era forzoso por razones que no podía decirle". El párrafo revela el carácter imperativo de quien lo escribe. No se necesita ser grafólogo para vislumbrarlo: da instrucciones, vendrás por la razón y la fuerza, tomarás el tren, aunque todo se venga abajo... El poeta no era débil de voluntad. Tenía una condición innata para imponerse, poseía lo que se llama don de mando, proponía acciones y movimientos. Ese rasgo de su personalidad se convirtió con el tiempo en un potente resorte de su carrera literaria. Al parecer desorganizado, poseía una rara capacidad para hacer las cosas, para conjugar esfuerzos individuales y ajenos. Siempre estaba planeando algo, no sólo en el dominio de la creación literaria, sino de la acción personal o social. Era una gran dínamo de iniciativa. Y esta característica, que tan copiosos frutos le dio, chocó, sin embargo, con la resistencia pasiva de Albertina, la cual no obedecía instrucciones; era capaz de desconocer la razón o la fuerza y no le gustaba que su mundo se viniera abajo. Tenía algo de pétreo, imperturbable, incommovible en su frecuente mutismo y en su determinación de no hacer sino lo que ella estimaba necesario.

El poeta es casi su anverso. Virtualmente, cada día le escribe. Le manda periódicos donde aparece un poema sobre la ausente:

(tú eres la ausente). En cambio, tú, en diez días, una carta. Yo, tendido en el pasto húmedo, en las tardes, pienso en tu boina gris... He peleado con las numerosas novias que antes tenía, así que estoy solo como nunca, y estaría como nunca feliz si tú estuvieras conmigo... Además, elevaré mañana, en tu honor, un volantín de cuatro colores y lo dejaré irse al cielo de Lota Alto. Recibirás, querida, un largo mensaje, una de estas noches, a la hora en que la Cruz del Sur pasa por mi ventana. Mañana te enviaré un divertido libro de Chejov.

En otra carta la llama Arabella. Le pone cien nombres. Neruda es el más grande bautizador que hayamos conocido. Tal vez esta manía de inventar apelativos, apodos, alias, le viene de la fuerza de la imaginación y del hecho de haberse criado en un mundo que recién llegaba a la llamada civilización blanca, todavía innominado, al cual era indispensable poner el óleo y la crisma de los

nombres que individualizaran a los hombres, los lugares y las cosas.

No se sabe si parte de la leyenda o de la falsa memoria, inducida por el relato de sus mayores; el origen del que se sostiene es el más temprano recuerdo en la vida del poeta. Describe el cuadro en que él, muy pequeño, está sentado sobre unas mantas extendidas en el pasto, mientras al frente arde su casa en uno de los voraces incendios que eran en Temuco pan de todos los días o de todas las noches. La escena vuelve a repetirse en julio del año 1923. "La otra noche, ayer —escribe en una carta a Albertina—, hubo un incendio aquí, frente a mi casa. Casi nos quemamos. Llamas altas y hermosas, agua, llantos de mi madre. Yo me divertí mucho. Después llovió..." El violento, crepitante lugar común de los incendios, el torrencial lugar común de la lluvia. "Llueve, casi siempre. Lo paso como adormecido. Hundido en un sillón viejo como mi abuela, al lado de un brasero, pienso que en el infierno debe llover como en este pueblo bendito."

Después le manda un retrato de Pola Negri con unos versos, y reprocha a Albertina por el abandono en que tiene a su Paul. En la carta siguiente la llama Netocha. Lo ha tomado del personaje de Dostoievski, Netocha Nezvanova.

Tiene diecisiete-dieciocho años. Está lleno de dudas y tormentos. La vida en Temuco, sin ella, le resulta intolerable.

Amargos han sido estos días, mí pequeña Albertina. Crisis nerviosas o reunión de porquerías, ya no me aguanto solo. De noche, insomnio, largo, doloroso. Me desespero, me afebribo. Anoche leí dos largas novelas. Ya amanecía y aún me revolcaba en la cama como un enfermo. Aquí ni me dejan dormir en las mañanas. Mi familia: gente estúpida y mala. Qué soledad, Dios mío! Por qué mi madre me parió entre estas piedras? Y agotado como estoy, no tengo fuerza para tomar el tren. Todavía cuatro días aquí. No es verdad, señorita Albertina, que me lamento como las mujeres?

El poeta se queja, además porque no tiene respuesta de la mujer a quien escribe. Nota la ausencia de sus palabras, dice comprender la triste realidad. "Quién eres tú? Yo, quién soy? A ti qué te importa lo que yo haga o sufra? Qué cosa soy para ti? Tal vez, profundamente, en la verdad más escondida, nada. Una cosa ajena a ti, un hombre que, a tu lado, gesticula, habla, se aleja, se acerca". La pasión no le mata el sentido de la realidad. Con todo el cuerpo está sintiendo, pero desde un ángulo del ojo la observa como quien es, sin moverse a engaño.

¿Acaso Neruda, al cual le tomó mucho tiempo la definitiva ruptura, asumió el papel del poeta que cantaba al objetivo de sus sueños no sólo porque soñaba con ella, sino por la imperiosa necesidad de expresarse, de convertir en poesía lo que le pasaba por dentro, aunque el motivo de inspiración le causara sufrimiento y fuese a menudo indiferente como una piedra? Él le sacaría chispas azules a esa piedra. La transfiguraría en poesía. Pero no puede evitar que le salga el grito y despedirse con triste ironía. La carta la echará al correo "con la esperanza de que se pierda. También, si la recibes, se habrá perdido. Tengo el honor de besarte".

El vaivén del amor dura largo tiempo.

36. *La era del poeta flaco como un esturión*

Durante los días de *Crepusculario*, en aquel poema dedicado al cumpleaños de su hermana, se lamenta que no tiene nada que darle. Es pobre de indigencia soberana. "Todo lo que poseo siempre lo llevo lejos. A veces hasta mi alma me parece lejana." No tiene dinero para un regalo, pero celebrará el 18 de abril, aniversario del nacimiento del amor con Albertina, regalándole ese nombre que juzga precioso, Netocha, uno de los que más repite. Busca desesperadamente quinientos pesos para conseguir que ella venga de Concepción, pagarle el viaje y la pensión por un tiempo.

Tiene la sensación de que a Netocha no le importa mucho lo que él escribe. Pero no puede dejar de contárselo. A fines de enero le comunica que está contento "porque he escrito algo con entusiasmo ayer y anteayer noche, y hacía tanto tiempo que me pesaba mi inactividad... Escribiré todo este tiempo con locura. Esto a ti no te importa".

Netocha, a pesar del nombre que le da el poeta, no parece interesarse por la literatura rusa, tal vez por ningún tipo de literatura: "eres una holgazana y nunca leíste Sachka Yegulev, la historia de un bandido muy parecido a mí. Bandía".

En los vagabundeos de una mañana soleada, caminando por los viejos barrios de su juventud, nos detuvimos ante el número 330 de Echaurren. Neruda le envió a Albertina, en una carta, el croquis de aquella casa entre los letreros *Lavance* y *Dulcería*. Está contento con su habitación clara y alegre, pero ahora todavía está triste, le dice. Con todo, comienza a sentir la necesidad de

irse al extranjero. La carta de un día es amarga. La del día siguiente es optimista. "Tu hermosa carta color lila merece esta tinta color ala de caturra... Estudias? Estoy arreglando los originales de un libro, *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Hay allí muchas cosas para mi Pequeña lejana." Después conmina y cede, pero para volver a exigir. Acepta la idea de irse a estudiar a Concepción, porque ella está allá, aunque "para mí la provincia es dura. Si no pasamos este año 1924 juntos, es difícil que volvamos a cruzarnos, después, en la larga vida. Pero si no lo logramos, nos iremos con Rubén, este año, luego".

La bohemia lo atrapa. Un día, a las tres de la mañana, entra en *El Mercurio*. Y en el mesón donde se redactan los avisos económicos aprovecha el papel, la pluma y la tinta para escribirle, confesándole que anda de juerga, como todas las noches.

A ese hombre tan apasionado por ser y existir, nada le fue tan extraño como la idea del suicidio. Sin embargo, en esa mocedad atormentada, alguna vez ella lo visitó, momentánea, aunque, en verdad, la recibió con escepticismo. "Con humor de difunto, todo el día de ayer. He pensado rabiosamente en matarme. Valdrá la pena? No será también inútil?... Aquí anda mi hermana, intrigada por lo que estoy escribiendo. Mientras come manzanas quiere abrir el pomo del talco, me habla de cuncunas, de que no le gusta el vino, se ha ido."

Quiere viajar, aunque cambia frecuentemente de destino. Rubén, por esa época, está en México. Neruda propone a Albertina partir hacia ese país. "Es natural que si la revolución termina, nos vamos los dos a México, a querernos libremente, aunque vivamos con pobreza." Luego planea irse a Alemania, pero le fracasó el viaje a bordo del barco *Adriana*. La llama cariñosamente al revés: *mi mocosa fea, pequeña canalla*.

Cruza alguna alusión sobre un amigo que pronto será enemigo: "me encanta que me digas que no te gusta el De Rokha; a mí también me es antipático... Estoy horriblemente celoso, infame! La mesa de tres patas me dice que has querido la no pequeña suma de tres hombres. Ahí me comprendo, y creo saber otro nombre, pero el tercero, quién es?"

La correspondencia de Neruda es conocida, así como se desconoce la de Albertina. Esto produce lagunas y plantea misterios. Qué quiere decir cuando le escribe: "No soy enteramente un miserable, mi querida mujercita, y comprendo el bien y el mal, todo el bien y todo el mal que te he causado; pero muchas partes de ese daño que has recibido de mí te lo he hecho por mi voluntad, para no separarte de mí: te lo he hecho por mi voluntad

para no poder hacerlo, para que me fueras más querida.” ¿Cuál es el trasfondo de este párrafo? ¡Enigma! ¡Inconvenientes del monólogo epistolar!

Al frente, mirándolo con ojos terribles, los exámenes. “Yo no he estudiado casi, me invade una flojera mortal, un nihilismo absoluto”, escribe el 17 de marzo. Después de un punto seguido, el estado de ánimo es inverso. “Tengo tanta alegría de que pasemos otro año de nuestra vida juntos.”

Esta alegría se nubla pronto. Descubre en “su chiquilla querida” lo que más le desespera en los otros: la sequedad del corazón. Entonces le dan deseos de darle cabezazos a la pared. Mala pécora, rana, culebra, araña (todos son modos delicados de nombrarla). Al parecer, está enferma. Se habla de una herida. Él bebe como una cuba. “Anoche, de vuelta a mi casa, te escribí, estaba muy borracho. No he querido abrir la carta y te la mando sin saber qué dice, cuéntame tú.”

La relación va de borrasca en borrasca. Pablo envía a Albertina Rosa un extraño saludo de Año Nuevo: “serás olvidada para siempre, desterrada de mi corazón, aunque eso no signifique gran cosa para ti. Sentencia: porque has sido una mala compañera, y porque me he equivocado, con dolor, al creer en tu inteligencia y tu bondad. Que el año nuevo te traiga la alegría, si es que ahora no la tienes”.

Poco después, vuelta de campana, cartas donde le urge a reclamar su correspondencia a nombre de Albertina Neruda y luego Netocha Neruda. La “lombriz solitaria” no reacciona.

Le escribe desde Valparaíso, pidiéndole que venga enseguida porque tiene muchas cosas que ella no sabe para contarle al oído y que nunca más podrá oír de su boca sino ahora. Luego le anuncia que se propone escribir esa tarde su nombre en la arena. No olvida los golpes de efecto. Un día le dice que está ciego desde las diez. Otro le prodiga más nombres que de costumbre: lombriz mía, juguete, corazoncito, amareza, amapola, abeja, caracola, mocosa fea, “por qué peleas conmigo? ... Tú me escribes unas cartas pequeñas como mosca”.

Neruda está en Temuco, escribe su carta número setenta y cinco (la numeración viene después, ordenada por los estudiosos), en papel con membrete del diario *La Mañana*, y le anuncia que para ganarse algunos pesos hace clases a dos alumnos. Se queja de pobreza. Le pide que no le diga simplemente: me siento mal. Tiene que contarle, de inmediato y con detalle, sus dolores de la pierna, comunicándole que tiene remedios para ellos: inyecciones intramusculares e intravenosas. Le gusta la última

foto de ella. Admira la sombrilla sobre la cara preciosa. “La pier-
na la desconozco un poco, está más gorda y me da una tentación
irresistible. Nada de trabajo ni de estar parada, aunque sea tu
abuela la que tenga que hacer la cazuela a la señora Amanda y a
tu gente...”

De repente, a lo lejos, le llega una carta que lo pone feliz.
Pero él vuelve a reclamarle la falta de respuesta. Lo desconcierta
y lo molesta. “Es como si estuvieras pensando en otra cosa mien-
tras te hablo, o como si te hablara a través de una pared y no
oyera tu voz. Como soy vanidoso, soy muy sensible a todo eso.”

De repente asoma el nombre de un libro que habla de las lec-
turas de la época, que él juzgaba capaces de interesar a su lacó-
nica interlocutora. “Te llevaron *Juan Cristóbal*? Si tienes tiempo
para leer, dime qué te parece.”

Un lunes 5, verano, desde Temuco, le escribe, comprobando
con qué pertinacia ambos se fabrican un hermoso collar de des-
gracias. “Si el cariño no existiera, el collar bastaría para ahorcar
a cualquiera de los dos.” Las relaciones con la familia son pé-
simas:

He estado en mi cuarto, arriba, y no he bajado ni para comer. Ahí
me he ganado en mi familia una reputación de salvaje y de mal
carácter que tal vez no merezco... Siempre me comparan aquí a una
prima Carlota, muchacha viuda, muy sombría, que vive por ahí sin
meterse con nadie. La verdad es que apenas piso este pueblo me
vienen unas incontenibles crisis de amargura y aburrimiento.

Luego bromea: “Está acaso desahuciada la Pequeña? No en-
flaquezcas. Come, ríe, pasea. Tienes novio? Ah!, eso es comple-
tamente indispensable. Ya ves, yo, sin novia, flaco como un estu-
rión. Lees? Te envío libros, escarabajo?”.

37. *Despedida*

“Ayer vi en el campo un arcoiris maravilloso. Pronto partiré a
un pueblo vecino, a poner en limpio un libro. Estudias? Estudia.
No lo olvides. Escíbeme, hoy.”

Le obsesionan los exámenes. “En realidad —reconoce—, no
soy un sabio en Economía Política.” Tiene en su poder unos
libracos que se propone repasar desde mediados de febrero.

Por esos tiempos, sobre todo con el estallido del verano,
solía correr una voz excitante por las provincias: *llegaron los*

húngaros. Esto quería decir que los gitanos habían instalado sus tiendas en un descampado próximo. Neruda remolineaba, entre divertido y atraído. Coqueteaba con las gitanas jóvenes. Les extendió la mano para que le vieran la suerte. Anuncios, como siempre, de un viaje largo y feliz, cosa que estaba esperando, y una mujer. "Tú, sin duda", le aclara a Albertina, a la cual le cuenta su visita al campamento. Allí le dieron un amuleto para que, sin verlo, lo guardara al lado derecho. Es una misteriosa raíz amarilla. El poeta se convence de su poder mágico y expresa que en su perra vida se separará de ella "porque ayer mismo me llegó un giro que había esperado en vano mucho tiempo".

La lombriz zalamera, que de zalamera no tiene nada, aparece preocupada sólo de dos cosas vagas: dolor de cabeza y pensar en él. Él no da mucha fe a esa descripción. "No comes, no sales, no conversas, no peleas, no lees, no te mejoras un poco de eso, no has ido al *biógrafo*, no vas al correo, no fumas, no has conocido a una muchacha interesante, no te ha escrito tu amigo de la moto, no te han contado ningún chisme de mí, no has leído los periódicos, no te has hecho una visita, es posible? Niña de los secretos!"

¿En Temuco, él no ve a Marisol? A ratos no parece tan triste. Viaja a la costa. Asoman la cabeza negros lobos de mar y toninas nostálgicas. Más tarde anuncia que no se presentará a los exámenes. Encuentra, sin embargo, a alguien más infortunado que él: el hermano de Albertina. "Tiene más mala suerte que un peso malo." A su entender, "es enfermo de la voluntad y demasiado tímido". En verdad Neruda quiere influir sobre Rubén para que le ayude en su relación con Albertina, que se estrella con la terca oposición del resto de la familia.

Casi de paso, como algo sin importancia, el 9 de enero le escribe desde Amunátegui 733, Santiago, avisándole que ha salido su último libro. "Mañana te lo empaquetaré, a ver si te llega." Todo con mucho desgaire. Y se trata nada menos que de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. De nuevo en Temuco, el 6 de febrero, se queja de la falta de sellos que retrasaron el envío de algunas cartas. Agrega unas pocas líneas que arrojan luz sobre un ángulo muy distinto: alude a "la fatal gira del De Rokha y Rubén que acaban de empeñar, como último recurso, las polainas". Alguna vez oí decir que el primero dejó al segundo en prenda en una pensión de Temuco por el pago de la cuenta.

El dinero, el dinero, el Gran Dictador, es la preocupación permanente. Trata de ganarlo de algún modo. Es ya un poeta cono-

cido en el pequeño ámbito nacional, pero para editar su primer libro tuvo que endeudarse y empeñar su reloj. Los derechos de autor virtualmente no existen. Le pide a Albertina que le hable abiertamente a Rubén "para que se mate buscando dinero". Su plan —Neruda siempre estuvo planificando— es que los tres se marchen al extranjero. Espejismos, que se deshacen de un día para otro. Pero él insistirá hasta que un día el viaje resulte. Ella mantiene una independencia que él le reprocha. A la hora de la cita se va al curso de la fiesta de los estudiantes y él le enrostra sarcásticamente que la encontró "enfermita y olvidada de su amigo viejo, paseándose con sus amistades de pensión entre las serpentinatas". La insta a hacer juntos un viaje al sur. Trata de entusiasmarla diciéndole que le contará su vida, pedacito a pedacito, "la primera noche que durmamos juntos bajo las estrellas de Ancud".

Mientras tanto se produce la ruptura especialmente con el padre. "Mi hermana, con mis gentes, estuvieron acá hasta hace poco, casi no los vi en todo el tiempo, no fui a despedirlos cuando se fueron, comprenderás que se cortó la cosa por completo. Por suerte me compró mi madre un traje, si no me habrías hallado hecho un estropajo. Mi traje es hermoso, rayado como una cebra." Bebe considerablemente. "Ahora ando en las *curaeras* casi todas las noches." Al lado del chilenuismo dibuja dos botellas y un vaso. Sus borracheras le exaltan el sentimiento. Cuando llegó al cuarto le bajó toda la ternura, se hincó en la cama y le dio "un beso grande y resuelto al retrato de la lejana indiferente". Hay en toda esta correspondencia un sentido literario, que entre broma y broma anuncia el realismo mágico o la capacidad de fabricar prodigios que caracterizará más tarde un momento de la literatura latinoamericana. "Hace ya de eso más de veinte días, pero asómbrete, para atestiguar el milagro quedó pegado al vidrio el beso..."

Su pequeño cuarto de estudiante tiene varias fotografías de ella. Las califica de "indispensables". Le envía dibujos, que llama "instantáneas de mi pieza". Al lado de cada uno de ellos, la explicación, como si no fueran suficientemente reconocibles. Cama y rincón con tu retrato. Jarro y lavatorio. En el espejo dibuja su silueta. Al lado esboza el talismán de los gitanos. La escobilla de ropa. El tintero vacío de tanto escribir. La pipa. Un caballo de palo para juegos de niños. Puerta grande con cortina.

Quejas, muchas quejas. "Tienes razón de pensar en olvidarme: así no me sirve mi compañera... Esto está muy mal, más mal de lo que piensas. También yo para año nuevo te escribí, pero

una carta amarga, rompiendo contigo. En realidad, tú eres la única cosa en que me apoyo, dentro de este tiempo fatal... Es difícil para mi existencia despedazada rechazar el amor, el olvido de lo que ama, y precisamente he querido que tú quedaras fuera de las miserias y absurdos que yo conozco..."

Nueva carta, mecanografiada. "Yo me creo un gran dactilógrafo, por eso te escribo a máquina... Descubro que a máquina se miente con más facilidad. Todas las tardes escribo, costesto alguna carta en esta máquina de D. Augusto Winter. Ahora veo que ahí puse 'cotesto', y eso me llena de tristeza." La misma carta comienza diciéndole: "Albertina: eres una mala mujer. Nunca me escribes". Le manda tarjetas envueltas en poemas. Él trata de que la vida natural le ayude. Galopa por los cerros. Se llena los bolsillos de avellanas, chupones, copihues, boldo, murtas. Con el mar no le va tan bien. Seguramente el Pacífico es demasiado brusco. "Al mar -le escribe- no le cuentes nada, el mar es mi enemigo. Cuando me baño, yo lo insulto a grandes gritos, y él trata de ahogarme y de azotarme, lleno de furia."

En esos días escribe *Tentativa del hombre infinito*, prepara su viaje a Chiloé para encontrarse con Rubén, quien ha conseguido allí un puesto de profesor. Piensa irse a fines de octubre a Ancud. A veces ella le escribe cartas más expresivas. La presiona para que abandone todo y se venga a vivir con él. "Yo no deseo que te estén matando en esa inmunda escuela, quiero tenerte joven y bonita como te quise, y toma tú en cuenta eso para que yo sea más feliz." A fin de realizar estos propósitos, necesita dinero. Le comunica que piensa embarcarse en un negocio de cine.

Termina su libro para entregarlo a la imprenta. Y está ufano de ser el director de una pequeña revista de próxima aparición, *Caballo de Bastos*. Es un trasnochador impenitente. Hay días en que no se levanta. Y a las ocho de la noche le escribe cartas desde la cama. Por fin recibió algún dinero de su editor. Y lo gastó en el acto. Ahora tiene una hermosa mesa. "La falta de mesa era la causa principal de que no pudiera escribirte." Cuando ella le dice que le ha escrito cartas que nunca recibe, él le responde con sorna que llegan todas las cartas, pero sobre todo las que se escriben. Le pondera la hermosura del cuarto que la espera. Cojines nuevos, un piso para sentarse de totora amarilla. Una tortuga de verdad, que responde al nombre de Luca y con la cual el poeta conversa tardes enteras. Tal vez es una charla en la cual recibe tantas respuestas como en su conversación con Albertina. Le gusta el papel plateado de los cigarrillos. Ella le envía un perro pintado. La tortuga está muerta de celos y, furiosa, se come el libro

de escultura de Tótila Albert. Le pide que le informe a un común amigo, Yolando Pino, el cual estudia en Alemania, que están en prensa sus libros *Tentativa del hombre infinito*, *Caja de naipes* y *Crepusculario*. Le solicita, además, que le mande versos suyos y de sus poetas alemanes predilectos para su revista *Caballo de Bastos*, que saldrá dentro de diez días. Se despide con un beso suyo y un gruñido de la tortuga.

El 22 de febrero de 1926 anuncia que sale para Ancud. La novedad consiste en que, aparte del "macaco Rubén", desde hace dos días está allí Pablo de Rokha. "Acabo de dejarlos en el hotelucho en que se albergan."

La próxima es un estallido. Le reclama ácidamente porque han devuelto a Santiago sus cartas abiertas según la nueva ley de Correos. En Chile se ha entronizado virtualmente una dictadura militar y las cartas abiertas son un hecho banal. "Tú ni siquiera te has preocupado de que esas cosas secretas de mi corazón y el tuyo no caigan en manos ajenas. Está bien, ya creo de ti muchas cosas. Supongo que igual destino tendrían mis cartas de Temuco, Osorno, Puerto Montt. La verdad, Albertina, el tiempo ha pasado y no eres la misma."

Pocos días después, el tono cambia completamente. Radiante, le comunica que ese día firmaron en el Ministerio de Instrucción Pública el decreto que lo comisiona para perfeccionar sus estudios de francés ("ríete") en Francia. Hay un problema: no sabe aún si tendrá pasaje. Le pide un retrato de perfil, un perfil absoluto. Le explica en qué consiste con un trazo de su propia silueta.

38. *La crisis de la bohemia*

Era el tiempo de los recitales colectivos de los poetas del Instituto Pedagógico que se celebraban en la casa central de la Universidad de Chile. Participaban en especial Pablo Neruda, Julio Benavides, Víctor Barberis, quien luego fue mi profesor de francés en el Liceo de Curicó y el primero en revelarme los versos de su compañero de generación, de estudios y de pasión literaria: el joven autor de un librito, *Crepusculario*. Declamaba, además, Romeo Murga, un alto muchacho desgarbado, que pronto la tuberculosis llevaría a la tumba.

El poeta Neruda era muy solicitado. Al conventillo de Echaurren 330 solían llegar delegaciones de muchachas para pedirle un recital en su escuela. Más de alguna vez lo encontraron en su

somier con patas, en un cuarto donde un cajón azucarero hacía de velador. El poeta era galante. Entre esas solicitantes estuvo Laura Arrué, interna entonces en la Escuela Normal N° 1, a quien el joven Neruda visitaba en la casa de Peñaflores, para lo cual tomaba un tren a las ocho de la mañana. En Malloco hacía transbordo, subiéndose a un carro arrastrado por cuatro caballos. Cuando en 1924 Neruda regala a Laura Arrué un ejemplar de los *Veinte poemas*, recién aparecido, le da un consejo: "escóndelo bajo el colchón; no te lo vayan a pillar tus tías, porque te lo rompen". Antes de irse al Oriente, le confió en custodia el manuscrito de *Tentativa del hombre infinito*.

Después Laura Arrué se casó con Homero Arce, un moreno bajito, apellidado, de suave carácter, con grandes ojos oscuros, funcionario del Correo. Una vez jubilado, Homero fue secretario de Neruda hasta su muerte. Copió a máquina la mayor parte de los libros de los últimos veinte años de su vida.

En la hora de los reconocimientos (*Memorial de Isla Negra*), Neruda escribió el poema "Arce":

Aquí otra vez te doy porque has vivido
mi propia vida cual si fuera tuya,
gracias, y por los dones
de la amistad y de la transparencia,
y por aquel dinero que me diste
cuando no tuve pan, y por la mano
tuya cuando mis manos no existían,
y por cada trabajo
en que resucitó mi poesía
gracias a tu dulzura laboriosa.

Las muchachas lo buscan, pero él no se ve contento. Llega una hora en que le parece que todo en su vida entra en crisis. La bohemia era un aturdimiento y no una solución. Ese turbio reino de la noche coronado por el vino; ese baile anhelante de macho y hembra, entre las emanaciones del tabaco, las conversaciones estridentes, o en sordina, las carcajadas verdes del borracho" debían tener un fin, incluso el vínculo pasajero, con las prostitutas que caían por los bares, donde está sentado, entre botellas, este adolescente que busca algo más, aunque al principio lo seduzcan las "conversaciones de la audacia inútil". No, él no sería en definitiva como su admirado Rojas Giménez, "estrictamente loco, elevando/ el humo en una copa/ y en otra copa/ su ternura errante./ hasta que así se fue de tumbo en tumbo/ como si el vino se lo hubiera llevado/ a una comarca más y más lejana!".

Cuando, le llega la noticia de su muerte tiene la convicción de que se ha librado de una suerte semejante. Lo recuerda: "Entre botellas de color amargo/ entre anillos de anís y desventuras, levantando las manos y llorando,/ vienes volando".

Tampoco puede ser como otro de sus queridos compinches poetas, Joaquín Cifuentes Sepúlveda, el que mató por amor. Lo rememora: tiene una estampa de patriota de 1810, apuesto, pálido, "rostro de mando en la lluvia, también húsar de la muerte".

Necesita irse de Chile para abandonar ese género suicida de vida. Tiene conciencia de que sus amigos se están matando. Apenas escapado, tendrá que dedicarse a escribir elegías sobre ellos. La "Ausencia de Joaquín" figura en la primera *Residencia*: "desde ahora lo veo precipitándose a la muerte,/ y detrás de él siento cerrarse los días del tiempo". Tiene que huir de lo que Joaquín no huyó, de las noches desmedidas, de su continua palidez y de las costumbres de "su alma desobediente" a las leyes de la supervivencia.

No, el "Ratón Agudo" lo deja boquiabierto. Es un maestro de la cantina, un rey de la blasfemia, el que imparte a sus discípulos, como un apóstol del vino, las llamadas enseñanzas de la *hombría* criolla. El hombre ha nacido para tomar, para fornicar, para desafiar lo establecido. Tenía algo de anarquista primitivo. No dibujaba claramente la frontera que lo separaba del hampa. Era el predicador de una terrible y envolvente hermandad. Manejaba el lenguaje flamígero. Era el bardo del verbo insultante. El sucesor de todos los mal hablados de la historia, un fuera de la ley manejador de cuchillos y de frases como relámpagos, un semianalfabeto que tenía la sabiduría que viene de abajo cuando ésta se traduce en negación individualista, salvaje y sin destino.

Había en Neruda una voluntad constructiva superior. Él no dejaría que su existencia se consumiera así, en vano. En medio del hambre y del desorden de las noches, él aspiraba al orden creador. Se sabía propietario de un patrimonio potencial de poesía, que lo brotaba de sí mismo y él debía respetar, para que éste se concretara al máximo de su posibilidad. Sentía que lo había recibido como una herencia de la especie, de la tierra, como un tesoro secreto, que no podía malbaratar.

Además, el amor con Albertina era tan difícil. El romance de Temuco se había desvanecido. Giraba volviendo el rostro y el alma a mujeres diferentes. Tenía amigos, se interesaba por la sociedad, pero se sentía solo en medio de la multitud, como perdido en las calles por donde solía vagabundear hambriento. Se inclinaba sobre los libros. Sobre todo, queda escribir, extraer "el

mineral del alma/ hasta que tú eres el que está leyendo,/ hasta que el agua canta por tu boca.”

39. *El flojo que trabaja como una fábrica*

Sentía que escribir poesía era como seguir naciendo, un oficio extraño sin escapatoria, que él buscaba gozosamente. Su vida tenía “el techo roto, pero en los agujeros hay estrellas”. No, no está dispuesto a perderse. No se perderá. Él será, a pesar de los pesares.

No obstante todo lo que le duele Albertina, lo que más le importa son sus libros. El problema está en encontrar editor. Éste será Carlos George Nascimento, a quien alguna vez le preguntaron sobre su primer encuentro con Neruda:

Yo era en ese entonces —respondió— un editor más o menos nuevo todavía. Le había publicado *El hermano asno* a Eduardo Barrios, y éste me dijo: “Va a venir a hablar con usted un muchacho muy tranquilo, modesto, que usa el seudónimo de Pablo Neruda. Ése va a ser un gran poeta. Va a dar que hablar, algún día. No lo pierda de vista...”. Y no lo perdí de vista. Algo tenía, no puedo explicarlo. Era muy flaquito y muy pálido, hablaba apenas, pero estaba siempre tan calmado y seguro que sin darme cuenta me convenció y hasta tuve que hacer el libro a la medida que él pidió: un formato grande, cuadrado, que no era nada económico porque se perdía mucho papel. Pero ya ve, tan flaquito y callado, se salía con la suya.¹⁴

Desde muchacho, el poeta no concibe la actividad literaria como un compartimento estanco. La literatura es una casa con muchos cuartos comunicados y él transita de aposento en aposento, dejando en cada pieza más de algún mensaje alentador. Antes de los veinte años realiza una caudalosa labor de comentarista de libros, para no decir crítica literaria. Firma en *Claridad* con el seudónimo de Sacha. Así escribe el artículo “La romántica historia de Sacha Pagodin, contada por Leonidas Andreiev”. De ahí, seguramente, pesca su nombre de batalla como autor de notas divulgativas, que siempre expresan la admiración y la pasión descubridora de un joven que abre la pupila, atento a todas las literaturas. Comenta una obra que lo influye, de Carlos Sabat Ercasty, *Poemas del hombre: Libros del corazón, de la voluntad, del tiempo y del mar*. Manifiesta deslumbramiento ante el libro

estreno de Gabriela Mistral, *Desolación*. Ya en agosto en 1921 publica en el número 15 de *Juventud* un juicio enaltecedor sobre los poemas de Manuel Rojas. Examina con espíritu cordial *La torre*, de Joaquín Cifuentes Sepúlveda. De hecho cada número de *Claridad* de ese entonces contiene varias notas escritas por Neruda sobre obras que acaban de aparecer. En el número 95, julio de 1923, comenta los libros de poemas *La puerta*, de Rubén Azócar; *Barco ebrio*, de Salvador Reyes; *Serenamente*, de Fernando Mirto, y *El silbar del payaso*, de Manuel Chávez. Más tarde glosa a uno de sus coterráneos, Gerardo Seguel. En 1924 habla sobre Aliro Oyarzún y Tomás Lago.

Antes de los veintidós años ha publicado en la revista *Claridad* ciento ocho colaboraciones. También escribe en los suplementos literarios de *El Mercurio* y *La Nación*; en revistas como *Zig-Zag*, *Atenea*, *Juventud*, *Educación*, *Dínamo*, *Alí Babá*, *Renovación*, *Panorama*, *Abanico* (de Quillota), *Quimera* (de Ancud).

Otro cuarto que frecuenta este hombre que cree en la ley de los vasos comunicantes es la traducción. Le interesa sobremanera que se viertan al castellano las obras de los grandes. En mayo de 1923 saluda una versión de su siempre admirado Walt Whitman, realizada por un profesor chileno que trabaja en Estados Unidos, Torres-Rioseco. Entusiasmado con *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*, de Rainer María Rilke, él mismo traduce fragmentos que se publican en *Claridad* en octubre y noviembre de 1926. Igualmente vierte al castellano textos de Marcel Schwob, *La ciudad durmiente* y *El incendio terrestre*.

Labora en el rincón de las selecciones y escribe prólogos, que prodigará a través de su vida con mano abierta. En 1924 la editorial Nascimento publica *Páginas escogidas de Anatole France*, con una introducción suya.

Este autoproclamado animal perezoso fue un operario efectivo.

40. *Los escritores y los elefantes*

Su principal deber era escribir. Lo más importante consistía en hacer su obra. Neruda sentía que esa manera de vivir sin estar seguro de comer aquel día no era, pese a todas las teorías románticas en contrario, el clima más propicio para desarrollar su creación. Además, a su entender, debía preocuparse no sólo de sí mismo, sino por el destino y el drama del escritor en el país,

aporreado por la miseria, la incomprensión general y la sospecha de las autoridades. Pero a su vez había que exigirle al escritor responsabilidad y solidaridad. Él la daría. Hay constancia de su posición en este sentido. Ya el 8 de octubre de 1921 publica en *Claridad* un artículo titulado "De la vida intelectual en Chile", donde critica ácidamente a un escritor chileno que no quiere defender a un profesor destituido por sus ideas políticas: Carlos Vicuña Fuentes.

Neruda era el contratipo del escritor que detestaba a los demás escritores. Propendía al estímulo. Tendía al encomio, aunque también resultaba ojo avizor. En septiembre de 1921, en *Juventud*, apareció su llamado "A los poetas de Chile", en que les pide que luchen por la libertad de Joaquín Cifuentes Sepúlveda, encarcelado en Talca: "compañeros, los jueces lo mantienen encerrado sin sol, sin luz, sin aire, por un delito que no cometió. Y aunque lo hubiera cometido. Era un poeta...". A los diecisiete años le extendía ingenuamente un fuero especial, a espaldas del Código. Ser poeta era para él causa suficiente de irresponsabilidad penal.

Tan ancha era su disposición al estímulo de la labor de sus colegas que dirá el elogio de escritores que luego le pagarán la alabanza con el vitriolo.

En la misma revista, el 16 de diciembre de 1922, publica un comentario muy laudatorio de un libro de formato monumental, *Los gemidos* de Pablo de Rokha, el mismísimo desafortado Barrabás que con el tiempo descargará fuego graneado contra él, incluido un volumen íntegramente dedicado a denostarlo. Neruda, en junio de 1924, publica un artículo llamado "Defensa de Vicente Huidobro", quien diez años más tarde lo atacará en sonadas campañas.

A su regreso de España sostuve con él una extensa conversación en que me habló de la necesidad de abandonar las tendencias egocéntricas de aquellos escritores que basaban su grandeza en el exterminio de sus competidores, convirtiendo el terreno literario en algo peor que la selva darwiniana. No. La vida literaria no podía ser una lucha entre dinosaurios y gliptodontes, ni entre jirafas y canarios. Tampoco una pelea de perros o una carrera de caballos. ¡Abajo el yoísmo literario y los agresivos monopolistas de la poesía! Así como todos los hombres tienen derecho a vivir sobre la tierra, respetemos la convivencia pacífica universal de los poetas. ¡Seamos como los elefantes!, propuso. ¡Son tan grandes y todos caben en el bosque! A estas declaraciones que llamaban a la solidaridad de los escritores, a este

llamado a la paz entre los poetas, alguien respondió, burlesco, que Neruda tenía complejo de elefante. Él volvió a explicar su pensamiento muy seriamente: "El escritor desoido y atrapado contra la pared por las condiciones mercantiles de una época cruel ha salido a menudo a la plaza a competir con su mercadería, soltando sus palomas en medio de la vociferante reunión". Una luz agónica, entre el crepúsculo de la noche y el sangriento amanecer, lo mantuvo desesperado y quiso romper de alguna manera el silencio amenazante. "Soy el primero", gritó. "Soy el único", siguió repitiendo, con incesante egolatría. Así se quedó solo. Y la gente se cansó de oírlo.

41. *Hacia las islas*

Tras una primera juventud turbulenta y pecadora, había llegado la hora de sentar cabeza. Lo perseguían sus fantasmas desintegradores: Alberto Rojas Giménez, Joaquín Cifuentes o el "Ratón Agudo". Rubén Azócar era muy diferente. Tan alegre y gracioso como ellos (convertía un plato en una guitarra), pero con un sentido responsable de la existencia. En 1922 dio su examen de grado para recibir el título de Profesor de Castellano y Filosofía.

Consiguió un nombramiento en el Liceo de Ancud. Llevó a Neruda a Chiloé: "Hacia las islas!, dijimos". En marzo de 1923, Rubén partió a México por invitación de José Vasconcelos, que también había contratado a Gabriela Mistral. Gran despedida en una cocinería con olor a fritangas en la calle General Mackenna. Como no tenían para pagar el consumo dejaron en prenda los chalecos. Rubén Azócar regresó a Chile en mayo de 1925. La policía peruana lo detuvo a su paso por el Callao por sospechas de izquierdismo. Estuvo veintiún días recluso en el Panóptico de Lima. Llegó a Valparaíso en un barco japonés, el *Seju-Maru*. Los pasajeros conocedores de sus últimas andanzas le hicieron a bordo una productiva colecta. Llegó a Santiago casi a medianoche. De la Estación Mapocho se dirigió al bar Venecia, en Bandera con San Pablo. Buscaba a sus amigos. No los encontró. Se fue al Jote. Siguió la pesquisa por los bares y restaurantes habituales. La expedición nocturna para celebrar el regreso se pintaba como enteramente fallida. Tristón, alicaído, ante una recepción de bienvenida tan poco acogedora, marchaba por Bandera. De súbito, en la esquina de Catedral vio venir a Neruda, solo. Volvieron al Venecia. Fue una fiesta entre los dos amigos reen-

contrados después de un par de años. Luego se fueron al Parque Forestal a descubrir tréboles de cuatro hojas. A las nueve de la mañana, muy frescos, se encaminaron al Pedagógico.

Neruda vivía de milagro, aunque el eco que acababa de tener la publicación de sus *Veinte poemas de amor* era inusitado. No obstante el trompeteo, el poeta sufría bajo el peso de la angustia, a sabiendas de que todo su sistema de vida estaba en crisis. O cambiaba, o perecía. Consideraba que una etapa de su existencia terminaba y necesitaba comenzar otra, más seria en todo sentido. Los asuntos del corazón no andaban bien. Y, no obstante el éxito del libro que acababa de publicar, estimaba que también debía dar un vuelco en su poesía.

En ese momento vino la invitación de Rubén, designado allí profesor de Castellano, para viajar a Ancud. Hicieron una escala en Concepción que Azócar utilizó para ver a su familia, y Pablo para encontrarse con Albertina. Allí estaba el poeta de *La Torre*: Joaquín Cifuentes Sepúlveda, quien los festejó como si fueran Pantagrúel y Gargantúa. Segunda escala, Temuco. Aclaración a gritos de Neruda con su padre. "Por qué dejaste los estudios?" La sincera respuesta don José del Carmen no podía comprenderla. Era muy difícil entender a un hombre que quiera ejercer la profesión de poeta. A él no le cabía esa idea en la cabeza.

Más tarde Neruda llegó a juntarse con su amigo en el hotel Nilsson, en Ancud. Vuelta de campana. Los mendigos se habían convertido en Cresos. Comían de lo mejor y se acordaban de la turba astrosa de Santiago, a la cual enviaban sacos de mariscos; "disparábamos ostras frescas hacia todos los puntos cardinales". Neruda escribió allí *El habitante y su esperanza*. Ayudaba a Rubén a corregir pruebas, a revisar las tareas de sus alumnos. Por unos días se convirtió en un cuidadoso secretario. Por las noches, uno era el capitán y el otro el bachiller, que recitaban a grito herido, desde extremos opuestos de la Plaza de Armas de Ancud, versos caballerescos.

El capitán don Gabriel de
la Luna
y el bachiller don Gabriel de
la Flor
juntos batiéronse en noche
de luna
por el fulgor de unos ojos en
flor.

Alicia, que Rubén recuerda como una muchacha morena de grandes ojos, se enamoró de Pablo. Un día Neruda dijo a Rubén: "Conviene que vuelva a Santiago con pantalones Oxford". Estaban de moda. Ese último grito todavía no había llegado a Chile. Neruda tuvo que dibujarle al sastre en un papel el modelo, con bastas anchas como las de los marineros.

En la manifestación de despedida en el hotel, a la cual concurrió lo más granado del pueblo, unas ciento cincuenta personas, ante el *tout-Ancud*, sucedió algo que revela las fallas que pueden producirse en los mecanismos de comunicación del poeta con los astros. Un peluquero, de apellido Ojeda, que también era el agente de la Lotería de Concepción, insistía majaderamente en que Rubén Azócar le comprara el último boleto disponible. Pablo, conociendo el carácter demasiado asequible de su amigo, lo presionaba con gestos para que no hiciera ese gasto inútil.

Después de varias ofertas, el vendedor de la lotería volvió a la carga por última vez. Cuando Rubén se disponía a llevar la mano al bolsillo para sacar el dinero, Pablo lo convenció de que no derrochara así la plata. Entonces dos de los contertulios que asistían a la despedida lo compraron a medias.

Al día siguiente, a las ocho de la mañana, Pablo se embarcó en un barquito, el *Caupolicán*, que lo llevó hasta tierra firme. A mediodía a Rubén le llegó un telegrama desde Puerto Montt firmado por Neruda. Allí le comunicaba que el último boleto vendido al filo de la medianoche por Ojeda había obtenido el premio gordo de la lotería, una fortuna que, bien administrada, hubiera solucionado los problemas económicos del favorecido por toda la vida. La información estaba acompañada por el más virulento autoinsulto que el honorable Telégrafo podía reproducir. Durante cuarenta años la conversación entre ambos amigos solía volver intermitentemente hacia la fabulación del cambio que hubiera introducido en sus vidas la adquisición del boleto que Rubén quería comprar y Neruda le hizo desistir. Daban rienda suelta a todas las hipótesis. Fantaseaban historias y más historias conjeturables. Las preguntas eran: ¿Nuestras vidas hubieran sido distintas? ¿Habríamos dejado de ser lo que somos? ¿Nos hubiéramos convertido en millonarios? ¿Cómo te verías de burgués satisfecho? ¿Hubiéramos echado a patadas de nuestra casa a la poesía? Segufan las cavilaciones fantásticas a cuenta del boleto que no se compró. Como ambos eran optimistas, se manifestaban prontos al consuelo y a la autojustificación. No. Haber ganado el premio habría sido repugnante y fatal. Como renunciar a sí mismos. A su sentido de la vida, de la poesía, de

la revolución, del amor. Y además se resignaban porque conocieron, más allá de la suposición, la historia real de las dos personas que compraron aquella noche el boleto, en la despedida de Neruda en el hotel Nilsson de Ancud. Uno se suicidó poco después y el otro fue a dar con sus huesos en el calabozo por deudas contraídas a raíz de inversiones ruinosas, en las cuales —imaginaban los amigos— no se hubiera embarcado sin aquel nefasto premio gordo.

42. *La partida*

Antes había tenido momentos fugaces de autosatisfacción. A los veinte años sintió una sensación pasajera de haber hecho un trabajo logrado. Y lo dijo con una palabra desprestigiada que él defendía: "Sinceridad. En esta palabra tan modesta —dice—, tan atrasada, tan pisoteada y despreciada por el séquito resplandeciente que acompaña eróticamente a la estética, está tal vez definida mi constante acción".

Publica en el diario *La Nación* el artículo "Exégesis y soledad", donde explica a los empleados y pedagogos que lo detestan personalmente que puede ser alumno displicente de la cátedra de Francés, pero que ha emprendido la aventura creadora para poner luz en las palabras. Ha dedicado a esta tarea solitaria exactamente la mitad de su vida, diez años buscando una expresión. Ahí están los recién aparecidos *Veinte poemas*. Algo ha sufrido escribiéndolos; son cantos que ha sacado de su vida, tomados del amor hacia algunas mujeres. Sostiene sin alarde que allí logró algo parecido a un triunfo, conquistándolo al precio de la sinceridad y de la voluntad. No se jactará de la disciplina que no ha tenido, pero se proclama "buen meditador", que escribe sobre lo que lo inquieta. Ahora tal autoconciencia victoriosa lo ha abandonado. Siente la necesidad de quemar las naves y cortar los puentes. No volverá a repetir ningún libro suyo ya publicado. Romperá con su poesía anterior. Se lanzará a la busca de otros continentes tanto del mundo como de su propia creación.

Todo lo impulsa a partir.

Una época de su vida tocaba a su fin. Él tenía que poner tierra y agua de por medio, tomar distancia. Aquí aparece otro de sus grandes amigos de juventud, que ya tenía inoculado en la sangre el virus de los viajes: Álvaro Hinojosa. En 1924 había regresado de Estados Unidos, pero su único sueño era partir de nuevo. A

través de él, su hermana Silvia Thayer conoció entonces a este poeta con poco más de veinte años, que le pareció lánguido, imperturbable, de aspecto que lindaba con la indiferencia y muy silencioso. Le oyó decir: "¿Quién habrá inventado esto de hablar?". Ella, mujer callada y un poco aérea, registrando el hecho bien sabido de que entonces el poeta comía poquísimos, lo atribuye angelicalmente a sus costumbres sobrias, casi ascéticas, y no a la falta de dinero.

La familia Hinojosa vivía en Valparaíso, en calle Deformes esquina de Victoria. Entre los años 1925 y 1927, Neruda llegaba con frecuencia a esa casa. Quería ver el mar. Recorría con Álvaro los mercados y los muelles, subía a los cerros del puerto y por la noche se embebía en la vida nocturna. La primera vez que apareció por esa casa, Álvaro, personaje que se las traía, advirtió a toda su familia que no se debía dirigir la palabra al joven visitante, porque no le gustaba hablar. Pablo, poco después, inició una conversación de un par de horas con la madre. La hija, llena de curiosidad, le preguntó de qué habían charlado tanto. Ella respondió: "De negocios. Es un muchacho encantador". Y era verdad. En esa época Pablo y Álvaro tenía las cabezas pobladas con proyectos comerciales, dispuestos a salir de penurias, a convertirse en Rockefellers, aunque fuera subdesarrollados. Una vez asegurado el pan, podrían dedicarse tranquilamente a escribir poesía.

En junio de 1927 ambos amigos partieron desde esa casa de calle Deformes 2810, en Valparaíso, en el tren que combina con el trasandino. Llegarían a Buenos Aires, donde se embarcarían en el *Baden*, para dirigirse, pasando por Europa, a Rangún. Durante un tiempo, después de la partida llegaron a esa casa muchas cartas y telegramas de muchachas que preguntaban desesperadamente por Pablo. No avisó a nadie su partida. Silvia abrió esas cartas y esos telegramas. Y contestó, "casi diría por piedad", a los que más la conmovieron.

Álvaro no estuvo mucho tiempo en el Oriente. Volvió a Estados Unidos. Allí lo conocí en el año 1938, casado con una bailarina norteamericana. Al verle recordé todas las historias de Neruda sobre su amigo como el más avezado o impenitente don Juan vocacional que conociera. Yo le preguntaba: "Pero, explícame, ¿cómo ejercía este don Juan?". Iba directamente al grano. Caminaban juntos por una calle de París, en su breve pausa antes de salir a Birmania. Veía pasar a una mujer que le gustaba. Se le acercaba y en un francés bárbaro le proponía hacer el amor. Noventa y nueve de ellas lo rechazaban, alguna, abofeteándolo, pero una, según sus estadísticas, no controladas por ningún

servicio oficial, aceptaba el requerimiento. Allí lo encontraba yo, diez años después de esas correrías, anclado en ese departamento de Nueva York, con su nariz afilada, sus ojos de color claro indefinido, bajo las cejas hirsutas y espesas, convertido en *free lancer*, que conseguía arduamente publicar, muy de vez en cuando, cuentos en alguna revista, pero que, sobre todo, se ganaba la vida dando clases de castellano.

Lo observaba, perplejo, tratando de descubrir en él la imagen del Casanova. No decía nada de sus aventuras europeas y asiáticas. Tenía cierta discreción, que formaba parte de su misterio y de su leyenda.

Cuando Neruda volvió de la guerra de España, fui a verlo a un departamento en la segunda cuadra de la Avenida Vicuña Mackenna, para hacerle una entrevista que días después apareció publicada en *Qué hubo en la semana*, dirigida entonces por su buen y noble amigo, Luis Enrique Délano. Ese departamento que lo acogía como huésped, junto a Delia del Carril, era de Silvia Thayer, de cuya casa partió en su viaje al Oriente.

Treinta años después de haberse separado se produjo el reencuentro de Pablo y Álvaro en casa del pintor Nemesio Antúnez, en Santiago. Se abrazaron y estuvieron un buen rato sin hablar.

Ese mismo año 1958 Silvia Thayer presentó a Neruda al portorriqueño Antonio Santaella Blanco, que andaba en gira promoviendo la libertad de su patria. Neruda concibió entonces escribir un libro por la independencia de Puerto Rico, que llamaría *Puerto Pobre*. Los poemas iniciales fueron el embrión de *Canción de gesta*. En el prólogo a este libro, publicado en La Habana en 1960, Neruda escribió: "Primeramente medité este libro en torno a Puerto Rico, a su martirizada condición de colonia, a la actual lucha de sus patriotas insurgentes. El libro creció después con los acontecimientos magnánimos de Cuba y se desarrolló en el ámbito del Caribe".

Después de ensayar mil oficios varios, Álvaro Hinojosa, disfrazado bajo un seudónimo donde se combinaban el enigma y el artificio, digno de un personaje de Alejandro Dumas, se transformó en *marchand* de cuadros. Así consiguió volver a París, con el propósito de vivir todo el resto de su vida en la ciudad de sus sueños, el París de 1927, de los años locos, de sus conquistas amorosas. Había un pequeño inconveniente. Habían pasado más de cuarenta años. París era más viejo pero se conservaba joven. Él era más joven que París, pero estaba más viejo. Llegó a una conclusión categórica: París ya no era París. Estaba en decadencia, y se marchó.

43. *Apremios desde lejos*

El poeta consigue al fin la designación como cónsul honorario en Rangún. Después ocupó el mismo cargo en Colombo (entonces Ceilán), Batavia (Java) y Singapur (Malasia).

Desde todos esos puntos escribía a Albertina. Pero las cartas que se conservan son las que le mandó desde la actual Sri Lanka. El 17 de diciembre de 1929, desde Colombo, vuelve a dirigirse a su "Niña Netocha". La historia parece repetirse: "No pensaba escribirte hasta que me contestaras mis cartas anteriores, pero es de noche, hace calor, no puedo dormir". Como en aquel cuarto de la calle Echaurren, también el retrato de ella está sobre el velador. Él tiene el sentido del ingrediente artístico. Lo ha puesto en un marco de tamarindo porque le gustan las maderas preciosas. Y así consigue que esos ojos que creyó no lo verían nunca más lo miren noche y día.

La carta tiene el sabor de lo definitivo. No quiere que le falte su compañía ahora que ya ella tiene su proyecto. "Porque será ésta la última vez en nuestras vidas en que tratemos de juntarnos. Me estoy cansando de la soledad, y si tú no vienes, trataré de casarme con alguna otra. Te parece esto brutal? No, lo brutal sería que tú no vinieras. Sabes que tengo cierta pequeña situación social anexa al "Señor Cónsul" y me es fácil notar que esto produce cierta expectación entre las mamás (que a veces tienen lindas hijas). Pero, óyeme! Nunca he querido a nadie sino a ti."

Cuando terminó sus estudios en la Universidad de Concepción, Albertina entró a trabajar en una Escuela Experimental. Un día el director la llamó y le propuso ir a Bruselas para estudiar allí el sistema de enseñanza audiovisual del profesor Decroly. Poco tiempo después, Albertina Rosa partió a Bélgica. Allí es donde le llegaba la correspondencia.

El ansioso cónsul le da instrucciones precisas sobre el barco que debe tomar. Dirigirse al Branch Service, compañía con oficinas en París, Marsella. El precio del pasaje en estos vapores es de unos mil pesos chilenos. "Cada día y cada hora de cada día me pregunto: Vendrá? Puedes imaginarte que no sé nada de Chile".

Al día siguiente le envía unacarta por avión. Nunca un aeroplano llevó tantos besos, le dice. El lenguaje es decidido: no cree que deban sacrificar su posible felicidad, ni postergarla, ni ponerle obstáculo. No la dejaría partir a Chile. Su idea es que venga a juntarse con él como pueda, incluso usando el pasaje de regreso a Chile, que ella podría cambiar en la compañía. ¿Le propone algo que ella consideraría un fraude? No te asustes, le dice. Él sabe perfectamente lo que esto quiere decir. Pero cuando ya se hayan casado, escribirá al rector de la Universidad de Concepción, Enrique Molina, y tratará de pagar el pasaje y los gastos hasta el último centavo. Con todo, procede con discreción funcionaria. Le pide que si accede a lo que él le solicita, lo haga sorpresivamente, y sin que nadie sepa que él se lo ha sugerido, pues esto podría dañarlo en su carrera. Espera que su novia vendrá a juntarse con él. Él la manda una y mil veces, pero ella no obedece.

Le pregunta, después de enviarle poemas que está escribiendo de *Residencia*: "Habrás notado que mis versos seguían siendo para ti". Luego aclara: "Excepto algunos". Y al final ratifica: "Los mejores son tuyos".

El joven cónsul enamorado recurre a un fakir, que se jacta de adivinar el nombre de la mujer que él quiere y que lo quiere. En un pedazo de papel lo escribe.

Nuevas cartas en días seguidos. Urge respuestas. La del 19 de diciembre, que sigue a una ordinaria y otra "aeroplánica", es muy distinta:

Te escribo porque en este momento pienso que tal vez es impropio ponerte en conflicto con tus "deberes". En realidad, perdóname si he trastornado un poco tu estadía, *autrement* apacible. Esto quiere decir que con todo placer te dejo en libertad para que hagas lo que creas más cuerdo y más conveniente para ti. De ningún modo quiero forzarte a que vengas conmigo. No puedo ponerme en tu situación, y después de leer tu única carta por centésima vez noto que tal vez deseas irte a Chile. También junto con tu viaje tendrías que aceptar tu parte de sufrimiento y miserias, que existen en mi vida en mayor cantidad que en la de otros hombres. Harás como desees.

La correspondencia de aquel tiempo traza pinceladas de una vida solitaria. Durante semanas no habla con nadie, a excepción de su sirviente. En nadie puede desahogar sus furias. "Tú sabes —le dice— que no tengo muy buen genio..." El estallido es peor cuando le devuelven una carta certificada que le envía a Bélgica

con la nota *Parti sans laisser adresse*. ¡Cruel falta de responsabilidad! La señorita no se digna responder. Cree volverse loco de rabia y decepción. El tono es terminante: "Descarta todo plan que necesite mucho tiempo. Todo debe pasar ahora o nunca".

Luego dirige a Albertina, ya de vuelta en la Universidad de Concepción, una carta de ruptura. El tono es imaginable:

He querido hacerte mi esposa en recuerdo de nuestro amor... Deseo, además, que destruyas las cartas originales y cosas más que aún tienes y me envíes los retratos que te he dado. No quiero que ellos vayan a parar en manos de tus amigos de Concepción (estoy informado). Especialmente, necesito me envíes a vuelta de correo el retrato que te envié dos veces a Bruselas en cartas certificadas. Es un retrato en traje de Bengala que necesito con urgencia, y te ruego, como grande y último favor, que me lo devuelvas inmediatamente. Adiós, Albertina, para siempre. Olvídame y créeme que sólo he querido tu felicidad.

Es realmente la ruptura. No obstante, le escribiré algunas cartas más desde Santiago en 1932. En una de ellas le comunica lo que Albertina ya sabe: "Tu sabrás que estoy casado desde diciembre de 1931. La soledad que tú no quisiste remediar se me hizo más y más insoportable. Tú comprenderás, si piensas en tantos años de destierro". El párrafo siguiente señala como una vuelta al pasado. Indica que aquella pasión no ha muerto del todo: "Me gustaría tanto besarte un poco la frente, acariciar las manos que tanto he querido, darte un poco de la amistad y el cariño que tengo todavía para ti en el corazón".

El tercer párrafo está caracterizado por la prudencia: "No muestres a nadie esta carta. Nadie sabrá tampoco que tú me escribes".

El cuarto párrafo contiene una invitación en forma de pregunta: "Puedes venir a Santiago por un día?".

El 15 de mayo de 1932, como las otras, en papel del Ministerio de Relaciones Exteriores, donde trabaja, intenta restablecer el punto de vista del poeta, los hechos que llevaron a la ruptura:

No quiero apenarte, pero me parece que hiciste un gran error. Mis telegramas, mis cartas te dijeron que yo iba a casarme contigo, en cuanto llegaras a Colombo. Albertina, yo, ya tenía la licencia de matrimonio, y pedido el dinero necesario... Ahora me cuenta mi hermana que yo te pedí que te fueras a vivir conmigo sin casarte y

que tú has dicho: Nunca! Por qué mientes? Además de la horrible amargura de que no me hayas comprendido tengo la de que me calumnias... Pero en fin, olvidemos el mal que nos hemos hecho y seamos amigos, tengamos esperanzas.

Hay una última carta, fechada el 11 de junio del mismo año 1932, en Santiago. Desconcertante es el corazón del enamorado, y a veces las rupturas tardan en consolidarse: "Me acuerdo de ti todos los días... Pero eres tan ingrata como antes. Aún no puedo entender qué te pasó en Europa, no entiendo aún por qué no fuiste".

Medio siglo más tarde ella recuerda, sucinta y tranquilamente, hechos tan lejanos: "Pablo me escribió desde Rangún. Quería que me reuniera con él y que nos casáramos. Después fui a París y a pasar las Pascuas a Londres con mi amiga. Algunas cartas de Pablo las recibí con retraso y otras se las devolvieron y él se enojó mucho".

Cuando regresó a Concepción comenzó a aplicar el sistema Decroly en las clases. Allí llegaba la correspondencia del poeta. "Un día el director, que era un moralista, un tipo muy distinto de lo que predicaba, me abrió una carta de Pablo y me llamó la atención por lo que decía. Entonces yo le dije que cómo se había permitido abrirme una carta, y me fui de la Universidad. Volví a Santiago a casa de mi hermano Rubén, que estaba casado, y ahí conocí a Ángel Cruchaga."

44. *Encargos de Batavia*

En 1983 un periodista le pregunta a Albertina si ella se habría casado con Pablo Neruda. Su respuesta deja siempre, como tantas de sus expresiones, un vacío inexplicable: "Sí. Yo le quería mucho, pero eran otros tiempos. No podía". ¿Por qué no podía?

Poco tiempo después, en 1935, ella se casó con Ángel Cruchaga. Cuando le piden que haga un retrato de su marido, ella dice escuetamente: "era diez años mayor que yo. Muy distinto de Pablo. Un solterón, una persona muy fina, muy distinta de Pablo, muy tranquila". Su padre era vasco: alto, buen mozo y de ojos azules, con unos bigotes largos.

De todos los nombres que le prodigó el poeta, Netocha era el que más le gustaba a ella.

Neruda mantenía correspondencia con Ángel Cruchaga desde Jabanq', Sumatra y desde Batavia. Hay cierta coincidencia iróni-

ca en el hecho de que en carta desde Batavia, escrita el 26 de enero de 1931, encomienda a su corresponsal una curiosa misión: "Me he casado. Hazme el favor de hacer publicar en buena forma este retrato de mi mujer en *Zig-Zag*. Allí tienen un cliché mío. Para qué decirte que esto es para complacerla a ella. Ella te conoce ya mucho. Eres un familiar en esta casa. Te ruego que envíes dos fotos del *Zig-Zag* en que aparezca. Pero no te olvides, que acaso pudieras destruir la paz de un hogar!".

Veinte días más tarde le manda una nueva carta en que le pregunta si ya ha enviado esa foto de su mujer a *Zig-Zag*, reiterándole el despacho de dos ejemplares de la revista. Le acompaña un texto sobre el último libro de Ángel Cruchaga y le ruega que le envíe un ejemplar de *Atenea*, donde apareció publicado su poema "Colección nocturna".

El matrimonio Ángel Cruchaga-Albertina Azócar se realizó lejos de sus ojos. Los felicitó. Ingresaron luego en su grupo, en el cual se mantuvieron fielmente durante varios años, hasta que la aparición pública de Matilde rompió la cofradía de las ex novias y amigas de Neruda, que se congregaban cómodas en torno al trono de la vieja reina, pero que no pudieron soportar la irrupción triunfal de una forastera más joven. Poco antes de aquella ruptura, el 6 de julio de 1944, desde Michoacán, o sea, desde su casa de Los Guindos, en la calle Lynch, Neruda envió a Ángel Cruchaga un soneto, acompañándole una mariposa de Muzo: "Agrega estas dos alas Matutinas/ que esperan, Ángel, verte en las aceras/ de las ciudades y las primaveras,/ rodeado de banderas albertinas".

Años más tarde evocó a Albertina-Rosaura en *Memorial de Isla Negra*. "Como un pantano es el amor/ [...] allí caímos, nos atrapó el placer profundo/ [...] Oh amor de cuerpo a cuerpo/ sin palabras,/ y la harina mojada que entrelaza/ el frenesí de las palpitaciones."

Ese amor, ese estremecimiento quedó incorporado a su vida. Se mantuvo en el plano de la memoria afectiva. "Allí quedaron las sábanas rotas." La vida de Rosaura va por el agua, por el tiempo, como para el poeta se va la ciudad por el río. Señala el tiempo de ese amor, número por número: 1923. Todos esos números caen al agua. Rosaura había olvidado aquellos días, "en la esquina de la calle Sazié o en la plazuela de Padura, en la picanterosa del conventillo que nos compartía".

Es un amor de estudiantes pobres. Cuarto que mira al "mínusculo patio / que guardó los excrementos de los gatos erran-

tes". Los dos estaban desnudos en la cama dura de los arrabales. No dormían: "nos preparábamos para el amor".

El poeta, después de tantos años, le dice algo grave: "Y tal vez no hubo más/ fuego en tu vida,/ tal vez no fuiste sino entonces./ Encendimos y apagamos el mundo,/ tú te quedaste a oscuras:/ yo seguí caminando los caminos". Entre ellos está el mismo río, separándolos, "invitando al olvido/ como el tiempo".

Mirando retrospectivamente su relación con Rosaura, subraya: "Nos dio el amor la única importancia". Después algo que él considera en ella falta de claridad: "Entre instituciones orinadas/ por la prostitución y los engaños/ no sabías qué hacer." Se usaron en el amor hasta el dolor. Vivieron, confrontándose en su esencia, el hombre, la mujer, inventando el fuego. Ese fuego se apagó lento; pero, seguramente, para siempre les dejó la cicatriz de sus quemaduras.

¡Qué remota está la velada bufa en el Teatro Municipal, esa tarde de octubre de 1921, cuando se hace famosa la *Canción de la fiesta* del poeta flaco, enamorado, vestido de negro, de voz quejumbrosa, que muchos años después la cantante wagneriana Blanca Hauser, también de Temuco, educó a través de sus clases de foniatría!

Alguna vez Neruda me dijo que él no podía resistir el amor o la insinuación femenina, sobre todo si esa mujer le gustaba. Actitud muy propia de cierto concepto de la hombría. El hombre bien hombre tiene que responder al llamado. Tuvo amores capitales y tuvo amoríos, que nunca para él fueron meras aventuras. Así reaccionó desde sus tiempos de estudiante universitario, en la época de los rechinantes tranvías de Santiago; cuando tenía veinte años y la ciudad estaba llena de muchachas como de agua el río. Las ve como madre selvas caídas en el lecho, encarnaciones de la primavera: "Amores de una vez, rápidos y sedientos". Atribuye a estos contactos profundo significado. "Pienso que se fundó mi poesía/ no sólo en soledad, sino en un cuerpo/ y en otro cuerpo, a plena piel de luna/ y con todos los versos de la tierra."

45. *Carteo en familia*

En la correspondencia de Neruda figuran veintiocho cartas que le envió a su hermana a lo largo de distintos períodos. Fueron publicadas en 1978, en Madrid, por Ediciones Cultura Hispánica

del Centro Iberoamericano de Cooperación, con un estudio preliminar de Hugo Montes. Se inscriben en el ámbito familiar. Laurita, como se ha visto, era una mujer simple y complicada, con gran sentido de clan. Se especializaba en mantener vigentes los lazos con parientes cercanos o remotos. Esmerada guardadora de los papeles de su hermano desde los años de liceo, salvó muchos textos del primer Neruda, manteniéndolos bajo protección infranqueable. Hablaba de manera cortante y directa. Una persona le gustaba o le disgustaba. Pensaba que Pablo había heredado algo de su abuelo paterno, aficionado no a escribir versos, sino a decirlos. Sin embargo, estaba convencida de que algo sacó de su padre: la inclinación por tener muchos amigos. Laura Reyes recuerda que en la cocina la tetera hervía toda la mañana para que desayunaran los ferroviarios que llegaban a cualquier hora. El hermano quería a Laurita. Cuando la encontró muerta de miedo porque había quebrado un jarrón de loza, él se echó la culpa.

A ella la fama le importaba un alpiste. No demostraba mayor admiración por su hermano Pablo que por su hermano, Rodolfo, al cual celebraba su impostada voz de tenor, el gusto por la ópera, sobre todo por *La Traviata*, de la cual entonaba algunas arias. Rodolfo soñó con ser cantante. Hasta se matriculó en el Conservatorio Nacional de Música. Pero así como el padre se oponía a que su hijo mayor fuera poeta, no quería que el otro se convirtiera en cantante. ¡Dos zánganos por falta de uno!

En materia de hombre, siempre vi a Laurita sola. "Es viuda", me explicaba Pablo. Se casó con un pariente, Ramón Candia Quevedo, agricultor en Parral. Un ataque al corazón se lo llevó en 1941. Alcanzaron a estar casados menos de dos años. Su único hijo murió al nacer. "Se ve que hemos tenido escasa descendencia", susurró el poeta. En 1938, Laurita se vino a Santiago. Fue inspectora de la Técnica Femenina N° 21 donde trabajó veinticuatro años. Cuando se jubiló hizo un viaje a Europa y permaneció durante un semestre en casa de Neruda, en París, cuando él era embajador. Quiso echar una mirada a la vida nocturna. Y lo hizo. Al fin y al cabo, allá nadie la conocía. Fue con una amiga, María Maluenda, al Folies Bergère y se pegó una trasnochada en La Coupole. ¡Con eso bastaba!

Laurita tenía viva la remembranza de la infancia: "A Pablo, de niño, cuando estaba enfermo en cama, le gustaba que me asomara a la ventana. Me pedía que le dijera todo lo que pasaba en la calle, sin saltarme nada, ni lo más insignificante. Y yo lo decía, por ejemplo: 'Allí viene una indiecita que vende ponchos, al otro

lado hay cuatro chiquillos jugando'. Me cansaba, pero él era incansable en esto de lo que pasaba fuera y yo tenía que volver a hacer de vigía y contarle y contarle". No es un testimonio desdeñable. Él necesitaba nutrirse de historias y saber, todo lo que acontecía... Como hormiga almacenaba para el invierno.

Un Neruda que no tenía nada de empalagoso trató siempre con mucha delicadeza a Laurita. Tal vez nunca he visto a dos hermanos con intereses tan distintos. Pero ella siempre respetó las cosas de su hermano. A veces no podía reprimir un murmullo crítico ante la elección de ciertas amistades: "Ese hombre no me gusta", cuchicheaba entre dientes, sin explicar por qué. En el fondo, se sentía obligada a velar por su hermano de alguna manera, como lo hizo la madre. Pero debía cumplir ese deber sin que él lo notara y sin olvidar la autoridad imperial reivindicada por esposas oficiales en materia de supervigilar los errores o locuras del poeta.

Pablo, simplemente, la llamaba Laurita. Nunca Laura. En la correspondencia le prodigó todas las alteraciones de la palabra Coneja o Conejita, desfigurando la ortografía hasta lo inimaginable.

Cuando él se va a estudiar a Santiago, ella oficiará como los ojos de Argos del poeta que miran todo lo que sucede en Temuco, para comunicarlo al ausente. Manteniendo un código de señales secretas, él pregunta por personas usando una sola inicial. La apremia para que Laurita le cuente todo, porque es la que está asomada a la ventana de Temuco. Las privaciones de la capital se traslucen en la correspondencia. Busca un empleo y no lo encuentra. Segundo, o sea, Rudecindo Ortega, "se ha portado inmejorablemente. No quiero que se alarmen, me parece seguro que me van a dar algo. Anota la dirección: Sr. Ricardo Reyes. Santo Domingo 736. Santiago".

Impreca contra los "muy imbéciles sastres que necesitan una carta que garantice efectivamente el pago... No puedo pagar tanto dinero de un golpe".

La peripecia sórdida de las mudanzas de pensión se convierte en materia epistolar frecuentísima. En carta del 27 de octubre de 1926 le dice a su querida y simpática conejita: "Desde ayer estoy sin pensión". Le pregunta por un nombre de mujer, Amalia, a la cual no le envía su último libro porque le parece que no le gustará. (Se trata de *Tentativa*.) "Sin embargo, si tú insistes, sea. Oye, ella no vendrá nunca a Santiago? A mí me parece tan difícil que yo vuelva al sur. Hasta estoy pensando en irme dentro de poco a Europa. Lástima de no verla."¹⁵

Su sueño es partir. Le escribe a su hermana que está muy aburrido de pelear con su padre y que saldría antes de un mes. El problema es que sólo tiene el pasaje y nada más. "Qué comeré en Génova? Humo? A ver si tú te consigues algo." Escribe esta carta a mediados de diciembre de 1926, cuando vive en García Reyes 25.

La carta siguiente se la envía medio año más tarde, el 15 de junio de 1927, desde Mendoza. Es un adiós tardío, pero indispensable. "Conejita: Dirás a mi padre [no a mi papá, palabra más familiar y cercana] y mi mamá mis sentimientos de no haber podido darles un abrazo de despedida, porque tenía mis pasajes tomados y el trasandino iba a salir de un momento a otro pero pudo correr solamente ayer. Yo tuve verdadero pesar y angustia, pero creo que esta separación no será por mucho tiempo. Ya volveré a tirarte de las orejas. Ricardo."

46. *Vigilias y sueños de la travesía*

Ricardo-Pablo sale por primera vez al extranjero como un perro nuevo, mirando y oliendo todo con una voluptuosidad de quien adora lo desconocido del mundo.

En julio de 1927 se embarca en Buenos Aires en el *Baden*. Destino final: Rangún. Las correspondencias que envía al diario *La Nación* equivalen a su diario de viaje ¿Acaso es un cronista de nacimiento? Así pareciera por la pupila que se adentra no sólo en la naturaleza, sino en los escondrijos del hombre. Con un matiz de escritor humorístico sabe reír, descubrir el ángulo enmascarado, desarrollar la autoironía.

El Atlántico es grande, pero Brasil es inmenso, y un día el ánimo de ese país asalta el barco en el puerto de Santos, con su olor a café, a naranjas, con el estrépito de los monos macacos y los loros reales. De repente, la iluminación que falta: sube la mujer, una pasajera cuyo rostro está ocupado por los ojos. ¡Linda criolla, compadre! Despacio, el barco abandona el litoral. Su amiga Marinech "conversa en la melosa lengua portuguesa, y le da encanto a su idioma de juguete. Quince enamorados la rodean formando círculo".

Lisboa, Madrid, París.

París, en 1927, en la hora de Montparnasse. Cuatro o cinco días y cuatro o cinco noches en el Dôme y en La Coupole, como su hermanita casi medio siglo más tarde. Los cafés esta-

ban llenos de argentinos. Era la época en que el tango hacía furor:

Aún quedaban tangos en el suelo,
alfileres de iglesia colombiana,
anteojos y dientes japoneses,
tomates uruguayos,
algún cadáver flaco de chileno,
todo iba a ser barrido,
lavado por inmensas lavanderas,
todo terminaría para siempre:
exquisita ceniza para los ahogados
que ondulaban en forma incomprensible
en el olvido natural del Sena.¹⁶

Marsella. Desde allá, atravesando el Mediterráneo, a Port Said. Las palmeras africanas, callejones estrechos y chillones, bazares desmedidos, mercados olientes a perfumes rancios, con colores verdes y escarlatas. La inevitable asociación literaria de un autor que entonces se leía y ya no se lee, Pierre Loti. Resurrección de *Las desencantadas*. Mujeres árabes bajo el embozo, arriba del cual llamean los ojos. Parecen ajenas al bullicio ambiente, "como agobiadas por ese oficio de mantener su prestigio literario", pero a ojo del joven observador, ellas, que le sugieren el harem recóndito, despiertan muy poca curiosidad, y esto produce en el poeta una especie de *shock* melancólico. Ha salido al mundo con el vicio de toparse en todas partes con personajes de los libros, y allí están en la vida los fumadores de *narghilé*, con cara concentrada de gente que seguramente ignora el halo con que lo rodean autores europeos dedicados entonces al culto del exotismo oriental. Una constatación general: el sol tiene por decoración la miseria.

El sol es tan imperioso en Djibouti que tiene que escribir la crónica con su mano izquierda (así lo dice), porque con la derecha debe protegerse del latigazo del calor. En la bahía, muchachos somalíes pescan monedas con los dientes. El poeta siente que ese puerto le pertenece, porque allí se rompió la vida de su colega Arthur Rimbaud. Pero también hay una escena digna de *Salambó*, cuando entra a la calle de las bailarinas. Este chileno de veintitrés años no está, sin embargo, tan triste como Flaubert cuando trató de reconstituir Cartago. Helo aquí de súbito, tendido sobre un tapiz. Dos mujeres desnudas bailan, con un movimiento moroso, sin producir más ruido que la sombra. Luego estalla la

música de los brazaletes. Él le habla a una de ellas en español. Y, más allá de toda modestia, le hace un discurso tan profundo, con tanta fuerza de persuasión, que la pequeña bailarina lo abraza por el cuello, y entonces él comprende que ella entiende su español. “¡Maravilloso idioma!”

El barco duerme en la travesía. Pronto tocarán Sumatra. Su amigo Álvaro Rafael Hinojosa “duerme sin sueño, sueña con costureras de Holanda, con profesoras de Charlesville, con Érika Pola de Dresden”. Allí roncan anamitas, chinos, marineros del Mediterráneo, negros de la Martinica. El desvelado corresponsal, en viaje tiene miedo de despertarlos. Por eso tratará de no soñar con fonógrafos, con cascabeles, con Montmartre. Lo mejor es soñar en esa situación con mujeres silenciosas: Lulú o de preferencia Laura, “cuya voz más bien se leía, más bien era del sueño”.

Como corresponde a una tripulación y un pasaje de barco soñoliento llegan a un Colombo completamente muerto. Nocturno, hierático, sin alcohol, sin canciones. Por la mañana, la ciudad resucita. Viaja en un *ricksha* que tira un nativo cingalés, desarrollando una imagen cinética parecida a la carrera del avestruz. Allí encuentra a un vendedor de betel que tiene la misma cara de su amigo Homero Arce. Porque así es: encontraremos rostros conocidos en muchos desconocidos con los cuales nos topamos andando por el mundo.

Cuando bajó de la tercera clase del barco en Singapur no tenía dinero para continuar el viaje hasta su sede en Rangún. Se dirigió al cónsul de Chile para que lo ayudara a comprar el boleto. Rechazó su petición. “Entonces lo amenacé con dictar una conferencia sobre Chile en Singapur —dice con una semisonrisa—. Se puso tan celoso que me prestó plata en el acto.” Y subió al barco para Birmania.

47. Soledad en Birmania

El joven cónsul está en casa. Ha entrado a la atmósfera de los mosquiteros y los olores húmedos. Cuando llega a su destino, el mosquitero será un elemento tan vital como la comida. Siente una necesidad abrumadora de reposar. El agua del lavatorio está caliente. Vuelan silbando miles de zancudos. Comienza una época de su vida que se caracterizará por la soledad y el desamparo. Alguna vez estuve de paso en Birmania. Allí descubrí que el Neruda de *Residencia*, que algunos consideran poesía oscura, es

de un realismo claro hasta el dolor. El poeta, que tanto quiso salir de su país, cayó en un agujero, en un pozo profundo, pero no se ahogó en sus aguas. Era demasiado fuerte.

Cuando después de mil gestiones, su protector del Ministerio de Relaciones enumeró varias ciudades desparramadas por el mundo donde existía la posibilidad de un hueco consular chileno, el poeta, pasmado, sólo alcanzó a retener el nombre de una, que no había escuchado nunca antes: Rangún. Ahora estaba de cónsul en Rangún. Y muy arrepentido desde el primer momento. Cada cuatro meses llegaba un barco de Calcuta, con parafina sólida y cajas de té destinadas a Chile. Había trabajo para el cónsul durante un par de días, timbrando y firmando papeles, declaraciones sobre envíos de té más un derivado del petróleo para fabricar velas. Después, a esperar cuatro meses. Ningún birmano quería ir a Chile. Ningún chileno pasaba por Birmania.

El poeta hablaba de la inercia de ese tiempo, dedicado, entre otras cosas, a la observación de mercados y templos.

Advierte algo que le parece portentoso: un país donde mandan las mujeres, las damas elegantes de la aristocracia local, que se ceñían rápidamente al cuerpo sus saharis de colores encendidos, con predominio del dorado brillante, o con telas azules floreadas de blanco. Algunas fumaban grandes puros. Esas mujeres estaban en todas partes. Habían obtenido de los colonizadores ingleses el derecho a voto cuando aún las sufragistas británicas luchaban por él en las calles de Londres y escandalizaban en la plaza Trafalgar. Un país miserable que vivía bajo los dominios del amarillo oro, el colorido de la gran pagoda central y de las hojas que pendían de ella, para celebrar el templo donde se guardan tres cabellos de Buda en una especie de ánfora colmada de rubíes y esmeraldas. Los ojos del hombre venido de una región opaca, donde reina el gris de la lluvia fría, se quedaban absortos mirando el fluir de un río anaranjado que se descargaba sobre la ciudad cuando los monjes budistas salían a mendigar su comida por las calles.

Ésta es la policromía de Rangún, la visión en *technicolor*. La ciudad caliente se extendía más allá del hotel para blancos y de la pagoda de oro, descendiendo a las calles de los leprosos, como el río que bajaba de la selva para circular por la calzada sucia, cubierta por escupos de betel y salpicada por bailarinas de mercado. Allí el cónsul, junto a las aguas del Martabán, encontraba amigas momentáneas, "mujer para mi amor, para mi lecho./ mujer plateada, negra, puta o pura./ carnívora celeste, anaranjada./ no tenía importancia...".¹⁷

Le gustaba contemplar el lento paso del Carromato del Amor por los barrios marginales. Un burro birmano daba el ritmo al extraño y colorido carruaje. Transportaba a una cortesana de ojos sesgados y peinado alto, luciendo collares y ajorcas baratas, que a cortinas descorridas ofrecía el placer como un viaje. Divisaba a jóvenes y viejos vestidos de blanco, con un paraguas negro en la mano, que concluían el trato sobreandando. El peatón urgido se trepaba a la carreta de la pasión que recorría calles y caminos. Entonces los visillos tapaban en un santiamén el desarrollo de la escena íntima. La operación se celebraba con sensación de tiempo, al paso filosófico de un asno de grandes orejas cenicientas y de ojos húmedos, capaces de comprenderlo todo. El poeta observador del tráfico erótico se aproximó más de una vez al vehículo amoroso, lanzándose al incendio.

No sólo entraba a los mercados, sino a los templos. Esos dioses serpientes enroscados como el Quetzalcoatl de los aztecas, sonriendo hacia la eternidad, invitando al hombre a la nada, le producen un absoluto rechazo.

Su página más radiante y penosa de Birmania es Josie Bliss. Leí en una revista chilena, antes de la publicación en *Residencia*, "El tango del viudo". He dicho alguna vez que es el más estremecedor de los tangos que haya leído, herejía que, desde luego, escandaliza a los tanguistas verdaderos. Después, más de alguna vez pregunté a Neruda por Josie Bliss, seudónimo inglés de esa nativa birmana, que en la intimidad abandonaba las ropas occidentales y su seudónimo sajón para volver a lo que era. La aparición detrás del mosquitero, vestida de blanco, de la belleza enfurecida con un cuchillo en las manos, dispuesta a matarlo de celos. Huyó de ella sigilosamente. Apenas el barco comenzó a surcar el golfo de Bengala, el poeta prófugo escribió ese "Tango del viudo" en aquel día de la fuga en 1928.

En Ceilán la echa de menos:

Y por óírte orinar, en la oscuridad, en el fondo de la casa, como vertiendo una miel delgada, trémula, argentina, obstinada, cuántas veces entregaría este coro de sombras que poseo y el ruido de espadas inútiles que se oye en mi alma.

¿Qué es estar solo para Neruda? ¿Qué es estar solo para un hombre siempre rodeado de mujeres y buscándolas siempre? Es la incomunicación con el ambiente, la falta de relación con el mundo extraño, sentirse al margen. Es la época en que aún el colonialismo británico y holandés dominan esos países donde

vive. El poeta detesta a los amos de las orgullosas metrópolis, toma algún contacto con los movimientos de liberación nacional, pero continúa siendo un extranjero. Para entender en qué consistía su soledad es bueno navegar en las aguas de *Residencia* y también revisar las cartas de la época, sobre todo las que le escribió al cuentista argentino Héctor Eandi. De las veintidós, la mayoría están expedidas desde el Oriente. Constituyen un conjunto epistolar indispensable para introducirse en los motivos de la angustia:

Tengo que decirle —le escribe a Eandi el 16 de enero de 1928, desde Merkara, Bahía de Bengala— que huyo de Birmania y espero que sea para siempre. No voy muy lejos: Ceilán, distante para usted, para mí la misma latitud, el mismo clima, la misma suerte. Ahora, dentro de tres horas, llegará el barco a Colombo. Vengo de Calcuta, dos meses de vida. Ahora, preparémonos al horror de estas colonias de abandono, tomemos el primer *whisky and soda* o *chota pegg* a su honor de buen amigo Eandi. Beber con ferocidad, el calor, las fiebres. Enfermos y alcohólicos por todas partes. En la cabina de al lado, fiebre y delirium... Tres años de Assam. Hay que verle los ojos al pobre joven griego, y quiere tirarse al mar cada cinco minutos. *Les femmes soignent ces horribles malades de retour des pays chauds.*¹⁸

El cuadro, con sus naturales variaciones de personalidad, hubiera podido escribirlo su venerado santo pecador Rimbaud. Está hambriento de diarios que vengan de América Latina. Se siente dominado por la enfermedad del sueño, carcomido por el calor. "No hago más cartas, no más versos, tengo humo en el corazón." Se siente como en estado cataléptico, ensimismado. En ese momento le extraña la eterna agitación del mundo. Pero, a su juicio, hacen falta las notas de grandeza, tonos sobrehumanos, lo que él denomina "coros solemnes y desinteresados". Esa realidad, donde la religiosidad se vierte en contemplativismo, pasivo e inerte, no le interesa. Ni siquiera encuentra que sea una causa pura, bastante como para incitarlo a la acción. El sometimiento al amo extranjero lo horroriza.

48. *Ambiciones y deseos*

Cuatro meses más tarde escribe a su amigo desde Rangún una carta que contiene un germen autocrítico respecto de la deses-

peración que caracteriza a la anterior. Comprende que él debe superar ese ánimo. Pero le costará mucho. La primera *Residencia* traduce esa situación deprimida de su alma. Neruda lucha consigo mismo. En este orden agradece a Eandi las palabras de *arriba el ánimo* que le manda desde Argentina, pero a la vez le explica cuáles son las raíces de la crisis personal por la que atraviesa. La carta de Rangún escrita el 11 de mayo de 1928 es elocuente hasta el escalofrío:

Quiero salir ahora de un estado de espíritu verdaderamente miserable, escribiéndole en contestación a su valiosa y noble carta, que he leído tantas veces con mucho placer. A medida que he ido viviendo he hecho más y más difícil mi trabajo literario, he ido rechazando y enterrando cosas que me eran bien queridas, de tal manera que me lo paso en preocupaciones pobres, en pensamientos escasos, influenciado por esas súbitas salidas, cuyos contenidos voy reemplazando muy lentamente. Pensaba en su carta, en su significación tan amigable y tan digna, y me he sentido desvalido, cruelmente incapaz. A veces, por largo tiempo, estoy así tan vacío, sin poder expresar nada ni verificar nada en mi interior, y una violenta disposición poética, que no deja de existir en mí, me va dando cada vez una vía más inaccesible, de modo que gran parte de mi labor se cumple con sufrimiento, por la necesidad de ocupar un dominio un poco remoto con una fuerza seguramente, demasiado débil. No le hablo de duda o de pensamiento desorientados, no, sino de una aspiración que no se satisface, de una conciencia exasperada. Mis libros son ese hacinamiento de ansiedades sin salida. Usted, Eandi, al preocuparse de mí con tanta inteligencia, se acerca a mí más allá de la significación literaria, me toca usted en lo más profundo y personal. Tengo que abrazarlo, Eandi, debo agradecerle mucho.

Adviértase que su problema deriva de algún modo de una gran ambición. Ambición de expresar lo que le rodea con la máxima profundidad literaria. E ir incluso más lejos. A través de la poesía necesita llegar a lo más hondo, personal, humano, digámoslo en una palabra. Y tendrá que hacerlo un hombre de veinticuatro años que deberá convertir una "horrorosa, solitaria e inerte vida" en plataforma de lanzamiento que lo obligue a escribir, tal vez como nunca se escribió en la poesía occidental, una obra que sale del humus de las destrucciones, del aniquilamiento de una dominación terrible asentada sobre la miseria.

Ese muchacho forastero, ese cónsul sin sueldo real, se siente llamado a reflejar en su poesía todo ese mundo flotante y dis-

perso. Reflejar en este caso no es explicar ni compartir. El Oriente le parece a ratos lo humano-inhumano. No cae de hinojos ante los santones y los gurús. Por ese tiempo Occidente se inclina hacia la admiración por ellos. Poco después, Krishnamurti emprende largas giras de conferencias de país en país por Europa y América. Le oigo en Santiago hablar en el Caupolicán. Llena teatros de gente curiosa, a quienes les falta algo. A ver si les trae la Palabra. Brota la exaltación literaria. Neruda vive en el vientre del Asia y puede testificar como Martí respecto de los Estados Unidos:

A mí me parece extraño que los escritores exotistas hablen en términos ardientes de las regiones tropicales orientales. No hay tierra que se preste menos para las efusiones panegíricas o alegóricas. Estos dominios requieren solamente *constante conocimiento e implacable atención*. Un gran aire de fuego, de deslumbrantes vidas vegetales, ha reducido al hombre a un estado minúsculo. En la India, el ser humano forma parte del paisaje, y *no hay discontinuidad entre él y la naturaleza*, como en el Occidente contemporáneo. Las grandes épocas culturales del Oriente intermedio o brahmánico no destruyen la raíz del hombre ni suplantán su florescencia, como lo hizo el Cristianismo; se levantan, más bien, como grandes paredes monumentales, sin gran atingencia con las dolencias del ser, pero sí con poderoso tributo al misterio circundante...¹⁹

Pero este "residente en la Tierra" en algo más no está de acuerdo. Todo su ser rechaza principios por los cuales el hombre, en su existencia terrestre, yace inerte y hasta condenado, dentro del sistema de castas, a un fatalismo que él no puede aceptar. "Sí, el tiempo sólo puede construir ídolos, y lo remoto es directamente divino. Origen y perpetuidad son antagónicas virtudes; el ser original está aún sumergido en lo espontáneo, en lo creador y destructor, mientras que las vidas persistentes sobreviven abandonadas, sin poder de principio o de final. Sin perderse, y perdiéndose, vuelve el ser a su origen creador, 'como una gota de agua marina vuelve al mar', dice el *Katha Upanishad*. Participar en lo divino, regresar a esa actividad inquebrantable, ¿no es éste un germen de imposible y de fatales oscuridades doctrinarias?"

No pretende el solitario poeta haber penetrado el misterio. Sabe que mucho del enigma se le escapa. No posee el arte de las sibilas. La esfinge en esas regiones orientales sigue guardando su secreto bajo siete sellos. Pero una cosa sabe: no es ésa su civi-

lización, y algo de ella violenta su conciencia de hombre que quiere que el hombre haga de su "residencia en la Tierra" un tránsito que no esté marcado por la aceptación predeterminada de su propio aniquilamiento. "Yo no tengo apuro por escribir sobre la India y sobre Birmania y Ceilán, porque muchas causas y orígenes me parecen ocultos, y muchos fenómenos, aún inexplicables. Todo parece en ruinas y despedazándose, pero, en verdad, fuertes ligamentos elementales y vivientes unen estas apariencias con vínculos casi secretos y casi imperecederos."

La alternativa era tajante: o el ambiente caliginoso se lo tragaba, o él, sacando fuerza de flaqueza y acicateado por el peligro que lo rodeaba, utilizando su propia debilidad, la convertía en energía creadora. Y cree que puede lograrlo si se decide a la lucha. Transfigurará lo que lo deprime, transformando los elementos nefastos y oscuros en materia prima de su poesía. Ésa es la batalla que emprende en la obra que está escribiendo. "He completado —le confidencia a Eandi— casi un libro de poemas: *Residencia en la Tierra*, y ya verá usted cómo consigo aislar mi expresión, haciéndola vacilar constantemente entre peligros, y con qué sustancia sólida y uniforme hago aparecer insistentemente una misma fuerza..." Su libro refleja lo circundante. Pero desempeña un papel salvador. Con esa *Residencia* pagará su derecho a vivir. Sobrevivirá. Estilísticamente, algún especialista podrá advertir una semejanza transparente entre la poesía que escribe en esa época y la prosa de las cartas que despacha.

Pide auxilio. Necesita alimentarse de su América. Recibir algunas bocanadas de su aire. Y agradece a su corresponsal el envío de un ejemplar de *Don Segundo Sombra*, publicado poco antes en Buenos Aires. "Lo leí con sed —manifiesta— y como si hubiera podido tenderme otra vez sobre los campos de trébol de mi país, escuchando a mi abuelo y a mis tíos. Verdad que es algo grandioso y natural, algo conmovedor? Olor a extensión, a caballos, a vidas humanas, repetidos de maneras tan directas, comunicados tan completamente."

Después de esta carta huye de Maligna, la felina. Y de inmediato siente el ramalazo de la nostalgia ("cuánta sombra de la que hay en mi alma daría por recobrarte, / y qué amenazadores me parecen los nombres de los meses, / y la palabra invierno, qué sonido de tambor lúgubre tiene...").

La carta siguiente la envía recién instalado en Ceilán, Wellawatta, el 5 de octubre de ese mismo año 1928. Le dice a su amigo que ya está tranquilo y puede escribirle pacientemente... No tan pacientemente porque los problemas, ¡oh Dios! no han termi-

nado. Y a pesar de la invocación a la divinidad, esta vez sus tribulaciones se centran en lo estrictamente material.

Los cónsules de mi categoría —cónsules de elección y honorarios— tenemos un sueldo miserable, el más reducido de todo el personal. La falta de dinero me ha hecho sufrir inmensamente hasta ahora, y aún en este momento vivo lleno de innobles conflictos. Tengo 166 dólares americanos por un mes; por aquí, éste es un sueldo de un tercer dependiente de botica. Y aún peor: este sueldo depende de las entradas que se reúnan en el Consulado; es decir, que si no hay en un mes dado exportaciones a Chile no hay tampoco sueldo para mí. Es en verdad tan penoso y humillante todo eso: en Birmania a veces estuve cinco meses sin salario; es decir, sin nada. Y aún peor, todos los gastos que sean necesarios: escritorio, muebles, franqueo, arriendo de oficina, debo pagarlos yo. Y aún peor: no tengo derecho a pasajes, así es que si no le hubiera puntualizado mi deseo en mi cable, habría estado desesperado con el pensamiento de un repentino traslado sin medios de pagar mi transporte.

Gracias, miles de veces, Eandi, y perdone estos detalles funestos, que son la verdad y el tormento de cada día. Tal vez, si mi salario fuese justo, e inmutable —es decir, que yo tuviera la seguridad de recibirlo cada fin de mes—, acaso me importaría poco seguir mi vida en cualquier rincón, frío o caliente.

Sí, yo, que continuamente hice doctrina de irresponsabilidad y movimiento para mi propia vida y las ajenas, ahora siento un deseo angustioso de establecerme, de fijarme algo, de vivir o morir tranquilo. Quiero también casarme, pero pronto, mañana mismo, y vivir en una gran ciudad. Son mis únicos deseos persistentes; tal vez no podré cumplirlos nunca.

49. *Mensajes de un naufrago*

En Asia le acometen deseos de evasión como durante los últimos tiempos en Chile. Él no tiene pasta de escapista. Se agarra a la vida. Lo atan a ella las mujeres, porque no es todavía la Mujer. Pero esto de ir de cama en cama, de niña en niña, nativa, mulata o inglesa, lo daña por dentro y lo satura de hastío. Su gran pasión es la creación literaria. Por primera vez, desde que empezó a escribir, la poesía le surge más lenta, como si chocara con algo interior que viene probablemente desde afuera. Además, atenaceado por su difícil situación económica y porque necesita

dinero para salir del Oriente, piensa en la poesía como una actividad que pueda ofrecerle algún rendimiento pecuniario. Quiere ir a Europa en 1931, pero para eso necesita recursos. Su sueño es editar no en Buenos Aires ("Argentina me parece aún provincia", escribe a su interlocutor), sino en España. Neruda, desde joven, se trazó el sueño de conquistar las capitales del idioma, como una forma de imponer el reconocimiento de su poesía en los centros rectores de la lengua. Y adviértase que en el mapa de sus destinaciones consulares, una vez que regresa del Oriente, se marcan con banderitas rojas las principales metrópolis del habla castellana, consecutivamente: Buenos Aires, Madrid, México. Ahí está el joven poeta, consumido por el calor tórrido, cavilando en cómo labrar su destino. Todo le es muy difícil. Ha escrito a España. Ha contado el tiempo mirando el calendario y desesperando de recibir respuesta. No se dará por vencido. Tal vez, a falta de reconocimiento ajeno, él mismo romperá ese pudor que le prohíbe hablar del mérito de su obra, para encomiarla discretamente. Pero anda buscando el sí que viene del mundo.

Sin embargo, me parece posible —dice a Eandi— tener allí [en Madrid] cierta gota de éxito, cierta débil aprobación que me bastaría. He estado escribiendo por cerca de cinco años estas poesías. Ya ve usted que son bien pocas, solamente 19; sin embargo, me parece haber alcanzado esa esencia obligatoria: un estilo, me parece que cada una de mis frases está bien impregnada de mí mismo, gotean.

Publicar en Chile es para él el último recurso. Si llegara a hacerlo constituiría tal vez una confesión de derrota, acogerse a la ley del menor esfuerzo. Pero no lo descarta. Si no lo publican en otra parte, tendrá que resignarse. Al fin de cuentas, tiene en Santiago un editor fiel que le acepta, según su expresión, lo bueno y lo malo y le paga, aunque esos derechos de autor sean muy exigüos. Además, quizá un nuevo libro suyo se lo anoten en su hoja funcionaria como un punto a favor. Y tal vez un día influya en la decisión de trasladarlo de un hoyo en el Oriente a un país donde se pueda respirar mejor. Como Gabriela Mistral, aunque nunca con su cuantía e intensidad, siente que en su país hay gente que se solaza en zaherirlo. "Pero, vea usted, Eandi recuerda mis versos de *Juntos nosotros*? Se publicaron en Chile, también, e inmediatamente tres o cuatro críticas en los diarios, llenas de los más tristes denuestos, hablando como cosa establecida de mi 'imbecilidad' y así en el tono."

Los primeros poemas de *Residencia* resultaron sorprendentes para muchos lectores entusiastas de *Crepusculario* y *Veinte poemas*. Echaban de menos la melodiosa claridad del tema amoroso, expresado en módulos postmodernistas dulces, tiernos y nostálgicos. Ahora se encontraban con la oscuridad. No podían habituarse sus ojos a la penumbra profunda. Y muchos, simplismente, concluyeron que el poeta Neruda se había acabado. Posiblemente, aquel de los veinte años ya no era aquel de los veinticinco. No entendían que el poeta que escribía en Chile no era el mismo que ahora escribe en Rangún o en Colombo. Su realidad cambió. Su conciencia había evolucionado. Por tanto su poesía es otra, condicionada por su nuevo entorno y por la metamorfosis en su proceso vital y creativo.

Además, esos sueños de grandeza poética, a su juicio, frustrados, que trataron de abrirse cauce en *El hondero*, volvían ahora a plantearse en forma distinta. Él quería hacer una revolución en la poesía de su idioma, a la cual juzga en ese momento postrada y desprovista de un aliento poderoso: "ya ve usted —escribe a Eandi—, qué pobreza existe en la poesía en castellano: las gentes han perdido todo temperamento y se dedican al ejercicio intelectual, con placer, como si se tratara de un *sport*, y aún en esa calidad, todos me parecen bien mediocres jugadores. El Lugones, tan denigrado, me parece en verdad rico en dotes, su poesía me parece casi siempre poética, es decir, legítima, aunque anacrónica y barroca".

Este párrafo de la carta subraya una filosofía poética, esa poesía *más cerca de la sangre que de la tinta* de que hablara García Lorca refiriéndose a Neruda, clave esencial para entenderla. Dicho carácter lo subrayó también la Mistral al ponderar en su compatriota la poesía de tono mayor.

En la carta siguiente, fechada el 21 de noviembre de 1928, ahonda en sus concepciones. El poeta no debe hacer de la poesía un ejercicio gimnástico: "hay un mandato para él y es penetrar la vida y hacerla profética...". El poeta no la concibe sino en relación al hombre y al mundo. No debe ser un tono celestial, sino un ser cargado de todo el peso de los sueños y las pasiones universales. Su correspondencia de aquella época con el cuentista argentino tiene un valor de placa fotográfica que retrata su pensamiento más íntimo y exigente, sus designios creadores y su filosofía tanto de artista como de hombre, no como un ser desasido, sino integrado a su atmósfera, a la naturaleza y a la sociedad. Su visión de la poesía dominante que lo rodea es crítica:

La inteligencia de los poetas desde hace tiempo ha apartado toda relación humana de lo que dicen, y toda cordialidad y amistad para el mensaje poético han huido del mundo, cuando, en verdad, qué otro objeto el de la poesía que el de consolar y hacer soñar? Hablo como una niña de sociedad, pero en este punto ella es razonable: la poesía debe cargarse de sustancia universal, de pasiones y cosas. Eso quiero hacer yo: una poesía poética. De mis curiosidades científicas, de mi admiración por los automóviles, de mi atracción por esta naturaleza exótica bien poco queda cuando, de noche, me siento a escribir, solo, frente a un papel. Sólo yo mismo existo entonces, y mis aflicciones, mis felicidades, mis pasiones privadas...

Su ansia de ser publicado en España lo obsesiona. Copia cuidadosamente su nuevo libro, *Residencia en la Tierra*, y lo envía a España a su amigo, por ahora epistolar, Rafael Alberti. No está seguro de que se lo publiquen. Era una duda perspicaz, porque esa primera *Residencia* no se dio entonces a la estampa en España. Pero el poeta estaba feliz de haber terminado el libro con esa dicha que conocen las madres al dar a luz, y los escritores al poner la palabra fin a una obra que escribieron sufriendo todos los dolores del parto. Felicidad que pronto empaña la incertidumbre. No está seguro del libro. No sabe qué pensar de él, no en cuanto a su verdad, que le parece indubitable, y sólo él sabe cuánta sinceridad contiene. Pero ni la buena moral ni la honestidad bastan para hacer libros valederos. Su desazón le viene por el tono ventricular, el color oscuro, quizá la falta de contraste interno de la obra. "Es, tal vez, demasiado lúgubre? Es, tal vez, monótono?" Se autojustifica. Si su libro adoleciera de un aire sombrío y produjera aburrimiento, él debería atribuirlo a su desacuerdo con las ideas dominantes. De allí, su alegato lo lleva a conclusiones arbitrarias: "Los viejos libros son todos monótonos, lo que no les impide otras cualidades".

No recibe respuesta sobre la publicación del libro. El estado de ánimo, en ese período de espera, se le hace angustioso. Como no puede hablar con nadie en castellano, su propia lengua la usa sólo consigo mismo, cuando escribe o cuando monologa con su yo. Vive años sosteniendo una conversación sin interlocutor. Neruda afirmó que él venía de una zona de la tierra donde se hablaba poco y mal. "Me he criado —escribe desde Colombo el 24 de abril de 1929— inválido de expresión comunicable." Su vida está en suspenso como sus palabras. Tiempo de soliloquio. Le da miedo descubrir que quiere conversar aunque sea consigo

mismo y no encuentra los términos justos. Sufre por esto. "Hallo banales todas mis frases, desprovistas de mi propio ser." Vive en el silencio y en las horas desiertas, y allí, y entonces, bebe el "terrible whisky tropical". Se siente solo. Ratnaigh, su criado, cada diez minutos viene a llenarle el vaso. Tiene la sensación del desterrado y del moribundo. Está en plena atmósfera de las novelas de Graham Greene, pero a quien cita es a Joseph Conrad, preguntándole a su amigo si recuerda los libros sobre los hombres en el destierro, sin salvación posible: "Cuántas novelas objetivas o inciertas haría usted, Eandi, con estas palabras, si las sintiera en esta parte del planeta. Tal vez...". Si Eandi no puede escribirlas, porque está lejos, Neruda sí puede reducirlas a poesía, porque está viviendo en esta dura zona cálida de la tierra y porque tiene el don. Y escribirá así porque está solo. Tan solo, que recoge perros de la calle para poder hablar con ellos. Y después se van, los ingratos. Sin embargo, tiene conciencia de no ser un personaje de Conrad, porque es muy fuerte en él el sentido de la existencia. Pues, a pesar de todo, "yo siento algunas virtudes en esta vida". No está dispuesto a renunciar a ella. Y la vida no sólo será el subsistir cotidiano, sino también la poesía. La vida está en la base de su filosofía literaria. Su corresponsal argentino le menciona a Jorge Luis Borges. Neruda establece de inmediato las diferencias que lo separan de él. Borges le parece más preocupado de problemas de la cultura, que no lo seducen, porque a su juicio, no son humanos. O, al menos, digamos nosotros, no son tan humanos. Con nitidez un poco salvaje, con irreverencia juvenil, con exageración natural, el Neruda que aún no llega a los veinticinco años define sus gustos y sus disgustos: "A mí me gustan los grandes vinos, el amor, los sufrimientos y los libros como consuelo a la inevitable soledad. Tengo hasta cierto desprecio por la cultura, como interpretación de las cosas; me parece mejor un conocimiento sin antecedentes, una absorción física del mundo, a pesar y en contra de nosotros". Los exégetas, los clarificadores, los entomólogos de la literatura, los misterios del conocimiento le parecen vastas y complicadas especulaciones, no exentas de vacío. Sus ojos tienen una particularidad, que puede conducirlo a cierta forma de daltonismo. Percibe más los cuerpos, el sol y el sudor que el comentario interminable de las ideas. Está fatigado de la palabrería.

Residencia en la Tierra, por otra parte, acusa el impacto de la antigua poesía oriental. Ha visto poetas de la India recitar sus melopeas en la calle durante horas, acompañados de instrumentos musicales. Los cuernos largos como serpientes, los tantanes sor-

dos, punteaban los dilatados poemas con algo de liturgia, ópera asiática, invocación sagrada. Si los occidentales ignoran esta influencia no es por culpa de Neruda, quien ha escrito a Eandi que "*Residencia en la Tierra* es un montón de versos de gran monotonía, casi rituales..., con misterio y dolores, como lo hacían los viejos poetas".

50. *Dudas en Rangún*

Se le producen largos hiatos. Silencios que no son equivalencias de la nada. Revelan algo que pasa por dentro. Él llega a dudar de sí mismo, de la literatura. Se siente de más. Percibe que las cosas han encontrado expresión por sí mismas y que él no forma parte de ellas ni tiene poder para penetrarlas. Son momentos de crisis que le vienen, después de terminar su libro; una lucha por librarse de él interiormente, aunque siga inquietándole su incierto destino editorial. Neruda se interroga sobre el sentido y la razón de ser de los libros aún no escritos y se castiga personalmente. Él quiere salir de la jaula de esa literatura cuyo objetivo principal es modificar la forma, "problema cutáneo que me parece sin sentido". ¿Estará enfermo de ese mal de la búsqueda de la forma por la forma? ¿Ese virus lo habrá calado irremediablemente, hasta los huesos? Tal dolencia significaría literariamente una enfermedad mortal, que lo conduciría a la esterilidad. En los momentos que siguen a la composición del primer tomo de *Residencia* se siente como hueco. Nada lo impulsa a escribir. Y no porque las cosas que lo rodean le parezcan vacías, sino porque tienen tanto sentido que se bastan con existir para expresarse.

Si no siente ganas de escribir, en cambio, "qué bueno es leer, oír música y bañarse en el mar". Lee todo el día y afirma que es el único placer que le va quedando. Lee casi exclusivamente en inglés. Un amigo, Leonel Wendt, cada mes le manda sacos de libros, con la última literatura editada en Londres, sobre todo novelas policiales. Intrigado, se interesa por los autores en boga de esos años: T.S. Eliot, D.H. Lawrence. Lee sin resuello *Los siete pilares de la sabiduría*, de Lawrence de Arabia. Como el ámbito nativo le resultaba culturalmente más impenetrable, se refugió en la literatura inglesa. Tanto, que conoció de nombre las calles, las tabernas londinenses a través de Stevenson y Dickens. Sin duda, ejerció una influencia sobre su poesía en aquella época.

Eminentemente móvil, experimenta un cambio radical en su poesía. Esto no impide que tenga razón cuando al preguntársele si se considera un poeta evolutivo, si siendo sus libros distintos, existe un vínculo común entre ellos, responde que siente su poesía como un solo y único libro que escribe y hace crecer cada día. El que preste atención a su obra descubrirá sin mayor dificultad la recurrencia de grandes asuntos que lo preocupaban: los temas vuelven bajo otra forma. Caso no tan extraño ni tan sin precedente. Un maestro suyo reconocido, el de las barbas como ramas de nieve, Walt Whitman, no hizo en *Hojas de hierba* otra cosa sino escribir la edición siempre aumentada de un solo libro. O tal vez es el sentido del Libro de los Libros. Como en la Biblia, Neruda tenía el propósito de nombrar todas las cosas que había visto y conocido, de abrazar con sus palabras cuanto mundo pudiera, como si él lo descubriese y tuviera que nombrarlo de nuevo. A veces eso le daba la sensación de estar recomenzando siempre variaciones sobre el mismo poema.

Pero hay ciertos cortes, rupturas y diferencias profundas en la manera de ver y contar las cosas, las sensaciones y los sentimientos. La de *Residencia* es hartamente distinta de su poesía anterior. Esta necesidad de transfiguración estaba en él incluso antes de partir al Oriente. Porque los comienzos del libro son chilenos. A mediados de 1925 se publicó en Santiago el primer poema de *Residencia*, "Galope muerto". Nace de una crisis de crecimiento en su poesía, que ahora mira el mundo con una óptica diversa, acondicionándole los ojos a la propiedad de explorar bajo la superficie del agua, de la tierra, del aire, de los seres.

Por eso, en lo inmóvil, deteniéndose, percibir,
entonces, como aleteo inmenso, encima,
como abejas muertas o números,
ay, lo que mi corazón pálido no puede abarcar...

Entre 1925 y 1927 escribe en Santiago "Débil del alba": cuando "el día de los desventurados, el día pálido se asoma / con un desgarrador olor frío con sus fuerzas en gris...". Son tiempos de desaliento, de largas cavilaciones y confusión, de "evidente pobreza". A diferencia del Oriente, la luz no sale "como la campañada, sino más bien como las lágrimas". El tejido del día no es brillante; es un lienzo débil, "sirve para una venda de enfermo, sirve para hacer señas / en una despedida, detrás de la ausencia". Él está despidiéndose. Se prepara para la ausencia, para "cubrir, tragar, vencer, hacer distancias". También su "Diseño doliente" está escrito en Chile, y en él, el verso críptico se hace transpa-

rencia, si se conoce la situación material de quien lo escribe: "un sirviente mortal vestido de hambre".

Cuando llega al Oriente, Chile le sigue penando por todas las esquinas de su cuarto, donde de inmediato comienza a extrañar lo que dejó. Desde las latitudes remotas, en "Fantasma" se le aparece Albertina:

Cómo surges de antaño, llegando,
encandilada, pálida estudiante,
a cuya voz aún piden consuelo
los meses dilatados y fijos.

De la lejanía en donde
el olor de la tierra es otro
y lo vespertino llega llorando
en forma de oscuras amapolas.

Ella está presente en "Lamento lento". Lo que ha dejado le persigue en sueños. Su "Colección nocturna" le trae "el viento que agita los meses, el silbido de un tren". Oye el sueño de "viejos compañeros y mujeres amadas... Camaradas cuyas cabezas reposan sobre barriles", sobre barriles que carga el forzado Hércules.

Y de nuevo la nostalgia de la mujer que está lejos en "Juntos nosotros": "mi boca de exilio muerde la carne y la uva". Y también es la "dama sin corazón" de "Tiranía", con su "directa indiferencia de arma y tu frío sentido del olvido". "Ángela Adónica" es también un poema que tal vez trae la remembranza de Marisol: "Hoy me he tendido junto a una joven pura / como a la orilla de un océano blanco".

Hay poemas de aquel tiempo, aún escritos en su país, que él no incluye en las *Residencias*, pero que presuponen una manera de ver la naturaleza y las cosas de su patria con una visión interior aparentemente desconstruida. Y también universal, porque "Alianza" puede ser escrito en cualquier lugar de la tierra, pero corresponde a un espíritu con problemas que se debate entre el sol atardeciendo, los metales sin luz, la sensación de vacío y de muerte lenta. Ese muchacho de vida difícil busca cabalgar en la poesía como el "Caballo de los sueños", sintiéndose innecesario: "arranco de mi corazón el capitán del infierno... Vago de un punto a otro, absorbo ilusiones".

En "Unidad" declara: "trabajo sordamente, girando sobre mí mismo, / como el cuervo sobre la muerte, el cuervo de luto".

Pero esta tendencia a las indagaciones alegóricas del solitario se hace más honda cuando llega al Oriente. Un mundo distinto. Una desigualdad horrible.

51. *El realismo de Residencia*

Cuando Neruda vive en Rangún escucha decir con orgullo a un contertulio exquisito que el Strand es el lugar más chic de todo el imperio británico de las Indias. A él le repugna el encanto irresistible del hotel Strand, su pompa retro, donde los señores británicos sonríen profesionalmente a la aristocracia birmana. Y detesta a aquellos aborígenes que están felices porque su país se convirtió en 1886 en una provincia que encabezaba como un símbolo inalcanzable la severa y lejana Reina Victoria. No son, sin embargo, puritanos. Allí se bebe whisky escocés a toda hora. Se juega al desafío del lujo. Se compite para ver quién ofrece las recepciones más fastuosas. Es un modo de ganar reputación social. Tal vez el eco llegará hasta las columnas de los diarios de Londres. Eso significaría la consagración.

Al poeta le basta con salir a la calle para percibir el abismo que separa el esplendor de la escalofriante miseria letal, porque no tiene conciencia de su desdicha. A pesar de que pronto aprende que la palabra Rangún significa "fin de la guerra", camina por las calles de la ciudad pululante con la sensación de que la guerra entre los pobres y los ricos todavía no ha comenzado. Se detiene ante la pagoda Schwegadon, cubierta por películas de oro. En la calle la gente se muere de hambre. Un país de monasterios, casi como el Tibet. Los monjes y los jóvenes novicios se deslizan por las calzadas como las centenas de piraguas por el Irrawady. Ha comenzado la estación de las lluvias y el río está alto.

Por los atardeceres al cónsul de Chile le gusta ir donde las bailarinas, a contemplar los movimientos del cuello, las ondulaciones de la cabeza, el giro de los ojos, así como de las caderas. Empieza a contar las posiciones, el número de movimientos, pero nunca llegará ni de lejos a las dos mil de que se habla. Espectáculo nocturno bien en contraste con el diurno, el cráneo afeitado y los pies descalzos de los monjes vestidos de marrón, de rojo o de amarillo violento. Se desplazan difícilmente entre las mujeres jirafas, con el cuello prisionero por collares altos, que nunca en la vida pueden sacarse. Los vendedores callejeros

le ofrecen estatuillas del príncipe Siddharta. A su lado va Josie Bliss, con la cabeza cubierta de flores de jazmín.

Aquí la miseria es sagrada. La indigencia sigue y continúan en pie los cinco mil templos y pagodas. Neruda viaja a Pagan. El Irrawady ha tragado un tercio de la ciudad capital de Birmania entre los siglos XI y XIII. Llega a Mandalay, porque le dicen que es la sede de las artes y las letras. El panorama no es tan diferente: pagodas y monasterios; en una colina, el palacio real, y rodeándolo todo carretas tiradas por asnos, carruajes a tracción humana, niños y adultos estirando la mano implorante. Ésta es la atmósfera que lo circunda al escribir la mayor parte de la primera *Residencia*. El tono no le sale alborozado.

Pero la antigua nueva tierra donde ahora ha establecido su domicilio se le mete por los intersticios de la escritura, trayendo el viento de la estación, el viento verde, el monzón de mayo, que sopla sobre el viajero recién llegado y tiene el alma confundida. "Qué reposo emprender, qué pobre esperanza amar..."

En medio de un caos de sombras y de sueños, de días y noches de fiebre el escritor pone el oído a todo lo que sucede. Será como un espejo, "como una campana un poco ronca", pero tendrá que decir lo que pasa y deberá replicar a los "objetos que llaman sin ser respondidos". Es su *Arte poética* de aquel período.

En un viaje al Oriente, en diciembre de 1976, tuvimos la comprobación física y ambiental del sólido realismo recreado que contienen las "residencias" asiáticas de Neruda. Nos sobrecogió por la exactitud casi matemática con que se reproduce un espíritu y una atmósfera tan sutilmente captados. Cruzando la India, entre Hyderabad y Kakinada, nos recibe, rosa y celeste, un amanecer en el cielo, que se hace mar y día pleno surcando la bahía de Bengala, sobre el océano Índico. Cuando bajamos en Rangún quedamos atónitos al divisar una serpiente ondular no lejos del avión. Esta tierra tiene "un color reunido como una culebra", decía Neruda en su poema "Sabor", escrito precisamente aquí, en Birmania, hace cincuenta años. Respiramos el olor, el color, el ambiente de *Residencia*. Ha transcurrido ya la época del monzón, cuando el poeta vivía "con luto de viudo furioso por cada día de vida" y "entre mercaderes mahometanos, entre gentes que adoran la vaca y la cobra, paso yo —decía— inadorable y común de rostro". Más al norte se sitúa Mandalay, "y mi esposa a mi orilla, al lado mi rumor tan venido de lejos, mi esposa birmana, hija del rey". Aquí está todo el escenario del "Tango del viudo", con su vegetación de los trópicos. "Enterrado junto al cocotero hallarás más tarde el cuchillo que escondí por temor que

me mataras." Al frente, el río. Josie fue enterrada en las aguas del Irrawady, mientras sonaban "cadenas y flautas de cobre". Palpando el Oriente, mirando a sus trabajadores y sus mujeres, y las hermosas que pasan con trajes de morado violento (las vimos precisamente vestidas de ese color), de "muselina escarlata", uno se confirma en la idea de que Neruda se atuvo siempre, libremente, a la realidad, sintió los elementos naturales, percibió la verdad oculta y la materialidad visible, el aroma real de los seres y de las cosas; vivió visceralmente esos países, este continente tan gigantesco como diferente que ahora comenzamos a columbrar más allá del monorritmo del tam-tam, de los cenicientos bailarines, de los muertos calcinados. El viaje constituyó una comprobación del verismo de *Residencia*.

Las prosas de la primera *Residencia* son otra personificación de la poesía. Está mirando el mundo en que ha caído como de una estrella lejana. Observación de la naturaleza, memorias del ostracismo, ansias de un planeta fresco. Luego, como corresponde a un hombre que vive entre los veinte y treinta años, el asombro ante las muchachas de vastos ojos y caderas nuevas, que llevan en el peinado "una flor amarilla como el relámpago". Anillos en cada dedo de los pies, collares a porfía, ademanes de estatua.

También lo asalta la desconfianza ante lo desconocido, el sentirse espiado, comenzando por esa mujer trastornada de amor que trata de rodearlo desde la pisada hasta el sueño.

"Caballero solo" es como un filme de muchas secuencias, argumentos y personajes dignos de ser desarrollados: los jóvenes homosexuales, las muchachas amorosas, las largas viudas, las señoras preñadas hace treinta horas, los roncos gatos, los enamorados en uniforme, las parejas gordas y flacas, alegres y tristes; la vida de los pantalones y de las polleras, el rumor de medias de seda, senos femeninos que brillan como ojos, la seducción al fin consumada por el pequeño empleado, los atardeceres del galán y las noches de los esposos, la fornicación directa de los animales, el extraño juego entre los primos, el amor de los adúlteros, todo esto forma parte de las alucinaciones del "Caballero solo".

Caballero solo, autobiográfico, que en el "Ritual de mis piernas" permanece largamente investigando los misterios de su cuerpo, el cómo y el para qué de sus miembros, con la convicción de que más allá de sus pies comienzan "los nombres del mundo, lo fronterizo y lo remoto".

En medio de todo este vaivén, donde cae y se levanta, donde tantas cosas parecen envolverlo en un aire desolado y mortífero,

el poeta cierra su libro con "Significa sombras", haciendo una autoafirmación ambiciosa: "Que el temblor de las muertes y de los nacimientos no conmueva el profundo sitio que quiero reservar para mí eternamente".

Treinta años más tarde volvió. Recibo una carta suya de Rangún, con membrete del detestado Strand Hotel. Sobre el escudo de armas del establecimiento, un león de espaldas. Está fechada el 4 de julio de 1957. "Querido Vol, después de Colombo viajaremos con los dos Amados a China, y aún estamos aquí, esperando unas maletas que perdimos en Madrás. Esta ciudad horrorosa —cómo pude vivir en ella (milagros de la *jeunesse*)— nos tiene neurasténicos. Es la época de la lluvia que cae con gran tenacidad sobre la porquería acumulada..." No había cambiado de opinión sobre el lugar.

52. *Cartas desde el Oriente*

Lee con el apetito de un caballo que ha hecho un largo viaje por la soledad. Traduce a Joyce. No le encandila la caza de la novedad formal. Prefiere los relatos sanguíneos y carnosos, frontales, dinámicos, que respiran nerviosidad, aunque sea al precio de un desaliño exterior, que se vuelve atractivo e insólito para hombres como nuestro poeta, cuya primera ley literaria —confiesa— fue siempre (mejor dicho, hasta ahora) la dictadura de la forma.

El 9 de junio de 1930 se despide de Ceilán "para siempre". Su corazón palpita con sentimientos encontrados. Le ha dicho adiós a su casa a orillas del mar, a sus perros y gatos, buenos confidentes y sostenedores de diálogos nocturnos, a su amigo Andrew. Pero en esa carta, que anuncia el cambio de sede consular, unas líneas finales están destinadas a la preocupación que lo atormenta: no sabe nada de su libro enviado en octubre de 1929 a Madrid.

¿Qué pasa con ese libro? Ha ido éste dos veces a la Península. Pero la Editora Iberoamericana, que debía publicarlo, quebró. El poeta manda varias cartas urgentes, sin contestación. Esto no quiere decir que el silencio sea absoluto en la Corte. José Bergamín se refiere a Neruda en el prólogo a un libro clásico de la poesía latinoamericana del siglo XX, *Trilce*, de César Vallejo. Aparecen varios artículos en España. En vista de que Madrid no es plaza propicia, los originales están en París, donde una

señorita Alvear se ha encargado de publicar en la revista *Imán* algunos poemas. Ella le mandará el cheque (¡importante!), y más tarde el contrato para publicar *Residencia*. El poeta está muy escéptico. No ha oído hablar de esa revista ni de esa señorita, ni sabe si el libro va a ser publicado en Argentina. "Es para ponerse a tomar whisky por tres meses. Siento que mi libro debe aparecer, por Cristo Padre, se está añejando y envejeciendo inédito."

La crisis sobre el valor de la literatura y la incertidumbre sobre su utilidad personal como poeta ha sido pasajera. "Es mala palabra esa de dejar de lado la literatura", dice en carta a Eandi, escrita desde su nueva destinación, Batavia, Java, el 5 de septiembre de 1931. "Uno cree haber terminado, pero hay algo acumulándose adentro de uno, gota a gota. Yo me moriría si no pudiera escribir más..."

La desgarradora correspondencia dirigida a su amigo Eandi es bien distinta de aquella que despacha a su hermana Laura. Tanto que parecieran escritas por personas diferentes. Las escribe un mismo hombre, desde los mismos lugares, pero a interlocutores muy diversos. Neruda siempre tuvo la cualidad de adecuar el lenguaje al destinatario, de hablar a cada cual en su idioma. Sabe que a Eandi podía confiarle sus más complejas angustias, sus más torturantes dudas sobre la literatura y su propio papel en ella, porque encontraría a alguien que le entendería perfectamente. Y esto determinó la forma y el fondo de la correspondencia que le enviaba. A la vez sabía que las cartas que mandaba a su familia debían también ser entendidas por ella. Esto explica su carácter elemental, simple, directo, estrictamente informativo, hechas para arrancar noticias que necesitaba conocer o animado por una intención tranquilizante, a fin de que no se preocuparan por su suerte. Sin embargo, bajo la superficie de una aparente banalidad, se trasuntan movimientos, acontecimientos, viajes, atmósferas calientes, temor a enfermedades, ansias de ir a Europa y la sensación de destierro. De ella se desprende cierto sentido tribal temucano que no lo abandona. También espera de ese cartero, terriblemente escaso y parco en datos, que se filtre alguna nueva del país y que se apuren allí gestiones para poder abandonar el Oriente, mediante un traslado a climas más respirables.

La carta a Laura del 28 de octubre de 1927 viene en papel con membrete del Consulado de Chile en Birmania, fechada en Ranguín. Saluda a Rodolfo, a Teresa, su mujer y al hijo de ambos, Raulillo. "Háblame de la gente que pregunte por mí." Él pregunta concretamente si se ha casado Amalia, la viuda de Alviso de

Springfell. Y anuncia a su hermana que él, Nefthalí Ricardo, no hay cuidado, no se casará.

La carta que viene después, del 22 de febrero de 1928, la escribe desde Shanghai, durante la época en que allí se desarrollan acontecimientos políticos que, para situarlos literariamente, André Malraux tomará como escenario de fondo en *La condición humana*. Ha permanecido un mes fuera de Rangún, viajando por otros países del Asia.

Viaja a la India e Indochina. En este último país descubre, de repente, la grandeza del pueblo artesano y la fraternidad de un corazón que organiza al pobre extranjero perdido en la jungla, al huésped desconocido, una fiesta de música y danza en su honor. No pueden cruzar con él ni una sola palabra en un idioma común. Allí Neruda intuye que verdaderamente los pueblos son hermanos. Esa vez, en el fondo de la selva vietnamita, no se sintió solo.

Le escribe a Laurita desde el barco, de vuelta del Japón, un país muy hermoso, donde le gustaría haberse quedado. Le teme a las pulmonías, a los estornudos. Hace un frío del demonio. Infinitas cosas raras. Rangún, del cual se declara aburrido a muerte, es todo lo contrario: "como vivir en un horno día y noche. La vida en Rangún es un destierro terrible. Yo no nací para pasarme la vida en tal infierno". Teme enfermarse de malaria. Desea ir a terminar sus estudios a Europa y piensa que cualquier día hará sus maletas y se irá aun a riesgo de morir de hambre.

Pregunta siempre por "los veteranos", pero no espera tener con ellos ninguna comunicación particular porque la conversación, sobre todo con su padre, se ha cortado hace tiempo. Y con su madre es parca y estrictamente cotidiana. Pero su preocupación por ella se palpa sinceramente en un viejo tono de buen hijo de otro tiempo: "A mi santa madre le dirás que me acuerdo mucho de ella, que creo que la enfermedad de los ojos se deberá más que todo a los nervios; que tome algún tónico cerebral y no piense demasiado en su enfermedad".

Todo ese carteo es insubstancial en apariencia. Hay un gran muro separándolo del círculo familiar. Es la diferencia de dos mundos excéntricos, completamente tangenciales, que en verdad no se tocan ni coinciden casi en nada. De allí la pobreza de la epístola, que es afectuosa, inclinada a cierta comicidad chacotera y a los juegos de palabras, pero nada más. "Me voy a almorzar, saluda a todos, felicidad y cariños para ti, para tu patura... Bueno, confórmate con estas pocas palabras, ya que las demás cosas que me pasan no las entenderías ni te interesarían."

Una carta del 12 de diciembre de 1928 comunica que ha sido trasladado a Colombo, con el mismo sueldo, y que ha aceptado con alegría el cambio, porque Rangún se le estaba haciendo intolerable. Recibe la única noticia que se publica sobre Chile a través de los años: el terremoto de Talca. No parece tan solo. Revolotea en torno a las mujeres y las mujeres alrededor de él. "Aquí todas las cabras tratan de casarme; resisto heroicamente. Son demasiado inteligentes, saben demasiado, lo que para mí es un inconveniente. En todo caso, si me sucede algo en el corazón, ya te lo contaré. Abraza a los queridos veteranos, a toda la gente, y no te olvides de tu hermano *El canilla*. Neftalí Ricardo."

Por excepción manda una extensa carta a su "queridísima y recordada mamá señora Trinidad C. de Reyes", en respuesta a una enviada por ella. Da algunos detalles de carácter material y sobre el ambiente de Colombo. "Arriendo un *bungalow* o chalet a orilla del mar, y vivo completamente solo en la casa, que es grande... Es mal mirado que la gente blanca haga cualquier cosa por sí misma. Bueno, esto me parece enteramente mal, pero sucede que mi conocida flojera se ha acrecentado con el calor de estos países, y si usted, mi querida mamá, pasara por mi casa en Colombo oíría cómo grito de la mañana a la noche al mozo para que me pase cigarrillos, papel, limonada y me tenga listos los pantalones, las camisas y todos los artefactos necesarios para vivir."

La aldea en que vive, Wellawatta, le recuerda el nunca olvidado Puerto Saavedra. Muy temprano camina por la playa en traje de baño, aprovechando la única hora fresca. Así lo retrata su amigo Salzberd, en camiseta, bajo una palmera, con aire de infinito tedio. Trata de nadar. Otros días no hay nada que hacer, sino dormir... "Lo que me hace falta es una señora, pero, ya ve usted, parece que nadie quiere al feo de su hijo." Pregunta por todos sus parientes, por toda la rama Reyes, por los tíos de nombres bíblicos, Amós, Oseas; por José Angelito, por el santo de su primo curita, sacerdote mercedario. Agrega, con ese aire de ironía que muy frecuentemente se desliza bajo la superficie de la correspondencia: "La verdad es que no tenía cara de santo, o yo no conozco a los santos". En tierras tan remotas suele suceder que los lazos de parentesco se sienten más vivamente. "Que será de don Manuel Basoalto, de la tía Rosa?... Ya pronto harán dos años que dejé Chile y no sé cuándo pueda regresar."

Desde tan lejos envía cables y cartas al primo que lo ayudó desde la infancia, Rudecindo Ortega Masson, para que lo saque de allí cuanto antes. Él es hombre de influencias y no olvida a

su pariente poeta, tan distraído para las matemáticas. Es un abogado y profesor atento, tan atildado en el vestir que la broma ambiente lo bautiza Futrecindo Ortega.

Bañarse en el mar. Jugar con perros y gatos. Los perros lo acompañarán siempre, todo el resto de su vida. Está muy solo.

53. *Comunicación solemne*

Remite una carta con una pizca de solemnidad, escrita en el Consulado de Chile en Singapur y Batavia. El membrete tiene un nombre holandés, Weltevreden, y está fechado el 15 de diciembre de 1930. Es una de las pocas que dirigió a su padre. Corresponde al cumplimiento de una obligación filial:

Debo comunicarle algo de gran importancia: me he casado. Mi matrimonio tuvo lugar en esta ciudad el 6 del presente. Mi esposa es holandesa de nacionalidad, y pertenece a una distinguida familia radicada en Java desde hace muchos años. Mi deseo fue comunicarle a usted mi decisión de casarme y esperar su consentimiento, pero, debido a numerosas circunstancias, nuestro enlace se verificó mucho antes de la fecha en que pensábamos. Pienso que, aunque haya sido así, y si usted y mamá hubieran tenido la suerte de conocer a la que hoy es mi mujer, se sentirían orgullosos de ella como yo lo estoy, y la querrán tanto como yo la quiero. Para mí ella reúne todas las perfecciones, y somos enteramente felices... Desde ahora no tendrán ustedes la inquietud de saber que su hijo está solo y lejos de ustedes, ya que tengo alguien que esté conmigo para siempre. Envío a usted y mamá algunas fotografías de nuestra boda. Mi mujer es un poco más alta que yo, rubia y de ojos azules. Como yo no hablo todavía holandés, ni ella el castellano, nos entendemos en inglés, lengua que ambos hablamos perfectamente. Ella carece de fortuna personal; su padre se arruinó a causa de algunas manipulaciones arriesgadas. De todas maneras somos pobres, pero felices. María tiene muy bien carácter, y nos entendemos a las mil maravillas.

El solitario cónsul, que entonces tenía veintiséis años, era un personaje exótico en la Batavia de 1930. Para algunas mamás con ánimos casamenteros, propensas a guiarse por las apariencias, hasta podía parecer un buen partido. Dicen, además, que escribe poesía. Esto, forzosamente, no implica que sea un hombre vicioso o un lunático. Se le ve por las tardes, en ciertas *soirées*, con-

versar con muchachas casaderas. Tiene *charme* y no dice frases idiotas; da la impresión de ser un joven inteligente, con porvenir. A principios de año conoce a María Antonieta Agenaar Vogelzanz. Es una muchacha que bordea el metro ochenta, una típica holandesa físicamente bien dotada. El cónsul abandonado siente que ella puede ser la mujer que necesita. Ha hecho tantos esfuerzos para que Albertina venga a acompañarlo y todos han fracasado. Comienza por acortarle el nombre a la joven javanesa, de origen occidental. La llamará Maruca. Neruda es hombre de plazos, y se ha fijado el año 1930 para casarse. Lo hace en el límite del calendario, en el mes de diciembre.

El 28 de julio de 1931, desde Batavia, alude a un hecho importante ocurrido en Chile: "Recién he recibido ayer la noticia de la renuncia de Ibáñez —que se produjo el día 26—, me ha alegrado que no haya necesidad de revolución para que se fuera el *paco*. Me alegro también por mis amigos desterrados, que podrán volver a Chile (son amigos míos Carlos Vicuña Fuentes, Pedro León Ugalde, Enrique Matta Figueroa, el hijo de don Eliodoro Yáñez y muchos otros)".

Este párrafo es uno de los pocos de contenido político en la correspondencia a la familia. No deja lugar a dudas sobre la satisfacción del joven Neruda por la caída de la dictadura militar. Se muestra particularmente sensible a la situación de sus amigos desterrados, tal vez porque él también se siente un desterrado. Ninguna de las personas que nombra es de su amistad íntima, salvo Álvaro, el hijo de Eliodoro Yáñez, conocido por Pilo, que mucho más tarde será considerado como un escritor críptico, bajo el seudónimo de Juan Emar. Su padre, conocido dirigente liberal, fundador del entonces influyente diario *La Nación*, lo ha dejado a cargo del suplemento literario. Y es Pilo quien le solicita a Neruda que escriba artículos desde el Oriente, cosa que el poeta hace enviándole colaboraciones que hoy forman parte de sus obras completas.

Tuvo una experiencia excitante y un motivo de contento cuando en diciembre de 1929 llegó a Calcuta, donde se celebraba el Congreso Pan Indio, que congregó a más de veinte mil delegados en un suburbio de la ciudad, en torno a Mahatma Gandhi y Yawarjarlal. Nehru. Allí estaban todos los sueños, las privaciones, las ansias de un pueblo continente que no se resignaba al dominio extranjero. Neruda divisó, durmiendo o descansando, sobre un pequeño catre, a la vista de todos, a un Gandhi físicamente exhausto. Reposaba por unos minutos y volvía a la lucha enfrentando al que era entonces el mayor imperio de la tierra.

Llegó a pensar en las diferencias de la política entre zonas de lo que hoy se llama el Tercer Mundo. Era un tiempo que se definía como de relativa estabilización, que habría de ser rota por la gran crisis que ya se precipitaba desde Estados Unidos. Chile, América Latina, dominados en gran parte por dictaduras militares, conocían la irrupción arrolladora de las compañías norteamericanas que desplazaban la supremacía del viejo león británico. Todavía en la India su melena no había sido recortada, aunque la alborotaban vientos de rebeldía. El elemento místico no era un factor dominante en la política latinoamericana. A su juicio, significaba algo positivo.

La crisis económica que, partiendo del *crack* de la Bolsa de Nueva York, en 1929, se extiende por todo el mundo bajo su égida financiera, tiene en Neruda una de sus víctimas. La caída de Ibáñez fue provocada, entre otras causas, por el derrumbe de la economía chilena, una secuela del desplome de Wall Street. El gobierno que sucede al dictador declara su falencia. Notifica al pobre cónsul Ricardo Reyes, al cual, por otra parte, le paga en cada muerte de obispo, que no tiene dinero para seguir cancelando sus emolumentos. El matrimonio Neruda regresa entonces al país. "Te escribo desde un barco holandés", dice a su hermana, Laura. Viajan a bordo del *Pieter Corneliszoon Hooft*. En Ceilán tomarán un barco inglés, que vía África del Sur y Estrecho de Magallanes, hará escala en Puerto Montt. Es el carguero *Forafric*. Travesía de sesenta días. Le gustaron los lentos cruceros por mar. Fueron invariablemente fecundos. Los aprovechaba para escribir.

54. *Regreso a Maligna*

Este Neruda que se despidió para siempre de Ceilán volvió a la isla veintiséis años después, en junio de 1957, con motivo de una reunión por la Paz. Cuando sale a la calle hay gente que le observa extrañada, con aire de preguntarse: ¿Pero quién es este señor? ¿No lo conozco? Después viene el saludo, en medio del paisaje, la atmósfera, con personajes de *Residencia*, en el barrio de Wellawatta, donde los cuervos saltan entre los cocoteros, brillan las flores encarnadas del *shoeflower* y las grandes hojas del *temple hower*. Avanza entre una nube de niños mendigos, cerca de un tren de trocha angosta, que se anuncia con pitazos a la multitud que va bordeando el mar.

Se detiene con cierto temor junto a la línea. Enseña una gran cicatriz en la pierna derecha. Tropezó una noche en la vía férrea, cayó y se golpeó contra los rieles, desvanecido, en los momentos que venía la locomotora. Su perro Kuthaka lo salvó con su ladrido, que fue como una sirena aullante anunciando al maquinista que debía detenerse porque había alguien caído sobre los rieles. En homenaje al que le salvó la vida, varios perros que Neruda tuvo en Chile y otros países se llamaron Kuthaka. Neruda ha contado que mucho tiempo después de estar oyendo esa palabra a diario vino a saber que en la lengua hindú significa "le traigo comida a los perros". Ese Kuthaka, amigo suyo inseparable de los días de Colombo, lo acompañaba por las mañanas y por las tardes hasta la desembocadura del río a ver el baño de los elefantes. Tal vez sintió envidia de esos gigantes y extraños competidores que lanzaban por sus trompas tan fuertes manguerazos de agua. Kuthaka anunciaba también la aparición de grandes veleros que al amanecer se pintaban casi blancos junto al jardín de la casa. Venían de alguna de las doce mil islas que en las cartas marítimas minuciosas se señalan como las Maldivas.

Sufre reviviendo el calor que le hacía tanto daño. Se siente lánguido, pierde energías. Sus pasos se hacen más lentos. Pero llega hasta la callejuela número 42, a una casa donde una plancha de mármol anuncia en sus letras: "Muhm: Alex S. Lamabadusuriya". Golpea. Un hombre sonriente le indica que está equivocado. Señala la casa vecina. Tampoco. Se va golpeando puerta por puerta. "No recuerdo bien —murmura—. Esa parte de la calle que da al mar está muy cambiada. Antes no había casas; sólo árboles y alguna cabaña." No la encuentra. Neruda escudriña en su memoria en demanda de un dato orientador. Lo acompaña un amigo chileno, Juan Lenín Araya. Se encaminan a la casa de Boya Pieres, en cuya entrada está clavado un pequeño aviso: "Coral Strand." Los recibe un hombre moreno, con las piernas desnudas flaquísimas, tocado por un gran sombrero blanco. Los estudia con extrañeza. Les invita a pasar. Se sienta en su silla de mimbre. Y de repente se para gritando:

—¡Ricardo Reyes, el cónsul de Chile!

En ese tiempo mantuvieron relaciones de mala vecindad. Boya Pieres trata de precisar las fechas. "¿Cuándo fue? ¿En 1928-1929? ¡Oh, sí, recuerdo a Brampy, el muchacho que lo atendía! Nunca más supe de él; cuando usted se fue, se alejó y no lo vimos más..."

Hay una persona que no nombra y se interpone entre ellos como separándolos, pese al tiempo. Es Josie Bliss. Reconstituye mentalmente la situación de aquellos días. Boya Pieres no fue su

amigo. Él dio asilo en su casa a esa Maligna del poema, que diariamente desde allí disparaba cartas e insultos. "Decía que me envenenaría, que no podría escapar con vida. Yo no podía explicar nada a Pieres; éstos eran asuntos personales. Es razonable que él se inclinara por protegerla. Luego todo terminó cuando, aburrida, se marchó a su tierra." En la memoria de ambos interlocutores se agazapa Maligna. Neruda recorre la casa. Ella está escondida allí, llorando de furia, imprecando, bebiendo sola el té del atardecer, recordándolo a ratos. Deja de maldecirlo en voz alta cuando está quejándose del trópico y ella sigue celándolo en silencio.

Al salir anuncia la predicción meteorológica que aprendió allí: la llegada del monzón, que junta el trueno, la catarata y el silbido. Después vendrá otra vez la luz de Ceilán, dentro de la cual hizo su "solitaria escuela de enterrado". Era una luz excesiva, que le sorbía los sesos y perforaba el traje. Quizá ella —escribió en su poesía— le iluminó con cruel claridad su destino. Pero, desesperado, desheredado de todo lo suyo entre ese fulgor que permanece como un perpetuo mediodía, llegó a la conclusión de que no tenía más remedio que vivir. Después de haber sumergido los ojos, el cuerpo y el alma en ese torrente de sol continuo, su idea subconsciente del color cambió. De regreso, el sol de su país le pareció opaco. Contenía algo de sombra.

—Vamos rápido —propone. Pero detiene la marcha frente a una choza de herrumbre y deterioro—. Aquí vivía —dice— un matrimonio de pescadores. Todos los sábados, no sé si por extraña superstición o por indignación alcohólica, el pescador descargaba puntualmente sobre la mujer su furia semanal. Ella corría desesperadamente hasta mi casa, el Consulado, en demanda de protección internacional. Yo la recibía y la vieja permanecía allí hasta el día siguiente, cuando el hombre llegaba avergonzado a buscar a su mujer, que se marchaba agradecida y contenta de volver con su enérgico y ahora arrepentido marido. Fue el único asilo consular —comenta—, el solo refugio, la única oportunidad en que extendí extraterritorialidad para librar a una anciana de las palizas conyugales periódicas. Dejó de sufrirlas y lloró mucho cuando su marido, cortando leña, sucumbió picado por una serpiente venenosa.

Por fin encuentran el *cicerone* que necesitan. Es el escritor y abogado S.P. Amarasingan. Les sirve un trago de gin, rememora la ocupación de la ciudad durante la Segunda Guerra Mundial. Entonces todos los habitantes abandonaron el barrio, menos él.

—La casa donde usted vivió —le cuenta a Neruda— fue convertida en un cuartel. Yo conservé una carta suya hasta hace algunos años. Recuerdo que usted tenía una letra muy larga. Siento mucho haberla destruido. También recuerdo su mangosta amaestrada. (Pablo le explica que nunca pudo traerla a la casa de su amigo porque la mordían los perros.)

El huésped y sus visitantes atraviesan la calzada hirviente y entran en la que fuera antigua casa del poeta. Ahora está desocupada y a punto de ser echada abajo. La rodea un jardín espeso y descuidado y tiene un patio con dos gruesos cocoteros.

—En ese árbol —indica el poeta— pillé una vez una ardilla. Aquí estaba mi oficina, donde me volvía loco haciendo guías con despachos de té hacia Chile, con lo cual vivía. Es una lástima que hoy no bebamos el té de Ceilán, el mejor del mundo.

Recorriendo los viejos rincones destartados, de repente, no sé por qué asociación de ideas, le viene un recuerdo significativo. Lo dice casi gritando, como para no olvidarlo, para que se oiga bien y se tome nota:

—Una vez el Gobierno anunció al Consulado que se habían escapado de la Isla de Pascua algunos presos políticos. Fue la única vez que recibí un cable de ese tipo. Me decían que debían desembarcar en esta isla, pues habían escapado en una barcaza... Yo estuve días esperándolos para tener alguien con quien conversar... Por supuesto que no pensaba denunciarlos. Pero nunca llegaron.

Nunca llegaron... ¿Se refiere a Castor Vilarín, comunista desterrado, junto a otros camaradas suyos, en medio del Pacífico polinésico, hombre resuelto, de espíritu aventurero, con tanta sed de libertad que un día con algunos compañeros se fugó en un bote y se perdió en el mar? ¿O se refiere a la evasión novelesca de Carlos Vicuña Fuentes y de otros prisioneros políticos desterrados a esa isla durante la dictadura de Ibáñez?

En ese retorno lo acompañó Matilde. Andaba buscando no sólo el vestigio mental de una mujer cuyo cuerpo había sido incinerado en una hoguera sino también la casa que habitó. Porque este poeta se casaba con las casas y enviudaba de ellas. "Yo enviudé —dice— de tantas casas en mi vida, y a todas las recuerdo tiernamente. No podría enumerarlas y no podría volver a habitarlas porque no me gustan las resurrecciones... Sólo una vez quise volver a una casa en que viví. Fue después de largos años, en la isla de Ceilán."²⁰ La casa se le había perdido. Recordaba el nombre del barrio, un suburbio entre Colombo y Mount Lavinia. Nunca tuvo en otra casa tanto tiempo para conocerse a

sí mismo. El día, entonces, estaba cargado de interrogaciones. En medio de tantos ocios tórridos penetró en el hombre que siendo él mismo todavía le era un extraño. De ese ensimismamiento salió lo que él llama un "pequeño libro, *Residencia en la Tierra*, diccionario atormentado de mis indagaciones personales".

Otro signo. Llegó a la casa perdida hacía casi treinta años en las vísperas de su demolición. Ella le había dado cita y él sin saberlo "acudía puntualmente el último día de su vida". Cuando entró en la salita y después al pequeño dormitorio donde "sólo tuve un catre de campaña para tantos años de mi residencia en la Tierra", adivinó la sombra de Brampy, su servidor, y la de Kiria, su mangosta. Así despidió a su casa de Ceilán, un día antes de caer bajo la picota o el buldózer. El poeta cree que coincidencias como ésta "quedarán en el misterio mientras existan las casas y los hombres".



dónde trabajo"), la familia continúa... una influyente, capaz de conseguir un empleo... hermano Rodolfo.

Compra de ayer a hoy: una lección de la calle. Probablemente de su casa en Butavia. Ha vuelto del Oriente, que lo ha impresionado "como una grande y desventurada familia humana, sin destino ni fin en mi conciencia para sus ritos ni para sus dioses", y habita con Manica en una modesta pensión cercana al Congreso Nacional. No está conforme. Peter se reencuentra con sus antiguos amigos y vuelve a los bares de su año.



4./ La casa de Isla Negra, 1982

55. *El poeta y la máscara*

En 1932, después de que el Gobierno suprimió el cargo consular en nombre de la crisis que llenó de ruinas la economía chilena, como un terremoto grado 9 ó 10 en la escala de Richter, hace el viaje de vuelta cruzando por el Estrecho de Magallanes. En el país han sucedido acontecimientos sorprendidos. A fines de 1931 se sublevó la Marinería. A mediados de 1932 tomó el poder por dos semanas la República Socialista y se instalaron en la Casa Central de la Universidad de Chile los Soviets de Obreros, Campesinos, Soldados y Marineros. Neruda toma nota de estos sucesos con curiosidad y simpatía. Eso fue todo por el momento.

Laurita recuerda que el telegrama en que anunciaba la llegada a Temuco se recibió con retraso. Ella estaba asomada a la ventana de la casa y de repente vio que comenzaban a bajar maletas de un coche. Luego divisó a Pablo y Maruca. Su padre los recibió glacialmente. No estuvieron en Temuco más de una semana.

En Santiago tiene que desempeñar dos empleos. Neruda queda adscrito al Ministerio de Relaciones. Por un tiempo realiza menesteres burocráticos en el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio del Trabajo, bajo las órdenes de un viejo *galantuomo*, canoso y atento, vecino al periodismo, Tomás Gatica Martínez, quien recluta para su servicio no sólo mujeres hermosas y al poeta, sino a varios de sus compañeros de juventud literaria del año 1920 y a escritores tan significativos en Chile como Joaquín Edwards Bello. Aunque la amenaza de cesantía lo persigue ("estoy corriendo peligro que supriman el servicio donde trabajo"), la familia comienza a pensar que es una persona influyente, capaz de conseguir un empleo a su hermano Rodolfo.

Compara de ayer a hoy: está lejos de la calle Probolingo, de su casa en Batavia. Ha vuelto del Oriente, que lo ha impresionado "como una grande y desventurada familia humana, sin destinar sitio en mi conciencia para sus ritos ni para sus dioses", y habita con Maruca en una modesta pensión cercana al Congreso Nacional. No está conforme. Pero se reencuentra con sus antiguos amigos y vuelve a los bares de antaño.

El que vuelve no es el mismo. Aunque intente reanudar en un momento una relación oculta con Albertina, aunque frecuentemente por las noches el Hércules, el Jote y el Alemán de la calle Esmeralda, la experiencia oriental, que es gradual madurez desenvuelta en tiempos y espacios diferentes, ha impregnado en cierto modo su espíritu en términos que no encuentra a su retorno lo que quiere. Mucho ha cambiado. Hasta aquello que le escribió a su padre desde Batavia, sobre su maravillosa mujer. El amor se evapora. Se siente lejos de ella. Pasa la noche conversando en las tabernas. Y cuando regresa, a las tres o cuatro de la mañana, la ve en el balcón esperándolo no sabe desde qué hora.

El país oficial no lo recibió con alegría, sino con indiferencia. Pensó que tal vez no había vivido demasiado tiempo fuera. Quizá debería expatriarse de nuevo. Pero no puede permitirse intermedios ni pausas en su obra. Comienza la segunda *Residencia*. Tendrá que mostrar a sus compatriotas algo de lo que ha escrito en esa ausencia de cinco años. Cuando regresa por primera vez, en el ambiente literario hay cierta moderada expectación.

Un día se anuncia un recital suyo en el teatro Miraflores de Santiago. Era yo un adolescente, acababa de llegar a la capital para iniciar mis estudios universitarios, muy interesado en la poesía y para quien Neruda era una leyenda. Nunca lo había visto y quería verlo. No me atrevía a tanto como a conocerlo personalmente ni pretendía darle la mano, ni menos cambiar algunas palabras vergonzosas con el poeta. No. Se trataba sólo de mirarlo y oírlo desde mi asiento a oscuras en la galería del teatro desvenecijado. Llegué adelantado y me instalé tímidamente en las alturas populares, para poder divisar desde lejos el rostro del poeta. Se descorrió la cortina. En el escenario había máscaras orientales pintadas. Eran como biombos o telones extraños. Producían una sensación de ópera china y despedían un aire remoto y enigmático. De repente surgió detrás de las máscaras enormes, más altas y más anchas que el cuerpo de un hombre, una voz arrastrada, gangosa, nasal, como de lamento, que comenzó a decir: "Qué pura eres de sol o de noche caída,/ qué triunfal desmedida tu órbita de blanco,/ y tu pecho de pan, alto de clima,/ tu corona de árboles negros bienamada..."²¹

Continuó sobre todo con poemas de la primera *Residencia*. El tono no cambiaba. Musitaba casi sin inflexiones, monocorde, gemebundo, como esparciendo una droga soñolienta. Fue la sensación que me produjo al cabo de unos minutos. El recital

duró más de una hora. La curva melódica de la voz no experimentó la más leve modificación. Pero después de un rato resultó como ruido de aguas lentas, como un soplo de aire diferente, no porque el mensaje que salía de esa garganta fuese cristalino y refrescante, sino porque lo que decían aquellas palabras daban de beber a un espíritu sediento cierto líquido embriagador, creaban un clima envolvente, generaban una atmósfera donde se entreveía la lucha de un alma tempestuosa que hablaba por un mundo interior habitado por muchos fantasmas, comunicándonos la aventura de un hombre, de la vida solitaria y de los viajes, de la conciencia y del lenguaje, que no nos podía dejar iguales a como éramos cuando nos instalamos a escucharlo en ese rincón de la galería del Miraflores.

Aquella tarde conocimos la voz declamante del poeta. Nos pareció pariente del sonido de la trutruca araucana. Pero su cara, ¿por qué no se mostraba? Al finalizar el recital, ¿aparecería Neruda para recibir el aplauso o la indiferencia de los asistentes, de los cuales la mitad, por lo menos, fluctuaban entre la admiración, el estupor y el desconcierto? Neruda no apareció. Y nos quedamos con las ganas de verlo.

El 24 y 25 de septiembre de 1982, en la sala del Palazzo Patrici, de Siena, se realizó una mesa redonda sobre la obra nerudiana con asistencia de expertos de diversos países. Uno de ellos, el profesor francés Alain Sicard, de la Universidad de Poitiers, presentó una ponencia que levantó revuelo y encendió la pólvora polémica: "El rostro como máscara: autobiografía e historia de la poesía de Neruda". En la animada controversia que siguió a la exposición intervine para hacer un recuerdo remoto: aquel recital de hace cincuenta años, en el teatro Miraflores de Santiago, con el poeta oculto de cuerpo entero tras gigantescas máscaras orientales. Concluí que Sicard no andaba tan descaminado.

56. *¿Cantar de los cantares?*

No nació para burócrata, pero lo he visto inclinado sobre papeles oficiales con un lápiz en la mano cumpliendo tareas oficinescas. El martirio del empleado sedentario lo vive ese año 1932 en Santiago. Necesita sumar esos dos sueldos para vivir. Cuatrocientos pesos al mes por su labor en la Biblioteca del Ministerio de Relaciones, que apenas le alcanzan para cubrir el

costo de la pensión en una mediocre residencial de la calle Santo Domingo. Una entrada poco mejor se la procura el puesto en el Departamento de Extensión Cultural del Ministerio del Trabajo. El galeote sufre amarrado al remo. Su pensamiento está en la poesía. Da otro recital en la penumbra de la Posada del Corregidor. Ese año aparece la segunda edición de *Veinte poemas de amor*, ocho años después de la primera, lo cual revela que el poeta no estaba aún descubierto. Más tarde, cuando pasó de poeta incógnito a poeta público, dicha obra superó la barrera del sonido del millón de ejemplares. Alguien la llamó *Cantar de los cantares* de la poesía en lengua castellana. Pero, aunque ambos autores fueran poetas, Neruda no era el Rey Salomón.

La Biblia dice que Salomón compuso tres mil proverbios y que sus cantares fueron mil cinco. Nuestro poeta resultó en esto tan fecundo como el Rey sabio. Si éste escribió sobre los árboles, habló del cedro del Líbano hasta el hisopo que nace de la pared, si se refirió a los animales, las aves, los reptiles y los peces, nuestro poeta dedicó libros enteros a los pájaros, a la casa en la arena, a la comida, a la geografía infructuosa, a las piedras del cielo, a la espada encendida, nueva versión de la pareja que sobrevive al diluvio. Si Neruda quiso ser arquitecto y poeta a la vez, aquel Rey cuerdo y sensual edificó el Templo y cantó a la mujer. Pero la de Salomón es más expresiva que Albertina. Al menos el Rey pone en su boca versos que le nacen a la hembra enamorada: "Mi nardo dio su olor. Mi amado es para mí un manojito de mirra, que reposa entre mis pechos... Racimo de flores de alheña en las viñas de En-Gadi es para mí mi amado. Me llevó a la casa del banquete y su bandera fue su amor. El tiempo de la canción ha venido. Y en nuestro país se ha oído la voz de la tórtola...". Si Darío dice alguna vez que ya no hay Sulamita que cantar, ésa de la cual el Rey de Jerusalén decía: "Tu ombligo como una taza redonda que no le falta bebida. Tu vientre como un montón de trigo cercado de lirios", Neruda no dejó nunca de cantarla. Ninguna se llamó Sulamita y todas lo fueron. Nunca este poeta fue visitado por la Reina de Saba, pero cuenta que se ha casado con la hija del Rey de Mandalay, expresión nacida de la imaginación. Porque nunca se casó, como su colega del *Cantar de los cantares*, con la hija del faraón, aunque a todas las hizo reinas, no importa que todas vinieran del llano y la gran mayoría fueran hijas del pobrerrío. Su colega del *Cantar de los cantares* acumuló reputación y experiencia amorosa. La Biblia es contradictoria en esta materia. Por un lado dice que sesenta son las reinas y ochenta las concubinas y las

doncellas sin número, aunque una es la paloma, la perfecta, la Sulamita. Por otra parte afirma que tuvo setecientas mujeres y trescientas concubinas. A Neruda, la palabra concubina le soltaba una carcajada irrefrenable. Una amiga suya que se juntó de hecho con uno de los hombres más cómicos del entorno nerudiano, Vicente Naranjo, un comerciante de Valparaíso, le contaba al poeta que a ella, dentro del proceso judicial, se la llamaba *concubina*. Y ambos volvían a estallar en risotadas. Porque esa palabra tan ridícula y vetusta les resultaba tan cómica como si toda la antigüedad, todos los prejuicios de milenios le vinieran a decir que el mundo no había evolucionado.

Cuando Neruda escribió su *Cantar de los cantares*, era espantosamente pobre. Cuando Salomón escribió el suyo era fabulosamente rico. Tenía una renta anual de 666 talentos de oro. Neruda tenía un talento de oro, pero andaba sin un centavo. Uno reinaba sobre todos los reinos desde el Éufrates hasta la tierra de los filisteos y el límite con Egipto. El otro sólo reinaba sobre sus sueños.

57. *Toreo al alimón*

Neruda, ahora, comía todos los días, pero su existencia material era precaria y su porvenir, nebuloso.

En verano vuelve al sur. Retorna a Puerto Saavedra. Está escribiendo *Residencia en la Tierra 2*. Ve el mar de su infancia con ojos más maduros. Es un poema primo de "La canción desesperada". Algo en él habla de la procesión que le anda por dentro. El matrimonio se le vuelve lúgubre y está hundiéndose. Este regreso le trae la reminiscencia nostálgica de cómo era su corazón en Puerto Saavedra diez años antes. Ahora lo siente polvoriento. Si ella lo soplara, "sonaría como un ruido oscuro, con sonidos de ruedas de tren con sueño... Si tú soplaras en mi corazón cerca del mar...". En el fondo ese amor es un espectro.

Escribe también allí "El sur del océano", un poema de la soledad más concentrada:

En una región sola, ya he hablado
de esta región tan sola,
donde la tierra está llena de océano,
y no hay nadie sino unas huellas de caballo,
no hay nadie sino el viento, no hay nadie

sino la lluvia que cae sobre las aguas del mar,
nadie sino la lluvia que crece sobre el mar.

Cuando regresa a Santiago, después de un veraneo más bien triste, tiene un consuelo. Aparece publicado por primera vez *El hondero entusiasta*, libro que él mantuvo inédito *motu proprio* durante diez años. Este plazo es para él una prescripción de largo tiempo que purgará los vicios del exceso pasional y las influencias que confiesa en el prólogo. Experimenta una alegría aún mayor. Se edita por primera vez *Residencia en la Tierra*. Este libro, por cuya publicación luchó tan amargamente desde sus desoladas sedes consulares hasta transformársele en una obsesión, de la cual dan testimonio sus cartas a Héctor Eandi, no ha aparecido en España, como lo quiso él y lo deseó Rafael Alberti, ni tampoco en Argentina. Verá la luz en Santiago, por intermedio de su fiel y exclusivo editor del primer tiempo, Carlos Nascimento. Abril no es para Neruda, entonces, el mes cruel de que habla T.S. Eliot en su *Tierra baldía*, sino el mes jubiloso del otoño dorado, en que sale de las prensas el libro que nació en sus soledades de Chile y de las Indias británicas y holandesas del Extremo Oriente. Tomando en cuenta la pobre industria editorial chilena de esa época, la impresión es casi lujosa.

Pronto se reintegra al Ministerio de Relaciones Exteriores. El 25 de agosto de 1933 comunica a su padre que ha sido designado en un puesto del Consulado en Buenos Aires. Por primera vez lo llama "mi querido papá", lo cual induciría a pensar que el autor de sus días está cambiando de actitud, tal vez porque comienza a sospechar que su hijo, tan inútil que le ha salido poeta, es capaz de ganarse la vida y de arreglárselas solo. Debe partir de nuevo y no tiene tiempo para despedirse. El desorganizado Gobierno aprobó su nombramiento, pero no le dio plata para los pasajes. Aquí Amalia Alviso, la viuda apetejada, no cede a sus requerimientos amorosos, pero le presta mil pesos para pagar el viaje.

La entonces ciudad mayor de habla española es un imán para un ambicioso poeta de la lengua. Toma contactos con la vida literaria argentina. En los pocos meses que permaneció en Buenos Aires tuvo que afrontar una labor burocrática con la cual su espíritu no se avenía, suavizada por las buenas relaciones con el cónsul general, Sócrates Aguirre, padre de una niña morena, de ojos vivaces, entonces pequeña, que se hace amiga del tío Pablo, el cual se disfrazaba en las fiestas. Margarita Aguirre será más

tarde una de sus biógrafas más autorizadas. La fatiga de su situación funcionaria se refleja ácida en la poesía que escribe en la gran ciudad: "Sucede que me canso de ser hombre...". Es como un ser silvestre extraviado entre sastrerías, olores de peluquerías, mercancías, anteojos, ascensores. Se cansa hasta de sí mismo. De su pelo y de su sombra. Y le gustaría escandalizar, "ir por la calle con un cuchillo verde". Está cansado de ser raíz en las tinieblas, no quiere más desgracia, está aburrido con su cara de cárcel. "Walking around" señala un estado de ánimo. "Desespedito" lo lleva a maldecir su vida caída en "la profundidad de los papeles, a la sombra de las administraciones", reacio al examen de títulos y actas. Siente horror por las oficinas, por el olor de ministerios, y tumbas, y estampillas.

Traduce *Música de cámara*, de James Joyce, que publica ese año 1933 en Buenos Aires la *Revista Internacional de Poesía*.

Las relaciones con su mujer pasan por un estado de atonía. Vive en su casa durante un tiempo la escritora chilena María Luisa Bombal, aquella loquilla coqueta que escandalizaba en la Plaza de Temuco. Allí escribe *La última niebla* y *La amortajada*. En ese año 1933 se enamora de su hermana Loreto. María Luisa Bombal, que pasó en su vida varias etapas trágicas, fue para Neruda una "adorada abeja de fuego". Siempre le atrajo... como escritora. Cuarenta años después la visitó en Estados Unidos. Bebía en cama, presa de una gran desilusión. Ese encuentro lo apenó.

Todo esto sucedía bajo la mirada triste de una buena esposa, mujer tan distante como la luna, llamada Maruca Agenaar. Opinión femenina extendida: no es para él. Las amigas de Pablo la llamaban bondadosamente La Carabinero.

Neruda andaba buscando siempre en ellas a la madre que se le murió casi recién nacido. María Luisa Bombal rehúsa el honor: "No todas servimos para mamá".

El hito encantado de su permanencia en Buenos Aires fue el conocimiento y amistad que allí entabló con Federico García Lorca, recién llegado para el estreno de su pieza de teatro *Bodas de sangre*. Compartió la alegría de ese grupo que se unió a García Lorca. Allí estaban Oliverio Girondo y Norah Lange; Pablo Rojas Paz y su mujer, la Rubia; Amparo Mom y Raúl González Tuñón. Eran reuniones descocadas, largamente sacrílegas, que neutralizaban el tedio de la oficina y la tensión doméstica.

Federico eclipsaba a Pablo en las reuniones, con su brillo, su alegría, su risa, sus cantos, sus bailes. Pablo se retiraba gustosamente a un segundo plano. García Lorca interpretaba la per-

sonalidad de sus amigos al piano. Neruda era de notas lentas. Cuando García Lorca tuvo que regresar a España les dijo: "No quiero partir. Yo me voy a morir. Me siento muy extraño".

Eso de celebrar sus cumpleaños, Pablo lo llevó a todas partes. En Buenos Aires participaron también Ramón Gómez de la Serna y Arturo Capdevila. Aquella noche salieron a pasear la fiesta por la ciudad, con un taxi que iba detrás, vacío. Fue idea de Federico. Y cuando le preguntaron qué sentido tenía ese taxi él respondió: "Es de respeto". Fueron a dar al restaurante Pescadito, en el barrio de La Boca.

Hablando el 19 de octubre de 1956 en la Sala de Conferencias de la Universidad de Chile, Neruda definió a Federico García Lorca como el hombre más feliz que le había tocado ver. Recordó que lo conoció en casa de Rojas Paz, prosista argentino que en el momento de aquella evocación acababa de morir. Retrospectivamente, se acusó de haber sido casi causante de la muerte de Federico. Todo sucedía en una de esas grandes casas de estancieros argentinos, en la pampa, con su lago correspondiente y una inmensa torre. Neruda y una primorosa joven vestida de blanco subieron a las alturas. García Lorca oficiaba de celestino. Envueltos por el cielo de la gran noche, embriagados por la fragancia pampeana, Neruda inició el asedio amoroso. Federico entendió que esto debía celebrarse a gritos: "¡Viva la Poesía! ¡Vivan los anti Ortega y Gasset!". En su excitación, comenzó a llamar a la gente y a bajar la escala corriendo. Cayó y por poco se rompe una pierna. "Yo le dije: eres un tonto." El tonto era el más grande poeta de España, el amigo más encantador. Ambos estaban unidos por la poesía, que a su vez establecía el puente de unión entre España y América española.

Consideraron que estaba inicuamente olvidado uno de los constructores supremos de ese puente que cruzaba el Atlántico, aquel que había escrito un *Canto a las glorias de Chile* y también un *Canto a la Argentina*. El Pen Club de Buenos Aires invitó a García Lorca y a Neruda, en 1933, a un banquete. Federico se sentó en una punta de la mesa, y Neruda, en la otra, actitud que llenó de sospecha a los organizadores y comensales. Cuando se ofreció la palabra a Neruda, éste se paró y dijo la palabra: "Señoras". Inmediatamente se incorporó en el otro extremo García Lorca, para continuar: "y señores". Existe en la fiesta de los toros una suerte llamada "toreo al alimón", en que dos toreros hurtan su cuerpo al toro cogidos de la misma capa. Luego Neruda anuncia por su parte que Federico y él van a parear, pero invitan a un muerto, "un comensal viudo, oscuro en

las tinieblas de una muerte más grande que otras muertes, viudo de la vida, de quien fuera en su hora marido deslumbrante... Vamos a repetir su nombre hasta que su poder salte del olvido". Lorca está seguro de que cuando este nombre se diga "se han de romper las copas, han de saltar los tenedores... Nosotros vamos a nombrar al poeta de América y de España". "Rubén", dice Federico. "Darío", completa Neruda, quien pregunta: "¿Dónde está en Buenos Aires la plaza, el parque, la estatua de Rubén Darío?". Federico interroga: "¿Dónde está la tienda de rosas Rubén Darío?". Y añade que éste "duerme en su Nicaragua natal bajo su espantoso león de marmolina [...]. Dio el rumor de la selva con un adjetivo [...] y puso la mano sobre el capitel corintio con una duda irónica y triste, de todas las épocas". Luego transmite una fulgurante visión de lo que Darío aportó a su patria:

Como poeta español enseñó en España a los viejos maestros y a los niños, con un sentido de universalidad y de generosidad que hace falta en los poetas actuales. Enseñó a Valle-Inclán y a Juan Ramón Jiménez, y a los hermanos Machado, y su voz fue agua y salitre en el surco del venerable idioma. Desde Rodrigo Caro a los Argensola o don Juan Arguijo no había tenido el español fiestas de palabras, choques de consonantes, luces y formas como Rubén Darío. Desde el paisaje de Velázquez a la hoguera de Goya y desde la melancolía de Quevedo al culto color manzana de las payesas mallorquinas, Darío paseó la tierra de España como su propia tierra.

Neruda dijo a Darío en Chile: "En nuestro país comenzó a revelarse el gran poeta". Y a falta de estatuas duras, Neruda proponía hacerle una estatua en el aire. Lorca opina que sobre esta estatua de aire debe poner su sangre como un ramo de coral, "sus nervios idénticos a la fotografía de un grupo de rayos... Sus ojos vagos y ausentes de millonario de lágrimas, y también sus defectos: ... su dramática embriaguez, y su mal gusto encantador, y sus rípios descarados que llenan de humanidad la muchedumbre de sus versos...".

Se entrega por primera vez "Paloma por dentro, o sea, La mano de vidrio, Interrogatorio en varias estrofas compuesto en Buenos Aires por el Bachiller don Pablo Neruda, e ilustrado por don Federico García". Se trata de un inédito hasta la fecha, con un ejemplar único hecho en honor de doña Sara Tornú de Rojas Paz. Ese único ejemplar se encuadernó en arpillera y llevaba una paloma dibujada en la tapa y bordada en hilo verde. Es algo más

que una curiosidad bibliográfica donde el que pone los versos es un gran poeta, y el que dibuja las ilustraciones, un poeta no menos grande. La poesía contenida allí no es festiva. Comienza con un poema premonitor: "Sólo la muerte". Envolvía el presagio de la muerte del poeta dibujante apenas dos años más tarde. La que también un día sorprendería al autor del poema "navegando a un puerto/ en donde está esperando, vestida de almirante". O de general. Al final, la premonición pasa a manos del singular ilustrador. Lo cierra todo un dibujo que el poeta español, con su propia letra, titula así: "Cabezas cortadas de Federico García Lorca y Pablo Neruda, autores de este libro de poemas".

Federico parte a su patria. Pronto lo sigue Neruda. El 28 de marzo de 1934 le escribe a su hermana Laura desde Buenos Aires: "no quería decirte que el Gobierno me ha trasladado a España, Barcelona, adonde debo marcharme dentro de poco. Cuando sepa la fecha exacta, te diré". En esos contornos australes se atravesaba aún por una época incipiente del descubrimiento del teléfono internacional. "De todas maneras, antes de irme voy a hablarles por teléfono... La voz se oye muy clara y quiero que estén mi mamá, mi papá, tú y Raúl", su sobrino.

58. *La llegada a la casa matriz*

En mayo de 1934 desembarca en España. Su nombre había arribado años antes a bordo de un libro. Rafael Alberti lo cuenta con su ángel escapado de su obra *Sobre los ángeles*. Llovía con ganas en esa noche de invierno cuando llegó a sus manos un manuscrito sorprendente (ésta es la historia narrada desde el tercer punto del triángulo), que Neruda (primer ángulo) contaba desde el Oriente, con acento desolado, a su amigo Héctor Eandi (segundo ángulo), quien lo recibía en Buenos Aires. Era un manuscrito puesto sobre una mesa llena de botellas vacías, excepto una de jerez, destinada a un inminente consumo, en el subterráneo del hotel Nacional. Su nombre: *Residencia en la Tierra*. El autor: un poeta desconocido en España. Lo había traído un secretario de la Embajada de Chile, Alfredo Condon, quien escribió alguna vez un artículo sobre Neruda, que éste apreció. Pero a su vez era un recadero o portador de un encargo o encomienda. Quien lo enviaba era Carlos Morla Lynch, ministro consejero, muy amigo de Federico García Lorca. Alberti, con la

primera lectura, quedó turulado. Eran poemas fascinantes y tan distintos de los que se escribían en España. Inquirió datos sobre el autor. Le dijeron que era cónsul de su país en Java, donde no sólo escribía poemas llenos con la pesadumbre de la soledad, sino también cartas pidiendo auxilio, mensajes al mundo. Imploraba, sobre todo, pidiendo lengua española. Pasaban meses y no podía hablarla nunca con nadie. Rafael se sintió conmovido tanto por el libro como por la suerte hosca del poeta que estaba tan lejos, en un punto tan exótico, como sepultado en vida. Enardecido por el descubrimiento, anduvo un tiempo con el libro bajo el brazo por toda la ciudad. Lo llevaba a los cafés, a los bares, a las tertulias literarias, y leía poemas del manuscrito en voz alta. Incorporó a la cofradía de los admiradores del autor que gritaba socorro desde la inaudita Java a los poetas jóvenes de ese tiempo: Arturo Serrano Plaja, José Herrera Petere, Luis Felipe Vivanco y otros que empezaban su trato con las musas. Salieron en pleno día, como Diógenes con su linterna, en busca de un editor. Ningún éxito. Rafael se acercó al poeta Pedro Salinas, traductor de Proust, para que él consiguiera algo con la *Revista de Occidente*. Tenía que valerse de un intermediario prestigioso, porque, así como García Lorca en Buenos Aires, Rafael Alberti, en Madrid, se permitió en una conferencia faltarle el respeto al Papa de la revista, el filósofo Ortega y Gasset. Todo lo que consiguió fue que la revista publicara algunos poemas, lo cual no dejaba de tener cierto valor. Entregaba un nombre destinado a llamar la atención de sus lectores. Rafael mandaba de vez en cuando cartas a su amigo distante y angustiado. Las respuestas eran apremiantes. Él, temeroso de cometer errores gramaticales y de ortografía, le suplicaba que le enviara un buen diccionario castellano.

En 1931 Rafael Alberti trasladó sus esfuerzos a París. Allí se contactó con esa joven argentina de que hablaba Neruda tan desconfiadamente a su amigo Eandi, Elvira de Alvear, quien se comprometió a editar *Residencia en la Tierra*. Ella debía ser una persona importante, o por lo menos con dinero, porque a través de un entonces joven escritor cubano, que trabajaba como secretario suyo, llamado Alejo Carpentier, se envió a Neruda un cable anunciándole un adelanto bienvenido de cinco mil francos. Como se sabe, esa edición no se cumplió. Neruda recibió el cable, pero no la plata. Alberti, entonces, hizo un autojuramento: no luchar jamás por la publicación de libros ajenos. "Promesa —añade— que nunca he cumplido."

Muchos años después fui testigo de los esfuerzos de Neruda por publicar en Chile un libro de su hermano, *confrère* —así lo

llamaba— Rafael Alberti, *El poeta en la calle*. Tuve algo que ver en esa empresa. Escribió él un prólogo en que vertía todo su reconocimiento por esa maravilla de vida que es la vida y la obra del poeta español. En nuestro ambiente hartamente mezquino, el propósito chocó con dificultades parecidas a las que Rafael tuvo para publicar el libro del poeta Neruda, enterrado veinte años antes en islas remotas. Entonces Neruda comparó ambas situaciones. Llegó a la conclusión de que los poetas, aunque estén en la calle, no controlan las editoriales ni son capaces de vencer los prejuicios políticos.

Tras la desventurada tentativa de publicar *Residencia*, Alberti estuvo mucho tiempo sin saber nada de su amigo. Un día alguien sube de prisa las escaleras de su casa en Madrid y, un poco jadeante, se presenta: “Soy Pablo Neruda. Acabo de llegar y he venido a saludarte. Tengo a mi mujer abajo, pero no te asustes, es casi una gigante”. Era una mañana de 1933. La advertencia sobre su mujer muy grande le pareció una broma un poco inocente. Pero él cumplió conteniendo todo gesto de estupor al verla, porque, verdaderamente, era imponente. Rafael Alberti y su mujer, María Teresa León, se dedicaron a buscar una residencia para Pablo y su esposa y encontraron la que se llamaba Casa de las Flores, destruida durante la guerra. De modo que yo he ido en peregrinación a Madrid al lugar donde se levantaba la Casa de las Flores, en el cual hoy se yergue un convencional edificio de departamentos.

Rafael fue uno de los primeros profesores de política que tuvo Neruda. Recuerda que apenas llegado éste le dijo: “Yo no entiendo nada de política, soy un poco anarcoide, quiero hacer lo que me plazca”. Su revista *Caballo Verde para la Poesía*, donde colaboraron los más valiosos poetas españoles jóvenes de aquella hora, postula una poesía impura, abierta a todas las materias; pero todavía se concebía políticamente aséptica.

Gerardo Diego, compilador de una antología de poesía española del primer tercio de este siglo, que introdujo a los interesados de América en la revelación de la llamada generación literaria del 27, mantuvo con Neruda, como él dice, “algunos curiosos paralelismos y divergencias”. No obstante, se ufana de que fue uno de sus primeros conocedores en la Península. Afirma que Neruda llegó a España, y a Europa, por la vía entonces acostumbrada: a través de Francia. En octubre de 1926 apareció en la revista *Favorables París Poema*, que sólo tiró dos números, un fragmento de *Tentativa del hombre infinito*. Tal vez sea

una ironía de la historia literaria que quien descubriese ese texto y lo publicara luego en España fuese otro poeta que mantuvo con Neruda, al correr del tiempo, malas relaciones, tan malas que el poeta chileno lo zahirió en verso, como Juan Larrea. Fue Juan Larrea quien encontró por casualidad la revista francesa tirada en una redacción y se topó allí con ese trozo de *Tentativa*, que publicó más tarde. Le envió a Neruda un ejemplar. Y éste le respondió que era el primer poema suyo que se publicaba en Europa. En rigor, Larrea y su amigo el poeta peruano César Vallejo conocían *Crepusculario* y *Veinte poemas*, los cuales, a su juicio, eran libros hermosos, pero prescindibles, por su aire decididamente romántico, cosa que, según su filosofía poética, constituía un desmedro. *Tentativa* sí que les llamó la atención, hecho que valida o invalida el reiterado reclamo del autor de que es su libro más inadvertido, aunque señala su transición hacia una nueva estética. En las provincias de España se registraba más de algún nerudiano entusiasta. Fernando de la Presa, que había viajado por el Caribe y América del Sur, incluso por Chile, inaugura en 1927 una librería en Oviedo y le propone a Gerardo Diego que lo ayude a presentar a Neruda en España. Un día Carlos Morla Lynch le muestra a Diego en su casa de Madrid la primera edición de *Residencia*, aquella de Nascimento, en formato tan grande que no cabía en los casilleros de la estantería. Debía venir como visita, también, Federico García Lorca, quien, y no por primera vez, dejó plantados a los dueños de casa.

Llegó noches más tarde, y en esa casa Federico, que bien sabe don Manuel de Falla sus vínculos con la música, se quedó pasmado escuchando tocar el piano a un compatriota de Neruda llamado Claudio Arrau. Gerardo Diego vio al poeta en cuanto llegó a España. Pronto le cayó del cielo un viaje a Filipinas.

Neruda le dio consejos de experto para que afrontara su viaje por esas latitudes cálidas y le obsequió un traje de hilo blanco, que adaptó a su cuerpo, bastante más delgado que el de un Neruda que había engordado veinte kilos. Como brújula en el Oriente, le facilitó, además, un libro francés de viajes del siglo XIX por los océanos Índico y Pacífico.

Seducido por la sonoridad metálica de la lengua catalana, por la inteligencia de tantos que la manejan y hablan a la vez el castellano con un perfil fuerte como el hierro y nítido como el agua, en Barcelona, adonde llega el 5 de mayo de 1934, se relaciona con escritores y poetas. Es la hora de la represión en Asturias, del Bienio Negro, que se extiende por toda España como un manto de plomo, bajo cuya cubierta se agita un caudal

tormentoso. Conoce gente de la Ezquerra catalana, socialistas, comunistas, y se topa con más de algún anarquista que por aquel tiempo ejercen una perceptible influencia. Trata de leer poesía catalana.

59. *Dos cónsules singulares*

Debe dedicar algún tiempo a sus labores consulares. A menudo toma el teléfono, un aparato que se populariza en Europa, y habla con el cónsul de Chile en Madrid. La conversación versa sobre asuntos funcionarios puntuales, pero en la mayoría de las ocasiones deriva hacia la mutua y sabrosa comunicación de noticias, informaciones o digresiones acerca de personas o libros, que Neruda escucha con deleite. Porque al otro lado del teléfono no le está hablando propiamente el cónsul de carrera, sino Gabriela Mistral. No es el destino, sino una mano tutelar invisible que dirige a veces ciertas designaciones, en materias tan concretas, la que ha producido la conjunción astral de dos grandes poetas chilenos en el firmamento consular de España. Cumplen con su deber burocrático, pero se permiten muchas escapadas y licencias para tratar el negocio común del alma, en succulentos coloquios telefónicos o cara a cara, donde ambos disfrutan el uno del otro con un espíritu voluptuoso, como maravillados por la posibilidad de charlar a sus anchas sobre poesía y otras especialidades de la casa. Se sienten muy amigos. No hay pequeñez en esa relación entre la mujer grande y el hombre grande. Para ellos rige la teoría nerudiana de los elefantes. Pueden coexistir en los dos consulados, en un mismo país, en un mismo cuarto, sostener amenos o sustanciosos diálogos, porque en la selva de la buena amistad reina la paz y la fraternidad entre dos poetas.

Como sucede en los filmes de aventuras, el cielo parecía sereno hasta que un día lo partió un rayo. Truenos y centellas, intrigas y maldiciones llueven sobre la cabeza de Gabriela Mistral. *El Mercurio* publica alguna crónica que sirve como cabeza de proceso. Se la acusa de que habla con desparpajo y opina con una libertad incompatible con sus responsabilidades consulares. Por naturaleza, ella es franca y punzante. Murmuran o pontifican que su amor a la verdad dicha en voz alta seguramente ha herido al país en que está acreditada. La sentencia es inapelable: debe abandonar España.

El episodio contribuye a aumentar su desconfianza. Envuelve una injusticia y significa no entender nada de su acercamiento visceral al país, patentizado en sus *Recados*. Su libro *Materias* empieza diciendo: "Me despierto en el nocturno de Barcelona a Madrid, a la exclamación amiga de '¡Vamos atravesando Castilla!'", Sus ojos vienen cargados de Mediterráneo catalán, con el color índigo y solar, y le cuesta habituarse a ese paisaje a ratos de ceniza, a ratos "cobre de yelmo viejo". Allí dice que no se puede fundar condescendiendo con los hombres, sujetando el impulso. Ella se negaba a hacer una obra pálida hasta la muerte, que no aprovechan "ni Dios, ni el Diablo". Este rasgo de su carácter explica también el incidente que la obliga a salir por la ventana, dejando Madrid y España. A ella, que parte tan campanante hacia Ávila, persiguiendo amorosamente a Santa Teresa, secreteándose con ella, porque las acercan el temperamento y la estrofa. La seducen Segovia, los pueblos de la Península. Quiso a Barcelona, pero le da un poco de miedo.

Los viajeros hispanoamericanos —constata— se sienten muy bien en Barcelona, que es muy ciudad, en el terrible sentido que ha dado a la palabra Nueva York. Pero yo ando por las ramblas con la nostalgia de las ciudades viejas, en cuanto me salta el mar al fondo de las avenidas, digo: "Hoy vamos a Mallorca." [...] Me dicen los amigos barceloneses: "Mirar rápidamente Palma, e irse a descansar a Valdemosa." Recibir bastante azul de Mediterráneo en los ojos, que se los va a quemar en Castilla.

Castilla la obsesiona más por el hombre seco que por la tierra seca. No hay aquí la sensualidad de Sevilla. Le trae a las mientes la cabeza pelada del norte de Chile. La asocia al pasto que le faltaba en la "desventurada Antofagasta". Sin embargo, sería un simplismo —aclara— achacar la desolación de Castilla sólo a la índole castellana: "Existe el latifundio, que constituye en cualquier parte causa de abandono forestal; ha existido el latifundio español, padre del nuestro, y que si en América no mató, como aquí, la belleza del suelo, es porque la tierra se repuebla sola y es opulenta a pesar de sus calamitosos dueños". Confiesa, casi ruborosa, que su sentimiento por España más que pasión es ternura. Una mujer que habla así quería lo que llama "esa España nuestra", de la cual, con malas artes, fue forzada a partir de la noche a la mañana.

G. Mistral se va a servir al consulado en Lisboa y Neruda parte al de Madrid, el 3 de febrero de 1935. Allí lo recibe un escritor chileno, hombre de entraña pura, Luis Enrique Délano, quien había hecho muy buenas migas con Gabriela Mistral. Fue un alegre reencuentro. Pablo estaba feliz con sus amigos, era desgraciado en su matrimonio y, seguramente, más desgraciada era Maruca. Las desavenencias no siempre implican un corte total en las relaciones conyugales. Poco antes se ha producido un acontecimiento que augura dichas y él ha esperado durante años. Desmentirá su recitadísimo poema "Farewell": "Desde el fondo de ti, y arrodillado./ un niño triste como yo nos mira./ Por esa vida que arderá en sus venas/ tendrían que amarrarse nuestras vidas.../ Yo no lo quiero, Amada./ Para que nada nos amarre/ que no nos una nada..."

Ahora el caso es el inverso. Posiblemente su mujer no es ya la amada. Sin embargo, él quiere un niño. Éste nace el 18 de agosto de 1934. Es una hija. Anuncia a todo el mundo gozoso y eufórico el acontecimiento. Imprime tarjetas que manda a tres continentes dando parte del suceso. Allí comunica que ella se llamará Malva Marina, porque sumará la flora preciosa al signo oceánico de su padre.

El hecho produce revuelo entre los amigos. Es el acontecimiento esperado. ¡Ha nacido Malva Marina Trinidad! El más jubiloso, García Lorca. Jubiloso, apenado y secreto. Tan secreto que se va a casa y escribe un poema que —a excepción de unos pocos, el dolorido padre entre ellos— sólo va a ser conocido cincuenta años después, titulado "Versos en el nacimiento de Malva Marina Neruda". Poesía de blanco y negro. Pesarosa porque la muerte espía su alumbramiento y meció su cuna. Salió prematura y al nacer estuvo a punto de morir. Federico hace un conjuro para que viva, versos de magia blanca, invocación para la salvación del cuerpo y el alma de una recién nacida:

Malva Marina ¡quién pudiera verte
delfín de amor sobre las viejas olas
cuando el vals de tu América destila
veneno de sangre de mortal paloma!
¡Quién pudiera quebrar los pies oscuros
de la noche que ladra por las rocas
y detener al aire inmenso y triste
que lleva dalias y devuelve sombras!

El poeta murió antes que la niña. Tal vez pensó que habían sido oídos los votos que formuló como mago benéfico. Para él era ella chilena de padre, javanesa de madre, española de nacimiento.

El Elefante blanco está pensando
si te dará una espada o una rosa;
Java, llamas de acero y mano verde,
el mar de Chile, valsés y coronas.
Niñita de Madrid, Malva Marina,
no quiero darte flor ni caracola;
ramo de sal y amor, celeste lumbre
pongo pensando en ti sobre tu boca.

Él no pudo salvarse. Y no pudo salvarla. No se supo de su existencia hasta que la familia de Federico puso orden en sus papeles inéditos y descubrió esa poesía ignorada. El 12 de julio de 1984, conmemorando los ochenta años del natalicio de Neruda, el *ABC* de Madrid publicó la primicia. Comentando el hallazgo, Luis Enrique Délano, pocos días antes de poner término a su largo segundo exilio —el primero lo compartió con Neruda— evocó en México a Malva Marina. “La recuerdo como a una niña pálida, de cabellos y ojos oscuros, como los de Neruda. ¿Los rasgos nórdicos de su madre no se reflejaron en ella? Pensándolo bien, quizás la forma de la cara era la de Maruca. La recuerdo en su cuna y en el cochecito en que su madre la llevaba al parque, al Parque del Oeste, que era el que quedaba más cerca de la Casa de las Flores —una especie de Edificio Condesa del Madrid de esa época—, donde vivía la familia Neruda... No hablaba, solamente miraba con sus ojos grandes y dulces, como asustados. ¡Y cantaba! Su madre, que era muy entonada, le había enseñado a cantar y la niña seguía la melodía de las canciones también con muy buen oído.”

Como se ha dicho, hubo problemas desde el momento mismo del parto.

Pocos días después perciben con espanto que algo en la criatura no funciona normalmente. Más tarde escribe a don José del Carmen Reyes una carta donde el ánimo se debate entre la tristeza y la esperanza: “No me he apresurado a comunicarle la noticia porque todo no ha andado muy bien. Parece que la niña nació antes de tiempo, y ha costado mucho que viva... La niña es muy chiquita, nació pesando sólo dos kilos cuatrocientos gramos, pero es muy linda, como una muñequita, con ojos azules

como su abuelo, la nariz de Maruca, por suerte, y la boca mía... Por supuesto que la lucha no ha terminado aún, pero creo que se ha ganado ya la mejor parte, y que ahora adelantará en peso y se pondrá gordita pronto”.

Se da ánimos, que los médicos desautorizan. El diagnóstico no puede dejar de reflejarse en su poesía. Ella, a menudo, asume el carácter de una autobiografía recurrente donde confesará por vía indirecta la penosa situación que lo aflige. Es verdad que las referencias se hacen crípticas, ambientales, requiriendo tal vez, a ratos, un código que las traduzca, pero en ciertos momentos asoma la verdad en toda su trágica transparencia. Los poemas de la segunda *Residencia*, “Melancolía en la familia”, “Maternidad”, “Enfermedades en mi casa”, “Oda con un lamento” contienen la cristalización poética del drama que estremece el hogar.

Se esparce un olor a alcanfor. Hay una copa trizada, un comedor abandonado. Él llega de la calle lleno de lodo y muerte. Pero lo más terrible es el comedor abandonado, y el que se sienta a escribir está triste. Desgracias en la casa, sollozos. Pide que la madre oscura lo hiera con diez cuchillos en el corazón. Implora por el tiempo claro, por la primavera sin cenizas.

Tenía el ansia de la paternidad. La recibió como una sensación anhelada e inefable. Ahora lo cubre la niebla, no hay “nada más que llanto, porque sólo sufrir, solamente sufrir, y nada más que llanto [...] Las raíces de un árbol sujetan una mano de niña [...], sube sangre de niña hacia las hojas manchadas por la luna, / y hay un planeta de terribles dientes / envenenando el agua en que caen los niños, / cuando es de noche, y no hay sino la muerte, / solamente la muerte, y nada más que el llanto”. “Enfermedades en mi casa” es un poema desgarrante. “A quién pedir piedad por un grano de trigo?” Conjura todo lo que es más suyo para que venga en su auxilio en dicho trance:

Ayudadme hojas que mi corazón ha adorado en silencio,
ásperas travesías, inviernos del sur, cabelleras
de mujeres mojadas en mi sudor terrestre,
luna del sur del cielo deshojado,
venid a mí con un día sin dolor,
con un minuto en que pueda reconocer mis venas.
Estoy cansado de una gota,
estoy herido en solamente un pétalo
y por un agujero de alfiler sube un río de sangre sin consuelo,
y me ahogo en las aguas del rocío que se pudre en la sombra,

y por una sonrisa que no crece, por una boca dulce,
por unos dedos que el rosal quisiera
escribo este poema que sólo es un lamento,
solamente un lamento.²²

Poema de amor a su hija. Se disculpa ante ella por sus desgracias. "Sólo puedo quererte con besos y amapolas." Subraya un signo funesto pintado en su frente. "Hay mucha muerte, muchos acontecimientos funerarios/ en mis desamparadas pasiones y desolados besos..."

Ven a mi alma vestida de blanco, con un ramo
de ensangrentadas rosas y copas de cenizas,
ven con una manzana y un caballo,
porque allí hay una sala oscura y un candelabro roto,
unas sillas torcidas, que esperan el invierno,
y una paloma muerta, con un número.

La niña padecía de hidrocefalia. No podía resistir la luz. Vivía encerrada en un cuarto a oscuras. Era una pequeña mongólica condenada a la invalidez y a un fallecimiento temprano.

El infortunio no unió a un matrimonio desavenido, sino que lo quebrantó para siempre.

El poeta, que había vertido su dolor en la poesía, con una terrible elocuencia sin nombre, pero donde todo era diáfano e inteligible, después del lamento pasó al silencio. El silencio no es necesariamente el olvido. Neruda siguió llevando adentro esta pena mientras vivió, pero ella no era para conversarla. Se le convirtió en un dolor mudo, que los años fueron tranquilizando sin borrarlo.

Tal vez todo su matrimonio fue un error. Lo dirá apenas y muy de paso en su poesía. Hecho revelador: este hombre que en algún sentido inmortalizó largamente a través de su verso a mujeres anodinas o sobresalientes, que calzó a sus Cenicientas el zapato de la Reina que vuelve y revuelve a la evocación de sus amores, reiterándolas en distintas formas a través de diversas épocas, no aparece dedicando ningún poema de amor a su primera esposa. Muy extraño. Probablemente los escribió, pero no se conoce ninguno. Muchos años después, en la hora de su poesía otoñal, se pregunta con sesgo autocríticamente desencantado:

Para qué me casé en Batavia?
Fui caballero sin castillo

improcedente viajero
persona sin ropa y sin oro
idiota puro y errante...²³

61. ¿Hormiga o vecina?

Una noche, en Roma, en el taller del pintor español José Ortega, próximo a la Piazza del Popolo, en una de esas reuniones que Rafael Alberti sabe convertir en sesión de magia, me comunica como para dejarme patitieso:

—Yo conocí a la Hormiga, antes que Pablo. En París —me aclara—. Fue en uno de los hermosos barrios, donde vivía Victoria Ocampo, directora de la revista *Sur*, mecenas y escritora argentina. Iba yo con unos poemas en el bolsillo, porque ella me los había pedido. Un jardín separaba la verja de la casa de gente rica. Toqué el timbre hasta que por fin vino alguien a abrirme. No era un criado de librea, no era el chofer, el jardinero, ni la cocinera; era una mujer madura, radiantemente joven, con un andar de baile y una desenvoltura de conquistadora natural del mundo. Y también de los hombres, pensé para mí mismo. Le pregunté por Victoria Ocampo. “No está”, me dijo. Tal vez vio un gesto de sorpresa en mi cara y me consoló con la gracia de una sonrisa y de una frase muy corta: “Pero estoy yo”. Me invitó a pasar. Me dije para mis adentros: esta mujer debería vivir en España. Se lo propuse. Ella respondió: “En este momento no tengo dinero”. “Por eso mismo”, insistí: “España es más barata que Francia”. Traté de entusiasmarla. “Tendrá allá muy buenos amigos”. Al poco tiempo tocaba a mi puerta en Madrid. Se incorporó a las tareas de los intelectuales republicanos en aquella época.

Cuando Gabriela Mistral, atrapada en una red de intrigas, cesó en el cargo de cónsul en Madrid y la reemplazó Neruda, éste fue recibido con el corazón abierto por el núcleo de poetas y artistas en que actuaba Delia del Carril. El flechazo fue instantáneo.

En ese momento esta mujer irresistible tiene cincuenta años. Ha vivido una existencia singular. Le oí contar que, durante la última década del siglo XIX, en los inviernos argentinos de su infancia, la familia, el padre, opulento ganadero; la madre, vinculada al ambiente cultural bonaerense; los trece hijos, tomaban en el puerto el vapor, como entonces se decía, para viajar

a Europa. Escenas de Fellini en *E la nave va*. La familia del Carril viajaba con vaca propia en las bodegas, a fin de asegurar a los niños leche fresca durante la travesía. Llegaban en París a un hotel enorme que ese corro de chiquillos inquietos convertía en un pandemónium. Entonces los padres los internaban en algún colegio de categoría. Delia no olvidaba las monjas francesas. Pero sueña con volver a la estancia en la pampa. De niña, su pasión fueron los caballos: trotarlos, galopar. Eran los reyes del campo, seres libres, corredores, amigos, nobles, bellos. Se dedicará a pintarlos. Es, por otra parte, artista plástica de sólida formación técnica que estudió con Fernand Léger. Años después se convertiría en la primera caballista en la pintura latinoamericana contemporánea. Los caballos de su infancia son su tema exclusivo. Tanto, que los ha convertido en seres humanos.

Antes de la Primera Guerra Mundial la niña se casó con un sofisticado play boy argentino. Era una pareja de animales hermosos que cultivaba la extravagancia. Si las lunas de miel son para hacer el amor, la suya debía ofrecer cierta despampanante originalidad que la hiciera única y diera que hablar en el cotarro de Buenos Aires: el lugar de los sucesos. Escogieron Alaska en los tiempos de la fiebre del oro.

El joven marido era un artista en la tortura mental, discípulo de Maquiavelo y del Marqués de Sade, que aplicaba su diabólica sabiduría en la eliminación de la voluntad de su mujer y en un malévolo talento para enemistar entre sí a sus amigos. La pareja compró un castillo en las Baleares. Entre París y la isla, se consumían en una vida de recepciones y escándalos, salpicados por disputas constantes. Ella se sentía enferma a morir, el "mal del alma" del siglo XIX, pero no tenía fuerzas para romper el vínculo. Estaba hecha una ruina. Un día llegó a París Ricardo Güiraldes, casado con su hermana Adelina. Vio todo el cuadro... Su cuñado la tomó del brazo y le dio una orden: "Tú te vuelves conmigo a la Argentina". De regreso en la patria, en medio de su familia, fue restableciéndose. El ocio era su enemigo. Cantaba como los ángeles y estudió con Ninon Valin y Madame Batori. Se programó su primer concierto ante un teatro repleto. Apareció en el escenario y la voz no le salió. Nueva catástrofe. Trauma. En centenares de desparramadas reuniones y fiestas en su casa, cuando vivía con Pablo, cantaban todos, los que sabían y los que no sabían, pero Delia nunca se sumó a esos desafinados coros.

Volvió a París a proseguir sus estudios de pintura, a retomar sus contactos con el mundo de la revolución estética, que le era familiar. Picasso, Juan Gris, los surrealistas, empezando por

Aragon. Allí sostuvo aquella conversación con Alberti, proponiéndole que se fuera a España, a vivir la vida de la República. Esta aristócrata de origen había ingresado en el Partido Comunista. Desde entonces fue siempre una militante, políticamente enterada de todo, de visión y perspicacia. Esto tiene una significación ulterior, porque será pronto maestra y orientadora de un Neruda de enorme sensibilidad ante el problema social, pero por aquel entonces bastante inexperto. Al magisterio político de Rafael Alberti se sumará el de Delia del Carril. Así, la definición civil llegó al poeta también por la vía de la amistad y del amor.

Delia hacía traducciones para la prensa del Partido y estudiaba en la Academia de San Fernando. El trauma de aquel primer concierto fracasado, que le impidió para siempre cantar sola en público, parecía superado en España, en medio de ese ambiente inspirado y bullicioso que la llevó pronto hasta el Coro Obrero. (Neruda no tenía oído, pero le seducían las cantantes, tuvieran éxito o no. Amiga de toda la vida fue Blanca Hauser, temucana, que llegó a cantar como nadie en Chile "El sueño de Elsa" de Wagner; luego, la Hormiga, cantante muda; más tarde, Matilde, que hasta que se encontró con él se había ganado la vida cantando.)

Delia estaba en todas partes haciendo cosas del espíritu. Tan activa era que le dieron el apodo de "la Hormiga", denominación que ella aceptó halagada. "Me parecía a ellas —decía— porque llevaba una carga más grande que mi cuerpo." Neruda, después, le dio otro alias: La Vecina. Era gracioso y atinado. Por su carácter y sensibilidad, ella se movía como un pez en el agua en todo lo que fuera sociabilidad, contacto humano, arte, política, diplomacia; pero no estaba hecha para los minúsculos y absorbentes menesteres de la vida cotidiana. Reinaba fuera de la cocina, mundo que no comprendía ni le interesaba. Ella, como Pablo, heredó de su padre el culto de la mesa llena de invitados. Convidaba también a medio mundo, pero no concebía preocuparse de la comida. Muchas veces Neruda tuvo que asomarse entre las ollas vacías, mandar a última hora a los amigos a comprar provisiones, ideando movimientos rápidos que permitieran salvar la emergencia y atender a los huéspedes. Él la veía como vecina que pasa todo el día en la casa de al lado conversando de manera deliciosa y a veces profundamente, sin darse cuenta de los problemas menudos. Transportada por su ardor revolucionario, por su pasión política e intelectual, su reino eran los problemas grandes, la salvación del mundo. Tal vez fue esa calidad del espíritu, el ímpetu de la inteligencia, esa fuerza interior, ese fervor por los

valores superiores, lo que lo fascinó en ella. Era una mujer distinta a todas las que había conocido. Tenía un atractivo inconfundible. Irradiaba como una luz, fina y fuerte; despedía una simpatía que lo trastornó completamente.

Vigilaban el romance los ojos tristes y escrutadores de Maruca. Delia sabía ser punzante y la gratificó con apodosos agudos y crueles. El amor por Pablo se apoderó de Delia de un momento a otro. Percibió en él al poeta al cual ella podría empujar a vuelos más altos. Se entregó a su sentimiento sin pensar que tenía veinte años más que él. Tal vez haría en cierto momento el papel de la madre que perdió al nacer. Quizá podría refinarlo, porque era un joven de treinta años mal educado en tabernas, criado en un rincón marginal del globo, que reventó de soledad en lejanísimas islas del Asia suroriental y solía decir palabrotas. Le vendría bien cepillar esa madera en bruto, darle un poco de roce, cierto pulimiento en la expresión y los modales, más mundo; pero, sobre todo, hacerlo verdaderamente consciente de su responsabilidad, no ante la poesía, cosa que al parecer había tenido siempre, sino ante los hombres y los pueblos. Sin embargo, este plan pedagógico era adicional. El ímpetu que le salía de adentro como la fuerza de un huracán era el amor. Y se entregó a él sin reservas ni falsos escrúpulos. En el hecho se fue a vivir a casa de Neruda. Aunque Pablo pusiera cara de susto, se le metía en la cama, creando situaciones imposibles ante la presencia trémula y desconfiada de una esposa que veía invadir tan descaradamente sus dominios, por otra parte ya perdidos hacía tiempo.

Delia llevó todo tan a la ofensiva y sin tapujos, que vino la ruptura del matrimonio. Pablo y Delia comenzaron a vivir juntos abiertamente. Se casaron en México en 1943, en un matrimonio que no fue reconocido por la ley chilena.

En el fondo, ella se sentía la Protectora. Muchos años después de separados repitió por enésima vez que Pablo era un niño. "Mejóro mucho su salud —decía— porque yo me preocupé. Nació de una madre que murió de tuberculosis a meses de nacer el niño. El pequeño se gestó en un cuerpo enfermo." Ella debía preocuparse de ese niño de treinta años, que jugaba, le gustaban los circos, los disfraces, quería a sus amigos que actuaban como equilibristas, arriesgando la vida sobre una línea imaginaria en el suelo. Las reuniones estaban llenas de bromas.

En un café de Madrid, se vistió de mozo, se puso bigotes y barbita, delantal blanco, e irrumpió con los platos tambaleantes en una fiesta de alto copete. Delia temblaba, pero al mismo

tiempo se moría de la risa. Ella no participaba de esos juegos. Era capaz de celebrar la travesura, pero estaba allí también para poner un límite al desatino.

Dentro de esa pareja, Delia se consideraba la persona seria y alegre a la vez. Porque, de repente, Pablo se ponía antipático. Se volvía de hielo. Ella tenía que disolverlo y volverlo al hombre agradable. Cuando ella tiene noventa y cinco años le preguntan qué le llamó la atención en él. Contesta: "Nunca me llamó la atención. Sentía enternecimiento por él. El pobre Pablo pasó una vida tan ajustada". Tal vez nunca para ella dejó de ser un muchacho, "un muchachito recién llegado de Temuco".

El muchachito llegaba a casa y se ponía a escribir como un alumno bien aplicado. La maestra era ella. Luego le mostraba la tarea. Decía que Delia era su censor más severo. Y, efectivamente, le hacía observaciones críticas. En cierta ocasión le propuso un trato deshonesto: que ella le rehiciera un verso. Le replicó si estaba loco. Cómo iba a corregirle ella lo que él escribía.

Neruda vio en una vitrina de Madrid un velero de juguete y, como un chico que pide un regalo preciso a su mamá, le insistió en que se lo comprara. La acompañó a la juguetería León Felipe, que como buen Quijote español y poeta trascendente, cuando supo de qué se trataba, se volvió un estupendo energúmeno. ¡Cosas de niño chico...!, gritaba. Delia a Neruda lo llamaba el *arriéré mental*. Pablo se hacía el desentendido. Y Delia, entonces, traducía al castellano: atrasado mental... Cuando Louis Aragon y Elsa Triolet escucharon la expresión, se la reprocharon. Pero después, Louis, entre broma y broma, comenzó también a usarla. La debilidad de Pablo por ciertos objetos, su pasión por los caracoles, las mariposas, los mascarones, los organillos viejos, los zapatos descomunales, las bayaderas hindúes, los caballos de cartón, todo esto, para Hormiga, era una prueba de su ingenuidad, de una pureza infantil que no lo abandonó nunca, aunque en materia de conocer a los hombres y juzgar las situaciones yo nunca conocí un hombre menos cándido que el poeta.

Con la distancia de las separaciones y del tiempo, cuando se le pregunta a Delia si le gustaba ese rasgo del carácter de Neruda, ella responde que a todos les gusta que un grandote, un hombrón, conserve esa condición de niño. Todos los hombres lo tienen, añade.

Ella debía educar al niño grande. Su conversación era predominantemente política, le abría los ojos. "Delia es la luz de la ventana abierta a la verdad." Pero, más que la pedagogía de Delia, eran el ambiente y los hechos de España de ese tiempo

los que daban al poeta diariamente clases en dicho campo, que lo apasionaban inmensamente.

Delante de Delia, con aire de misterio, Neruda se dirigía a nosotros para preguntarnos algo parecido a una adivinanza: "¿Dónde nació la Hormiga?". "En Argentina", era la respuesta de cajón. "No, no nació en Argentina." El grupo de los amigos, falsamente intrigados, preguntaba entonces, según la liturgia del juego: "¿Dónde, entonces?". "Pregúntenle a ella", respondía. "¿Dónde nació usted, Hormiga?" "En Brasil." "Pero ¿en qué ciudad?" "En una ciudad del sur." "¿Cómo se llama?" "No sé." "¿Cómo no va a saber?" "No me acuerdo." "¿Cómo se puede olvidar una cosa así?" Seguía el interrogatorio, y la payasada terminaba diciendo Pablo: "La Hormiga no lo quiere decir porque nació en Pelotas". Delia se quedaba seria y le reprendía con el dedo, como una mamá: "Pablo, si usted se viera en un espejo la cara que pone cuando dice palabras feas, nunca más las diría."

62. *Perros y poetas*

Historias de perros unían a los dos poetas. Alberti las recuerda. En una noche de niebla, a través de la cual Madrid casi no se veía, Pablo encontró en la calle un perro herido. Lo llevó a su casa, pero no tenía terraza. La casa de Alberti, sí. Llamó por teléfono a su *confrère*. "Tráemelo", le dijo. "¿Cómo lo vamos a llamar?" "Llamémoslo Niebla."

Niebla, según Alberti, lo acompañó todo el tiempo de la guerra y se portó como un soldado. Aguantó los bombardeos. En uno de ellos le cayó un pedazo de vidrio y sangró. Cuando el ejército de Franco estaba por entrar en Madrid, el perro partió con la familia y mucha gente más, evacuado al Levante. Al quedar rodeado el frente en Castellón de la Plana, el perro no pudo volver con la suegra de Rafael, y él cree a pie juntillas que fue hecho prisionero y fusilado.

Los dos poetas compartían la pasión perruna. Diez años más tarde, en casa de Neruda en Santiago, éste le hablaba de Calbuco, el gran perro que había traído de las orillas volcánicas del lago Esmeralda. De Chufái, que poseía una característica bien definida, según Neruda: morder a todos los ingleses que encontraba en su camino. Tenía de nuevo un perro llamado Kuthaka, en memoria de aquel que le salvó de morir arrollado por el tren en Ceilán. El recorrido por la tierna memoria de los perros ocupó

un trecho en ese 7 de noviembre de 1936, cuando Pablo le llevó a la Alianza de intelectuales para que publicara en *El Mono Azul* su "Canto a las madres de los milicianos muertos", según su juicio, el más solemne de los poemas producidos por la guerra española. Después, como sacándose el sombrero, ambos recordaron a sus "perros de la guerra y de la paz de aquellos años maravillosos y terribles".

63. *La buena acogida*

Neruda anda por España como Pablo por su casa. Es uña y carne con los nuevos poetas, empezando por García Lorca y Rafael Alberti, y terminando con el más joven, el pastor de cabras Miguel Hernández.

Pero ni la vida es lineal ni en el ambiente literario las aguas corren en una sola dirección. España literaria de la alborotada década del treinta registra asimismo la generación de poetas parricidas, dispuestos a asesinar a sus padres, aunque los jóvenes, junto con declarar las hostilidades contra poetas mayores, se reconocen en otros precursores válidos. Están de pie, escribiendo en ese momento, los grandes viejos: Miguel de Unamuno, Antonio Machado, Juan Ramón Jiménez. Luego elevan sus nombres Jorge Guillén, Gerardo Diego, Pedro Salinas, Federico García Lorca, Rafael Alberti y Vicente Aleixandre, piedras miliars de la poesía más nueva. Son todos poetas distintos, con afinidades de sensibilidad y de trato, y con diferencias polémicas entre algunos de ellos.

Neruda cae en la casa matriz del español en un instante crítico y de debate. Mudaba el calendario político. Se conservaba la hora antigua en numerosas esferas poéticas, pero otras andaban con el reloj adelantado.

Percibe claros signos de renovación literaria y de florecimiento de la poesía. La Revolución Estética, desde un París muy cercano y muy lejano, proyectó sobre las letras españolas nuevas inspiraciones, incluso rupturas surrealistas. Sin embargo, la mayoría cultiva todavía la poesía como un jardín, respeta la estrofa, observa la rima y aspira a la precisión.

La carta credencial con que Neruda desembarca en la Península es una *Residencia* que equivale a una marea oscura donde la expresión resulta con frecuencia un enigma ambivalente y huidizo.

Él mismo sabe que el ámbito hispánico le enseñará algo. Cuando se cerró ese episodio de su vida con la derrota de la República, reconoció en una conferencia que dio en el Teatro Mitre de Montevideo, el 24 de marzo de 1939, lo que debía a España y lo que los latinoamericanos podían aprender de su literatura: "Comprendí entonces que a nuestro romanticismo americano, a nuestra fluvial y volcánica construcción, hacía falta esa primera alianza que en España, antes de esta guerra terrible, vi a punto de realizarse, juntándose el misterio con la exactitud, el clasicismo con la pasión, el pasado con la esperanza".

Neruda tuvo de entrada, ante el público español, el más generoso y autorizado introductor, el más popular de los poetas. Federico García Lorca lo presenta en una conferencia-recital en la Universidad de Madrid, el 6 de diciembre de 1934. Sus palabras son el texto visionario perfecto. Aplicadas entonces a Neruda, bien podrían valer no sólo para lo mejor de la poesía latinoamericana, sino también —como la trompeta de un heraldo— para profetizar lo más penetrante de su novela, que se ganará al lector español y europeo con los nombres rutilantes que aparecen en la década del cincuenta.

Y digo que os dispongáis para oír a un auténtico poeta de los que tienen sus oídos amaestrados en un mundo que no es el nuestro y que poca gente percibe —empezó diciendo García Lorca—. Un poeta más cerca de la muerte que de la filosofía; más cerca del dolor que de la inteligencia; más cerca de la sangre que de la tinta. Un poeta lleno de voces misteriosas que afortunadamente él mismo no sabe descifrar; de un hombre verdadero que ya sabe que el junco y la golondrina son más eternos que la mejilla dura de las estatuas... Pero no todos estos poetas tienen el tono de América. Muchos parecen peninsulares y otros acentúan en su voz ráfagas extrañas, sobre todo francesas. Pero los grandes, no. En los grandes cruje la luz ancha, romántica, cruel, desorbitada, misteriosa, de América. Bloques a punto de hundirse, poemas sostenidos sobre el abismo por un hilo de araña, sonrisa con un leve matiz de jaguar, gran mano cubierta de vello que juega delicadamente con un pañuelito de encaje. Estos poetas dan el tono descarado del gran idioma español de los americanos, tan ligado con las fuentes de nuestros clásicos, poesía que no tiene vergüenza de romper moldes, que no teme al ridículo y que se pone a llorar de pronto a la mitad de la calle.²⁴

Neruda había pasado unos días por Madrid el año 1927, en su viaje al Oriente. Nadie pareció percatarse de su presencia.

Siete años después es recibido en triunfo. Él mismo cuenta que *Residencia* era aclamada en forma extraordinaria. En España recuperó la confianza en sí mismo. Se convenció de que su obra era un organismo vivo, hecha por un hombre que había trabajado duro, caminándose, exigiéndose por dentro, como en Chile los mineros del carbón lo hacen a miles de metros bajo el mar, y cuando emergen a la superficie salen con cierta sustancia. Sólo que en este caso su poesía era tan personal como sus lágrimas.

Advierte que asoma en la primera línea una generación de poetas que estima tan brillante como la del Siglo de Oro. Subraya que él mismo ha arribado en un momento propicio único: un americano anhelante veía nacer la República, en el país que durante tres siglos mantuvo colonizada gran parte de su continente. No es que mucha gente lo esperara cuando bajó del tren. Había en la estación una sola persona, con un ramo de flores en la mano: Federico García Lorca. Bastaba y sobraba.

Compara la acogida que le dieron los poetas jóvenes de España con las dificultades que le hicieron padecer en Chile, con el aislamiento letárgico en Rangún, Colombo, Java. Y lo confiesa sin rubor: se sintió feliz. Los poetas españoles fueron generosos con él. Cuando salió la revista *Caballo Verde para la Poesía*, impresa por Manolo Altolaguirre, decidieron que la dirigiera Neruda.

Tal acogida ha quedado estampada en la edición de "Cantos materiales" de *Residencia en la Tierra*, que se corona con una dedicatoria-homenaje a Pablo Neruda, ejemplo excepcionalísimo de desprendida grandeza en el mundo literario. El texto es pródigo en reconocimientos. Quienes lo suscriben figuran en la historia de la poesía de la lengua.

Chile ha enviado a España —expresa— al gran poeta Pablo Neruda, cuya evidente fuerza creadora, en plena posesión de su destino poético, está produciendo obras personalísimas, para honor del idioma castellano. Nosotros, poetas y admiradores del joven e insigne escritor americano, al publicar estos poemas inéditos —últimos testimonios de su magnífica creación— no hacemos otra cosa que subrayar su extraordinaria personalidad y su indudable altura literaria. Al reiterarle en esta ocasión una cordial bienvenida, este grupo de poetas españoles se complace en manifestar una vez más y públicamente su admiración por una obra que sin disputa constituye una de las más auténticas realidades de la poesía española: Rafael Alberti, Vicente Aleixandre, Manuel Altolaguirre, Luis Cernuda,

Gerardo Diego, León Felipe, Federico García Lorca, Jorge Guillén, Pedro Salinas, Miguel Hernández, José A. Muñoz Rojas, Leopoldo y Juan Panero, Luis Rosales, Arturo Serrano Plaja, Luis Felipe Vivanco.

64. Afinidades

Muchos coinciden en que la llegada de Neruda a España es equiparable a la de Rubén Darío cuarenta años antes. ¿Influyó sobre la poesía española? Seguramente, sí; no en el sentido de volverla nerudiana, sino de echar a andar por nuevas vías. Todos fueron sus amigos; casi ninguno su discípulo. A alguno el poeta de treinta años le tendió la mano como un colega maduro. Fue el caso de Miguel Hernández. Lo conmovió este joven silvestre cara de "patata recién sacada de la tierra", que llegaba hasta él con "un olor a Fray Luis, a azahares, al estiércol quemado sobre los montes...", y que "traía en la boca un ruiseñor".

Miguel Hernández venía de Orihuela y del círculo que giraba en torno a Ramón Sijé, el editor de la revista *El Gallo Crisis*, de pensamiento neocatólico. Neruda le da su opinión francamente: "Querido Miguel, siento decirle que no me gusta *El Gallo Crisis*. Le hallo demasiado olor a iglesia, ahogado en incienso... Ya haremos revista aquí, querido pastor, y grandes cosas".

Miguel cambia. Rompe con Sijé, con *El Gallo Crisis*. En una carta a un amigo se trasluce su amistad, su afecto y su preocupación por las angustias familiares de Neruda. Le confía a Juan Guerrero, a quien manda "ese homenaje que los poetas españoles hemos hecho al gran poeta chileno": "Pablo tiene una niña de diez meses enferma y le agradeceré me diga si hay médicos buenos, especializados en enfermedades de niños". Quiere llevar, además, a Neruda a conocer su tierra, "nuestros pueblos palestinos, Cabo de Palos... Quiero saber si podría residir en la isla de Tabarca o en una de las islas del Mar Menor". Le adelanta que le gustaría un mar donde el agua tuviera más grandeza y le diera la sensación de aquel océano de Puerto Saavedra.

Nadie más deslumbrado por el último libro de Neruda que el joven poeta venido del campo. Lo dice sin ambages en un artículo publicado en *El Sol*, el 2 de enero de 1936: "Necesito comunicar —dice Miguel— el entusiasmo que me altera desde que he leído *Residencia en la Tierra*. Ganas me dan de echarme

puñados de arena en los ojos, de cogermelos dedos con las puertas, de trepar hasta la copa del pino más dificultoso y alto. Sería la mejor manera de expresar la borrascosa admiración que despierta en mí un poeta de ese tamaño gigante. Es un peligro para mí escribir sobre este libro, y me parece que no diré casi nada de lo mucho que siento. Temiendo escribo".²⁵

Se sostiene que Neruda y Aleixandre impulsaron a Miguel Hernández a romper con las formas clásicas, dejando que fluyera libremente su caudal. Si así fuera, sería un hecho afortunado, porque ese Miguel Hernández que da luz verde a lo que estaba contenido llega a ser un gran poeta de España y de la lengua castellana. De *Residencia en la Tierra*, sobre todo desprende que la métrica por sí misma no es la poesía. Se rebela contra el llamado arte menor y se propone escribir una poesía impura, en el sentido nerudiano de la expresión; o sea, como una torrentera que admite en su curso cuanto es susceptible de transformarse en elemento poético. Arrastrado por su admiración, compone una "Oda entre sangre y vino a Pablo Neruda".

La política entraba por derecho propio en la poesía impura, así como la tristeza, la luz de la luna, el "te amo". "Quien huye del mal gusto cae en el hielo", rezaba la fórmula nerudiana que definía los peligros del frío mármol. Más que la tinta, la sangre. "En la casa de la poesía no permanece nada sino lo que fue escrito con sangre para ser escuchado por la sangre."

Por aquel entonces vive también en Madrid el apasionado poeta argentino Raúl González Tuñón, comunista convicto y confeso, que toca todas las teclas en la pianola de la poesía y no le tiene miedo al lobo de la política. Se juntan en agitadas tertulias en casa de Neruda o en la Cervecería de Correos, donde se discute hasta el amanecer acerca del papel de la poesía en tiempos de ruptura.

En el prólogo a *Viento del pueblo*, que dedica a Vicente Aleixandre, Miguel Hernández le dice: "Pablo Neruda y tú me habéis dado imborrables pruebas de poesía...". Dedicó a Neruda *El hombre acecha*.

Para Neruda nunca deja de ser Miguel Hernández un poeta de la tierra. Por ella llega al pronunciamiento político. "Toda su poesía/ tiene tierra porosa,/ cereales, arena,/ barro y viento,/ tiene forma/ de jarra levantina... Es espiga escarlata,/ estrella anunciadora/ hoz y martillo escritos con diamantes/ en la sombra de España."

Neruda, por su parte, reconoce públicamente el papel de Alberti en su evolución ideológica. "Profunda influencia tuvo

sobre mis ideas políticas la valiente actitud de Rafael Alberti, que ya era un poeta popular y revolucionario...”²⁶

Ahora él ejerce magisterio visible sobre el joven Hernández, que comienza a mirar la vida y el mundo con un sentido distinto, patente en su poesía, en su teatro y en sus artículos. Pero toda su creación de la guerra y la postguerra responde ante todo, no a influencias, sino a su genuina potencia, a su autenticidad sin vuelta, a su propia terrible vivencia, que, partiendo de un temperamento tan rico y dotado como el suyo, la circunstancia histórica lo convierte no sólo en un poeta del pueblo y en un poeta de la guerra, sino, simple y totalmente, en un gran poeta español.

Cuando su antiguo amigo y maestro, Ramón Sijé, siente perdida la batalla por el alma de Miguel, señala los nombres de los culpables: “Nerudismo (¡qué horror, Pablo y selva, ritual narcisista e infrahumano de entrepiernas, de vello de partes prohibidas y de prohibidos caballos!); Aleixandristmo; Albertismo”.

La relación Alberti-Neruda fue de *confrères*, donde uno, Rafael, políticamente, le llevaba pasos adelantados cuando Pablo llegó a España. La relación García Lorca-Neruda fue de dos hermanos, donde el primero le abrió con una sonrisa radiante la puerta de su casa, le dio la bienvenida al solar español, donde él era el poeta aclamado por excelencia. La relación Neruda-Hernández fue el cariño hacia un hermano menor, o hacia un hijo crecido, en el cual el chileno sentía el olor “a trébol en la lluvia,/ a ceniza amaranto,/ a humo de estiércol, tarde,/ en las colinas”.

En verdad, Neruda se sintió maravillosamente turbado ante esa poesía, que era “maíz agrupado en un racimo de oro”. La prisión de Miguel, sus largos carcelazos bajo Franco, su muerte, le dolieron como aflicción personal. Movi6 cielo y tierra para salvarlo. Y no lo consiguió. Esto lo consider6 siempre uno de sus fracasos más dolorosos. Ante su deceso, lo consol6 tal vez su confianza total en la inquebrantable permanencia de su poesía. “Desde la tierra hablaba,/ desde la tierra/ hablará para siempre.”

65. *Controversias*

Para algunos, Neruda llegó acreditado como c6nsul del demonio. Era el diablo personificado, con la misi6n de corromper y podrir la poesía española. Desde luego, en primer t6rmino, le

vio cara de Mefistófeles el paladín delicado de la poesía pura, Juan Ramón Jiménez. El pleito fue grande y sacó chispas. El choque era casi inevitable.

Se enfrentaron dos poesías de filosofías opuestas: poesía pura-poesía impura; silencio y recogimiento como hábitat natural versus turbulencia, apertura al mundo, contacto hasta con las muchedumbres antilíricas. Orden y equilibrio, condición sutil y cristalina del poema, por un lado; admisión del caos expresivo, introducción de la catarata y el mercado por el otro. Aspiración a la forma perfecta en uno; registro amontonado de objetos y sensaciones como un gran almacén de desechos, en el otro.

Así veía Juan Ramón Jiménez *Residencia en la Tierra*. Para su gusto *Veinte poemas* respetaba más la poesía, tal vez porque en ese libro melodioso creía descubrir su influencia. Entre sus papeles privados, el crítico Ricardo Gullón halló una hoja con notas escritas quizá para la redacción de un trabajo o acaso para señalar en un memorándum sus desavenencias: "Críticos Pablo Neruda Mi influencia en él *20 canciones de amor*. Poemas míos de *Laberinto* y *estío* Poemas míos de *Poesía y belleza* Su Poema Tagore. J. R. J. Asunto. No firmo Teléfono Su nota en *El Sol* Banquete a Cernuda Bergamín Mi silueta de *Españoles* Mi carta rectificando Cartas América sombría de J. Revueltas Mi respuesta Canto segundo a Stalingrado Homenaje comunista como cónsul de Chile".²⁷

En rigor, se trataba de algo más que una discordancia entre dos. Ya antes habían estallado sus desacuerdos con los poetas españoles más jóvenes, esos mismos que recibieron a Neruda con los brazos abiertos. Un hecho sucedido en tierra distante sirvió de fósforo para desatar el incendio. La acusación de plagio formulada en Chile en la revista *Pro* contra Neruda, por la semejanza del poema 16 de *Veinte poemas de amor* con el poema 30 de *El jardinero*, de Tagore, en traducción hecha por la esposa de Juan Ramón Jiménez, Zenobia Camprubí.

Por añadidura, el editorial del primer número de *Caballo Verde* le cae a Juan Ramón Jiménez como ácido. No lo nombran, pero cree a ojos cerrados que está dedicado a él. Todo ese evangelio o pretendida arte poética que habla de los sacos de las carbonerías, las superficies usadas, las huellas del pie y los dedos, el sudor y el humo, oliente a orina y a azucena, un traje como un cuerpo, con manchas de nutrición y actitudes vergonzosas, el deseo sexual; las alusiones al frenético libresco, todos son versos, horribles versos, alusivos contra él. Esto lo escandaliza y lo saca de quicio.

No sólo a él. *La Hoja Literaria*, de Barcelona, publica un artículo iracundo contra el *Caballo Verde*, raro ejemplar de la fauna americana, un potranco que "corretea por las letras españolas como por un corral de caliente y húmedo estiércol".

Juan Ramón Jiménez no va a callar tampoco. Suele publicar aforismos en *El Sol*, en una columna cuyo nombre es una autodefinition: "Con la inmensa minoría". Allí responde por elevación, señalando dos categorías de poesía y de poetas: "amigos y poetas del delirio y de la precisión. Un caballo verde puede galopar con precisión y un diamante lucir con desvarío".

Pero la réplica desnuda, con toda la barba, la publica el 23 de febrero de 1936 en *El Sol*. Es una defensa de la idea de poesía pura como sinónimo de poesía auténtica, original, aguda, rara, directa, viva, en suma. A los sostenedores de la llamada poesía impura los denomina "amarillitos pollos poéticos". Es terminante. No hay sino poesía pura, y ésta ha de ser responsable. Su mitad consciente debe responder siempre de lo que escriba su mitad subconsciente.

La guerrilla literaria continúa cruzándose golpes como en un *match* de box.

En una conferencia escrita en los años 1936 ó 1937, en los tiempos de su viaje a Puerto Rico y Cuba, cuando ya ha estallado la Guerra Civil, el padre de *Platero y yo* vuelve a las andadas. Pero es una descarga cerrada no sólo contra Neruda —blanco principal, supremo tentador—, sino contra aquellos poetas latinoamericanos o españoles que no siguen sus aguas, a los que acusa de intención cosmopolita. En esta fulminante arremetida caen Vicente Huidobro y, sobre todo, Neruda, a quien culpa de descomponer a Herrera y Reissig, Sabat Ercaasty, Parra del Riego, y de haber sacado sustancia de España. Pero la epidemia mortal se ha extendido a los que moteja de huidobristas españoles: Juan Larrea y Gerardo Diego; a los surrealistas atrasados, que son nerudistas, aunque Neruda, dice en su catilinaria, es "un viajante sin idioma". Luego, pasando a un cierto intento de explicación, sostiene que la expresión aproximativa y fluctuante de Neruda es más comprensible en una América imberbe que en "nuestra España milenaria". Volverá la polémica al revés. No es Neruda el que influye en España, sino España en Neruda y Huidobro, ya que poetas españoles como Moreno Villa y más tarde Alberti, Lorca y Aleixandre habían andado por la misma ruta con "más estilo y conciencia". Todo esto lo dice en una conferencia que sugestivamente titula "Crisis del espíritu en la poesía española contemporánea".

La artillería gruesa dispara en diversas direcciones y no perdona el fuego graneado a los que denomina "poetas profesores": Jorge Guillén, Pedro Salinas, Gerardo Diego y Dámaso Alonso.

El hecho no era nuevo. El conflicto venía de lejos. La historia de sus contactos, luego convertidos en desencuentros y ataques a varios de los poetas jóvenes españoles, divierte leerla en las páginas de *La arboleda perdida*, deliciosas memorias inconclusas de Rafael Alberti. Amistad inicial que se torna en desapego: "Me he enterado de que Alberti anda con gitanos, banderilleros y otra gente de mal vivir. Como usted comprende, está perdido". Algo peor sostenía respecto de Federico García Lorca por escribir para el teatro. Después del estreno de *Mariana Pineda*, cuando la prensa lo señalaba como "un joven autor lleno de futuro", Juan Ramón decía: "¡Lorca! ¡Pobre Lorca! ¡Está perdido!" *Bodas de sangre*, obra que se asegura que nunca vio, para él "no pasaba de ser una zarzuela".

El autor de *Arias tristes*, que concebía la poesía "pura, vestida de inocencia, y la amé como un niño", de repente la veía prostituida por los rufianes.

En un retrato de Pablo Neruda del año 1939, Juan Ramón Jiménez concentró sus ataques llamándolo "un gran mal poeta, un gran poeta de la desorganización..., torpe traductor de sí mismo y de los demás, un pobre explotador de sus filones propios y ajenos, que a veces confunde el original con la traducción [...]. Un abundante descuidado escritor realista de desorbitado romanticismo". Se advertirá que el poeta puro es capaz de acusaciones impuras. No será éste el último mandoble.

66. Rectificación

Choque de dos poesías, de dos filosofías, de dos generaciones, de dos personalidades. Y, de algún modo, de dos continentes.

Este último aspecto adquiere más entidad de lo que pareciera a ojo de buen varón. Encierra el núcleo de la posterior rectificación juanramoniana sobre la poesía de Neruda, vuelco sensacional, digámoslo así, en la polémica de la cual los enemigos de Neruda hicieron abundante uso. El autor de *Jardines lejanos* revisa sus juicios en su "Carta a Pablo Neruda", fechada en enero de 1942 en Coral Gables, publicada en *Repertorio Americano*, el 17 de ese mes y año. El documento es de gran valor.

Mi larga estancia actual en las Américas me ha hecho ver de otro modo muchas cosas de América y de España (ya lo indiqué en la revista *Universidad de La Habana*), entre ellas la poesía de usted. Es evidente ahora para mí que usted expresa con tanteo exuberante una poesía hispanoamericana jeneral auténtica, con toda la revolución natural y la metamorfosis de vida y muerte de este continente. Yo deploro que tal grado poético de una parte considerable de Hispanoamérica sea así; no lo sé sentir, como usted, según ha dicho, no sabe sentir Europa, pero "es". Y el amontonamiento caótico es anterior al necesario despejo definitivo, lo prehistórico a lo poshistórico, la sombra turbulenta y cerrada a la abierta luz mejor. Usted es anterior, prehistórico y turbulento, cerrado y sombrío. Para mí, España era antes mi derecho y América mi revés. Siempre que llegaba a la mitad del Atlántico, se me dividía ese cambio. No diré que ahora América sea mi derecho y España mi revés, sino que son dos reverses o dos derechos completamente distintos que antes y diferentes entre sí. ¿Y dónde y qué y cómo y para quién la verdad, sobre todo la verdad poética? En mi libro *Modernismo*, en que trabajo hace tiempo, intentaré una visión propia de este gran asunto.

Como se ve, Juan Ramón se explica a Neruda como un hombre de la Hispanoamérica imperfecta, exponente fiel de la turbulencia prehistórica. Si antes era su revés, ahora reconoce que son dos reverses con derecho a existir. Lo dice porque lo ha entendido y palpado como legítimo dentro de su paisaje torrencial, que hacía de Neruda un poeta telúrico, si no anterior al Génesis, a más tardar del Tercer Día de la Creación. Neruda no ignoró este cambio de juicio en Juan Ramón Jiménez. Lo contentó. Y quiso decírselo, a través de una comunicación donde no trata el asunto, pero lo subentiende. La carta transparente su congoja por la muerte de Miguel Hernández.

México, D.F., 15 de octubre de 1942

Sr. Juan Ramón Jiménez
Miami.

Mi admirado amigo:

Hasta ahora no he contestado su carta pública porque miles de cosas se interponen con mi trabajo diario, pero quiero anticiparle, antes de hacerlo extensamente, la profunda emoción con que leí sus líneas, que con su sinceridad agrandan la admiración que por su obra he sentido durante toda mi vida.

Hoy le escribo con un motivo doloroso. Le transcribo una carta confidencial de mi Embajada en Madrid, comunicándome la muerte de nuestro Miguel Hernández: un asesinato más se agrega a los muchos y terribles. Pero tal vez, nunca me sentí más mal herido y creo que a usted le pasará lo mismo.

Estoy planeando un libro de recuerdo a su memoria, que quiero encabezar con algunas palabras, ojalá extensas, tuyas. Yo también escribiré y pediré a Rafael Alberti que se agregue a este recuerdo. Espero que me anticipe su respuesta, que lo que usted resuelva puede venir más tarde.

Siento que mi primera carta le lleve este dolor, pero así vivimos cada día de este tiempo.

Le saluda su amigo y admirador

Pablo Neruda

El documento confidencial que le adjuntaba contenía para Neruda el testimonio del fin de su amigo Miguel Hernández.

Un día quise contemplar, desde fuera, un monumento adusto y sórdido, la cárcel de Ocaña, como una trasnochada peregrinación en recuerdo del poeta de Orihuela. Nos sentamos en la plaza, donde el Teatro Clásico representó la imagen del Comendador en aquel lejano Siglo de Oro. Y la vimos toda como un enorme escenario, más bien como un gran teatro donde cada casa era una aposentaduría y tablado de otro tiempo, para presenciar el desarrollo de la Fábula. Del mensaje de Lope nos desplazamos a la última imagen de un poeta que amó a sus colegas del Siglo de Oro y fue hombre de su tiempo. Se me mezcla la comunicación que Neruda acompaña a su carta a Juan Ramón Jiménez con el martirio del poeta evocado por su hermano mayor chileno, a quien ve por primera vez en el Madrid previo a la guerra un día de verano. Cuando le contó que le gustaba escuchar el rumor de la leche sobre el vientre de las cabras paridas, Neruda vio en su rostro el rostro de España, "cortado por la luz, arrugado como una sementera". Y lo estimó hombre en quien se hizo una la tradición y la revolución. El documento oficial expresa que, después de varios traslados de reclusión, fue atacado por la fiebre tifoidea en el presidio de Ocaña; sobrevivió, pero quedó muy débil. La Embajada de Chile —y detrás de ella estaba la presión constante de Neruda— solicitó y obtuvo se le trasladara al sanatorio-cárcel de Alicante. Allí lo afectó una virulenta tuberculosis. Dos meses resistió ese organismo que había sufrido las privaciones de la Guerra Civil, los años de cárcel. Murió el 28 de marzo de 1942 en un hospital-

presidio, porque no se acogió la petición de la Embajada de Chile de que se le transfiriera a un sanatorio que no fuera prisión.

Cuando Neruda pidió en su carta la colaboración de Juan Ramón Jiménez para el libro *in memoriam* del poeta sacrificado, recordaba que había saludado su aparición llamándolo el "extraordinario muchacho de Orihuela". Miguel Hernández había admirado la poesía de Juan Ramón; sobre todo, sus *Arias tristes*. En sus comienzos poéticos, le escribió una carta que habla de su estupor reverencial: "Soñador como tantos, pienso ir a Madrid. Abandonaré las cabras —¡ah, sus esquilas en la tarde!— y, con el escaso cobre que puedan darme mis padres, tomaré el tren de aquí a una quincena de días para la corte. ¿Podrá usted, dulcísimo don Juan Ramón, recibirme en casa y leer lo que le llevo...? ¿Podría enviarme unas letras diciéndome lo que cree bien? Hágalo por este pastor un poquito poeta que se lo agradecerá eternamente".

En 1946, en un artículo denominado "El modernismo poético en España y en Hispanoamérica", Juan Ramón Jiménez considera a Pablo Neruda "el poeta más poderoso de Hispanoamérica después de Rubén Darío". Habla de su enorme contagio, de una poesía que no es la suya, pero en la cual reconoce "extraordinarios y claros veneros".

En la conferencia que da en la Universidad de Puerto Rico en 1953 incluye a Neruda en la lista de los poetas más representativos de siglo XX, junto a Rubén Darío, Unamuno, Machado, Lugones, en español, y a Yeats, Pound, Eliot, Rilke, Ungaretti, Montale, en otros idiomas.

Él ve en *Canto General* una expresión del indigenismo. Lo compara con Diego Rivera. Juan Ramón Jiménez no tenía nada que ver con eso. Constituía su reverso. Pero terminó comprendiendo que tenía derecho a la expresión literaria.

El episodio ilustra que Neruda entró en las aguas hispánicas hendiéndoles una quilla. Contribuyó a dividir las, a demarcar tendencias y filosofías poéticas. En este sentido probablemente no hay poeta extranjero en el siglo XX que haya abierto en España un surco tan ancho.

67. Las polémicas de la Antología y El jardinero

En Chile la polémica literaria ardía por los tres costados: Neruda, Huidobro y Pablo de Rokha. Alguien había lanzado hacia

tiempo la manzana de la discordia entre la Poesía, la Bella Helena, y sus pretendientes.

Eran días de agitados y tremebundos fermentos políticos.

En los primeros meses después de mi llegada a Santiago se desarrollan los sucesos que estremecieron nuestro año 1932. Me siento irresistiblemente atraído por lo que sucede a mi alrededor. No tengo pasta de espectador displicente. Sueño con participar y me dejo llevar por la gran marea de ese momento, febril, romántico. Creo que la Revolución es la poesía del mundo y la poesía está tan ligada a la Revolución que ésta no puede existir sin aquélla. Pero tendrá que ser, por tanto, también una poesía revolucionaria que quebrante todo lo establecido, reduzca a cenizas las viejas catedrales de palabras y someta todo a la prueba de lo que antes intuíamos era la Verdad, así, con mayúscula.

Gabriela Mistral nos había tomado por dentro, con su garfio tremendo; pero su impresionante *Desolación* ya no nos bastaba. De Neruda sabíamos de memoria todos sus *Veinte poemas* y muchos de *Crepusculario*. Por entonces se publica la primera edición de *El hondero entusiasta*. El instinto que brama, el sexo que se presenta desnudo. Está bien, muy bien. Pero... ¿qué más? ¿Eso es todo? Porque el mundo está de mudanza. Hay que cambiarlo íntegro.

En ese instante aparece en escena el mago de las palomas. Viene de Europa, devuelto por la crisis económica a su país de origen. Abre sus maletas y ante nuestros ojos sorprendidos vuelan de ellas conejos, aeroplanos, imágenes. Es el Creacionismo. Nos lo presenta: *El espejo de agua*, *Horizon Carré*, *Tour Eiffel*, *Hallali*, *Ecuatorial*. Habla mal de Marinetti, pero en *Pasando* y *Pasando* repite sus palabras: "Odio la rutina, el cliché y lo retórico. Odio las momias y los subterráneos de museo. Odio los fósiles literarios". Huidobro ha llegado a París el año en que yo nací: 1916. Su poesía experimenta el vuelco. Hay que "hacer un poema como la naturaleza hace un árbol". Se pone a escribir en francés. Huidobro juega. Juega bellamente: "Yo inventé juegos de agua/ en la cima de los árboles,/ te hice la más bella de las mujeres,/ tan bella que enrojecías en las tardes... Hice correr ríos/ que nunca han existido,/ de un grito elevé una montaña". Huidobro aspira a crear una nueva estética. Nos dedica ejemplares de *Automne regulier* y *Tout á coup*. Aquí está la nueva poesía. No en Neruda. Nos sumimos en la lectura de *Altazor* y *Temblor de cielo*. Habla de Maldoror y de los cantos escritos por Lautréamont. Su influencia es visible en su obra de teatro *Gilles de Raiz*, que publica ese año 1932. Huido-

bro se hace el perverso. Se proclama miembro de la escuela satánica y embajador plenipotenciario de la revolución estética de París. Quería formar escuela en Chile, tener discípulos. Junto con Eduardo Anguita, fuimos sus primeros catecúmenos.

Todo era muy complicado, pero debíamos ser poetas nuevos para ser revolucionarios totales. Esto último era lo que yo pensaba. Anguita tenía otras ideas. Nunca abandonó cierto principio de religiosidad. Me convertí por las tardes en un tragalibros de la sección Fondo General en la Biblioteca Nacional. Engullía todo lo que venía de Francia. Allí me encontraba casi siempre con otro lector no menos voraz, aunque misterioso, ducho en descubrimientos, auténticos o apócrifos: Eduardo Molina Ventura. Pero yo seguía leyendo cuanta poesía caía en mis manos. Un día en *El jardinero*, de Rabindranath Tagore, me sonó en el oído el número 16 de *Veinte poemas*. Comparé los textos. Eran casi iguales. Sólo que, como dijo años más tarde el poeta mexicano Efraín Huerta, "me quedo, una y mil veces con la paráfrasis. Para plagiar a los latinos o italianos se necesitó llamarse y ser Garcilaso de la Vega; para parafrasear a Tagore, ser Pablo Neruda". Comenté el asunto con un amigo poeta. Con caracteres de denuncia, se publicó en la revista *Pro*, editada por Vicente Huidobro. Del hecho se cortó mucho paño en aquella época. Los amigos de generación de Neruda aclararon por la prensa que no era plagio, sino paráfrasis. Varios recuerdan haberle recomendado, antes que apareciera la primera edición de *Veinte poemas*, que pusiera una nota en el libro, dejando constancia de que el 16 era una paráfrasis de *El jardinero*, de Tagore. El mismo Neruda rememora que en una de esas trasnochadas endemoniadas de aquel tiempo, caminando de amanecida por las calles de Santiago con Joaquín Cifuentes Sepúlveda, le pide de repente: "Acuérdame de algo. Tengo que incluir una advertencia en el libro que está en imprenta sobre la paráfrasis de Tagore". Joaquín le dijo: "No sea tonto, Pablo. No lo haga. Lo acusarán de plagio. Será una propaganda sensacional. El libro se venderá como pan caliente".

Después, en diciembre de 1937, con una nota final a la quinta edición de *Veinte poemas*, publicada en Santiago, Neruda escribió: "Metido todo el corazón en la guerra española, me sorprende la quinta vez que este libro va a las prensas sin tiempo para haberlo revisado siquiera. Una sola palabra final: el poema 16 es, en parte principal, paráfrasis de uno de Rabindranath Tagore, de *El jardinero*. Eso ha sido siempre públicamente conocido. A los resentidos que intentaron aprovechar, en mi ausencia, esta

circunstancia, les ha caído encima el olvido que les corresponde a la dura vitalidad de este libro adolescente. A mis queridos amigos, el gran escritor Diego Muñoz, a la centelleante inteligencia y nobleza de Tomás Lago, al corazón vivo y espléndido de Antonio Rocco del Campo va dedicada esta edición de un libro que ellos vieron salir de mí como planta irresistible o metal remoto que se determina. Pablo Neruda, Santiago de Chile, diciembre de 1937”.

Aquel *Jardinero* de Tagore era un poema preferido de Terusa. Y él quiso complacerla haciendo una paráfrasis para ella.

Ese poema es uno entre los miles que publicó Neruda. En su titánica obra la originalidad está superprobada. Pero el *affaire* fue reencendido en diversas ocasiones. Y naturalmente el agraviado se sintió ofendido.

En abril de 1935 cometimos un nuevo desacato. Apareció publicada la *Antología de la poesía chilena nueva*, que se constituyó rápidamente en piedra de escándalo. Los compiladores éramos Anguita y yo. Abusando de esta condición, nos autoincluíamos entre los diez poetas seleccionados. No figuraba la Mistral, pero sí Neruda, del cual se publicaban últimos poemas suyos inéditos aún, que aparecerían en la segunda *Residencia*. Figuraba también De Rokha, a nuestro juicio, incluso mirado con los ojos de hoy día, justicieramente representado. Él la acusó de ser una compilación colonizada por Huidobro, cargo no del todo infundado.

“¿Obra de preciosos ridículos?”, preguntó aquel domingo, en voz alta, Alone en *La Nación*. Éste quiso que su imagen de bombardero arrasando con la *Antología* y sus autores fuera conocida sin retardo por Neruda. Le escribió una carta triunfal al Consulado en Madrid. De la *Antología* no quedaría piedra sobre piedra, salvo algunas risitas. Alone se había encarnizado a justo título. La insurrección era un signo de los tiempos que corrían en todos los campos. Y había que reprimirla con mano de hierro.

Jenaro Prieto, autor de *El socio*, mordiente periodista de un ultramontano *Ilustrado*, político de orden, diputado derechista (cuatro veces conservador), se desencajó las mandíbulas de tanto reírse ante la ópera bufa de la *Antología*, de sus compiladores y de Neruda. En su artículo “Poesía de Vanguardia” sostiene: “Es cosa averiguada que a la gente seria le revientan los poetas de vanguardia”. Las emprende contra mí hablando del culteranismo y alude a la crítica de Quevedo contra la jerigonza. Éramos representantes de la nueva jerigonza. El disparatorio quevediano puesto al día. En mi caso no dejaba de tener razón. Me gustaban

los galimatías. Sobre Neruda dijo que reunió a tres médicos amigos y les preguntó: “¿Por qué pintan de azul los hospitales?”. “Por las moscas”, fue la unánime respuesta. “Se equivocan”, corrigió. “Es por García Lorca.” Les leyó el poema de Neruda dedicado a Federico: “porque por ti pintan de azul los hospitales”. Esto se leía en la edición de *El Ilustrado* el 30 de noviembre de 1935. Cuatro días más tarde publica en la misma columna una “carta vanguardista” atribuida a un furioso lector, Onías Pérez P., Lota. Desde luego, quien la escribe es el mismo autor de *Un muerto de mal criterio*, que siente afición por los pastiches nerudistas ridiculizantes, con pataditas colaterales a Huidobro.

68. *Púgil peso pesado*

Como era de esperar, Pablo de Rokha fue mucho más cáustico.

Dos meses más tarde se publicó un cuarteto: los días 10, 11, 12 y 13 de junio aparecieron en *La Opinión* sus ataques de fuego múltiple, como las bocas de una *Katiusha* del Frente Ruso. No dejaba títere con cabeza. Primero, versos para nosotros. “Estas antologías sólo sirven para que algunos jovencitos anónimos emerjan a la periferia y se destaquen a costillas de otros.” Luego, versos para Alone..., “para que algún erudito cavernario baile en el alambre”. Después, versos para Helfmann, propietario entonces de Zig-Zag Sociedad Anónima, editora del libro: “para que algún mercader más o menos chileno o más o menos roñoso y oscuro especule con los escritores...”. Su “Marginal a la *Antología*” gritaba: es injusta y arbitraria. La peor injusticia: la exclusión de Winétt de Rokha. “Hay doce excluidos más.” Y agregaba, con extraña dulzura: “aunque algunos me son despreciables y repugnantes”. Luego le llegaba el turno a Neruda: “El poeta de la decadencia burguesa, el poeta de los fermentos y los estercoleros del espíritu”. Embestía contra Eduardo Anguita, “sacristán, monaguillo y paniaguado del Pontífice”. (Huidobro era el Supremo Instigador.) Curiosamente a mí no me tocaba, al menos de nombre. Para Ángel Cruchaga Santa María reservaba epítetos especiales: “y sus angelitos y su virgencita, y esa gelatina rubia y celeste...”. Dedicaba una ración menos pulida a Rosamel del Valle: “Caracol con cara de guagua del peluquero: tiburón que escribe varios idiomas juntos y habla un inglés más francés que el alemán”. La fama del blanco era, desde luego,

Huidobro: "Pequeño gran burgués, *metèque*, que toma contacto y ligazón con la Europa Imperialista y su arte de bagaje agónico lleno de astucia, lleno de diablura y debilidad..., literato de vanguardia que retorna refiriéndonos cosas nuevas que ya conocíamos".

Huidobro saltó como picado por una avispa y respondió con su estilo característico. Primero hizo un round introductivo con juego de piernas: precalentamiento y pelea con el *punching-ball*. "No he tomado arte ni parte en la realización de esa obra... De Rokha ha intervenido más que yo, puesto que quiso obligar a incluir poemas de su señora."

Luego Vicente pasó a la interpretación psicoanalítica, que entonces estaba de moda: "Muchos se preguntan ¿por qué esa agresividad contra todo el mundo? Pero ya se conoce a Freud y se sabe que esos alardes y bravuconadas sólo reflejan un complejo de inferioridad. La *Antología* le molesta porque cree que en ella se me acuerda una supremacía. Habla de que a mí se me dan 56 páginas y a él 30. ¿Qué clase de llamarada es ésta que teme ser apagada al primer soplo?"

La lucha recién comenzaba, pero en grande. De Rokha publicó una carta de respuesta a tres columnas zahiriendo al "patroncito literato".

Huidobro volvió a la carga, también disponiendo sus soldados en tres columnas. Llamaba a su antagonista, entre otras lindezas, especialista y profesional de la calumnia, carabinero rabioso, marxista-leninista-stalinista-grovista, revolucionario de primera comunión, matón de barrio. "Tu graciosa carta es algo así como una confesión pública, por el modo de mostrar al mundo tus heridas y tus flaquezas [...] No has respondido a nada [...] Sigues en el plano de los alaridos huecos [...] Te traté varias veces de embustero. Mientes y sabes que mientes al decir que yo he imitado a poetas que, excepción hecha de Apollinaire o Lautréamont, son posteriores a mí y con los cuales mi poesía no tiene nada que ver. La verdad es que no entiendes a ninguno de esos autores que citas al cohete [...]. No tengo para qué hablar de tus poemas de infancia, escritos hasta el mes pasado [...]. Y tu *Jesucristo*, a pesar de los rellenos y las salpicaduras seudorevolucionarias que le has agregado, sigue siendo un poema de beatito diablazo... Afirmas que no me lees y a cada instante haces referencias a mis obras...; se constata que las has leído demasiado, lo que no significa que las comprendas... Se advierte tu obsesión de que yo pertenezca a una familia adinerada. No es culpa mía, y bien se me puede perdonar si recordamos que

Engels vivía de su fábrica de tejidos en Manchester [...] Mis obras están juzgadas por jueces más altos que tú [...]. Los estudiosos tienen muchos documentos serios que consultar...”

Después citaba varios libros y una dedicatoria de Max Jacob: “A Vicente Huidobro, que ha inventado la poesía nueva”. “Y, por favor, no nos cuentes que te ganas la comida a patadas. Nada de eso prueba nada...”

Santiago se divertía con la lluvia cruzada de improperios. *La Opinión* se agotaba. Pocos días más tarde llegó a la redacción, y su director Juan Luis Mery la recibió con cierto desaliento, una nueva carta-tanque, donde De Rokha anunciaba el fin de la batalla: “No voy a continuar golpeándote —decía el púgil peso pesado—, me da flojera y asco, Vicentillo. Declamas y berreas tanto que tus afirmaciones bufonadas se deshacen y quedas desnudo de dignidad, pataleando, gordo, rosado, tonto, inefable como guagua de rico. Ya me aburrió la historia de este Vicentillo. Además, yo no soy un cobarde para pegarle en el suelo a una gallina que carea porque dice que ha puesto un huevo en Europa...; la miseria moral grita en tus alforjas de embaucador vencido y falsario, Vicentico”.

Huidobro contrarreplicó tres días más tarde con otro concierto de delicadezas: “Terminas tu polémica como era de esperar: en un gran amasijo de baba verde... Te retiras sin haber probado nada... Te exigí pruebas, el público también te las exigió. Las gentes de valer se ríen de ti. Y es bien triste la flojera súbita que se ha apoderado de tu graciosa persona. Arrinconado, haces una pirueta de foca inflada y te sales por la tangente. Pobre Pablito: estás habituado a chillar y falsificar... Creías que ibas a seguir en tu oficio sin que nunca te pasara nada y sin que jamás te dieran un revolcón [...]. Esta lección te servirá de experiencia. Además, era necesario limpiar el ambiente de un escorpión venenoso. Eres tan tonto que en cuarenta y dos años todavía no te has dado cuenta de que eres tonto. Por fin has marcado un récord en algo. Debes estar satisfecho. *Vicente Huidobro*”.

La polémica no era un modelo de profundidad, sino un documento de época y el retrato del ardor beligerante de dos contradictores bien distintos. Ambos valían más que lo que decían en su furia. Pero era una parte inevitable de su ego herido y de su violento exhibicionismo.

Neruda, lejos, en España, no terció públicamente en el áspero debate. Alguien descubrió después varias páginas de versos mecanografiados sin firma que recordaban la guerra entre los poetas españoles del Siglo de Oro: Góngora, Lope. Más tarde, Queve-

do. Tenían su estilo. Eran a ratos coprolálicos. Pero él tuvo el buen criterio de no publicarlos nunca ni de reconocer su paternidad.

Neruda no tomaba iniciativa en la contienda, a pesar de que le atraía la guerrilla literaria y tenía el principio de que un ataque jamás debía ser pasado por alto, sino respondido merecidamente. Sus adversarios literarios continuaron las hostilidades. De Rokha no bajó sus pendones de guerra. Neruda, que, repito, no era hombre para poner la otra mejilla, no asumió el papel de potencia enemiga a la cual se ha declarado la guerra. Tal vez porque él tenía la victoria en su mano. La había ganado hacía tiempo con su obra, el reconocimiento del público y de la crítica, la consagración internacional, el aluvión cada año más copioso de las traducciones de su poesía a las lenguas más diferentes. Y quizá porque en el fondo no encontraba placer en este desgaste de energía, en este espectáculo en que los poetas se desnudaban en la plaza pública, agarrándose a mordiscos, reclamando el primer puesto. Volvió a recordar su teoría de los elefantes. Los poetas deben ser como esos grandes paquidermos, con colmillos de marfil y trompas como manguera para disparar agua, que había visto en las mañanas de Ceilán, y no como las fieras que se disputan a muerte un trozo de animal, porque al fin y al cabo ese animal son ellos mismos, el sentido de la dignidad autodevorada. Además, había cosas más importantes que hacer: escribir poesía, por ejemplo. Por otra parte, su espíritu, que acababa de vivir la polémica literaria española, no podía desentenderse de lo que estaba sucediendo en ese país, en esa sociedad donde muchos síntomas anunciaban un estallido volcánico.

69. *Vísperas*

Un ojo de su conciencia social llamado Rafael Alberti lo miraba por el rabillo crítico. No sentía ningún entusiasmo por *Caballo Verde para la Poesía*, que dirigía Neruda. El poeta español prefería *Octubre*, publicación de escritores, intelectuales y artistas revolucionarios. De alguna manera la sangre había empezado a correr por las calles. Casi no había día en que no se matara un obrero. La gente que vendía la prensa de izquierda corría el peligro de caer asesinada. Todas las semanas había que ir al cementerio a sepultar a inmolados por el fascismo a la ofensiva. Alberti sentía que lo que se tenía que hacer era la

revista que él hacía, bautizada, como un reto, con el nombre de la Revolución Rusa. La situación era demasiado peligrosa y exigía definiciones muy claras. Por eso no le gustaba la revista de Neruda. La lucha ardía y el *Caballo Verde para la Poesía* ni siquiera trotaba por las calles arrastrando un carretón con pan o con armas, ni llevaba sobre su grupa un jinete que se encaminara a un destino preciso. Este distanciamiento de Alberti no podía escapar a la perspicacia nerudiana. Un día lo citó en un bar que estaba cerca de la Casa de las Flores y le dijo:

—Querido *confrère*, qué te sucede, te veo muy serio conmigo.

—No me sucede nada. Sólo que yo creo que tú estás un poco fuera de juego... Nosotros queremos hacer otra cosa.

—Pero tú sabes que yo soy un diplomático, que no entiendo nada de política, que no me interesa mucho. Yo entiendo y veo que España está como está. Yo estoy con ustedes, pero creo que todavía la revista puede hacerse.

—Bueno, continúa haciéndola...

Sigue Neruda desarrollando su vida de poeta enamorado de la poesía, traductor de ella, desenterrador de sus grandes colegas semiolvidados. En la revista *Cruz y Raya*, de Madrid, dirigida por su amigo José Bergamín, aparecen la "Visión de las hojas de Albión" y "El viajero mental", de William Blake, un poeta que lo cautiva y del cual suele comentar la impresión que le causó su obra *Las bodas del cielo y del infierno*. Da paso a otro poeta que lo estremece cada vez más hasta el fin de su vida: Quevedo. Presenta sus *Sonetos de la muerte*. Luego, *Poesías* de Villamediana, hombre que vivió las intrigas de la corte, sobre cuyo amor y desventura lo escuché hablar muchas veces. Por fin se publica en España, en Ediciones del Árbol, de *Cruz y Raya*, *Residencia en la Tierra* (1925-1935). En los primeros meses de 1936 estampan en Madrid *Primeros poemas de amor*, que recoge los *Veinte poemas*.

Estaba siempre con Federico García Lorca, en su casa o donde Carlos y Bebé Morla. Allí los dos magos de las fábricas de la imaginación divertida eran Federico y el compositor chileno Acario Cotapos. Se le pedía a Federico que cantara. Decía: "No, estoy acatarrado y me atormentan al menos seis dramones". Pero cantaba.

Pablo suele ir a las representaciones del Teatro La Barraca, dirigido por García Lorca. Asiste a la puesta en escena de *Fuenteovejuna*. Los decorados y los trajes los hace Alberto Sánchez, un panadero toledano, silencioso y fuerte como la piedra que

labra con el cincel. Después de la derrota de la República, vivió y trabajó en la Unión Soviética, donde, entre otras cosas, hizo los decorados del filme *Don Quijote*, del director Kosintzev. Cada vez que Neruda iba a la Unión Soviética visitaba a su entrañable amigo Alberto y a su mujer, Clarita. Luego Neruda quedó muy impresionado con *El burlador de Sevilla*, de Tirso de Molina. Viajó especialmente a Zamora. Federico García Lorca, Rapún, Luis Sáenz fueron a buscarlo a la estación. Unamuno está presente. "Una cosa es la cultura y otra es la luz. Eso es lo que hay que tener: luz", decía. Representan *Bodas de sangre*, *Yerma*, la versión ampliada de *La zapatera prodigiosa*, todo el teatro de Federico.

Tras las giras de La Barraca por los pueblos y aldeas de España, ya de vuelta en Madrid, solían recalar en la Casa de las Flores, donde mucha gente llegaba con comida bajo el brazo, porque a veces era un verdadero regimiento el que entraba. Se divertían bajo los ojos del hombre barbudo que desde un cartel en el muro hacía propaganda a los emplastos del doctor Winter. Alguno se quedaba dormido. Despertaba con sed. Hubo casos de quien estuvo en la casa de Neruda tres días y tres noches, conversando, divirtiéndose, durmiendo, volviendo a conversar.

Federico recordaba con él sus ocho meses en Argentina y Uruguay. La pampa era para Federico "lo más melancólico del mundo, lo más traspasado de silencio". Hablaban a veces de política. Neruda, como García Lorca, veía con angustia lo que pasaba en España. A Federico le gustaban los vaticinios. Y los decía como una gitana que está leyendo el porvenir: "Van a pasar cosas horribles".

El 31 de marzo de 1934 Mussolini recibió en la villa Torlonia a varios generales junto a políticos de la extrema derecha española. Firmó con ellos el Pacto de Roma y ordenó entregar la primera suma de dinero para la compra de armas, a fin de preparar la sublevación.

"En este mundo yo siempre soy y seré partidario de los pobres —decía García Lorca—. Yo siempre seré partidario de los que no tienen nada y hasta la tranquilidad de la nada se les niega."

El ambiente no tenía nada de plácido. Ya los generales Franco y Godet habían lanzado las tropas moras y la Legión Extranjera, traídas de Marruecos, para aplastar a los mineros asturianos. Alguien dijo: "En España se mata sin contar". En ese clima suben a escena *Yerma*, *La casa de Bernarda Alba* y *Doña Rosita la soltera o el lenguaje de las flores*, estrenada el 12 de diciembre

de 1935, por Margarita Xirgú, en Barcelona. Pero Federico había sido citado ante un tribunal para que explicara el "Romance de la Guardia Civil Española", denunciado por un virtuoso vecino de Tarragona por "injurias a la benemérita institución".

Manda un telegrama a la mujer de Alberti, María Teresa León: "Yo saludo afectuosamente a todos los trabajadores de España, unidos en este día Primero de Mayo por el violento deseo de una sociedad más justa". Anuncia que está trabajando en una nueva obra. Predice que el día en que el hambre desaparezca "va a producirse en el mundo la explosión espiritual más grande que jamás conoció la humanidad. Nunca jamás se podrán figurar los hombres la alegría que estallará el día de la Gran Revolución...". Lo dice el 7 de abril a un periodista de *La Voz*.

El 11 de julio de 1936 Federico tomaba en casa de Pablo Neruda un gazpacho andaluz. Rafael Alberti proclama su deleite. Llegó el diputado Fulgencio Díez Pastor y anunció que un levantamiento estaba previsto para el día 15. Mussolini había invadido Etiopía y Hitler ocupaba Renania. En el club Anfístora se ensayaba otra obra de Federico, *Así que pasen cinco años*. Había quienes esperaban que Radio Ceuta dijera en sus ondas una frase clave: "Sobre toda España el cielo está sin nubes".

Federico era un hombre de desaparecidas y silencios. Solía esconderse incluso de sus amigos. Se hacía humo. Se perdía como tragado por la tierra y luego asomaba con cara de niño culpable. Después de una de estas esfumadas reapareció en la taberna de la calle de la Luna, sacó un pañuelo blanco de su bolsillo, lo extendió en el suelo y se hincó ante Pablo, pidiéndole perdón con toda la gracia y la picardía de la gitanería mundial.

Para que le echara una mirada le entregó un nuevo libro, alrededor de veinte poemas, titulado *Sonetos del amor sombrío*. ¿Qué pasó con ellos?, se preguntaba Neruda. ¿Fueron fusilados?

Para la noche del 18 de julio de 1936 Neruda se había citado con Federico a fin de asistir al *catch as catch can*, que dirigía en Madrid un chileno, Bobby Deglané. Luego Neruda averiguó que Federico se había ido a Granada. El auto, en camino al circo Price, fue detenido por las Milicias, que ya comenzaban a actuar.

Cuando Federico decide irse a Granada, Díez Pastor le dice: "Quédate aquí; en ningún sitio estarás más seguro que en Madrid". Contó que un amigo le había gritado "¡Vete, Federico!". Después se descubrió que era uno de los jefes de la Quinta Columna. Federico llegó a Granada el 17 de julio por la mañana. Radio Ceuta dijo la frase inocente: "Sobre toda España el cielo está sin nubes". Y estalló la sublevación. Ese día se levantó en

armas la guarnición de Melilla, comenzando la Guerra Civil, que dejaría el saldo de un millón de muertos. El 18 de julio era San Federico. La muerte había marcado con una cruz al poeta que un día escribió: "¡Qué raro que me llame Federico!"

70. Ejecución en Víznar

En la noche del 17 en Granada se conoció la caída de Melilla. El Gobernador Militar, general Campíns, recibió un telegrama-comunicado del Gobierno: "Una sublevación militar ha estallado en África. Distribuya las armas". Aseguró que no habría ni un soldado rebelde. Pero la Quinta Columna mandaba en el Ejército. El pueblo pedía armas. En respuesta, los facciosos coparon los mandos militares y el 20 de julio tomaron prisionero al alcalde, doctor Fernández Montesinos. Hasta ese día, García Lorca andaba por la calle. A partir de aquel momento, se encerró en la Huerta de San Vicente. Había pensado escribir una nueva pieza de teatro: *Los sueños de mi prima Aurelia*. Federico niño sería el personaje central. Fueron a registrar la Huerta de Tamarit, donde vivía su tío Francisco. García Lorca fue detenido en casa de la familia Rosales, por Ruiz Alonso, diputado de Falange. Se despidió de sus amigos con un "¡Hasta pronto! ¡Que se ocupen de mi defensa!". Pidió que le enviaran mantas y tabaco. De todos los que quisieron verle, sólo pudo entrar a la prisión Manuel de Falla. El músico dijo: "Vengo como artista y como cristiano". La respuesta que le dieron fue: "Todo es inútil... Por su propia seguridad, le ruegan que no se mezcle en este asunto. Por otra parte, García Lorca ha sido fusilado esta noche".

Era mentira.

En 1935 Federico había dicho a Carlos Morla: "¡Yo le tengo pánico a la muerte, no por lo que venga después, cosa que me tiene sin cuidado, sino por el espanto que me infunde la idea de que puedo 'sentir que me voy', que me voy a despedir de mí mismo!". Cierta coincidencia. Laura Reyes testimonió que las últimas palabras de su hermano Pablo fueron: "Me voy, me voy".

García Lorca gustaba confesar su rubores: "Yo me tengo un gran cariño". Sentía mucho miedo a la sangre. Le oía a Pablo contar que creía a ojos cerrados en signos de mal agüero y ciertas supersticiones gitanas. Por ejemplo, no se debe atravesar el océano, porque se orina sangre.

Cuando Federico nació, su cuna, Fuente Vaqueros, se llamaba Asquerosa. Dicen que lo visitó en su asquerosa celda el mismo sacerdote de su infancia, el cura Enrique Palacio lejano pariente suyo. No está comprobado.

Por la noche requisaron el coche a un muchacho bien de Granada. Hicieron subir en la puerta del Gobierno Civil a Federico García Lorca y a un empleado del Ayuntamiento de Granada, que era cojo. Iban vigilados por dos falangistas y dos guardias. Federico pensó que se trataba simplemente de un cambio de cárcel. Dijo al cojo, como para tranquilizarlo: "Haremos un guñol.... montaremos obras de teatro". Llegaron a la pequeña plaza de Víznar. Luego siguieron hasta Alfacar. Bajaron al funcionario cojo. Y Federico escuchó disparos. Luego le llegó su turno. Empezó a gritar: "¡No me podéis matar! ¡Yo no he hecho nada! ¡Yo no soy comunista! ¡Yo soy católico!". Se sostiene que pidió un confesor. Se lo negaron, insultándolo. No pudo recordar, en medio de su pavor, el "Señor mío Jesucristo". Entonces rezó un Padre Nuestro. Fue ejecutado en Víznar, a un tiro de piedra del estanque que llaman Fuente Grande. Hay allí dos colinas rocosas que forman un barranco. En la ladera, un bosque de pinos. Cavaron una fosa al medio de un pinar, en el lugar preciso donde hay un olivo muy solo, abandonado de sus congéneres, ejemplar único de su especie en aquel bosque de Andalucía.

La noticia de la muerte de García Lorca llega a Madrid el 9 de septiembre. Neruda se entera por los gritos de los vendedores de periódicos: "¡Federico García Lorca, fusilado en Granada!". *El Sol* dudaba. Tituló la primera página: *Sobre supuesto asesinato de García Lorca*. Lo que se daba por comprobado era el fusilamiento del alcalde socialista de Granada, casado con la hermana mayor de Federico. Al día siguiente se publica un telegrama de Herbert George Wells, presidente del Pen Club de Londres, quien, dirigiéndose a las autoridades de Granada "desea con ansiedad noticias de su distinguido colega Federico García Lorca, y agradecería grandemente la cortesía de una respuesta". La cortesía vino redactada así: "Ignoro lugar hállase don Federico García Lorca. Firmado: Coronel Espinosa". El coronel, tal vez, no sólo ignoraba el paradero de don Federico García Lorca, sino también que existía o hubiera existido un poeta de ese nombre, asesinado por la banda que dirigía Ramón Ruiz Alonso.

Luego no pudieron negar el hecho del homicidio. En noviembre de 1937 el corresponsal del diario *La Prensa* de Buenos Aires, según consta en las *Obras completas del Generalísimo*, preguntó a Francisco Franco: "¿Han sido fusilados escritores españoles de

fama mundial?”. La respuesta del Generalísimo fue: “Se ha hablado mucho en el extranjero de un escritor granadino; se ha hablado mucho porque los rojos han agitado este nombre como un señuelo de propaganda. Lo cierto es que en los momentos primeros de la Revolución, en Granada, este escritor murió mezclado con los revoltosos. Son los accidentes naturales de la guerra. Granada estuvo aislada durante muchos días, y la locura de las autoridades republicanas, repartiendo armas a la gente, dio lugar a chispazos en el interior, en alguno de los cuales perdió la vida el poeta granadino”.

Neruda no aceptaba en esa muerte ni la casualidad ni el azar, ni menos la responsabilidad de las autoridades republicanas. Para él, Federico García Lorca “era popular como una guitarra, alegre, melancólico, profundo y claro como un niño, como el pueblo. Si se hubiera buscado, difícilmente, paso a paso por todos los rincones a quién sacrificar, como se sacrifica un símbolo, no se hubiera hallado lo popular español, en velocidad y profundidad, en nadie ni en nada como en este ser escogido. Lo han escogido bien quienes al fusilarlo han querido disparar al corazón de su raza. Han escogido para doblegar y martirizar España, agotarla en su perfume más rápido, quebrarla en su respiración más vehemente, cortar su risa más indestructible. Las dos Españas más inconciliables se han experimentado ante esta muerte: la España verde y negra de la espantosa pezuña diabólica, la España subterránea y maldita, la España crucificadora y venenosa de los grandes crímenes dinásticos y eclesiásticos y frente a ella, la España radiante del orgullo vital y del espíritu, la España meteórica de la intuición, de la continuación y del descubrimiento, la España de Federico García Lorca”.²⁸

Aquel hecho le dejó a Neruda todo claro. Le cambió el mundo. Y él cambió la poesía. Había caído sobre ella una bomba, una gota de sangre del poeta sacrificado en el bosquecillo de Víznar. Seguramente esa gota de sangre desbordó un vaso que ya estaba rebosando con muchas gotas de sangre y muchas razones para su evolución o revolución.

71. *El porqué del cambio*

Como hombre tenía que pronunciarse. Sus pronunciamientos los hizo sobre todo a través de la poesía. Se sentó a la mesa y escribió el poema “Explico algunas cosas”:

Preguntaréis por qué su poesía
no nos habla del suelo, de las hojas,
de los grandes volcanes de su país natal?

Venid a ver la sangre por las calles,
venid a ver
la sangre por las calles,
venid a ver la sangre
por las calles!

¿Acaso otra declaración podría ser más explícita e iluminadora sobre el porqué del viraje que afecta todo el sentido de la vida y de la obra nerudianas? En verdad, la Segunda Guerra Mundial había comenzado. No sólo llegaron los moros con los proclamados nacionalistas, sino también los nazis de Hitler y los fascistas de Mussolini. Como buenos escritores, Neruda y sus colegas solían discutir si en España se escribía el primer capítulo o el prólogo de la nueva conflagración mundial. Alberti y los escritores y artistas formaron en el acto una entidad denominada "Alianza de los Intelectuales Antifascistas". Ocuparon el palacio de un aristócrata prófugo, el marqués Heredia Spínola, donde comenzó a funcionar dicho organismo. Editaron un diario para los soldados que llegaba directamente a las trincheras y se leía en voz alta en el frente, *El Mono Azul*, nombre inspirado en el overol de trabajo del obrero español. Habían comenzado los bombardeos contra Madrid. El pueblo asaltó y dominó a pecho descubierto, a punta de coraje, el cuartel de la Montaña. Neruda quedó atónito de ver tamaño heroísmo.

Habían pasado apenas diez días del levantamiento cuando llegó donde Alberti, diciéndole: "Querido *confrère*, aquí te traigo una poesía, la primera poesía para esta guerra. Te pido que la publiques, pero sin mi nombre. Soy todavía un diplomático."

Leímos en Santiago con los ojos deslumbrados aquel primer poema que dejó pasmado a Alberti, cuando se lo llevó: "Canto a las madres de los milicianos muertos".

No han muerto! Están en medio
de la pólvora,
de pie, como mechas ardiendo.
Sus sombras puras se han unido
en la pradera de color de cobre
como una cortina de viento blindado,
como una barrera de color de furia,
como el mismo invisible pecho del cielo.

La Casa de las Flores había sido bombardeada y casi enteramente destruida. Se fue a vivir cerca de la Embajada.

La toma de conciencia se produjo, al parecer, de golpe, en forma súbita; pero hay en esa impresión algo engañoso. No operó en el vacío ni puede causar extrañeza. En realidad, fue la culminación de un proceso acumulativo. Una línea continua-discontinua de responsabilidad social recorre largas extensiones de su vida, desde el niño de Temuco, que se rebela ante la existencia burguesa y la injusticia y lo dice con su poesía primeriza y sus artículos de aprendiz. Prosigue su curso en el poeta de la generación del año veinte, que escribe "Carteles" incendiarios para el periódico *Claridad*. De joven supo que su corazón estaba al lado izquierdo. El antiguo proceso avanza hasta una definición orgánica en ese hombre que acaba de cumplir treinta y dos años. Ahora siente no sólo el corazón a la izquierda. Sabe también su conciencia a la izquierda. Su conciencia herida por el lanzazo de la inmolación del amigo y poeta en quien él compendia la gracia de la vida y la luz de una creación sin pausa. No lo mueve un ansia primitiva de desquite. Es algo más grande. Para él todo encierra una trágica moraleja: la definitiva comprobación de que el fascismo es incompatible con la inteligencia. Así lo piensa. Por tanto, concluye, es también enemigo personal suyo. Es enemigo de la poesía, del arte, del Hombre. Y lo combatirá con todas sus energías, *donde pueda y como pueda*, juntándose con todos los dispuestos a resistirlo. El dónde y el cómo radica en su caso, más que nada, en la obra que escriba. Se pone a la tarea, y en pocos meses, como un médium, como si la mano recibiera el dictado de la historia que lo rodea, completa un libro de catarsis, que expresa y sintetiza el violento cambio que la guerra, partiendo por el asesinato de García Lorca, ha producido en su espíritu. Este libro se llama *España en el corazón*, que Louis Aragon saluda como "la introducción más gigantesca a la literatura moderna de nuestro tiempo".

Poco después, febrero de 1937, en una conferencia en París, explica en prosa lo que había explicado en poesía: "Muchos quizá esperaban de mí tranquilas palabras poéticas distanciadas de la tierra y de la guerra... No soy político ni he tomado nunca parte en la contienda política, y mis palabras, que muchos habrían deseado neutrales, han estado teñidas de pasión. Comprendedme y comprended que nosotros, los poetas de América española y los poetas de España, no olvidaremos y no perdonaremos nunca el asesinato de quien consideramos el más grande entre nosotros, el ángel de este momento en nuestra lengua [...]"

No podremos nunca olvidar este crimen, ni perdonarlo. No lo olvidaremos ni lo perdonaremos nunca. Nunca".²⁹

Obsérvese que Neruda declara: "No soy político ni he tomado nunca parte en la contienda política...". De la ideología anárquica de su primera juventud aún le queda cierta desconfianza por la palabra *política*. Pero ese mismo párrafo es una demostración práctica de cómo un hombre puede llegar a la política empujado por la vida. Conste que lo afirma cuando en los hechos él ya está participando a fondo en la *contienda política*. Por esos días agrega que no es comunista ni socialista. Tampoco está fingiendo. Pero no es un neutral. Es un antifascista, definición política del poeta. Años más tarde dirá, a la luz de una perspectiva aclarada por el tiempo: "Creo haber actuado en España como comunista". No hay sino una contradicción aparente en sus aseveraciones. El proceso de toma de posiciones estaba en marcha en su conciencia. Y un día habrá que comprender que la muerte de Federico fue un catalítico: no el único hecho determinante de su actitud. En el fondo estaba definiendo una postura total frente a la sociedad, basada no sólo en lo que sucedió con un hombre, por muy entrañable que le fuera, sino por lo que sucede con miles de millones de hombres en la tierra.

72. *El libro de España*

Publicada primero en poemas dispersos, la obra debía aparecer originalmente en Madrid, con un prólogo que había escrito Rafael Alberti. Ese proyecto no vio la luz. Salió, en cambio, esa edición catalana impresa como un acto de guerra, con la colaboración de los soldados del Frente del Este.

España en el corazón conoció peripecias editoriales dignas de su contenido y de las circunstancias en que nació. El poeta Manuel Altolaguirre contó en una carta de 1941 cómo se hizo el libro en 1938, no lejos del estruendo de la artillería. "Fue impreso en el Monasterio de Montserrat, donde los frailes tenían uno de los mejores talleres de Cataluña... Nos enteramos que cerca del Frente, en Orpi, había una fábrica de papel abandonada y decidimos ponerla a funcionar... El día en que se fabricó el papel del libro de Pablo, fueron soldados los que trabajaron en el molino. No sólo se utilizaron las materias primas que facilitó el Comisariado (papel y trapos), sino que los soldados echaron en la pasta ropas y vendajes, trofeos de guerra, una bandera

enemiga y la camisa de un prisionero moro. El libro [...] fue compuesto por los soldados tipógrafos e impreso también por soldados.”

Alberti piensa que esa obra de Neruda es el libro más grande que ha creado la guerra de España. ¡Atención! *Lo ha creado la guerra a través de un hombre traspasado*, escrito por un poeta que convirtió el drama en obra de arte. Es, además, la obra que señala su trasbordo de la poesía introvertida a la poesía pública.

Alberti anota otro libro igualmente transido que surge del hecho terrible: *España, aparta de mí este cáliz*, de ese César Vallejo, peruano, a quien evoca como muy silencioso, muy misterioso.

Tercera residencia es el título genérico que contiene cinco partes disímiles: 1. “La ahogada del cielo.” 2. “Las furias y las penas.” 3. “Reunión bajo las nuevas banderas.” Luego viene como cuarta parte “España en el corazón”, y una quinta, “Canto a Stalingrado”. O sea, la *Tercera residencia* es un viaje entre dos mundos, entre dos situaciones, entre dos épocas, emprendido por un pasajero que muda por la fuerza de la experiencia sufrida. Esta travesía por el tiempo y los acontecimientos dura diez años, de 1935 a 1945.

En la primera parte, el poeta del *Caballo Verde* cabalga desde las desolaciones del Asia hacia un paisaje distinto, dominado todavía por una sensación de inutilidad. “No soy, no sirvo, no conozco a nadie.” El solitario continúa dispuesto a seguir siendo un solitario. “No me llaméis: mi ocupación es ésa./ No preguntéis ni mi nombre ni mi estado./ Dejadme en medio de mi propia luna,/ en mi terreno herido.”³⁰

Camina por Europa. Pero su poema “Bruselas” lo describe aún “muriendo de nocturno.... vegetalmente, solo”. Semejante es la atmósfera de “El abandonado”. Están escritos en la víspera de la luz que proyecta la catástrofe. En 1934, tomando pie en un verso de su amargo e idolatrado Quevedo —“hay en mi corazón furias y penas”— escribe un poema singularmente fuerte, “Las furias y las penas”. Es como un hermano mayor de *El hondero entusiasta*. La coronación de la poesía erótica, donde el amor se mezcla con el odio.

Recuerdo sólo un día
que tal vez nunca me fue destinado,
era un día incesante,
sin orígenes. Jueves.
Yo era un hombre transportado al acaso
con una mujer hallada vagamente,

nos desnudamos
como para morir o nadar o envejecer
y nos metimos uno dentro del otro
ella rodeándome como un agujero,
yo quebrantándola como quien
golpea una campana,
pues ella era el sonido que me hería
y la cúpula dura decidida a temblar.³¹

“Apartando las sílabas del miedo y la ternura,/ interminablemente exterminado”, va el poeta en “Reunión bajo nuevas banderas”, atravesando por el túnel del espacio intermedio. Allí tiene un sueño: juntar sus pasos de lobo a los pasos del hombre. No se regocijará más en su tristeza. Desalojará el culto de los dolores voluptuosos. Terminará con las lágrimas como respuesta o desahogo. No buscará más “asilo en los huecos del llanto”.

Dentro del mismo libro se produce, de repente (el *de repente* es la tragedia en que se ve envuelto), la mudanza, ruptura y quiebre que, en el fondo, encierra una esencia que actúa bajo nuevas condiciones.

España en el corazón. Himno a las glorias del pueblo en guerra (1936-1937) es realidad tremenda y poesía esplendente. Su estructura parece la de un poema antiguo: invocación, maldición, relato, análisis de las causas, explicación, exaltación, retrato del pasado, crónica de la guerra, dantesca condenación del General Franco a los infiernos, canto sobre unas ruinas, paisaje después de una batalla. Por su aliento épico huele a epopeya.

Pero el poeta que aún dice no ser político en su poema “España pobre por culpa de los ricos” maldice a “los que no adelantaron a la solemne patria/ el pan sino las lágrimas”. Somete a crítica la tradición, “llena de mocos muertos”. O sea, formula un juicio que cae de bruces sobre el campo político.

De pronto se entrega a la sugerencia, a la sensual o austera musicalidad de la pronunciación de los nombres de los pueblos del país incendiado. Casi todo su extenso “Cómo era España” es una enumeración de la toponimia de aldeas peninsulares. No agrega un adjetivo. Simplemente las nombra. Y ésa que pudiera parecer guía onomástica o turística adquiere, gracias a la selección del poeta de la palabra insinuante, el valor de un retrato interior de la geografía y del alma de España. Es una resonancia que viene de las vertientes ibéricas, romanas, judías, godas, árabes. Seducen el oído del poeta, que descubre en esos nombres el mensaje mezclado de muchos siglos e historia.

Nombrándolos, se ha dado en el libro tres minutos de respiro para volver enseguida a la epopeya, de la cual ha tenido el privilegio de ser testigo con la "Llegada a Madrid de la Brigada Internacional". "Entonces, quebrando la escarcha del mes de frío de Madrid, en la niebla/ del alba /he visto con estos ojos que tengo, con este corazón que mira,/ he visto llegar a los claros, a los dominadores combatientes/ de la delgada y dura y madura y ardiente brigada de piedra."

El vuelco lo explicó varias veces Neruda. El hombre, el poeta, emergió de España transfigurado. Como la salamandra legendaria pasó por el fuego, sobrevivió pero salió distinto. En marzo de 1939, en la nota que precede a la publicación de "Las furias y las penas", recuerda una conclusión iluminadora y terminante: "En 1934 fue escrito este poema. Cuántas cosas han sucedido desde entonces! España donde lo escribí, es una cintura de ruinas. Ay! si con sólo una gota de poesía pudiéramos aplacar la ira del mundo, pero eso sólo lo puede la lucha y el corazón resuelto".

La lucha y el corazón resuelto son el secreto explicativo de la metamorfosis que representa en la obra nerudiana *España en el corazón*. Como él mismo lo dijo, él había cambiado, su poesía había cambiado. En cierto sentido nos encontramos frente a un nuevo Neruda.

73. *El poeta en la calle y una mujer fatal*

El señor cónsul había perdido la compostura. Abandonó todo el recato que al principio cuidaba. El embajador de Chile en España, Aurelio Núñez Morgado, perdió a su vez la paciencia. Esto no le costó demasiado. Era un politicastro de viejo cuño. Miembro de un fantasmal Partido Radical Socialista, adicto a la persona del Presidente Arturo Alessandri Palma, había pasado del Parlamento a la diplomacia, donde estaba dispuesto a interpretar al pie de la letra el carácter derechista del Gobierno imperante en Chile. La embajada se había convertido en un hotel-refugio de la Quinta Columna. Seguramente no lo hizo por designio propio, sino obedeciendo instrucciones de la cancillería de Santiago. Su Gobierno profesaba simpatías por los facciosos. Cuando se decidió en Ginebra, en la sesión de la Liga de las Naciones, el asiento semipermanente que correspondía a la República Española, el representante de La Moneda, propie-

tario de la empresa *El Mercurio*, Agustín Edwards MacClure, votó por la exclusión.

En el consulado de Madrid trabajaba por las tardes Luis Enrique Délano, que dedicaba las mañanas a estudiar Letras en la Universidad. Compartió con su antiguo amigo y contemporáneo (Délano tenía tres años menos) no sólo menesteres funcionarios sino, ante todo, la angustia por el destino de España. Sobre ambos, el drama que estaban viviendo causó un efecto similar. Les cambió la vida. No guardaban en el misterio su posición. Por lo demás, Neruda se había convertido en hombre público, en poeta de la guerra española. Lo hacía sin pudor. Había atravesado el Rubicón. El embajador informaba acuciosamente sobre cada paso suyo a Santiago. No era indispensable, porque el cable transmitía las actividades abiertamente comprometidas del cónsul, que violaban la retórica neutralidad del Gobierno que representaba.

Por eso no fue una sorpresa el decreto que lo destituyó. Pablo Neruda fue puesto de patitas en la calle. Era el segundo poeta excluido del consulado en Madrid en poco tiempo. Se quedaba en la calle de una ciudad bombardeada que seguía resistiendo el asalto. En la calle, pero no solo, sino, a su juicio, muy bien acompañado.

Tampoco se asombró por su reacción. No estaba asustado de ningún modo. Tal vez era mejor. Podría así luchar con las manos libres. En cuanto a comer, ¡se las arreglaría!

El niño de la precaria casa de tablas temucanas, cuando llegó a su primera madurez, hizo unos metros de camino con una criatura nacida en cuna de oro, que, con una infancia digna de la descripción de Henry James, se aburría en la mansión edwardiana de Nevil Holt. Cuando muchacha bebió "hasta verte Cristo mío" la bohemia literaria, como Neruda en los años veinte, pero no en el bar Hércules, en el caótico barrio San Pablo, de Santiago, sino en altos y bajos fondos londinenses.

Luego ella se entregó con pasión absoluta y sincera a los desafíos políticos de la década del treinta. Y en esto coincidió con nuestro poeta. Ella se insurreccionó con bombos y platillos, a toda orquesta, contra su aristocrática familia y su medio, embistiendo en particular a su madre, amante del célebre director de orquesta Sir Thomas Beecham. Ella pertenecía al círculo íntimo de Eduardo VIII y Wallys Simpson. Nancy abominó de las convenciones sociales y sexuales y pagó un precio cruel por su revuelta. Observaba a su alrededor con aire interrogativo. Cuando la veíamos en Chile mirando con sus perforantes ojos azules

nuestro pequeño mundo marginal, nos surgía una duda: ¿Quién es? ¿Qué es esta mujer? Irradia un hechizo, pero también algo maldito e inasible. ¿Jezabel, mujer fatal, o Lulú endemoniada?

En el verano y otoño de 1936, en su primer viaje a España, durante la Guerra Civil, Nancy Cunard contrajo dos amistades que se mantuvieron largamente. Una, con Ángel Goded, portero del Hotel Majestic, de Barcelona. Y otra, con Pablo Neruda, a quien encontró en Madrid.

Su contradictorio compatriota George Orwell llegó por esos mismos días a Barcelona y describió la atmósfera en que los mozos de café y los dependientes de tienda miraban derecho a los ojos de los parroquianos y los trataban de igual a igual. Nancy, a cuya excentricidad perversa el chismorreó generalizado atribuía su gusto por las relaciones con los gondoleros, los empleados de hotel y los choferes de taxi, nadaba en su elemento.

Ella encontró al plebeyo cónsul chileno infinitamente más simpático que el cónsul de Gran Bretaña. Lo sintió un ser caloroso, que amaba la compañía, la buena mesa, el vino y las mujeres. Nancy lo fascinó y la presentó acto seguido a sus amigos, los poetas españoles. Nancy, a los cuarenta, causó en ellos el mismo efecto que produjo a los treinta sobre los surrealistas.

Tenía que dedicarse a defender la República por todos los medios a su alcance. En 1936 apareció, dirigida por él y por la escritora inglesa Nancy Cunard, la revista *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo español*. Cada número contenía poemas en inglés, en francés y en español. Se puso a la venta en Londres y París, destinando el dinero recolectado a la causa republicana. Colaboraban antiguos amigos de Nancy Cunard, Tristan Tzara y Louis Aragon, que le entregaron poemas, así como Langston Hughes, Nicolás Guillén, Brian Howard y otros bien conocidos. Las colaboraciones en español estaban a cargo de Pablo Neruda, Federico García Lorca, Rafael Alberti, Raúl González Tuñón, Vicente Aleixandre.

De acuerdo con sus amigos españoles, se concluyó que el lugar donde él sería más útil era Francia. Neruda viajó luego a Reanville para ayudar a Nancy en sus trabajos de imprenta. En París se publicaron cinco números. La revista fue un ejemplo seguido en varios países del mundo con algunas variaciones. Incluso en Santiago se publicó una pequeña notable antología de poetas chilenos dedicada al pueblo español.

Nancy Cunard fue un mito de la época. *Femme fatale*, me fue presentada por Neruda, a quien acompañé a visitarla, en un hotel de quinta categoría en Santiago, adonde había llegado después

de la caída de la República. Heredera de la Cunard Line, Aldous Huxley la pintó como Lucía Tantamount, en *Contrapunto*, venganza por despecho de un enamorado no correspondido. Ella se le convirtió en una obsesión. La transformó en antiheroína en varias de sus novelas. Es la mujer desbrujulada de *Círculo vicioso*. La peligrosa aristócrata juega un momento con el ratón agudo y lo despide sin comérselo porque no lo encuentra agradable a su paladar. En una operación de exorcismo, Huxley intenta librarse de su pasión desgraciada fijándola en el papel. Ella es la anti Reina Victoria. Sólo que aquí se llama Myra Viveash. Ojos de gato siamés. Se desplaza como flotando o como si caminara sobre el filo de una navaja. Evelyn Waugh la llevó a la novela con el nombre de Virginia Troy. Su imagen es la del fantasma novelesco y romántico que se ha paseado entre las dos guerras, la última de esas mujeres exquisitas, agentes de la condenación, dotadas de voz desfalleciente, que hacían agonizar a los hombres. Ella había pasado de la admiración por Meredith a Proust. Le gustaba el absintio, porque lo saborearon Baudelaire y Oscar Wilde. Se entusiasmó alguna vez por Bernard Shaw. Discutió con T.S. Eliot, y se apasionó un momento por D.H. Lawrence. La enloquecieron la explosión cubista, las esculturas de Epstein, la música de Stravinski, los ballets rusos representados por Diaguilev y Fokin en París y el jazz americano. Se aproximó al surrealismo. Louis Aragon la coloca en el centro de su novela *Blanca o el olvido*. Se enamora de Nancy con amor que exige exclusividad. "En mi vida hubo una mujer, que era muy bella, con la cual viví varios años y con la cual, en realidad, yo no estaba hecho para vivir." Cuando en Venecia él la amenaza con suicidarse, Nancy lo exhorta a matarse en el acto, añadiendo que quedaría muy asombrada si él tuviera la valentía de hacerlo. Él se va a un hotel e ingiere una fuerte cantidad de somníferos. Vuelca su sentimiento en el "Poema para gritar en las ruinas", publicado como parte de un libro con título paradójico, *La gran alegría*.

En *El negro y Milady*, ella anuncia en letra impresa: "Yo tengo un amigo negro, un amigo íntimo". Se trataba de espantar a su madre. Llegó a España como reportera de la "Associated Negro Press". Allí conoció a Neruda. Había ido a verlo al consulado en Madrid. Él tenía entonces treinta y dos años, ocho menos que ella. Pablo quiere convertirse en tipógrafo. Llegó a su casa en el sur de Francia para ayudarla a imprimir la serie *Los Poetas del Mundo Defienden al Pueblo Español*. Neruda era un cajista mediocre. La palabra *párpados* la transformaba en *dárda-*

pos. Ella luego le escribía desde Londres "*Mon cher Dárdapo*". Llegó a Chile en enero de 1940, después de un viaje en barco de cinco semanas, con una visa que le ayudó a obtener Neruda. Venía acompañada por un joven torero español. Aquí tomó por amante a un poeta desdentado y ebrio, que propinaba a la dama británica correctivos nocturnos que de día la obligaban a disimular los estragos detrás de enormes anteojos oscuros.

Ella vivía de entusiasmo en depresión, debatiéndose con la salud física y mental cada vez más deteriorada. A Neruda le inquietó saber en 1960 que Nancy fue expulsada de España, después de pasar varios días presa en Valencia y luego en Mallorca. Peleaba con la policía donde podía. Provocaba escándalos y pugilatos. Recibía en venganza numerosos puntapiés. Se le acentuó la tendencia a la paranoia. Bebía como un hoyo y padecía delirio de persecución política. Su sexualidad era exhibicionista y se acompañaba con borracheras en público que a menudo significaban espectáculos callejeros. "Perturbaciones psíquicas agravadas por el alcohol" fue el diagnóstico de un médico que la examinó. A su juicio era una etílica que debía ser puesta bajo tutela. En la diaria embriaguez su palabra se tornaba incoherente. Sus agresiones verbales se volvieron desenfrenadas y temibles. Vino una reclusión en el hospital Saint Clements, del East End, en Londres. Ella escribió apasionadas denuncias, con estilo y fundamentación ideológica, dirigidas a jefes de Estado, incluso Jruschov, reclamando que la liberaran. Salió, pero cayó de nuevo en la jaula de las locas durante cuatro meses, esta vez en el asilo Holloway. Su amigo Charles Burkhardt explicó su situación: "Está enloquecida, pero no es loca". Su antiguo enamorado, Louis Aragon, tomó la lanza de escribir y salió en defensa de la mujer por la cual intentó suicidarse. Georges Sadoul condenó su internación en un manicomio. El poeta norteamericano Walter Lowenfels intercedió también por ella. Pensaba que era una víctima de sí misma; pero también de la Guerra Fría. Neruda en 1960 estaba en Chile, muy lejos. Ella misma calificó su caso de "locura administrativa". Sufría los horrores del Leviatán moderno. Abandonó el asilo el 10 de septiembre.

Las crisis se agravaron con el tiempo. A ratos perdía la razón y deliraba. Fue quedando literalmente en los huesos. Durante el último año de su vida no pesaba más de 26 kilos. Parecía una sobreviviente de Buchenwald o una extrañísima Lady, con collares africanos al cuello, que traía a la mente a los hambrientos de Biafra. Tenía un fémur fracturado. Hablaba sin parar. Volvía a

la reminiscencia de sus amores, lanzaba imprecaciones exaltadas contra los mil veces execrables fascistas, cuya lista era cada día más extensa.

Un día extenuante y de pesadilla comunica a sus exhaustos amigos Sadoul y Michelet que tiene una pieza reservada en un hotel de París de ínfima clase. Está en el tercer piso y no hay ascensor. La sostienen para subir a pie. Quiere hacerlo sola, a pesar de la pierna quebrada. Se sienta en los peldaños a fin de recuperar fuerzas. El viaje alucinante hasta su cuarto dura cerca de dos horas.

Los clientes subían a sus habitaciones y se asombraban y asustaban al ver sentado en la escalera a este fantasma que les hacía preguntas estrambóticas. “¿Conocen a Pablo Neruda? ¿Piensan ustedes que obtendrá el Premio Nobel de Literatura este año?” Luego pidió a sus acompañantes averiguar si Samuel Beckett estaba en París. Quería que viniera a verla. “Transmítale el siguiente recado: ‘Esta mujer —se refería a sí misma en tercera persona— acaba de festejar hoy su 69 cumpleaños y entró en su año 70.’”

A la mañana siguiente, cuando la fueron a ver, supieron que había escapado del hotel. Tres días más tarde, la que fuera imagen herética de la Inglaterra intelectual entre las dos guerras, expiraba en el mismo hospital Cochin donde seis años después Neruda sería operado de un mal que, en 1973, lo llevaría a la muerte.

Permaneció en Chile veinte meses. Siguió haciendo su vida hasta que un cuarto de siglo después, convertida en un espectro, el 16 de marzo de 1965 murió sola en la cámara de oxígeno de la sala común de un hospital parisiense. El *Evening Standard* dio el “Adiós doloroso a una reina de los años veinte”. George Sadoul, en *Les Lettres Françaises*, enriqueció su imagen. “Fue algo más —dijo— que una figura excéntrica de los años locos. Alrededor de su sombra, flotan los blues y los spirituals afroamericanos, las baladas de la España republicana y los himnos inmorales de la poesía francesa moderna.”³²

Hela aquí frente a nosotros en un hotelucho de mala muerte, en Santiago, de nuevo frente a su amigo Pablo, con el cual trabajó durante días inolvidables en esa colección que ella estimó una de las cosas sustanciales que hizo en su vida.

Biznieta del fundador de la Cunard Line, la primera compañía transatlántica de navegación a vapor, Nancy se hundió como el *Titanic*. Chocó con un inmenso y duro iceberg: su clase. En su caso la decadencia personal era tan visible y lamentable que el

nafragio en apariencia echó a pique sólo una pobre barca desarbolada. Pero orgullosa hasta el fin de su soberbia y de su trágica rebeldía, ella se sumergió en el océano con la bandera izada, librando desafiante su última batalla.

74. *Pasiones literarias*

El poeta cesante va a mostrar ahora su alma de organizador. Junto con César Vallejo funda en París el *Grupo Hispanoamericano de ayuda a España*. Escritores franceses le piden a Neruda que ayude a asegurar la participación de hombres de letras de su continente en el Congreso que debía realizarse en la Península. Acepta de buena gana. Le fijan un pequeño sueldo. Es un trabajo intenso y prolijo. Hay que hacer la selección, las listas de invitados. Y él conoce mejor que nadie quién es quién en la literatura latinoamericana. Se necesita escribir muchas cartas. En esa hora, virtualmente todos los autores de nombradía simpatizan con la República española agredida. El II Congreso Internacional de Escritores se realizó en julio de 1937, en Madrid y Valencia. Entre ellos estaban presentes André Malraux, Louis Aragon, Ilya Ehrenburg, Waldo Frank, Ernest Hemingway, muchísimos más.

Desde América Latina vinieron numerosos escritores, entre otros, Nicolás Guillén, Juan Marinello, de Cuba; Octavio Paz, de México; de Chile, Alberto Romero y Vicente Huidobro.

Antes de partir, Huidobro había dicho, textualmente, que bajo el firmamento eléctrico de España estalló la bomba. Una horda de traidores y malos hijos se levantó en armas para cortar el camino a la democracia triunfante, impedir la evolución lógica del pueblo, interponer una muralla de fusiles frente al gran destino del hombre en marcha. Eran sus palabras apasionadas. "Nosotros —había dicho—, con el alma anhelante, seguimos las peripecias de la lucha, y es nuestro mayor sufrimiento no estar allí en medio de ese pueblo heroico que defiende el porvenir del mundo..." Antes, su predicción era optimista. "El pueblo español no puede perder. La oculta corriente de la Historia no puede detenerse. El tiempo será suyo, o sea, nuestro." Había entregado este artículo a la prensa para ser publicado precisamente un 12 de octubre, "en el aniversario del magno poema —añadía— escrito por el pueblo español sobre los océanos y los continentes". Terminaba con acento a la vez personal y solemne: "como hijo

de tu raza y de estas tierras que arrancaste al misterio, mi emoción te saluda, España dolorosa y sublime, de pie, y nunca de rodillas”.

Partió en cuanto recibió la invitación. Volvería a París, su segunda o primera patria. Diría “¡Presente!” en medio del fuego a España. Las cosas no salieron como esperaba.

El poeta bilingüe, que escribía en francés y español, percibió que en París, ahora, pasaba por un “meteco” —un extranjero—, y en España, la preocupación era otra: estaba la guerra devorándolo todo, hecha una furia, vomitando muertos en cada recodo.

¿La España del Cid —de su Mío Cid— era la España maldita? De allí venía su sangre, incluso su título nobiliario que desdénaba, Marqués de Casa Real. Había escrito sobre el personaje épico —una encarnación de Huidobro— un poema sobre el cual allí no oyó decir una palabra. Sospechó que Franco triunfaba. Y algo muchísimo peor: comprobó que en el bando republicano otros escritores eran más valorizados que él. El Congreso de Valencia resultó una ofensa para su sensibilidad y orgullo de autoproclamado Padre de la Poesía Nueva. Su historia, que no se parecía a ninguna otra, pasó casi inadvertida. A sus ojos las tácticas jerárquicas establecidas en la reunión le parecieron obscenas. Los nombres de Rimbaud, Mallarmé, Apollinaire, Huidobro eran eclipsados por los gurús de la India, por los Antonio Machado, por los André Malraux y, lo que es un millón de veces más indecoroso, por los Neruda. Los poetas olvidados eran los verdaderos. Se sacralizaba la poesía del arte culinario y eran desconocidos los que escribieron auténticos libros del Descubrimiento.

¿Su espíritu estaba hoy de pie o arrodillado? Si antes era un profeta de la victoria, ¿ahora no vaticinaba la derrota? ¿Pasaba de la esperanza a la desmoralización? No lo sabía bien aún. Y menos podía confesarlo.

Vicente Huidobro se dio cuenta de que en Francia y en España Neruda había adquirido un prestigio que, a su juicio, constituía un escándalo, una estafa. Aparecía como el más sobresaliente intelectual de la América Latina.

Se produjeron diversos incidentes en el tren de París a Madrid, en tierra firme y en el Congreso mismo. Regresó muy decepcionado. Lo vi evasivo. Al principio dijo una frase adecuada a la magnitud de la tragedia. “Lo de España es grande, es noble, es atroz.” Pero volvía derrotado como primer poeta del continente. Me pregunté por qué había ido. Había ido a España porque había que ir a España. No podía quedarse anclado en la

última provincia del mundo cuando los grandes, los semigrandes, el *who is who* de la literatura partía hacia allá, como los sabios tibetanos parten a Katmandú.

Se puso muy triste. En Europa el Maestro no encontró laureles. Vio el Congreso de Escritores de Valencia como un pérfido conciliábulo, un microcosmos antihuidobro. Fermentaban como malos olores glorias fugaces. Se vendían perlas falsas. No hubo allí un reconocimiento a su grandeza. Era un pequeño recinto cerrado, hipócrita, donde se codeaban dioses de barro con los prostitutos y los bandidos de la literatura. Prefería la calle. Sí, pero en la calle caían las bombas. Podría ocurrirle cualquier accidente. Su imaginación, día y noche, trabajaba como una máquina que fabricaba el desencanto.

Neruda cobró para él una connotación demoníaca. El autor de tangos ("El tango del viudo" no era una casualidad sino esa golondrina que hace verano) se le convirtió en una pesadilla. Poetastro fácil, provinciano, audaz, vampiro, vulgaridad infernal.

Un domingo oscuro, al atardecer, nos sentamos con Eduardo Anguita a nuestra mesa habitual de la Fuente Iris. Me puse a leer *El Imparcial*, vespertino negro, la Edad Media impresa que pedía todos los días la crucifixión de la izquierda. En ese momento éramos los únicos clientes. De repente dije a Anguita: "Escucha lo que dice este artículo: España, en el corazón de Neruda". Le leí unos párrafos.

—¿Quién lo firma? —preguntó.

—Justiciero.

—¿Quién es Justiciero?

—Lo reconozco por la voz. Vicente —respondí, con desaliento.

Era un ataque torpemente enmascarado. El autor se hacía pasar por un franquista, enardecido de frenesí antirrepublicano. Gracias a Dios, la España de Neruda llegará un día a caberle en el corazón porque a cada hora se achica más, en virtud de las victorias del Caudillo. La elaboración camuflada del estilo delataba al inconfundible padre del *brulote*. Olía a sus expresiones peculiarísimas, a sus giros intransferibles: algo así como poesía con naftalina, Neruda-tanguista, García Lorca-tonadillera. Vistiendo ese disfraz quemaba todo lo que yo adoraba. Me cayó encima la revelación de una verdad amarga, a la cual con el tiempo resté importancia.

El Congreso de Valencia resolvió constituir Alianzas de Intelectuales Antifascistas en todos los países posibles. Neruda se hizo responsable de esta misión en Chile. Deja el dudoso hotelucho de París donde vive con Delia. Junto con el poeta argentino Raúl González Tuñón y su mujer Amparo Mom, toman un barco de carga francés, para regresar a Chile. Mirando el mar desde la cubierta traza un balance mental: el Congreso de Intelectuales ha sido un acontecimiento, pero la República está al borde del colapso. Mira a su alrededor y el panorama es inquietante. Se vive el auge del nacionalsocialismo. Él no se dará punto de respiro.

En Chile la guerra de España se siente como propia. Se ha constituido hace poco tiempo el Frente Popular, formado por los partidos Radical, Demócrata, Socialista, Comunista y por la Confederación de Trabajadores de Chile. A menudo hay enfrentamientos callejeros con los nazis, encabezados por González von Marées. El ambiente está caldeado y la primera noticia de todos los días concierne a España. Neruda es recibido en su patria como el chileno más directamente vinculado a la causa del pueblo en armas.

Hace un estreno fulgurante, que en algo recuerda el discurso "al alimón" con García Lorca, en Buenos Aires. Pero ya Federico no puede hacer discursos en ninguna parte sobre la tierra. Lo ha sacrificado el fascismo que Neruda viene a denunciar, para poner en estado de alerta a Chile, como parte de un mundo que vive bajo su amenaza.

No es un torero al alimón, pero sí, también, un discurso a dúo dicho un domingo por la mañana en un Teatro Municipal de Santiago repleto hasta los topes, sacudido por la emoción ante lo que oía. Lo hacen el poeta chileno Pablo Neruda y el poeta argentino Raúl González Tuñón. El tema es un original informe sobre la situación española, el cuadro ardiente, más palpitante, convincente y estremecido que ese auditorio haya escuchado. Magia de la poesía-verdad, dicha por particulares reporteros que vienen directamente de la línea del Frente. Ese día el Teatro Municipal se llena con el humo de las batallas y oye el caer de la sangre.

Tanto los transmisores del mensaje como aquellos que lo reciben perciben que donde dice España podría escribirse la palabra Chile. También se corre el albur de que el fascismo se deslice un día en nuestra patria.

Neruda se reveló esa mañana ante el público sobrecogido como una personalidad que fundía la turbadora y penetrante grandeza de la poesía con la reciedumbre de la definición civil. Se demostró capaz de remecer el corazón y de sobresaltar la inteligencia con la explicación clara de la tragedia que se movía allá y del peligro parecido para mañana o pasado en su propio país.

En una fecha deliberadamente escogida, el 7 de noviembre de 1937, vigésimo aniversario de la Revolución de Octubre, Pablo Neruda constituyó en el Salón de Honor de la Universidad la Alianza de Intelectuales de Chile. En ese mismo acto se le eligió Presidente. La Alianza ha sido el más vasto y activo movimiento de difusión de la cultura en los anales del país. Agrupaba gente de todas las disciplinas del arte y del saber. Estaba también representada en sus registros toda la amplitud del arco de tendencias estéticas, concepciones políticas, ideologías, creencias, salvo los fascistas y los reaccionarios. Trabajaron en ella centenares de intelectuales, entre ellos, Alberto Romero, Juvencio Valle, Ángel Cruchaga, Antonio Quintana, Humberto Díaz-Casanueva, Judith Weiner, Francisco Coloane, Carlos Vicuña Fuentes, Roberto Aldunate, Acario Cotapos, Luis David Cruz Ocampo, Gabriel Amunátegui, Guillermo Labarca, Rubén Azócar, Óscar Castro, Gerardo Seguel, Bernardo Leighton, Sergio Larraín, etcétera.

La Alianza de Intelectuales actuó con métodos específicos, usando sobre todo una herramienta que no tiene gran difusión en el país, ni merece mucho respeto a los círculos oficiales: la página impresa. El 24 de diciembre de 1937 se inaugura en la Alameda la primera Feria del Libro. Se transforma en una tradición, que más tarde los regímenes iletrados harían desaparecer como si fuera un engendro de Satanás.

La Alianza era un colmenar que no sólo funcionaba en la capital. Se crearon núcleos en Iquique, Antofagasta, Valparaíso, San Felipe, Rancagua, Concepción, Temuco y otras ciudades. Neruda despliega un dinamismo muy personal. Formula las reivindicaciones de su gremio e inicia una campaña en defensa del derecho de propiedad literaria.

Se abre un período nuevo en su vida. Está en el centro del movimiento cultural. Es un motor de la solidaridad con España. Actúa en la política chilena como una singularísima figura del Frente Popular y trabaja en la propaganda de su candidato presidencial, Pedro Aguirre Cerda.

Tal vez esa actividad aquiete un poco su fresca y dolorida memoria de la muerte en grande que acaba de dejar. Siente que necesita reencontrarse con su patria, con la vida y participar en la lucha organizada.

76. *Agua de vida y muerte*

En ese momento vienen a golpearlo cercanas muertes sucesivas. Recibe la noticia de que un poeta al cual juzga imponente como los Andes peruanos, quien durante su último período europeo trabajó codo a codo con él, abogando por la República española, ha sucumbido en París. Una "Oda a César Vallejo" recordará la piedra de su rostro surcado por arrugas profundas como las áridas sierras nativas.

Sus vidas fueron destinos bifurcados. Neruda pasó como un celaje por París, en el viaje al Oriente, para salir escapando a su sortilegio, a su verdad y a su mentira. Vallejo se había quedado allí, "en los descalabrados hoteles de los pobres". Más tarde, cuando la sangre de España los llamó, ambos acudieron simultáneamente. Su amigo era dos veces desterrado. Lo llama "Hermano mío", aunque no faltó el buen samaritano de la vida literaria que quiso convertir su relación en una riña de gallos.

Cuando recibe la infausta comunicación, escribe para el primer número de la revista *Aurora de Chile*, órgano de la Alianza de Intelectuales, el artículo "César Vallejo ha muerto". "Viejo combatiente de la esperanza, viejo querido. Es posible?" Lo llama "nuestro bienamado". Lo evoca pidiendo tierra americana, pero España lo retuvo en Francia, donde nadie allí fue más extranjero. Era un hombre de nuestra América. Al ojo nerudiano, Vallejo tenía algo de mina, de socavón lunar. "Rindió tributo a sus muchas hambres", me escribe Juan Larrea. "...Lo de España ha sido el taladro de cada día para tu inmensa virtud. Eras grande, Vallejo. Eras interior y grande, como un gran palacio de piedra subterránea..."

Pero en ese año febril y duro la muerte viene a segar también la familia. Su padre estaba muy enfermo. Murió el 7 de mayo de 1938. Tiene que viajar a Temuco a enterrarlo. El viaje en ferrocarril le habla todo el tiempo del conductor del tren lastrero. Cuando llegue, don José del Carmen Reyes se fundirá con la tierra de la Araucanía. Su mirada se topa a cada rato con los castillos de madera. Penetra de nuevo en el reino nunca olvidado de la lluvia y de la botánica viva que él le enseñó cuando niño.

¡Tantos viajes en el tren nocturno! Éste es el más acongojado. Cuando amanece, se siente de nuevo escolar urgido, viendo a los niños de los pobres pueblos caminar por el barro y el agua, con sus bolsones, hacia la sala de clases desmantelada. Va vestido de luto y en la estación lo esperan sus tíos. En la casa se sienta junto a su padre, tendido. Permanece en silencio. Sus tíos lo llaman desde el fondo del patio, abriendo el pecho a un cordero y vaciando su sangre en una copa. Le dan de beber un sorbo.

Ahora va a enterrar a su padre, y de nuevo toda la atmósfera de sus primeros años le vuelve a hablar en ese idioma áspero, cortante como un cuchillo. Los funerales tienen siempre algo de religioso, aunque el poeta insista en señalar su carácter "estrictamente laico". Va a alojarse en la casa de su amigo el doctor Manuel Marín, que atendía a su padre. Estuvo largo tiempo escribiendo "Del norte traje Almagro su arrugada centella...". Cuando termina, la noche es espesa... "Toda la espuma sale de su barba marina, / todo el carbón le llena de misteriosos besos..." (*Canto General*). No pudo dejar de despedir a su padre de inmediato. No dejó esos versos junto a su tumba. Pero los escribió apenas de regreso del cementerio.

Vuelve a Santiago. A las pocas semanas llega otro telegrama nefasto. Le comunica que la madre no ha resistido la partida del marido, expirando el 18 de agosto. Doblemente enlutado, vuelve a la lluvia sureña. Ahora había que trasladar de nicho al padre para que el matrimonio durmiera junto el sueño más largo.

Fuimos —dijo— a mediodía con mi hermano y algunos de los ferroviarios amigos del difunto, hicimos abrir el nicho, ya sellado y cimentado, y sacamos la urna: pero ya llena de hongos, y sobre una palma con flores negras y extinguidas: la humedad de la zona había partido el ataúd y, al bajarlo de su sitio, ya sin creer lo que veía, vimos bajar de él cantidades de agua, cantidades como interminables litros que caían de adentro de él, de su substancia.³³

Todo era, sin embargo, simple: el elemento que había rodeado su vida, rodeaba también su muerte. El hecho lo sobresaltó. Pero, ¿por qué la extrañeza? Sencillamente, volvía a su clima.

Pero todo se explica: esta agua trágica era lluvia, lluvia tal vez de un solo día, de una sola hora, tal vez, de nuestro austral invierno, y esta lluvia había atravesado techos y balastradas, ladrillos y otros materiales y otros muertos hasta llegar a la tumba de mi deudo. Ahora bien, esta agua terrible, esta agua salida de un imposible, insondable, extraordinario escondite, para mostrarme a mí su torren-

cial secreto, esta agua original y temible me advertía otra vez con su misterioso derrame mi conexión interminable con una determinada vida, región y muerte.³⁴

Pertenecía a la región de la lluvia. Siempre se encontró con la lluvia. Siempre se toparía con ella, en la vida y en la muerte.

Pero también con el sol.

Vale decir: debía tomar en cuenta el arco iris.



5./ Con Miguel Ángel Asturias en Budapest, 1965, mientras escribían *Comiendo en Hungría*

PASIÓN Y MUERTE

17. Las ciudades evadidas

El poeta estaba en Temuco, cuando se levantó a visitar a su padre, cuando recibió una petición de un grupo de provinciales que conmovieron su voluntad. Él era el único que puede ayudarnos. ¡Él es el único que puede vencerlos! ¡A quién más que a él? ¡Él es el único que puede vencerlos! ¡A quién más que a él? ¡Él es el único que puede vencerlos!

Los envidiosos de la Intendencia, de la Legación y Familia que cian al borde del campo, no se dan cuenta de que el tren que pasa en tren por la estación de Temuco, hacia Berloche, ni haberse detenido para que se detuviera por unos días, unas pocas horas, en Temuco, donde tal vez una vez más podría haberle tributarle un desagravio. La Intendencia y la Legación, la población presente y los niños de las escuelas, todos ellos, ellos habían respaldado firmemente que esa glorificación, ni siquiera se había escrito en las viejas cuentas pendientes con la ciudad. Con el corazón fuerte lo escribe en su poema, un poema de despedida, cuya publicación arranca a abando de la memoria, según ella cambietto y otro, la parte que le escribió a Temuco, una vez. Nunca antes había narrádome el episodio, en la lista de las ciudades que trae la Biblia. Ella se sentía de la parte de los poetas. Antes en una vez, el fuego de Dios se había fijado al pavimento y al pavimento. Admiraba esa divinidad por la forma de su destrucción a sangre y fuego de Sodoma y Gomorra.

Neruda sabía muy bien todo eso y entendió que se estaba proponiendo un sacrificio. Neruda sabía que se estaba proponiendo un sacrificio. Neruda sabía que se estaba proponiendo un sacrificio. Neruda sabía que se estaba proponiendo un sacrificio.

En ese tiempo entre Temuco y el balneario cordillero argentino no había comunicación telefónica. Como única forma de

17 Enero 1958 Isla Negra

Valle tu, ya sabes
que el médico me
dame silencio por dos
meses. J. Valle tu.
Venia estada feliz. Yo
me alegré porque se
pensaba en algo peor.

Tengo un librito
en el que escribo mis
pensamientos comestibles:
a qué horas comemos?
Lo que es el perro!

Tant silencio
no impide una visita
de hrs. dos que espe-
mos.

Dile a Lorea
que talvez venia mejor
fines de marzo. Haber
recobrado? la voz. Tallo
me reconocere en un mes
mas.

Alvarez

P.

77. *Las ciudades malditas*

El poeta estaba en Temuco, adonde había ido a enterrar a su padre, cuando recibió una petición de ciertas autoridades provinciales que conmovieron su voluntad con la súplica: "¡Usted es el único que puede ayudarnos! ¡Usted es el único que puede convencerla!". ¿A quién tenía que convencer? A aquella señora de largo traje color arena y tacones bajos que cuando él era adolescente le prestaba libros de autores rusos y un día, después de varios desencuentros, le certificó con su autoridad que en él había un poeta.

Los enviados de la Intendencia, de la Dirección Escolar, parecían al borde del colapso nervioso. Gabriela Mistral, que debía pasar en tren por la estación de Temuco, había rechazado desde Bariloche, un balneario montaños del sur de Argentina, todos los ruegos para que se detuviera por unos días, o al menos por unas horas, en Temuco, donde tal vez una conciencia culpable quería tributarle un desagravio que fuera una apoteosis, con toda la población presente y los niños de las escuelas entonando sus rondas. Ella había respondido terminantemente que no. No aceptaba esa glorificación, ni menos que se la hicieran en Temuco. Tenía viejas cuentas pendientes con la ciudad. Con su temperamento fuerte lo escribe en letra impresa al pie de un poema en *Desolación*, cuya publicación arrancó a alguien en ese pueblo un comentario, según ella canallesco y soez. No perdonó jamás. Inscribió a Temuco, como me dijo Neruda muchos años después, narrándome el episodio, en la lista de las ciudades malditas de la Biblia. Ella se sentía de la raza de los profetas. Ardía en sus venas el fuego de Dios vengador frente al perverso y al maledicente. Admiraba esa divinidad purificadora, capaz de ordenar la destrucción a sangre y fuego de Sodoma y Gomorra.

Neruda sabía muy bien todo esto, y entendió que se le estaba proponiendo una misión hartamente difícil. Él era el último recurso. Le imploraban que de poeta a poeta, amigo por añadidura, le solicitara que estuviera un par de horas en la ciudad, ansiosa de mostrarle su veneración.

En ese tiempo entre Temuco y el balneario cordillerano argentino no había comunicación telefónica. Como única forma de

hablar personalmente con Gabriela Mistral se le ofreció la radio, todavía en pañales en aquella provincia, de propiedad del señor Mayo. Éste consiguió establecer contacto. Neruda habló a Gabriela con todo el calor de su corazón, no tanto por lo que le pedía, sino porque ése era su sentimiento hacia ella. Tras algunas resistencias y regodeos, accedió a lo mínimo: cuando el tren se detuviera en Temuco, ella, por diez o veinte minutos, el tiempo que durara la parada, saludaría desde la pisadera o hasta bajaría al andén. No era una gran conquista. Pero de la loba, un pelo.

El día correspondiente, antes de la hora señalada, la estación se vio repleta por el gentío que esperaba ver pasar a la Mujer Leyenda, escuchar algunas palabras de su boca. Los niños estaban allí para cantarle algunos versos suyos, para decirle entre todos adiós, conmovidamente, cuando la locomotora se pusiera en marcha.

Pero ella no bajó al andén, ni se asomó desde la pisadera, ni miró por la ventanilla. Su compartimento en el coche dormitorio tenía las cortinas corridas. Nadie la vio. Ella no vio a nadie. No retiró a Temuco de la lista de las ciudades malditas. Sodoma y Gomorra. ¡Lluvia de azufre y fuego! Ella no miraría hacia atrás. No se volvería estatua de sal. "Que el humo salga de la tierra como el humo de un horno."

Cuando me cuenta esto Neruda, por cierto, no reprocha nada a Gabriela. Ella no sólo desconfiaba de Temuco. Tenía muchas críticas para su país. Decía en una carta que, si volviera a vivir allá permanentemente, con el prurito de cierta gente de ninguñar, de echarse al hombro o de pasar a medio mundo por debajo de la pierna, a los tres meses ya no sería "Gabriela", sino "la Gaby".

Esa mujer, de raíz campesina, sostenía que "toda cultura ha comenzado por la tierra... En Chile se cree que la cultura comienza por el bachillerato". Se quejaba de que recibía diariamente anónimos de una "agresividad y brutalidad increíble". Puso en guardia respecto de cierto tipo de mentalidad existente en Chile, y también, desde luego, en otros países de América Latina, que alardea de superioridad racial, ese personaje que ella llamaba "el criollo de mala leche [...] que proclama a voz en cuello su pureza europea, en tanto yo les veo en el pómulo alzado, lo aceitunado de la piel y las rasgaduras de los ojos, el misterio de la gota asiática que revela en ellos noblemente el indio que tanto quieren negar... Son casi siempre gente de cuidado, por lo inauténtica". Neruda coincide en ese enfoque. Su

obra da sobrado testimonio. Ella daba un consejo, que él compartía: “¡Atender, estrangular, aniquilar el más mínimo brote de xenofobia que surja en nuestros pueblos!”. La horrorizaba el militarismo mandón y asaltante, y también la debilidad y falta de consecuencia de tanto demócrata asustado. “Tiemblo por el destino de nuestros pueblos hispánicos. Lo veo todo en un temblor y languidez alternos de dictaduras soberbias de lo más corruptor del alma y la conciencia —el poder—, con unas democracias sin energía, visión y acción política esencial ni sentido social efectivo.” No estaba contenta con lo que ella estimaba escasa difusión de su obra en su propia patria. “Chile es el país que menos me conoce... El que menos me lee.”

Tenía retentiva para el desprecio y la crueldad recibidos. Cuando le dieron el Premio Nobel recordó que, siendo pequeña, la apedrearon en la escuela primaria, hasta dejarla con la cabeza ensangrentada, debido a la bendita idea de una maestra que la acusó de ladrona. En La Serena se introduce por primera vez el método del test para medir la inteligencia del niño. Ella tiene doce años y el veredicto de tan científica evaluación dictamina en su caso “incapacidad absoluta para todo estudio”. Nunca lo olvidó. En la canasta de agravios está el inferido por un señor que se compró en 1917 la revista *Sucesos* y la insultó sistemáticamente durante seis meses. Tampoco se le borra de la memoria que cuando el Gobierno de México, en 1922, la invitó, el diputado Luis Emilio Recabarren, que acaba de fundar el Partido Comunista de Chile, en conocimiento de que Gabriela Mistral no tenía dinero para el viaje, propuso en la Cámara una indicación para que se le dieran cinco mil pesos. Fue rechazada entre sonrisas irónicas y chirigotas, en una época en que todos los oficiales de las Fuerzas Armadas, con sus familias, solían ir a Europa con pródigos viáticos.

La institución *ciudades malditas* se suma en ella al país donde reinan dioses oscuros capaces de devorar a sus hijos.

78. Elección en Chile

Por primera vez el poeta se vio envuelto en los trajines de una campaña presidencial, que en Chile se prolongaba por largo tiempo, exigía recorrer el territorio de punta a cabo y disputar voto por voto. Neruda trabajó a marchas forzadas en la propaganda de la candidatura del Frente Popular, que postulaba al

abogado y político radical Pedro Aguirre Cerda. Para los chilenos de izquierda aparecía como una contienda titánica. Encerraba un desafío quizá demasiado ambicioso: derrotar al candidato del poder, un multimillonario y especulador a nivel internacional, ministro de Hacienda en la segunda Presidencia de Arturo Alessandri Palma. Gustavo Ross Santa María se había ganado algunos apodosos rápidamente popularizados: Ministro del Hambre, Último Pirata del Pacífico. Contaba con el dinero, en una época cuando el cohecho continuaba haciendo su agosto y a menudo definía los resultados.

Neruda pintó las negras maravillas de ese sistema de comprar conciencias o inconciencias en un poema del *Canto General*, "Elección en Chimbarongo (1947)". Allí vio cómo "eran elegidos los pedestales de la patria". Por la mañana del Día E llegaban las carretas rechinantes con los inquilinos, sucios, hambrientos, a pata pelada. Eran los siervos de una Edad Media aún sobreviviente. Los bajaban como un piño de animales con una boleta electoral en la mano. "Más tarde/ les han tirado carne y vino/ hasta dejarlos bestialmente/ envilecidos y olvidados." Oyó luego el discurso del senador así elegido. Proclamación de patriotismo, defensora del orden. Era un hijo puro del espíritu alzado contra el materialismo marxista. Lo percibió como un mamut que salía silbando de la prehistoria. Pero eran cavernícolas con suculentas cuentas bancarias, que siempre habían considerado al país propiedad personal y de casta. Sólo ellos contaban. Los demás eran masa vendible. Neruda participaba en la política con un sentido moral. Pero para hacerla ética era indispensable previamente cambiar la realidad económica y estatal del país.

Cuando el 25 de octubre de 1938 se realizó la elección, vio en Santiago numerosas encerronas electorales, organizadas sobre todo por un enérgico lugarteniente de Gustavo Ross, un aprovechado constructor de obras públicas, que hacía turumba con los dineros del erario nacional, Guillermo Francke. En los vastos sitios eriazos, donde levantaba a precio de oro los edificios fiscales, estaban momentáneamente presos millares de ciudadanos, policialmente vigilados para que no burlaran la orden. Recibían un zapato antes de la elección, y el otro, después de haber votado a satisfacción del agente cohechador. El sistema se repetía con el medio colchón, que sólo se completaba cuando quedaba constancia del sufragio conforme del votante comprado. Pero el poeta comprobó también cierto antídoto contra el mal. Masas de obreros entraban en las encerronas por la fuerza, dis-

persando a los cohechados. Esto daba lugar a violentos encuentros, donde la policía garantizaba la intangible santidad del contrato de compra y venta, el derecho del candidato derechista a obtener el voto pagando una modesta compensación pecuniaria o en especie.

La campaña del Frente Popular tenía un lema: "Contra la reacción y el fascismo." Era una expresión elemental; pero le traía resonancias de España, de donde el poeta recién regresaba con el espíritu dolorido. Su deber con ella no había terminado. Tejía sus cálculos al respecto: si triunfaba el Frente Popular en Chile, se podía ayudar a los republicanos españoles en peligro de muerte.

A las diez de la noche todo el país caminaba sobre alfileres. A esa hora ya debiera haberse anunciado por las autoridades el resultado de la elección. ¡Sospechosa demora! El pueblo se volcó a las calles reclamando respeto por la voluntad cívica, rechazando toda manipulación de los escrutinios, arte que la derecha manejaba a través de la historia con perfección rayana en el cinismo sublime.

Neruda estaba en la Alameda, junto a millares de personas, cuando se hizo público el resultado. El candidato del Frente Popular había sido elegido Presidente de la República con poco más de dos mil votos de ventaja. La presión por falsificar el resultado se hizo más fuerte en vista de la pequeña diferencia. Pero la presencia multitudinaria en la calle derrotó la proposición de derechistas termocéfalos de alterar el veredicto.

A medianoche Neruda celebraba la victoria en su casa de avenida Irarrázaval cerca de Pedro de Valdivia. Los amigos cantaban y bailaban en el gallinero del fondo. Él hacía proyectos. No olvidaría a sus hermanos españoles.

79. Casas

Quería reinstalarse en Chile, domiciliarse en la ciudad; pero, sobre todo, junto al mar, donde pudiera, lejos del ajetreo y del estruendo urbano, concentrarse en su trabajo.

Ha comenzado a percibir derechos de autor más sustanciosos. Los destina a la adquisición de una morada discreta de piedra, en un lugar todavía casi deshabitado, Las Gaviotas, a orillas del Pacífico, yendo hacia el norte desde San Antonio y Cartagena, donde comienza la provincia de Valparaíso, en camino hacia

Algarrobo. Paga la primera cuota a su propietario, un caballero español de apellido Sobrino, que está muy honrado de tener por comprador a un hombre que ha observado en su país una conducta que él celebra. La habitación de piedra se reduce a un comedor, un cuarto de baño, cocina, dos dormitorios. Por ahora, basta. La descubren por un aviso en el diario. El señor Sobrino había vivido en su vida más de una aventura. Hormiga lo evoca como un capitán de navío que bajó a tierra con su guitarra y perdió el barco. Adquirió, por nostalgia del océano, un terreno junto al mar, que en ese tiempo no valía nada. Cuando supo que era Pablo el que quería comprarlo, dijo: "Para Neruda, lo que quiera. ¡Con lo que hizo por España!". Después, con los años, la casa crecerá como un niño que se hace gigante. El poeta le pondrá una torre. La transformará en un extravagante castillo criollo, que no puede esconder, sin embargo, el sello original de la llovida casona de tablas de Temuco. El poeta, rebautizador incorregible y contumaz, cambia de nombre al diminuto poblado de tres familias. Lo llama Isla Negra, toponimia que delata su desvergonzada fantasía, porque no es isla; la habitación está sólidamente empotrada en tierra firme. Y su color no es negro. Combina en verdad las tonalidades de los acantilados con los de la tierra arenosa y el verde clorofila de la vegetación costera.

Algún amigo ducho en derechos previsionales le sopla al oído que puede comprar en Santiago una casa a través de la Caja de Empleados Públicos y Periodistas. Recorre un barrio que le gusta, el que se extiende hacia el fin de Ñuñoa, partiendo de la plaza Los Guindos, rumbo a los Andes. No es una zona residencial elegante, pero allí todavía hay a la venta grandes sitios, que le permitirían disponer de cien metros de fondo por unos treinta o cuarenta metros de frente. Prefiere dos materiales de construcción: la piedra y la madera. Encuentra por fin una vieja casa disimulada bajo las enredaderas, con un aire simple, nada espectacular. Está en la calle Lynch que por aquellos tiempos era la imagen misma de la paz. Él introducirá la imaginación constructivista. Recordando a su amigo García Lorca, levanta en medio del largo patio un escenario de teatro, cuya visión está dividida por un árbol. En la proximidad de las habitaciones crece un jardín. En el comedor brillan la loza y los vasos coloreados. La casa, con el tiempo, se transfigura gracias a la virtud del toque nerudiano. Poco después de la segunda guerra vi llegar a ella al Conde Sforza, entonces ministro de Relaciones Exteriores de Italia. Entró, echó una mirada y exclamó: "Palazzo chinesco".

Las casas tienen un destino, como los hombres. Viven transformaciones, crecen, especialmente en este caso. Envejecen. Tienen aventuras. Cuando Neruda parte a Europa fue clandestinamente ocupada por una tribu de gitanos, que, ante el frío del invierno, decidió calefaccionarse arrancando las tablas del piso.

80. Operación "Salvataje"

Caída la República Española, el destino de sus amigos salidos de la Península es trágico. Estamos a comienzos de 1939 y la Segunda Guerra Mundial va a estallar el primero de septiembre de ese año. Los republicanos refugiados en Francia no reciben por parte del Gobierno socialista, encabezado por León Blum, una acogida cordial. Presionado por la derecha, cogido en la trampa del Comité de No Intervención, temeroso de Hitler, hacina a los exiliados españoles en campos de concentración en el sur.

Como en una escena del Éxodo, dos días después de su llegada a Francia, allí en Colliure, muere aquel que consideraba el más significativo de los poetas españoles de la llamada generación del 98: Antonio Machado. Cuando lo supo, a Neruda le vino a la memoria su poema "En el entierro de un amigo": "Un golpe de ataúd en tierra es algo perfectamente serio". Lo había oído hablar a las Juventudes Socialistas Unificadas:

Acaso el mejor consejo que puede darse a un joven es que lo sea realmente [...] Desde un punto de vista teórico, yo no soy marxista, no lo he sido nunca, es muy posible que no lo sea jamás. [...] Veo, sin embargo, con entera claridad, que el Socialismo, en cuanto supone una manera de convivencia humana, basada en el trabajo, en la igualdad de los medios conferidos a todos para realizarlo, y en la abolición de los privilegios de clase, es una etapa inexcusable en el camino de la justicia: veo claramente que ésa es la gran experiencia humana de nuestros días, a que todos de algún modo debemos contribuir...

Neruda le escuchó decir esto el primero de mayo de 1937, en Madrid. Estaba de acuerdo con el raciocinio del poeta mayor, pero él quería ser marxista, porque le parecía un modo de hacer más posible el acceso al camino de la justicia. Le había oído, además, en Valencia, durante la sesión de clausura del Congreso Internacional de Escritores, pronunciar aquella sentencia que

luego se hizo clásica: "Escribir para el pueblo —decía mi maestro— ¡Qué más quisiera yo!". Así como Neruda cantó a los milicianos de 1936, don Antonio los colocó bajo el signo del verso de Jorge Manrique: "Después de puesta su vida tantas veces por su ley al tablero...", el pueblo en armas se la juega "por una causa hondamente sentida". Juan de Mairena ha bajado al fondo de la fosa y sobre ella han caído los "pesados terrones polvorientos". Él no ha podido hacer nada por el amigo muerto en el destierro, sobre la arena. Él tendrá que salvar españoles sobrevivientes.

Conversa con el Partido Comunista de Chile. Éste se pone al habla con el ministro de Relaciones del Gobierno del Frente Popular, Abraham Ortega, y con el Presidente de la República, proponiéndoles la operación salvataje de miles de españoles republicanos que se debaten sobre las dunas del litoral mediterráneo francés, en humillantes condiciones, sometidos a todos los desmanes y penurias, y en peligro de caer pronto atrapados por las tenazas hitlerianas. Hay que darse prisa o se llegará tarde.

Neruda recibe una misión de extrema urgencia con el título de cónsul especial para la inmigración española, con sede en París. Respira entre aliviado, feliz e inquieto. Es una carrera contrarreloj, es una carrera contra la muerte. Está de acuerdo. No debe llegar como las vírgenes necias, cuando las velas —o sea, los hombres— estén apagadas. Parte enseguida a su destino.

En realidad Neruda había buscado esta designación por todos los medios. A una comida que le ofrecieron en Santiago, celebrando su participación en la campaña, concurre el nuevo Presidente de la República, quien tres décadas antes había sido protector de Gabriela Mistral, abriéndole paso entre las lianas de la selva administrativa, para que pudiera incorporarse al magisterio secundario y llegar a ser directora de liceo. Este poeta no solicitaba un puesto en la enseñanza. Le hacía una petición que le pareció muy original: que lo mandara a Europa para organizar la inmigración española. Lo miró sorprendido. No lo conocía bien. Creyó, tal vez, que, como muchos que solicitaban cargos en Francia, quería pasarlo bien en París. Pero el presidente de la Alianza de Intelectuales, toda una personalidad, había trabajado mucho en su campaña y aceptó la petición.

Cuando llegó a París, Neruda columbró la magnitud de la empresa que se había propuesto. Tomó inmediato contacto con el Gobierno en el Exilio de la República Española. Les explicó a qué venía. Quería ayudar a los que se encontraban en los campos de concentración en Francia. Lo miraron con una mezcla de

ironía y esperanza. Era medio millón de personas. Chile no podía absorberlos a todos. Medio millón de españoles de calidad. La gente se jugó el todo por el todo. Trabajadores que conocían su oficio, intelectuales sobresalientes, incluyendo los poetas que habían sobrevivido, de cuya lista había que borrar a ese poeta que llegó con su madre a Francia y sucumbió en un par de días.

Ella tenía noventa años, y Antonio Machado, sesenta y cinco. Muere él y dos horas después moría su madre. Se le asoció a los fallecimientos seguidos de su padre y de doña Trinidad Candia Marverde. Pero los Machado murieron como dos emigrados prófugos, agobiados por toda la tristeza y el infortunio que puede caber en el cuerpo y en el alma presa por la dolorosa conciencia de haber caído en un campo de concentración como en una trampa o en una tumba.

Neruda se instala en París para montar esa labor que él llama "la más noble misión que he ejercido en mi vida". Habita en el *Quai de l'Horloge*, junto a Hormiga. Pronto van a convivir bajo ese techo con la pareja Rafael Alberti-María Teresa León.

Pone sus cuatro manos a la obra. El plan era llenar hasta el último rincón de un gran barco con 3.000 a 3.500 españoles de los que se encontraban en el sur de Francia, agobiados en los campos. El gobierno español en el exilio, dirigido por el doctor Juan Negrín, adquirió una nave, el *Winnipeg*. Neruda trabaja a jornada completa, con un espíritu práctico casi inverosímil, dado el lunático prestigio de los poetas. Tomaba muy en cuenta las profesiones. Porque el poeta también pensaba en la utilidad para su país. Seleccionaba grupos de constructores, pescadores avezados, expertos en la industria del papel, agrónomos, en fin, todas las disciplinas del trabajo y del saber que Chile necesitaba.

Entre mil problemas había uno bastante gordo: todos querían partir en ese barco. Era comprensible. Para muchos constituía la única posibilidad de escapar del infierno, de huir de la muerte. La dificultad residía en que en ningún barco del mundo cabe medio millón de personas. El buque de la esperanza parecía grande y resultaba, al fin de cuentas, muy chico para todos los que querían subir a bordo. La situación en los campos de concentración era cada vez peor. La gente moría todos los días de epidemias. Es de imaginar cuántas cartas recibía Neruda, suplicándole un hueco, aunque fuera sobre la cubierta. Una le decía: "Gran poeta Neruda: sé que vuestra mujer es como un pajarillo que canta por la mañana". Las burlas llovían sobre la Hormiga, convertida en soprano que vuela. Pero la carta lo conmovió y, finalmente, se embarcó aquel que consideraba a Delia un ruiseñor.

Alberti presenciaba todo y colaboraba en todo. Y siendo un loco por cuenta propia, se sentía el hombre sensato que advertía en Neruda rasgos de niño terrible y caprichoso, además de una personalidad envolvente. ¡Cuidado con caer en su órbita! Una de sus manías era buscar en Francia, meca del buen vino, caldos chilenos, cosa que para Alberti era una puerilidad patriotería desatinada, o peor que apostar a cuál bandera o himno nacional es más bonito. En medio de los trabajos de Hércules de organizar el viaje del *Winnipeg*, Neruda hacía cosas extrañas, muy peregrinas, según Alberti. Caminaban un día por una callejuela clásica de París, que figura en las novelas de siglos pasados, la *Rue du Chat qui pêche*, cuando divisaron sobre la puerta de una zapatería una enorme llave de hierro, adherida al muro por dos brazos.

—Querido *confrère*, ¿has visto qué llave maravillosa? Me la quiero llevar a Chile para mi colección.

—Pero es absurdo; una llave que está pegada al muro.

Entró donde el zapatero:

—*Monsieur, avez vous une clef comme ça?* —dijo, abriendo los brazos.

El zapatero no recordaba tener una llave de ese porte. Dijo:

—*Comment, monsieur, une clef?*

—Sí, sí. Venga conmigo. Yo quiero comprar esa llave.

—¿Cómo quiere comprar esa llave? ¡Qué locura!

Volvió dos, tres veces. A la quinta llegó con un albañil del Partido Comunista francés, provisto de escalera. El obrero hizo la incisión en el muro, se llevaron la llave, a cambio de dos mil francos que cancelaron al zapatero, convencido que hay de todo en la vida.

81. *La aventura del Winnipeg continúa*

El embajador de Chile en Francia era Gabriel González Videla, que no miraba con simpatía esta tarea insana de salvar republicanos, aunque él había sido en su país presidente del Comité de Solidaridad con España. Le incomodaba la notoriedad de Neruda, al lado de la cual el embajador se transformaba en una sombra. Comenzó a informar al Gobierno en forma que creaba problemas al cónsul especial.

Aquí metió la cola o las manos un sujeto particular que ejercía el cargo de primer consejero y sobre el cual Neruda, a

cada vuelta de esquina, conversaba conmigo, porque en verdad era un tipo de película de Hitchcock, que Elsa Triolet convirtió en personaje novelesco. Se llamaba Manuel Arellano Marín. Había sido a comienzos de la década del treinta muchacho prodigio en la Universidad Católica de Santiago. Estrenó varias obras en los teatros de la capital y jugaba largas partidas de cartas por las noches con el rector, monseñor Carlos Casanueva. Era una especie de serpiente con lentes, rostro afilado, ojos húmedos y evasivos, largas manos sudorosas que tampoco estaban nunca quietas. Sus protectores le consiguieron un cargo en el consulado de Chile en Nueva York, dirigido por Alfonso Grez, un hombre de negocios de exportación, amigo personal del Presidente Alessandri.

En Nueva York yo conocí a Arellano Marín a mediados de 1938, cuando viajé como miembro de una numerosa delegación chilena al Congreso de la Juventud por la Paz, que se desarrolló en Vassar College, Poughkeepsie. Estaba próxima la elección presidencial. El olfato de sabueso le decía a Arellano Marín que podía triunfar el Frente Popular. Creyó poner una pica en Flandes proclamando ante mí sus inesperadas simpatías izquierdistas. Se valía de su experiencia como autor de teatro y actor, desplegando escenas de sinceridad revolucionaria hasta las lágrimas, declarándose dispuesto a abandonar todo para abrazar la causa del pueblo. Recuerdo que, atravesando el puente de Brooklyn, me habló ambiguamente de su pasión por una mujer otoñal inaccesible que yo conocía y nunca había visto de ese modo. Aparecía bastante apegado a su madre.

La noche del triunfo del Frente Popular tomó el primer avión. Al día siguiente aterrizó en Santiago. Se fue derecho a vernos para anunciar su decisión indeclinable de renunciar a la diplomacia, entregar su vida al comunismo y la Revolución. Andaba con alpargatas, sin corbata. Declaró que quería hacer teatro de masas en las calles y los estadios, organizar coros con miles de obreros. Era un converso apasionado. El rayo de Damasco refulgía aún en sus ojos, que no fijaban la mirada. Traía regalos para sus nuevos camaradas.

Quince días más tarde estaba instalado en el Ministerio de Relaciones, como una avanzada del Gobierno Popular, convertido en consejero del hombre que Pedro Aguirre Cerda había resuelto fuera su ministro de Relaciones. Me recibió en la que llamaré la sala del mapa-mundi, porque allí estaba incrustada la imagen de la Madre Tierra cubriendo todo un muro. Banderitas de distintos colores señalaban en ella la ubicación de embajadas

y consulados chilenos. Lo que vino después me trajo a las mientes aquellas escenas que Neruda había vivido doce años antes en sus peregrinaciones tras un puesto en el exterior, pues Manuel Arellano había pasado a disponer las designaciones a través del globo. Mirándome con algo que parecía una sonrisa bondadosa, me dijo:

—Escoge el consulado que quieras.

—¿Cómo? —respondí, estupefacto.

—Sí, el consulado que quieras, porque eres muy joven para una embajada.

—Yo quiero trabajar aquí —le contesté—. Además no me mando solo. Las designaciones debe hacerlas el Partido. Yo no estoy pidiendo nada ni quiero salir del país.

Después supe que esa escena la repitió frente a varios jóvenes intelectuales de la época.

El hombre que juró rechazar para siempre cargos diplomáticos y entregarse con toda el alma al desarrollo de un arte revolucionario y de masas llegó antes que Neruda a la embajada de Chile en Francia. Cuando el poeta apareció en París, Arellano lo recibió en su calidad de primer consejero. Le dispensó una acogida cálida. Neruda lo introdujo en el mundo literario de izquierda. Se hizo amigo de Louis Aragon y Elsa Triolet. Participó en las negociaciones con el Gobierno Republicano en Exilio. Aparecía como un hombre de confianza; en los hechos, como un militante dispuesto a desempeñar cualquier tarea.

Cuando el primero de septiembre de 1939 comienza la guerra, Neruda, de acuerdo con Arellano Marín, asila en la embajada a Aragon y a su mujer. El autor de *Los hermosos barrios* era buscado por la policía, en aquel período de la *drôle de guerre*. El gobierno republicano español, que en ese momento se encuentra entre la espada y la pared, confía una buena parte de sus fondos a las manos seguras de Manuel Arellano Marín. Poco después éste desaparece llevándose el tesoro. Había partido en luna de miel con un amante turco y ese dinero, destinado a salvar vidas españolas, pronto se hizo sal y agua entre sus dedos.

Años más tarde, después de terminada la Segunda Guerra Mundial, un par de republicanos lo descubre por fin en un hotel de Nueva York. Le piden cuentas. Arellano Marín transpira de miedo. Lloro, implora gracia de rodillas. Los españoles se marchan sin un centavo y sin tocarlo.

Neruda, en los tiempos de su gestión como cónsul especial, varias veces llamó la atención a Arellano sobre su enloquecido

y sospechoso tren de gastos y le preguntó de dónde salía tanto dinero. Era la época desesperada que precede y sigue a la entrada de los nazis en París, cuando se pagaba fortunas por un pasaporte que salvara la vida, se entregaban remesas de oro o joyas a cambio de una posibilidad de escapar hacia América. Naturalmente, a Arellano Marín las observaciones de Neruda sobre sus derroches millonarios, que envolvían tanta desconfianza, le cayeron como plomo. Con la sutileza visceral que lo caracterizaba, contribuyó a malquistar al cónsul especial ante las autoridades de Santiago.

Tras una o muchas aventuras en Hollywood, donde tuvo algo que ver con la revista *Cinelandia*, cuando ya había agotado o perdido las glorias de este mundo e iba, como en el tango, "cuesta abajo en la rodada", publicó en *El Diario Ilustrado* una declaración conmovedoramente virtuosa, donde se autodescribió como ejemplo de ingenuo serafín del cielo engañado por el comunismo, que, purgando el pecado de su inocencia, retornaba, por fin, arrepentido, al seno de la Santa Madre.

Después de muchos años lo vi de repente en un vagón del tren de Santiago a Puerto Montt. La mirada era cada vez más esquiva. Tenía las trazas del pícaro en decadencia. Había embaucado a la Universidad Austral de Valdivia, de la cual fue nada menos que secretario general. Estaba convertido en sablista. Seguía haciendo juegos de cheques, girando en descubierto. Cayó cada vez más bajo. Entraba y salía de la cárcel, pero siempre atrapaba a algún incauto, contándole el cuento del tío, género en el cual era maestro casi inigualable. Elsa Troilet no contó en su novela toda la irresistible ascensión y caída de Manuel Arellano Marín. Es una lástima, porque el individuo trazó una parábola completa, que reclama aún al novelista que la describa de principio a fin.

La labor de selección estaba terminada. Los viajeros se mostraban impacientes por zarpar. Y el cónsul especial no hallaba la hora de ver al *Winnipeg* surcando el mar, con su carga que se salvaría a través de las aguas. Lo secunda un muchacho español, bajito, tirando a rubio, de rostro huesudo, que cecea de lo lindo y es parecido al movimiento perpetuo. Darío Carmona oficia a ratos de secretario suyo. Se vino entonces a Chile, donde trabajó muchos años como periodista destacado y enamoró con sus ojos verdes y su verba fascinante a mujeres de diversas nacionalidades. Después del golpe de Pinochet, muy triste, volvió a España. No se encontró en su propia tierra de origen y decidió retornar a su América española-india. Murió en un país ecuatorial soñando los sueños imposibles del eterno desterrado.

Por obra de los informes secretos desfavorables del embajador y del primer consejero, los bonos de Neruda estaban de baja en La Moneda. Un día recibe de ésta una seca comunicación: "Informaciones de prensa sostienen usted efectúa inmigración masiva española. Ruego desmentir noticia o cancelar viaje emigrados". Cuando leyó el inesperado ultimátum pensó en dos soluciones. Primera, convocar a la prensa, enseñarle el barco desbordante con dos mil españoles, "leer el telegrama con voz solemne y, acto seguido, dispararme un tiro en la cabeza". Segunda solución: partir en el buque con sus emigrados y "desembarcar en Chile por la razón o la poesía".

El Partido Comunista de Chile interviene ante el Gobierno, planteando el problema como un asunto de vida o muerte. Hemos aludido a lo difícil y azarosa que era la comunicación telefónica a larga distancia en aquellos años. Pero Neruda tomó el aparato y habló tan fuerte que se oyó en Chile y el ministro de Relaciones Exteriores lo respaldó. El canciller Ortega se suma a la renuncia de Neruda. Se plantea la crisis de gabinete. Ello obliga al Gobierno a recapacitar y autorizar el viaje del *Winnipeg*.

Las autoridades francesas felicitaron a Neruda por la que llamaron "organización perfecta". Entre los que iban a partir no hubo una nota discordante. Procedían de todas las regiones de España. Eran personas a las cuales la patria se les había venido abajo. El mundo les parecía a punto de hundirse. Faltaban días para que estallara la Segunda Guerra. Después Neruda recibiría una carta del Presidente Aguirre Cerda, en la cual le agradecía la magnífica gente española que había enviado al país.

El *Winnipeg* —palabra que le gustó desde un comienzo, porque es "alada"— levó por fin anclas rumbo a Valparaíso, con un pasaje que iba de la risa a las lágrimas. Afirmó entonces que éste era el mejor poema que había escrito. "Que la crítica borre toda mi poesía, si le parece. Pero este poema, que hoy recuerdo, no podrá borrarlo nadie."¹

82. Reflexión de la experiencia española

Fuimos al puerto de Valparaíso a esperar el barco. Todo el pueblo concurrió. Fue una acogida donde las melodías de la guerra española, que se cantaban en Chile como propias, "El quinto

regimiento”, “¿Dónde vas, morena?”, “El tamborilero”, etcétera, fueron las primeras palabras de bienvenida que escuchó ese apretado pasaje. Habían recorrido varios mares, infestados por algo peor que los tiburones: los submarinos nazis, navegando por el Pacífico. Llegaban al país final del mapa y encontraron ese puerto que desde cubierta les pareció una gran herradura de varios pisos, acogiénolos con sus himnos, con los cantos que ellos habían coreado en los campos de batalla. Tuvieron una sensación de familiaridad.

En la repleta estación Mapocho la recepción de Santiago fue igualmente calurosa. Los chilenos se daban cuenta de que recibían a gente que había sufrido mucho y perdido todo. Querían de algún modo expresarles que aquí podían recomenzar sus vidas. Fue una labor complicada encontrar alojamientos en una ciudad que en ese tiempo tenía mínima capacidad hotelera. Muchos fueron recibidos provisionalmente en casas particulares.

Hecha la liquidación de su labor en Francia, Neruda volvió a Chile también por el canal de Panamá. Se encontró con los viajeros del *Winnipeg*. Había tomado en serio el verso de la Canción Nacional que habla de Chile como “asilo contra la opresión”.

Tenía el sueño de que amigos intelectuales, sobre todo los poetas, se vinieran a vivir a su tierra del sur, salvo tal vez Vicente Aleixandre, que pasaba enfermo y nunca salía de su casa, “en un barrio todo lleno de flores, entre Cuatro Caminos y la naciente Ciudad Universitaria, en la calle Wellingtonia”. Hizo muchos esfuerzos para que se radicara en Chile Rafael Alberti, pero éste prefirió Argentina, un país más grande y más poblado, con posibilidades editoriales. Allí estuvo diecinueve años sin pasaporte, sin poder moverse a ninguna parte. Vivió exiliado veintitrés años en la Argentina, catorce en Italia.

De palabra o a viva voz Neruda siempre reconoció su deuda con Alberti. Lo hacía en días exactos o en noches vagas y conversadas hasta el amanecer. Fue preciso como el calendario, por ejemplo, cuando estampó en el *Canto General* unos versos en que se funden reconocimiento y esperanza: “Hoy, 1948, dieciséis de diciembre, en algún punto de América en que canto”, le envía una carta en verso explicándole su gratitud: “Y a ti más que a ninguno debo España... Y a ti sí que te deben, y es una patria: espera. Volverás, volveremos... A nadie más que a ti te buscaron, querían devorarte los lobos... Pues bien se equivocaron”.

Encierra un error o una pequeña exageración decir que Alberti nunca vino a Chile en vida de Neruda, pues los traviesos *confrères* se encontraron en Santiago en 1946. La familia Alberti en pleno (María Teresa León, la hija Aitana, papá Rafael) fueron huéspedes de un silvestre Michoacán en la temporada de la flor. Ambos poetas recorrieron un largo territorio, regiones tan variadas como si pertenecieran a otro país. Acaso lo que más impresionó al colega y compatriota de Ercilla fue descubrir la triste condición en que vegetan los descendientes de los héroes chúcaros de *La Araucana*. Se le encogió el corazón al verlos tan maltratados. Un joven pintor español llegado en el *Winnipeg*, Arturo Lorenzo, en una soleada tarde de domingo tomó una distraída fotografía panorámica en la Quinta Asturias de Tobalaba. Esta se publicó, posiblemente por primera vez, cuando Alberti regresó 45 años después. Neruda, el granado Chile intelectual y político de entonces, rodean en ella al autor que escribió *Sobre los ángeles*. En la cartulina apaisada se distinguen cien rostros detenidos en el tiempo. Vamos identificándolos uno por uno. La mayoría ya dijo adiós al mundo. El poeta longevo sobreviviente está en el medio, por segunda vez en Chile, donde permaneció unos pocos días de locura, desde el 30 de abril al 4 de mayo de 1991. Redescubrió a unos pocos conocidos. Su tema principal es la ausencia más dolorosa. Buena parte de sus muchas charlas y entrevistas giraron en torno a la evocación de su hermano en la guerra, en la paz y en la poesía. El rubio de la foto es ahora un poeta de profética melena blanca, recostada sobre los hombros. Bordeando los noventa, el voluntarioso amante de la vida anuncia su decisión de escribir hasta el año 2015. Su presencia se convirtió en una apoteosis retardada a causa de dos generales: Franco y Pinochet. En Chile todo el mundo quería verlo, incluso el Presidente Aylwin. Otros querían tocarlo. Todos oírlo. Muchos se rieron con él porque él se rió de sí mismo. En el severo Salón de Honor de la Universidad de Chile recitó de memoria aquel poema que repite un estribillo: "Allá va el tonto de Rafael". Su cabellera ceniza en realidad no tiene ni un pelo de tonta. A aquellos que le insinúan que es hora de retirarse a cuarteles de invierno, les responde, acompañado por su joven nueva esposa:

Algunos se complacen en decirme:
Estás viejo, te duermes
de pronto en cualquier parte.
Llevas raras camisas,
cabellos y chaquetas estentóreas.

Pero yo les respondo
como el viejo poeta Anacreonte
lo hubiera hecho hoy:
Sí, sí, pero mis cientos de viajes por el aire,
mi presencia feliz, tenaz, arrebatada,
delante de mi pueblo,
mi voz viva con eco
capaz de alzar el mar a cimas de oleaje,
y las bellas muchachas y los valientes jóvenes
que me bailan en corro
y el siempre sostenido, ciego amor,
más allá de la muerte...

En hora de traslados y mudanzas este joven casi eterno mantiene intacto su perfil. Se autodefinió en Santiago como un viejo poeta comunista, un español de la Izquierda Unida. Hablamos esta vez de ciertos amigos que se murieron antes de tiempo en el destierro o en el silencio político que tapa como una lápida a los excluidos. En su caso la longevidad ayuda al triunfo de la poesía en vida y a hacer justicia antes de que sea demasiado tarde.

Neruda no perdía la esperanza. A Arturo Serrano Plaja y Vicente Salas Viú les decía: "Vosotros sois los únicos amigos de mi vida literaria en España que habéis llegado a mi patria. Hubiera querido traerlos a todos, y no ha desistido de ello, trataré de traerlos de México, de Buenos Aires, de Santo Domingo, de España".²

Sí, quería traerlos a todos... ¡Ah! Si hubiera salvado a los muertos... Imaginó a García Lorca en Santiago... Echaba de menos a Miguel Hernández. Estuvo a punto de traerlo. Fue liberado de sus primeras prisiones, por petición directa a Franco del cardenal Baudrillart. El prelado está casi ciego. Le leen los poemas que Miguel, mozo, escribió al Santísimo Sacramento. Conmovido, hace la gestión. El poeta se refugia en la embajada de Chile en Madrid. Desde allí escribe a Neruda: "Me marchó a Chile. Voy a Orihuela a buscar a mi mujer..." Viaje fatal. Lo toman preso otra vez y no sale de la prisión sino cadáver.

En un artículo que publica el 20 de abril de 1940 en la revista *Qué Hubo*, de Santiago, habla de lo que ha significado para él su contacto español. Recién vuelto al país, cuando el viaje de Odiseo del *Winnipeg* ha sido cumplido, estima que España le aclaró mucho el pensamiento y que él, a su vez, ayudó a los españoles en lo que considera:

problemas recónditos, antes, durante y después de la guerra. Vosotros me habéis ayudado más. Me habéis mostrado una amistad alegre y cuidada, y vuestro decoro intelectual me sorprendió al principio: yo llegaba de la envidia cruda de mi país, el tormento. Desde que me acogisteis como vuestro, disteis tal seguridad a mi razón de ser, y a mi poesía, que pude pasar tranquilo a luchar en las filas del pueblo. Vuestra amistad y vuestra nobleza me ayudaron más que los tratados.

Y hasta ahora este sencillo camino que descubro es el único para todos los intelectuales.³

Fui a visitarlo cuando bajaba del barco, el 2 de enero de 1940. Lo entrevisté para la revista *Qué Hubo*. Me entregó con fines de publicación un poema inédito, "Himno y regreso". Era la última página dedicada al *Winnipeg*, el momento en que la daba vuelta para dedicarse más de lleno a su propia patria. Salió a buscar hijos por la tierra, a levantar caídos. Ahora quiere, al menos por un rato, mirar por dentro lo que estima en ese momento el enigma de su país, convertido en una gota de luz que brilla en el oscuro cielo americano. Constatación e inquietud. ¿Podrá su patria guardar esa luz que él llama difícil?: "este destino de los hombres/ que te hace defender una flor misteriosa/ sola, en la inmensidad de la América dormida".

Como buen vate, tenía el ojo profético, la conciencia viva y vigilante, sabedora de que en estas comarcas defender la luz es tarea ardua.

Ese año 1940 se publica en Buenos Aires un libro que se juzga la inauguración de la crítica profundizada de su obra. Se llama *Poesía y estilo de Pablo Neruda*. Su autor: el español Amado Alonso. Han transcurrido más de cincuenta años de su aparición. El método estilístico usado suscita muchos desacuerdos, pero el libro, en su fecha, plantó un hito. Desde entonces la nerudología es una disciplina que tiene representantes autorizados en casi todos los países de América y Europa, sin excluir algunos de Asia. Periódicamente se expresa en numerosos seminarios, mesas redondas. Es tema obligado de simposios y publicaciones.

Amado Alonso llega en su interpretación hasta el Neruda de *Residencia*. Para él allí su poesía acusa un ensimismamiento progresivo. Es angustia y desintegración, "un apocalipsis sin Dios". Antes de ella advierte en el poeta una tristeza que se complace en su hermosura, una melancolía que sólo se hará dolor "realmente infinito" en *Residencia*. El subtítulo es decidor: *Ensayo de*

interpretación de una poesía hermética. Cuando Amado Alonso publica su libro, Neruda está cambiando de folio: sale del encierro a una claridad que denota la transformación producida en su vida y en su obra a partir de un agente catalítico: la experiencia de la guerra española.

83. *Arrepentimiento*

Sus amigos cierran filas. Se juntan casi todas las noches en Los Guindos. Comen y beben a gusto del consumidor y de las disponibilidades de la casa. Invariablemente llega una hora en que Neruda se va a dormir, pero esto no significa poner fin a la tertulia. Están en lo suyo y cada uno se retirará cuando quiera. Pablo duerme generalmente bien, sin insomnio. Al principio, tendido de espaldas. No sabe bien, ni le importa: tal vez emita algunos ronquidos. Dormido, siente la sensación que el fiel Kuthaka chileno le está lamiendo las manos, una costumbre que el perro tiene y no es sino una agradable muestra de adhesión a su amo. Pero de repente se despierta con la sensación de las manos mojadas. No es exactamente de Kuthaka esa gran pelambrea inclinada sobre sus manos. Parece más bien la cabeza de un león. Un león que llora, solloza y habla como un hombre. Exactamente pide perdón.

—Pablo, Pablito, soy un cobarde, soy un traidor. Quiero que me perdones. Soy un traidor —repite el gigantón que está de rodillas junto a su cama, con los hombros estremecidos por el llanto.

Neruda termina de desperezarse. En medio de la oscuridad distingue a quién pertenece la cabeza leonina, pero antes lo ha identificado por la voz temblorosa y suplicante.

—A ti no te lo puedo ocultar, Pablito. He ido a la casa de Pablo de Rokha. Nos pusimos a tomar. Él dijo cosas feas de ti. Yo no te defendí. Me quedé callado como un miserable. Y ahora tengo que confesarlo.

Pablo pensó que su amigo era un personaje acriollado de Dostoievski. Y le dio rápidamente la absolución al hombre del *pathos*. Entre otras cosas, para que lo dejara dormir tranquilo.

Neruda siempre partía y siempre volvía. Pero nunca a tontas y a locas. Sabía dónde iba y qué buscaba. Su mira telescópica apuntaba ahora hacia un país que lo cautivaba, el más poblado de lengua española, el más colorido, de tanta fuerza y presencia indígena. Como Gabriela Mistral, Neruda sintió hasta los tuétanos el embrujo magnético del México "florido y espinudo".

El Gobierno del Frente Popular lo designa cónsul general en ese país. Viaja en el barco japonés *Racuyo Maru*, con su amigo y compañero Luis Enrique Délano designado también cónsul en Ciudad de México. Desembarcan en Manzanillo en agosto de 1940. Pasan un día en Guadalajara y llegan en tren a la capital. Desde su cuarto en el hotel Montejo, del Paseo de la Reforma, convoca a sus amigos los intelectuales españoles recalados en esa tierra del amplio asilo: los poetas José Herrera Petere, Juan Rejano, Pedro Garfias, Lorenzo Varela; el cinematografista Eduardo Ugarte, el pintor Miguel Prieto.

Alquila pronto un departamento en la calle Revillagigedo. Allí recibe a los escritores alemanes antifascistas: Ludwig Renn, Bodo Uhse. Anna Seghers, que será una entrañable amiga suya junto con su marido, Johann Lorenz Schmidt y Laszlo Radvanyi arriban más tarde, tras navegaciones aventurosas y viajes indirectos. Tienen que escapar en Francia al régimen de Vichy. Viajan en dirección a Martinica, en el barco francés *Paul Lemerle*. La travesía debe hacerse desde el puerto argelino de Orán. Cruzan por Casablanca y el estrecho de Gibraltar, para recalar en Santo Domingo, donde Trujillo reina en gloria y crueldad. Padecen el drama de las visas. Es el tiempo de los nerviosos telegramas y el ansia de llegar un día al soñado puerto de Veracruz.

Continúa circulando por las conversaciones e imaginaciones el perfil del *Winnipeg*, el barco de la vida. Hace otros cruceros, pero esta vez como buque fantasma, para que los submarinos del Tercer Reich no lo descubran llevando más antifascistas a tierras de América. Neruda escucha las nuevas hazañas del barco ya legendario, transportando emigrantes políticos, haciendo escala en Port of Spain, pasando por Barbados. Allí los pasajeros captan una noticia: Hitler ha invadido la Unión Soviética. Esperaba dominarla en seis semanas. Era el anuncio enfático de la radio alemana.

El *Winnipeg* tuvo un pariente, el barco portugués *Serpa Pinto*, último en salir con antifascistas alemanes hacia México. Su via-

je desde Casablanca a Veracruz, comenzado en noviembre de 1941, duró veintinueve días, a través de las Azores, las Bermudas, Santo Domingo, Cuba y México. Cuando pasaban frente a Santo Domingo supieron el estallido de la guerra entre Japón y Estados Unidos.

Neruda ha dejado múltiple constancia de la seducción mexicana. Es un país que no tiene fin si uno lo recorre hacia abajo y es color vivo de la noche a la mañana. Anduvo él por todas partes. Metió la nariz en lo precolombino. Volvió a las pirámides. Compraba amates, se detenía en las casas coloniales. Observaba con una mirada golosa la naturaleza de volcanes, de montañas, desiertos, pájaros, mariposas tan voluminosas como no las vio en ninguna otra parte. Le fascinaban Yucatán, Nayarit, Baja California. En todas partes buscó los mercados, pero sobre todo allí, "porque México está en los mercados". Allí se recibió de malacólogo y juntó una colección de 15.000 ejemplares distintos de caracoles.

Se cambia a una casa más grande, a la quinta Rosa María. Junto a una piscina de otro tiempo, de forma caprichosa, se entrenaba el boxeador chileno Raúl Carabantes para enfrentar sin éxito a Kid Azteca. Allí donde el pugilista hacía sonar el *punching ball* como una matraca, había vivido el poeta Ramón López Velarde. Se iba el boxeador y llegaban amigos españoles que no golpeaban a nadie: el poeta León Felipe, Wenceslao Roces, traductor de Marx al castellano; el ensayista Sánchez Vásquez, el poeta y pintor Moreno Villa; su amigo el antiguo director de *Cruz y Raya*, José Bergamín, la escritora Constanca de la Mora; el general de aviación Ignacio Hidalgo de Cisneros; los mexicanos Carlos Pellicer, Octavio Paz; el guatemalteco Cardoza y Aragón. Y muchas veces la novelista alemana Anna Seghers. Siempre comía acompañado. Iba a visitar a Alfonso Reyes, a Enrique González Martínez, al general Heriberto Jara y al escritor José Mancisidor.

Cuando, poco después del triunfo del Frente Popular en Chile, se produjo en enero de 1939 el terremoto de Chillán, el Gobierno de México pidió visa a fin de que viajara a Chile el pintor David Alfaro Siqueiros, quien había abandonado recién la penitenciaría junto a su mujer, Angélica Arenal. La idea mexicana era construir en Chillán, en gesto solidario, una escuela que tendría murales pintados por Siqueiros y Xavier Guerrero.

Con la autoridad de quien vivía en medio de los acontecimientos, Luis Enrique Délano cuenta en su ensayo "Pablo Neruda en México"⁴ que éste extendió la visa sin pedir autori-

zación expresa al Ministerio de Relaciones Exteriores. La respuesta fue declararlo culpable de un "acto de indisciplina" y suspenderlo por un mes, sin goce de sueldo. Gracias a este acto de indisciplina, Chillán tuvo en su Escuela México el mural *Muerte al invasor*.

Tiempo después, por la mañana temprano, nos embarcamos en la Estación Alameda, de Santiago, en un vagón enganchado al tren presidencial, que se dirigía a Chillán para la inauguración pública de la Escuela México y sus murales. Pedro Aguirre Cerda había muerto y el Presidente que iba en convoy era un hombre alto de nariz aguileña, Juan Antonio Ríos. La apoteosis de Siqueiros fue grande. Alguien recordó que el poeta estuvo en la razón al conceder la visa que le valió una reprimenda y sanción ministeriales.

Neruda publicó en México la revista *Araucanía*. Era incitante y mostraba en la portada el rostro de una mujer indígena. ¡Feísimo pecado! Nuevo tirón de orejas del Ministerio. Se pensaría en México que Chile era un país de indios. Así nació y murió *Araucanía*, con un solo número de existencia, gracias al complejo blanco de los gobernantes.

Era el México de los tiempos de Lázaro Cárdenas y de la invasión nazi a la Unión Soviética. Neruda se adhirió al Comité de Ayuda a Rusia en Guerra, encabezado por Antonio Castro Leal. En el hecho la Unión Soviética resistía sola el embate. Se oía crecer el clamor por la apertura del Segundo Frente. Neruda convirtió ese sentimiento en poesía, suscitando discusiones. Escribe el "Canto a Stalingrado": "Los dejáis solos? Ya vendrán por vosotros! [...] Queréis más muertos en el frente del Este/ hasta que llenen totalmente el cielo vuestro?". El poema, leído en el Teatro del Sindicato de Electricistas, se pegó en los muros de Ciudad de México. El diario *Novedades* se mostró indignado por ese abuso cometido con la calle. La calle no es para la poesía. Menos, para la poesía política. Como el llamado del poeta no fue oído, éste insistió porfiadamente con su "Nuevo canto de amor a Stalingrado". Responde en él a sus detractores por el primer "Canto". Lo leyó en una gran comida de intelectuales en homenaje a la Unión Soviética, donde hizo uso de la palabra en forma enternecedora Anna Seghers. Su novela *La séptima cruz* había sido llevada al cine en Hollywood. La película dio la vuelta al mundo, mostrando el sacrificio y la abnegación en el combate de los antifascistas alemanes contra Hitler. En aquella ocasión se celebraba también la publicación de ese libro en español, traducido por Wenceslao Roces. El "Nuevo canto de amor de Stalingrado"

se hizo rápidamente famoso. Era un clímax del cuarteto rimado y de la poesía épica, con una autorreferencia en que el poeta subraya el cambio acaecido en su obra:

Yo escribí sobre el tiempo y sobre el agua;
descubrí el luto y su metal morado,
yo escribí sobre el cielo y la manzana,
ahora escribo sobre Stalingrado.

Esos poemas pegados en el muro van a costarle caro. En el parque Amatlán de Cuernavaca, con aire de égloga mexicana, durante la hora plácida de un domingo por la tarde, Neruda, Delia, Délano y su mujer Lola Falcón y su hijo Poli, más tarde cuentista que va al grano, junto con su amiga Clara Porset, conversan sobre el tema de todos los días y de cada hora: la guerra que ruge a lo lejos y está golpeando detrás de ellos. La charla se sostenía en voz alta y la aversión hacia los fascistas saltaba en cada frase. Llegó el momento eufórico de los brindis y levantaron las copas por los presidentes Roosevelt y Ávila Camacho. De pronto cayó un alud sobre ellos. Una nube de nazis alemanes que bebían cerveza en un reservado los agredió sin decir agua va ni tomar en cuenta a las mujeres ni al niño. La refriega se extendió. Pasó de los puños a los silletazos y a los botellazos. La sangre comenzó a manar de una herida en la cabeza de Neruda, producida por un laque o un revólver. Los agresores emprendieron entonces la huida en un automóvil. El subprocurador Roberto Guzmán Araujo abrió el proceso, pero la policía nunca encontró a los hechores.

Pablo fue trasladado a la posta de Cuernavaca. Era una herida de más de diez centímetros de longitud en la parte superior del cráneo. Llevado a México, los médicos prescribieron inmovilidad absoluta para descartar el peligro de conmoción cerebral.

Decidió dar una respuesta rápida a los agresores. Prologa el libro de Ilya Ehrenburg, *Muerte al invasor*.

85. *Miscelánea mexicana*

Dio un evidente espaldarazo en 1941 a dos estudiantes que volvían tras haber asistido a los cursos de verano de la Universidad de Chile. Se llamaban estos jóvenes amigos Luis Echeverría y José López Portillo, que andando el tiempo serían elegi-

dos, sucesivamente, Presidentes de México. Lo hizo en un discurso pronunciado en el Anfiteatro Bolívar de la Escuela Nacional Preparatoria, con ocasión de un acto organizado por la Asociación Revolucionaria de Estudiantes (ARDE), que se publicó en la revista *Tierra Nueva*. Se verá que el poeta no manejaba las palabras como un corso de flores ni con melosidades diplomáticas: "Una nueva mitología de oradores nos conduce —aclaró— a fáciles halagos. Creemos halagaros mutuamente destacando los parecidos que existen entre nuestros países. Yo, por mi parte, os seguro no existir dos naciones hermanas tan diferentes como México y Chile [...] Entre Acapulco, azul, y Punta Arenas, polar, está toda la tierra, con sus climas y sus razas y sus regiones diferentes... Mexicanos y chilenos nos encontramos (tan sólo) en las raíces y allí debemos buscarnos: en el hambre y en la insatisfacción de las raíces, en la busca del pan y la verdad, en las mismas necesidades, en las mismas angustias, sí, en la tierra, en el origen y en la lucha terrestre nos confundimos con todos nuestros hermanos, con todos los esclavos del pan, con todos los pobres del mundo".⁵

La oficina consular y la casa de Neruda, incluso las que después ocupó en las calles Elba y Varsovia, eran un enjambre, un ir y venir del mundo intelectual mexicano y de los exiliados antifascistas europeos. Atronaba el espacio con su conversación apasionada Vittorio Vidali, el legendario comandante Carlos del Quinto Regimiento, junto a su mujer, la fotógrafa italiana Tina Modotti, que había sido compañera del revolucionario cubano Julio Antonio Mella, con el cual caminaba cuando los asesinos enviados por Gerardo Machado lo acribillaron a balazos en una calle de Ciudad de México. A ella le llegó, asimismo, de pronto la hora de partida. Neruda escribe un poema de despedida, "Tina Modotti ha muerto", que es el canto a una hermana cuyo corazón era valiente, y encierra un mensaje al pueblo italiano que luego se liberará del fascismo. El poeta percibe los signos que flotan en el aire.

En las viejas cocinas de tu patria, en las rutas
polvorientas, algo se dice y pasa,
algo vuelve a la llama de tu dorado pueblo,
algo despierta y canta.

En esa tertulia participaba Mario Montagnana, figura del antifascismo italiano, cuñado de Palmiro Togliatti.

México intelectual, artístico, se sentía allí como en su casa. Acudía el entonces joven escritor Fernando Benítez. Una mujer

fascinante, María Asúnsolo; una actriz, Rosario Revueltas; su hermano, el compositor Silvestre, cuya palabra callaba para que su música hablara.

Una de las primeras cosas que hizo Neruda fue ofrecer una fiesta a los mexicanos que habían estado en España. Acudieron Elena Garro, Juan de la Cabada, Octavio Paz y Silvestre Revueltas. Tres días después, el público que asistía al concierto se puso de pie en Bellas Artes para aplaudir una de las obras de Revueltas recién escuchada, pidiendo la presencia del autor. No pudo aparecer. Se dio el motivo: acababa de morir. Allí mismo, en el Palacio se le veló. Neruda luego, junto a la fosa abierta, leyó el "Oratorio Menor a Silvestre Revueltas, de México, en su muerte": "Desde hoy tu nombre lleno de música volará/ cuando se toque tu patria como desde una campana".

Siempre están en su casa de puerta abierta aquellos que los mexicanos apodan "gachupines", sus amigos españoles.

Algún día habrá que meditar un poco acerca del imán que tenía el poeta para atraer gente. A veces se corría el riesgo de que se formara una especie de Corte. Adoradores sin límites descubrían en él una suerte de Rey de la Poesía, al cual había que rendir honores correspondientes. Pero Neruda era en el fondo un plebeyo, más bien un hombre de pueblo. Y esto lo percibió mejor que nadie una persona muy refinada, su mujer de entonces, la Hormiga. El espíritu democrático prevalecía en la mayor parte de sus hábitos. Eran amigos y no cortesanos.

El niño curioso estaba en México como en un perpetuo día domingo, en especial cuando podía ir al mercado de Lagunilla, en un viaje de descubrimiento de cosas usadas, a la búsqueda de antiguas tarjetas postales, cajitas de música, copas de trazado irregular, botellas de colores violentos y siempre más caracoles y más mariposas, amén de cuadros de pintores ingenuos y románticos. Escribe a Juan de la Cabada para que le hable a los pescadores de Yucatán y de Campeche a fin de que le busquen caracoles y conchas marinas de profundidad. Nunca éste le contestó. Sin embargo, en 1943, el poeta lo llevó a vivir a su casa cuatro o cinco meses. Ella se poblaba de locuaces "gachupines". A las cinco o seis de la mañana, mientras Delia dormía, solían partir los dos amigos a comer gusanos de maguey en una cantina que estaba en 16 de Septiembre y Colina. Después se iban caminando por la ciudad.

Tuvo su primer desencuentro con Octavio Paz y José Bergamín, que publicaron *Laurel* (Editorial Séneca, 1940), una antología de poesía hispanoamericana con cuya selección discrepó.

Excluían a tres poetas que él juzgaba indispensables: Herrera y Reissig, Nicolás Guillén y León Felipe.

Así, en México como en España, Neruda desencadenó las tormentas literarias. En uno de los banquetes en que se le festejaba, se produjo la ruptura con Octavio Paz. División en dos campos, nerudistas y antinerudistas. Los poetas se ponían a la altura de los pintores mexicanos en su capacidad de declararse públicamente la guerrilla. El chileno no sólo rompía piñatas en el patio de su casa, sino en el patio de la literatura. Neruda no llegó a poner paz, sino espada. Esto no le gustó a Paz ni a otros poetas que, no obstante el estridentismo de Maples Arce, hasta ese momento eran discretos en la forma y no cultivaban las querellas ruidosas. Neruda diría en una entrevista, con apariencia diplomática, imbuido de crítica y paradoja a la vez: "Tienen ustedes en México grandes poetas; quisiera que en Chile los poetas tuvieran, como los de aquí, esa peculiaridad que radica en la forma... Yo no puedo decirles a los poetas de Chile nada sobre ese asunto, porque precisamente yo he perseguido deshacer la forma, la forma que es propia de México".⁶ Trazó en cierto modo una línea demarcatoria. Ella no era puramente literaria. Estaba determinada también por la noción de una poesía transida, que sería más grande en la medida en que fuese más humana y se volviera continente de un contenido que abrazara un deber que se tradujera en la transformación de la sociedad. Lo dijo con todas sus letras en la Universidad San Nicolás de Hidalgo, en Morelia, cuando ésta lo designó Maestro Honoris Causa. Dirigiéndose a los estudiantes, les entregó un mensaje inequívoco, clamorosamente recibido: "Desde hoy hago la adquisición de vuestra existencia, jóvenes fraternales, y sé que desde ahora, en mi recuerdo, no estarán vacíos los bosques ni las bellas piedras monumentales, sino pobladas por el fuego, por la juventud, por la esperanza, por lo que sois y seréis, por el espíritu que defendéis con vuestra presencia en esta sala en torno a un hombre que no busca otra manera de ser grande que la de ser humano [...] Que mi paso entre vosotros, jóvenes y fraternales corazones, os ayude a caminar, desde las nobles piedras de Morelia, por la ruta del conocimiento, de la cultura, hacia la fraternidad final entre todos los hombres".⁷

La guerra ardía en Europa y ella enardecía los ánimos, empezando por el del poeta. No era en absoluto un neutral. Decía su simpatía y antipatía con voz entera en todas partes. En su "Nuevo canto de amor a Stalingrado" responde directamente, sin guante blanco, a los poetas impugnadores. Hace alusión in-

tencionada al viejo cisne de hermoso plumaje, al cual, según el llamado de González Martínez, había que torcerle el cuello.

Yo sé que el viejo joven transitorio
de pluma, como un cisne encuadernado,
desencuaderna su dolor notorio
por mi grito de amor a Stalingrado.

Yo pongo el alma mía donde quiero
y no me nutro de papel cansado
adobado de tinta y de tintero.
Nací para cantar a Stalingrado.

Como resultado, a la polémica literaria se sumó el ataque político, que llegó otra vez hasta la agresión física. De nuevo en el Anfiteatro Bolívar, en un homenaje precisamente al Libertador, después de que hablara el filósofo Joaquín Xirau, quien desarrolló el tema "Bolívar, patriota español", por primera vez se escuchó en público el "Canto para Bolívar". El público parecía sobrecogido, cuando un grupo de falangistas interrumpió a Neruda al grito de "¡Muera la República Española! ¡Viva el Generalísimo!". Los asistentes reaccionaron. En unos cuantos minutos, el cuidado salón se transformó en un campo de Agramante. La Universidad se esmeró, en desagravio, por editar el "Canto para Bolívar" en una bellísima *plaque*, ilustrada por Julio Prieto.

Quiso en 1943 publicar una revista en que anduvieran codo a codo la poesía y la política. Hubo largas deliberaciones antes de decidirse el nombre: *La Sangre y la Letra*. El editor sería Neruda. Los directores, José Iturriaga, Andrés Henestrosa y Juan Rejano; el secretario, Wilberto Cantón. Neruda era también el tesorero y guardaba el capital que debía financiar la revista entre las páginas de una edición ilustrada de Walt Whitman. Un día fue a buscar el dinero y había volado. Se dio vuelta toda la casa. Se levantó la alfombra. El poeta gritaba. Cantón tomó del suelo el ejemplar de *Leaves of grass*. Lo revisó minuciosamente. En un ángulo de la tapa había un aviso: "Véase Bernal Díaz del Castillo, tomo II, p. 309". En la página 309 de ese libro había otra indicación: "Ver Santa Teresa, p. 120". Y de Santa Teresa fueron a Milocz, y luego a César Vallejo, y de éste, a Elizabeth Barret Browning. Y de ella, a Esquilo, a Dante, a Rainer Maria Rilke, a Platón, a Rabindranath Tagore, a Alonso de Ercilla, a Goethe, a Dostoievski... Después de un viaje por la literatura

mundial encontraron el dinero en un *Tesoro de la literatura infantil*, en la página 213 de los cuentos de Andersen. Nunca se descubrió al bromista. Y la revista tampoco nunca vio la luz. Délano afirma, por su parte, que el autor de la jugarreta fue Jaled Mujaes, geólogo, anticuario, pero, sobre todo, experto fabricante de estos intrínfulis.

Es sabido que le gustaba casar a sus amigos y bautizar a los hijos de sus amigos. En su casa de Los Guindos, en Santiago, se realizó el matrimonio de la que era su secretaria y sería su biógrafa, Margarita Aguirre, con su compadre argentino, hidalgo de vieja estampa gauchesca y abogado de los perseguidos políticos, Rodolfo Araoz Alfaro. En su casa de Ciudad de México se bautizó a Cibeles, hija de Andrés Henestroza. Ese día el propietario del inmueble desahució a su inquilino Pablo Neruda, no tanto porque tuvo unos quinientos invitados, sino porque muchos, fuera de sí, con hectolitros de mezcal y tequila en el cuerpo, se volvieron monos, trepándose a los árboles y desgajándolos. Querían así contemplar mejor desde la altura representaciones de teatro primitivo y griego, en que actuaban José Revueltas y el propio Pablo Neruda.

Cuenta Henestroza que el poeta aprovechaba cualquier reunión para vestirse de general, de bombero, se ponía una gorra y una chaqueta y recorría la fiesta cobrando los boletos. Según su interpretación, Neruda se disfrazaba porque tenía horror a su fealdad, suposición bien discutible que no nos cabe en la cabeza.

Hacía regalos especiales para sus amigos. Cien ejemplares impresos a principios de 1943, de su *Canto General de Chile*, que será la célula matriz del *Canto General*.

86. Batallas, serenatas y mandobles

Así como España, México reconoce en Neruda al poeta que nunca se da tregua, convencido ahora de que debe ser en poesía un Secretario de Actas de la Historia, con cierto derecho a recrearla y contarla con su voz. Si *España en el corazón* está signada con el número IV en la *Tercera residencia*, el V corresponde a poemas en su mayoría nacidos en México. Aparte de sus dos primeros "Cantos de amor a Stalingrado", allí escribirá su "7 de noviembre. Oda a un día de victoria". Hitler había mandado las invitaciones para celebrar en aquel 7 de noviembre

de 1941 la toma de Leningrado en el Hotel Astoria de la ciudad del Neva, frente a la catedral de San Isaac, como también estaba seguro de festejar en el Kremlin la caída de Moscú. El corazón del poeta, que seguía minuto a minuto las alternativas de las batallas, alaba los héroes y espera que ese "ejército de pueblo y de hierro" plante "una rosa grande como la Luna" en la tierra de la victoria. Lo dice desde un punto de vista personal, autobiográfico, sabiendo que su vida, en el respeto por los combatientes, es como millones de vidas:

Yo te saludo, Unión Soviética, en este día,
con humildad: soy escritor y poeta.
Mi padre era ferroviario: siempre fuimos pobres.
Estuve ayer contigo, lejos, en mi pequeño
país de grandes lluvias. Allí creció tu nombre
caliente, ardiendo en el pecho del pueblo,
hasta tocar el alto cielo de mi república!

Él no echará nunca a todos los alemanes en el mismo saco del fascismo. Su relación tan profunda y amistosa con los refugiados de ese país que han llegado a México, a varios de los cuales conoció en la guerra de España formando parte de las Brigadas Internacionales, le confirma esa verdad de la historia que habla al lado diurno y nocturno de las naciones. Además, conoce bien los nombres de Marx y de Engels. Desde joven amó a Heine. Y le parece que atribuir el poema "Loreley" a autor desconocido es una afrenta a todos los poetas, una declaración de guerra a la belleza. "Alemania Libre, quién dice/ que no luchas? Tus muertos hablan sobre la tierra [...]. Brigadas/ de alemanes hermanos:/ atravesasteis todo el silencio del mundo/ para poner el ancho pecho junto a nosotros." Invoca los nombres prohibidos: Einstein, "una voz de ríos"; Heine, Mendelssohn... la voz de Thaelmann como un río enterrado".

Allí, rodeado de sus amigos catalanes, escribe el "Canto en la muerte y resurrección de Luis Companys".

Su poesía ha sido inspiración para muchos revolucionarios. El Che Guevara, en los días de la selva boliviana, subrayó en el "Canto para Bolívar" del *Canto General*, que siempre lo acompañaba, un verso clave y casi autobiográfico: "Tu pequeño cadáver de capitán valiente". Una premonición de su propio destino.

En marzo de 1942 viaja desde México a Cuba, que visita por primera vez, invitado por José María Chacón y Calvo, director

de Cultura del Ministerio de Educación. En la Academia Nacional de Artes y Letras dictó varias conferencias, dos de ellas sobre Quevedo. Allí evocó por primera vez en América al Correo Mayor de Su Majestad, don Juan de Tarsis, conde de Villamediana, el enamorado de la Reina, que un día incendia los cortinajes del escenario de Palacio a fin de tener pretexto para huir con la alta amada prohibida en brazos. En La Habana recuerda a los araucanos. Y allí rememoró a un joven cubano caído defendiendo la República española, que yace para siempre en el cementerio de Brunete. "Éste es Alberto Sánchez, cubano, taciturno, fornido y pequeño de estatura, capitán de veinte años..."

Agrega unos versos que en 1942 anunciaban la Revolución Cubana:

...alabad otro Héroe vuestro. Cuba, Cuba, fuerte y fragante
recordad al que duerme en España,
duerme para que vosotros estéis despiertos, para que la tierra no
duerma,
y para que sobre sus laureles ultrajados en la tumba lejana
un día se oiga el paso vuestro, vuestro canto, mi canto,
nuestro canto, el único, el canto de la Libertad y de la Victoria.⁸

Aprovechó ese mes que estuvo suspendido de su cargo de cónsul por el "affaire Siqueiros" para viajar a Guatemala. Allí entabla una amistad con Miguel Ángel Asturias, que dura por el resto de sus vidas. Tenían cierto parecido físico. El pecho y el vientre se les adelantaba como en los pavos. Alguien los vio caminando juntos y los apodó *los dos chompipes*. Pero Neruda rendía a todo señor todo honor. Llamaba a Miguel Ángel el Gran Chompipe.

El 18 de junio de 1943 murió en México doña Leocadia Felizardo de Prestes, madre del líder comunista brasileño Luis Carlos Prestes. El Presidente Getulio Vargas negó la autorización solicitada desde México para que su hijo, prisionero en una celda triangular en Río de Janeiro, asistiera a los funerales de su madre.

Neruda, ante la tumba, dijo: "El pequeño tirano quiere ocultar el fuego/ con sus pequeñas alas de murciélago frío". Al parecer, esto de murciélago hirió una zona sensible del orgullo del Getulio Vargas. Hubo declaraciones ácidas del embajador de Brasil. Se insinuó el retiro del cónsul chileno por la protesta de Itamaraty ante La Moneda. Neruda respondió:

Como cónsul general de Chile (y no representante diplomático), mi deber es trabajar por la intensificación de las relaciones comerciales entre México y mi país. Pero como escritor, mi deber es defender la libertad como norma absoluta de condición civil y humana, y ni reclamaciones ni incidentes de ninguna especie cambiarán mis actuaciones ni mi poesía... Yo soy un hombre que no acostumbra a retractarse de sus actos, y menos cuando se trata de cumplir mis obligaciones de hombre libre... Los escritores chilenos tenemos una tradición: al aceptar un cargo público o una función de gobierno, por alta o modesta que sea, no acostumbramos hipotecar nuestra libertad ni nuestra dignidad de hombres libres, y mucho menos, variar la fidelidad a los principios ideológicos o sociales que cada uno en su esfera representa [...]. Sobre la situación jurídica de Luis Carlos Prestes no bastan las afirmaciones oficiales. Todos sabemos cómo se fraguan ciertos procesos por delito común para aniquilar a adversarios políticos...?

Viajes y lutos, el recuerdo lejano de la casa de dos pisos traspasada por el olor a alcanfor, el comedor abandonado, el repetir "porque estoy triste y viajo,/ y conozco la tierra y estoy triste". Reminiscencias de una maternidad marcada con signo fatal. Lo único que quiero es que la criatura "pueda hablar sin morirse". Pues bien, ha llegado la hora en que "no hay sino llanto, nada más que llanto,/ porque sólo sufrir, solamente sufrir,/ y nada más que llanto". Es el año 1942 y acaba de recibir la noticia de que ha muerto en Holanda su hija Malva Marina. Se siente desconsolado. Tiene muchas ganas de volver a Chile. Una nostalgia total. Una voluntad de retorno irresistible. Traza planes concretos de viaje.

Hizo un inventario mental de su permanencia. Luego lo dijo en alta voz. Prefería en México los agrónomos y los pintores a muchos poetas, a quienes reprocha "falta de moral civil". De nuevo ataques de Octavio Paz y José Luis Martínez, sumamente virulentos.

Respuesta a las embestidas sulfurosas: invitación en un cartel pegado en los muros de la ciudad a un homenaje de despedida a Neruda. La convocatoria no la firmaron pelotaris vascos, boxeadores, futbolistas o campeones de lucha romana, sino escritores, músicos, plásticos, catedráticos, diplomáticos, dirigentes políticos y sindicales, parlamentarios, convidando a la comida final.

El 27 de agosto de 1943 los mexicanos despiden a Neruda. Todos sus conocidos, todo el país aún con el poeta quiere estar

presente en esos actos. No serán adioses, sino "hasta luego". Se desató un diluvio de reuniones y libaciones con brindis cariñosos en casas y restaurantes. La Universidad de Morelia le concedió muy seriamente el título de Doctor Honoris Causa. Todo debía culminar en una gran, gran despedida general. Como los otros lugares no daban abasto, fue necesario recurrir a un estadio, el Frontón México.

La cancha se convirtió en un inmenso comedor con más de dos mil personas, que despedían a un poeta extranjero, hecho del todo desacostumbrado.

Escribió un poema para leerlo en esa ocasión. Primero lo llamó "En los labios de México". Luego corrigió el título: "En los muros de México". Era un testimonio de situaciones vividas y de reconocimientos sentidos, de gratitudes dichas sin misterio: "Canto a Cárdenas. Yo estuve,/ yo viví la tormenta de Castilla.../ Entonces sólo la estrella roja de Rusia y la mirada/ de Cárdenas brillaron en la noche del hombre./ General, Presidente de América, te dejo en este canto/ algo del resplandor que recogí en España".

Así se despidió esta vez de México, que siempre lo intrigó como un país milenario de América, como una tierra germinadora. En esa autobiografía en verso que denominó *Memorial de Isla Negra* entona su "Serenata de México". Había puesto sus pies australes en el suelo hermano más septentrional. Caminándolo, sintió que recorría una tierra saturada de sí mismo. Y allí mil veces se quedó pasmado ante la fantasía de los hombres y la naturaleza. Lo conmovió "el violín de los aserraderos/ nocturnos, la cantata/ universal/ de un pueblo/ secreto/ de cigarras".

Lo maravillaba ese mundo subterráneo de la prehistoria, que tenía más vida que ninguno. Sentía que por sus venas andaban las sílabas de ese pasado, que las llevaba en su respiración, con el deber de expresarlas.

Cuando llegue a Chile, acodado frente al gran ventanal de su casa en Isla Negra, imaginará que las aves que van buscando algo en el mar descenderán un día "en las costas de México bravío..., el último de los países mágicos", como siguiendo "un camino misterioso". Recomienda esas aves a la tierra, al mar hermano, para "que descendan/ a las fosforescentes anilinas/ del crepitante añil/ y dispersen el ramo de su vuelo/ sobre las californias mexicanas."

El primero de septiembre de 1943 el aeropuerto de Balbuena se repletó con cantos de mariachis que decían adiós a su colega el poeta, algunas de cuyas letras se hicieron canción.

Había escrito —no lo olvidaban— un “Oratorio menor” para un músico mexicano que, si no fue mariachi, ni cantó en la Plaza Garibaldi, ellos estimaban digno, y de algún modo pertenecía al gremio laborioso de los que entonaban mañanitas. Despidieron al viajero con *Las golondrinas*.

87. *Ascensión a los orígenes*

Cuando el avión aterriza en Bogotá sube un funcionario del Protocolo del Ministerio de Relaciones, vestido de negro estricto, con sombrero de paño enhuinchado. Se descubre ante Neruda. Lo recibe con estilo de oratoria napoleónica:

—Cuatrocientos poetas os esperan.

La frase la asoció no tanto a las pirámides egipcias y los siglos, que son milenios, sino a los cuatrocientos elefantes de Rubén Darío...

—¡Cuatrocientos!... ¡Y qué voy a hacer en medio de tantos poetas!

El ojo en apariencia adormilado estaba siempre mirando, recogiendo material. Se incubaba en su cabeza un proyecto de poema sinfónico sobre América. Observó esa cintura de avispa donde el continente se junta y se separa. Un día recordará a Vasco Núñez de Balboa y dirá algo sobre la herida del canal de Panamá, primera escala.

Ahora afrontará la segunda escala, Bogotá, según la muletilla, Atenas de América. El hombre de negro no estaba equivocado. Nunca en el aeropuerto de Techo hubo tan mezclado rumor de hélices y de poetas reunidos; todas las generaciones aguardando para recibir a la bestia sagrada, un león de fábula. Esa misma tarde volvieron a juntarse en el salón de la casa del cónsul de Chile, el poeta Juan Guzmán Cruchaga. Estaban Jorge Zalamea, León de Greiff, Jorge Rojas, Gerardo Valencia, José Umaña Bernal, Carlos Martín, Darío Samper, Jaime Posada, Fernando Charry Lara... Eduardo Carranza describe con grandilocuencia la emoción del momento. “¡Estaba entre nosotros el inmenso Poeta, el grande hermano, el nuevo padre y maestro mágico!” Toma pie en Darío recordando a Verlaine, “liróforo celeste”. Sin embargo, este liróforo, que venía bajando del cielo, más que al aire pertenecía a la tierra.

Tan a la tierra pertenecía que la tertulia no tardó en dividirse ideológicamente. La cabeza del viajero fue el polígono de

tiro de las iras políticas del Júpiter tonante, el cacique conservador colombiano Laureano Gómez, quien lo cañoneó con pasión asesina desde su diario *El Siglo*. Neruda sintió rugir en sus entrañas el viejo volcán de donde brotaba la lava de las respuestas sulfúricas a las agresiones venenosas. Se enteró de que en ese órgano de prensa, un mes antes de su llegada a Colombia, se comenzaron a publicar editoriales antinerudianos, donde el epíteto contenía más furor que verdad. Eran ataques rudimentarios; pero Neruda también podía servir de pretexto, porque en el fondo lo que buscaba Gómez era embestir con su típica saña contra el Presidente de ese tiempo, Alfonso López. Dados los antagonistas, era natural que la contienda adquiriera a ratos forma literaria. El caudillo ultramontano atacaba al grupo de poetas Piedra y Cielo. Los piedracielistas respondían más con piedras que con cielo a los exabruptos del gomecismo. Neruda no se quedó callado. Desenvainó la pluma con tinta verde y escribió, como réplica, una serie de "Sonetos primitivos".

El viaje de regreso fue un zangoloteo, en el cual sucedió casi de todo. Tardó dos meses y cuatro días en llegar a Chile. Si tomamos en cuenta que usaba el avión, habrá que concluir que las escalas eran prolongadas, porque quería absorber el país que visitaba. Tenía sus razones. Creía conocer poco América del Sur. Sentía que le había llegado el momento de saber más exacta y profundamente, de *visu*, qué era su continente, cómo estaba constituido ese mundo. Hasta entonces había sido un chileno que cayó de bruces en el Oriente, abrió los ojos ante el fulgor de la llamarada violenta de España y pasó un tiempo breve en Buenos Aires. Fue México el que le dio de veras la sensación perturbadora de una América casi desconocida. Se sintió en déficit con ella, pues no había bajado a su propio subsuelo. Por eso, cuando llegó al territorio del otro imperio precolombino básico supo que tenía que visitar el Cusco y Machu Picchu. Era un encuentro que aguardaba hacía largo tiempo. Fuertemente estimulado por la vivencia mexicana, estaba madurando en él la noción de que debajo de sus pies había un universo sepultado, sobre el cual caminaba casi ignorándolo. Allí estaban sus raíces, que no eran individuales, sino los orígenes de todo esos pueblos a los cuales pertenecía.

Ese viaje, al parecer ordinario, cobró después un relieve único. Así como Bolívar llamó a Alejandro Humboldt el segundo descubridor de América, algunos consideran que el segundo descubridor de Machu Picchu es Pablo Neruda. No le costó

tanto descubrirlo como a Hiram Bingham. Además el suyo fue un descubrimiento intelectual.

Hay fotografías de Hormiga con Neruda caminando por la ciudad-fortaleza en mangas de camisa, con la chaqueta al brazo. Todo, al parecer, muy sin prosopopeya. Se cuenta, además, la socorrida anécdota de una respuesta antiolemne a una pregunta solemne: "¿Qué siente usted, poeta, ante esta visión de los siglos?". "Siento que es el lugar más indicado para comerse un asado", habría contestado. Tiempo después, cuando lo interrogan sobre la veracidad del chiste, aclara, dubitativo: "No sé si lo dije. Pero, tal vez, cuando uno se siente demudado ante un hecho colosal y misterioso y se le hace una pregunta trascendental, la primera defensa psicológica de un hombre que se encuentra frente a un momento de la eternidad es agarrarse al hecho más contundentemente cotidiano, a fin de afirmar su ser terrenal".

Muchos hechos tuvieron una réplica poética inmediata en Neruda. Los vivía, y minutos, horas después escribía el poema que había despertado de golpe sugiriéndoselo un rostro, una conversación, un susurro de álamos, la muerte de un amigo. Parecía que su reacción poética era instantánea. No es el caso de Machu Picchu. Se le metió como una semilla que germina despaciosa y profunda. Demoró dos años en asomar su flor a la superficie. Visitó Machu Picchu en octubre de 1943, escribió el poema en Isla Negra durante los meses de agosto y septiembre de 1945 y fue publicado por primera vez en 1946.

Ese par de años de maduración deben entenderse como el tiempo requerido para que se desarrollara el proceso de la idea nacida ante la vida personal y política, que definirán más claramente en él su actitud ante la sociedad y la historia.

Cuando escribe el poema es ya senador elegido por el Partido Comunista de Chile. La zona que representa formaba parte, hasta 1879, de Perú y Bolivia. No estaba tan lejos de Machu Picchu. Había sido como una provincia del imperio incásico. Muchos de los obreros pampinos que lo eligieron para el Parlamento son descendientes directos de Juan Comefrío, de Juan Cortapiedras, de Juan Piesdescalzos. El descendiente de Wiracocha, de Estrella Verde, el nieto de la Turquesa, ahora sus electores de Tarapacá y Antofagasta, ayer fueron constructores de la "lámpara de granito, pan de piedra". Estaban y siguen estando olvidados. Él contribuirá a decir su historia para que ésta sea conocida como una primera forma de cambiarla. "Acudid a mis venas y a mi boca./ Hablad por mis palabras y mi sangre." Él será el portavoz. No es una oración política, pero ¡oh, herejía! responde a la mis-

ma idea que expone en los mítines de las oficinas en la pampa, ante los retoños de los anónimos constructores de la "alta ciudad de piedras escalares". Sus discursos son, por lo general, poesía. Literalmente, porque consisten casi siempre en lectura de poemas ante esos obreros del desierto. Ahora preparan el tiro de dinamita para hacer estallar la tierra, dejar al descubierto el caliche y extraer el nitrato. Ayer sembraron los granos de maíz, tejieron la hebra de la vicuña, obedecieron a los guerreros. Unos y otros siguen viviendo una suerte parecida. "Muertos de un solo abismo, sombras de una hondonada./ la profunda..."

Hay una relación de fechas que ayuda a explicar el sentido del poema. El 8 de julio de 1945 Neruda ingresó oficial y públicamente en el Partido Comunista. El mes siguiente empezó a escribir "Alturas de Machu Picchu". Son dos actos de un mismo tiempo. No sólo casi simultáneos, sino mutuamente entrelazados y condicionados.

88. *Significación personal y extrapersonal de Machu Picchu*

Su poesía, que nunca fue canto fantasmal, no admite aquí interpretaciones míticas. No era un arqueólogo. Era un poeta que estaba mirando la historia. Ciertamente con otra óptica. Sí, ahora escucha la voz del pasado con un sistema acústico diverso. Olfatea el misterioso perfume que emana de las ruinas, como no lo habría hecho antes de España. Cuando tenía veinte años, en caso de llegar a Machu Picchu, probablemente hubiera escrito un poema, pero muy distinto.

¡No a los ojos académicos! ¡Tampoco literatura nostálgica! Lo que desea es reintegrarse y reinsertarse en el contexto de un mundo del cual formaba parte. No quiere narrar al modo de los antiguos aedas la historia de la elite gobernante, ni siquiera de los amautas, aquellos iniciados herméticos que tenían el privilegio de la cultura. El poeta abraza la noción de que sólo las revoluciones, un gran cambio social, producirán la mutación que reconozca la integral condición humana de Juan Cortapiedras y sus hermanos de entonces y, con mayor razón, de ahora.

Su poema no es literatura de viaje, ni tampoco himnario en loor a los antiguos dioses. Para él es, sobre todo, cruzar una larga y vieja frontera que lo separa de la historia precolombina, de donde él está seguro proviene por lo menos parte de su historia personal.

El poema a ratos parece escribirse al margen de cualquier signo de interrogación. En verdad, contiene un cuerpo coherente de afirmaciones. Va más allá del pensamiento mágico. Señala con el puntero la línea de fractura entre dos civilizaciones, entre poseedores y poseídos.

Romperá con el sentido tradicional de entender la historia y la poesía. Concibe el poema como un hijo de la experiencia. Observa cuidadosamente en Machu Picchu, detalle a detalle, las piedras, los materiales contestando a sus propias preguntas. Fija la atención en el hombre marginal que construyó la oculta fortaleza tapada durante siglos. Para él es el hombre simbólico de la clase de abajo de todos los tiempos. Imagina los gestos del explotado, probablemente sin conciencia de serlo.

Como se trataba de una cultura oral, descubre en el silencio la palabra que dijo y nadie recogió. Pugna por reconstruir la expresión perdida, escrita en el mensaje de las piedras. El poeta se siente portavoz y recuperador de la memoria y de la voz colectiva.

Esa ciudad calló escondida en la selva durante veinte generaciones humanas. El poeta será su boca, reanimará la garganta extinguida de aquellos que no fueron vistos ni oídos. Reinventará Machu Picchu. Asimilará la ciudad india haciéndola suya y haciéndose suyo. La convertirá en imagen revivida, en parte de sí mismo, en expresión actual, en página de la literatura y de la historia. Hará del silencio la palabra que renace. Reemergerá la ciudad del enigma a través de lo que dice al poeta. La ciudad del enigma que mira con sus ojos, recorre con sus pies y respira con todo su ser.

Ese par de años que separan la ascensión a la ciudad en la montaña y la composición del poema son tiempo de un proceso mental, cuyos ingredientes y filones se van descubriendo poco a poco, resultantes de una mezcla fecunda de labor inconsciente, imaginación colectiva y noción revolucionaria de la sociedad.

Neruda en el poema vuelve a tratar a una vieja conocida: la Muerte. No la ve como inercia ni intemporalidad, sino como cambio y sucesión. Allí hay siglos acumulando su carga. Toda la ciudad indígena murió hace mucho y, sin embargo, su mensaje continúa vigente. Siente el ritmo, el aliento de la Historia. Sabe que ella nunca se queda inmóvil. Esa ciudad oculta no es un monolito desplomado por un colapso remoto. Llega y advierte de inmediato la ruptura irreversible, la misma que agrieta todas las sociedades divididas: la gran guerra callada o bulliciosa de los poderosos y de los débiles, de los ricos y de los pobres.

Su viaje a Machu Picchu no fue inocente. Buscaba también en el pasado argumentos para la Revolución contemporánea que estimaba necesaria. Ella suma a través del tiempo argumentos de dilatada maduración. Percibió la dialéctica que comunica la obra de millones de horas, días, siglos y milenios, con ese salto determinando la ruptura brusca, que asume caracteres de mutación. Mutación que siente también dentro de sí mismo.

Machu Picchu es, en su obra, un hecho revolucionario. Propone otro signo y camino para la poesía latinoamericana. Machu Picchu rechaza la sacralidad idílica de las Ciudades del Sol. Hay que hacer de la exploración del pasado un ayudante del presente, pero también un rectificador de la visión de lo sucedido. Machu Picchu es un reflejo del cambio en su mentalidad. Es una toma de conciencia. Machu Picchu es el poeta al cumplir cuarenta años.

El poema ocupa un sitio de privilegio en los estudios nerudianos. Se subrayan en ellos muy distintos aspectos: reflexión sobre la muerte, el hombre antiguo y el hombre nuevo, la relación entre Neruda y el Inca Garcilaso, unidos a través de los siglos en la empresa de rescate de la validez del indio. Un estudioso norteamericano afirma que este libro fue para él introducción al descubrimiento simultáneo de un continente y de un poeta.¹⁰

Trasciende sin duda una invención personal, aunque comienza autodescribiendo el hombre —el poeta mismo— que va por las calles y la atmósfera, “al aire, como una red vacía”. Pero a ese hombre alguien lo “esperó entre los violines” y lo ayudó a encontrar un mundo como una torre enterrada. En pocas palabras, lo lleva a descubrir el génesis americano. Así comenzó su descendimiento no hacia las profundidades del Hades, sino al secreto de la Historia. Bajará hasta el alma de sus pueblos, bajará mil años, quiere penetrar “la eterna veta insondable”. La pregunta es: qué era el hombre, en qué parte de él vive “lo indestructible, lo imperecedero, la vida”, a pesar de que cada uno tendrá su muerte, “una pequeña muerte de alas gruesas”. La muerte le ha hecho en su vida muchos guiños invitadores. Él la ha visto por todas partes. Y de algún modo ha muerto con la muerte de los otros, de los hombres que poblaron ese nido de águilas.

Entonces sube, “entre la atroz maraña de las selvas perdidas” hacia Machu Picchu. Allí está “la cuna del relámpago”. Manuel Scorza, hurgando en las mismas raíces, tituló una de sus novelas sobre la rebelión en los Andes peruanos: *La tumba del relámpago*.

La ciudad pereció. Tal vez por eso en ella ya nadie llora. Pareciera que sólo reinan el olvido y la niebla. La niebla corona esa parte del cielo y de la tierra. Da la impresión de que el tiempo lo ha devorado todo.

El poeta descubre allí "el alto sitio de la aurora humana". Luego no permanecerá en silencio. No se inclinará ante la muerte general. Para él, descubrir esa ciudad perdida es una orden de vivir y de amar. "Sube conmigo, amor americano./ Besa conmigo las piedras secretas." Le brota el largo interrogatorio: ¿Cuál es el mensaje, qué quieren transmitir esos vestigios, qué fue de sus dioses? Machu Picchu es un manifiesto poético americano. Algo más que indigenismo.

Luego de las preguntas vienen las imágenes definitorias: "Águila sideral, viña de bruma...". Preguntará por la luz, la serpiente, el caballo de la luna; pero la cuestión esencial se refiere al hombre: "El hombre, dónde estuvo?". Porque Machu Picchu no es piedra construida por la piedra. Pide que le devuelvan al miserable mortal, su hermano que la labró y sobrepuso. Quiere saber cómo vivía, cuáles fueron sus sueños, cómo levantó el muro. Porque él es la América antigua, su antepasado, el sembrador del maíz. Pide que se recuerde al olvidado, al hombre, "porque el hombre es más ancho que el mar y que sus islas./ y hay que caer en él como en un pozo para salir del fondo/ con un ramo de aguas secretas y de verdades sumergidas".

Estos versos encierran una clave fundamental en el pensamiento nerudiano de aquel tiempo. Son una definición del hombre, pero también del oficio y del deber poético. Hundirse en la noria profunda, para reemerger a flote con la revelación de las verdades que están ocultas en el fondo.

Rechaza el tono elegíaco. Invita a una resurrección. Sumergirse para volver a vivir. "Sube a nacer conmigo, hermano." El poeta le abre los brazos, pide que le dé la mano, para liberarse. Requiere su mirada: "Mírame desde el fondo de la tierra./ labrador, tejedor, pastor callado:/ domador de guanacos tutelares:/ albañil del andamio desafiado...". Pide a todos los trabajadores que traigan sus vidas para vaciarlas en la copa de una nueva vida. Él publicará sus dolores. "Yo vengo a hablar por vuestra boca muerta.../ hablad por mis palabras y mi sangre."

Se ha aludido al comentario metafórico según el cual el poema produjo el segundo descubrimiento de Machu Picchu. En el plano práctico estimuló la construcción de obras de acceso y de atención a la marea turística, que comenzó a multiplicarse en progresión geométrica a partir de su publicación. ¡Extraño poder de la Poesía!

El 3 de noviembre de 1943 Neruda llega a Santiago. La guerra arde en Europa y en el Oriente. El viaje por la costa del Pacífico, la ascensión a los Andes, le han reportado algo más que lecciones de geografía. Se ha adentrado en sí mismo. Se ha vuelto más consciente de su identidad, que ve no sólo como una emanación telúrica de su ser, sino como una definición total del hombre, en la cual inscribe su posición política.

El hombre que regresa a Chile en la proximidad de sus cuarenta años, como es sabido, empezó a cambiar en España. Dijo que su decisión la tomó durante la Guerra Civil. "Allí los comunistas se me presentaron como la gran fuerza revolucionaria de este siglo, capaz de transformar el Viejo Mundo capitalista y construir una sociedad justa. Desde ese tiempo me considero militante."¹¹ Son palabras a raíz de su cincuenta y cinco cumpleaños. Cuando cumplió los sesenta, agregó: "Para mí ser comunista es una cosa natural. Lo extraño es haber tardado tanto en serlo..."¹²

Esa invitación de "Alturas de Machu Picchu", "Sube a nacer conmigo, hermano!", no es sólo una declaración poética. Es una línea de vida. Pero por ahora no será todavía cosa de carné.

Un mes después de su vuelta al país, el 8 de diciembre dicta en el Salón de Honor de la Universidad de Chile su conferencia "Viaje alrededor de mi poesía". Escucharla fue asistir a varias revelaciones. Todo sonaba tan nítido y todo estaba traspasado por aquello que Goethe consideraba elemento crucial de la poesía: el estremecimiento. Pero había algo más: ese fluir de agua profunda hablaba de la vida de un niño y de un hombre, entregaba secretos, describía la senda que lo llevó con el tiempo a ciertas definiciones capitales.

No fue el único relato de viaje. Narró por esos tiempos cuatro que iluminaron rincones en penumbra de su trayecto y explicaron la trayectoria de la flecha. Primero: "Viaje alrededor de mi poesía". Segundo: "Viaje al corazón de Quevedo". Tercero: "Viaje por las costas del mundo". Cuatro: "Viaje al norte". Todos están interconectados porque son viajes a través de sí mismo y explicaciones en el seno de la naturaleza. El último lo emprendió ansioso de descubrir una región de su país, un paisaje de arenas y soledades que él, como oriundo del centro del país y criado en el sur, donde impera el color verde, desconocía casi por entero: el gran desierto del Tamarugal. Ese viaje del sur al

norte tiene múltiples significados: es un camino de la lluvia al sol, de la soledad a la compañía. Es un viaje político. Una integración que funde en su núcleo vital poesía y sociedad.

Quien quiera hurgar en ese proceso de transformación del hombre y del poeta que entra en la madurez no descuide estos viajes. Hallará en ellos muchos indicios orientadores.

Cuando llega a la edad madura, vuelve más que nunca los ojos a la meditación de la Historia. Establece relaciones, si no del todo nuevas, vistas bajo una luz más brillante. "Tierra, pueblo y poesía son una misma entidad encadenada por subterráneos misteriosos. Cuando la tierra florece, el pueblo respira la libertad, los poetas cantan y muestran el camino. Cuando la tiranía oscurece la tierra y castiga las espaldas del pueblo, antes que nada se busca la voz más alta, y cae la cabeza de un poeta al fondo del pozo de la historia. La tiranía corta la cabeza que canta, pero la voz en el fondo del pozo vuelve a los manantiales secretos de la tierra y desde la oscuridad sube por la boca del pueblo."

Ve a Quevedo con los ojos de Martí: "Ahondó tanto en lo que venía, que los que hoy vivimos con su lengua hablamos". Quevedo, el de "la grandeza más grande", le enseña la España profunda. Allí Neruda se encuentra con la mitad de sus raíces. Allí "me di cuenta de una parte original de mi existencia, de una base roquera donde está temblando aún la cuna de la sangre". Es un reconocimiento indispensable, no tan obvio.

No está para reproches, pero deja constancia de ciertos olvidos. España olvidó su conquista de América. Y América olvidó la conquista de España: sobre todo su herencia cultural. Si Darío fue a principios de siglo a restablecer el vínculo roto, pasando por la intersección de París, Neruda es un americano austral que hace el camino de reconocimiento atravesando todo un continente, el planeta selvático, hasta llegar al panorama de su "padre mayor y visitador de España", Quevedo. Su destino castigado lo ve repetido en un escritor muy distinto, que es la gracia personificada de la España mediterránea y árabe, Federico García Lorca. Sin embargo, también su muerte es para Neruda una pesadilla quevediana. Como lo fueron las de Antonio Machado y de Miguel Hernández.

Su "Viaje por la costa del mundo" es la comprobación de que el Poeta políticamente definido no abandona ni empobrece su espíritu.

Busca recorriendo el hombre, las tierras y los mares. Se sumerge en el interior del océano, en las expediciones del Capitán

Nemo y las aventuras de Julio Verne. Lo atraen escenas de pesca submarina: cangrejos de largas manos, crustáceos ciegos.

Después de la zambullida, vuelta al Siglo de Oro español y retorno al terruño: Arauco. Lo enorgullece y asiste la conciencia de ser de la tierra donde se libró esa lucha de trescientos años que formó un primer frente nacional ante el invasor, donde el indio combate al español. Allí llegaron los primeros adelantados a fundar Temuco. Poco después arribó su familia. Algo más tarde, allí su poesía comenzó a brotar. Tiene a orgullo pertenecer a una estirpe pionera. "Mis padres vieron la primera locomotora, los primeros ganados, las primeras legumbres, en aquella región virginal de frío y tempestad. Yo nací el año 1904 y antes de 1914 comencé a escribir allí mis primeras poesías..."¹³ Todos estos datos son nudos en el árbol sureño que es él.

"Viaje por las costas del mundo" recorre el Oriente y es un retorno a España. Anota algo que dijo a los colombianos. Les habló del mapa de América oscurecido, de las dictaduras militares que van apagando lámparas aquí y allá. Después de estos viajes por el continente él tiene más claro que la belleza no es enemiga de la verdad, que hay que decirlas juntas, para poner un día fin al sufrimiento humano. Hablará por sus compatriotas de Chile y de las otras patrias americanas. Invita a "combatir con nosotros mismos y con el enemigo". Rechaza a los que dicen "no salgas de tu casa, ni de tu huerto, ni de tu poesía". Vuelve como un hombre que ha salido de su casa y de su huerto, para hacer que su poesía sea una casa y un huerto abiertos.

El cuarto viaje es un viaje hacia el contraste. El muchacho de los bosques, el niño que buscó copihues y humedeció sus manos con los helechos empapados de rocío, se traslada a un mundo que es la luna en la tierra. El suelo sin vegetación, un planeta extraño en el mismo planeta. Pero más lo sobrecoge el hombre, el metal despreciado. Recorre los arenales junto con Elías Lafertte, presidente del Partido Comunista de Chile. Según definición de Neruda, ambos son "agitadores profesionales". Radomiro Tomic, parlamentario demócrata cristiano por la zona le decía: "Qué ciego es el capitalismo, que daña y mata la misma herramienta que le da vida". Tenía que defender al hombre. Y lo que es más insólito: tenía que defenderlo de otros hombres. Todo esto lo sintió en uno de los lugares más abandonados del globo, en el desierto, donde crujen los salares resquebrajados por el sol, en la infinita soledad de la noche donde escuchaba voces profundas cantando como un sueño el verso de la canción, "ese campo de flores bordado...".

90. Un discurso particular

Casi simultáneamente con su primera traducción en inglés, edición privada de algunas páginas de *Residencia*, bajo el título *Selected Poems*, publicada en Estados Unidos, se le otorga en Santiago un reconocimiento tardío y parcial, el Premio Municipal de Poesía, que él recibe sin desdén, pero probablemente a sabiendas de que será una ramita en un futuro bosque de laureles.

Neruda no llegó a la lucha política de repente, aunque el camino fuera indirecto y con largas permanencias en las salas de espera. Alguna vez, sacando la cuenta, recuerda que a los catorce años se interesó por la lucha popular. "A los quince era corresponsal y agente de *Claridad* en el Liceo de Temuco. A los dieciséis y diecisiete tomé parte en la agitación estudiantil de la época. Luego fui redactor y editorialista a veces de la revista más combativa de la época, *Claridad*. Mi entrada al Partido Comunista la decidí en España, al comprender que los luchadores antifascistas más honrados, más organizados y mejores, eran los comunistas".¹⁴

Trabaja con los comunistas. El Partido le propone llevarlo como candidato a senador por la Primera Agrupación, las provincias de Tarapacá y Antofagasta, junto con el presidente de la organización, el antiguo obrero del salitre, Elías Lafertte. Cuando Neruda acepta el ofrecimiento, comienza una nueva fase, un compromiso social directo, que le significará una inmersión en el pueblo, un conocimiento cotidiano de sus problemas, un contacto por abajo, por dentro con la realidad más áspera del país.

Se plantea en su conciencia una interrogante: siendo senador, ¿qué pasará con su poesía? ¿La dejará a un lado? ¿Ella callará durante los ocho años que corresponden a su período parlamentario? ¿O pasará a ser la pariente pobre, de la cual se acordará en los escasos huecos que le deje el activismo inherente al cargo? Plantea el asunto de antemano a la dirección del Partido. La respuesta lo tranquiliza. No. No se pretende convertir al poeta ni en un gran ni en un mal parlamentario. Es necesario que la cultura, es su más alta expresión, represente allí al pueblo, sellando un eslabón necesario, proclamando la unión del músculo, como entonces se decía, y el conocimiento. Lo que queremos es que el poeta Neruda se una a Recabarren como símbolo de la unidad de los trabajadores manuales e intelectuales. El tiempo de la poesía debe ser resguardado. Dirás en el Senado los discursos, o harás las intervenciones que te interesen. Otros podrán preocuparse de asuntos contingentes. Resérvate para las ocasiones

que estimes más de acuerdo con tus preocupaciones. Pero el Partido Comunista no quiere ser el sepulturero del poeta. Lo que le interesa es que él sea cada vez más grande y que el pueblo vea flamear en sus manos las banderas más hermosas. Esto no significa que te queremos como una figura decorativa. Por carácter, por naturaleza, te sabemos un hombre decidido a los combates. Y estamos seguros de que participarás en todos ellos con la fuerza de tu temperamento y el poder de tus razones.

Neruda preguntó algo más:

—¿Y cómo voy a hacer mi campaña senatorial? Me cuesta hacer discursos políticos. No sé improvisar, como otros. Y una campaña parlamentaria significa hacer de tres a diez discursos diarios.

—No te preocupes. Si quieres la haces en verso. Otros harán los discursos en prosa.

Neruda tomó en serio aquello de hacer la campaña en verso. Y su discurso de candidato senatorial fue un largo poema llamado "Saludo al Norte".

Jóvenes intelectuales de esa época formamos un Comité de Apoyo a la candidatura del poeta. Fuimos testigos de algunas de sus proclamaciones. El espectáculo era singular. En las oficinas salitreras más ruinosas y carcomidas se reunían todos para escuchar a un antiguo conocido que les hablaba en su idioma y repetía los gritos del trabajo, usaba la jerga del pampino, porque la había dicho mil veces y era la de su juventud. Después volvió; ya como dirigente obrero o político. Lo llamaban *el viejo Lafette*. Y era como su padre. Élías tenía mucho de artista. Había sido en sus mocedades actor de teatro, precisamente en las oficinas salitreras. Sobrevivió a la matanza de la Escuela Santa María de Iquique, en 1907, y hablaba a su gente con la naturalidad de quien era igual a ellos, pero con un empaque que había aprendido de un animador escénico que a su vez era su maestro político, Luis Emilio Recabarren. Élías no era propiamente lo que se llama un teórico, sino un orador nítido, vivaz y evocador. Terminó su discurso, que nunca era largo ni frondoso, y dijo con una sonrisa que fluctuaba entre el afecto y la picardía: "Ahora vamos a oír el discurso más particular que se haya escuchado en la pampa. Dejo con ustedes a mi estimado compañero de lista, el poeta Pablo Neruda."

El orador anunciado sonrió, un poco confundido. Dijo tres o cuatro frases consabidas: "Ustedes me van a perdonar, yo no soy orador, pero he preparado una cosita para leérselas". La voz gangosa se hizo más alta y el tono revistió cierta seguridad:

Norte, llego por fin a tu bravío
silencio mineral de ayer y de hoy,
vengo a buscar tu voz y a conocer lo mío,
y no te traigo un corazón vacío:
te traigo todo lo que soy.

Dio una mirada a la multitud. En los rostros estaba pintada una sensación de asombro. En algunos había desconcierto. No entendían bien hacia dónde iba ese curioso orador de voz arras-trada, pero que hablaba con cierta música y les acariciaba el oído, decía las cosas de manera nueva y los dejaba atónitos.

Continuó la lectura con tono más recio, en esa reunión que se hacía sin micrófono, donde tampoco había bocina para amplifi-car la voz. Algún viejo recordó a un poeta que a principios de siglo cantó también a la pampa, Carlos Pezoa Véliz. Pero juzgó que éste tenía algo distinto:

Quiero también oír la voz sufrida,
la canción de la pampa removida
como el corazón del pampino,
vieja canción que aprieta la garganta
con un nudo de lágrimas que canta
las amargas del destino.

El hombre decía que quería oírlos. Deseaba compartir con ellos, incluso hasta el sacrificio:

Quiero que esté mi voz en los rincones
de la pampa, tocando los terrones,
y se elabore con caliche el canto,
y otra vez se alce barrenando el pique,
y quiero que la sangre me salpique
cuando sobre la pampa llueve llanto.

Sobre la pampa, el llanto es lo único que llueve, aparte de la san-gre. Allí está la historia de esas lluvias confundidas. La lluvia de la sangre mezclándose a las lágrimas, de impotencia y de rabia. Había sido en Chile la zona de las mayores matanzas. Todo esto sucedía en la oficina Sierra Overa, sombría, sórdida, que trabajaba aún con-forme al primitivo sistema Shanks, cubierta de "polvo ceniciento de noche, de tarde y de día". Habían pasado cinco minutos. Yo obser-vaba las caras. La expresión pasaba de la sorpresa al semblante con-movido. Lo sentían suyo y él declaraba su voluntad de serlo.

Quiero que esté mi canto donde antaño,
con su mirada gris y su pelo de estaño,
Recabarren, el Padre, comenzó su jornada,
de orilla a orilla del desierto,
con la misma bandera, que llevo levantada.
Porque Recabarren no ha muerto.

Se volvió hacia su compañero de tribuna. Y dijo: "Lafertte viene ahora/ paso a paso, luchando, descifrando la aurora...".

El poema era un discurso. Y el discurso era un poema. Todo su texto habla de la frontera móvil de la poesía que va desde el susurro del secreto íntimo a la gran voz que clama en el desierto de la pampa. Esta vez el desierto escuchó lo que pocas veces se había oído en el mundo: a un candidato poeta que hacía de la poesía un arma y la "cumbre pura" de la palabra los convocaba, porque la libertad los había llamado. Tal vez —y no era exactamente igual— como cuando treinta años antes Víctor Domingo Silva recitaba ante ellos "la nueva Marsellesa".

Aquel fue un estreno político que dio al poeta una nueva confianza en el poder persuasivo de la poesía frente a la masa y que reveló a ésta que la poesía no era una lejana y elegante dama inaccesible, sino que podía ser su amiga, hasta su compañera.

Hubo después un agasajo de pobres en la oficina, con los pocos víveres de que se disponía en esas soledades arenosas. El poeta se sentía colmado, radiante con la nueva experiencia.

Fue de punto en punto, de oficina en oficina, recorriendo ese Sahara sudamericano que es la pampa del Tamarugal. Llegaba a cada proclamación, sea en la noche de grandes estrellas, envuelto por el frío nortino, cubierto a veces por la gruesa capa blanca de la camanchaca, que ocultaba los rostros de los asistentes; sea bajo el sol que caía a pico, a mediodía, en la pausa de las labores, y volvía a decir algunas frases de entrada, que cada vez eran más extensas e iban tocando problemas políticos directos, para luego desenfundar el poema que, publicado por *El Siglo* el 27 de febrero de 1945, se transformó en cancionero popular, con el mismo formato de los que sacaba, cuarenta años antes, Recabarren, para repartirlos por la pampa.

El poema recurrió a la técnica de nombrar algunas ciudades u oficinas por su nombre o por el apodo que le daban los habitantes de la región. María Polvillo era María Elena. Allí desfilaba la geografía del trabajo vista por un poeta. El trueno de Chuquicamata. Iquique era azul. Tocopilla, florida, seguramente de barcos, porque la vegetación es magra. Antofagasta está de

“luz construida”. Y Taltal, una “paloma abandonada”. Arica es una rosa de arena, que toca al Perú con su cabeza pampina “y como una luciérnaga marina/ adelanta la patria al hijo errante”. Chile es para él “antorcha iluminada”. El sur, la verde empuñadura. El norte, su forma dura. Y Tarapacá, la llamarada.

Lafertte, que como actor se había aprendido de memoria en su juventud largos parlamentos en verso, que seguía ahora durante la campaña recitando en los interminables viajes en automóvil por la pampa, para fiesta del poeta, de tanto escuchar el “Saludo al norte” lo memorizó de principio a fin. Y podía decirlo a la perfección, no con el tono de salmodia, que a ratos se hacía imprecación o juramento en la declamación nerudiana, sino con la inflexión de un actor de la escuela de Borrás, con cierto moderado dejo español.

El poema fue el más eficaz de los discursos, el más conmovedor. Inauguró un nuevo tipo de oratoria. Aunque, como es natural no contó con la complacencia de todos. Jenaro Prieto volvió a sus risotadas. En su artículo “Un candidato aúlla”, publicado el 12 de febrero de 1945, habla con un lenguaje de soda cáustica sobre el “respetable caballero don Neftalí Reyes Basoalto, ex poeta y actual candidato a senador por Tarapacá y Antofagasta”.

Tomando en solfa el poema-discurso de Neruda, Prieto vuelve a la carga el 25 de febrero, día en que publica una “Proclama lírica”: “Amo el amor de los votantes que votan y se van”. Después, a raíz del “Canto para Bolívar”, el conservador satírico compondrá una “Oda Boli-nerudiana”.¹⁵

En las elecciones de 4 de marzo, tanto Elías Lafertte como Pablo Neruda resultaron elegidos, con grandes mayorías, senadores de la República.

91. *Estreno parlamentario*

Ese mes de mayo no le trajo a Neruda la primavera, entre otras razones porque en el hemisferio sur es otoño, pero sí le aportó dos calidades que él no estimaba incongruentes entre sí: la de senador en ejercicio y la de Premio Nacional de Literatura que en Chile se concede no por un libro determinado, sino por la obra total, galardón en ese entonces relativamente nuevo, que él había contribuido a crear como presidente de la Alianza de Intelectuales. Había sido concedido antes sólo a Augusto D’Hal-

mar, Joaquín Edwards Bello y Mariano Latorre. Prosistas nacidos aproximadamente veinte años antes que él. La distinción tenía un valor moral y contenía una recompensa pecuniaria menor. El poeta no despreció ninguna de las dos.

Neruda era el primer poeta, el primer escritor de su generación que lo recibía. El poeta era ahora un comunista activo y confeso. Y el premio establecía un reconocimiento oficial del *status*, si se tiene en cuenta que lo discernía un jurado donde participaban no sólo escritores, sino el Gobierno y la Universidad.

En ese mismo mes de mayo el poeta recién laureado recibe la investidura de senador. El día 21 escucha en el Salón de Honor del Congreso el mensaje sobre el estado de la Nación, leído por el Presidente Juan Antonio Ríos. Neruda presta su juramento constitucional. Pocos días después es elegido miembro de la Comisión de Relaciones Exteriores. Su estreno parlamentario no tiene nada de flemático; comienza con palabras tormentosas.

Cuando el Presidente del Senado, Arturo Alessandri Palma, que había sido dos veces Presidente de la República, dijo: "Tiene la palabra el senador por Tarapacá y Antofagasta, Honorable señor Reyes", Pablo Neruda comenzó diciendo que "las exigencias ideológicas, morales y legales cuya presión sentimos todos, o casi todos, son, en mi caso personal, mucho mayores".

No sólo eran responsabilidades mayores porque el poeta rechazara el fraude cometido por el Tribunal Calificador de Elecciones, que, con artilugios de secretaría, había despojado a candidatos verdaderamente triunfantes en las urnas de su legítima condición parlamentaria, sino por razones más singulares, que le conciernen específicamente: el hecho de representar como escritor una actividad que pocas veces llega a influir en las decisiones legislativas. Hablará, pues, como escritor, de los escritores. "En efecto —afirmó—, los escritores, cuyas estatuas sirven después de su muerte para tan excelentes discursos de inauguración y para tan alegres romerías, han vivido y viven vidas difíciles y oscuras, a pesar de esclarecidas condiciones y brillantes facultades, por el sólo hecho de su oposición desorganizada al injusto desorden del capitalismo. Salvo [...] ejemplos que en Chile nos legaron Baldomero Lillo y Carlos Pezoa Véliz, al identificar su obra con los dolores y las aspiraciones de su pueblo, no tuvieron en general sino una actitud de resignada miseria o de indisciplinada rebeldía..."

El escritor, como todos los demás sectores del trabajo asalariado, que a veces conocen largamente la desocupación, será de-

finido de entrada por el poeta como miembro de una parte de la sociedad que por lo general vive sórdidamente, en contraste con el esplendor en que desenvuelve su existencia la minoría privilegiada. Y agregará que ese lujo que quiere ser perpetuo se hace parcialmente a cargo de la miseria de "los ilustres y heroicos obreros de la pampa" que él representa. "Son esos compatriotas desconocidos, olvidados, endurecidos por el sufrimiento, mal alimentados y mal vestidos, varias veces ametrallados, los que me otorgaron esto que es para mí el verdadero Premio Nacional..."

La comparación es ilustrativa: el verdadero Premio Nacional. Sale al encuentro de aquellos que lo estiman *rara avis* en el Senado. Un poeta parlamentario representando no tanto a los poetas, cuyo número es demasiado reducido para elegir congresales, sino, sobre todo, a los trabajadores del salitre, del cobre, del oro y de las ciudades litorales del norte grande... Pero quiere expresarles que está orgulloso de haber merecido su confianza. Tal vez será útil esa responsabilidad que ahora asume como escritor con relación a su pueblo. Acaso pueda hacer algo para aportar un átomo a la superación del atraso en que se le ha mantenido, desde los días de la Independencia. Basta de cuentos de hadas sobre la vida de los mineros que "vivían en hermosos castillitos de color de rosa, de donde eran distraídos y extraviados por las actividades de un lobo feroz llamado 'agitador'..."

Hace un debut parlamentario que no es ni relamido ni aterciopelado. Comparará tragedias, dirá la verdad por su nombre. En su vuelta por el mundo, manifiesta en aquella ocasión, ha visto en la India miserias de varios miles de años, pero el cuadro de las viviendas de Puchoco Rojas, en Coronel, es peor. Sus habitaciones están hechas con materiales deprimentes. Desperdicios arrancados al basural, cartones, guijarros, latas, zunchos para armar un cuarto, donde se hacían hasta catorce personas y rige la institución admitida de la "cama caliente", donde los obreros se acuestan por turno, a medida que llegan del fondo del pique, de modo que esos jergones no se enfrían durante todo el año.

¡Librelo Dios de inventar cosas! Lo ha visto todo con sus ojos, lo ha olido con su larga nariz. Ha entrado en el norte a los "buques", donde viven los solteros de a cuatro en tres metros cuadrados. La falta de agua, de luz eléctrica, se sufre en esa región toda la vida por hombres, mujeres y niños del poverío. Esto "me ha dejado un infinito sabor amargo en la conciencia". El pueblo disminuye de estatura. El poeta incluso sustenta su

denuncia en estadísticas reveladoras del bajísimo estándar de vida y de la miseria fisiológica.

Trata de explicarse el porqué. No es el fruto ácido de una mentalidad perversa, sino de supervivencias feudales y enconada separación entre las clases. Al pueblo se le considera con escarnio. Se le nombra por sus harapos, por el traje que le dejaron. Lo llaman roto. "A esta altura de mi vida y en mi primera intervención ante este Honorable Senado, mi conciencia de chileno me impone el deber de preguntarme y preguntar si semejante situación de injusticia puede continuar."

Hay en todo esto un gran absurdo. El que hace las cosas no las tiene. Las tiene el que no las hace. Y éste se las niega a aquellos que las realizan.

Desde diarios cuyo papel fabrican los obreros de Puente Alto, estos destructores de la fe civil, encerrados en confortables habitaciones que quisiéramos multiplicar hasta que resguardaran a todos los chilenos, y que fueron construidas con cemento extraído con el duro trabajo de los obreros de El Melón, rodeados por artefactos fabricados o instalados por manos chilenas, después de beber el vino que desde los viñedos llevaron hasta la copa de cristal hecha por los obreros del sindicato Yungay, innumerables y anónimos trabajadores de nuestra propia estirpe, que también tejen la tela de nuestra ropa, manejan nuestros trenes, mueven nuestros navíos, conquistan el carbón, el salitre, los metales, riegan y cosechan, hasta darnos, después de duro trabajo nocturno, el pan de cada día; desde esos diarios cuyas linotipias han sido recién movidas por nuestros obreros, se denigra constantemente a este corazón activo y gigantesco de nuestra patria, que reparte la vida hacia todos sus miembros.¹⁶

Aquí el senador habla del poeta, de la responsabilidad del escritor. No se le dice al médico que se aparte de la enfermedad y no trate de sanar al paciente, pero al escritor se le dice: "No te preocupes de tu pueblo. No bajas de la luna. Tu reino tampoco es de este mundo".

Él rechaza este llamado a no inmiscuirse en los problemas de su pueblo.

El mayor anticomunista de esas décadas había completado su parábola. Refiriéndose a él, el poeta termina su discurso de estreno en el Senado, diciendo: "Existió, hasta hace pocos días, un hombre demencial, que, bajo el estandarte del anticomunismo, masacró y destruyó, mancilló y profanó, invadió y asesinó seres, ciudades, campos y aldeas, pueblos y culturas. Este hom-

bre reunió fuerzas formidables que adiestró para hacer de ellas el más inmenso torrente de odio y de violencia que haya visto la historia del hombre. Hoy, junto a las ruinas de su nación, entre millones de muertos que arrastró a la tumba, yace como una piltrafa, quemada, retorcida y anónima, bajo los escombros de su propia ciudadela, que en lo más alto sustenta ahora una bandera gloriosa, que sobre el fondo escarlata lleva una estrella, una hoz y un martillo. Y esta bandera, con los otros emblemas victoriosos, significa la paz y la reconstrucción de la ofendida dignidad humana".¹⁷

Lo está diciendo el 30 de mayo de 1945, cuando recientes acontecimientos mundiales inclinan al optimismo. Pocas semanas antes Hitler se ha suicidado en el búnker de la Cancillería, el Ejército Rojo ha entrado en Berlín y se ha suscrito en Postdam la rendición incondicional del Tercer Reich. Se acaba de escuchar en el Congreso Pleno el Mensaje del Presidente Ríos, en el cual afirma que sólo una irregularidad mantenía separado, oficialmente, a Chile de la Unión Soviética. Él quiere rendir su tributo de escritor chileno "a esa gran nación en que se han realizado los más grandes esfuerzos de la Historia por la extensión y penetración de la cultura, para que ésta no sea, como entre nosotros, un privilegio alcanzado difícilmente por el pueblo. Acabo de leer en las estadísticas oficiales un dato que rebasa mi corazón de escritor como un manantial de alegría invencible. El dato es el siguiente: 'Durante la guerra se han publicado en la Unión Soviética mil millones de volúmenes que comprenden 57 mil títulos en cien idiomas distintos'".

Se pregunta si no es hora de terminar con la calumnia.

Hay una situación de aparente paradoja en este orador sin remilgos, elegido senador por el Partido Comunista sin ser militante suyo, y que en este discurso inaugural evoca una trayectoria que comenzó a describir la figura de Luis Emilio Recabarren, el fundador. Los comunistas —agrega— no pretenden monopolizar el sentimiento patriótico, sino quitarle a éste "un poco del aire retórico que lo ha ido gastando, y llenarlo de un contenido de solidaridad y de justicia para nuestro pueblo". El estigma data desde antiguo. Recuerda que cuando los padres de toda la patria americana recogieron ideas que venían de una revolución europea, se los tildó de liberales y forasteros, cuando en verdad se hacían eco de corrientes universales que llegaban a nuestras costas.

El discurso entusiasmó a muchos y disgustó a otros. El portavoz del Partido Conservador, Horacio Walker Larraín, lamentó

que "las primeras palabras del inspirado poeta que nos han mandado como representante las provincias de Tarapacá y Antofagasta, en su discurso de estreno, hayan sido consagradas a romper un precedente respetable del Honorable Senado", condenado el fallo del Tribunal Calificador. A su juicio se quebranta así el respeto al orden constitucional y las buenas prácticas de la Cámara Alta.

Efectivamente, el poeta había llegado allí para quebrar no sólo precedentes y faltar el respeto a ciertas normas reglamentarias, sino a poner en duda la injusticia fundamental de un sistema.

Sonó la hora en que asumiría por entero, sin ninguna diplomacia ni eufemismo, las responsabilidades que le dictaba la evolución de su conciencia política.

Por eso a ninguno de los siete mil asistentes al Teatro Caupolicán de Santiago, el 8 de julio de 1945, nos extrañó el ingreso oficial de Pablo Neruda al Partido Comunista de Chile. No lo hacía solo. Lo acompañaban en esa decisión una importante legión de los más conocidos artistas, intelectuales, nombres de primera magnitud en diversas disciplinas de la creación y del saber, que ese día dieron por culminado un proceso interior de formación de convicciones revolucionarias que les había dictado la vida y al cual no era absolutamente ajeno la influencia de Neruda, ejemplo, a sus ojos, del intelectual que asumía responsabilidades políticas como una especie de desarrollo natural de su trayectoria y personalidad.

92. *El problema del tiempo*

¿El poeta, en esta nueva etapa de su vida, podrá multiplicar el tiempo, como lo hizo Cristo con los panes y los peces? ¿O será llamado a silencio ante el trabajo senatorial, las giras a provincia, las visitas a las oficinas salitreras, los requerimientos de los electores, de centenares de peticionarios que le solicitan los ayude a solucionar algún problema personal o simplemente que les mande un libro autografiado? ¿Se ha metido en camisa de once varas, porque once, si no saca mal las cuentas, son las ocupaciones diversas que lo tienen atareado?

¡El tiempo, el tiempo! He aquí el gran enigma. ¿Podrá estirarlo como un elástico? Irá viendo en el camino. No debe amargarse demasiado por el momento. Además, tiene como recurso

el compromiso de la dirección del Partido de respetar sus horas de creación. Dependerá de él hacerlo presente. Fijar un límite a las exigencias de la vida pública.

Pero, además, él se sabe viajero incorregible. Necesita desplazarse. Ver nuevas tierras y cielos, para luego regresar, es cierto. Por ahora irá hacia la extendida sabana verde de América, el país de la flora y la fauna desmedida, de los prodigiosos ríos donde no ha podido entrar y no lo divisa desde hace casi veinte años, cuando el barco que tomó en su primera salida al mundo echó anclas por un día en el puerto de Santos y subió aquella muchacha, Marinech, que todavía recuerda. Tomaría esta vez el avión a Río. El 30 de julio lo recibe con calurosa solemnidad la Academia Brasileña. El poeta Manuel Bandeira dice su elogio. Lo hace en términos que no son cortesía de trópico, sino convicción ante un gran poeta que está influyendo no sólo la literatura en español, sino aquella que se escribe en portugués.

Neruda siente cierto asombro inicial, que pronto se va explicando a sí mismo. Brasil no sólo es vecino de toda Sudamérica, excepto de Chile, geográficamente hablando, sino que su lengua es la vecina de nuestra lengua, aunque nos sigamos ignorando como si viviéramos en continentes separados. Neruda siente allí el reencuentro con semejanzas y afinidades inesperadas. Su poesía ha pasado por los meridianos básicos del idioma. Él personalmente ha podido palpar su consagración en España, en México, en Argentina, Colombia, Perú, pero ahora le consta que su poesía se incorpora a la sensibilidad del lector brasileño, que la acepta como si fuera un poeta de la casa.

Comienza a vislumbrar que su obra puede significar un mensaje para toda América ibérica. Tal vez llegará más lejos. Esa velada en la Academia le abre una ventana por donde entra un aire cálido que le resulta familiar. Su voz en aquella sala es estruendosamente acogida por una elite intelectual que no tiene ninguna fama de avanzada y cuyos importantes miembros de número visten uniformes académicos que le parecen diseñados por el modisto de algún Luis de Francia o un emperador de la Casa de Braganza. Allí se respira un aire de letras cuidadosamente repujadas, aunque suenan voces de poetas sensibles a la vanguardia. Sin embargo, no se siente como pollo en corral ajeno. Tiene la cualidad de adaptarse a los más diversos ambientes, sin claudicar a su yo ni ocultar lo que piensa literaria y política-mente.

Al día siguiente pasará de la elite literaria, con trajes de terciopelo, tricornos de bordes dorados, a un inmenso baño de

pueblo sudoroso, en un estadio de Río. Ya vivió dos semanas antes la experiencia en Sao Paulo, con cien mil personas, en un Pacaembú repleto, en homenaje a Luis Carlos Prestes, donde el poeta es recibido casi como los dioses de la cancha que vendrán más tarde, un Pelé o un Garrincha de la poesía y de la lucha. Neruda palpita con ese pueblo, porque huele a América. Y sabe que el pueblo es la base de las naciones y el continente. Además, él se siente arrastrado por la marea de esas manifestaciones, autoconfirmándole su naturaleza decididamente plebeya.

En el viaje de vuelta da conferencias y recitales en Montevideo y Buenos Aires. Registra un hecho que ya conoce. Lo consideran un poeta casi propio. Él anda incorporándose América por los ojos y los poros, acumulándola para un salto, que le ha ido caminando por dentro, como en un proceso de gestación. Alumbrará, como una criatura que lleva adentro, un ambicioso poema, que será tal vez —así lo espera— como en su tiempo la "Oda a la agricultura de la Zona Tórrida", de su antiguo maestro, el fundador de la Universidad en la cual estudió, don Andrés Bello. Pero lo escribirá ciento veinte años más tarde, no al modo clasicista, sino conforme a su propia visión y personalidad.

Todo o casi todo lo tiene dispuesto. Por la tarde dormirá su siesta. Al atardecer recibirá a los amigos. Por la noche conversará con un botellón de vino, pero por la mañana, fresco como una lechuga, escribirá este poema que siente como una exigencia que le brota de las entrañas. Alguna vez dijo que él escribía nevara o tronara, con inspiración o sin inspiración, porque así como el apetito viene comiendo, la inspiración nace trabajando. Se sienta a las nueve de la mañana a la mesa y comienza a escribir en un cuaderno de grandes hojas sin líneas un largo poema que llama "Alturas de Machu Picchu". Es el mes de septiembre. La primavera está asomando. Y él siente que esa ascensión a la ciudad perdida es como el estallido de una nueva primavera, que algunos decían que jamás volvería a florecer, aplastada bajo los hielos de la política.

93. *El Honorable señor Reyes celebra a Lucila Godoy Alcajaga*

La poesía chilena es una primavera reconocida cuyo resplandor se extiende a partir de más de un sol. El martes 20 de noviembre de 1945 el presidente del Senado da de nuevo la palabra

al Honorable señor Reyes. Éste hablará esa tarde no de política, sino de poesía y de un poeta. Hablará de su pequeño país, al cual llama no el último, sino el primer rincón del mundo, lejanísimo —es cierto— del centro de la tierra, pero que acaba de clavar “una flecha purpúrea en el firmamento universal de las ideas”, fijando allí una nueva estrella.

Se inclina ante Lucila Godoy Alcayaga, capitana, mujer salida de los hondores del pueblo, de seudónimo Gabriela Mistral (“nombre de arcángel y apellido del viento”; él evoca que así la ha denominado María Teresa León), quien acaba de recibir el primer Premio Nobel de Literatura concedido a un escritor latinoamericano. Neruda experimenta el goce de una victoria colectiva que juzga “vindicación ejemplar de las capas populares” de la nacionalidad. Piensa en las pequeñas Gabrielas con sus destinos ahogados en el fondo de la mina del pueblo.

El Senado escucha en silencio hablar a Neruda de la Mistral. No es un hecho baladí. Se trata de los dos más grandes poetas del país. Él la mira hacia arriba y hacia abajo, porque la considera una cima y también una veta de metal escondido, pues ella ha hecho hablar por su boca la angustia de muchos seres de su tierra. Su poesía es no sólo hija de su sensibilidad. Se ha alimentado también con todas las experiencias, inclusive las muy amargas que rodearon su infancia. En ese recinto donde no habita precisamente Orfeo, Neruda siente la obra mistraliana “empapada por una misericordia vital que no alcanza a convertirse ni en rebeldía ni en doctrina, pero que traspasa los límites de la caridad limosnera”. Manifiesta su admiración y demarca también los límites que lo separan de ella, porque él ha traspuesto esa frontera. No mira en menos el sentimiento de una gran piedad hacia el pueblo, que le evocan el amor por los *humillados* y *ofendidos* de otros grandes piadosos, como Dostoievski y Gorki. Muchos lectores —agrega— dedujeron de la lectura de los misericordiosos algo más que la piedad. El propio Gorki fue un hombre político. Contribuyó a establecer un “orden humano y una justicia basada en la ternura”. Neruda no dice en ese momento que fue ella la que cuando niño le prestó libros de esos autores. Pero al citar sus nombres sabe perfectamente bien que le sirvió como gúfa reveladora.

En otro aspecto, Neruda se le parece. Tal vez por esto lo subraya: en la calidad de “gran amadora de nuestra geografía y de nuestra vida colectiva”. Esta madre sin hijos —añade— parece serlo de todos los chilenos. Su palabra dibuja la interrogación y alabanza de lo propio de punta a cabo; canta las sustancias del

país, los hombres y las piedras, las flores y los panes. Le mira la cara. Vuelve a su obra. Todo le dice que la Mistral es como parte de la tierra chilena.

Resaltará en ella su rechazo a los pujos aristocráticos y las pretensiones europeizantes. Honrará a su país en las esencias más profundas y populares. Convirtió su poesía y sus recados en valores patrios.

Estima que el lauro concedido encierra un llamado a cuidar todos los gérmenes de la inteligencia en el país. Y esto sólo se hará si esa veta de donde salió el metal mistraliano, el pueblo chileno, es sacado del abandono, para permitir que todos sus hijos puedan desarrollar al máximo sus potencialidades. Besa "la alta y hermosa cabeza arauco-española de Gabriela Mistral".

El fondo de su discurso tiene un sentido entrañablemente personal. Ambos fueron tan distintos como el cielo y la tierra. Sin embargo, como en el caso de la Mistral, Neruda fue también un niño de pueblo que pudo haberse perdido de no haber sido por una vocación indomable y un carácter que los hermanó en las diferencias y las semejanzas.

En esos días de orgullo nacional no faltó quien llegara a una conclusión terminante: Neruda nunca recibiría el Premio Nobel. Entre otras razones, porque es comunista y porque no se puede conceder dos veces a escritores de un pequeño país marginal.

94. *Pro memoria*

1946, que asoma como un año atareado, no parece tiempo de tempestades. Llega enero trayéndole una condecoración del Gobierno de México, la "Orden del Águila Azteca", hecho que anuncia una sucesión de medallas. Pero ésta le viene de muy de cerca. De alguna manera, México hace tiempo que está en su pecho.

Ese comienzo pacífico de año es engañoso. Está formado por un ángulo agudo de situaciones. Como en una obra de Shakespeare, coinciden la muerte y la traición. Ha sucumbido en la villa Paidahue, bajo el asalto del cáncer, el Presidente Juan Antonio Ríos. Lo sucede, en calidad de vicepresidente, su consuegro, un rico terrateniente radical del sur, Alfredo Duhalde. Don Juan otoñal de ojos azules y pelo gris que, no obstante sus años de senador, cargo para el cual es elegido usando religiosamente el cohecho y el acarreo de inquilinos, denunciado por

Neruda en su poema "Elección en Chimbarongo", sólo entiende que la política es cosa de caballeros y que él dispone de una autoridad discrecional que puede usar según su libre arbitrio.

Es época de rivalidad comunista-socialista, agravada tras la ruptura del Frente Popular. Un grupo capitaneado por Bernardo Ibáñez entra al Gobierno provisional de Duhalde, pregonando una política llamada del "Tercer Frente". No obstante que Bernardo Ibáñez fuera Secretario General de la Confederación de Trabajadores de Chile, su fobia antisindical se acentúa, sobre todo si los obreros eligen a dirigentes comunistas.

Lafertte y Neruda están movilizados en la pampa nortina, donde ha estallado la huelga en dos oficinas salitreras, Humberstone y Mapocho. Neruda traza un informe poético de la experiencia, con un estilo de crónica:

Yo estaba en el salitre, con los héroes oscuros,
con el que cava nieve fertilizante y fina
en la corteza dura del planeta,
y estreché con orgullo sus manos de tierra.

Ellos me dijeron: "Mira
hermano, cómo vivimos,
aquí en 'Humberstone', aquí en 'Mapocho',
en 'Ricaventa', en 'Paloma',
en 'Pan de Azúcar', en 'Piojillo'!"

Y me mostraron sus raciones
de miserables alimentos,
su piso de tierra en las casas,
el sol, el polvo, las vinchucas,
y la soledad inmensa.

Yo vi el trabajo de los derripiadores,
que dejan sumida, en el mango
de madera de la pala,
toda la huella de sus manos.

Yo escuché una voz que venía
desde el fondo estrecho del pique,
como de un útero infernal,
y después asomar arriba
una criatura sin rostro,
una máscara polvorienta
de sudor, de sangre y de polvo.

Y ése me dijo: "Adonde vayas,
habla tú de estos tormentos,
habla tú, hermano de tu hermano
que vive abajo, en el infierno".¹⁸

El poeta subraya. Yo estaba... Ellos me dijeron... Y me mostraron... Yo vi el trabajo... Yo escuché una voz... Y ése me dijo... Recalca de este modo su condición de testigo ocular y de oídas, la petición de que él hable por ellos, que asuma el papel de defensor. Y la cumple.

Se encontraba allí, como debían estar los parlamentarios comunistas, a modo de escudo. Pero será también y sobre todo el cantor, el pregonero, el heraldo, el que denuncia, el que divulga, el vocero, el pro memoria.

Nosotros estábamos en esa hora del crepúsculo estival en la Plaza, frente a La Moneda, cerca de la estatua ecuestre del general Bulnes, en medio de la multitud que la noche empezaba a desdibujar. Era una manifestación de solidaridad con los obreros de Humberstone y Mapocho. Cuando el pueblo iba a cantar una vieja canción con lágrimas, se produjo un tableteo de ametralladoras inesperado. Al lado mío cayó una muchachita que yo conocía, Ramona Parra. El poeta la denominó más tarde "guerrillera dorada". Convocó uno a uno los muertos de ese atardecer de verano. A Manuel Antonio López, a Lisboa Calderón, a Alejandro Gutiérrez, a César Tapia, a Filomeno Chávez. Después escribirá "Los muertos de la Plaza (28 de enero de 1946, Santiago de Chile)".

Trabajamos en la Comisión de Propaganda para hacer una edición rápida del poema, que ilustró el pintor José Venturelli. Su tema es el de las masacres, en el cual han sido especialistas los que manejan los fusiles en Chile. Matanzas borrosas y borradas "como si no muriera nadie, nada/ como si fueran piedras las que caen/ sobre la tierra o agua sobre el agua...". El poeta pide castigo, traza la línea colorada. A este lado, el pueblo; al otro, sus enemigos. No los quiere de embajadores, tampoco tranquilos en sus casas. Los quiere ver juzgados en esta Plaza. Él no admite que se esfume la sangre de los caídos. Aspira a que su poema sea el restaurador de la memoria, porque no hay nada peor que el olvido de los muertos. Esa maldita y bien administrada amnesia que hace desaparecer del recuerdo a los mártires.

En Chile, bajo Pinochet, descubrieron cementerios secretos donde habían sido subrepticamente sepultados campesinos inmolados en mitad de la noche. Algunos fueron enterrados en la

bóveda de una mina de cal abandonada. Después del tenebroso hallazgo del cementerio de Lonquén, los deudos de las víctimas decidieron grabar en una placa palabras que fijaran el hecho e hicieran el papel de una eterna memoria. Fueron a buscarlas al lugar más seguro. Escogieron estos versos de aquel poema de Neruda:

Mil noches caerán con sus alas oscuras,
sin destruir el día que esperan estos muertos.

El día que esperamos a lo largo del mundo
tantos hombres, el día final del sufrimiento.

Un día de justicia conquistada en la lucha,
y vosotros, hermanos caídos, en silencio,
estaréis con nosotros en ese vasto día
de la lucha final, en ese día inmenso.¹⁹

95. *El extraño vals*

En marzo completa el ciclo de sus conferencias: "Viaje al norte de Chile", donde el hombre del sur hablará de esa región dolorosa que le sobrecoge como el cráter de una tierra selenita.

Ha ganado fama de persona capaz de llegar al corazón de las muchedumbres. Tal vez por eso, a petición personal de Gabriel González Videla, candidato a la Presidencia de la República, es nombrado Jefe Nacional de Propaganda. Pondrá su imaginación en ella. Y tendrá que pagarlo caro.

Debía popularizar la imagen del indocto abanderado por todos los medios. "Meterla hasta en la sopa" es su divisa. Recurrirá a la prensa y la radio. Todavía no había televisión en Chile. Cubrirá los muros desde Arica hasta Última Esperanza. Divulgará su nombre a través de la canción pegajosa. Se hace aconsejar en la materia por su conocida de Temuco, la soprano Blanca Hauser. Ésta llega a la cita con su marido, entonces director de la Orquesta Sinfónica de Chile, Armando Carvajal, acompañada de una amiga cantante. Algo le llevó a clavar el ojo en esa mujer fina. Le sacudió alguna cuerda íntima: su risa. Su amigo Cotapos, al oírla, afirmó como músico que su risa caía "como un halcón desde una brusca torre". La escuchó cantar y grabar en disco el *Himno de las Fuerzas de Izquierda*. La música no tenía nada de original. Era la adaptación de un tema de moda

cantado por las Andrew Sisters, "Ron y Coca-Cola". Neruda se propuso una aventura con la cantante de risa impetuosa. Y la tuvo. Duró poco. Él estaba demasiado atareado. La mujer de la risa que caía como un pájaro se fue alejando.

Neruda después viajó al norte. Y su amiga, cuyo nombre ni siquiera recordaba bien, partió a México, según le informó Blanca Hauser. Esto había sido todo: un bello momento en el camino.

Alguien sostiene que su casa en Los Guindos, que él llama Michoacán, ha pasado a integrar la trilogía residencial más célebre de América Latina. Según un cronista, las otras mansiones hospitalarias para escritores son la de Victoria Ocampo, en San Isidro (Argentina) y la de Guillermo Valencia, en Popayán (Colombia).

En Michoacán aterriza como huésped uno de los escritores "más sustancialmente americanos", según el decir de Paul Valéry. Neruda recibe a este grande de la novela del continente como a un amigo muy querido. Abraza al Gran Chompipe, Miguel Ángel Asturias, el escritor guatemalteco que con *El señor Presidente* reinaugura con nueva potencia artística el ciclo novelesco sobre el dictador criollo, al cual había dado un impulso el español Ramón del Valle-Inclán, con *Tirano Banderas*.

Anda Neruda por aquí y por allá. Le llegan nuevas de que su obra se expande más allá de la lengua. En Checoslovaquia se publica *España en el corazón*. En Dinamarca y en Estados Unidos se edita *Residencia en la Tierra*. Recibe información desde Sao Paulo: se vende como pan caliente la edición portuguesa de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*.

No obstante, la poesía no gusta a todos —como es harto sabido— y el poeta tiene rabiosos y a veces disimulados enemigos. Uno de ellos es el Presidente de la República que ha contribuido a elegir. En su calidad de Jefe Nacional de Propaganda ha escrito un poema que el mismo autor ha leído ante un Estadio Nacional repleto, y anda por aldeas, campamentos y ciudades, donde se repite casi como el estribillo de un *hit parade*. Su título: "El pueblo lo llama Gabriel". Es poesía de circunstancias. El Gabriel del poema no es el arcángel. Entiende tanto de poesía como de chino. Y lo molesta la popularidad del poeta. "Venga un abrazo" es su frase típica. Sabe mostrarle una sonrisa de treinta y dos dientes, algunos de ellos postizos. En verdad, sobre todo ha sido elegido por el entusiasta apoyo comunista. Con voz de falsete y dicción deficiente, que le hace comerse las letras finales de cada palabra, ha dicho otra frase célebre: "*No habrá fuerza humana ni divina que pueda separarme del Partido Comunista*".

Una vez elegido va a un Pleno del Comité Central, inclinado por la tesis de no participar en el Gobierno que ha contribuido decisivamente a elegir, en vista del clima de guerra fría. El hombre al cual Neruda ha dedicado el poema pide ser escuchado por la reunión. Dice con tono en el cual se mezcla la súplica y el chantaje: "Ustedes llevan el carné del Partido en el bolsillo. Yo lo llevo en el corazón. Si ustedes no participan con ministros comunistas, yo renuncio a la Presidencia de la República". Después de este *coup de théâtre*, el Pleno acuerda integrar el Gabinete.

Neruda ha cumplido a fondo como senador. Lleva casi dos años atendiendo con dedicación sus tareas parlamentarias y siente que alguien le está llamando la atención en su interior. Es una mujer celosa: la Poesía no quiere competidoras, ni menos tan absorbentes. Reclama su derecho preferencial, si no exclusivo. El poeta, a sabiendas de que ella es la mujer más importante en su vida, presta oídos a esa queja insistente, a ese reclamo que sobre todo lo atormenta por las noches o cuando en las fatigosas sesiones del Senado mata el tedio observando a algunos de sus colegas dormitar la siesta como verdaderos artistas en el arte del camuflaje, aunque no siempre logren silenciar el ronquido. Él debería estar durmiendo la suya en la cama, como Dios manda. Y destinar su tiempo útil a escribir versos que le pesarán menos que ese malhadado poema "El pueblo lo llama Gabriel".

Además, viajero insubsanable, es un péndulo que quiere partir para volver. Un tiempo después de cada regreso le entran unas ganas insufribles de levar anclas de nuevo. La aguja imantada está marcando en su bitácora de viaje "La patria del racimo", que como su terruño revienta de viñas. ¿No está llamándolo a gritos el país del buen comer, del aceite puro y del vino degustado durante más de dos mil años? Es una tierra donde reinaron los dioses y el más grande imperio, pero le gusta sobre todo por su pueblo, que vive la vida diaria naturalmente entre las estatuas.

Toma una decisión y la propone derechamente al Partido: quiere ser embajador en Italia. Se habla con el Presidente. Éste da en principio el sí. De esta forma lo sacaría del país. Lo mandará lejos. ¿Un destierro dorado? ¿No sería demasiado bueno? Empieza a tramar por debajo una conspiración que lleve al fracaso la iniciativa. Se ha comprometido con el almirante norteamericano Leahy, enviado por Truman a la transmisión del mando, a poner al Partido Comunista fuera de la ley dentro de unos meses.

Sotto voce, González Videla intriga con la derecha para que ésta rechace en el Senado, que debe aprobar la designación de

embajadores, el nombramiento de Neruda. Apenas producida la votación en contra comienzan a revolotear en torno al Partido Comunista los aspirantes al cargo, entre ellos un señor Ángel Guarello, que entre otros méritos tenía dos que se cotizaban bien en la "Bolsa de Valores" del Presidente y de la derecha: no haber escrito jamás un verso, no tener nada que ver con los comunistas, salvo una petición para que ellos resignadamente aprobaran su designación por el Senado como embajador en Italia. El poeta tendría que esperar veinticinco años antes de ser el embajador Neruda.

La serenidad vuelve a reinar. A partir del 28 de diciembre, Día de los Inocentes, tiene la seguridad de que el presidente del Senado nunca más ofrecerá la palabra en el hemiciclo al Honorable señor Ricardo Reyes, sino al Honorable señor Pablo Neruda. Tiene ganas de reírse. Allí se es honorable no por la conducta de una vida, sino por disposición reglamentaria. De todos modos esa noche brinda hoy por un nombre que se va definitivamente. Bebe una copa de tinto Macul, dando el adiós al nada angelical y sí sacrificado Ricardo Eliecer Neftalí Reyes Basoalto, así inscrito en el Registro Civil de Parral, el primero de agosto de 1904. Se llamará legalmente, de ahora en adelante, como se ha llamado desde hace muchos años, desde el día en que el muchacho, para escapar al celo antipoético de su padre decidió adoptar el seudónimo de Pablo Neruda. En lo sucesivo se denominará así para todos los efectos, incluso los legales. No tendrá segundo apellido. ¿Extrañeza? No, ninguna. Se había despedido de Reyes y de Basoalto hacía mucho tiempo. Reyes Basoalto era para él un niño, el "Canilla", el adolescente flaco de Temuco, el que solía acompañar al conductor José del Carmen en el tren lastrero. Cuando la máquina se detenía largamente en búsqueda de piedras para afirmar los durmientes de la línea, ese muchachito que se llamaba Ricardo Reyes pesquisaba huevos de perdiz, el nido de la madre de la culebra, el fruto del coihue o desprendía algunos copihues, porque le gustaba su color encendido como de sangre. Todo esto pertenecía a su prehistoria. Estaba muy lejos.

En la noche de Año Nuevo, entre máscaras y cantos, se pregunta si él, que ha sido casi profesionalmente infiel, ha guardado fidelidad a esa que ama por antonomasia, a la cual entrega de veras su vida, la señora o la señorita Poesía, o simplemente la poesía, desnuda o vestida. En el secreto matinal él continúa su labor de obrero. Tiene dentro de sí una sirena que a las siete de

la mañana toca el pito llamándolo a la faena. Se siente en un período fértil.

Aparece en Buenos Aires la *Tercera residencia*. Es un libro que agrupa restos del pasado solitario, los furores del amor y sus citas con la historia, todo lo escrito en diez años, desde 1935 hasta 1945. Incluso un cambio: registra un mosaico de formas diversas. El principio es distinto del fin. Ha vivido la vida personalísima como ha vivido las borrascas políticas, la guerra, todo, íntimamente. Libro de la noche y del día. En la noche está "La ahogada del cielo" ("Roto de noche entre las flores muertas: yo me detengo y sufro..."). "Alianza" ("Nocturno azúcar, espíritu de las coronas...") pertenece también al reino oscuro. El sexo es tal vez la anhelada callejuela de la huida: "Quiero estar, amor mío, sólo con una sílaba/ de plata destrozada, sólo con una punta/ de tu pecho de nieve". Son los últimos destellos de ese rayo verde del Oriente, o más bien del sol cuando se hunde en el mar, que muchas veces me invitó a ver en Isla Negra, contemplando con atención el horizonte en el segundo de su postrer resplandor. El libro es como una casa de dos puertas en la película de los hermanos Marx. Si abrían una, chocaban con el invierno. Si abrían la otra, salían a la primavera. Así en este extraño "Vals" del desconsuelo: "No soy, no sirvo, no conozco a nadie". Es la atmósfera de una fantasmal ciudad llamada Bruselas, en medio de la cual, entre lunas y cuchillos, él muere de nocturno y se declara vegetalmente solo. Es el clima de "El abandonado". Hay como una semilla encerrada que quiere asomarse a la faz de la tierra, pero todavía irá madurando en la sombra, "como el corazón labial del cerezo de junio", en "Las furias y las penas". El brote romperá asomando su cabecita a la superficie en "La reunión bajo las nuevas banderas". Sólo saldrá al mundo, del fondo de la tierra, entre el brillo afilado de la sangre y el fuego, con *España en el corazón* y el "Canto a Stalingrado".

El poeta subterráneo ha salido a la luz, pero rodeado por la tormenta, envuelto en truenos y relámpagos.

96. La gran voltereta

El primer domingo de abril de 1947 se realizan las elecciones municipales en todo el país. Los resultados arrojan un apreciable avance para el Partido Comunista. Al día siguiente fuimos

a La Moneda el secretario general, Ricardo Fonseca, y dos miembros de su Comisión Política, Galo González y yo mismo, a conversar con el Presidente. Pensábamos que de entrada habría algunas palabras alegres sobre la victoria obtenida la víspera. Pero nos recibió en las astas. Embistió como un toro aparentemente ciego. No podía ser, no podía aceptar que los comunistas se transformaran en un gran partido a través de las urnas. Empleó una expresión que después se puso en boga. Nos pidió "submarinear". "Ustedes tienen que sumergirse en la oscuridad. Ser como los peces, no hacer ruido, estar en un lugar donde nadie los vea. Ésa es la condición para sobrevivir. En caso contrario sucumbirán."

Bastante molestos le dijimos que jamás habíamos escuchado una proposición tan antidemocrática. Al fin y al cabo, el pueblo nos había dicho su palabra. Y había que respetarla. "Usted y nosotros nos comprometimos a cumplir un programa. Nos empeñaremos con todas nuestras fuerzas para hacerlo. ¿Qué es eso de submarinear? Hemos ido de pueblo en pueblo, de oficina en oficina, a cara descubierta para hacerlo Presidente. Y usted nunca nos dijo durante la campaña que submarineáramos. No queremos nada indebido. Creemos que nuestra presencia en el Gobierno es también una garantía para no defraudar a un pueblo que quiere cambios."

Cortó bruscamente la conversación. Salimos del palacio presidencial con la sensación de haber visto el *strip-tease* de un demagogo.

Neruda recordó en su poesía y en sus discursos en el Senado la pobreza indescriptible de Puchoco Rojas, que era la misma de Lota, de toda la región carbonífera, con esas faenas bajo el mar, donde los mineros deben viajar kilómetros con pequeñas lámparas, iluminándolos desde la frente, para llegar hasta el sitio de trabajo. Llegarán si en el camino no los sorprende el estallido del grisú. Esos obreros estaban en huelga. El poeta senador los acompañaba.

Solía verlo casi todos los días y la conversación versaba especialmente sobre lo que estaba sucediendo en el país.

Hace un viaje secreto a Buenos Aires. Para Neruda era imposible dejar de ver a sus amigos. Se pone en relación con su viejo *confrère*. Un día, junto con Rafael Alberti, van a la casa del embajador soviético, Sergueiev. Allí conversan sobre el viaje a Europa. Pero quien está maravillada con su aparición es la esposa del embajador, la pintora Tamara Alexieievna Siéverova. Mientras los hombres conversan, ella le hace un retrato. Es un

Neruda joven, de cuarenta y cuatro años, que mucho después, en 1980, tras el fallecimiento de la autora, su marido regala a los chilenos exiliados en Moscú. Esculpió también un busto del poeta, que su esposo legó a un museo de Volgogrado, la ciudad a la cual él dedicó varios "Cantos de amor", con el nombre de Stalingrado.

Las relaciones con el Presidente se habían cortado. Antes yo había advertido algunos signos inquietantes en su conducta. Desempeñaba el papel de representante del Partido Comunista ante la Presidencia. Era un cargo extraoficial. Consistía en conversar una vez por semana con él para intercambiar informaciones, opiniones y sugerir ciertos pasos o medidas. Un lunes de enero de 1947 Gabriel González llegó tarde a la reunión. Explicó el motivo. La lancha en que bogaba ese fin de semana se volcó en el lago Pirihueico y todos los que iban en ella, con él incluido, estuvieron a punto de ahogarse. Los salvaron unos campesinos con chalas —ése fue el detalle que agregó González Videla— que remaban en un bote por los alrededores. Cuando uno de ellos supo que había salvado al Presidente de la República puso cara de asombro. "Le pasé un billete de cincuenta pesos", agregó.

Los asistentes a la reunión lo felicitaron por la salvada milagrosa. Cuando yo lo hice, me dijo como chanceando: "Tal vez para ustedes hubiera sido mejor que yo me ahogara. Se habrían librado del peor cuchillo". Vio mi expresión sorprendida. Cambió de conversación y me dio un consejo de experto: "Si usted, alguna vez, se encuentra en situación parecida, lo primero que debe hacer es sacarse la chaqueta y los zapatos. Con el agua pesan como plomo."

Esa escena me pareció una broma de dudoso gusto. Después entendí que el hombre había madurado sus planes con gran anterioridad y le gustaba jugar al gato con el ratón.

En agosto concurrí a la sede de la embajada de Bolivia, donde se celebraba el Día de la Independencia de ese país. De repente, alguien me abrazó por la espalda. Era González Videla, quien me preguntó con una expresión candorosa y sentida: "¿Pero por qué se han perdido de La Moneda? ¡No sean ingratos! Vayan a verme mañana".

Al día siguiente, la misma delegación se entrevistó con él en el Palacio de Gobierno. Estaba solo en su despacho. Su tono era muy distinto del que tuvo conmigo en la embajada boliviana. Comenzó por reprocharnos las manifestaciones de repudio de que había sido objeto en su reciente viaje a Brasil. Nos culpaba

de ellas. Luego, dibujando algo sobre el papel, tirando rayas, sin mirarnos a los ojos, nos propuso que lo acompañáramos en la disolución del Congreso, en una especie de autogolpe de Estado. Era una proposición sediciosa, pero a la vez descabellada en extremo. No necesitamos mirarnos para entender que se trataba de una trampa que nos estaba tendiendo. Rechazamos su invitación al golpe. De nuevo, amenazas. Término abrupto de la reunión.

Yo informaba de todo esto a Neruda. Él lo conocía más que nosotros, pero tampoco suficientemente. Por lo visto, ninguno de nosotros sabía quién era. Pero el poeta tenía el don de la penetración psicológica. "Las cosas están claras —dijo—. Vamos hacia lo peor."

Él había sabido algo de la conversación de González Videla con el almirante Leahy, confirmada después en el libro de memorias del embajador norteamericano Claude Bowers, *Misión en Chile*. Ambos habían sido diplomáticos acreditados en Vichy. Allí habían simpatizado con el mariscal Pétain. González Videla estuvo en París cuando entraron las tropas de Hitler. Le causaron admiración las botas lustradas y la gallardía marcial con que desfilaron junto al Arco de Triunfo. Esto lo dijo, tartamudeante, en el Teatro Caupolicán, cuando hizo un viaje rápido a Chile, al recibir noticias de que el Presidente Ríos estaba mortalmente enfermo. El cuervo voló desde Francia para describir un círculo alrededor del próximo cadáver y regresó a su nido. Tranquilizó en octubre de 1946 a su viejo conocido, el almirante norteamericano, explicándole su plan. Pagaría su apoyo a los comunistas teniendo los seis meses en el Gobierno. Después los expulsaría ignominiosamente y los pondría fuera de la ley. "El acuerdo con el emisario de Truman se está cumpliendo. Llegaremos más lejos", auguró el poeta con aire sombrío.

El 21 de octubre, González Videla cita a la delegación del Partido Comunista a La Moneda. Esta vez, acompañado por el ministro de Relaciones Exteriores, Raúl Juliet, el senador radical Ulises Correa y otros parlamentarios de ese Partido. El Presidente nos notifica que ha resuelto pedir la renuncia a los tres ministros comunistas. Le respondemos: "No renunciarán, porque esto significa una grave violación del compromiso con quienes lo eligieron Presidente y no queremos que nadie se forme la impresión de que los comunistas son los que toman la iniciativa de abandonar sus obligaciones frente al pueblo".

—Entonces los destituiré —amenazó Gabriel González.

—Haga usted lo que quiera.

Esta frase fue como el detonante que lo hizo estallar en cien improperios de bajo calibre. Por su boca gritaba el hampa las groserías más indescriptibles, como poseído por un ataque de histeria. Ofreció un espectáculo grotesco, lamentable para los que creían en la dignidad formal que debe acompañar a un hombre que tenía el cargo de Presidente de la República. Fue al baño y volvió silencioso con la cabeza remojada.

Salimos de La Moneda con la sensación de que las relaciones estaban definitivamente rotas.

Nos fuimos a la sede del Comité Central, para discutir la situación y acordar la conducta que debíamos adoptar. Algunas horas más tarde —ya era de noche— llegó el diputado Bernardo Araya, secretario general de la Confederación de Trabajadores de Chile, que había ido a La Moneda a raíz de la huelga de los obreros del carbón. González Videla, que se encontraba en un Consejo de Ministros, al saber que Bernardo Araya estaba en la antecámara salió a conversar con él y le comunicó que había declarado la guerra al Partido Comunista. Bernardo Araya le dijo:

—Yo también estoy incluido en esa guerra.

González Videla añadió:

—Pero antes de separarnos, negro, dame un abrazo.

Bernardo Araya (a quien veintisiete años después Pinochet incorporó al mundo de los desaparecidos) llegó inmediatamente al local del Partido Comunista, en Moneda esquina Mac Iver, para comunicarnos que había orden de prisión contra todos los dirigentes. Nos separamos rumbo a nuestros escondites, en una ilegalidad que debería durar varios años.

Neruda, por el momento, no necesitaba ocultarse. Como senador de la República estaba amparado por el fuero parlamentario. Y mientras éste no le fuera arrebatado podría actuar legalmente.

97. *El poeta acusa*

Solía verlo por las noches. El poeta puso a González Videla un apodo: "el Pinganilla". Se preocupaba por mis refugios secretos. Le dije que no teníamos bastantes. La persecución hasta cierto punto nos había sorprendido. Me consiguió una casa segura, la del poeta colombiano Eduardo Carranza, que era entonces agregado cultural en la embajada de su país. Hispanista convencido, no tenía nada políticamente en común con nosotros. Lo acercaba a Neruda la poesía. Y como yo era un amigo de

Neruda, también debía ser amigo suyo y de su mujer, que alguna vez Pablo llamó "la dulce Rosita Coronado", a quien veo transportar su criatura recién nacida, como si fuera una fruta, en una cesta de mimbre tejido, llamada moisés. En esa casa, por cuyas ventanas podía yo mirar hacia la plaza Pedro de Valdivia, solía encontrarme con él y supe que estaba preparando un documento político. Lo llamó después "Carta íntima para millones de hombres" y se publicó en el diario *El Nacional*, de Caracas, el 27 de noviembre de 1947. En verdad, lo concibió como un informe político que hacía a la opinión pública internacional sobre la situación en el país. Por eso lo tituló originalmente "La crisis democrática de Chile es una advertencia dramática para nuestro continente". Aquí el poeta usa un lenguaje de franqueza total. Piensa que Chile no será el único país de América que sufrirá los efectos de un plan que viene de afuera. Subraya la presión extranjera. Historia las relaciones entre el Partido Comunista y González Videla. Se refiere a una entrevista que éste concedió el 18 de junio de 1947 a una mujer extrañada, corresponsal del diario *News Chronicle*, de Londres. El primer párrafo del despacho sostenía a la letra: "El Presidente González Videla cree que la guerra entre Rusia y Estados Unidos comenzará antes de tres meses, y que las presentes condiciones políticas internas y externas de Chile se basan sobre esta teoría". Luego decía: "El Presidente agregó que la inminencia de la guerra explica su presente actitud hacia los comunistas chilenos, contra los cuales no tiene objeciones específicas". Aseguró: "Chile debe cooperar con su poderoso vecino Estados Unidos. Y cuando la guerra comience, Chile apoyará a los Estados Unidos contra Rusia".²⁰

Uno de los capítulos de la catilinaria nerudiana se titula enfáticamente "Traición de González Videla". Alude al conocimiento personal que tiene del individuo. El ideal entero de su vida puede resumirse en una frase: "Quiero ser Presidente". Recordó el plan subversivo que González Videla propuso en La Moneda a la dirección central del Partido Comunista, "y que tendía a la creación de un gobierno militar sin la participación de partido alguno". Con una ley de facultades extraordinarias, que prácticamente lo convierte en dictador, desató la persecución. Citó el caso de Julieta Campusano, regidora por Santiago, arrastrada a un calabozo a las cuatro de la madrugada, a pesar de encontrarse en avanzado estado de embarazo. Allí dio a luz prematuramente a causa de la violencia sufrida, por orden del Presidente, al cual había acompañado durante su campaña a través del todo el país. Neruda subrayó un ángulo que le resultaba

particularmente indignante. González Videla, que durante años ocupó el cargo de Presidente de la Asociación HispanoChilena Antifranquista, se dedicó a deportar a los refugiados españoles que habían llegado en el *Winnipeg*. Abrió campos de concentración en Pisagua y otros puntos del país. Rompió relaciones, fabricando acusaciones truculentas, primero con Yugoslavia y después con la Unión Soviética y Checoslovaquia. Recalca que González Videla era Presidente honorario del Instituto Chileno-Soviético de Cultura.

En ese documento, escrito en medio de la batalla y que termina con un "Recado personal", se lee un acápite singularmente revelador. Reconoce que estos años de parlamentario y de escritor errante le han enseñado mucho. Ha escudriñado en la vida del pueblo. "Pero justamente hace dos meses, la dirección del Partido Comunista chileno me llamaba para pedirme más tiempo y atención a mi obra poética. Con este fin me ofreció aislamiento y soledad necesarios durante un año para adelantar especialmente mi *Canto General*."

Pone énfasis en la amplitud, el respeto por su obra que entrañaba dicha petición. El poeta se puso a calentar los motores de su fábrica, a clavar el oído en la tierra para escuchar cómo crecen las raíces, cuando la traición vino a sacarlo de su ensimismamiento. Salió entonces de su retiro en Isla Negra para asumir su puesto en el combate. Está resuelto a afrontar su deber de escritor y de patriota, cualquiera que sea el precio. Asume los riesgos personales y hace responsable de cualquier acción en su contra en forma directa y especial a Gabriel González Videla.

La respuesta no se hace esperar. Al día siguiente el Presidente inicia el llamado "juicio político", una acción ante los Tribunales de Justicia pidiendo el desafuero de Pablo Neruda como senador.

Cuando Neruda ya estaba desahogado intentó salir del país, dirigiéndose a Mendoza. Lo llevaba en su automóvil el embajador de México, Pedro de Alba. Pero la policía impidió traspasar la frontera.

Pasamos juntos la noche de Año Nuevo con unos pocos amigos. Se divirtió, se disfrazó, pero el abrazo de las doce, que marcaba el paso al año 1948, no fue jubiloso. Neruda no se achicará. Pertenece a la categoría de los hombres que crecen en el ardor de la refriega. El 2 de enero lo veo trabajando en el discurso que pronunciará en la próxima sesión del Senado. Dicta su texto a un amigo suyo, desterrado argentino, el abogado Faustino Jorge. Le da un tono a lo Zola. Le pone el título a mano: "Yo

acusos". Ha leído varias veces la requisitoria en el Caso Dreyfus. En el hemicycle del Senado reina el suspenso cuando el poeta empieza a hablar. Recuerda que exactamente en una fecha como la de ese día, siete años antes, el 6 de enero de 1941, Franklin Delano Roosevelt emitió un mensaje proponiendo las cuatro libertades fundamentales del mundo, por las cuales se enfrentaba a Hitler: libertad de palabra; de culto; derecho a vivir libre de miseria y de temor. En Chile se persigue porque se dice la verdad. Por tanto, en el país no hay libertad de palabra ni se vive libre de temor. Ésta es una vieja tragedia americana. Los que sostienen que criticar al Presidente es volverse contra la patria tienen una triste idea de la Patria. Y evocó unas palabras pronunciadas por González Videla en la plaza Constitución:

Esto es lo que quieren, señores, los fascistas disfrazados que todos conocemos en este país. Y yo les temo mucho más —porque los vi actuar en la noble Francia— a los negros Lavales de la izquierda que a los hombres de derecha.

El movimiento anticomunista, en el fondo, es la persecución, la liquidación de la clase obrera. Cuando las fuerzas del señor Hitler penetraron en Francia y se tomaron París, los soldados nazis no anduvieron pidiéndoles a los obreros el carnet de comunistas; bastaba que fueran afectos a un sindicato, bastaba que pertenecieran a una organización sindical para que fueran perseguidos, encarcelados y condenados a trabajos forzados...²¹

Es un autorretrato del Laval criollo.

El poeta dicta su sentencia. Enumera trece cargos, trece acusaciones directas y concretas, basadas en hechos probados. Denuncia que la noche anterior se intentó incendiar su casa, alcanzando el fuego a destruir parte de la puerta de entrada. Como su teléfono estaba controlado por el Gobierno, no se pudo comunicar con la policía, cosa que habría sido perfectamente inútil.

Decir la verdad no es injuriar. El poeta, sin embargo, se reserva el derecho a un castigo, que perseguirá al culpable más allá de sus días. Lo hará a través de su obra literaria. "Pero si me veo obligado a tratar su caso —agrega— en el vasto poema titulado *Canto General de Chile*, que escribo actualmente, cantando la tierra y los episodios de nuestra patria, lo haré también con la honradez y la pureza que he puesto en mi actuación política."

La noche anterior había escuchado la sentencia de la Corte de Apelaciones, concediendo su desafuero. Responde: "A mí no me desafuera nadie sino el pueblo".



6./ Un aspecto del salón de la casa de Isla Negra

98. *Vida clandestina*

Cuando la Corte Suprema confirma el fallo del tribunal inferior, Neruda puede ser perseguido. La jauría está al acecho. Debe entrar en la clandestinidad. Se sumerge en ella junto a la Hormiga. Pasan a ser "el tío Pedro y la tía Sara". Como no había muchos lugares de refugio, solíamos coincidir o turnarnos en los escondrijos. Generalmente eran pequeños departamentos, por cuya ventana se podía mirar a veces la sede del enemigo, desde donde partía la raíz de nuestra persecución: la embajada de Estados Unidos. Ese departamento, al lado del Parque Forestal, era una caja de fósforos. Una noche llegaron inesperadamente unos amigos a ver a la dueña de casa. El tío Pedro y la tía Sara tuvieron que ocultarse, como en las viejas comedias, dentro de un ropero, donde apenas cabían. A él le vinieron ganas de estornudar. Por fortuna consiguió contenerse.

Decidieron cambiar de guarida. A las tres de la mañana los trasladaron a una parcela en Santa Ana de Chena. Durante el día el poeta escribía su libro. Me dijo que pensaba cambiarle el título, más bien ampliarlo: *Canto General de América*. Luego lo simplificó. El *Canto General* le exigía no sólo inspiración. El trabajo poético tenía que alimentarse con una información esencial. Le faltaban libros de Historia, de Geografía. Y hubo un amigo historiador, encargado de sus desplazamientos nocturnos, que se preocupó de procurarle material de consulta y de llevar a la Hormiga sus cosméticos, champús y tintura para el pelo, que encanece a ojos vistas. En el día permanecían encerrados en la casa de campo. Pablo se dejó crecer una gran barba negra. Por las noches salían a pasear. Largas caminatas entre los árboles frutales de la parcela. Allí iba esa pareja deslizándose por el sendero, y pronto se acostumbraron a acompañarles sus amigos, cinco gatos, tres perros y unos caballos que les tocaban el brazo con el belfo para que les dieran mazorcas de maíz. Los dos paseantes descubrieron allí que los perros tienen su reloj biológico. Perciben instintivamente la hora y esperan con ansiedad el paseo, que les alegra sobremanera.

El historiador los conduce a través de la ciudad por la noche.

En una esquina los detiene un carabinero. Sube al automóvil y pide que lo lleven a algún lugar determinado. Se sienta adelante junto con el chofer.

En una casa con jardín los niños encargados del cuidado del tío Pedro y de la tía Sara, que los veían dibujar flores y palomas, le pidieron a él que les enseñara a hacerlo. El tío hizo que los chicos recortaran grandes flores de papel y pusieran un frasquito de dulce en el medio. Luego los niños se subían a un árbol y las depositaban en una rama alta. Al cabo de un minuto el árbol se poblaba de picaflores. Había uno, que tenía algo parecido a un gorrito en la cabeza, al cual Neruda apodó Cucurucho, que no dejaba acercarse a ningún otro pájaro. Esos pequeños a los cuales el poeta enseñó a fabricar flores de papel eran sus mejores guardias de *corps*. No permitían entrar a nadie al cuarto en donde estaban. Vigilaban todos los movimientos de los extraños, para que nadie viera a la tía Sara y al tío Pedro.

Revisando antiguos diarios y viejos papeles, hemos encontrado la primera página de *El Imparcial*, del jueves 5 de febrero de 1948. El título, a todo columnaje, dice con tipografía excepcionalmente grande: SE BUSCA A NERUDA POR TODO EL PAÍS. En el centro, un *lead* resume el contenido de la información. "Numeroso personal trata de ubicar al parlamentario comunista que está prófugo. Orden de allanamiento con descerrajamiento dictó el ministro sumariante señor González Castillo. Una importante diligencia en Isla Negra que puede proporcionar datos sobre el paradero de Neruda." Luego, con caracteres mayores: *Será premiado el personal de Investigaciones que dé con su paradero.*

Encabeza la primera página un anuncio, supuestamente jocoso, que es una propaganda de la revista *Topaze*: "La Tercera Guerra Mundial la inicia Chile con una bomba atómica en el Teatro Caupolicán". El sentido de este réclame no es casual. Alude a la atmósfera creada por el Presidente de entonces, Gabriel González Videla, al afirmar enfáticamente que la Tercera Guerra Mundial estallaría a noventa días plazo. La persecución contra los comunistas, el movimiento sindical y la cacería de Neruda, eran consecuencias de dicha psicosis presidencial, alimentada, desde luego, por las cocinas de Washington. Servía, además, como cortina de humo de su traición política.

Mientras Neruda va de escondrijo en escondrijo, al amparo de la noche, la historia de ese safari, donde el poeta sufre el acoso de una fiera africana, anda circulando por el mundo. Conmueve pueblos, artistas, escritores. Tanto, que Pablo Picasso, en

julio de 1948, pronuncia el primer y único discurso de su vida. Lo hace ante el Congreso Mundial de Intelectuales efectuado en Wroclaw, Polonia. Está concebido en términos directos y personales. He aquí, reproducida, la pieza única:

Tengo un amigo que debería estar aquí, un amigo que es uno de los mejores hombres que haya conocido. No es solamente el más grande poeta de su país, Chile, sino también el más grande poeta de la lengua española y uno de los más grandes poetas del mundo: es Pablo Neruda.

Pablo Neruda, mi amigo, es no sólo un gran poeta, sino también un hombre que, como todos aquí, se ha dedicado a presentar el bien bajo la forma de lo bello. Ha tomado siempre el partido de los hombres desgraciados, de los que piden justicia y combaten por ella. Mi amigo Neruda está actualmente acorralado como un perro y nadie sabe ni siquiera dónde se encuentra.

Nuestro Congreso, a mi modo de ver, no debe aceptar una injusticia tal que se vuelva en contra de nosotros todos.

Si Pablo Neruda no recobrarla la libertad, nuestro Congreso no sería un Congreso de hombres dignos de ser libres. Yo os propongo que se vote la resolución siguiente, a la cual daremos la mayor difusión: "El Congreso Mundial de Intelectuales, reunido en Wroclaw, envía al gran poeta Pablo Neruda la expresión de su apoyo, de su admiración, de su afecto, de su solidaridad.

"Los 500 miembros del Congreso, que representan a 46 naciones, denuncian a todos los pueblos la abyección de los métodos policiales de los gobiernos fascistas que se atreven a atacar a uno de los más eminentes representantes de la cultura.

"Exigen imperiosamente para Pablo Neruda el derecho a expresarse libremente y vivir libremente donde le plazca".

La dirección del Partido adoptó la resolución de que Neruda saliera del país y realizara en el extranjero una campaña divulgando lo que sucedía en Chile. Hubo varios intentos fallidos. Las peripecias de ese tiempo las vierte en su poesía. La décima parte del *Canto General*, "El fugitivo", rinde testimonio de ello.

Neruda escribe desde el punto de vista del tiempo dos tipos de poesía. La instantánea, crónica, historia interiorizada de lo que acaba de ver y vivir, y la poesía retrospectiva, que es la mirada a través de los años. "El fugitivo", como esa parte del *Canto General* donde figuran "La Tierra se llama Juan", "Las flores de Punitaqui", "Coral de Año Nuevo para la patria en tinieblas",

corresponden a la noción presentista. Están forjados con el hierro al rojo vivo que recién sale de la colada.

La envoltura poética no tapa el diario de vida. "En estos días abrumados" anduvo por la noche. Fugitivo de la policía cruzó ciudades, fue de un amigo a otro y en la sombra se le confirmó la fraternidad. Casi siempre llegaba a casas de desconocidos. Allí dormía y tendido se preguntaba: "Dónde estoy? Quiénes son? Por qué me guardan hoy?..."

Así recuerdo la llegada a la parcela de Santa Ana de Chena en el otoño. Era el mes de las uvas. Se deleitaba escuchando al dueño de casa, un hombre pequeñito, viejo, de anteojos, que trabajaba como contable, pero conocía todos los secretos de la tierra y de los árboles y tenía una mano de cirujano para los injertos. Fue allí donde el poeta conversaba con los caballos como si fueran niños y lo seguían los cinco gatos y los perros de la casa, entre los duraznos desnudos.

Esa inmersión en las profundidades fue para el fugitivo el contacto con gente que se jugaba entera por la solidaridad hacia el hombre perseguido por su fidelidad a valores que compartían, hacia el poeta que conocían porque habían leído algún libro, algún verso suyo o simplemente conocían de nombre, pero al cual respetaban. Finalmente, para otros era una persona decente, víctima de un asedio injusto.

Desplazamientos nocturnos. La noche era el viaje. A esa hora encontró, al abrirse una puerta que nunca antes cruzó, la pareja desavenida, la escritora dorada y el ingeniero español. Estaban separados, pero se juntaron para recibir al poeta en la caja de fósforos. Ella se llamaba Marta Jara, pero el poeta rebautizador le puso un nombre para la vida clandestina, Irene. A él lo llamó Andrés. Su nombre real es Víctor Pey.

Se estudiaron muchos planes de fuga. El poeta era muy conocido. La policía lo buscaba por todas partes. En un momento se pensó en la salida por mar. Neruda se trasladó a Valparaíso. Respiraba de nuevo el olor del Pacífico, escuchaba el océano. Se refugió en la casa de dos marineros. La madre preguntó: "¿Qué comodidades podemos ofrecerle?". Los hijos le respondieron: "Él pertenece a nosotros". Cuando llegó, se instaló en la ventana. Allí estaban los mil ojos parpadeantes de la ciudad y de los cerros. Después de la contemplación volvió la vista. Vio la mesa puesta, el pan, el vino, el agua, la servilleta de la pulcritud. Sintió ternura. Permaneció muchas horas junto a esa ventana de Valparaíso, esperando. Los marineros de la casa buscaban un barco en el cual contratarse y poder deslizar al refugiado como

polizón. Fue una época de promesas incumplidas. Falló el *Atomena*; luego, el *Sultana*. Los dos marineros volvían a la carga. El poeta permanecía solitario durante el día mirando Valparaíso, las pobres habitaciones con puertas pintadas de colores vivos, esas viviendas equilibristas que de puro milagro se sostienen en el filo del barranco. Observaba los barcos en la bahía ansiosamente. Fue su más larga contemplación de Valparaíso, y esa permanencia secreta lo preparó para edificar un día en la altura de un cerro porteño su casa La Sebastiana. El prófugo declaró entonces su amor a Valparaíso. "Amo, Valparaíso, cuanto encierras,/ y cuanto irradas, novia del océano..." Miraba a Valparaíso e instaló la mesa junto a la ventana. Así escribía: "Soy el más marinero del papel.../ Te declaro mi amor, Valparaíso,/ y volver a vivir tu encrucijada,/ cuando tú y yo seamos libres/ de nuevo..."²²

Una ley de la clandestinidad prescribe que no se puede permanecer mucho tiempo en una casa. Tuvo que cambiarse. Fue de morada en morada, todas humildes; en ellas todos guardaban el secreto. Vivió en la casa del pequeño hojalatero, de la madre de aquellas muchachas, del campesino desgarbado, del hombre que hacía jabones, del "joven clavado como un insecto a la oficina desolada". Él entraba de pronto sin conocer a nadie y era acogido como un hermano.

El poeta de la puerta escondida da en ese poema las gracias a cuantos lo albergaron, aprieta esas manos. No se siente solo. Se siente pueblo innumerable. Porque al fin y al cabo es ese su pueblo el que lo ha protegido.

99. *En busca de la salida*

Cuando el proyecto de huir en un barco desde Valparaíso fracasó completamente, el poeta volvió indignado a Santiago.

Desde el momento del desafuero de Neruda se comenzó a estudiar el plan para impedir, en primer término, que fuera aprehendido, y después para hacerlo salir sano y salvo del país. Se analizaron muchas posibilidades. Algunas comenzaron a intentarse; pero se frustraron, como la de Valparaíso. Otras se descartaron antes de iniciarse su realización.

Chile tiene dos fronteras: el mar y la cordillera. El océano fue para él una puerta cerrada. Tenía que abrirse paso a través de los Andes. El Partido organizó la escapada en un plan que

comprendía varias etapas. Una noche los miembros de la dirección lo despedimos. Fueron horas de amistad y adiós. Él estaba radiante, barbón. A altas horas de la madrugada vino el automóvil a buscarlo. Nos dimos un abrazo. No lo veríamos durante años.

Había transcurrido ya más de medio año del comienzo de la persecución cuando la dirección del Partido Comunista tomó contacto con Jorge Bellet Bastías, un hombre que encarnaba una fuerza de la naturaleza, físicamente poderoso, mentalmente alerta, capaz de cualquier hazaña. Había desempeñado muchos oficios, en Chile y en el extranjero. Tenía una mentalidad que no rehuía la aventura, pero era la vez cuidadoso. En un cuerpo de boxeador se radicaba el sentido de responsabilidad de un revolucionario y el espíritu práctico de un hombre de empresa. Además, amaba la poesía y respetaba a los poetas. Por eso alguien pensó en él como la persona capaz de llevar a buen fin la complicada labor. La selección de su nombre se debía también a un hecho concreto decisivo: en ese momento administraba un fundo maderero en la provincia de Valdivia, colindante con la cordillera, que allí está cubierta de selva espesa. Cuando se le consultó se agrandaron sus ojos. Ese hombre, retoño de francés y chilena, una de cuyas hermanas, escultora delicada, murió muy joven al estrellarse contra una roca en el mar, y con un hermano cineasta, se había dedicado a la agricultura, a la industria, al comercio, más tarde a la fabricación de cecinas en Arica; pero le interesaba cuanto tenía relación con el arte y la ciencia. Además, es amigo de sus amigos. Alguna vez fue alto funcionario de la Línea Aérea Nacional. Le gusta volar por los grandes espacios, pero también sabe moverse en la tierra incluso por los bosques cerrados, y sabe cruzar los ríos torrentosos de la región vecina al Temuco de la niñez nerudiana.

—Sí —fue su inmediata respuesta—, pero la operación debe realizarse en pleno verano.

Se le pidió que viniera a Santiago. Allí conversó con Ricardo Fonseca y Galo González. Se discutieron varios planes. Se entrecruzaron dos hipótesis. Una, hacerlo viajar de Santiago a Valdivia y de allí hasta la frontera con Argentina, protegido por una escolta, relativamente disimulada, formada por una veintena de militantes experimentados, que establecieran en torno a Neruda una cortina defensiva que impidiera, en caso de ser descubierto, que la policía lo detuviera o le disparara. Este plan se descartó. A pesar de las seguridades que se daban, involucraba muchos riesgos, incluso para el poeta.

Se optó por una alternativa más discreta. Hermetismo llevado al extremo. Aparte del núcleo de dirección más responsable del Partido, sólo Bellet y Neruda sabrían de qué se trataba.

El asedio se hacía cada vez más envolvente. El anillo de la persecución tendía a cerrarse. La policía de González Videla había estado vigilando durante ese tiempo a alrededor de doscientas personas sacadas de la lista de los amigos o conocidos del poeta. De amanecida se allanaban haciendas, a centenares de kilómetros de Santiago. El poeta vivía oculto en un departamento de la avenida Providencia, cerca de Pedro de Valdivia. El Partido puso a disposición de Bellet un automóvil manejado por un chofer mecánico. Además, le confió una lista de militantes que vivían en distintos pueblos junto a la carretera longitudinal hacia el sur, a los cuales se les había advertido que se mantuvieran alerta, sin revelarles el motivo.

A las nueve de la noche del Día F se detuvo otro automóvil frente a la casa que ocupaba Neruda. Era el del doctor Raúl Bulnes Cerda, al cual acompañaba Jorge Bellet. El doctor Bulnes, con su esposa, Lala, como se ha dicho, eran vecinos de Neruda en Isla Negra. Nunca el poeta logró tener un jardín de costa tan hermoso como el del doctor Bulnes, un laboratorista que dedicaba todos sus fines de semana a cultivar flores. Entre el poeta y el médico jardinero se trenzó una amistad muy fuerte. Y ahí estaba el doctor Bulnes con su auto en la noche para llevar a Neruda hasta el pueblo de Graneros, donde lo dejó en casa de un comunista cuyo nombre ilegal era Andrés. En la puerta esperaba el automóvil del Partido; al volante, el chofer mecánico.

Éste tuvo dificultad para reconocer a su pasajero, cambiado por la densa barba y por una indumentaria desacostumbrada. Se le instruyó sobre la identidad del viajero. *Antonio Ruiz, ornitólogo*. Incluso en la aventura clandestina el poeta se daba sus gustos. Escogía el nombre de un poeta, el apellido de varios prosistas de épocas diversas, y una profesión que le hubiera gustado tener, que en verdad ejercía, porque él era especialista en las aves de Chile y no tardaría en escribir un libro llamado *Arte de pájaros*. Pero declararse ornitólogo en la cédula número 444.968 de Santiago, que aparecía extendida el primero de abril de 1946 y vencía cuatro años más tarde, del Servicio de Identificación de la Dirección General del Registro Civil, hubiera sido tentar al demonio. Era un oficio tan extraño y una palabra tan rara como para que el funcionario mirara con curiosidad de cabeza a pies a ese señor grueso y cuarentón de rostro redondo, que tenía abundante pelo en la barba espesa y bigote trian-

gular, en contraste con la cima del cráneo casi desnuda, en cuyo centro escasos cabellos recalcitrantes parecían el último musgo de una pelambreira a punto de desaparecer. Tal vez examinarían, a raíz de la misteriosa palabra *ornitólogo*, esos ojos pequeños, circundados por cejas pobladas y por una nariz de espolón para despertar en un guardafronteras inquisidor cierta peligrosa asociación de rostro: él "se parece a...". Él había escogido esa profesión para acompañar a Antonio Ruiz Lagorreta. Sus amigos que oficiaban de técnicos aceptaron el nombre y los dos apellidos. Tal vez porque parecía más viejo de lo que era le sugirieron que se aumentara la edad en tres años, para declararse nacido el 14 de febrero de 1901. Por añadidura, le aconsejaron que renegara de Parral y de Temuco para decirse oriundo del gris Santiago, que con sus dimensiones mazacotudas podía albergar un fraude más sin ser descubierto. También en ese documento hizo abandono de Delia del Carril. Se dijo soltero, lo cual es pecado venial cometido cada día por más de un casado. Todo lo aceptó, incluso el decir la verdad. En la anotación *Lee*, contestó con un *Sí* mayúsculo. A la averiguación *escribe*, apocopada en el documento formulario como *Escr.*, también respondió con un aplomado *sí*. Ese apócope sugiere la profesión de escritor. Pero no estaban preguntando por ella, sino por algo más simple y universal: se dejaba constancia de que no era un analfabeto. Complacido, se dejó inventar como domicilio en la capital una casa donde nunca había estado, pero ante la cual pasó muchas veces, sobre todo antes de partir al Oriente, porque se encontraba a un paso de la Alameda: Carmen, 49. El único detalle irrelevante es que seguramente transitó no sabía cuántas veces frente a su puerta sin percatarse. Lo importante es que la casa con ese número existía. Para el efecto, bastaba y sobraba. Insistió: "Pongan ornitólogo". Le gustaba la palabra y la profesión. Tenía la coquetería de autodefinirse como un poeta pajarón o pajarero. No, insistieron los expertos. Hay que poner un oficio apoético: empleado. Así se hizo. El empleado Ruiz.

El documento tenía una nota sacramental donde advertía que sólo acreditaba identidad, no buenos ni malos antecedentes. Lo que pretendía su tenedor no era certificado de conducta, sino no ser quien realmente era, a pesar de lo cual allí donde dice: *Firma del interesado*, de su propio puño y letra estampó un *Antonio* incompleto y un *Ruiz* de gran zeta, donde cualquier grafólogo puede descubrir la letra inconfundible de un señor llamado Pablo Neruda.

El viaje era largo, alrededor de ochocientos kilómetros por la carretera troncal, y se atravesaba por muchas ciudades y pueblos. Pero todo salió a pedir de boca, salvo que antes de llegar a Valdivia, el carabinero forzoso, que siempre aparece en estos trances, los detuvo en el camino, pero en lugar de pedirles los documentos, les solicitó que lo llevaran hasta un pueblo situado unos kilómetros más al sur. Se sentó al lado del caballero de barba que interrumpía su silencio para comentar el camino y a veces —¡oh imprudencia!— para hablar, ligeramente, mal del Gobierno.

100. *Preparativos en la selva*

Más difícil fue atravesar la ciudad de Valdivia y el camino a Futrono. Penetraban en plena región lacustre. Tenían que cruzar el Lago Ranco, que él llevó a su poesía, por Llifén hasta Puerto de los Yoyes. Luego, atravesar otro lago, el Maihue. Al fin llegaron a un lugar asimismo de nombre indígena, Hueinahue, donde estaban instalados los aserraderos, en el fundo de José Rodríguez, un empresario que años después resultó cazado por las ruedas del sistema bancario y fue a dar a la cárcel, desde donde dirigía cartas desesperadas a Neruda que ya había vuelto al país y que se esforzó muchísimo por contribuir a su libertad. En el Senado solía yo recibir apremiantes notas del poeta instándome a hacer algo por su benefactor en desgracia.

Allí el poeta, después de veinticinco años, tuvo que volver a subir a caballo. Desde los tiempos de sus últimos veraneos en Temuco, cuando escribía cartas desde el campo a Albertina, había olvidado en qué consistía ser jinete. Tuvo que repetir el aprendizaje, porque la suya sería una aventura de caballero si no andante, por lo menos de caballero ornitólogo que necesitaba huir cabalgando. Tras los ejercicios de equitación, se bajaba del caballo con las piernas adoloridas y muy machucado. Pero sabía que tenía que someterse a ese sacrificio. Cuando caminaba por fin con sus propios pies, conversaba con Juan, hijo de Jorge, que en ese tiempo tenía once años. Luego el poeta, entre el olor de la madera recién cortada, escribía versos. Cada día trazaba con Bellet un resumen del estado de la situación. Los preparativos marchaban bien.

De pronto el diablo metió el pie. Estalló un conflicto a tiros. Hubo un baleo entre un cacique indígena de la región y trabajadores del fundo. Esto enardeció los ánimos. El cacique reclamó

al Ministerio de Tierras en Santiago, que resolvió mandar a uno de sus funcionarios para investigar la denuncia. Neruda palideció. Todo se venía abajo. Su presencia quedaría al descubierto. Era muy difícil que pudiera escapar al ojo del inspector que venía de la capital. Durante varias noches no pudo dormir.

Cuando el investigador llegó, lo miró desde detrás de una ventana en la casa donde se había escondido. Sintió que el corazón le daba un vuelco. No era el inspector de Gogol. Era su amigo Víctor Bianchi Gundián, un hombre de su generación, de talentos múltiples, dibujante, agudo caricaturista, con alegría de vivir, que tocaba admirablemente la guitarra y cantaba, sobre todo para agrandar a las mujeres. Sus hermanos eran ministros de la Corte Suprema o embajadores, pero él prefirió ser inspector de Bienes Nacionales, porque era una manera de vivir entre los bosques y los parques, descubrir nuevos secretos de la naturaleza, que constituía para él una forma de la felicidad. Cuando se abrazaron y Víctor supo qué se estaba tramando, se convirtió en un colaborador de la aventura.

Muchos años más tarde, en uno de sus infinitos viajes, abrió la puerta de su automóvil y un coche lo arrolló. Neruda, al saberlo, se sentó un rato a su escritorio y escribió algunas palabras sobre el investigador que llegó a abrir sumario en el fundo Hueinahue y se sumó a la partida. Recordó que no se separaba nunca de su guitarra, porque le gustaba escuchar esa música en el corazón de los bosques.

Llamó a ese par de páginas "Una carta para Víctor Bianchi", "el espectador activo de proezas y desastres, de la circunstancia excepcional, de la conmoción misteriosa, del ámbito más estrellado". Trepador andino, al estilo de los escaladores del Himalaya, había figurado entre los escasos sobrevivientes de una ascensión a la cumbre del Aconcagua. Le gustaba bogar en piragua por los ríos del trópico. Era explorador de islas en gran parte desconocidas. O de las minas de sal gema. Buscaba solfataras en el desierto. Investigó las vetas del azogue en Colombia. Era pequeño y fino, un curioso que llegó a la Antártica.

Tenía la guitarra aventurera. Ni Jorge Bellet ni los compañeros anónimos de mi travesía pudieron extrañarse cuando tú amarraste a la montura, para cruzar Los Andes conmigo, sólo una frazada y tu guitarra. Y cuánto nos ayudó esa caja sonora, cómo cantaste y encantaste en San Martín de Los Andes adonde llegamos como aerolitos chilenos, cubiertos de polvo andino que es como polvo de estrellas... Qué hacerle. Otra vez Víctor Bianchi, mi buen compa-

ñero, nos da una nueva sorpresa. Una vez más se ha ido con su música a otra parte.²³

El trabajo era tan complicado que hasta había que construir un camino para cruzar la frontera. Allí la acompañante continua de la niñez y la adolescencia nerudiana, la lluvia, mostró su cara de enemiga y conspiradora contra la tentativa que se proponían. Un diluvio destruyó el camino. No podían esperar que la tierra se secara para reabrir la huella. Decidieron arriesgarse. Atravesarían la frontera por el tenebroso Paso de los Contrabandistas. Neruda estuvo de acuerdo. El peligro era grande, pero no había otra forma.

101. *Hacia las regiones antípodas*

El día señalado salieron temprano, acompañados por tres muchachos que Neruda denominó "los tres Juanes". Se fueron al paso por la selva y cuando llegaban a un claro iniciaban un trote suave.

"Mi discurso será una larga travesía, un viaje mío por regiones lejanas y antípodas, no por eso menos semejantes al paisaje y a las soledades del norte. Hablo del extremo sur de mi país..." Ese viaje suyo es el viaje del cual estamos hablando. Y el discurso en que lo evoca es el pronunciado en Estocolmo con ocasión de la entrega del Premio Nobel de Literatura. Lo dice veintidós años después de los acontecimientos, cuando tuvo que atravesar los Andes buscando la difícil frontera. La reminiscencia lejana es un canto a los bosques de su país, igualmente lejano. Eran como túneles, donde no existían los caminos y todo parecía inaccesible, pero había algo peor que la inexistencia de huellas y senderos: los jinetes tenían que abrirse paso por árboles que eran como murallas, por ríos al parecer infranqueables, por rocas cuya fisura debían encontrar, pues andaban buscando la libertad. Pero más vital que todo eso, o más grave si fallara, era el sentido de la orientación. Había que guiarse por las instrucciones en las cortezas de los árboles que señalaban la ruta invisible. Ése es el mundo del verde y del silencio, la naturaleza virgen adversa, donde la soledad se une a la sorpresa y el peligro. Había otro oponente más, la nieve, que en algunos lugares nunca se disuelve del todo. Avanzaban a punta de machetazos, cortando ramas para poder meter los cuerpos y los caballos entre

las grandes coníferas, algunas de las cuales servían de túmulos a los viajeros caídos. La señal de su paso eran las ramas cortadas. Allí también reina el riesgo de los ríos. En esa zona del planeta son muy distintos de los europeos. Nacen en las cumbres de los Andes y caen en cascadas con velocidad loca, arrastrando cuanto encuentran en su rápido curso.

Buscaban un vado. Los caballos penetraron el agua, dejaron de pisar tierra y nadaron en busca de la orilla. La cabalgadura del poeta se sintió atrapada por el río. Neruda percibió que nada lo sostenía. Trataba de agarrarse a la crin del caballo. Tuvo miedo. Le pareció que allí moriría.

Cuando llegaron a la otra ribera supo que los Juanes iban detrás de él con el lazo listo. "Porque allí mismo —le explicó uno de ellos— cayó mi padre y se lo llevó la corriente. No iba a pasar lo mismo con usted..."

Después entraron en un túnel que no cavó el esfuerzo del hombre, sino un movimiento sísmico. Dentro las bestias resbalaban, saltaban chispas de las herraduras. El poeta cayó varias veces. El noble bruto sangraba de remos y narices.

De pronto un valle, casi bucólico, en la falda del monte. La imagen de la paz. Garcilaso de la Vega, el español, hubiera quedado encantado con tanta agua purísima, la suave pradera, la fiesta de las flores que ninguna mano regó, el cielo resplandeciente. Al centro, como un dios, había una calavera de buey. Los arrieros dejaron caer por la cavidad de las cuencas de los ojos desaparecidos unas monedas, y, como los primitivos indios, depositaron algunos alimentos en los vacíos de los huesos. El poeta se sumó a la liturgia, en actitud de reconocimiento a la divinidad de los hombres perdidos en la selva. Los arrieros se quitaron los sombreros y comenzaron a bailar sobre un solo pie.

Cabalgaron durante varias horas y llegaron cansados y hambrientos a las termas de Chiu Chiu. Neruda ha contado igualmente en sus memorias, y rememoró en esa ocasión del discurso de Estocolmo, aquel viaje y la escena de encuentro con la fogata de unos seis metros de largo, que ardía en el hogar dispuesto para los viajeros que se internaban en esas acechantes soledades. Arriba vieron unos tablones anchos, y sobre ellos, enormes quesos. La fogata estaba atravesada por un fierro donde se asaba carne. Entraron y el olor mezclado del queso caliente y de la carne puso en tensión sus jugos gástricos y les prometió una buena reparación de sus energías. Alrededor de la hoguera gigante había rústicas bancas, cajones. Ellos sacaron los pellones de las monturas y se instalaron en un rincón.

Cuando entraron habían quedado enceguecidos por la luz que irradiaban las brasas, y sólo cuando los ojos se acostumbraron al ambiente fueron descubriendo un hombre, otro, hasta contar más de veinte, la mayoría con caras patibularias, a las cuales el fuego daba una coloración rojiza.

Era el paraje secreto de los contrabandistas, arrieros, gente fuera de la ley, especialistas en cruzar clandestinamente las fronteras, en robos de animales y otras hazañas parecidas, expertos manejadores de revólveres y cuchillos.

De pronto, en medio de la oscuridad sólo interrumpida por el fuego, surgió lo que el poeta describió como “una canción de amor y de distancia, un lamento de amor y de nostalgia dirigido hacia la primavera lejana, hacia las ciudades de donde veníamos, hacia la infinita extensión de la vida”. Se preguntó algo que era importante en esa ocasión y en aquellas circunstancias. ¿Me conocen? No lo supo. Fuera conocido o desconocido, cantaron juntos y todos comieron hasta hartarse.

Aquella parte del viaje fue para Neruda no sólo el camino hacia el mundo libre. Fue como una imagen de la vida. Y también una explicación de la tierra y una lección del arte poética, porque en la poesía participan la verdad despierta y la verdad de los sueños, el hombre y la naturaleza, la selva al parecer tan impenetrable y la conclusión de que “no hay soledad inexpugnable”.

Neruda no se amilanó. Cortó el queso a mordiscos. Juzgó que la carne asada estaba estupenda, sacó del bolsillo una pequeña cantimplora, tomó un traguito de whisky y se animó a sacar su voz lenta para contar historias. Al cabo de media hora se dieron cuenta de que el refugio de los contrabandistas se había convertido en una sala de teatro. Neruda era el narrador de deslumbrantes aventuras y su público, que lo oía religiosamente, estaba formado por más de veinte bandidos, escuchando deleitados a ese hombre que veían por primera vez, pero que hablaba como no habían escuchado nunca hablar a otra persona. Entre los que atendían extasiados estaba el propietario del extraño establecimiento. Cuando llegó la hora de pagar, no quiso cobrarles. Fue el modo que tuvo de recompensar a ese desconocido que había hecho de su comedero perdido una especie de escenario en el cual se había escuchado un artista que no cantaba ni hacía mímica, sin guitarra ni música de boca, pero que cautivaba a la concurrencia con un instrumento particular que por esos andurriales casi no se usa: la palabra.

Luego se encaminaron hacia unos dormitorios destartados, pero bajo cuyo piso corría agua termal, envolviéndolos en el calor del magma cordillerano.

De amanecida, en un manantial de ese chorro que estallaba a flor de tierra, se bañaron, como para que la libertad los recibiera limpios. Estaban tan contentos que, cuando montaron los caballos, todos se pusieron a cantar. Las cabalgaduras también parecían dichosas de avanzar por esas alturas.



7.1 Con Matilde Urrutia en Capri, 1950

VI EL VIAJE DEL MUNDO

102. *San Martín de los libres*

De pronto, he ahí, ¡Hosanna!, la frontera. Neruda recordó que era poeta. Divisó un durmiente abandonado. Los durmientes se le asociaban a su padre, don José del Carmen, el que trasladaba en su tren lastrero maderos, piedras y gravilla para afirmar la línea del ferrocarril. Se agachó sobre el durmiente y abandonó la meditación trascendental. Tomó su fusil de poeta punitivo y escribió una desenfadada cuarteta de despedida: "Qué bien aquí se respira/ en el paso del Lilpela/ donde no llega la mierda/ del traidor González Videla".

Entraron cabalgando a la ciudad argentina San Martín de Los Andes, no como Quijotes, sino como buscadores de la libertad. Neruda sintió que la libertad era como sacarse un traje de plomo. Quiso gritar. Inventó unos alaridos desabridos; pero el vehemente Bellet recomendó prudencia. No habían llegado todavía a una tierra donde pudieran revelar quiénes eran. El responsable de la expedición puso cara de jefe de la banda. Entró en ejecución la tercera parte del plan. Ésta consistía en presentarse como "huasos ricos", hacendados chilenos, con mucha plata, que venían a hacer negocios. Primer movimiento: alojarse en el hotel de más copete. No había mucho donde escoger. Llegaron al Hotel de Turismo. Dentro de un par de horas debían encontrarse allí con el contacto argentino. Se lavaron y refrescaron. Pasó el tiempo y nadie vino a buscarlos. El santo y seña era la indumentaria de Bellet: debían encontrar en el hotel a un señor corpulento, con una camisa azul a cuadros, una pipa en la boca o en la mano y un *jockey*. Bellet sintió que estaba condenado a no cambiarse de camisa, o no sacarse el *jockey* ni abandonar la pipa mientras no apareciera el Mesías, el Esperado.

Pasaron días, y ni sombras de él. Eran raros esos chilenos que no se movían del hotel. Había que hacer algo para ganarse a las autoridades del pueblo. Los tres mosqueteros, que esta vez no eran cuatro, Bellet, Bianchi y el señor Ruiz, invitaron a comer al prefecto de Policía, al jefe de la guarnición del Ejército, a otros uniformados, que quedaron muy impresionados con estos chilenos tan generosos y tan simpaticones.

Pero el contacto no aparecía. Se pusieron tensos como pájaros en el alambre eléctrico. Al cabo de un tiempo, confiando en la relación establecida, Bellet resolvió correr el riesgo, haciendo algo que podía ser un grave paso en falso. Le dijo al coronel que encabezaba el regimiento que tenía urgencia, por razones de negocios, de comunicarse con un abogado en Mendoza. El coronel le pidió el nombre. "Benito Marianetti", respondió Bellet. El oficial pegó un salto: "¡Pero ché, si es comunista!". Bellet respondió, con cara de póker: "¡No me diga!".

El comandante del regimiento puso a su disposición la radio del Ejército. Marianetti se desconcertó al principio al recibir un llamado por vía tan inesperada para él. No comprendía de qué se trataba. Tomado de sorpresa, casi echó a perder todo. Luego cayó en la cuenta. En ese momento llegó al hotel el contacto. Se trasladaron a Buenos Aires.

103. La misión de sacar el Canto

Salió de Chile, pero dejó a sus compañeros una tarea: la edición clandestina del *Canto General*. Tres personas constituyeron el grupo inicial que se hizo cargo de la edición: Américo Zorrilla, que había sido gerente del diario *El Siglo*; el pintor José Venturelli y el editor Luis Osorio.

Fue un libro clandestino raro, de formato muy grande, gordo, difícil de disimular. De la imprenta se preocuparon, sobre todo, como administrador Guillermo Labaste, que había sido obrero mueblista, y Manuel Segundo Recabarren Rojas, prensista. Éste fue detenido por agentes de la Dina el 30 de abril de 1976. El día anterior habían arrestado a sus hijos Manuel Guillermo y Luis Emilio Recabarren González, y a su nuera Nalvia Rosa Mena Alvarado. Desaparecieron. Y hasta hoy día se ignora su paradero. Sin duda fueron asesinados, como otros dos mil quinientos chilenos igualmente desaparecidos.

Este equipo se puso a la tarea de editar cinco mil ejemplares de un libro con formato 19 x 27 centímetros y 468 páginas. El gasto de papel resultó considerable: cuatro toneladas. El papel fue de dos clases. Rústico, del llamado "número 264", de aspecto más bien tosco. En papel "pluma" salieron dos mil ejemplares, más caros.

Eran tiempos en que la policía estaba a la caza de la propaganda clandestina. Tenía detectadas todas las imprentas y podía descubrir el origen de una publicación a través de la tipografía

usada. El Partido desenterró una colección de matrices de linotipia que había guardado durante quince años. Toda la composición la hizo un solo linotipista. La compaginación, una persona, el camarada Osorio. La impresión, Manuel Recabarren. Cada fase se realizó en un sitio distinto. Hubo que trasladar el metal y la composición al lugar de la compaginación. Las páginas armadas, según recuerda Zorrilla, fueron llevadas a la imprenta donde el libro se imprimió.

Como acontece invariablemente en estas historias, llegaron los agentes a la imprenta precisa buscando propaganda ilegal. Revisaban aquí y allá, mientras el oficial que dirigía la operación observaba y daba órdenes, afirmado sobre un bloque de papel de respetable altura, recubierto con varios pliegos de una revista hípica. Abajo estaban las hojas de 55 x 77 centímetros del *Canto General*.

Para resolver el problema de los títulos consiguieron préstamos de materiales en varias imprentas. Los clichés de las ilustraciones de Venturelli, separados del texto, pudieron ser confeccionados sin dificultad, encargados a un taller de fotograbado. Más arriesgado resultó incluir las fotografías al final y al principio del libro. En la primera aparece Neruda, en la segunda va caminando con Delia y está tomada de espaldas. Hubo que pegarlas como láminas en cada ejemplar del libro ya encuadernado. La encuadernación y el cosido a mano lo hizo un solo operario, Héctor Maldonado. Vivía apartado en el campo, donde tenía un tallercito en que fabricaba baldosas. En ese aislamiento estuvo durante meses dedicado a la tarea de armar y encuadernar cada ejemplar. La corrección de pruebas la hizo Luis Corvalán, que en ese tiempo estaba encargado del frente de propaganda del Partido. También Joaquín Gutiérrez participó en ese trabajo.

Se vendieron suscripciones anticipadas para el libro de Neruda, que se presentó como "Impreso en México", en la Imprenta Juárez. Lo recubrió una falsa portada donde se leía: *Risas y lágrimas*, de Benigno Espinoza.

104. *Debut parisiense*

Aquí intervienen el descaro y la fábula. Los dos chompipes, Asturias y Neruda, abrazan sus anchos pechos de pavos en Argentina. Pocos años antes el autor de *El señor Presidente* había embrujado a un público mañanero de domingo santiaguino,

que lo escuchaba embelesado en el parque salvaje de Neruda, donde el otoño llovía las hojas. Contaba los milagros y las profecías del *Chilam Balam*. Recitaba el canto de los antiguos rapsodas indios. Usaba un largo puntero de maestro primario para explicar los gráficos y jeroglíficos precolombinos. Pero ahora ambos herejes estaban preocupados de cosas tan actuales y profanas como falsificar pasaportes y cartas de identidad. Como físicamente se parecen, deciden explotar la semejanza. Neruda habría viajado desde Buenos Aires a París con el pasaporte de Miguel Ángel Asturias. Éste se lo cedió a condición de que lo destruyera después de haber entrado a Francia, ¿Verdad o leyenda? ¿Historia real que acredita la amistad de dos poetas? ¿Invención novelesca? *Se non é vero é ben trovato*.

A finales de marzo o principios de abril de 1949 suena el timbre en un departamento parisino. El dueño de casa va a abrir la puerta. Se encuentra con un desconocido entrado en carnes, lentes de marco grueso, barbudo, con una boina vasca negra. Ambos permanecen algunos instantes observándose. El hombre pregunta:

—¿No me reconoces?

El dueño de casa sigue callado, sorprendido. Trata de identificarlo. Se da por vencido. El recién llegado dice:

—Soy Pablo Neruda. Vengo a pedirte que me acojas unos días.

—Adelante, Pablo. Te agradezco que me hayas buscado. Estás en tu casa.

El que lo recibe y lo cuenta es Luis Cardoza y Aragón, el escritor guatemalteco a quien conocimos años antes en la casa de Neruda de Los Guindos, cuando llegó a Chile como embajador de su país.

Después de la comida se celebró con champaña la inesperada aparición. Neruda sacó del maletín un cartapacio y leyó hasta la madrugada fragmentos del *Canto General*. El personal de la casa lo llamaba "don Antonio". Pero no era hombre para vivir encerrado, y menos en París. Solía hacer algunas escapadas en automóvil, acompañado por Lya, la mujer de Cardoza y Aragón. Como un perro que ha estado mucho tiempo amarrado, salió a la calle a darse gustos largamente contenidos: visitas a *bouquini-
nistes*, naturalistas, malacólogos. Andaba a la búsqueda de ediciones raras y de caracoles.

No podía dejar de jugar, incluso en medio de la situación anómala. Le pidió a su anfitrión que invitara a su amigo el escritor argentino Alfredo Varela. Entonces él era un muchacho

apasionado, muy abundante de expresión. Lo fue toda la vida. Cuando llegó y Luis Cardoza y Aragón le presentó a un profesor checo, salido ilegalmente de su país, Varela enmudeció. Echó una rápida mirada al tercer hombre que estaba junto a ellos en la mesa de la terraza del Café Marignan, en los Campos Elíseos, y se negó a abrir la boca. Tal vez era uno de esos anticomunistas profesionales, de exportación, que buscaba atraparlo para una causa que no era la suya. En un momento calculado, el profesor checo se quitó el sombrero y las gafas oscuras. Varela pegó un salto. No era un profesor ni checo.

—No seas tonto —dijo, rugiendo de risa, cruzando los labios con el dedo índice—. Soy Neruda. —Luego lo conminó a que guardara el secreto porque era un “clandestino en París”.

Años más tarde, después de la muerte del poeta, Alfredo Varela falleció en Mar del Plata.

La cofradía de los poetas a veces funciona como una internacional. Jules Supervielle es uruguayo, como el autor de *Los cantos de Maldoror*. Llegan de Montevideo separados por un siglo. A diferencia de Lautréamont, Supervielle no es un poeta maldito. Algunos lo consideran poeta puro, cercano a Paul Valéry. Forma parte de una familia adinerada, que tiene algo que ver con bancos y también... con la policía. Supervielle le pide a un pariente próximo que tiene un alto puesto que facilite la estancia legal de Pablo Neruda. Aquí no mete el pincel, pero sí la mano Pablo Picasso, que es amigo de Jules Supervielle. Alfredo Varela está esperando en una entrada del Metro. Picasso llega en un automóvil a la hora señalada. Comunica la nueva que se espera. Neruda puede aparecer públicamente. Minutos después parte a la última sesión del Congreso de la Paz, que se celebra en la Salle Pleyel. Picasso anuncia que tiene una sorpresa.

Neruda irrumpe teatralmente en la tribuna. Es su debut en Europa.

El día lunes 25 de abril de 1949 se celebra la clausura del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz, inaugurado cinco días antes. Allí estaban muchos de los artistas y escritores más famosos de la tierra, así como personalidades políticas. De Francia participan Yves Fargue, Paul Éluard, Louis Aragon, Elsa Triolet, Eugénie Cotton, Jean Cassou, Aimé Césaire, Pierre Cot, Paul Rivet, Armand Salacrou, Frédéric e Irène Joliot-Curie, Pierre Seghers, Pablo Picasso. De Italia: Pietro Nenni, Elio Vitorini, Italo Calvino, Renato Guttuso, Giulio Einaudi, Emilio Sereni. De Alemania: Anna Seghers y Arnold Zweig. De los Estados Unidos: Howard Fast, Langston Hughes, Charlie Chaplin,

Paul Robeson, Albert Kahn, E.W.E. Dubois. De la Unión Soviética: Ilya Ehrenburg, Mijail Sholójov, Alexander Fadeiev, Wanda Wassilewska, Shostakovich. De Yugoslavia: Ivo Andric. De Grecia: Melpo Axioto. De China: Kuo Mo-Jo y Emi-Siao. De América Latina asistieron doscientos delegados, entre ellos, Diego Rivera y Lázaro Cárdenas, de México. De Argentina: Antonio Berni, Luis Seoane, Alfredo Varela. De Cuba: Nicolás Guillén, Juan Marinello. De Brasil: Jorge Amado y Caio Prado. De Guatemala: Luis Cardoza y Aragón y José Manuel Fortuny. De Haití: René Depestre. De Venezuela: Miguel Otero Silva y Héctor Poleo. Preside esta última sesión Ives Fargue, quien anuncia, con tono intencionado: "Voy a dar la palabra al último orador, que va a cerrar la discusión general. El hombre que va a hablarles está solo desde hace unos minutos en la sala. Ustedes no lo han visto todavía. Es un hombre perseguido... Es Pablo Neruda".

Todos los asistentes se ponen de pie. No contaban con esta descarga eléctrica dentro del teatro. Neruda hace un discurso corto, en que aparece como disculpándose por la tardanza. "Queridos amigos —dice— si he llegado con algo de retraso a vuestra reunión, se ha debido a las dificultades que he tenido que vencer para llegar hasta aquí. A todos ustedes les traigo el saludo de gentes de tierras lejanas. La persecución política que existe en mi país me ha permitido apreciar que la solidaridad humana es más grande que todas las barreras, más fértil que todos los valles..."

Es entonces cuando lee "Un canto para Bolívar" en la edición chilena del *Canto General*.

Ese mismo día, el poeta había recibido el primer ejemplar en París. Fue con el librote y se lo regaló a Picasso. Luego se lo pidió prestado para leer el poema.

En cuanto terminó el acto, sin creer en el dicho que "al que da y quita, le sale una corcovita", Neruda se lo llevó consigo, explicándole que era el único ejemplar que tenía.

Hubo una información desmentida. Se había publicado a la mañana siguiente en los diarios de Santiago un cable fechado en París, que en su primer párrafo decía a la letra: "Intempestivamente y sin aviso de ninguna especie apareció hoy en esta capital el perseguido poeta comunista chileno Pablo Neruda. Asistió a la sesión matinal del Congreso Mundial de Partidarios de la Paz que se realiza aquí, y dirigió la palabra desde la tribuna. El más profundo misterio rodea las circunstancias en que logró salir de su país y realizar el viaje".

Un día antes de la aparición pública de Neruda en París, el jefe de Investigaciones y de la Policía Política, Luis Brum D'Avoglio, había declarado en Santiago a la prensa que Neruda estaba a punto de caer en manos de sus hombres.

Vino a ver a Neruda un cronista de France Presse para informarle que el Gobierno de González Videla, al conocer la noticia de su aparición en Francia, declaraba enfáticamente que ese individuo que se presentaba como Pablo Neruda era un impostor. El periodista quería ver a ese doble del poeta.

105. *Europa hace un descubrimiento*

Con ese exilio comenzaba un nuevo momento de su vida. En 1949 la crítica consideraba a Neruda el primer poeta latinoamericano. Dentro de nuestro continente era una opinión más o menos aceptada, pero, salvo en círculos de iniciados, el gran público europeo aún no lo había descubierto.

El poeta fue un conquistador deliberado de audiencias sucesivas. Inicialmente, poeta provincial de Temuco; luego, en Santiago, el poeta generacional estudiantil del año 20; más tarde, en Chile, poeta nacional, una especie de Comodín de los Amantes.

Permaneció cuatro años en Asia y casi nadie se dio cuenta allí de que era un poeta. Los que lo sabían no podían leerlo, a causa de ese idioma castellano inaccesible al lector de aquellas latitudes.

Su reputación fue creciendo por un contacto, diríamos personal, por presencia física y espiritual de él mismo y de sus libros, primero en Argentina, luego en España y en México, con tránsitos breves por casi todos los países de América Latina. Ése era entonces el ámbito de su fama, la región más ancha adonde alcanzaba su nombradía.

Pero ésta no llegaba al gran lector norteamericano ni europeo. Aquel destierro, la permanencia de varios años en el Viejo Mundo, contribuyó, en medio de un cúmulo de motivaciones derivadas del movimiento social y político de ese tiempo, a que su poesía fuera pronto descubierta y aclamada por lectores de otras lenguas y culturas.

Fue reconocido en una ciudad que veinte años antes le pareció imposible. París bien valía mil misas. Y éstas, aparte del talento, en su caso fueron las misas de la amistad. En el mes de mayo, los autores extranjeros que asistieron al Congreso por la

Paz recibieron el homenaje del Comité Nacional de Escritores Franceses, que se celebró en La Maison de la Pensée. Neruda leyó allí su poema "El fugitivo": "Qué puedes tú maldito, contra el aire?... Qué triste es tu pequeña y pasajera/ victoria! Mientras Aragon, Ehrenburg,/ Éluard, los poetas/ de París, los valientes/ escritores/ de Venezuela y otros y otros y otros/ están conmigo,/ tú, maldito,/ entre Escanilla y Cuevas,/ Peluchoneaux y Poblete!..."²⁴

Había hecho la traducción Alice Ahrweiler. Lo leyó en francés una voz que era un espaldarazo: Louis Aragon.

Neruda tendió siempre a la cofradía cordial. En París confluieron los viejos y los nuevos amigos. Los antiguos camaradas de España, que habían abierto para él, en tiempos de la Guerra Civil, un boquete de comunicación en los Pirineos, y los amigos de la época mexicana. Ehrenburg, Aragon, Anna Seghers, Nicolás Guillén, Jorge Amado, muchos latinoamericanos. Ahora se sumaron nuevas grandes amistades: Paul Éluard, Paul Robeson, Jean Marcenac, Pierre Courtade, Renato Guttuso.

Él, que había vivido todo el último tiempo aislado, cuya única plática dilatada y elocuente había sido la que sostuvo con contrabandistas y ladrones de caballos en el comedero perdido en medio de la selva remota, ahora estaba en el centro de la Tierra oyendo y conversando golosamente, concediendo diez entrevistas por día, convertido en el hombre del momento.

Pero la noche era para los amigos. Y el domingo por la mañana, qué alegría mayor que ir a perder-ganar el tiempo al Mercado de las Pulgas, que lo resarcía del imposible Mercado Pesa de Santiago. El estratega había clavado su bandera en París. Ahora la aguja imantada señalaba una capital desconocida y magnética: Moscú.

106. *El viento del Viejo Nuevo Mundo*

Había empezado a escribir un nuevo libro, aunque todavía lo perseguía el *Canto General*. Pensaba que se había despedido de él con su "Coral de Año Nuevo para la patria en tinieblas". Allí volvía a la persecución, cuando dentro de su saco de fugitivo andaba con dos libros, una geografía de su país y un tratado sobre las aves de Chile, aparte de una rama de espino recién cortada. En ese saludo de Año Nuevo se dirigió a "Los hombres de Pisagua". Tal vez él debió haber sido uno de ellos, un pri-

sionero. Recordó a Félix Morales, a Ángel Veas, muertos en el campo de concentración. Maldijo una vez más al "perro mentiroso". Tenía una preocupación en Europa: seguir escuchando la voz de Chile. Y que su voz se escuchara en Chile. Neruda fue siempre un poeta personificador. Llamó en su poesía por sus nombres a los héroes y a los antihéroes, a los "ratones del presupuesto", "mercenarios de manos extendidas". Anuncia venganza con vehemencia:

Serán nombrados. No me entregaste, patria,
el dulce privilegio de nombrarte
sólo en tus alhelíes y tu espuma,
no me diste palabras, patria, para llamarte
sólo con nombres de oro, de polen, de fragancia,
para esparcir sembrando las gotas de rocío
que caen de tu negra cabellera imperiosa:
me diste con la leche y la carne las sílabas
que nombrarán también los pálidos gusanos
que viajan en tu vientre,
los que acosan tu sangre saqueándole la vida.²⁵

"Lo llamaban chileno, dicen de mí estas larvas", anota con acritud. Irá más a fondo. "Detrás de los traidores y de las ratas que roen,/ hay un imperio que pone la mesa,/ que sirve las comidas y las balas." Él no perdonará. Luchará. "Ya no soy ciudadano de mi país: me escriben/ que el *clown* indecoroso que gobierna ha borrado/ con otros miles de nombres el mío/ de las listas que eran la ley de la República." En el último canto del *Canto General*, la nota autobiográfica es tan fuerte que se denomina desnudamente "Yo soy". Es lo que fue, lo que ha sido: la frontera, el hondero, sus compañeros de viaje, el enamorado de la estudiante de Santiago de la Nueva Extremadura, el viajero de Birmania, el crítico de la India, el paseante por las calles de Saigón o de Madrás, el que mira a las bailarinas con máscaras de yeso en Bangkok. Él es también España, que le dio el amor y la guerra; México, donde tocó con sus manos el barro americano, y siempre Chile. Le faltaban veinticuatro años para morir, pero dicta en ese libro dos testamentos, señalando su disposición de que se le entierre en Isla Negra. Ha terminado ese libro un día 5 de febrero de ese año 1949 en Santa Ana de Chena, que él llama "Godomar de Chena", algunos meses antes de los cuarenta y cinco años de edad.

La nueva obra que comienza a escribir, en la cual trabaja todas las mañanas, es como un libro de viajes por Europa y por Asia y se llamará *Las uvas y el viento*. Pero antes este corresponsal peripatético tendrá que vivir los países y los hombres que los pueblan. El Nuevo Mundo deberá descubrir el Viejo Mundo, aunque hay cosas muy viejas en el Nuevo Mundo y cosas muy nuevas en el Viejo.

Mientras en muchos países de Europa se le acoge, publica y aclama, en varios de su continente porta el estigma de la herejía. Hubo tiempos en América Latina, y los seguirá habiendo, donde libros y poemas de Neruda son piezas constitutivas de delito. César Godoy Urrutia cuenta que durante el período de González Videla fue objeto en Mendoza de un minucioso registro policial, al cual escapó por milagro el original del poema de Neruda "Que despierte el leñador".²⁶ Por ahora, el poeta deambula por tierras más seguras.

107. *Adiós al Senado*

A través de puentes e intermediarios, me escribe preocupado por la renovación de su permiso del Senado. Mi clandestinidad no es tan rigurosa como en los primeros tiempos de la persecución, cuando sólo me aventuraba de noche en automóvil, para cumplir mis obligaciones. Me esforzaré por cumplir esa misión que me encomienda el poeta. Un hombre me espera en la casa frente a la Plaza de Armas, en el corazón de Santiago. Subo en el ascensor de la calle Phillips. Cuando toco el timbre del departamento, me sale a abrir una muchacha.

—El caballero está enfermo, pero pase no más —me dice.

Espero algunos minutos y una voz cascada me llama. Entro a un dormitorio, donde hay un hombre acostado, en pijama, transpirando.

—Perdóneme, don Arturo —le explico—. No sabía que usted estaba enfermo y me dijeron que me recibiría a esta hora.

—Está bien. Es sólo una gripe fuerte. ¿De que quería usted conversarme?

—Quiero pedirle a usted, como presidente del Senado, que renueve por un año la autorización a Neruda para permanecer fuera del país.

Intempestivamente se levanta. Sale de la pieza y vuelve con una cinta de papeles en la mano. Me los pasa.

—Léalos —me dice. Los miro. Son telegramas que han perdido su urgencia. Versan sobre acontecimientos sucedidos hace más de un cuarto de siglo. Les echo una rápida mirada.

—Usted verá —me agrega, con énfasis, como si fuera un asunto que le importara mucho— que yo no tuve nada que ver con las muertes de La Coruña y San Gregorio.

No le discuto el tema. No es el momento. Vuelvo suavemente a la carga sobre mi cometido.

—Espero, don Arturo, que usted dará esa prórroga a Neruda.

—Haré lo posible —me contesta—. Vuelva la próxima semana.

Acudo de nuevo a la cita. Otra vez me saca los telegramas sobre las masacres de La Coruña y San Gregorio. Insisto en una respuesta. Me contesta, paternal y tranquilizador:

—No se preocupe, joven. Se la daremos, se la daremos.

Habló de Neruda como de un senador particular. Arturo Alessandri Palma recordó entonces el discurso que Neruda pronunció en el Senado a raíz de la concesión del Premio Nobel de Literatura a Gabriela Mistral. No había costumbre en la corporación de ese tipo de oratoria. Lo que Neruda no dijo fue lo que Gabriela Mistral expresó en su discurso de aceptación del primer Premio Nobel de Literatura para la América ibérica: "Si la Academia de Estocolmo quería honrar la poesía de Chile, debería haber dado el galardón a Pablo Neruda, que es el poeta más grande de mi patria".

A juicio de Arturo Alessandri, en el Senado, Neruda no fue simplemente un senador poeta.

Efectivamente, sabía hablar en prosa sobre política nacional e internacional, sobre la Carta de las Naciones Unidas, que entonces se ratificaba, y sobre el reajuste de rentas al magisterio nacional. Sabía rendir homenajes a fallecidos eminentes, sea a un historiador, Domingo Amunátegui Solar, o al presidente del Soviet Supremo de la Unión Soviética, Mijail Ivánovich Kalinin. Saludaba a una delegación de la cultura uruguaya recién llegada a Chile y defendía al poeta español Antonio Aparicio, víctima de persecución política. Analizaba el último golpe militar (hasta ese momento) en Bolivia y abogaba por un convenio sobre facilidades para la internación de libros. Proponía un proyecto que creara un premio de estímulo Gabriela Mistral. Abogaba por el voto femenino. (¡Oh sarcasmo de la historia, se preocupaba por el reajuste de remuneraciones a las Fuerzas Armadas!) Intervenía sobre la situación en Nicaragua, sumida en la que parecía eterna dinastía de los Somoza, y analizaba el nuevo derrocamiento del Presidente del Ecuador José María Velasco Ibarra.

Trataba de comportarse como un senador atento a todos los requerimientos y deberes. Pero se convenció muy rápidamente de que, aunque lo hiciera muy bien, no era tarea para él. Debía estar escribiendo versos, en Isla Negra, mirando el mar por la ventana, conversando con los amigos, chacoteando con las amigas, en lugar de escuchar al señor Ulises Correa, un senador que sostenía, para remarcar la diferencia con el poeta que atacaba en verso a González Videla, que Bernardo O'Higgins nunca escribió una palabra contra el gobernador español Casimiro Marcó del Pont.

—No es un orador —me dijo Alessandri—, pero es un escritor.

—¿Qué vale más a su juicio? —le pregunté.

—En la política vale más ser un orador. En la vida vale más un escritor, un buen escritor. Un orador no queda. Un buen escritor permanece.

La renovación del permiso fue concedida por una vez. Vencido el plazo, y ante la continuación de la ausencia del Senador, se le caducó en su cargo.

108. *Encuentro con Pushkin*

Llegaré por primera vez a la Unión Soviética en 1949, por la vía de la poesía, invitado a celebrar a un colega. Se festejaba el 150 aniversario del nacimiento de Pushkin. Neruda arriba precedido por su poesía. Diez años antes se había publicado en Moscú *España en el corazón*, en versión rusa de Ilya Ehrenburg. En 1938 se leyeron los primeros poemas de este libro traducidos por Fiodor Kélin. La reciente odisea de Neruda suscitó muchas publicaciones en la prensa soviética, especialmente en *Tiempos Nuevos* y *La Gaceta Literaria*. La guerra de España fue la plataforma que propulsó el conocimiento del poeta. Su nombre aparecía frecuentemente citado en los cables, en términos tales que cuando llegó a ese país se encontró con que era muy conocido. Lo recibió la VOPS, que en ese tiempo atendía las relaciones con el extranjero. Su primer intérprete y acompañante fue una joven que llegaría a ser una autoridad reconocida en la latinoamericana soviética, Viera Kutieishikova. Estaba recién casada con Lev Ospovat, quien aparte de sus análisis sobre el fenómeno literario y cultural de nuestro continente, se convertiría en un afamado traductor de la poesía nerudiana al ruso.

Visitó la casa de Pushkin en Mijailovskoie. En el año 1984, Viera Kutieishikova volvió a su evocación de esa visita, al pueblo donde tenía su finca la familia Pushkin. Estaba en esa fiesta al aire libre en medio de una multitud formada por campesinos de la zona, poetas, admiradores que habían venido en peregrinación. De pronto un rayo cayó casi al lado. Del cielo se desplomó un torrente. Sintió que esa escena, el aguacero, tenía algo que ver con él. Estaba de nuevo en Temuco.

El 8 de junio llegó a Leningrado. Es la temporada de las noches blancas. La ciudad se envuelve en un pálido crepúsculo por media hora a lo sumo y luego retorna la luz del día. Recorre en un barco el Neva, viaja por los canales. Esa atmósfera lo sobrecoge. Por los puentes todavía parece errar con su capa (que le recuerda la suya de muchacho, de poeta hijo de ferroviario) su amigo el poeta muerto en duelo hace ya mucho tiempo. Entra silencioso a la casa de Pushkin. Observa con atención sus libros. Descubre que muchos de ellos son sus propios libros. Cuando sale, "cerca de Leningrado los abetos/ bailaban un vals lento/ del horizonte marino". Vino a ver al que hacía más de un siglo yacía enterrado, con una bala en el cuerpo. Vino a ver la sangre de Pushkin asesinado. Y el cierre de esa herida.

Siente deslizarse por los portones, los zaguanes, los arcos, junto a la Aguja del Almirantazgo o entre las columnas de San Isaac, las sombras de Gogol y Dostoievski, de sus poetas primohermanos, empezando por Maiakovski.

No lejos de allí, ochenta años más tarde, "Lenin, con una firma al pie de la esperanza, cambió la Historia...". Entonces dejó de sangrar el agujero sucio que produjo la bala homicida. "Pushkin se miró la camisa. El pueblo había expulsado a los espadachines de casacas doradas..." Su amigo el joven Pushkin no hablaba; había que leerlo. Y se dedicó a hacerlo con pasión, porque entendió que así comprendería mejor Rusia y también la Unión Soviética.

Compró a un librero de viejo leningradense varias ediciones originales de Pushkin y la primera de sus *Obras Completas*, en once volúmenes. Cuando años después donó a la Universidad de Chile su biblioteca, incluyendo esos libros adquiridos junto al Neva, explicó que había comprado también un almanaque Gotha del año 1839, "porque hay —dijo— una línea perdida en su minúscula ortografía que dice lo siguiente: 'Día 12 de febrero de 1837, muere a consecuencia de un duelo el poeta ruso Alejandro Pushkin'. Esta línea —añadió— es para mí como una puñalada. Aún sangra la poesía universal por esta herida". Ha entrado por

la puerta pushkiniana. Así fue su primer encuentro con el país al cual volvería muchas veces. El acto había comenzado ya en el Teatro Bolshoi y Neruda seguía en el aeropuerto, acompañado por su intérprete de entonces, Viera Kutieishikova. Llegó atrasado, pues, a la reunión solemne, y cuando se sentó, una especie de corriente de aire lo atravesó. Tantos años que habían pasado desde aquellos días en que Gabriela Mistral y el profesor Torrealba le prestaron en Temuco los primeros libros de autores rusos que leyó en su vida. Y ahora estaba en esa tierra como reconociendo ese ambiente, con la sensación de que por fin llegaba a un país que quería conocer desde niño.

Un país está hecho de pueblo, de naturaleza, también de amigos. En ese acto homenaje a Neruda del 27 de junio de 1949 había mucha gente que repletaba la gran sala del Conservatorio de Moscú. Allí estaban otros que serían grandes amigos suyos: Ovadi Savich, su traductor; Martinov, Mijailkov, Safronov. Fueron amistades que se incorporaron a su vida como bienes permanentes.

Luego fue a recitar al club de una de las grandes fábricas moscovitas. Un intérprete de entonces, que lo acompañó, Vladimir Kuzmichev, no olvida el impacto que produjo su lectura del "Canto de amor a Stalingrado" entre los obreros soviéticos. Recuerda que el poeta tenía costumbres, a su juicio, extravagantes, como ir, por ejemplo, cada vez que venía a Moscú, a casa de una costurera de origen español para encargarle una docena de camisas. Siempre le interesó la forma del cuello. Se enamoraba de las cosas por detalles. Y si no los encontraba, los mandaba a hacer. A ratos le asombraba su cara de ausencia, la expresión de completo desinterés por el lugar que visitaba. Más tarde descubría en su poesía los ángulos y matices más inesperados captados por esa mirada al parecer dormida, desganada, que interpretaba la realidad de otra manera, con una óptica personalísima.

La velada del 27 de junio en la Gran Sala del Conservatorio, organizada por la Unión de Escritores para recibir a Neruda, estuvo presidida por Alexander Fadeiev, autor de *La derrota* y *La Joven Guardia*. Participan muchos poetas, entre ellos Nikolai Tijonov, el exuberante Simion Kirsanov, que visitará Chile más tarde en más de una ocasión y se convierte en un eufórico amigo del chileno. Allí está Constantin Simonov, a quien Neruda encuentra a veces cara de chillanejo y otras veces de turco, un buen mozo alto, macizo que, como todos los demás soviéticos, viene saliendo del humo y la pólvora de la guerra, que lo ha marcado para siempre.

En esa velada también habla Ilya Ehrenburg. Mutuamente eran traductores y prologuistas. Si el soviético había traducido al ruso *España en el corazón*, Neruda escribió el prefacio a la versión castellana de *Muerte al invasor*, de Ehrenburg, que aparecía casi a diario en la prensa soviética con su disparo de cañón contra Hitler. El discurso de Ehrenburg representó la síntesis de penetración personal. Seguía la línea del ensayo que sirvió de prólogo al tomo de poesía nerudiana que lanzó pocos días después la Editorial Literaria del Estado. Según la opinión de Lev Ospovat, "con el brillante ensayo de Ehrenburg, *Poesía de Pablo Neruda*, publicado en 1949, se inicia en nuestro país el estudio de la obra del chileno".²⁷

A partir de ese momento, Neruda se transforma en un constante tema de especialistas soviéticos en literatura latinoamericana. Son centenares los artículos y ensayos escritos en torno a su obra. Casi toda su producción se ha publicado en ruso, y varios libros suyos en otras lenguas del país.

Le preguntaron a los escritores extranjeros invitados a qué parte de la Unión Soviética les gustaría ir. Neruda contestó sin vacilar: "¡A Stalingrado!" Allí se descubrió en memoria de Rubén Ruiz Ibárruri, el hijo de Dolores.

Ese gesto no escapó a la Pasionaria. "Cómo hablar de mi dolor —confiesa—, el más hondo de todos los dolores, el de una madre que pierde a su hijo. Y era mi único hijo varón. Ya sólo me quedaba Amaya, de los seis que traje al mundo."²⁸ En sus *Memorias* Dolores Ibárruri sostiene que Pablo Neruda supo fundir como nadie a España con Stalingrado. Para demostrarlo, ella, buena amante de la poesía, cita los versos precisos:

Y el español pregunta junto al muro
de los fusilamientos, si Stalingrado vive:
y hay en la cárcel una cadena de ojos negros
que horadan las paredes con tu nombre
y España se sacude con tu sangre y tus muertos,
porque tú le tendiste, Stalingrado, el alma
cuando España paría héroes como los tuyos.

En este primer viaje tenía que encontrarse con la ciudad a la cual, sin conocerla, había dedicado dos "Cantos de amor".

Cuando llegó a sus orillas, bañadas por el Volga, hacía cuatro años que el retumbar de la guerra había enmudecido. Era verano. Todo renacía de las ruinas. No se aguantó y le escribió un tercer poema. La normalidad había vuelto, encarnada en un perro que

cruza la calle en ese día polvoriento y por la muchacha que corre a dar un mensaje con un papel en la mano. Al frente anda, despacioso y pleno, el Río Madre, de aguas oscuras. Las mujeres han vuelto a parir, los niños han regresado a las escuelas y las cerezas rojean de nuevo en las ramas sacudidas por el viento. La ciudad murió y resucitó. Su poeta cortó una rama de acacia para respirar el aroma de Stalingrado, que esta vez le sonreía, como una mujer agradecida saludando a un viejo amigo de los días duros, al cual recibió en un día claro de verano, mostrándole aún las cicatrices de su cuerpo, pero rebosando claridad y orgullo.

Neruda prefería en Moscú alojarse en el Hotel Nacional. Y si le daban la pieza donde vivió un tiempo Lenin, en los primeros días después del traslado del Gobierno de Petrogrado a Moscú, tanto mejor. Pero, a veces, lo instalaban en medio del lujo de otro tiempo del barroco Metropol, que había sido frecuentado en la época zarista por nobles y ricos comerciantes. Era un departamento completo con un par de pianos de cola, enormes tinas de baño decoradas con flores moradas y grandes hojas color esmeralda. Las alfombras era mullidas, como para hundirse en ellas, de lana pura, mala conductora de la electricidad. Kuzmichev recuerda que cuando se anunciaba una visita la hacía esperar unos minutos, mientras el poeta se entregaba a la tarea de acumular carga. Al entrar el visitante, le tocaba la frente o le daba la mano, y brotaba una chispa. El recién llegado sentía el golpe, asustado. Alguien sostuvo que el cerebro del poeta chileno poseía fuerza eléctrica.

Después volvió regularmente a Moscú. Debía regresar todos los años para realizar su labor como miembro del comité de Premios Internacionales Lenin de la Paz. Volvió a Chile contando que en su visita al Ermitage había descubierto un retrato de Alonso de Ercilla y Zúñiga, que algunos atribuían al Greco y otros sostenían que estaba pintado por un desconocido. En Chile armó gran alboroto con este retrato, cuya reproducción llevó. Al descubrirlo, se quedó parado frente a él como no queriendo creer a sus ojos.

Cuando, a proposición de Neruda, se pensó en el escritor y lingüista colombiano Baldomero Sanín Cano para el Premio Lenin de la Paz, según la costumbre, se le dirigió un cable preguntándole si aceptaría esa distinción. Pablo fue el encargado de redactarlo. Después mostraba con gran alborozo la respuesta. No sólo porque el agraciado se declaraba muy complacido con el galardón, sino, sobre todo, porque el famoso gramático había

devuelto corregido el texto redactado por Neruda donde sorprendió faltas. Era el eterno conflicto entre el gramático y el poeta. Y esto daba risa al poeta.

A ratos, durante las sesiones del jurado, el poeta se ponía a escribir versos o dibujaba a su acompañante, Ella Braguinskaia, con la cual sostenía las más variadas formas de conversación. Le gustaba a morir conversar con las mujeres. Y si éstas tenían una pizca o dos de coquetería, tanto mejor. De repente descubrió que su vecino, el pintor italiano Renato Guttuso, estaba haciendo el retrato de la misma mujer. Se quedó melancólico.

109. *El verso subrayado de un joven suicida*

En aquel viaje por Europa Neruda visitó Polonia. De allí viajó a Hungría. Lo invitaron a encontrarse con otro hermano suyo, muerto un siglo antes, el poeta Sándor Petöfi. Neruda lo había leído. Para los húngaros es como Pushkin para los rusos, como Byron o Shelley para los ingleses, como Victor Hugo para los franceses. Pero cada poeta escribe, vive y muere con su perfil, atento a su propia fisonomía inconfundible. De esa época, en que los grandes poetas románticos suelen morir jóvenes, Petöfi, fallecido a los veintiséis años de edad, es la más alta voz pública e íntima de la poesía magyar. No puede ser indiferente a Neruda este bardo de la revolución de 1848, que recita ante las multitudes versos inflamados que llaman a la independencia de la monarquía de los Habsburgos.

De nuevo una reunión de poetas, que para Neruda son mesas de fraternidad. Se abraza con un amigo entrañable, al cual quiso como a un hermano, Paul Éluard. Allí estaba el poeta rumano Eugene Jebeleanu, que había traducido a Neruda a su idioma. Anduvieron de recital en recital. Después de una visita a fábricas, donde Éluard leyó un poema de Petöfi ante los obreros, pasaron por el Luna Park de Budapest, el Vurstli. Allí ambos cometieron una grave infracción al protocolo: se embarcaron en una competencia de tiro al blanco. Como si fuera poco, luego se fotografiaron montados sobre un asno.

El delicado poeta húngaro György Somlyó había ya traducido una selección de la poesía nerudiana entonces reciente, que se publicó coincidiendo con su visita. Estaba ilustrada con muchas fotografías de un gran amigo del poeta, Antonio Quintana, proporcionadas por una húngara que vivió apasionadamente en

Chile durante los años del fascismo y había vuelto a su patria, Judith Weiner, la cual siempre estuvo muy cerca de Neruda.

En ese tiempo, el Consejo Mundial de la Paz le pide que lo represente en el Congreso Continental americano por la Paz, que debía celebrarse en México en septiembre de 1949. Aceptó la proposición complacido. Tenía muchas razones para abrazar esa causa, motivaciones intelectuales o, simplemente, humanas. La bomba atómica ya había entrado en escena. La Guerra Fría helaba las relaciones internacionales entre los dos sistemas. Y él repetía que González Videla, para desencadenar la persecución contra todo un pueblo, la cual había envuelto también personalmente al poeta, dio por explicación el estallido de la Guerra Mundial a tres meses plazo. Habían pasado dos años, pasarían muchos más, afortunadamente, sin ella, pero nadie sensato en el mundo, el poeta desde luego, deseaba que ese conflicto final estallara nunca. Sí, iría a ese país que era en buena parte el suyo. Un día domingo 28 de agosto llegó a Ciudad de México con Delia del Carril, Paul Éluard y Roger Garaudy.

Al día siguiente dio una conferencia de prensa. Habló como un portavoz: "Hemos recibido adhesiones que son orgullo de nuestro continente, como Lázaro Cárdenas, Gabriela Mistral, Baldomero Sanín Cano, Joaquín García Monge, Henry Wallace, Thomas Mann, Alfonso Reyes, Paul Robeson, Diego Rivera, Enrique González Martínez... Somos soldados disciplinados de un gran ejército civil que impedirá la guerra. Los que están contra la paz están contra la vida...".

El poeta mexicano Enrique González Martínez inauguró el Congreso en el Arena Coliseo. La delegación norteamericana, presidida por el profesor Linus Pauling, y la canadiense, encabezada por el doctor J.G. Endicott, pidieron al día siguiente que las Naciones Unidas tomaran el control de las armas nucleares. El dirigente sindical mexicano Vicente Lombardo Toledano llamó a los trabajadores de América Latina a organizar el movimiento por la paz en cada país, ciudad, fábrica, escuela. Los grandes mexicanos estaban presentes, además de los cubanos Juan Marinello, Carlos Rafael Rodríguez, Nicolás Guillén, Lázaro Peña; del venezolano Miguel Otero Silva y el chileno Salvador Ocampo.

El día de la clausura habló Neruda. El periodista norteamericano Lloyd L. Brown escribió en la revista *Masses & Mainstream*, de Nueva York, que Neruda fue "una figura cumbre en el Congreso, y su discurso, el punto más alto".

Había una silla vacía de un adherente al Congreso, uno de los tres colosos de la pintura mexicana, José Clemente Orozco. Neruda se refirió a él diciendo cuán vivo estaba ese fallecido hacía tres días. Hizo una intervención político-literaria. Se refirió a los deberes del escritor frente al peligro de guerra. Fue un discurso antiexistencialista, un no a la evasión y a la neurosis como virtudes estéticas. Pero embistió, además, consigo mismo, rechazando páginas suyas que "llevaban en sí las arrugas de la amargura de una época muerta".

El mundo literario se sintió tocado por las declaraciones del poeta que tarjaba poemas, libros. La cuestión era polémica. Objetaba una época de su poesía. Lo explicaba según sus sentimientos de aquellos días. Le habían pedido en Hungría que él mismo indicara las páginas que debían ser incluidas en una antología que aparecería en Budapest. Para cumplir con esa petición, frente a los traductores, se puso a leer sus viejos libros y sintió que "ya no servían, habían envejecido". Acababa de recibir una trágica noticia: junto a un joven suicida, se había encontrado un libro suyo con unas líneas subrayadas antes de dispararse el tiro. Sucedió en Santiago. Allí estaba un ejemplar de *Residencia en la Tierra*. Y en la página, un verso marcado: "Sucede que me canso de ser hombre...". Neruda tuvo miedo. El episodio le recordó el *Werther*, que había leído cuando joven, y la epidemia de suicidios que desató en su época. Se sintió culpable.

Esto le impresionó terriblemente. Hizo pública renuncia de esos libros, y en particular, aunque no lo nombrara, de *Residencia en la Tierra*. Siguió explicando el porqué:

No quise que los viejos dolores llevaran el desaliento a nuevas vidas. No quise que el reflejo de un sistema que pudo inducirme hasta la angustia fuera a depositar en plena edificación de la esperanza el légamo aterrador con que nuestros enemigos comunes ensombrecieron mi propia juventud.

Llegó más lejos. Tampoco quería que se imprimieran de nuevo en América. Se dio el fenómeno insólito de que muchos lectores salieran a defender, contra el propio autor, la parte condenada de la obra.

El poeta vivía en ese momento en medio del turbión. Venía saliendo, a horcajadas de un caballo, de su patria convertida en tumba de sus sueños; había visto por primera vez un mundo distinto, que emergía de las ruinas y de la muerte de decenas de millones de seres humanos. Él se sentía un hombre responsable ante su país y la humanidad. Deseaba ser útil.

Estaba retrospectivamente indignado por las tristezas de su juventud, que le dolían adentro, pero venían desde afuera. Anhelaba que su poesía contribuyera a la alegría de la vida, aportara una cuota a la felicidad humana. ¿Candor inefable? ¿Ingenuidad inadmisibles en un hombre inteligente? ¿Utopía irrealizable de un comunista relativamente nuevo? ¿Fervor revolucionario que lo encandilaba hasta el punto de pedir la guillotina para parte de su producción poética? Quizás. Y tal vez mucho más que todo esto.

En el fondo, el impulso romántico de un hombre que quería el bien del hombre y de un espíritu que, como el sombrío Beethoven, ansiaba que su poesía fuera, si no un sostenido *Himno a la alegría* y un *Hombre, yo os amo*, al menos que se convirtiera en un disolvente del venenoso sublimado corrosivo del pesimismo y de la soledad, de la pobreza y la sensación de vacío como leyes de la vida. En este sentido, Neruda era un antimeridiano de París, el enemigo de la náusea, un ser filosóficamente afirmativo.

Lo decía agresivamente. No se limitaba a reírse de los poetas celestes. Los culpaba duramente:

Qué hicisteis vosotros, gidistas,
intelectualistas, rilkistas,
misterizantes, falsos brujos
existenciales, amapolas
surrealistas encendidas
en una tumba, europeizados
cadáveres de la moda,
pálidas lombrices del queso
capitalista, qué hicisteis
ante el reinado de la angustia,
frente a este oscuro ser humano,
a esta pateada compostura,
a esta cabeza sumergida
en el estiércol, a esta esencia
de ásperas vidas pisoteadas?²⁹

Los sentó en la silla de los acusados, por entregarse a la fuga, vender detritus, buscar cabellos azules, andar tras la "belleza pura", el "sortilegio", a su entender, formas todas de la evasión.

La catilinaria precedente la reservaba a la crema de los "falsos aristócratas de nuestra América" y la que seguía a los explotadores, a los devoradores del continente. Era una poesía quevediana con su befa de los siúuticos, los validos, los abogados del dólar, los diplomáticos que son tontos condecorados, los

políticos de burdel, la Standard Oil Company, la Anaconda Copper Mining, la United Fruit, que fabrican mendigos, matan indios, compran jueces e instalan dictaduras que colman de muertos las plazas. Los "poetas celestes" eran la flor en la solapa de esa fauna.

Lo digo por mi propia experiencia, que es la de muchos o de casi todos sus lectores. Nunca dejé de leer los poemas tachados. Creo que nadie hizo caso, prácticamente hablando, a las órdenes del poeta. Los muchachos siguieron declarándose con versos de los *Veinte poemas*. Y los introvertidos continuaron navegando por las aguas secretas de *Residencia*. Lo hicimos sin perder el respeto por los nobles móviles del poeta. Pero su obra ya no le pertenecía. El lector era soberano para leerla o dejarla de leer, sin que se lo vedara ninguna sugerencia, aunque ésta viniera del autor.

Pasaron algunos años y Neruda recapacitó en silencio. Sus obras completas incluyeron los libros malditos, ¡gracias a Dios! En 1951, Neruda autorizó a su editor de Buenos Aires, Gonzalo Losada, para que reeditara *Veinte poemas*, que los lectores acogieron con entusiasmo. Poco después, ese librito alcanzó una tirada en español de más de un millón de ejemplares. Con el tiempo, en la Unión Soviética se publicó *Residencia en la Tierra* y, virtualmente, toda la obra nerudiana.

Después habló con más calma sobre *Residencia*. Lo leyó como una obra lejana, pero que le pertenecía, que le había salido de las entrañas. "El tono de ese libro —explicó— fue deliberadamente lúgubre, aunque partía de una desesperación existente. En la exageración está naturalmente mi propia concepción de la poesía. Igualmente exageraré en otros libros el tono superabundante de la alegría. Pero la alegría no mata a nadie."

Estaba seguro de que la alegría no hubiera matado a ese joven. "Parece que se trataba de un muchacho inteligente y lleno de vida. Mi libro, impregnado por esa muerte, por esa fatalidad..., eso es cosa seria! Y me dio mucho que pensar. He cambiado esa posición, sin dejar de pensar que un escritor debe tomar en cuenta su responsabilidad no sólo en su vida, sino en sus trabajos."³⁰

Los años reconciliaron a Neruda con la poesía escrita antes de la guerra de España. En varias ocasiones, asistiendo a recitales suyos, lo vi acceder a las peticiones de un público juvenil que le solicitaba con frenesí el Poema 20. Neruda se ponía los anteojos a mitad de nariz y comenzaba a leer con el goce de la nostalgia: "Puedo escribir los versos más tristes esta noche..."

Neruda fue al entierro de Orozco y se sintió mal. Lo atacó una tromboflebitis. Hizo de tripas corazón. Permaneció en el Congreso de Intelectuales hasta el último día y luego se marchó a la cama. Como de costumbre, al cuarto llegaban los amigos. Estaba siempre poblado, como si fuera un salón literario o una taberna al atardecer. Y también, como era de rigor, llegaban mujeres. Un rostro tal vez entrevisto antes, una risa de aguas que se despeñan y unas manos ágiles que comienzan a arreglar la cama del enfermo, a acomodarle la almohada, a sostenerle la cabeza para darle los medicamentos prescritos. ¿Dónde había visto los ojos de esa chilena? Porque esos ojos estaban diciendo: nos hemos visto antes. Le pareció que ella se asociaba a música oída entre los árboles hacía tiempo, pero no tantos años. Cuando ella le sostuvo otra vez la cabeza para darle la píldora antiflebitis, él le preguntó directamente si se habían conocido antes. Sí, se habían conocido en un concierto al aire libre, en el Parque Forestal. Una pareja de amigos comunes los presentaron. Entonces Neruda preguntó a Blanca Hauser quién era su acompañante. Habían pasado tres años, pero ocurrió algo más. Vertiginosamente sucedió lo que suele suceder entre un hombre y una mujer, todo en medio del fragor de la campaña presidencial de 1946. La aventura se sumergió como borrada en el fondo de la memoria del poeta. Ella, egresada del Conservatorio de Santiago, partió en gira, dando recitales de canto por varios países americanos. Ancló en México, donde fundó una escuela de música. Ahora la cantante se iba convirtiendo en enfermera de buena voluntad, la cual nunca había olvidado el fugaz romance del Parque Forestal.

Matilde Urrutia y un Neruda con flebitis entablaron una relación secreta que exacerbó en el poeta la manía de los nombres supuestos. Bautizó a su nuevo amor como Rosario. Alcanzó a introducir este nombre en el *Canto General*. En "Que despierte el leñador" pide paz para su mano derecha, "que sólo quiere escribir Rosario". Incorporó otros poemas al libro que había dejado encargado a Chile. Pero tal vez lo que más alegría le dio fue deslizarse entre sus páginas ese nombre de apariencia inocente. Todo sucedía en un departamento arrendado en el paseo de la Reforma. La convalecencia era larga. Aquella relación firmemente establecida en 1949 duraría veinticuatro años, hasta la muerte del poeta.

Pero sería no conocer a Neruda pensar que el poeta estaba ocioso en su lecho. Comenzaba a escribir puntualmente por la mañana. Metido entre sábanas, desarrollaba iniciativas y empresas en el mundo exterior de índole muy diversa. Celebró la fiesta nacional chilena de 18 de septiembre a través de una recepción de trescientos invitados: el "todo México" más huéspedes extranjeros. La fiesta tuvo una particularidad: el poeta que la ofrecía estaba en cama y seguía todas sus alternativas por teléfono o por control remoto.

Planeaba una edición majestuosa del *Canto General*. Neruda, en esta materia, nunca se quedó en chicas. Constituyó una comisión editora, de la cual formaban parte María Asúnsolo, el ingeniero César Martino, el arquitecto Carlos Obregón Santacilia, el español Wenceslao Roces y los chilenos César Godoy Urrutia y Enrique de los Reyes. Miguel Prieto se encargó de la dirección tipográfica. La lista representaba una combinación de factores: prestancia pública, capacidad de movilización financiera. Neruda quería que los tres titanes del muralismo ilustraran el libro con gualdas. Fallecido Orozco, Diego Rivera y David Alfaro Siqueiros entregaron dos pinturas a la altura del texto.

Neruda agregó poemas casi hasta el último momento. Aún cuando el cierre del *Canto General* está fechado, como se ha dicho, el 5 de febrero de 1949, en diciembre de ese año Neruda escribió un epílogo a la quinta parte, "González Videla, el traidor de Chile", cuyo original escrito a máquina y corregido por el autor conservó su amigo Luis Enrique Délano. En el capítulo XII, "Los ríos del canto", incorporó a última hora un poema escrito ese mismo mes, a Miguel Hernández, asesinado en los presidios de España". Son diferentes. El primero es mordiente, imprecatorio; el segundo tiene un tono de nobleza lírica, pero también maldice, anuncia a los culpables que pagarán con sangre. El poeta siente en la boca el sabor ácido de la pólvora. Los acontecimientos que en esa hora rodean su vida contribuyen a explicar dicho estado de ánimo.

Un día sale de la cama, de la casa y de la ciudad. Hace un fatigoso viaje a Veracruz, donde visita a Gabriela Mistral. En agosto de 1949 Luis Enrique Délano y César Godoy habían ido a visitarla a Xalapa para solicitarle su adhesión al Congreso de la Paz. Délano cuenta que estuvieron con ella veinticuatro horas, de las cuales conversaron veinte. Entregó su adhesión, que junto a la de Neruda y Claudio Arrau encarnaban el trío chileno más universal que se pronunciaba contra el peligro de guerra. Poco tiempo más tarde Gabriela Mistral publicó un artículo que sería famoso: "La palabra maldita". La palabra Paz era para ella ben-

quita. "Digámosla cada día en donde estemos, por donde vayamos, hasta que tome cuerpo y cree una militancia de paz, la cual llene el aire denso y sucio y vaya purificándolo." Neruda no la veía desde España. Después de Lisboa ocupó el cargo de cónsul en Santa Bárbara, California. Más tarde, en Petrópolis. Ella y Pablo Neruda patrocinaron el ingreso de Délano al servicio consular. Gabriela envió a Luis Enrique una tarjeta en que le cuenta que había sido despedida "como una sirvienta" de *El Mercurio*, después de veintitantos años de trabajo. Todo esto se lo repitió a Neruda en Veracruz. Le habló de paso sobre "lo de Estocolmo". Así se refería al Premio Nobel. Y se detuvo más largamente, sollozando, en la muerte de su sobrino, Yin Yin. Hablaba de un asesinato. Pero tal vez fue un suicidio en Brasil, como el de su buen y atormentado Stefan Zweig, que también se quitó la vida en sus proximidades.

De la casa de Gabriela Mistral, Neruda se dirigió al puerto a tomar el barco que lo llevaba de nuevo a Europa. Había venido a México por unos días y se quedó diez meses. Allí se había producido un encuentro determinante para todo el resto de su vida. Tras su amor por la chillaneja *Matildina Silvestre*, "el pájaro ella", "el pájaro yo" *Pablo Insulidae Nigra* cantaba de otra manera. Ella dejó de cantar para dedicarse a esa relación furtiva que se alimentaría cada día de mensajes sigilosos. No tardaría en trasladarse a Europa, viviendo cerca del poeta, que continuaba compartiendo oficialmente el techo conyugal con Delia. El lecho lo compartía con la misteriosa Rosario de la Cerda. Sería una duplicidad que se mantendría por siete años.

111. *Conversación de exiliados*

Es hora de viajes. Ha pasado nuevamente por Guatemala. Vive por un tiempo junto a Jorge Amado, en el castillo de Dobriss, cerca de Praga, acogidos a la hospitalidad de la Unión de Escritores de Checoslovaquia. Ambos amigos conversan sus exilios. El brasileño, que escribe novelas con olor a mulatas y a su Bahía, atraviesa, como Neruda, por el período fervoroso. Ambos tienen el oído puesto para captar cualquier noticia que les venga desde allá lejos. Neruda recibe la mala nueva de la muerte del secretario general del Partido Comunista de Chile, Ricardo Fonseca, uno de cuyos últimos actos fue planear su huida a través de la cordillera. "...Veníamos los dos de las des-

amparadas/ regiones de la Frontera./ —escribe en la reminiscencia— y entre una racha y otra del tiempo tempestuoso/ nos encontramos bajo el mismo techo/ junto al fuego que el hombre ha levantado/ sacándose del pecho.”

En la India se entrevista con Nehru. En ese año de 1950 asiste en Varsovia al II Congreso de Partidarios de la Paz. Recibe el Premio Stalin. Se desplaza por casi toda Europa y va al Asia.

Todo esto lo registra como un corresponsal en viaje en su libro *Las uvas y el viento*. No es una guía turística en verso. Es el descubrimiento de dos continentes mirados con la pupila comprometida. El cronista irá paso a paso, narrándolo todo por orden cronológico. Partirá desde el punto de cierre del *Canto General*. Inaugura el nuevo ciclo contando la travesía de la cordillera a caballo, pisando el humus que no había sido hollado durante mil años, avanzando a duras penas por la selva donde moran los pájaros que no han divisado hombres, atravesada por “los zorros de eléctrica cola”. Hacen un *via crucis* de púas mordedoras, abriéndose camino a hachazos. En cada momento de necesidad lo ayudó otro hombre para que pasara. Por eso llegó, porque otro hombre le tendió la mano.

Así pudo arribar a Florencia, cuyo Arno no es el Orinoco ni las vertientes salvajes de la cordillera. Por eso pudo entrar al Palacio Viejo. Contrasta en Rumania las aguas natales con el Danubio amarillo. Allá, todo tan agreste; aquí, tan pulido, tan herrumbroso de historia, como el viejo puente de Carlos, cerca del Castillo, en Praga. Julius Fučík conversa con él: el radiante Julius.

Terminada la prohibición de decir su nombre, la obligación de ocultarse y de no ver al amigo, anda ahora por la calle retozando diabluras. Visita a Picasso en Vallauris. Lo ve en su taller echando a galopar pequeños centauros. Después va a ver a un hombre de pelo hirsuto en su dacha. Propone: “Si quieres saber algo de jazmines, escríbele una carta...” a Ehrenburg.

El americano errante conversa con Europa. Le pide que no le cierre la puerta.

Mañana temprano se irá al Asia. Después volverá al Báltico. Y suplicará por un país al cual no puede entrar y que le hace falta, que es para él un “elemento visceral profundo”: España. Cantará las cosas de la ancha tierra rusa, el cambio de la Historia, la aventura del otoño en el transiberiano.

Viaja por esa Mongolia que le recuerda el norte grande de Chile, los montes de arena, mientras le sopla la cara el viento del Gobi.

No es que esté mirando el mapa para no dejar un país sin nombrar. Son deudas con la cultura y la libertad. Grecia, la rosa de Praxiteles, las hojas de acanto, donde en aquellos tiempos corría la sangre de su pueblo.

Un día despertó y por la ventana vio Berlín, triturado por el molino de la muerte. Pero también vio a la gente que salía muy temprano por la mañana del infierno a levantar de nuevo de las ruinas un país como si otra vez llegara la primavera.

La suya es poesía polémica, de una claridad sin ambages. En cada ciudad adonde llega lleva dentro de sí la tierra intransferible. El "Cuándo de Chile" es el poema de la identificación. "Pero si llueve en Lota/ sobre mí cae la lluvia [...] Crece en mí el trigo oscuro de Cautín./ Yo tengo una araucaria en Villarrica,/ tengo arena en el Norte Grande,/ tengo una rosa rubia en la provincia..."

Son los años de la guerra de Corea. Todo lo relaciona. "Los que arrasaron antes Nicaragua. Los que robaron Texas. Los que humillaron a Valparaíso. Los que con garra sucia aprietan la garganta de Puerto Rico. A Corea llegaron..."

No se crea que su alineamiento tan claro es unilateral puerilidad. No le gusta la política del imperio, pero se siente unido a los ingleses penetradores de secretos, a ese "Shelley que canta en la lluvia".

"La luz quemada" es una rosa para Vietnam. Pide la paz para esa tierra de héroes desgarrados, entre cuyas lianas y cañaverales se alza un viento de perfume y sepultura.

Hay otro país que ama, donde sólo puede desembarcar subrepticamente: Portugal. Cuando divisa Lisboa desde el mar, "el puerto color de cielo", sospecha que detrás de las ventanas rondan carceleros de luto, olvidada la cítara de oro que dejó Camoens. Quiere preguntar al portugués de la calle: sabes dónde está Álvaro Cunhal?

Para él hay "más de una Francia". A él, que había hecho uso de Rabelais "como de los tomates", una policía muy correcta le ofreció un cigarrillo y lo expulsó del país. De nada le sirvió que él honrara la memoria de Charles d'Orléans ni que Rimbaud viviera clandestino en su casa desde hacía muchos años. Lo arrojaron fuera, a pesar de la condecoración que le impuso el Conde de Dampierre. Eran las gélidas delicias de la Guerra Fría. Sabía que sus amigos franceses sufrían más que él por todo esto. Aragon y Éluard, a quien el poeta casamentero ayudó en México de algún modo a encontrar su último amor: Dominique. No había cerrado *Las uvas y el viento* cuando le llega un telegra-

ma que le aumenta el dolor de Francia: Paul Éluard ha muerto. "Cuántas cosas/ caminan por la tierra y por el tiempo,/ hasta formar un hombre." Después diría: "Fue mi amigo de cada día y pierdo su ternura que era parte de mi pan. Nadie podrá darme ya lo que él lleva porque su fraternidad activa era uno de los preciados lujos de mi vida."

Como otros libros de Neruda, inevitablemente éste tiene páginas dedicadas a la amistad, sentimiento que ejerció toda la vida. Su amor secreto por Matilde no lo supe por Neruda, sino por su amigo Nazim Hikmet, el poeta turco, para el cual me había dado una carta. Este Nazim era un portento. Venía recién saliendo de largas y espantosas prisiones en su país cuando se encontraron, y lo primero que hizo fue regalarle su camisa bordada con hilos de oro. ¡Cuánto había sufrido el nuevo amigo! Procedía de esa tierra "parecida a una cabeza de jumento/ venida al galope del Asia lejana/ para mojarse en el Mediterráneo./ Ese país es el nuestro". Nació en 1902 en Salónica, de una vieja familia de dignatarios otomanos; escribe desde niño, participa en el movimiento revolucionario y en 1921 parte a Moscú, donde se inscribe en la Universidad de los Pueblos del Oriente. Cuando vuelve a Turquía, en 1928, debido a su militancia comunista pasa su vida en la clandestinidad o en prisión. En 1951 sale al exilio. Es el más grande poeta de su país y uno de los más elevados del siglo XX. Neruda quiere que no se olvide su retrato: "Es alto/ como una torre/ levantada en la paz de las praderas/ y arriba/ dos ventanas:/ sus ojos/ con la luz de Turquía."

Esperamos en 1952 nuestro equipaje en el aeropuerto de Pekín. Nazim me pregunta por Rosario. Él ríe ante mi desconcierto, con esa risa que hizo decir a Pablo que cuando ríe Nazim no es como cuando tú ríes.

Ese libro de viajes sólo lo sellaría cuando aquel exilio terminara. El epílogo lo escribiré en Chile. Ha regresado cargado de nuevos racimos, propulsados por el viento. Vio los escombros que dejó la guerra y vio la paz naciendo. Vuelve contento, con ese amor todavía callado. Vuelve contento.

112. *Interludio italiano*

Neruda no escribió un libro llamado *Viaje italiano*. Carecía de majestad apolínea. Aparte de poeta, fue alguna vez senador, embajador y candidato a la Presidencia de la República, pero

nunca ministro de Estado, ni inspector de Minas, ni superintendente de proyectos de riego, y no estaba encargado de supervisar los nuevos uniformes del Ejército. Johann Wolfgang von Goethe hizo todo eso. Era la civilización, la cultura, el arte europeo personificado. Poseía una prestancia de señor, *le physique du roi*. Nuestro viajero de la periferia, Neftalí Ricardo Reyes Basoalto era un plebeyo criollo y desgarrado. Anímica y vestimentariamente rezumaba algo típico latinoamericano. Algunas cosas, sin embargo, podrían acercarlos. Ambos eran poetas. De algún modo ambos fueron políticos. Y creían los dos en el poder del hombre y del poeta. Primero el hombre; luego, el hombre poeta. ¿El que recompondría la leyenda de Fausto no se había preguntado quién sostiene el Olimpo, quién reúne a los dioses? ¿Quién sino el poder del hombre revelado en el poeta? Neruda aceptaba, al decir de Chilam Balam, el papel de poeta como el que es "boca": el que habla por todos.

Llegaron a Italia en la madurez. Goethe, a los treinta y siete años, durante una crisis en la mitad de su vida. Es una fuga enmascarada tratando de huir no del Gran Ducado de Weimar, sino del imperio de Charlotte von Stein. Su crisis era históricamente pequeña comparada con una crisis mayor: la Revolución Francesa estallaría un año después.

Neruda, más tarde, evoca su arribo. "De rumbo en rumbo, en estas andanzas de desterrado, llegué a un país que no conocía entonces y que aprendí a amar intensamente: Italia. En ese país todo me parecía fabuloso. Especialmente la simplicidad italiana: el aceite, el pan y el vino de la naturalidad."³¹ Tiene cuarenta y siete años. Llega también en una hora de reemplazo de sentimientos. Para decirlo en forma ampulosa, en el ojo de la tormenta de una crisis nacional e internacional y, más trivialmente, de una crisis matrimonial, que estallaría accionada por el gatillo de un nuevo amor guardado bajo sigilo y que en Italia se torna desvergonzadamente menos secreto.

A ambos poetas el país les gusta como para quedarse largo tiempo. Goethe se llama a sí mismo "Fugitivo del norte". El "fugitivo del sur" es realmente un perseguido. Había escapado a caballo a través de los Andes, de una cacería de la Guerra Fría. Viene a Italia para encontrar refugio, incluso escondite amoroso. Pero aquí también se topa con la *guerra fría*. Goethe estampará lo suyo en su *Viaje italiano* y en sus cartas. Neruda, sin darle forma de un libro aparte, lo dirá en su poesía, en su correspondencia y finalmente en sus memorias. Si Goethe corrige trabajos inconclusos, da forma definitiva a su *Tasso*, *Egmont*, *Ifigenia*,

para Neruda serán sus obras escritas en Italia *Los versos del capitán* y *Las uvas y el viento*. Sus páginas italianas están dedicadas al amor, a la amistad, un poco a la naturaleza, mucho a la política, vista como vivencia que le sale a campo traviesa. Sus encontronazos con la policía suele contarlos como parte aventurera de la vida y los remira con la pupila del humor. Porque le gustan los gases hilarantes que exhalan los hechos. Sabe reír a mandíbula batiente. Siente simpatía por la gente informal y le atrae el llamado "carácter italiano".

Goethe recuerda que "lo que brilla ha nacido para el instante y lo auténtico permanece intacto para la posteridad". A pesar de ello, de los dos años que vive en Italia, dedica apenas tres horas a Florencia. En cambio, recoge especies botánicas, discute sobre etimología. Neruda observa aquí la naturaleza mediterránea, compara mares (el de Nápoles y el de Chile), vinos y cebollas, estudia el busto de las mujeres, el modo de hablar. *Confieso que he vivido* registra pocas visitas a museos. En Milán lo acompañé a una sola exposición, una muestra de pintura española moderna soberbiamente instalada al frente del hotel, en el Palacio Real. A ratos me sorprende en él su desapego por las ruinas egregias. En Italia le complacía más observar cómo la vida cotidiana se desenvolvía con tanta soltura entre los siglos y los milenios. Sabía que cada uno tiene que vivir su vida y su época. Tenía el poder de la mirada interior del poeta. Así lo contemplaba todo, seleccionando por un proceso en gran parte inconsciente. Admiraba los monumentos, aunque afirma que en la Edad Media le interesa sobremanera la cacería de los unicornios, "deporte místico y estético". El Renacimiento interpretaba su amor por el cuerpo; pero lo intrigaba ante todo el paso del tiempo, y en él, el paso de los hombres, el peso de sus pasiones. Era un gran intruso, un incorregible curioso por saber lo que sucedía dentro de los corazones. Cuando traduce, con sudor frío o caliente, *Romeo y Julieta* (después del esfuerzo, exhausto, confidencia "nunca más me meteré a traducir una obra de Shakespeare"), lo hace seguramente por su arte soberano; pero sobre todo hurgando por dentro en los recovecos del sentimiento. Los sonetos amorosos de Shakespeare "cortados en el ópalo del llanto, en el rubí del amor, en la esmeralda de los celos, en la amatista del luto", figuraban entre sus favoritos. Más de alguna vez lo escuché leer algunos en voz alta.

En Capri recordó por escrito a varios amigos muertos: Augusto D'Halmar, Gerardo Seguel, Muñoz Meany, y a uno todavía vivo. Ése era yo. Me enviaba un prólogo para que fuera

publicado en la segunda edición de mi novela *Hijo del salitre*, que editó Austral en 1952. Allí decía que, junto a nuestro pueblo, habíamos “vivido horas grandes y duras”, lo cual era y siguió siendo verdad mientras él estuvo en este mundo.

Este gustoso entrometido en secretos podía embeberse en la contemplación del Templo de Minerva o del estilo gótico. Lo dominaba un goce sensual por mirar las cosas. Él mismo, se ha dicho varias veces, es, sin duda, un barroco americano del espíritu y de la poesía, como lo es parte apreciable de la literatura del continente. Le seducían las alfarerías negras de Quinchamalí, los tejidos de las bordadoras aldeanas, los amates indígenas mexicanos, las gárgolas y los detalles decorativos, los rosetones de piedra. Están también en su poesía. La antigüedad clásica le resultaba lejana, tal vez porque él pertenecía a un país sin antigüedad histórica y a un continente anticlásico.

Disfrutaba Italia, hasta en los momentos de peligro. Recuérdese su regocijante narración acerca de la escapada en la góndola veneciana. “La policía quería que me fuera de la ciudad donde nació y sufrió Desdémona.” No obra entonces como Casanova, sino como un niño grande y travieso. Gozaba la diablura de surcar el Gran Canal mar afuera en la góndola motorizada de la Alcaldía, mientras la policía lo perseguía a bordo de una embarcación a remo, de esas “pintadas de negro y con adornos de oro que usan los enamorados en Venecia”. Esta vez la góndola del amor, tripulada por las fuerzas del orden gasperiano, era el pato que perseguía a lo lejos, sin esperanza, el delfín marino de la poesía. Escena que se repite con violentas variaciones en un panorama terrestre, cuando baja al andén de Roma, transformada en un campo de Agramante. Un combate entre la literatura, las artes y la policía. Le complacía recordar a cada actor de este recibimiento tempestuoso. Moravia, Guttuso, Carlo Levi, éste entregándole pacíficamente rosas, antes de pintarlo en su taller, mientras “descendía lentamente el crepúsculo romano, se atenuaban los colores como si los gastara el tiempo impaciente”. Para él, “Carlos Levi era un búho con los ojos escrutadores del ave de la noche”. Pero una imagen nunca se le borrará: Elsa Morante golpeando con un paraguas a un policía demasiado diligente.

Estuvo realmente agrado en Milán, Turín y Génova, puerto de donde salieron para Chile algunos miles de emigrantes, entre ellos su gran amigo de toda la vida Solimano, que lo introdujo en las delicias de su cocina vernácula. Antes había leído sus versos en teatros, universidades, salas desbordadas. Era, por lo demás, lo que siempre hacía en sus vueltas por el mundo este

trovador errante. Aquí le mejoraban el tono, la dicción y la curva melódica. Escuché en Milán decir primero sus versos a Neruda y luego a un actor de la casa. A Neruda le gustaba leer su poesía. Ella, sin duda, valía más que su recitado gangoso, el cual, sin embargo, los chilenos a fuerza de costumbre y tal vez de admiración terminaron por encontrar aceptable. Le causaba mucho placer oír sus poemas en los labios de estas comarcas. "Alguien junto a mí repetía la estrofa en italiano supremo, y me gustaba oír versos con ese resplandor que le añadía la lengua magnífica."

Pero la Italia de sus días más felices —cada día feliz tiene su nube, el fuego no arde sin cenizas— es la napolitana y caprese. Razones personalísimas, cosas del ambiente. Bajo la lava fría de sus viejos vesubios apaciguados le tañan de nuevo por dentro las campanas, no de Verona, sino de Capri. En esa isla, como un gran navío inmóvil, adonde llegó con su amada, de noche y en invierno, en el próximo amanecer divisa, como a través de un vitral, la costa traspasada por el sol naciente, y después, los crepúsculos como brasas. Es el escenario del encuentro. Todo esto se evocó hace algunos años junto a Matilde, en el mismo lugar de los sucesos, en el ámbito napolitano o mirando el paisaje, las rocas de Capri, donde una inscripción sobre la piedra viva, junto al mar, deja constancia del regreso casi treinta años después.

Así, sin Pablo, pero con Matilde, nos detuvimos con ojos grandes frente al *bungalow* blanco sobre los acantilados que puso Erwin Cerio a disposición de los amantes de Capri. Representó para ellos, según palabras del poeta, "el ancho, generoso y perfumado corazón de Italia". Pudimos verlo sólo por fuera. Sus ocupantes no querían rememoraciones sentimentales ni celebraciones literarias.

Neruda nunca vio Italia como una colección de tarjetas postales. No la consideró un telón de ópera. Apostado en la quilla de ese barco —donde vivía el sueño y la creación—, descubría en Capri "sus dos caras bien bruñidas y delineadas: una de pobres, cocheros, pescadores, marineros, viñateros, vendedores de aceitunas". La otra, la del supuesto decadentismo, donde "ocurren todas las novelescas perversidades que se leen en los libros", era para él un fantasma, el lado inasible. "Yo participé —decía— de una vida feliz en plena soledad o entre la gente más feliz del mundo. Tiempo inolvidable. Trabajaba toda la mañana y por la tarde Matilde dactilografiaba mis poemas. Allí —subrayaba con un matiz de crítica a la crítica— escribí gran parte de uno de mis libros más desconocidos, *Las uvas y el viento*." Y allí llegaba de Nápoles, junto a Sarah, el fogoso, elocuen-

te y energético Mario Alicata, con el cual se empeña a fondo en un torneo apostando a quién prepara mejor la cebolla. Es un choque homérico culinario de culturas y civilizaciones fenicias, etruscas, levantinas, romanas, contra el sentido primitivo del sabor de habitantes de las Indias Occidentales, vecinos del austro salvaje que colinda con los confines antárticos. Era el júbilo intelectual de la cocina, al que se entregan con tan epicúreo deleite muchos hombres de letras desde antes de Rabelais hasta después de Günther Grass. Es el orgullo de crear una obra de arte consumible. No es "La cocina futurista" de Marinetti, con platos elucubrados por la divagación intencionada. Aquí reina el gusto carnal y papilar de los sentidos, la degustación pánica, la lectura poética de los elementos comestibles de la naturaleza, trabajados como una música lúdica con acentos suaves o agudos, picantes, voluptuosos, arrancados por la mano de una mujer o la imaginación jugosa de los poetas.

Escribió allí un libro que se publicó luego en Nápoles en forma anónima: *Los versos del capitán*. No es un libro blanco ni celeste. Es un libro dramático y sensual en el que la pornografía está cuidadosamente evitada. No obstante, en sus páginas flota el sexo y se huele a mar, con una trama de deseos e infernales dudas, la pasión devoradora de los cuarenta y tantos años. Todo se trasvasija a la letra de un texto que nace autoprohibido. La escritura no tiene censura. Pero el autor pone una máscara sobre su rostro. En la frente oculta se lee la palabra "anónimo". Ese anónimo lo volvió un mito conflictivo. Sospechas vehementes, porque los gritos de la carne denunciaban la identidad escondida. Allí estaba Neruda como el motor secreto, decía algún crítico felino y orgulloso de su perspicacia. Una sensación de tragedia *ad portas* solía estremecernos. Lo peor es que había entre los pretenciosos descubridores eruditos desentrañadores de estilo asaz indiscretos, que lo proclamaban a viva voz delante de la mujer por la cual el libro se había publicado sin el nombre del padre.

Descubrí esa primera edición clandestina una noche de 1952, en Praga, en casa de Alfredo Varela. Es decir, me la descubrió el dueño de casa, quien me entregó para leerlo antes de dormir, uno de los ejemplares subrepticios —hoy joyas y rarezas bibliográficas— con ilustraciones de Paolo Ricci, tipos Bodoni y grabados de vasos pompeyanos. Me lo alargó no como quien procura a su huésped desvelado un somnífero, sino como quien adentra a un amigo en un dominio misterioso, para que sueñe entre los bordes de la tierra y del cielo, embalado entre luz y

sombra, donde se insinúa la silueta facial, el retrato oscurecido por voluntad del poeta. No quería éste mostrar la cara, pero deja ingenuamente descubierta el alma, sólo tapada por un disfraz aleatorio y efímero, que pronto caerá bajo el impacto de la sexualidad y la ternura, bajo la avalancha de las líneas arrebatadas que escribió la mano de un hombre inconfundible. ¿El motivo del imposible anonimato? Uno solo: no herir a Delia.

Delante de ella, un atardecer de trópico, en Goiania, cerca de donde comenzaría a levantarse como un desafío a la magnitud del espacio verde una ciudad que estaba entonces aún en la cabeza de Oscar Niemayer, todavía no dibujada en el papel de los urbanistas y que se llamaría Brasilia, mientras las telas rojas de las muchachas giraban sus torsos ondulantes alrededor del poeta, lo escuché querrellarse violentamente con el interlocutor que se jactaba con un "A mí no me engañas, tú eres el autor", mientras el rostro de Delia, a pesar de que simulaba un aire de ausencia, era la imagen de la mujer sola y postrada, que se cubría de sombra como un gran manto de tragedia. La escena sigue encerrando en mí el reflejo de la delicadeza nerudiana. No quería torturar a esa mujer veinte años mayor.



el 31 de 1972

esperaremos
juntos el 1 de

1973

en La Sebastiana,

Valparaíso

 reservar!
H. H. H.

Esos años de vida doble eran desgastadores. Matilde tenía que hacer viajes paralelos junto a la pareja Pablo-Delia para encontrarse con él en la sombra. Así fue en México, en Bahía. Pablo era un amante que no traicionaba su condición de escritor. Pues cada día le enviaba poemas de amor, a veces escritos en papeliitos y en servilletas, que llenaba con algunos versos rápidos mientras comía con otras personas. Capri fue el lugar donde por primera vez vivieron juntos. Ella guardaba en una caja de madera con incrustaciones de nácar los originales de *Los versos del capitán*. No los escribió sentado junto a su escritorio. Aprovechaba las sesiones de los congresos a que concurría, los viajes en ferrocarril o la mesa de un café, en París.

Eran tiempos de disimulo. Se dicen mentiras parecidas a la verdad, pero con coartadas y falsos datos geográficos. El origen de ese amor se sitúa en la frontera franco-española.

Ella antes había hecho en Perú una película, de la cual se ríe por no sonrojarse. Luego se dedicó a cantar por radio en Buenos Aires y en México.

En 1952 pintó un retrato de ella Diego Rivera. Es una mujer con dos cabezas. Una que mira de frente, otra de perfil. Matilde Urrutia y Rosario de la Cerda (De la Cerda es su segundo apellido). Neruda, cuando me lleva a la Chascona, la casa que ha construido para Matilde en Santiago al pie del cerro San Cristóbal, me hace mirar el retrato y me pregunta: "¿Qué ves?". Me quedo callado, mirando. Sumergido en la frondosa cabellera, veo aparecer el perfil aguzado del poeta, el amante oculto.

Desde Capri la pareja hace viajes frecuentes a Nápoles. Coincidencia feliz: el cónsul de Chile se llama Gabriela Mistral. Los acoge con los brazos abiertos. Les ofrece su casa. Lo hace jugando el puesto, porque todas las embajadas y consulados han recibido una circular del Ministerio de Relaciones Exteriores conminándolos a cerrar la puerta al prófugo Pablo Neruda. Gabriela ríe, un poco turbada. Escribe a una amiga: "Me prohibieron desde allá recibir a Neruda. Qué poco me conocen. Me hubiera muerto cerrándole la puerta de mi casa al amigo, al más grande poeta de habla hispana y, por último, a un chileno perseguido. Yo fui perseguida y cómo. También fui echada de diarios y revistas. Y lo serán muchos otros. No olvide nunca esto. Hay que transmitir la integridad del alma y decir con valentía lo que brota del corazón..."

El poeta sembraba a veces la confusión. Ocultaba entonces por largas semanas o meses su paradero y daba pistas falsas. Nosotros, en Chile, vivíamos preocupados por nuestro ilustre perseguido. Habíamos recibido voces sobre su inminente regreso al país. Y debíamos todos cuidarlo para evitar su captura. Nada mejor que una protección de masas. Unos “¡No toquen a Neruda!” con tiza blanca y pintura negra asomaban como *grafitti* en los muros de Santiago. Una mañana de domingo estoy hablando en el teatro máximo de Santiago, el Caupolicán. Un compañero se me acerca para que inserte la lectura de un papel en el discurso. Es una cita. La leo lentamente ante ese público de siete mil personas: “Pablo Neruda llega hoy a las dos de la tarde al aeropuerto de Los Cerrillos y todos deben ir a esperarlo para evitar la intervención de la policía”. Ese texto se escuchaba como un deber religioso. Nadie fallará al compromiso. Y nadie quiere escuchar nada más. El mitin se levanta y la muchedumbre marcha, enfervorizada, hacia el aeropuerto.

¡Neruda no llega! ¿Ha sido raptado por los tortuosos caminos de un continente sudamericano poblado de dictaduras? ¿O llegó a Chile y está preso, a pesar de que, tras esfuerzos de tres años y meses, había sido revocada la orden de detención? Hacemos mil gestiones. Nos vamos a casa de su amigo Carlos Vasallo, quien luego sería Embajador del Gobierno de Salvador Allende en Italia, para intentar la conversación telefónica, en un tiempo en que hablar a tan larga distancia no era tan simple como ahora, ni se soñaba con el milagro de la comunicación automática. Esperas angustiosas. No. No está en Italia. ¿Dónde está? No sabemos. Salió para Suiza. Llamados a Ginebra. Conversamos con el poeta español Herrera Petere. Sí. Se hospedó aquí, pero partió para Francia. Le perdimos la pista. No se excluían todos los temores iniciales. Un día supimos que el poeta había anclado por unos días en Montevideo, en casa de sus amigos Mantaras. Cuando fue recibido en Santiago, el 12 de agosto, no le dije nada sobre el extraño asunto. Después, varias veces, a través de los años, le pregunté: “¿Qué pasó, Pablo?”. Ponía cara de inocente despistado. Le conté con pelos y señales lo que había sucedido, la plancha, incluso el ridículo multitudinario ante un Caupolicán repleto. Él, tan bueno para la risa, ni siquiera se sonrió. Se puso serio. Me tomó tiempo entender lo sucedido. ¿Necesitaba mantener el secreto del capitán que viajaba en un barco italiano con Rosario de la Cerda a Sudamérica, sugiriendo itinerarios engañosos, dignos de un servicio de desinformación amorosa? No sé si la destinataria de la estratagema lo creía, pero nosotros, sí, a pie juntillas.

Astucias del poeta y del corazón, complementarias de la reserva sobre la paternidad de una obra fraguada durante los años de la Guerra Fría, de ardientes pasiones, y que dejaba de escribir sólo por las tardes, cuando las alturas de Anacapri se teñían de morado.

114. *Poligamia y desinformación*

Todo el mundo pedía el regreso de Neruda, menos algunos. Hubo un documento que sintetizó esa casi unanimidad. Lo suscribieron, proclamando su derecho al retorno, unos pocos nombres, pero que bastaban para representar a la enorme mayoría. Firmaban por orden alfabético el novelista Eduardo Barrios; el dirigente democratacristiano Eduardo Frei; Carlos Ibáñez, que en septiembre de ese año sería elegido Presidente de la República; el catedrático y escritor socialista Eugenio González; Gabriela Mistral; el historiador Francisco Encina y el político radical Marcial Mora.

A esta declaración, el diario oficial replicó, presa de santo furor. González Videla había dado órdenes de execrar sin miramientos dicha solicitud. El autor del brulote no se atrevió a firmar con su nombre, ocultándose bajo el equivocado seudónimo de "Historiador". El 30 de marzo el diario de Gobierno publicó en su página editorial un artículo titulado "El caso Neruda". Nadie podrá decir que esa invectiva sea una obra de arte. El autor dice que tiene que violentarse para escribir sobre asunto tan desagradable, ocupándose de "la campaña que el comunismo internacional ha desatado en el país en torno al regreso del dirigente de dicha secta, Pablo Neruda". ¡Misericordia! Repugna a su espíritu tratar esta materia, porque "...existe una justicia inmanente que jamás deja de castigar a quien ha delinquido, a quien ha injuriado o a aquel que ha calumniado con pertinacia y villanía". El Komintern ha trazado esta campaña y "la ha iniciado con una proclama que firman, entre otros, un miembro del Partido Liberal, ex diputado del 1800 y tantos, y actual historiador, don Francisco Antonio Encina; el redactor de *El Mercurio* y dirigente de la campaña presidencial del señor Ibáñez del Campo, don Eduardo Barrios, y la poetisa Gabriela Mistral". El trato a los firmantes no brilla por lo respetuoso. Además, quieren convencer al país de que el "señor Neruda es un perseguido político..., y eso es falso. El señor Pablo Neruda tenía en los tribunales de justicia chilenos dos procesos incoados

en su contra: uno por injurias y calumnias con publicidad, que se le seguía de acuerdo con las disposiciones del decreto-ley 425 y el Código Penal, y otro por bigamia...". Según el auto-designado "Historiador", el primer proceso no preocupaba hondamente al señor Neruda, sino el segundo. El señor Neruda le sacaba el cuerpo a las notificaciones por bigamia entabladas, por su primera mujer, "una ciudadana holandesa a quien abandonó en Java y a quien negó en Chile los alimentos a que tenía derecho".

González Videla, personalmente, pero con dinero del fisco, hizo traer de Holanda a Maruca Aгенаar. Llegó ella a un mundo que no conocía realmente, el mundo de la manipulación, prometiéndole dineros fabulosos. El Presidente le puso un abogado, que la trató como si fuera una autómatas. Ella se sintió atrapada en las ruedas de un mecanismo desconocido y monstruoso, metida en una trampa kafkiana, completamente desconcertada, y fuera de sí. Manejada como un zombie, no sabe bien lo que la obligan a hacer ni por dónde anda.

Además —agrega "Historiador"—, los que claman por la vuelta de Neruda no piden perdón, sino que exigen "un acto de desagravio". ¡Inconcebible soberbia! Salen a bailar declaraciones de Neruda en México y en París. "Si todo esto no fuera injurioso para la patria que tuvo la triste suerte de haberlo visto nacer, sería atrozmente ridículo y risible porque todos saben la vida regalada y de "pachá" árabe que el poeta-político, ha llevado siempre en Chile y en el extranjero gracias a las subidas cuotas que se extraían del bolsillo de los obreros sometidos al sovietismo internacional."

"Historiador", tan objetivo, tiene un motivo de tristeza más. Se siente abandonado. Sólo un órgano ultraconservador, *El Diario Ilustrado*, lo acompaña en su cruzada. Y sólo un político tradicionalista, el diputado Luis Valdés, ha amenazado que cuando Neruda llegue a Chile pediría a los tribunales que lo condenen por "injurias a la patria". Éste es su único consuelo.

Neruda prepara su regreso y dirige mensajes anticipatorios. Vuelve lentamente en barco, acompañado por Matilde. Esto lo obliga al juego de las equivocaciones. Anuncia trayectos inexactos para que nadie pueda confirmar su paradero, hasta el momento en que él lo estime necesario.

Desde una vaga "costa de África, en viaje de regreso a Chile" el 27 de julio de 1952 manda un mensaje público: "Regreso a mi Patria llamado por mi pueblo. Estaré en Chile a mediados de agosto." Es un recado político. Agrega: "Tenemos mucho que

hacer los chilenos". Contestando sin nombrar a ese "Historiador" de marras, declara: "Consagré mi vida a defender el honor de Chile".

Aquel 26 de julio, en que a través de mi voz se pidió en el Caupolicán que todos los asistentes fueran a esperar a Neruda, se postergó para el 12 de agosto. Ese día, una anciana obrera le entregó un ramo de flores secas, que estaban frescas y vivas cuando fue a Los Cerrillos a esperarlo por primera vez y él no llegó. Aquel martes bajó del avión acompañado por Astolfo Tapia, Carlos Vicuña Fuentes y Sergio Insunza, que habían ido a esperarlo a Montevideo. Los tres formaban un Comité que lo recibía antes de llegar al país; pero también constituían su guardia de *corps*, porque se temía cualquier represalia por parte del régimen.

Cuando la gente lo vio, comenzó a cantar la Canción Nacional.

Según la legalidad del sistema, Neruda podía haber sido detenido en Los Cerrillos porque estaba declarado reo en rebeldía. No pasó nada. Y los funcionarios aduaneros abrieron por fórmula las maletas. Al día siguiente, *El Mercurio* dejó de llamarlo Neftalí Reyes para darle el nombre de Pablo Neruda, ya legalizado.

Había buen sol cuando acompañé a Salvador Allende, entonces candidato presidencial del Frente del Pueblo, del cual yo era uno de los secretarios generales, hasta la oficina del teléfono de Quillota. Allí Allende dio la bienvenida al poeta. Después yo hice otro tanto.

Al día siguiente hubo un mitin en la Plaza Bulnes, en bienvenida a Neruda. En su discurso llamó a los chilenos, separados ante la proximidad de las elecciones, a trabajar por la paz del mundo y por la felicidad de la patria.

Una alegre romería llegó a su casa de Los Guindos. Dos carabinieri de punto anotaban el número de patente de los automóviles que se detenían ante la puerta.

Neruda dijo a su gran amiga Lenka Franulic, que fue a entrevistarlo para la revista *Ercilla*, que las luchas en el país no debían ser consideradas sólo electorales. Daría, naturalmente, su apoyo a Allende, pero esa campaña era un momento de una contienda más larga. "Soy un comunista chileno disciplinado —dijo—. He llegado sin condiciones, porque ha habido en mi regreso una lucha triunfante que se inició en el momento en que yo salí. La historia es la ciencia del pasado, pero la política no es la historia. Es la creación de nuevas fuentes vitales para

asegurar el cumplimiento de las esperanzas del pueblo. Si estamos vueltos hacia atrás no podríamos avanzar. Eso no quiere decir que olvidemos las cosas.”

115. *Bienvenidas en la casa*

Ese día de agosto, cuando entró a su casa de Michoacán, después de cuatro años de forzado trotamundos, acompañado por Delia, que lo había precedido en la llegada varios meses antes, los que parecían más contentos eran sus dos perros, Calbuco y Kuthaka. Vieron de súbito a este hombre corpulento que entraba con un sobretodo claro y un sombrero oscuro de alas anchas, según la moda de la época, y el largo Calbuco se paró poniéndole las dos patas sobre los hombros, como si quisiera abrazarlo. El pequeño Kuthaka dio varias vueltas en torno a su amo, bailando y luego oliéndolo, para confirmar su redescubrimiento. Una vez que estuvo seguro, le lamió la mano.

Penetró Neruda en la casa y entró al parque semiabandonado. Al día siguiente no se aguantó y escribió un artículo, “El olor del regreso”. Lo olfateaba y saboreaba. En el jardín sin dueño habían crecido verdaderos matorrales, de los cuales emanaban desconocidas fragancias. Había plantado un álamo niño, que ahora era adulto. Le costó más tiempo hacerse reconocer por los castaños. Un día, un brote verde en lo alto lo saludó movido por el viento. En la biblioteca encontró las postrimerías del invierno. Cree que fue la que más sintió su ausencia. Los libros encerrados son como cuerpos enterrados, despiden una sensación de olvido. La biblioteca se ha desordenado. Junto a una edición del siglo XVIII de Bacon descubre *La capitana del “Yucatán”*, de Salgari. Los que lo recibieron más calladamente fueron los caracoles. Trae el recién llegado nuevos habitantes a la casa. Saca una mujer llamada “María Celeste”, un mascarón de proa comprado en un arrabal parisiense. Por estimarlas excesivamente literarias no atendía las rosas. Pero ellas ahora están en todos los rincones de la casa, esparciendo sus pálidos perfumes o encendidos relámpagos con una seriedad profesional que sólo cede a un olor de provincia agreste que parece dominarlo todo, porque viniendo de su propia casa lo envolvió desde su juventud. Es el aroma de la madre selva. Son los primeros besos furtivos de la primavera que está golpeando la puerta.

Habló largamente con Lenka de esas sensaciones del retorno.

Ella se despidió para volver. Fueron muy amigos. Nueve años después, ella, efectivamente, dijo adiós.

—Me puse corbata negra para despedirte, Lenka.

—Qué tonto eres, sácatela.

—Lloramos anoche, recordándote, Lenka.

—Qué locura! Recuerda mejor cuando nos reíamos juntos.

—Y qué puedo decirte, Lenka!

—Cuéntame un cuento, y cállate.

Había en esa relación afinidades de espíritu muy profundas, pero también reconocimiento de Neruda hacia una mujer valerosa.

Recuerdo cuando me perseguían a mí y a todo el pueblo y se vivía un carnaval de enmascarados, tú sostenías la pureza de tu rostro blanco, tu casco de oro levantando la dignidad de la palabra escrita. Otros falsos maestros de periodismo indicaban como mastines la pista de mi poesía, cumplían su destino de bufones y de delatores, mientras que tú encarnabas la transparencia de la verdad, de tu verdad sin ilusiones, pero sin traiciones.

—Ya te estás pasando en mi elogio, Pablo, te desconozco.

—Perdóname, Lenka, si sigo siendo demasiado humano. Tú eres ahora aún más bella, eres una hoja de cristal con ojos azules, alta y resplandeciente, que tal vez no volverá a repetir su espuma de oro y nieve en nuestra pobre arena.³²

Neruda se incorporó casi de inmediato a la primera campaña presidencial de Salvador Allende, en la Playa Blanca, bordeada de pinos, que le llevó de nuevo a Puerto Saavedra. Lota fue el escenario de ese primer reencuentro con los mineros que, como él, buscaban por dentro. El poeta les dio la cuenta de su exilio. "Es ancho el mar, es ancha la tierra —comenzó diciendo—, pero la he recorrido dos veces." Parecía a ratos que el orador no volvería a ver a esos mineros. También quería darles las gracias: "Mi regreso se lo debo yo a mi pueblo. No se lo debo a ningún accidente gratuito del Gobierno."

116. *Se reúnen los intelectuales*

Neruda sabía pensar y proyectar en grande. Su idea era un encuentro de intelectuales americanos. Se comunicó con tres figuras de la cultura continental que poseían autoridad suficiente

para convocarlos: Gabriela Mistral, Baldomero Sanín Cano, Joaquín García Monge. En julio de 1952 apareció el llamado. Era corto y contenía cierto soplo de advertencia. La conciencia universal vivía tiempos de inquietud y angustia, decían. La responsabilidad humana concernía a todos, incluso a los escritores, artistas, hombres de ciencia y de cultura; los trabajadores intelectuales, en una palabra. ¿Por qué no juntarse en una cita de hombres y mujeres de todas las tendencias y producir un contacto para contribuir a las mejores causas americanas? Bien: que se lancen sobre la mesa opiniones y criterios. Esa reunión sería provechosa no sólo para los intelectuales, sino también para los pueblos.

El llamado encontró eco desde Canadá hasta Argentina y Chile. Las adhesiones empezaron a surgir. Por ejemplo, en Brasil lo suscribieron el arquitecto Oscar Niemayer, el pintor Cándido Portinari, el poeta Vinicius de Moraes y el novelista Jorge Amado, que se trasladó a Santiago para convertirse en un organizador de la reunión.

El Congreso Continental de la Cultura se celebró a fines de marzo y principios de abril de 1953. El Gobierno de Carlos Ibáñez le opuso muchas dificultades. Retardó visas y amenazó con prohibirlo. La máquina internacional de siempre orquestó sus cañones y descargó su clásica artillería. El 26 de abril en el conservador *Diario Ilustrado*, se publicó a varias columnas una caricatura del dibujante Coke, bajo el título "Trampa para zorzales". Bajo la tapa de un cajón etiquetado "Congreso de la Cultura" aparecía el pato Neruda llamando a los pájaros desprevenidos. No tenía nada de graciosa, pero representaba la aversión contra iniciativas de esta naturaleza.

Nunca ninguna reunión de intelectuales en Chile consiguió, sin embargo, tanto éxito, y sumar a tantas personalidades célebres de la cultura americana. La inauguración se hizo un domingo por la mañana en el Teatro Municipal de Santiago. Fui el secretario general de ese Congreso. Por tanto, conocí su proscenio y sus bambalinas. Santiago se convirtió durante esos días en una especie de meridiano cultural.

Un viejo tolstoyano, el novelista Fernando Santiván, abrió la reunión preguntándose si "¿son las naciones de América enteramente libres económica y espiritualmente?". Había que deshacer una leyenda: los intelectuales que viven como incorregibles lobos solitarios, al margen de las necesidades de sus pueblos y países. Aquella reunión sin precedentes sentaba, a su juicio, un principio de solidaridad. Un encuentro así se hacía por primera

vez entre nosotros. Y no sólo era un contacto de personas, sino de culturas, que, siendo diversas, tienen una unidad básica. América Latina no puede ser un conglomerado informe e inestable. Está compuesta de naciones que han avanzado por el camino de su formación histórica como unidades humanas cuyos elementos, en esta reunión, están interpretados por los intelectuales. Cada delegación transmitirá —sostuvo— la fisonomía de la cultura espiritual de su pueblo. Encuentro sin misterios ni puertas cerradas. Su naturaleza es constructiva. Ese Congreso es sólo un punto de partida.

Por las noches el Teatro Municipal, que es en Santiago el escenario de la ópera y el drama, una imitación de sus ilustres colegas europeos, donde cantaron, en medio de estolas de visón, Caruso y Chaliapin, donde bailó la Pavlova y actuó Sarah Bernhardt, se repletaba, ante el anuncio de los nuevos "cantantes". El más desconcertante y sensacional fue Diego Rivera. Con su corchón de gigante y su faz antediluviana trazó una historia fantástica de sus frescos, de su querrela con Rockefeller cuando pintó en el mural encargado por éste la cabeza de Lenin. El auditorio iba de sorpresa en sorpresa, que llegó al clímax al confidenciar al público que era hermano del mariscal Rommel. Su padre —contó— tuvo amores, en la época cronológicamente correspondiente, con la esposa del embajador alemán en México. Por eso Rommel salió moreno. Después de hablar de su romance con María Félix, como subrayando su pasión, añadió que había probado la carne humana y tenía buen sabor. La gente, envuelta en la atmósfera de la alucinación, daba por sentado que esta especie de pintor Polifemo estaba narrando su propia verdad. Al fin y al cabo, sus prodigiosos relatos pertenecían al delirio y a la brujería de nuestra América y eran un anticipo de lo que se llamaría más tarde el "realismo mágico".

Neruda, en el Congreso, empezó citando a su barbudo padre norteamericano, Walt Whitman, sosteniendo que "aunque parezca extraño, la suprema prueba de una raza es su propia poesía". Habló allí de las condiciones en que se produjo la génesis del *Canto General* y detalló el combate que en su poesía libran oscuridad y claridad. A su entender, los poetas de nuestras tierras escriben para un continente en que todo está haciéndose y ellos quieren hacer todo. La gente latinoamericana está recién aprendiendo profesiones, artesanías, artes y oficios. O los está recobrando. Porque la conquista exterminó a los viejos picapedreros y ceramistas.

Hay que empezar de nuevo desde el principio, comenzando por aprender a leer. Se escribe para esta gente. Contó que en un país de Europa la traducción de un verso de su poema "Que despierte el leñador" suscitó una afiebrada controversia, aquél que hablaba de "las campanas recién compradas." Sonaban extrañas al oído europeo estas campanas. Tuvo que explicar que hablaba de los pueblos del sur donde había vivido su infancia, recién fundados, donde todo era nuevo, incluso las campanas. El traductor interrogó a los españoles —que tenía a mano— para que le descifrasen este enigma. Cavilaron, porque en su país las campanas se compraron hace siglos.

Nosotros —agregó Neruda— escribimos para pueblos que ahora están comprando campanas. Es una tierra donde antes que llegara la escritura y la imprenta había poesía. La poesía es como el pan que comen letrados e iletrados. Recordó que un joven crítico uruguayo lo había encontrado parecido a un poeta venezolano: Andrés Bello. Cuando se lo dijo, rió de buenas ganas. Después llegó a la conclusión que Andrés Bello empezó a escribir antes el *Canto General*.

Allí declaró que su poesía perseguía, entre otros propósitos, contribuir a descubrir América. Y también al descubrirla, recobrarla. Para lograr ese empeño tenía que hablar con sencillez. América debe ser nitidez.

Aquel día Neruda hizo una confesión personal: le costó mucho salir de la oscuridad a la claridad, porque la oscuridad en la palabra ha pasado a ser un privilegio de casta literaria y los prejuicios de clase estiman plebeyo el canto sencillo, la expresión popular. Algunos piensan que hablar oscuro es una muestra de superioridad. De allí el fetichismo del desarraigo, del irrealismo, de lo que Neruda llamó la *contrapatria*. Es una continuación de la distancia entre el esplendor señorial y el gris oscuro de los siervos de la gleba proyectado al campo de la poesía.

El discurso de Neruda fue un alegato y un elogio de la claridad y estaba vinculado a un nuevo ciclo de la obra que comenzaba a escribir: las *Odas elementales*. No estaba contento con lo que había avanzado por esa vía. "Me propongo ser más sencillo, cada día, en mis nuevos cantos." Naturalmente, el camino del poeta está siempre empedrado de dudas. ¿Nombrará a los héroes y a los criminales a los pequeños villanos? Resolvió hacerlo. Se aventuraría resueltamente por los caminos de la crónica o del memorial, cosa que veinte años antes le hubiera horrorizado. Se atrevió a hacerlo porque lo juzgó necesario y estaba convencido de que "no hay material antipoético si se trata de nuestras realidades". Había que cantar no sólo la flora, los

rios y los volcanes. Y hacerlo rápido, porque "somos cronistas de un nacimiento retardado".

En aquella ocasión habló del libro que había escrito después del *Canto General*, uno en que hablaba de la nueva Europa. Quería que dicha obra fuera su contribución a la paz. Espiaba en él los mejores hechos de la Europa Oriental y Occidental. En ese sentido, la reunión en que hablaba era una obra de paz.

Eché de menos a su amigo de cabello plateado y arremolinado, Ilya Ehrenburg, quien así como otros soviéticos no pudo venir porque las autoridades no permitieron su entrada. Neruda sostuvo que sin ellos a la reunión le faltaba un elemento profundo. Lo que más admiraba en la tierra soviética era su dedicación a la cultura. Soñaba que en fecha próxima se encontrarían en América Latina intelectuales venidos de la Unión Soviética y de Estados Unidos. Recordó de nuevo a su maestro Walt Whitman, quien dijo el 20 de diciembre de 1881: "Vosotros, rusos, y nosotros, americanos, nuestros países tan distantes, tan diferentes en condiciones sociales y políticas [...] y, sin embargo, en ciertos rasgos, y muy vastos, tan parecidos uno a otro. El informe y nebuloso estado de muchas cosas, que aún no están permanentemente fijadas, pero están de acuerdo en ser la preparación de un futuro infinitamente más grande [...] son en verdad características que vosotros rusos y nosotros americanos poseemos en común".

Sucedieron muchas cosas tras las candilejas. Diego Rivera partió para México acompañado por una joven periodista uruguaya. Nicolás Guillén era el rey de la calle santiaguina. Jorge Amado, seguía trabajando en la penumbra de la organización. En su intervención al Congreso había dicho que "somos diferentes unos de otros en mil cosas y nos encontramos juntos". El novelista era famoso en Brasil, conocido en Argentina y casi desconocido en Chile. No había llegado todavía a escribir el libro boom, *Doña Flor y sus dos maridos*. Neruda admiraba la laboriosidad infatigable de Amado y quería que los intelectuales y el público chileno hicieran justicia a su gran contribución al Congreso. La oportunidad la daría la despedida a los delegados extranjeros en el restaurante La Bahía. Amado hizo un discurso exacto, que fue aplaudido con respeto. Habló después Nicolás Guillén. Anunció que su tristeza ante la partida de Chile era tanta que necesitaba un pañuelo de siete millones de kilómetros cuadrados para enjugar sus lágrimas. Un pañuelo verde. Este pañuelo era Brasil adonde partía al día siguiente junto con

Amado y su mujer estupenda, Zelia Gattai. Una vez más Guillén se robó la película.

117. *Alegrías y tristezas del pájaro sofré*

Ese Congreso Continental de la Cultura en Santiago va a tener crías en el continente. Poco tiempo después los brasileños invitan a una delegación chilena, encabezada por Neruda, a participar en el I Congreso de la Cultura de su país que se celebra no en Río de Janeiro, ni en Sao Paulo, sino en Goiania, conforme a esa voluntad de exaltar el centro geográfico del país para ir terminando con la historia de Brasil como un país litoral. Es el designio que lleva a uno de los organizadores de la reunión, el arquitecto Oscar Niemayer, a trabajar en los planos de un sueño desmesurado: levantar en el mismo Estado de Goyaz una nueva capital, que se llamaría Brasilia.

Fue un viaje por etapas. En Río nos recibió un Jorge Amado que no se daba reposo. Nos condujo al más fastuoso hotel de Copacabana, frecuentado por millonarios norteamericanos y actrices de Hollywood. ¡Maldición! Vivíamos tratando de esquivar a los mozos mal acostumbrados a que cada paso significara una propina principesca. Salimos pronto del palacio de las dificultades. El viaje hasta Goiania podría inscribirse en los aventurosos anales de la infancia del aeroplano. Abordamos un avión de carga, que comprendía hasta caballos como pasajeros. Caleteaba en cada pueblo, volaba bajo, tenía que enfrentar las tormentas.

Al final del día, con un suspiro de alivio, bajamos del peligroso cielo a tierra firme. Goiania es una ciudad provinciana del interior, con cierto colonial colorido portugués y una sensación de trópico fresco y tranquilo. Allí estaban los intelectuales brasileños de entonces. Entre otros, el cineasta Alberto Cavalcanti; el presidente del Instituto de Arquitectos del Brasil, Milton Roberto; el escritor Orígenes Lessa, que había participado en la reunión de Santiago; el escritor Alfonso Schmidt; el pintor Werneck; el compositor Edino Krieger; tantos otros.

En la delegación chilena, aparte de Pablo y Delia, iban el político y escritor chileno Baltazar Castro, el novelista Joaquín Gutiérrez, nacido en Costa Rica; el autor de este libro y la folclorista Margot Loyola, que causó estragos con su coquetería, su guitarra y su canto, excitación del público que llegó al frenesí

cuando anunció que cantaría una cueca, que para un brasileño no es el baile nacional chileno, sino calzones o bragas de mujer.

Las muchachas revoloteaban en torno a las estrellas, especialmente a Neruda, del cual no se despegaba Hormiga, en cuyos ojos se leía una tristeza recóndita.

Como oriundo de un sur opaco le atraía a Neruda el brillo del trópico, el plumaje eléctrico de sus pájaros. De regreso decidió llevarse a Chile un par de tucanes, de pico potente y engarfiado como espolón. Los dejó en una jaula en el departamento de Río donde se alojó. Aquella noche hubo una inundación en la casa. Mientras la gente dormía, los tucanes salieron de la jaula, perforaron a picotazo limpio las cañerías y consiguieron anegar el departamento. Tuvieron que venir los bomberos.

Le llegó a Chile el pájaro sofré, enviado desde Brasil. Admiraba su pulso agitado, sus rayos amarillos. Se le instalaba en el hombro y se paraba en su mano abierta. Todo en él era como una chispa viviente. En su tierra, el pájaro, seguramente como un águila, pertenecía al aire de las alturas, a la libertad. En el país frío se le apagó el fuego. Perdió su continente. Desconocía esa luz cenicienta. Se puso triste. Echaba de menos la tierra caliente. En la jaula fue languideciendo.

Llegó el día en que Neruda tuvo que cavar una pequeña fosa en el jardín de Isla Negra y allí, en el corazón de la arena, sepultó el cuerpo apagado del que había sido un pájaro del sol. Arrepentido por lo que había hecho, se fue a su cuarto y contó sus penas en la "Oda al pájaro sofré".

118. *Cuentos y cuentas*

En diciembre de 1953 acompañamos a Neruda al II Congreso de Escritores Soviéticos, que se celebró en el Kremlin. Habían pasado casi veinte años después del primero, donde la figura central fue Máximo Gorki. Había un foso de sangre entre ambas reuniones, lo que los soviéticos llaman la Gran Guerra Patria. A cada rato restallaban en los pasillos los viriles besos de escritores que habían luchado juntos en el frente y no se habían vuelto a ver hasta ese momento. Eran los vencedores de la muerte. Allí se leyó de entrada la lista de los caídos. Era como si al árbol de la literatura le hubieran cortado muchas de sus ramas más fecundas.

Neruda los conocía a todos y era objeto de gran atención. Habló por la delegación chilena. Su tema fue la responsabilidad del escritor en esos días revueltos, cargados por lúgubres presagios. Como de costumbre, asumió la condición de portavoz de su pueblo. Había varios escritores latinoamericanos participantes en el Congreso Continental de la Cultura de Santiago.

Todo el escenario exterior era de nieve. Neruda se sintió enfermo, tenía fiebre. Los médicos prescribieron antibióticos. Pero él insistía en partir de regreso, de inmediato, porque quería estar en Santiago antes de Navidades. Delia me comentaba con amargura: "No sé cómo podrá hacer el viaje en estas condiciones. Resulta hasta peligroso. ¿Por qué se apura tanto?". Y me miraba como preguntándome si yo sabía algo.

Esto sucedía en una de las pomposas suites del hotel Metropol, alhajadas con lujo del 900, donde antes se sucedieron escenas serias, formales, francachelas pantagruélicas, aventuras de la decadencia, con todo el *pathos* de la literatura rusa prerrevolucionaria.

Neruda, enfermo, sentado, me insistía en que tenía que volver. La Patoja lo esperaba. Tenía una cita con ella, y quería verla. El termómetro marcaba 38 grados, pero él, de todos modos, partiría.

Esa noche dio su anticlásica fiesta de despedida. El gran comedor se pobló con sus amigos. El poeta no tenía ningún sentido del protocolo. Y si lo conocía, era para desacatarlo. En los respetables lugares de honor colocó a sus íntimos. Galanteaba a una tenista soviética hermosa, esposa de uno de sus poetas más queridos, y le contaba cuentos sobre una tierra fabulosa, miserable y loca llamada Sudamérica. Gracias a esta anarquía antiprotocolaria tuve la fortuna de ser vecino de una mujer joven de personalidad encantadora, que a su vez era ya una deslumbrante y genial bailarina del Bolshoi, llamada Maia Plisetskaia.

De regreso en Santiago resolvimos dar cuenta pública del II Congreso de Escritores Soviéticos. Se arrendó el Teatro Dieciocho para un domingo en la mañana. Neruda no estaba aún bien de salud y pasaba en la costa, pero vivía pendiente del acto. Nos entendíamos por carta. Un día de marzo de 1954 recibí esta comunicación suya:

Miércoles 21, Isla Negra

Querido Volodia, estoy muy apenado pero no puedo ir a verte mañana. Salf el domingo a Villa Alemana a un acto de la Paz, y leyendo casi perdí el conocimiento en el escenario, igual que cuando el acto de la muerte de Stalin. Sin embargo, ahora me siento bien

y creo que del reposo que haga dependerá el futuro. Los traqueteos en auto y reuniones me traen el corazón desbocado.

De todos modos preparo el libreto, se entiende que sólo el acto de poesía rusa que iría dentro de la velada. Esto no es corto pues deberé traducir yo mismo del inglés Pushkin y Maiakovski. Estará listo para el 1°. Hay que hablar a los actores, tienen que ser seis o siete para llenar el escenario. Debe haber uniformidad en los trajes de mujeres y hombres, sin exagerar, un chal del mismo color (¿rojo?) en las mujeres produce el efecto. Esto no debe ser necesariamente un chal, sino una tela cualquiera.

Yo iré el jueves 29 y llevaré el libreto. Iré directamente a tu casa. Estoy escribiendo cada dos días. Debo entregar un libro a Losada en marzo y la cuenta es de tres poemas semanales para que salga el libro.

Aquí está nublado.

Te abrazo.

Pablo

Pablo contribuyó a hacer de ese acto una pequeña obra de arte. Tituló su intervención "Las lámparas del Congreso".

119. *La aventura de los premios*

Neruda entra y sale del país. Figura en el centro neurálgico de la polémica. A ratos, frente a un enemigo desorbitado, le gusta la respuesta provocadora. Nunca se achicó en el combate. Ante el adversario que pretendía abrumarlo pasaba siempre a la ofensiva. No hacía ningún misterio de su actitud política ni presumía de mantenerla al margen de su poesía. Autoriza a la editorial Austral para publicar en dos tomos su *Poesía política*. Cuando le otorgan en 1953 el Premio Stalin (luego Lenin de la Paz), se manifestó contento. Y dice por qué. Poco antes, el general Marshall, hombre de guerra, había recibido el Premio Nobel de la Paz. Se complace en acoger esta distinción tan diferente en buena compañía, junto a un sacerdote italiano, una investigadora sueca, un técnico de sanidad de la India, un escritor norteamericano, otro polaco, la socialista belga Isabel Blume, el ex ministro francés Pierre Cot y el científico británico Bernal.

Neruda, que el 18 de septiembre de 1951 había entregado en una ceremonia en Pekín el mismo premio a madame Sun Yat Sen, esposa del fundador de la República China, ve ahora llegar,

por sobre una montaña de dificultades casi tan alta como los Andes, al amigo que echó de menos en el Congreso de la Cultura. Arriba a Santiago Ilya Ehrenburg para imponerle esa rama de laurel.

Sherlock Holmes se hubiera deleitado relatando las alternativas de este viaje que la policía política de ese tiempo trató de impedir por todos los medios. Le incautaron en el aeropuerto el puzzle que había resuelto en el avión por estimarlo una clave con instrucciones secretas. El apasionado botánico escribió en un papel que debía traer de Chile semillas de *araucaria chilensis*. Fue interrogado por este llamamiento a la insurrección de los araucanos. Los expertos sabuesos encomendaron a un funcionario *ad hoc* la inútil tarea de traducir del ruso al castellano poemas de Neruda que Ehrenburg había vertido a su idioma. El escéptico volteriano, con ese prurito de revolucionarlo todo, encontró en la aventura ciertos visos de romanticismo, enfrentando de nuevo a la policía, como en los tiempos del zarismo, cuando pasaba temporadas en la cárcel Lukiánova, de Kiev.

Fue imposible conseguir un teatro, a causa de la presión gubernativa. La ceremonia se realizó el 10 de agosto de 1954 en el hotel Savoy. Al fondo se colocó un telón con motivos de alfarería chilena pintados por Nemesio Antúnez. Ehrenburg, que viajó con su mujer, Liuba, estaba acompañado por tres escritores chinos de magnitud: Emi-Siao, Ai Ching, Chao I Ming. Presidía la reunión el Premio Nacional de Literatura Fernando Santiván. La atmósfera que rodeaba el lugar era tensa, con un cerco policial bien poco discreto. Esto daba sentido de desafío al acto. Se había convertido en una manifestación de combate. Ehrenburg hizo un discurso que recordaba, por una parte, sus artículos contra Hitler, y por otra, ponía un acento de ternura al apreciar al hombre para el cual traía una condecoración desde tan lejos.

El agraciado contrastó el viaje de su amigo con las frecuentes visitas de los partidarios de la guerra y los predicadores de la destrucción atómica, que suelen ser recibidos en nuestros países con honores oficiales, sin que nadie les incaute papeles, puzzles, nombres científicos de árboles ni retraduzca sus poemas al original.

Alojó al matrimonio Ehrenburg en su casa en Los Guindos, ese Michoacán, combinación libre de piedra y madera herrumbrosa, donde el frío de la cordillera cercana calaba los huesos de sus habitantes. Ehrenburg, con su sonrisa agridulce y un cigarrillo de larga ceniza colgándole de un vértice de la boca, nos decía

que nunca en su vida, ni en Moscú, ni en Siberia, había tiritado tanto. Pero por las noches, la casa se calentaba con los maderos en la chimenea y, sobre todo, con el calor del vino y del corazón de los contertulios.

120. Donaciones, fundaciones y equivocaciones

Neruda no festejaba sus santos, ni San Ricardo, San Eliecer, San Neftalí ni siquiera el apostólico San Pablo. Celebraba, en cambio, sus cumpleaños. ¡Y es sabido de qué manera! Cuando cumplió cincuenta años echó la casa por la ventana. El festejo no se redujo al día aniversario de su nacimiento; no sólo se extendió al mes, sino que de algún modo abarcó todo el año. Al fin y a la postre, no todos los días ni todos los años se cumple medio siglo.

Efectivamente, el zafarrancho comenzó medio año antes de sus cincuenta, cuando Neruda regaló a la Universidad de Chile, según el título de la revista *Ercilla*, una "Biblioteca de quince millones". En verdad realizó la donación de los libros que tenía en su casa, en la avenida Lynch 164, en los últimos días del diciembre anterior. Lo hizo en términos muy legales, por escritura pública firmada en la Notaría. Todo el contenido de la biblioteca —incluyendo mapas, manuscritos y su colección de caracoles— pasaría a poder de la Universidad de Chile.

No era una biblioteca vulgar. Esos cinco mil volúmenes estaban acompañados por numerosos manuscritos, que eran piezas únicas y por ediciones originales; entre otras, *Las flores del mal*, de Baudelaire; toda la obra de Luis de Góngora, edición de 1664; *Los trabajadores del mar*, de Víctor Hugo, con anotaciones y correcciones hechas por el propio autor, en marzo de 1886; *Le côté de Guermantes*, de Marcel Proust, con una carta autógrafa; ediciones originales de las obras de Verlaine, Quevedo, el Conde de Villamediana, Lope de Vega y Alejandro Pushkin. Además, *Prosas y rimas líricas*, de Dante Alighieri, impresas especialmente para la emperatriz de Rusia, Elizabeta Petrovna. El poeta regalaba también manuscritos de Luis XIV, Víctor Hugo, Charles D'Orléans, Gustavo Flaubert, Paul Verlaine, Rimbaud, Lecomte de Lisle, Rouget de Lisle, Francis James y otros de Marcel Proust.

Además de entregar su biblioteca, Neruda hacía cesión de su obra personal en todas las ediciones y traducciones ya hechas y

todas las que se hicieran en lo sucesivo, hasta su muerte y después de ella.

En esa época se concluyó que era muy difícil calcular el valor de la biblioteca, tan rica en rarezas bibliográficas. ¿Cuánto valen, por ejemplo, las dos ediciones de Aldus, el impresor que inventó la letra cursiva? ¿Cuánto los poemas de Lorenzo de Médicis y de Victoria Colonna? ¿Cuál sería el precio del incunable con los poemas de Petrarca, publicado seis años después del descubrimiento de América? ¿En cuánto saldría a subasta esa edición de *Una temporada en el infierno*? ¿O uno de los ocho ejemplares de lujo que existen de *Amores amarillos*, de Tristan Corbière? ¿O esa primera edición de *Otello*? ¿Y los treinta documentos sobre el poeta Jean Arthur Rimbaud, incluyendo las dos cartas que su hermana Isabelle escribe desde Marsella a su madre contándole la muerte del poeta en un hospital? Para Neruda esos documentos tienen un valor afectivo adicional: se los regaló Paul Éluard.

El poeta pensó mucho antes de decidir la institución a la cual entregaría sus libros. En un primer momento le pareció que debía ser la Biblioteca Nacional. Pero concluyó que en medio de millones de libros, los cinco mil volúmenes del poeta pasarían inadvertidos. Se decidió por la Universidad, pensando que ella sabría custodiarlos "para los nuevos poetas de América", como lo dice en el *Canto General*.

Esta idea le nació cuando volvió del destierro y encontró su biblioteca encajonada, entumida y como muerta. Sintió que los libros, ¡pobrecitos!, sufrieron en su ausencia. Lo habían pasado mal. Influyó también en Neruda el rector eufórico que en ese momento tenía la Universidad, Juan Gómez Millas. Éste batió palmas al conocer el ofrecimiento. Conforme a su temperamento, comenzó de inmediato a elucubrar ideas y proposiciones a partir de la donación; incluso crear en la Universidad un Centro de Estudios e Investigación de la Poesía Antigua y Moderna, Chilena y Extranjera, que se dedicaría a sumar a la biblioteca nerudiana originales, biografías, iconografías de otros poemas.

Pocos meses después se celebró en Los Guindos el acto inaugural de la "Fundación Pablo Neruda para el estudio de la Poesía", donde el poeta hizo entrega pública de su biblioteca.

Recuerdo claramente aquel mediodía del 20 de junio de ese año. Estábamos parados bajo un pálido sol vertical de invierno, oyendo al rector y luego a Neruda. El rector sentía relacionado al poeta con el pueblo. Y el poeta estaba contento por el reconocimiento de ese vínculo. Al fin de cuentas era su deber. Fue

allí cuando dijo que “el poeta no es una piedra perdida. Tiene dos obligaciones sagradas: partir y regresar”.

El fue uno que partió para recoger libros por el mundo y caracoles de todos los océanos y regresó cargados de ellos, a fin de entregarlos a la Universidad, con el objeto de pagar, en parte mínima, lo que había recibido de su pueblo. En esos libros estaba no sólo la vida de los autores que los escribieron, sino también su muerte. Entregaba el *Romancero gitano* que le dedicó un poeta asesinado. Evocó a Federico poniendo delante de él la dedicatoria.

Allí fue donde recordó su travesía polémica con Rafael Alberti y su común elogio de la madurez a los poetas gordos. Su consigna era “ser gordos como Balzac y no flaco como Bécquer”. Se medían de anchura frente a los escaparates de una librería. “Yo mido hasta *Los trabajadores del mar*.” “Y yo sólo hasta *Nôtre Dame de Paris*.”

Para él esta donación era una manera de comenzar a celebrar sus cincuenta años; de incorporarlos al patrimonio patrio. Porque no pertenecía él “a esas familias que predicaron el orgullo de casta por los cuatro costados y luego venden su pasado en un remate”.

En ese momento echó una mirada retrospectiva y comparativa al joven Neruda: “Mi generación fue antilibresca y antiliteraria por reacción contra la exquisitez decadente del momento. Éramos enemigos jurados del vampirismo, de la nocturnidad, del alcaloi-de espiritual. Fuimos hijos naturales de la vida.”

La vida lo hizo comprender muchas cosas que antes no entendía. Más que obras de investigación y de especulaciones intelectuales, los que obsequia son en su mayoría libros sobre la vida y la persecución de la belleza. Al entregarlos a ojos nuevos “cumplen su destino de dar y recibir la luz”.³³

¿Se equivocó Neruda al hacer lo que hizo?

En 1969 rememoró el hecho con una expresión ácida: “Para preservar del incierto destino a las colecciones, tomé una resolución. Las regalé a una de nuestras poderosas universidades. Fueron recibidas como dádiva deslumbrante por las hermosas palabras de un rector. Yo cumplía con el deber de hacerlas integrar a nuestro común patrimonio. Hace quince años de aquella fecha y nadie las ha visto más. Ni libros ni caracoles parecen existir, como si se hubieran vuelto a las librerías o al océano. Hace años, cuando pregunté por mi donación, me dijeron: ‘Por ahí están en unos cajones.’ A veces pienso: No me equivocaría de Universidad? No me equivocaría de país?”³⁴

VII NARRADOR DE SÍ MISMO

121. *Cincuenta salvas y dos maldiciones*

Exactamente el día 12, a las siete de la tarde, estalló la fiesta en el Salón de Honor de la Universidad de Chile. Dio la orden de partida el actor Roberto Parada, con una sonora voz de tambor mayor, como esos abridores de escena que anuncian la apertura del telón en algunas piezas del Siglo de Oro. Fue la iniciación de las famosas cinco conferencias de Neruda, que andan ahora formando parte de sus libros. Esa cristalina narración del poeta, tan nutrida por las esencias de su vida, despedía una virtud subyugante para el auditorio.

Partió de Lago Ranco hacia adentro, donde le pareció hallar la fuente o la cuna silvestre de su poesía. Su característica radica en que está atacada y defendida a la vez por toda la naturaleza. La poesía no es un ejercicio apacible, aunque su rostro aparezca a ratos muy bello. Es expresión de contradicciones. Tiene voz y silencio. Todo, el cielo, el aire, las altaneras copas de los cipreses, parecen inmóviles, pero, simplemente, están esperando algo, tal vez el viento, que pondrá en movimiento la selva entera. De pronto todo comienza a temblar. Es inminente un nacimiento.

Efectivamente, el poeta vio nacer un río, de aguas al principio débiles y calladas, pero que buscaban una salida entre los enormes troncos derribados y las grandes piedras. El milenio de hojas caídas que tapaban esa fuente tuvo que ser perforado por la fuerza de la corriente, pero el líquido se impregnó con todo lo que tenía que atravesar para abrirse paso. Para el poeta, el mensaje se hizo claro. Así también nace la poesía. En sus raíces es secreta y misteriosa, es solitaria y fragante. Como el río hará suyo cuanto caiga en su caudal, buscará su senda entre los montes. Y algo más: "Regará los campos y dará pan al hambriento... Cantará cuando descansen o luchen los hombres." Cantará para juntar pueblos. La poesía es útil. Y, además comunicativa de un recado que puede hacer suyo el hombre de aquí y allá.

En Florencia fue invitado a una fábrica. Leyó algunos versos ante los obreros, presa del pudor que puede envolver a un poeta de un continente agreste hablando en la capital del Renacimiento. Esos obreros le regalaron una edición de Petrarca del año

1500. La poesía había transitado siglos por Florencia. Petrarca, el poeta delicado, estaba en las manos de los trabajadores.

Celebrar los cincuenta años de un poeta es celebrar los cinco mil años de la poesía. En el fondo, la poesía es una victoria del hombre. Es una comunicación, que también da a nuestra América la sensación de ser una. Del trópico vino al invierno porteño Rubén Darío "a fundar de nuevo la poesía de habla hispana". La noche anterior Laura Rodig le había traído los primeros borradores a lápiz, llenos de correcciones, de los *Sonetos de la muerte*, que Gabriela Mistral escribiera hacía cuarenta años.

Allí reconoció Neruda la deuda con todos los que constelan el cielo de la poesía. Acreedoras son también la naturaleza, la geografía; pero su mayor maestro es el Tiempo. Al cumplir los cincuenta no olvida los difíciles comienzos, la hermosa y triste lluvia, la miseria, el desamparo, la soledad, la frustración, no sólo suya, sino de su pueblo, del cual se proclama deudor incalculable. "Y cuanto le debo, he querido pagarlo con mi canto."

Subraya y reconoce una deuda de siempre: "Debo al amor [...]. El amor ocupó mi poesía totalmente". No tenía por qué barrerlo la fuerza con que el viento del mundo entraba en su casa. Si primero cantó el amor del hombre a la mujer, ahora cantaba también el amor a la humanidad entera. Uno y otro. Todo el amor.

Su vida había sido un constante trasiego, un ir y venir, un comparar naciones y sistemas. Y en ese día de balances y proposiciones subraya lo que se sabe: "Yo deseo la transformación de las instituciones, el progreso acelerado de mi país." Al cumplir el medio siglo quiere que, entre otras, su voz continúe llevando a su pueblo y a los otros pueblos "el amor, la paz, la dignidad y la alegría".

Lo escuchaban en silencio escritores venidos de muchas partes. Una veintena llegó de Argentina. Sus viejos amigos Oliverio Girondo y Norah Lange; su ahijado de matrimonio Rodolfo Araoz Alfaro con la escritora chilena Margarita Aguirre; su compañero de correrías en España, el poeta Raúl González Tuñón; la escritora María Rosa Oliver, en silla de ruedas, y Pablo Rojas Paz. Sintió pena que no pudieran venir Rafael Alberti y María Teresa León, que por problemas de papeles vivieron durante largos años virtualmente prisioneros en el vasto espacio argentino.

No pudieron llegar tampoco los soviéticos, por dificultades de ingreso. Estaban los checos, con el tumultuoso Presidente de la Unión de Escritores, Jan Drda, autor de *La barricada silenciosa*, *El pueblito sobre la palma de la mano* y *El agua viva*. Lo

acompañaba el poeta Jan Kostra y Jaroslav Kuchvalek, hispanista, profesor de la Universidad Carolina de Praga. En Isla Negra los checos decidieron vivir la experiencia del Pacífico y se encontraron con sus peligros. Se lanzaron a medianoche a un campeonato de natación que puso los pelos de punta al festejado.

Más tranquilos eran los huéspedes búlgaros: el novelista Dimiter Dimov, autor de las novelas *El teniente Benz*, *Almas condenadas*, que culmina con su más reputada obra, *Tabaco*, y Nicolás Fumandjiev, poeta, autor de *Grandes días*. Los representantes checos y búlgaros tuvieron el exquisito privilegio de un despliegue masivo de detectives en Los Cerrillos y una revisión milimétrica del equipaje, buscando dobles fondos repletos de perversa literatura comunista.

La celebración nerudiana comenzó antes, con un banquete de ciento sesenta cubiertos en La Bahía, donde casi nadie dejó de hacer un brindis y muchos se extendieron en discursos buenos o malos.

En rigor, esa semana debía iniciarse el domingo 11, pero se postergó el acto inaugural por un día para no hacerlo coincidir con la conferencia de Parlamentarios y personalidades extranjeras que se clausuraba en esa fecha.

Sin embargo, no hay que pensar que todos estaban felices con la celebración de los cincuenta años del poeta. Se pensó hacer la inauguración en el Teatro Municipal. Pero el Consejo Directivo, afecto al juego de las ficciones, estimó que no era prudente concederlo "porque podían producirse contramanifestaciones". De este modo la primera reunión se realizó en el Salón de Honor de la Universidad. Los demás actos culturales, en el Aula Magna de la Escuela de Derecho y en la Sala Valentín Letelier. En el primer día se inauguró la exposición bibliográfica y documental.

La semana se cerró el domingo siguiente en el Caupolicán, con un programa donde se cumplió la filosofía del poeta: juntar las esencias de la tierra. Éstas cantaron por las bocas de Margot Loyola y de Violeta Parra. Se expresaron en los bailes, la música indígena y los versos improvisados para Neruda de los sorprendentes *chinos* del Valle Hermoso de la Virgen de Rosario, de La Ligua. Allí hizo un estreno público, la primera oda, la "Oda al viento", recitada a dúo por Roberto Parada y María Maluenda.

Éste era el lado alegre, porque, decíamos, no todos batían palmas. El crítico Alone, que prestó algún dinero a un poeta de diecinueve años para publicar su primer libro, escribió en Zig-Zag un artículo: "El peligro que representa Pablo Neruda". En la exposición organizada por la Universidad de Chile, él deseaba

mirar cierto librito aparecido en 1923, al financiamiento de cuya edición había contribuido. Su acompañante ardía en indignación.

—¡Cómo! ¿Que no sabe usted que todo esto, esa exposición, esos homenajes, son una pantalla, una caja de resonancia que emplea el Partido Comunista, apoyado en la cabeza de Neruda, golpeando en la barriga de Neruda? ¿Se imagina usted que en Chile van a preocuparse alguna vez así, de poesía y de poetas? Pedro Antonio González murió en el hospital, Pezoa Véliz murió en el hospital, nadie sabe si Ernesto Guzmán y Max Jara viven o están muertos. Esto es una farsa...³⁵

Se repartieron versos injuriosos en su contra. En otra Crónica Literaria de *El Mercurio*, el 28 de marzo de ese mismo año, Alone le reprocha a Neruda hacer cantos de masas, aclarar su palabra hasta que la entiendan "los que no entienden nada". Sostiene que alguien (el *Deus ex machina* terrible, al estilo del 1984 de Orwell) le criticó su tristeza permanente e inmotivada y le dijo que ésa era una ofensa a la nueva era. En verdad nadie se lo dijo, pero de todas maneras Neruda se sometió a la promesa de no estar más triste.

Como vemos, los cincuenta años de Neruda fueron celebrados, atacados y desvirtuados de lo lindo.

122. Casas y mujeres

En una entrevista Neruda dice algo que llama la atención. Cuando le preguntan qué estudió en la Universidad, responde: "Al principio, arquitectura y francés." ¿Arquitectura? Tal vez asistió a algunas clases. Y luego desapareció de la Escuela. ¿Lástima? Tal vez. Porque en Neruda había un arquitecto nato. Siempre lo vi embarcado en la tarea de construir casas. No eran locuras, porque salvo la última, situada en los cerros de Lo Curro, las terminó todas y las alhajó conforme a su gusto y personalidad. Solía asesorarse por arquitectos, generalmente de espíritu nuevo: el republicano español Rodríguez Arias, los chilenos Fernando Castillo Velasco, Carlos Martner, Ramiro Insunza, Raúl Bulnes.

Pero la concepción casi siempre era suya. Y solía bastarle un maestro artesano, un poblador humilde de Isla Negra, que conocía todas las vetas y arrugas de la madera, estaba familiarizado con los misterios de la piedra, del ladrillo y de los clavos, para solucionar con enorme sabiduría práctica los problemas que le

planteaba la edificación caprichosa que proponía el poeta. Era digno de contemplarse y gozarse el vínculo entre el poeta, físicamente abundante, tocado con un *jockey*, envuelto en un grueso *sweater*, con el hombrecillo menudo, bajo, apellinado, pulcro, el rostro limpio y sobrio, conversando lo necesario con perfecta dignidad y medida por las dos partes, sabiendo Pablo quién era Rafita y Rafael Plaza respetando a su colaborador en la tarea de levantar cuartos, armar un garaje o instalar un sostén para el nuevo y pesado mascarón de proa que acababa de desembarcar en Valparaíso.

Nunca una nota de servidumbre en el artista carpintero. Nunca un gesto de soberbia apatronada en el poeta. Fluía de esa relación un respeto recíproco, con estimación profunda por la habilidad del orfebre, ese arte incomparable de entender todo lo concerniente a su oficio en pocas palabras. El capítulo de la relación Neruda-Rafita da para mucho. Mirándolos, uno tenía la sensación de que se trataba de dos maestros que se entendían en el trabajo y conocían bien su faena.

El poeta tiene tres casas. Una, que es el santuario de la Hormiga, en Los Guindos. Otra, el nido secreto de Rosario, en Providencia. Y una tercera, Isla Negra, que comparte con ambas en forma sucesiva, nunca simultáneamente.

Delia suele hacer viajes por su cuenta. Entonces Neruda se instala más desahogadamente en el palomar clandestino. Desde allí me escribe: "Querido Balalaika, tu falta de teléfono es abrumadora. Si tuvieras gran urgencia en verme sería hoy en Providencia 2457, Dep. 514. De otra manera estaré mañana hasta las 11:30 en casa. De allí saldré a buscar a Delia al avión SAS. Sería bueno si vinieras. Hay un asiento, puedo pasar a buscarte. Telefonea. Para tu artículo te recomiendo uno de un jesuita que salió en *El Ilustrado* del domingo y un pequeño juicio de Schomlyo en una carta. Mañana puedo darte ambos".

Como se ve, en ese tiempo va de una casa a otra, de una mujer a otra, con una desenvoltura peligrosa. Esa confianza puede conducir a una catástrofe.

123. *La ruptura*

Con el dinero del Premio Lenin, Neruda comienza a levantar una casa en la callecita Márquez de la Plata, en las faldas del cerro San Cristóbal, en un lugar donde se oyen los aullidos de

las fieras del zoológico vecino. Antes ese terreno formaba parte del antiguo molino San Cristóbal, movido por la corriente de un canal. Neruda se enamoró del paisaje. Una residencia en la colina con muchos árboles, al fondo de cuyo patio rumorea el agua.

La construcción resultó estrafalaria, con un sistema de terrazas seminaicas en planos diversos. Abajo, entrando por la puertecita de la callejuela sin salida, donde tiene por vecinos a la escultora Marta Colvin y a un gran amigo suyo de toda la vida, el fotógrafo Antonio Quintana y a su esposa uruguaya, Queta, parece una casa del sur de España. Allí se ubican el pequeño comedor y unos cuartos diminutos. Luego aparece una escalinata metálica, con arabescos pintados en blanco. He visto parecidas en alguna película italiana de los años cincuenta, por la cual se asciende o se descende de un recinto donde ha sucedido o va a suceder algo que merece una crónica. Allí está el recibo, con toda la atmósfera nerudiana y el retrato de la mujer de las dos cabezas. Allí reina la pelirroja. Es el dominio de la Patoja. Cuatro o cinco peldaños interiores conducen al dormitorio de un solo lecho, en cuyo respaldo están grabadas a fuego y enlazadas las letras P y M.

Después el poeta siguió trepando por el cerro y en un plano superior hizo construir un estudio, donde se encerraba para escribir. Pero ésa es una historia posterior.

Mientras tanto Neruda seguía viviendo en Los Guindos. Allí siempre tenía amigos a almorzar. Al final del segundo plato le daba sueño y partía a dormir siesta, sin dar, naturalmente, mayores explicaciones. Pero la siesta no la dormía en su casa. Se iba a la Chascona, donde los rugidos de los leones no le espantaban el sueño. Era una época en que en cualquier momento salía sin aviso. Y esto lo hacía todos los días. El drama estaba a la vista de todos. Pero nadie decía nada, o más bien nada delante de Delia.

Neruda se cuidaba cada vez menos. La Hormiga casi no iba a Isla Negra. Quien se instalaba allá por largas temporadas junto con el poeta era Rosario. El personal de servicio no cambiaba. Tenía que atender a dos señoras. Al parecer el poeta, sin necesidad de pacto previo, confiaba en su discreción.

Un día se produjo algún problema doméstico y la muchacha que servía en Isla Negra fue a contarle todo a Delia.

Ella, con orgullo herido, rompió. ¿Conocía antes esa amistad íntima, que tal vez o de seguro suponía, pero de la cual no tenía una confirmación como la que tan brutalmente le acababan de revelar?

Se sintió abrumada. Neruda también sufría a su manera. Había decidido desde el comienzo de su relación con Matilde, y de acuerdo con ella, que el matrimonio con Delia continuaría existiendo. Al fin y al cabo, a esas alturas, era un matrimonio blanco. Si Pablo tenía cincuenta, ella tenía setenta. Se imponía simplemente la ley de la vida. Pablo viviría su amor real y mantendría a la vez su vínculo legal. No quería dañar a Delia. No fueron razones políticas las que le indujeron a mantener durante largo tiempo una ficción, sino la consideración, la necesidad de evitar un quiebre doloroso para la Hormiga.

Con Matilde tenía una amarra de amante. No necesitaban casarse. Incluso esa espera de todo el día y —como ella misma dice— los sustos que pasaban eran muy emocionantes. Además Matilde no tenía celos de Delia. Afirma que no podía tenerlos. Estaba segura de que Pablo era suyo aun cuando estuviera en la otra casa. Fueron ocho años de amor clandestino.

La noche de aquel día en que Delia conoce la situación real, Pablo me llama para que vaya a verlo a la casa de Márquez de la Plata. Está solo. Matilde lo ha dejado por algunas horas para que medite por sí mismo la situación. Cuando llego me dice:

—Tienes que hacerme un favor muy grande. Hacer llegar una carta mía a Delia.

Tengo que esperar. La carta no está lista. Se instala en una alargada mesita a la entrada, bajo un cuadro que trajo de Italia, con un paisaje muy solitario y escribe durante horas, con tinta verde, su carta de adiós a Delia. Yo tomo un libro y me pongo a leer, esperando. Paso a otro y otro. Porque el recado de la despedida es extenso y difícil, pienso.

Muy tarde salgo con la carta y voy a entregársela a un amigo de Delia, Luis Cuevas Mackenna. Supongo que ni él ni yo supimos nunca lo que decía esa carta. No teníamos derecho a saberlo. Pero la Hormiga después cambió conmigo y yo también con ella, al menos por algunos años. Luego nuestra relación tendió a normalizarse.

Pablo entonces me comentaba: "Ella tiene el orgullo vasco". De no mediar esa soberbia, que, a su juicio, venía de las orillas del Cantábrico, tal vez hubiera podido seguir viviendo con ella y lo hubiera sobrevivido largamente, a pesar del hándicap de edad que le llevaba.

La noticia de la separación conmocionó el ambiente y produjo un cisma entre los amigos de la pareja Pablo-Delia. Se acabaron amistades de toda una vida, por ejemplo, la relación con Tomás Lago. Las ex de Neruda se sintieron muy ofendidas, entre

ellas Albertina. Integrada por derecho pleno, como antecesora de Delia, a su círculo íntimo, no aceptó la irrupción arrolladora de una mujer más joven y que ella no conocía.

124. *El hombre invisible se deja ver*

La publicación de las *Odas elementales*, a fines de 1954, suscitó una tormenta distinta, así como la había desatado la aparición de *Las uvas y el viento*. Hubo quienes le reprocharon que las *Odas* fueran generalmente de verso corto. Alguien dijo que el poeta trataba así de llenar páginas con rapidez.

Un sacerdote católico, Francisco Dussuel, las atacó en *El Diario Ilustrado* por materialistas, marxistas y anticristianas. Descubrió en el libro blasfemias. Discrepó del poeta por negar a la pobreza su calidad de "santa". Para el poeta ella no formaba parte del "destino eterno de los hombres".

El padre Dussuel no fue el único de su fe que condenó el libro. En Argentina, donde el editor Losada lo había publicado, la revista católica *Criterio*, dirigida por monseñor Franceschi, publicó una interpretación de Fray Verísimo, que, hablando del "gran poeta", previene a los jóvenes católicos, ante "el peligroso mensaje" que envuelven las *Odas*. De todos modos Neruda llegará a la "verdadera patria", el cielo. El artículo no encierra una abierta censura. Neruda es auténtico y los nerudianos son falsos. Falta —dice Fray Verísimo— el retrato íntimo del poeta. "Falta su espectro moral y teológico". A su juicio Neruda invade el orden metafísico. Al proclamarse residente en la tierra renuncia a toda esperanza, a toda salvación, a toda luz. Cosa curiosa: al optimista casi profesional de ese tiempo lo presenta como un pesimista irremediable, que alcanza las cimas supremas de la desolación. "Hiela el corazón asomarse a las tinieblas de esta alma abismante, de este ser desterrado voluntariamente de un cielo que parece llamarlo desde cada forma, desde cada palabra, desde cada palpitación de su misma vida." Pero, tal vez en el interior del poeta —afirma— estén a punto de abrirse las perspectivas que lo llevarán a la luz.

El libro representaba realmente un cambio en la poesía nerudiana. No el que avizoraba como un profeta equivocado Fray Verísimo, sino un nuevo estadio, en esa carrera de saltos y mutaciones. La distancia era grande respecto del otro polo, el primer tomo de *Residencia en la tierra*. Diferencia de forma,

diversidad de fondo. El poeta, cuando se le interrogó sobre el libro, dijo que había querido hacer con las *Odas* una poesía muy simple y sobre las cosas simples. Los temas son de libre elección. Anhela romper así con el poeta que se limita a un solo registro. La poesía del siglo veinte descartó casi por entero el tema épico. Él lo ensayó en *Canto General*. Ninguna materia debe excluirse. Hoy se escribe poco sobre lo que ayer se escribió mucha poesía; la luna, por ejemplo. Hay que volver a la luna, al sol, al aire, hay que volver a todos los temas.

La Nación de Buenos Aires sostuvo que Neruda quiso hacer en *Odas elementales* un recuento del mundo. El poeta contestó: "Es muy vasto lo que resta... Como a todos los poetas me queda el universo y tantas cosas".

Además el libro fue escrito porque el autor quería mostrar a los jóvenes poetas la carga yacente de belleza que hay en los objetos y en las cosas más sencillas.

El poema inicial, "El hombre invisible", encierra su arte poética de entonces. Adora toda la poesía escrita, todo el rocío, pero se sonríe por los excesos de la primera persona, que impiden ver el resto de los pronombres. Porque él quiere entonar "el canto del hombre invisible/ que canta con todos los hombres". Este canto es tan disímil como el mercado persa del mundo. Odas al aire, a la alcachofa, a la alegría, a las Américas, al amor, al átomo, a las aves de Chile, al caldillo de congrio, a una castaña en el suelo, a la cebolla, a la claridad, al cobre, a la crítica, a Ángel Cruchaga, al día feliz, al edificio, a la energía, a la envidia, a la esperanza, a la fertilidad de la tierra, a la flor azul, al fuego, a Guatemala, al hilo, al hombre sencillito, a la intranquilidad, al invierno, al laboratorista, a Leningrado, al libro, a la lluvia, a la Malvenida, al mar, a mirar pájaros, al murmullo, a la noche, a los números, al otoño, al pan, a los poetas populares, a la primavera, a un reloj en la noche, a Río de Janeiro, a la sencillez, a la soledad, al tercer día, al tiempo, a la tierra, al tomate, a la tormenta, al traje, a la tranquilidad, a la tristeza, a Valparaíso, a César Vallejo, al verano, a la vida, al vino. Índice alfabético de temas permanentes que parecen sacados de un diccionario y, sin embargo, son una prueba olímpica de que en todo late la poesía si los toca un poeta con las manos del Rey Midas.

El índice parece exhaustivo. Sin embargo, el poeta responde con una sonrisa de desafío: "Escribo otro libro, que se llamará *Nuevas odas elementales*". Lo publica puntualmente en 1955. Los asuntos son diversos, a ratos los eternos temas poéticos, y en otros momentos, según la preceptiva al uso, de naturaleza in-

sólita, como la "Oda al alambre de púa", "a los calcetines", "al día inconsecuente", "al hígado". Al parecer, en este segundo tomo habría agotado el arsenal de objetos, este poeta que un crítico llamó "cosalista".

No; había muchas cosas que él seguiría transfigurando en sus odas. Entre retador y burlón publica su *Tercer libro de las odas*, que es la poesía de un observador a porfía. A menudo, cuando voy a visitarlo a Isla Negra, me invita a pasear por el bosque de las Petras, que guarda mucho de misterioso. Nos sentamos allí. Los troncos tienen siglos, cicatrices, enormes telas de araña. Todo parece quieto. Es como el bosque petrificado que alguna vez vimos en el cine. Cuando leí su "Oda al bosque de las Petras" entendí que el ojo del poeta nace privilegiado para ver lo que otros miran sin ver.

Neruda hace de su poesía un ajuste de cuentas. Escribe la "Oda al pícaro ofendido", en 1956, en respuesta a críticas que estimó odiosas. Porque en la casa de las odas todo lo que es mundo cabe, incluso la "Oda al vals sobre las olas", el vals adorado de su corazón antiguo, que le trae el aroma del olvido, como también la "Oda al viaje venturoso", cantada por el poeta a través de la larga travesía por el planeta, para regresar a su amor de anchos ojos.

125. *La guerra no dura cien años*

Tras el gran cisma luterano, la guerra no duró cien años, aunque algo en el alma de la longeva Hormiga quedó para siempre quebrado. Las querellas y recriminaciones que circulaban por la ciudad y alguno de cuyos llamados llegaban como relámpagos a los amigos repartidos por todo el mundo, se fueron desvaneciendo lentamente.

Ella, que durante los veinte años vividos con Neruda fue una pintora retirada, volvió a sus inmensos caballos descoyuntados. Cambió el carácter y el clima de Michoacán, casa que ella dejó de llamar así después de la ruptura para designarla simplemente como Los Guindos o Lynch 163. Instaló su taller donde en tiempo del matrimonio había funcionado el comedor envidriado, por donde entraba la luz y se veía bien el parque.

La casa perdió la atmósfera de algarabía que tuvo mientras vivió en ella el poeta. Se acabó esa mesa siempre disponible donde antes era habitual que se sentara algún desconocido, sin

que nadie le preguntara quién era ni por qué estaba allí, en términos tales que un día a la hora de los postres se dieron cuenta de que entre los muchos comensales figuraba un hombre alto, parecido a Boris Karloff, Waldo Palma, que era el Director General de Investigaciones de un gobierno adverso.

Empezó el calmo reinado de una Delia abandonada, pero reina al fin, soberana de la conversación delicada, administradora del encanto, que navegaba como un cisne por el lago de las altas ideas y discutía con adorable aplomo sobre todos los acontecimientos.

Al cabo de unos meses, Pablo, que se había instalado en La Chascona a vivir con Matilde, y estaba siempre pendiente de la Hormiga, deseoso de que levantara cabeza y sacudiera el abatimiento de la violenta separación, comenzó a recibir noticias de que un nuevo cenáculo pictórico-literario comenzaba a funcionar en la que fuera su casa en Los Guindos y ahora pertenecía exclusivamente a Delia. Respiró aliviado.

Él mismo estaba más tranquilo. Se había acabado la agotadora vida doble. No tenía que ir a dormir la siesta a otra casa. No debía fingir y hasta podría reconocer la paternidad de un hijo que andaba circulando por el mundo, llamándolo papá a gritos, aunque él lo negara. Ese hijo era *Los versos del capitán*.

Pablo quería tener hijos de Matilde. Y ella también... "Tres hijos perdí —recuerda—; el último de seis meses. Había permanecido casi todo el tiempo en cama para retenerlo. Pablo, entonces, me dijo que no lo intentaríamos más..." "Yo odiaría a ese hijo si a usted le pasara algo", le decía.

Había concluido una prehistoria amorosa que de algún modo comenzó un día de 1946, que se formalizó más a fondo en México cuando Neruda estaba enfermo. Desde entonces se habían encontrado y perdido en los aeropuertos de muchos países. Simulaban no conocerse envueltos por idiomas extraños. Siempre partían para reencontrarse en las calles de París o en Transilvania, allí donde por la noche brillan los ojos del Conde Drácula. La chillaneja estaba hecha de greda de Nuble, pero de tanto verla en las distintas zonas de la tierra, para él era no sólo un cántaro negro de Quinchamalí sino también un ánfora de Pompeya, la ciudad rescatada dos mil años más tarde de la cubierta espesa de lava y que no estaba tan lejos de esa casa de Capri que por primera vez les permitió compartir un techo sin sobresaltos, en aquel invierno de 1951.

Ahora se había acabado la clandestinidad, compartían sus vidas entre La Chascona e Isla Negra. Se sentían dichosos. "Aun-

que esto no interesa a nadie —escribió el poeta—, somos felices. Dividimos nuestro tiempo común con largas permanencias en la solitaria costa de Chile. No en verano, porque el litoral reseco por el sol se muestra entonces amarillo y desértico. Sí en invierno, cuando en extraña floración se viste con las lluvias y el frío, de verde y amarillo, de azul y de purpúreo.”

Una rutina movida, plena de viajes, versos de cada día y de vez en cuando enfermedades con prohibiciones hasta de hablarse, salvo por carta. Me manda una desde Isla Negra el 17 de enero de 1958:

Valentín, ya sabes que el médico me ordena silencio por dos meses... Juvencio Valle hubiera estado feliz. Yo me alegré porque se pensaba algo peor. Tengo un librito en el que escribo mis pensamientos como ser: a qué hora comemos? Lo que es el perro! Tanto silencio me impide una visita de Uds. dos que esperamos. Dile a Correa [Corvalán] que tal vez sería mejor a fines de marzo. Habré recobrado la voz? Tello me reconocerá en un mes más. Abrazos, P.

La orden de callar no le impide escribir. El día que en Chile comienza oficialmente el otoño me comunica por carta:

Isla Negra, 21 marzo

Querido Vol: Mi garganta va un poquito mejor gracias a unos papeles engomados que me pone la Patoja. Ivette [Joie] llega de Valparaíso el domingo, me parece una pena que no la vean más Uds. Si puedes arréglate un viaje. Estaremos aquí hasta terminada Semana Santa. Estoy terminando uno de los libros, estoy contento. Ha llegado esto de José. Da cuenta y entrégalo de mi parte a nuestro amigo. Pronto haré el plan de propaganda. También ese manifiesto. No hay nadie en la costa. Esto está maravilloso. Algo gris y húmedo que lo agarra a uno como no lo hace el sol. Ninguna gana de volver a la civilización. Abrazos, P.

Al retiro de Isla Negra llegan, sin embargo, las voces del mundo. Aún sólo palabras en el papel. El 11 de agosto me manda un par de hojas manuscritas: “Querido Vol: Han sido buenos días de trabajo (sólo correspondencia) desde mañana empiezo a escribir.” Lo tiene preocupado e indignado la intriga constante contra Cuba, las maquinaciones en la Organización de Estados Americanos. Es el asunto que trata en las líneas siguientes: “Carta a la OEA. Como no vino Fidel me quedo aquí hasta el Pleno. Pero escribí esta carta que quiero que muestres a Lucho. Si se acepta que se publique, ojalá en volantes, y se envíe a cada

una de las delegaciones. El original que te mandé que lo manden al señor Mora, al Carrera." El secretario de la OEA recibió en el Hotel, como cada una de las delegaciones, el alegato de Neruda en defensa de Cuba.

126. Intercambio de títulos

Sol que se filtra por el follaje. Conversamos en el segundo plano verde de La Chascona. Hablamos sin prisa, con la sensación de tener tiempo. Neruda me dice: "Estoy escribiendo un libro distinto." Le pregunto si ha cerrado el ciclo de las *Odas*. "Creo que sí... por el momento. Éste es un libro filosófico, lleno de preguntas. ¿Cuántos días caben dentro del lunes? ¿Cuánto pasa en un día? Es el libro del comienzo de otoño, de mi otoño..." Calla. "¿Cómo se llama?" "No tiene nombre aún." "¿Por cuál te inclinas?" Mueve la cabeza, perplejo: "No sé bien. Pero debe tener un título diferente. ¿Cuál me recomendarías tú?" "¿Yo? Tal vez tenga el gusto conservador. A mí me encanta el nombre *Crepusculario*." "¿Crepusculario", dijo él. "Sí, el crepusculario de un libro extravagante."

Poco después apareció *Estravagario*, antecesor del *Libro de las preguntas*: "¿Cuánto vive el hombre, por fin?! vive mil días o uno solo?! ... Qué quiere decir 'Para siempre'?" El poeta está contento, pero cree que "de vez en cuando hay que darse un baño de tumba". Define su profesión ambivalente: "Yo soy profesor de la vida/ vago estudiante de la muerte".

La percepción de las imágenes indelebles, la de Berlín en invierno cuando "de pronto, conducidos por un hombre,/ diez caballos salieron a la niebla/ ... Su color era miel, ámbar, incendio.../ He olvidado el invierno de aquel Berlín oscuro./ No olvidaré la luz de los caballos".

Estravagario contiene muchas sorpresas y desenfadada variedad. Es un libro con libre elección de los asuntos. Mezcla tonos y semitonos. Señala desagradados. Muestra las huellas de la refriega. Bombardea a los "amigos y enemigos" que esperaban desconocerlo. "Pero cuando me atormentaron/ las brasas de un amor misterioso,/ cuando por amor y piedad/ padecí dormido y despierto/ la caravana se rompió,/ se mudaron con sus camellos." La lлага aún no había cicatrizado. Apunta que se juntaron para maldecirlo y propusieron diversas formas de matarlo. "Se decidieron por la lengua."

Este Neruda que ha cumplido los cincuenta no olvida nada. Ni a amigos ni a adversarios. Desde luego no se le borra el más contumaz de estos últimos, el "Barrabás vitalicio,/ siempre, ferviente y fermentando.../ Me gustaría un nuevo libro/ con aplastantes argumentos/ que al fin terminara conmigo".

Libro del Sí y del No. "Contraciudad" y "Contrasantiago", moneda con las dos caras de la capital que "los tétricos conquistadores [...] cortaron de adobe triste".

El poeta aficionado establece documentos para la sucesión por causa de muerte. Cierra el libro con un "Testamento de otoño". En apariencia dispone para la eternidad; pero allí están sus ineludibles reflexiones y sentires del momento. Sugestivamente vuelve a mostrar el puño a sus enemigos, lo cual prueba que cuando lo escribió todavía estaban frescas en su espíritu las dentelladas del combate a causa de la ruptura conyugal. "He sido cortado en pedazos/ por rencorosas alimañas/ que parecían invencibles." Replica a los que le preguntan "por qué escribe tan oscuro..." y a aquellos "dos desalmados que lo agredieron acusándolo de sencillo". Salta a la vista que está respondiendo a cosas que existen o han existido.

Contesta a "algunos bien intencionados", destina sus penas, dispone de sus regocijos, se pronuncia en contra del odio. Sus codicilos testamentarios culminan con palabras de arrobamiento a su amada: "Eres roja y eres picante,/ eres blanca y eres salada/ como escabeche de cebolla." Al estilo del Quijote, termina su libro el poeta hablando de sus variadas transformaciones y confirmando su fe en la poesía.

De vez en cuando se volvía a la conversación sobre los títulos. Al cabo de poco tiempo me habló de una nueva obra que reincidía en las odas. "Pero —me dijo— no quiero llamarlo *Cuarto libro de odas*." Como acostumbraba, en ellas habla de todo, pero también viajes, vueltas y revueltas. "Llámalo, entonces *Navegaciones y regresos*."

Le conté, por mi parte, que acababa de terminar una novela sobre el campo de concentración de Pisagua. "Dame un título, le pedí. Tú que eres el gran titulero."

—*La cárcel transparente* —me propuso al instante. ¿Cárcel? No —le dije—. Es demasiado obvio.

Con el tiempo me arrepentí. Después de algunos años pensé que habría sido un nombre más afortunado que el de *La semilla en la arena*.

Pese a que su propuesta bautismal no fue acogida, escribió unas líneas bondadosas sobre el libro, nunca publicadas en cas-

tellano. Sólo aparecieron como prólogo a una edición portuguesa de la novela en 1981.

Nos gustaba entregarnos al deporte de los títulos. Algunos salieron en letra impresa. Otros se desvanecieron como vocablos perdidos pronunciados al desgaire en esas charlas que se hacían por el puro goce de la comunicación, movidos por el inefable deleite de la pasión por las palabras.

127. Neruda sí. Neruda no

A Neruda —se ha dicho— le gustaba hacer casas, libros, revistas. En 1955 aparece bajo su dirección *La Gaceta de Chile*. También se complacía en festejar la aparición de una obra, juntando a los amigos para firmar colectivamente una dedicatoria, o celebrar con vino y empanadas los tijerales de la casa que empezaba a construir. Conservo aún un ejemplar de *La Gaceta de Chile*, firmado por Neruda, Matilde Urrutia, Blanca Hauser, Antonio Quintana (Toñita y Toñito) y por otros nombres que no consigo descifrar por enrevesados o descoloridos.

El director envía una carta a los lectores de *La Gaceta*. Agradece los apretones de mano. Anuncia que Mariano Picón Salas y Miguel Ángel Asturias, desde Caracas y Buenos Aires, “nos envían noble prosa que publicaremos más tarde”.

Pero nunca falta el golpe del enemigo. Hay que contar con él. Una pequeña hoja nazi embiste contra la aparición de *La Gaceta...* y arremete contra Thomas Mann. El suelto lleva una firma muy apropiada: “Gestapo”.

Se adjunta a esta “Revista de Artes y Letras dirigida por Pablo Neruda” una separata, *Rosa de Poesía*, en papel verde hoja. Aquí están los poetas jóvenes de aquellos años. Publica una página de poderosa poesía de mujeres de España y de América, incluso versos de su nueva amiga porteña Sara Vial, que muchos años después escribirá un claro libro sobre Neruda y Valparaíso. Desde luego, dedica las páginas centrales a los cien años de *Hojas de hierba*. Por algo tiene en su casa un retrato de cuerpo entero de ese joven de barba blanca caudalosa, Walt Whitman, que lo precedió cien años en el *Saludo mundial*.

Conoce la felicidad de recibir libros suyos traducidos a idiomas inaccesibles. ¿Puedes traducirme este poema del persa?, me dice, bromeando. Ni del persa ni del árabe, ni del urdú, ni del bengalí, de tanto idioma inalcanzable que le va llegando.

Es un vicioso cautivado por ediciones primorosas. Practica el juego de los poemas-objeto. Está encantado con la separata de *La oda a la tipografía*. O con la publicación en Estocolmo de *El gran océano*. Le fascinan los caracteres caprichosos, las letras curvas, que respiran donaire. Le hubiera gustado ser imprentero. Siempre fue así. Desde su primera adolescencia dibujó portadas con bella caligrafía mayúscula para obras suyas que nunca dejaron de ser inéditas. Esa manía lo llevó a meterse en la imprenta donde se componía su primer libro y a discutir con el editor formatos, portadas, tipos, colores, espesor del papel, cuerpo de la obra, gracia de los títulos. Nunca perdió su impetuosa pasión por las seducciones implícitas en la letra impresa.

Está solicitado por todas partes. Los viajes lo fascinan. Forman parte de su gusto y de su programa de trabajo. Allí está su libro de prosa que acaba de aparecer. Se llama exactamente *Viajes*. Siempre en su vida habrá nuevas partidas y retornos. Parte a la Unión Soviética y otros países socialistas. Va a China. La pareja Neruda-Matilde comparte la travesía con la pareja Amado-Zelia. Sus amigos poetas chinos están tristes. Ven venir la revolución cultural como una marea oscura que puede envolver todo dentro de la noche.

Me escribe una carta de vuelta en Uruguay, el 7 de noviembre de 1956: "He tenido mucho éxito en este país. Los detalles son largos de contar. Salgo el miércoles para Río. Jorge ha insistido y arreglado el viaje. De allí voy a Buenos Aires a dar dos recitales y estaré de vuelta con ustedes a principios de mes". Por su correspondencia siempre cruza el aire que respira en su recorrido. "Parece haber pasado el peligro de guerra en Suez y haberse recuperado Hungría. Aquí hay un clima de provocación incesante, con propaganda anti por aviones y altoparlantes."

En el extranjero lo tratan bien y a veces mal. Todo puede suceder en la misma ciudad. El 30 de enero de 1957 Losada publica en Buenos Aires sus *Obras completas* en papel biblia. Son varios millares de páginas y de poemas. Hemos llegado a la época de las bibliografías exhaustivas a cargo de un secretario suyo inolvidable, evanescente, Jorge Sanhueza, repentinamente atrapado por la muerte a una edad temprana. Esa obra indispensable es proseguida y coronada por Hernán Loyola, con rica indicación de ediciones, anticipaciones, apartados, publicaciones respecto de cada libro. Ha llegado el tiempo en que Neruda se incorpora largamente a los estudios eruditos. Es diseccionado y analizado con lupa por exégetas, a veces más fríos que maravillados. Es la época en que empieza a recogerse la "Nerudiana

dispersa", las cartas, los prólogos, los discursos, los artículos, las tarjetas de invitación.

Es muy difícil encontrar un crítico o estudioso de la literatura chilena que no haya escrito sobre Neruda. Resulta imposible hacer aquí un enunciado completo de sus nombres, porque forman legión dentro y fuera de nuestro país. Además de los ya nombrados en las páginas de este libro debe mencionarse la obra muy autorizada y caudalosa escrita sobre el tema por Jaime Concha—incluyendo su libro llamado *Neruda*—, y la erudita tesis doctoral de Eugenia Neves, aparte de los análisis de Juan Loveluck, de los críticos Juan Alazraki, Saúl Yurkievich, Alfonso Carrasco Vintimilla, Emilio Miró, Frank Riess, María Magdalena Solá, Carlos Santander, Jaime Giordano, Luis Ñiño Madrigal.³⁶

Decíamos también que a veces lo tratan mal. Si en Italia y en Francia quisieron detenerlo y expulsarlo, como primores de la Guerra Fría, en Buenos Aires lo arrestan el 11 de abril de 1957. Permanece un día y medio en la Penitenciaría Nacional. Neruda está en el centro de la polémica. Da, recibe y vuelve a repartir.

Es la hora en que el poeta pasa a la canción. Su "Romance de los Carrera" tiene música de Vicente Bianchi, como su "Canto a Bernardo O'Higgins". El tema patriótico le lleva hasta los cuarteles. Junto con la "Tonada a Manuel Rodríguez", forman parte de los coros militares.

Nascimento publica en 1957 una *Nueva antología* de Pablo Neruda, que desencadena una sucesión de tempestades. En verdad es una tercera edición de la *Antología*, conformada por Arturo Aldunate Phillips, Margarita Aguirre y Homero Arce, que incluye poemas de los tres libros de *Odas* y algunos posteriores.

La tormenta eléctrica la suscita la política.

Alone cita a un investigador francés que llega a la conclusión matemática de que el poeta alcanza la cumbre y produce su obra maestra allá por los cincuenta y seis años. Habrá que celebrar la precisión.

No siempre Alone es entusiasta. Eso sucede cuando no le gusta "el mensaje" del poeta.

En *La Nación*, Germán Sepúlveda, el 23 de febrero de ese año, comentando la misma antología, aborda directamente el porqué de la artillería gruesa que se dispara contra Neruda, en aquellos tiempos también desde Europa. La revista *Cuadernos*, del Congreso por la Libertad de la Cultura, se especializa en la publicación de "tarascones" en su contra, por parte de Julián Gorkin, Javier Abril y Ricardo Paseyro. Estima que están afec-

tados de lo que Max Scheller llamó el "resentimiento existencial", y que el medievalista español Ramón Menéndez Pidal denominó *invidencia*, "la tristeza del bien ajeno", vulgarmente la envidia. Recordó que en el Encuentro de Escritores, en Concepción, el ensayista Mario Osses sostuvo que "la grandeza de Neruda consiste en que se le puede 'pelar' indefinidamente".

Detrás de todo esto, del vituperio tan organizado y rentable, había algo más. Su posición política.

El Congreso por la Libertad de la Cultura lo emplaza y él desemplaza a sus enemigos sin contemplación. Nunca cederá a la presión del enemigo. "No dejaré jamás de ser comunista", enfatiza en una conferencia ofrecida en el Teatro Municipal el domingo 15 de junio de 1958. A nombre de los intelectuales comunistas habla en los funerales de Galo González, Secretario General del Partido, en marzo de ese año. En mayo es elegido Presidente de la Sociedad de Escritores de Chile. Ese mismo mes dirige una carta al presidente Ibáñez concerniente a la irregular condición cívica de los ciudadanos borrados de los Registros Electorales, entre los cuales se encuentra él mismo. Y el 3 de agosto de 1958 grita: ¡Victoria! Lo hace en un artículo publicado en el diario *El Siglo* titulado "Éstos son días gloriosos: ha fallecido la ley maldita".

128. *Días transparentes y nublados*

El poeta tiene brío combatiente. A la vez no hay nadie más preocupado de los escritores, así como de las causas extraliterarias que se relacionan con la suerte de un mundo en peligro. Es un poeta guerrero por la paz y también por la poesía.

En *Ercilla* último número del año 1953, responde al libro de Leopoldo Panero, *Canto personal*, antinerudiano de título y sustancia, de principio a fin. En septiembre de 1954, desde Isla Negra publica su "Bienvenida a Gabriela Mistral", de paso en Chile después de muchos años.

En noviembre de 1955 lee un texto en prosa sobrecogida durante los funerales del padre del criollismo chileno, Mariano Latorre.

Cada vez que puede escapa hacia Isla Negra, pero hasta allá lo persiguen los estruendos de la ciudad. "Valentín, ignoto, inasible y tontorrón, por qué no vienes hacia el mar? Tenemos que hablar"; me escribe en una carta el 17 de enero de 1957. Se

refiere a alusiones "soeces e indecentes" de cierto crítico. Anuncia que atacará. "Naturalmente, esto lo haré a mi manera, con odas que causarán escozor por varios años venideros. ¡Muera el paraguas! Los verás dentro de poco revolcarse en su veneno."

El 9 de marzo insiste en la invitación: "Aquí hay días transparentes. Escribo varias veces al día. No seas poltrón y vénganse el sábado y nos iremos juntos el lunes. Por la continuidad de mi trabajo he decidido quedarme dos semanas seguidas en Isla Negra y quince días en Santiago todo el año. Así que puedo asistir a un atracón de reuniones en los quince días de Santiago. Llegaré el lunes dieciocho a mediodía. Iría al directorio de la Sociedad con garantías... Cuando nos veamos, pregúntame por Valparaíso."

Suelo recibir cartas tuyas despachadas desde muy distantes puntos del extranjero. Una de París, septiembre de 1957: "...aquí nos tienes de vuelta casi. Armenia, Ceilán, India, China y Moscú dan mucho que hablar. Pero eso será en la Isla Noire frente al fecundo océano". Recuerda a un temible niño Claudio, a quien apoda el "Desatornillador", por su incontenible afán de descubrir el secreto íntimo de todas las cosas... desarmándolas.

Otra está fechada el primero de noviembre en Estocolmo. Anuncia que se "embarcan en el 'Bolívar', de la Johnson Line. Este barco llegará a Valparaíso a mediados de diciembre". Se sabe que el poeta amaba las naves, los largos viajes, las travesías de meses, entre otras cosas porque de cada una de ellas llegaba con un libro escrito a bordo. "Estoy enfermo de un pie con una especie de reumatismo doloroso. Por eso escribo esta carta con mano de Pat-hoja... Tengo mucho que hablar contigo. Me iré directamente a Isla Negra, donde te espero. A no ser que nos sorprenda con tu aparición a la llegada. No estaría mal. Que no sepa nadie la fecha de nuestra llegada salvo los imprescindibles."

Participa en la segunda campaña presidencial de Salvador Allende. El 8 de agosto de 1958, un gran grupo de intelectuales lo proclama en el Baquedano. Neruda dice allí que "con Allende está lo mejor del pasado, lo mejor del presente y todo el futuro". Lo dijo quince años antes de la muerte de Allende y de su propia muerte. A nuestro juicio no estaba errado. Hablaron también allí un escritor narciso e iconoclasta, Benjamín Subercaseaux, lo cual era una gran novedad, y yo mismo, cosa que no tenía nada de nuevo.

Partimos a la costa. Parece que nos dirigimos a Isla Negra Pero nos detenemos un poco antes, en Cartagena. Esa noche de invierno el automóvil se para en una esquina y alguien nos lleva,

en medio de la oscuridad, caminando por calles desiertas, en esa temporada del año en que el balneario da una sensación de soledad. Entramos subrepticamente a una vieja casona de madera. Me llevan a un cuarto con dos camas. Una hora más tarde abren la puerta y aparece Neruda con su jersey espeso y su gorro de marinero mercante. Nos reímos. "Estamos haciendo vida clandestina", me dice. "¡Tú no sabes quién soy ni cómo me llamo!" Habrá que compartir la pieza semidestartalada.

Al día siguiente, en esa misma casa, comienza un Congreso ilegal del Partido Comunista de Chile. Neruda habla sobre la necesidad de unir pueblo y cultura; que el Partido de los obreros se convierta también en el Partido de los intelectuales. Algo de esto se consiguió. Diez años después de la muerte del poeta, los comunistas chilenos se proclaman con orgullo el Partido de Recabarren y de Neruda.

La política no es en su caso un inconveniente para los asuntos del corazón. Mientras más atareado aparece en menesteres públicos, más versos sentimentales escribe. Como para abofetear a aquéllos que hablan que las malas juntas comunistas le han secado el alma, está escribiendo nada menos que *Cien sonetos de amor*, consignados a su señora muy amada, Matilde Urrutia, a la cual se lo propone en un prólogo, fechado en octubre de 1959, con estilo de pastiche caballeresco. No le dedica rimas que suenen como "platería, cristal o cañonazo", sino "sonetos de madera, labrados con hachas, cuchillos y cortaplumas, pequeñas casas de catorce tablas para que en ellas vivan tus ojos, que adoro y canto".

Ya el libro precedente, *Navegaciones y regresos*, un aparente cajón de sastre, anduvo por todos los meridianos, elogiando en ciertas páginas los nombres de Venezuela, a la cual había dicho adiós, con grandes dificultades, después de recorrerla durante cinco meses.

Recuperó la voz y retornó en 1958 por milésima vez a su patria chica. Desde la ventanilla del tren que recorre la provincia de Cautín, como cuando era niño, no ve a nadie en los pueblos de madera. La lluvia se pega a los muros como la yedra y el musgo sedoso. Ya los suyos no están. Desaparecieron las personas, las cosas familiares. Siente la sensación que eso es realmente irse. Porque "irse es volver cuando sólo la lluvia,/ sólo la lluvia espera./ Y ya no hay puertas, ya no hay pan. No hay nadie."

Ha ido de los lagos del sur chileno, al lago Razliv. "Me gusta ver a Lenin pescando en la transparencia/ del lago Razliv..." Él lo siente en cierto modo como alguien que se le parece, porque

también soñaba. O le hubiera gustado parecersele. Se ruega no confundir. "Cuidad de confundirlo con un frío ingeniero,/ cuidad de confundirlo con un místico ardiente./ Su inteligencia ardió sin ser más cenizas,/ la muerte no ha helado aún su corazón de fuego."³⁷

A fines de 1959 aparece en edición privada, por suscripción, *Cien sonetos de amor*. El libro del amante cincuentón, que ha descubierto la sabiduría, con las cuatro estaciones de la vida, la mañana, el mediodía, la tarde y la noche. "Espero, amor, violeta coronada de espinas..." Porque se trataba de una relación por donde pasaban las cóleras de la pasión y de los celos. Ardían en un "fuego doloroso". A ratos parece volver al resplandor quemante de *El hondero*: "Tengo hambre de tu boca, de tu voz, de tu pelo..., plena mujer, manzana carnal, luna caliente..."

Matilde no es la Vecina. Domina las artes del corazón y las artes domésticas. Es también la abeja reina y la abeja obrera de la colmena que no matará a su rey zángano. Es la salsera, condimentadora y restauradora en el mundo de la cocina. Nada se le escapa en el reino casero. "Tu casa suena como un tren a mediodía,/ zumban las avispa, cantan las cacerolas..." Tal es el cuadro hogareño de lo que sucede cualquier día de semana bajo la voz del agua y de los leones. A veces "Homero sube con zapatos sigilosos", no el poeta ciego de la *Ilíada*, sino su secretario.

A la pareja le llega todo. Incluso los golpes que vienen de afuera. Ella es fuerte. Y esas flechas parecen no afectarla demasiado. Todavía andan circulando por allí algunos que critican aquel amor. Los sonetos recogerán también cierto brillo de cuchillos. En un momento el poeta preguntará: "Matilde dónde estás?" Ella le hace falta como la gran lluvia del sur en el invierno. Recuerda cuando Diego Rivera le puso "dos cabezas de volcán encendidas" y allí secretamente quedaron enredados los ojos del poeta.

La noche se asocia otra vez a uno de sus elementos, la muerte. "Cuando yo muera quiero tus manos en mis ojos."³⁸

129. *Sebastiana y botas*

Los tijerales de La Sebastiana, en la punta del Cerro Florida, de Valparaíso, fueron alegres. Invitaban Neruda-Matilde, habitantes del último piso; el doctor Francisco Velasco y Mari Martner, que ocuparían el de abajo. Era una edificación particu-

larísima. La casa no se veía desde la calle. Estaba detrás del teatro Mauri (así llamado por Mauricio, hijo del propietario). Para llegar hasta ella había que atravesar el "Callejón de los Meados". A diferencia de Isla Negra, la otra casa junto al mar, aquí casi no hay espacio. Hay que ganarlo hacia arriba, a través de la escalera de caracol. Neruda comenzó a construirla en el año 1958. Y lo hizo sobre un pie forzado, porque la obra gruesa ya estaba hecha. Permaneció cerca de diez años como una construcción inconclusa y abandonada. Tuvo que llegar el ojo del poeta para que descubriera allí, donde moraban los fantasmas y los murciélagos, esa casa que tanto había querido tener en Valparaíso. La compró a la sucesión de un comerciante y constructor español, Sebastián Collados, que nació en Tamarit de Litera. El nombre del pueblo originario de su vendedor le recordó a Federico: el *Diván de Tamarit*. El hombre, que había hecho fortuna, tenía algo de soñador. Quería dedicar un piso de la casa a pajarera. Y en la cima de la torre, en la terraza, que cubría también el cinematógrafo, se decía, cosa muy rara para ese tiempo, que proyectaba instalar un pequeño helipuerto. Cuando supo esas historias Neruda entró en trance. Tenía que comprar aquellas ruinas con aparecidos y honrar a ese poeta español, muerto hacía diez años, que no escribió versos, pero que había escogido como ubicación el sitio preciso para abarcar de una mirada todo Valparaíso, por lo cual lo sentía un espíritu afín.

A decir verdad, arquitectónicamente hablando, la casa planeada era un disparate; lo más antifuncional imaginable. Ninguna comodidad real. Cada ascensión era como subir otra vez el cerro. Problemas de agua. Además con el primer temblor, la torre se vendría abajo. Tal vez por eso estuvo diez años sin que nadie se interesara por ella.

La escritora Sara Vial era amiga de la hija de Sebastián Collados. Una rubia fina, con aire céltico. Le habló de esa obra gruesa que no tenía cotización en el mercado de los compradores. Acompañado por la descubridora, Neruda recorrió el Camino de Cintura, la Avenida Alemania y vio la casa de noche. En la oscuridad divisó al faro de Punta Ángeles, cerca de la Piedra Feliz, donde suelen juntarse los enamorados y lanzarse a la muerte los suicidas. La aceptó de inmediato.

En tres años terminó de construir la casa, que resultó una prima vertical, encogida, apretadísima en cuanto a terreno, de Isla Negra, y una hermana no gemela de otra construcción de altura, La Chascona. Arriba la biblioteca. Allí trasladó el caballo de su infancia, salvado del incendio en Temuco y restaurado por

la mano de Julio Escámez. Un pequeño dormitorio en el cuarto piso. Más cerca del cielo celebramos varios Años Nuevos, mirando desde la terraza el espectáculo de la bahía iluminada.

El terremoto del año 1965 echó abajo la torre y desplomó el mascarón del pirata Morgan, que presidía el comedor como el terror de los mares.

Valparaíso era para Neruda uno de los puntos más fosforescentes del mundo. Esa noche de Valparaíso en que fue a conocer La Sebastiana se le hizo claro el puerto, "encendido y rumoroso, espumoso y meretricio". Le intrigaba el destino de ese puerto que la apertura del Canal de Panamá precipitó en la decadencia. Más que una ciudad con historia, era un puerto con historias. Antes, todos los navíos, todas las fragatas que habían dado la batalla contra borrascas y ciclones en el Cabo de Hornos, pasaban por su rada. Los surcadores del Estrecho de Magallanes hacían allí la esperada escala. "En algún barco llegó un piano de cola, en otro pasó Flora Tristán, la abuela peruana de Gauguin; en otro, en el 'Wager', llegó Robinson Crusoe, el primero, de carne y hueso, recién recogido de Juan Fernández."

Como en *España en el corazón*, donde cede al llamado de los nombres de los pueblos peninsulares, aquí se extasía con la toponimia de los cerros porteños, paladeando las palabras: Cerro Alegre, Cerro Mariposa, Cerro de La Lobería, de las Jarcias, de las Alfareras, de los Pequenes, de los Chercanes, del Árbol Copado, de la Cabritería, de don Elías, del Membrillo, del Buey y, por último, de La Florida, donde, recuerda con cierta ternura soberbia, "está mi casa".

En la ciudad de las escaleras, "si caminamos todas las escaleras de Valparaíso habremos dado la vuelta al mundo".³⁹

Valparaíso era para él una ciudad que había visitado muchas veces, pero donde no había vivido antes. Necesitaba crear rápidamente su ambiente, establecer su cofradía de amigos. Ése era su carácter. A poco andar formó en el puerto el Club de La Bota; exactamente el 3 de junio de 1961, en el restaurante Alemán frente a la plazuela Aníbal Pinto, donde en medio de la fuente, el dios Neptuno sostenía su tridente. El poeta aportó al bautismo de la corporación de amigos una gran bota de cerámica, completada por jarras que hacían juego con ella. La había traído de México. Se instalaron en un reservado, separado del resto de los parroquianos por unos tabiques de madera. Los miembros de la cofradía de La Bota eran llamados *botarates*. Neruda trajo un Libro de Actas, donde se dejó constancia de la constitución del directorio, formado por el Soldado Desconocido, el Bombero

Misterioso, el Navegante Solitario, la Pantera de Cerro Alegre y otros directores igualmente prestigiosos. Eran de la partida Elena de Troya, Elena Gómez de la Serna, sobrina nieta de Ramón Gómez de la Serna, y Lorenzo el magnífico, el pintor Arturo Lorenzo, jóvenes españoles republicanos, pasajeros del "Winnipeg", que partieron con ese barco desde el muelle de Trompelout, próximo a Burdeos. Los dos futuros botarates se conocieron allí, o sea Neruda fue el indirecto agente matrimonial de esa boda de Elenita de Troya y Lorenzo el Magnífico.

130. *El fiestero*

Pensaba en las fiestas que iba a celebrar con mucha anticipación y aunque estuviera muy lejos. Las proyectaba hasta el detalle. Recibíamos inspiradas comunicaciones, precursoras de *Comiendo en Hungría*.

Queremos almorzar con ustedes, en Isla Negra, el 1 de enero de 1958. Menú imaginario: Superporotos granados. Humitas y Antihumitas. Sublime cochayuyo. Hemisferios de Tomate. Nieve de cebollitas. Al fin Congrio frito. Empanadas elementales. Asado por la Pucha. Cazuela Nacional. Pollo Puro Chile. Antes y después de almuerzo se beberán diversos Sputniks. *Pablo-Matilde*.

Alta Mar, cerca de Curaçao, 5 de diciembre de 1957.

No sólo era un poeta *gourmet* y un epistolero de la Buena Mesa. Cuando escribió la "Oda al caldillo de congrio", que es una receta de cocina elevada al cubo de la alta poesía, este Brillat-Savarin en verso estaba hablando de platos que sabe hacer en la vida práctica. Conoce, desde luego, los secretos criollos y universales de la cebolla. Por eso se aventura en un duelo o concurso italiano-chilensis con famosos cebolleros europeos. Este sabio en la composición de la materia comestible —y casi todo lo es en el mundo de la naturaleza— suma las ciencias ocultas australes a las brujerías de la piedra y el fuego que se dan en los curantos. Una tarde nos invita en Isla Negra a una conversación en el jardín. Entre el ancla y el bote en tierra, el locomóvil y la campana, aparecen unos choritos recién sacados del mar. Va hacia los pinos, arranca verdes espinas de su follaje, recubre con ellas los mariscos y les prende fuego chisporroteante

y nervioso. ¡Maravilla! La mano ardiente los abre como por encanto, a la manera sureña. Saben triplemente sabrosos, como sumando el perfume del mar, de los pinos y la fuerza del fuego.

Un día, en nuestra casa, celebra un plato que no conoce. Está muy sorprendido. Pregunta a Eliana por su nombre. Su teatral euforia se duplica cuando sabe que tiene un nombre que debería incorporar a su poesía. Se llama Cordero azul.

131. *Epístolas*

Metida entre ceja y ceja, desde hace por lo menos veinte años tiene una obra que llamará *Las piedras de Chile*. Estaba dedicado a la contemplación del roquerío y miraba las reproducciones de un fotógrafo de altura, Antonio Quintana, cuando le llegó desde Francia un libro como el que soñaba, hecho por Pierre Seghers y una venezolana que retrataba piedras de la costa atlántica y mediterránea, Fina Gómez. Él cantará las piedras de otro litoral más salvaje, del sur de América, los cinco mil kilómetros de acantilado que bordean el país hondo y frío. Las piedras son los huesos de la tierra.

Mi compañera Gabriela Mistral —afirma en el prólogo— dijo una vez que en Chile nos vemos pronto el esqueleto, tanta roca tenemos en montañas y arenas. Es mucha verdad lo que dijo, como siempre. Yo vine a vivir a Isla Negra en el año 1939 y la costa estaba sembrada de portentosas presencias de piedra, y éstas han conversado conmigo en un lenguaje ronco y mojado, mezcla de gritos marinos y advertencias primordiales.

Ese diálogo entre el hombre y los gigantes pétreos compone la espina dorsal de su nueva obra.

En su calidad de jurado del Premio Lenin tiene que viajar a Europa todos los años. En 1960 visita otra vez la Unión Soviética. Bromea desde lejos, en Yalta. El 8 de mayo me toma el pelo, que no tengo. No puede perderse la chanza: "Faltó usted, don Valentín, para otra reunión de los grandes." Luego, Polonia, Bulgaria, Rumania, Checoslovaquia.

Reside unos meses en París. Pablo Picasso da vida a dieciséis aguafuertes que acompañarán a la traducción francesa del poema "Toros" ("Entonces el toro fue sacrificado"), que realiza un gran amigo de Neruda, el poeta Jean Marcenac. El tradujo también sus

Cien sonetos de amor (La Centaine d'Amour). Con él compartimos, junto a Matilde, el acto de homenaje a Neruda en la UNESCO. (Cuando escribo este párrafo me golpea la pena de saber que Jeannot —así lo llamaban Neruda y todos sus amigos— también ha partido para siempre. Pablo, entre los versos que le dedicó, dijo que “El caballero Marcenac/ ahora duerme en Saint-Denis./ En su casa se ha hecho un gran silencio/ porque su cabeza está en reposo”. Jeannot entonces vivía. Ahora ese poema, por desgracia, es más verídico que cuando lo escribió, con una pequeña errata, porque el habitante de Saint-Denis se ha ido a dormir su último sueño a su comarca natal de Figeac. Quedan sus poemas y sus memorias, cuyo título Neruda hubiera aprobado con una sonrisa de complicidad: *No he perdido mi tiempo*, porque responde a la misma idea de *Confieso que he vivido*.)

Después Neruda se fue a conversar con Jeannot —cosa que hacía casi todas las noches—; pero antes me ha despachado una misiva descriptiva, con mucho color de ambiente:

París, 8 de septiembre de 1960.

Querido Vol: a escasa una cuadra de aquí vive la novelista, que está más carnosa, con su marido, héroe de Turguenev, caballero cazador que refunfuña. Margarita (Aguirre) sostiene que, acosada por el pecado subjetivo y por el deber realista, no trabaja. Yo le dije: Trabaja y después averigua a qué escuela correspondes. Esto la dejó muy decepcionada, pues ella ama los grandes debates del alma y especialmente los literarios. En el fondo es una subterránea en un mundo que corre hacia la astronáutica.

Más allá viven Álvaro Jara, consorte, niñitos, más lejos nuestra vecina Marta Colvin. Si tú estuvieras y los Quintana, traeríamos a Orlando y al misterioso capitán Aguirre y continuaríamos comiendo prietas, plato que denominado *boudin*, es la cúspide de la *cuisine française*.

Por falta de plata total no vamos a Suecia, donde por otra parte se ha postergado indefinidamente la exposición chilena. Mis viajes no tienen capricho. Estamos por partir a Cuba (el 2 de noviembre) y de allí a I.N., de donde hablaré por todo el litoral sobre nuestro futuro diputado. Si partiéramos antes a Chile nos quedaríamos sin Cuba, porque las fuerzas navegatorias no nos alcanzarían. No cambiaremos de dirección aquí, y en La Habana la conoces...

Aragón acaba de terminar un nuevo libro de poesía que parece es muy bueno y comienza uno nuevo con el título de gran novedad, *Antología de Elsa*, con prólogo suyo de setenta páginas (!)

Alice sigue Gasear, Gasear escribe y escribe, cada vez mejor. M. Otero Silva pasa por aquí unos días.

París comienza a enfriarse con su humo viejo, su explotado Montmartre, sus innumerables mojones de perro y su pintura abstracta que poco a poco va pareciéndose a estos excrementos; es decir, se va haciendo realista sin sospecharlo.

Leo todas tus noticias de la próxima elección y te veo como eres: un jovencito, un tipo de la *nouvelle vague*. Apenas llegue, iré a todas partes, pero no olvidarse que mis huesos son más viejos. Tal vez sea la última campaña. Siempre habrá diputados.

Me alegra que gustaran mis versos caribes. Pronto saldrá en Cuba el libro, especie de bólido rimado.

Éste es el más largo esfuerzo epistolar de mi vida, y es una débil muestra de agradecimiento al placer inmenso que me causó tu carta. Tuvimos que ir al Hotel de Ville a buscarla, mostrando hasta la fe de bautismo (no mandes nunca cartas certificadas a Francia). Mientras cruzábamos el *Marché des Fleurs*, la Patoja y yo nos arrebatábamos las dos escasas pero sabrosas páginas de tu misiva. Distráete y distráenos escribiendo, que no tienes dos lectores iguales en el mundo, a Pablo y Matilde, que te quieren.

132. Una heroína olvidada

Hace tiempo que le intriga una mujer muerta. "Escribo conferencias —me dice en carta manuscrita a bordo del 'Italia', cerca de Balboa, en enero de 1958—. También un largo poema sobre Manuelita Sáez, la amada de Bolívar. En Paita, de donde es la chancaca, murió, muy viejecita. Bajamos a ver su tumba. Sobre este tema es mi poema."

Le rinde sus debidas admiraciones y respetos en *Cantos ceremoniales*, libro en el cual trabaja hace tiempo. "La insepulta de Paita" comienza como crónica de viaje, "desde Valparaíso por el mar". La nave bordea la costa peruana, y "en Paita preguntamos/ por ella, la Difunta:/ tocar la tierra de la bella Enterrada./ No sabían. No sabían dónde/ falleció Manuelita,/ ni cuál era su casa,/ ni dónde estaba ahora/ el polvo de sus huesos!" Entonces se lo preguntaron al mar. A ella le falta el amante. La buscaron en vano. El poeta quiere sacarla del polvo de Paita. La invoca para que vuelva a ser una muerta antigua, un nombre radiante, al menos para que tengan nombre sus huesos. Con esto, "el amante, en su sueño, sentirá que lo llaman". El poeta dejó los muelles de

Paita, podridos de cajones y de fardos de algodón. El barco toma distancia. Cae la noche sobre la tierra. Siente que navegan hacia el olvido.

133. *Maremoto en su infancia*

En París le llega la noticia del cataclismo, el terremoto de 1960, que ha asolado su sur arrollando su Puerto Saavedra. Es la ira de los volcanes, el desacuerdo de las placas terrestres. El mar, que devoró el malecón, entró por las ventanas. Han caído las torres, han caído las campanas. Hay que fundar otra vez la patria temblorosa. Se da a la tarea en Europa. Pondrá la poesía y la pintura en pie para reconstruir un muro, una puerta, un pedacito de pueblo. Pide y da noticias. El 6 de agosto de ese año lamenta que nos hayamos desencontrado en Europa:

Queridísimo Vol: Nada sé de tus vidas, salvo de un viaje tuyo que conocí cuando te habías vuelto y revuelto. Yo estoy en semirregreso, aquietándome junto al Sena. Hemos adquirido libros y dos cotorras que gritan como congolese en libertad. Tu casa, en la isla Saint Louis, de la que no me aparto. Pienso volver por Cuba a fines de año. Descanso de viajes y desembrollo mis intrínquilos editoriales. Matilde lava, barre, cocina y adquiere de cuando en cuando sombreros ridículísimos de playa. Es verano en París, estación ideal. Los cines semivacíos, hay taxis, sitio donde sentarse en los cafés y los librerías, en donde compré Eugene Sue en 60 tomos dejando una seña, han cerrado por un mes y no necesito pagarles. En Kafka me encontré con Varas y con don Luis. [...] La sueca de Parra, devastadora de *coeurs de poètes*, pasó por aquí albergándose *chez nous*. Bello animal especializado. Mis achaques reumáticos me llevaron a Yalta. En general, mis huesos se resienten con la inmensa cantidad de minutos que pasaron desde que se formó en Parral mi esqueleto... Te mando algo de mi *Canción de gesta*, el libro del Caribe que terminé en el barco al venirme. Si lo das al Siglo, bien. Posiblemente iremos a Suecia el 10 de septiembre a inaugurar la semana de auxilio a Chile.

Por ahora se publicará en París un poema mío en edición de lujo (100 ejemplares con ilustraciones de Picasso, Dalí, Tamayo, Miró, Matta, Portinari, Siqueiros, Lam, Zañartu, Poleo y un español que se me olvida). El total recaudado será para los damnificados nuestros y reconstrucción. Serán algunos millones!

No sigo para recibir tu respuesta. Telefona a Laurita y ándate por un mes a Isla Negra! No seas poltrón.

Mientras tanto, Matilde y yo te abrazamos largamente, tiernamente, con todas las nostalgias que ya comienzan a mordernos. Adiós. P.
18, Quai de Bèthune, París IV

134. *Los barbudos de la Historia*

Después de recorrer tanto país y dar cima a varios textos volverá lentamente en barco. A punto de zarpar, me despacha unas líneas desde Marsella:

Nov. 11, 1960. El chateâu de If, entre unas olas antiliterarias. Los jóvenes poetas del puerto, todos de la familia. El Vieux Port, lleno de cordel y vela. Maravilloso puerto con Montecristo, primer barbudo de la Historia! Salimos mañana para Cuba. Creo que antes de 1961 estaremos hablando por los codos del candidato a diputado por Isla Negra. Abrazos! P. y M.

En La Habana el 3 de diciembre. En Chile, lo espero, pasaremos el Feliz Año en la Sebastiana!

El 12 de abril de 1960, o sea, a poco más de un año del triunfo de la Revolución Cubana, Neruda, en un viaje de América a Europa, a bordo del paquebote "Louis Lumière", termina de escribir *Canción de gesta*, que dedica "A los libertadores de Cuba: Fidel Castro, a sus compañeros y al pueblo cubano; a todos los que en Puerto Rico y en el Caribe combaten por la libertad amenazada desde el Norte." Reitera en el prólogo que asume con orgullo sus "deberes de poeta de utilidad pública, es decir, de puro poeta". Él quiere dar algo. "Tanto sufrieron nuestros pueblos que muy poco les habremos dado cuando se lo hayamos dado todo."

Estos versos los leyó en muchos puntos del continente. Estaba Neruda orgulloso de que fuera el primer libro que un poeta en cualquier parte del mundo hubiera dedicado a la Revolución Cubana, a la cual, no obstante dolorosos malentendidos, siguió defendiendo mientras vivió.

El libro se abre con "Puerto Rico, Puerto Pobre", sugerido, como se cuenta en la primera parte de este libro, por una evidencia que ya lo sacudió siendo joven, antes de su partida al Oriente. Puerto Rico es la tierra irredenta. El tercer poema habla

de los gusanos de una dinastía que en Nicaragua deshonran la sangre de Sandino y la semilla de Rubén Darío. Neruda no alcanzó a ver la Revolución Nicaragüense triunfante, pero la anunció, llamando a la "estirpe de la espada enfurecida". "Sandino era una torre con banderas,/ Sandino era un fusil con esperanzas." Se llamaba Somoza "el traidor/ el mercenario, el sátrapa, el verdugo..." Vino el valiente Rigoberto López y le cortó la vida de una ráfaga. Son las tristezas y las luchas de América Central. El asesinato en Guatemala. "En Salvador, la muerte."

En el cuarto poema aparece Cuba. Surge la mano de Fidel. "Fidel Castro con quince de los suyos/ y con la libertad bajó a la arena!" Recuerda al hombre que vio lejos y vio cerca, a los ojos de Cuba que florecen: Martí. Y, junto a Martí, atravesando los años y la selva, divisa al capitán del pueblo.

La libertad llegó a América por Cuba. El romance endecasílabo cobró la resonancia del metro heroico de la poesía castellana preclásica. Toma a Puerto Pobre, habla de Venezuela, de las aves del Caribe, de las tristes reuniones de la OEA, de la explosión del "La Coubre" en 1960. Vuelve los ojos a Panamá y a su Canal, a las ignominias de la "prensa libre" y a aquel día en que "desde la cama en Buenos Aires me llevó a la prisión la policía". La "prensa" estaba preocupadísima del último divorcio en Hollywood, pero calló finamente esa detención de un poeta sin importancia. Volverá a la verdad y a la decencia "bailando con los negros, con mis hermanos negros de La Habana".

Propone "un minuto cantado para Sierra Maestra, una meditación sobre ella, mirando al año 2000".

... Señala en Cuba la común bandera
del hemisferio oscuro que esperaba
por fin una victoria verdadera.

En su libro *Fin de mundo* vuelve a Cuba, rindiendo honor al puñado de desgredados héroes de la aurora: "Honor y tambor y loor/ a los pájaros de la pólvora/ y al perfil de los insurgentes."

Respecto del problema planteado años más tarde en la carta firmada por escritores cubanos, Neruda manifiesta en *Confieso que he vivido*: "Un punto ciego, un pequeño punto ciego dentro de un proceso, no tiene gran importancia en el contexto de una causa grande. He seguido cantando, amando y respetando la Revolución Cubana, a su pueblo, a sus nobles protagonistas".⁴⁰

La usina Neruda está trabajando en *Plenos poderes*, que Losada publicará en septiembre de 1962. Ese libro tiene mucho que ver con Valparaíso, con el océano, con la palabra humana, que a veces se le prohíbe por una afección a la garganta. Él tomará la palabra con la pluma, la palabra que tiene líneas. La navega amorosamente por los estuarios del idioma, la pronuncia en silencio. Brinda una copa por la palabra.

Y otra por el constructor. Ese constructor que edifica sobre la quimera es él. Esta quimera puede llamarse La Sebastiana. La hizo primero de aire. Después vino el cemento, el hierro. Le puso las puertas más baratas. Varias veces lo acompañé a empresas que se alimentan con el detritus de los edificios tumbados, que vivían de las casas muertas y se enriquecían con las demoliciones. Con estos materiales de desecho fue levantando su pajarera.

Todo lo que falta, dice, será azul. La casa, de todos modos, va a florecer. "Y eso es trabajo de la primavera."

Le gusta mensurar el tiempo y gozar sin horas de la risa. Honor, pues a un cronometrista de Valparaíso, don Asterio Alarcón, a quien acaba de conocer, pero que mide los minutos como si fuera el Hombre Reloj.

Aparte, muy aparte, "Oda a Acario Cotapos", el más formidable humorista entre todos los amigos que tuvo en su vida, el gordo de la comicidad surrealista que sólo podía compararse a Chaplin, siendo tan diferentes como el violín de un libro. Compuso *El pájaro burlón*. Ese pájaro era él mismo. Un burlón juguetón y bondadoso. Acario poseía varios monopolios: conocía el teléfono secreto de los gatos, representaba la navegación de los barcos a rueda por el río Mississippi; contaba historias de Iván, el Terrible en ruso antiguo, sin saber una palabra del idioma, y cantaba a su modo el papel de Boris Godunov. Actuaba la llegada de Hitler a los funerales de Hindenburg. Anunciaba la elección del nuevo Papa. Entonaba como ópera cómica una agitada sesión en la Cámara de Diputados de Francia. Mimificaba el vuelo del jabalí cornúpeto que, inflado como zeppelin, viaja al Brasil para descender sobre el Amazonas. Y todo esto, con música de orquesta completa en la que él personalmente y por sí solo era piano y trombón, flauta y violoncello, oboe y arpa; pájaro Acarín. Un loco irrepetible. El único que entraba en competencia con Federico García Lorca, quien se rendía ante este *clown* mago capaz de imitar, con los matices del oído

absoluto, todos los campanarios del Vaticano para anunciar las aleluyas del humo blanco. En España se le contrataba para representar en el cine adiposos obispos, y extendía como nadie su diestra para que los devotos le besaran la sagrada esposa. Un día, en París, despierta en su pobre cuarto, ubicado en un sótano, porque unos taladros antimusicales derriban paredes opuestas, y entran dos obreros con cascos, cubiertos de polvo, portando la bandera francesa y cantando la "Marsellesa". Eran dos trabajadores de la construcción del Metro que esa noche, y en la habitación de Acario, habían terminado de abrir el túnel.

Fue un personaje único en la vida de Neruda. Sus enemigos eran los microbios. Usaba papeles aisladores desinfectados para no tocar los billetes. No daba a nadie la mano por higiene, menos a los flacos. Alguna vez acompañé a Pablo para verlo. Quería llevarle una alegría a él que era (para los demás) la alegría personificada. Porque durante los últimos años estuvo sentado en silla de ruedas, a consecuencia de un accidente automovilístico. En la Oda lo llama "maestro, compañero... Ahora/ escribo un libro de lo que soy/ y en este soy, Acario, eres conmigo".

Su amigo lo recuerda reviviendo las fábulas sin par del señor Puga Borne y el desfile de los bolivianitos.

Apareció en esas páginas, reverencias de risa, de amor y mundo, un poema-eje, que encierra su idea de un personaje múltiple del cual se siente parte: "El Pueblo". Originariamente estaba fechado en Isla Negra, marzo de 1962. Lo escribió como contribución al XII Congreso del Partido Comunista de Chile. Creo que pocas veces se han escrito cosas tan hondas para el congreso de un partido político. Para mí debería ser considerado texto clásico, de una verdad terrible y hermosa, sobre esa humanidad menospreciada, como para ser leído en todos los congresos comunistas. Y para que todos los revolucionarios lo lean por lo menos una vez al año.

El poeta asume plenos poderes. Los poderes del decir, de lo cual no se cansa nunca. Tal vez porque "el otro canta para que yo cante".

136. *Esbozos*

¡Novedad! ¡Novedad! Atracción magnética para los que sienten la tentación de meter la mirada en el interior de los VIP.

¡Ojo!: del 16 de enero al primero de julio de 1962, Neruda levanta varias puntas de sus siete velos. Se publican en la revista brasileña *O Cruzeiro Internacional* diez colaboraciones suyas bajo el título "Las vidas del poeta".

Las comento con él. "Son sólo un esbozo —me advierte—. Tengo la idea de escribir mis memorias. Esto es apenas un pequeño adelanto." De todos modos, esas páginas autobiográficas señalan el intento de hacer en prosa lo que siempre ha hecho en su poesía: contar su vida. Los títulos y el orden de esas diez crónicas denotan que el poeta está resuelto a narrar largamente cosas según una sucesión cronológica: 1. El joven provinciano. 2. Perdido en la ciudad. 3. Los caminos del mundo. 4. La calle oriental. 5. La luz en la selva. 6. En Ceylán, la soledad luminosa. 7. Tempestad en España. 8. Las entrañas de América. 9. Lucha y destierro. 10. Dicciones y contradicciones finales.

Estas páginas son una especie de primitiva columna vertebral de su libro póstumo *Confieso que he vivido*.

137. Poesía aérea y terrestre

Como es poeta del siglo XX, hace algo que se le va transformando en costumbre: escribir poesía en vuelo. En avión entre Iquique y Vallenar el 19 de febrero de 1961, garabatea a ochocientos kilómetros por hora un poema en memoria de Elías Lafertte. Lo cuenta con sesgo rubendariano: "Ahora que este hombre de oro/ por fin se puso a reposar/ comprenderán que si no lloro/ es porque me enseñó a no llorar".⁴¹ Tenía éste una dignidad y una figura de pueblo, ésa que encontró también en Modesto, figura de la Guerra Civil Española, con quien Neruda, en presencia mía, charlaba con calma horas de horas en una cervecería de Praga. Desde esa mesa escribe al otro poeta español, preso: Marcos Ana, encarcelado veinticuatro años, desde que era muchacho. No lo asusta el tema adventicio. La vida es mucho de contingencia y un poco de permanencia.

El militante Neruda publica en la revista *Principios*, de enero-febrero de 1962, "Al Partido Comunista de Chile en su cuadragésimo aniversario". En marzo pronuncia su discurso "Los héroes nuevos de América", en el XII Congreso Nacional del Partido.

Después de la reflexión política, la meditación literaria, todo entreverado. El 30 de marzo, la Facultad de Filosofía y Educa-

ción de la Universidad de Chile, en ceremonia pública realizada en el Salón de Honor, recibe a Neruda en calidad de Miembro Académico, "en reconocimiento a su vasta labor poética de categoría universal". Las palabras de recepción las pronuncia Nicanor Parra. Su discurso de incorporación, "Latorre, Prado y mi propia sombra", es una inmersión en corrientes diversas de la historia literaria del país y en la autoclarificación que Neruda hace de su imagen.

Unos años antes, el 11 de noviembre de 1955, había despedido en el Cementerio General a Mariano Latorre. Muchos exquisitos se permitieron fruncir la nariz ante este autor que sobre todo se propuso trasladar al cuento el campesino de Chile, emplazado en su mundo como apegado al mandato de la tierra. Neruda, subrayando de entrada que no tuvo relación personal con él, reconoce que a fuerza de razonamiento llegó a apreciar sus "condiciones de gran escritor... Un verdadero escritor nacional es un héroe purísimo que ningún pueblo puede darse el lujo de soslayar". Fue Latorre no sólo soslayado, sino víctima "de la malevolencia, personalismo o superficialidad de la crítica". Neruda está situado en un ángulo distinto, tanto literaria como socialmente hablando, pero para él es un tejedor del "mimbre patricio de la cuna nacional", y eso basta para reservarle su sitio.

Pedro Prado, el otro miembro de la Facultad que también ha partido, es para él muy distinto. Un antiprovinciano en una provincia atrasada y remota, como era el Chile de los años veinte. Neruda, que venía de la mudez, de una región en que bastaba con los monosílabos, de repente se encuentra a su llegada a la capital con un conversador torrencial, que siempre está divagando en grande, donde la palabra es una máquina de movimiento perpetuo transmitiendo ideas venidas a veces de lejos. Era un hombre que hablaba por el placer de la inteligencia desplegada a alto voltaje en todo momento.

Prado fue el primero que escribió sobre *Crepusculario* "una sosegada página maestra, cargada de sentido y presentimiento como una aurora marina". Pero los desacuerdos con él fueron apreciables. Neruda era más la calle y la naturaleza. No podía soportar la disquisición sin fin sobre el misterio de la existencia sin hacer nada por la vida real. En medio de su pobreza rechazaba la austeridad. No lo seguía en su sempiterna elucubración metafísica. A Pedro Prado no lo tocan los oleajes de la Revolución literaria. La Revolución social, menos. En cambio, Neruda está tan seducido por Apollinaire y, antes, por Stephan Mallarmé que publica *Tentativa del hombre infinito* sin puntos ni comas.

Y se interesa entonces por un individuo aún más peligroso: Lenin.

En la indagación de sus raíces, Neruda llegará lejos: a "nuestro primer novelista criollo", paradójicamente un poeta, Alonso de Ercilla. Ha tenido después amigos que por el don diseccionador de la inteligencia llevada al extremo le han recordado a Prado: André Malraux, Louis Aragon, Ilya Ehrenburg, ciertamente bien distintos por cien capítulos.

138. *Misteriosa simultaneidad de las ideas*

Sugere sincronismo de los movimientos de 1810 que llevaron a la primera independencia de nuestras naciones latinoamericanas. "Sonaban disparos en todas partes, desde Texas y California a las cordilleras de la América austral. Se bordaban apresuradamente las nuevas banderas." Es el tema que trata en marzo de 1962 en el XII Congreso del Partido Comunista de Chile.

Quieren que el poeta reniegue políticamente. Hay una campaña en esa dirección. Nunca lo consiguieron.

No se le podía entonces —agrega—, echar la culpa a Marx, ni a Lenin, ni a la Unión Soviética, ni a Cuba. Ni a Nicaragua, hoy. En el fondo estaba la historia. Y como un agente de ella, la Revolución Francesa y la invasión de España por Napoleón. Detrás de esa simultaneidad no tan enigmática se hallaban las ideas. "Volaban las ideas, como vuela el polen y como si los surcos estuvieran preparados y abiertos, crecían las semillas de la liberación, las ideas republicanas, trasplantadas de Europa, se convertían en robustos árboles en todo el territorio americano..."

Neruda refiriéndose a Bolívar, expresó: "Despierta cada cien años cuando despierta el Pueblo. Quise decir con este vaticinio —explica— que una segunda independencia encontraría sus nuevos padres de la patria".

Contó que hacía dos meses había estado en una reunión de escritores y académicos de todo el continente, propiciada por la Universidad de Concepción. Allí un profesor norteamericano, vinculado al Departamento de Estado, desarrolló la idea de que el imperialismo viene exclusivamente de Europa. "Felipe II y Napoleón fueron imperialistas. Nosotros no conocemos el imperialismo. Y para que nunca llegue a nuestras costas debemos unirnos en un sistema federal de gobierno." Un joven escritor mexicano, a quien Neruda no había visto antes de la reunión,

Carlos Fuentes, pidió una interrupción y preguntó: "Señor, ¿qué quiere decir usted con federalismo? ¿Una república federal de las naciones latinoamericanas por sí solas o en conjunto con los Estados Unidos de América del Norte?..." El catedrático de Columbia respondió, tartamudeando: "Hablo de federalismo de todo el continente, incluyendo a los Estados Unidos." Neruda recordó que veinte manos se levantaron para pedir la palabra. Eran las manos de nuestro continente. Durante dos horas seguidas desfilaron en aquella tribuna todas las agresiones del imperialismo contra nuestras nacionalidades. La política de Washington, invariablemente, ha sido en nuestra América ayudar a los tiranos, a los reaccionarios, a los verdugos.

En esta reunión, el poeta relató que hacía tres días había recibido una carta del mismo novelista mexicano, en que le decía: "Cuanto te diga de la farsa de Punta del Este sería poco. Las presiones, los chantajes y la compra de votos se efectuaba a la luz pública, entre manotazos y gritos de los senadores norteamericanos encargados de 'ablandar' a los ministros latinoamericanos. ¡Qué tragicomedia! No sabía uno si reír o llorar frente a esa comparsa de guatemaltecos y salvadoreños, nicaragüenses y paraguayos, beodos, iletrados, incoherentes, cobardes, amparados detrás de sus sonoridades: La Providencia, La Divinidad, Los Derechos Humanos, La Democracia Representativa. Recordaba, al escucharlos, nuestro encuentro en Concepción y pensaba en el triste destino que impide a nuestros pueblos hablar aún con sus voces verdaderas, estar alquilados a la máscara y a la indignidad. Entre los pigmeos, ¡cómo brillaron los hombres de Cuba!"

139. *Hombre triángulo*

¡Viajero por la tierra! ¡Qué bueno es partir! ¡Cuán agradable volver! Vuelo consabido a Europa: Unión Soviética, Bulgaria, Italia, Francia. Bromas a quince mil kilómetros, desde los alrededores de Varna, mirando sus arenas de oro: "13 de mayo de 1962. Aquí te recuerdan hasta estas piedras. Estoy enamorado de Bulgaria. En septiembre te veremos en Isla Negra, precursora del Mar Negro. Abrazos Pablo-Matilde."

Vive apretadísimo entre política y literatura. El 12 de octubre Santiago aparece empapelado con un cartel: "Hoy habla Neruda: ¡Al Caupolicán!" Pronuncia un discurso-conferencia que se publica en folleto de cuarenta y dos páginas: "Con los católicos

hacia la paz: Pablo Neruda contesta a los obispos: Debemos luchar católicos y no católicos contra la degradación que impone la miseria”.

Se desatan muchas lluvias de estudios sobre el poeta en lenguas diversas. Los cables anuncian en ese año 1962 que Neruda tiene gran opción al Nobel.

Esto del Nobel se repite cada año en el mes de octubre. Y cada año Ricardo Paseyro, detractor maniático del poeta, se traslada a Estocolmo. Ahora publica una “Carta abierta a la Academia Sueca”. Los diarios sostienen en un cable: “Neruda, Sartre y Beckett, candidatos para obtener el Premio Nobel de Literatura.” Entrevistado Pablo por Ligeia Balladares, declara: “No vivo obsesionado por el Premio Nobel.” Días críticos en que se atrinchera en Isla Negra como si fuera una fortaleza sitiada...

Se aproxima a los sesenta y algo lo empuja hacia la reminiscencia redonda. Pone fin a su Pentateuco extrabíblico, el libro de poesía autobiográfica más extenso y completo que va a escribir, *Memorial de Isla Negra*. Curiosamente, su primera edición se publica en Italia, a cargo de la artesanía imprentera primorosa de Alberto y Bianca Tallone, una mujer que el poeta quiere y admira. Desde Alpignano, próximo a Turín, recibe una comunicación luctuosa. Se la manda Bianca: “Nuestro Alberto no alcanzó a leer tu carta, ni a imprimir tu nuevo libro. Hace dos meses que se nos fue para siempre.”⁴² La cuidada edición del primer tomo, *Donde nace la lluvia*, no aparece bajo el título genérico de *Memorial de Isla Negra*, sino como *Sumario*.

El estudioso italiano Ignazio Delogu conversa después, a propósito, detenidamente con Bianca. El sardo interrogador, hispanista y latinoamericanista versadísimo y entrometido figonea y arranca secretos. En sus últimas conversaciones, el tema inexorable gira en tomo a la muerte.⁴³ Tendrá que prepararse con tiempo. Dejar constancia.

Desde La Sebastiana, en 1962, para luchar contra ella, comenzará el *raconto*, la larga marcha retrospectiva. Hará girar la máquina del tiempo a la inversa, a la reconquista del pasado. Gemelo no idéntico de *Confieso que he vivido* en poesía, abarcará su camino hasta los cincuenta y ocho años. Pero él empezará por el comienzo, accionará la palanca de retroceso hacia la infancia. Aunque haya olvidado la ruta, ha dejado, como los indios, señales en el bosque para el retorno. Muchas se han borrado tragadas por la boca de la niebla. “...Mi infancia vista en el año 1962, desde Valparaíso, después de haber andado tanto, es sólo lluvia y humareda.”

Quien quiera saber otras cosas nuevas del poeta lea atentamente *Memorial de Isla Negra*. Es libro directo y transparente. Allí está casi todo lo que él recuerda. No está lo que se autocensura. A menudo vuelve a episodios ya tratados, pero el ojo es distinto, está cargado de tiempo, de distancia, de recapitulación y de nostalgia.

Reafirmará lo que es. No, señores. Los señores son sus enemigos. No nos vendemos. No me rindo. Reitera su maldición a los tiranos de América. El libro ocupa casi doscientas páginas de sus *Obras completas*. Y no ha terminado. Le quedan todavía doce años. Él, desde luego, no lo sabe. Lo que sabe es que *El futuro es espacio*. Mira adelante. Vivirá a fondo todo lo que le queda. ¿Errores? Sí. "Atesoro las equivocaciones de mi canto." Pero quiere inventar el mar de cada día. Tiene un jardín de flores que no existe. Es decididamente triangular.

140. *Entre el turco y el español*

Cuando poco después aparece, publicado por Losada, *Memorial de Isla Negra*, declara que lo ha escrito, entre otros objetivos, con el fin de celebrar sus sesenta años. Al cumplirlos, agregó que en ese libro había vuelto voluntariamente a *Crepusculario*, "a una poesía de la sensación de cada día. Aunque hay un hilo biográfico no busqué en esa larga obra, que consta de cinco volúmenes, sino la expresión venturosa o sombría de cada día".

El cuarto tomo, *El cazador de raíces*, está dedicado al escultor español Alberto Sánchez. Es también el nuevo nombre grabado en los maderos que sustentan el techo del bar en Isla Negra, junto al de Hikmet. Tan distinto de Nazim. Los dos eran altos. Hikmet tenía el cuerpo grande en que confluían Europa y Asia, y los ojos azules. Era jocundo de temperamento. Una fiesta de la inteligencia y de la bondad. Alberto, largo y flaco, de rostro severo, "era una escultura natural de Castilla". Este hombre huesudo tenía algo de árbol de la meseta castellana. Había sido panadero. Y de allí tal vez tomó el hábito de dar forma a las cosas, que no figuraban en los museos de escultura, tal como el *Pájaro de mi invención*. Habiendo en este castellano de piel oscura, tallado en piedra, algo de Quijote, "tenía que casarse —dice Neruda— con una mujer clara y sanchesca". Y por eso se casó con Clara Sancha.

Su escultura, a comienzos de los treinta, en España no fue comprendida en absoluto. Era un creador original este campesino de Toledo. Se salía de lo establecido. Junto con Pablo Picasso y Joan Miró decoraron el pabellón de España republicana en París, en 1937. Allí el malagueño presentó una pintura llamada *Guernica*, pero, según recuerda Neruda, se quedaba mirando con la boca abierta una especie de insólito obelisco, un Quijote sin brazos y sin ojos, la imagen de España, que en ese momento se jugaba la vida.

Alberto tuvo que expatriarse. Se fue a la Unión Soviética. En Moscú no sólo es el autor de los decorados del filme *Don Quijote*. La voz que canta en esta película viejas canciones es la de Alberto.

Cuando coincidíamos con Neruda en Moscú íbamos a su taller, cerca de la Universidad, y a visitarlo, a veces, en su departamento. Cuando el primero de febrero de 1964 le llegó la dura notificación, escribió para *El Siglo* un par de páginas ceñidas y sentidas, dignas de "este gran Alberto Sánchez enteco y pedregoso, huesudo y férreo".

Vuelvo un día a Toledo. De nuevo la cita necesaria en la casa de El Greco. Desde el jardín se domina no sólo la ciudad única en el monte, sino todo el contorno. Nos quedamos un rato mirando en la iglesia de Santo Tomé *El Entierro del Conde de Orgaz*. Luego salimos a buscar otro museo toledano: el de Alberto Sánchez. Como él siempre se desencontró con la vida, y pasó por ella en gran parte como un desconocido difícil de descubrir, a esa hora de las dos de la tarde nos detiene una puerta cerrada. Pero hoy este revolucionario de cepa, el artista castizo y misterioso, "el cazador de raíces", que dio a Neruda con una de sus esculturas el nombre para uno de los libros del *Memorial de Isla Negra*, es en España un redescubrimiento.

141. *Oficial de Registro Civil*

En ese día 26 de abril de 1964, en que inauguró solemnemente en Isla Negra la taberna Alberto Rojas Giménez, hizo escribir su nombre —dijimos— con punta de hierro en la pulpa de la madera junto al de los otros grandes amigos muertos.

Pero no quería Neruda que ese lugar de su casa, destinado a los brindis de la amistad, quedara exclusivamente ligado a la idea elegíaca de que la vida se acaba. Había que subrayar la noción del nacimiento. Por esto ese día de la inauguración de la

taberna coincidió con un bautizo, el del hijo de Rubén Azócar y Práxedes Urrutia. Neruda ofició de Juan Bautista. El gran nombrador no sumergiría al niño en el río Jordán, sino en la pila mayor del planeta: el Océano Pacífico. Allí la criatura recibió el óleo y la crisma del agua bendita, aunque salada, del mar. El poeta había preparado el acta, puntual como un antiguo escribano, que su secretario Homero Arce transcribió con letra caligráfica de anotador de parroquia, dando cuenta de que se había procedido a bautizar al varón recién nacido. Los padres quisieron llamarlo Vicente, pero el sabio indigenista Alejandro Lipschütz exigió que se le agregara el nombre de un cacique, Lientur. Pablo recordó su *Canto General* y asintió. Con continente severo terminó de redactar la inscripción del bautizo del "nuevo aborigen Lientur, hijo de Azócar y de Urrutia, vecinos de La Reina, tierras del cacique Tobalaba. La sal del Gran Océano dará vigor y belleza al joven Lientur y lo hará digno de su aguerrido padre".

Es proverbial que el poeta era también una agencia de matrimonios. Sin que nadie lo autorizara, instalaba consultorios sentimentales. Le gustaba hurgar en el secreto de los corazones solitarios. Desempeñaba el papel de Cupido. Enlazaba parejas y se sentía dichoso cuando conseguía casarlas. Tenían garantizada una luna de miel gratuita en un lugar conspicuo, elevado y novelesco: la torre de Isla Negra. Los recién casados iniciaban su vida en común en esa construcción que imitaba la Edad Media, con música de mar, rodeados por una atmósfera de aventura, cuadros de barcos y peces en las paredes, amén de libros a porfía, por si tuvieran tiempo de leerlos.

A veces, más bien generalmente, los ennoviados ignoraban lo que el poeta tejía en su telar de proyectos amorosos. Una amiga memoriana, Sara Vial, en un libro atestado de noticias y de *sans façon*, *Neruda en Valparaíso*, cuenta que un día él le propuso casarla con el autor de esta obra. Le dio sus razones y le propuso un plan de acción. En verdad quería ver felices a los amigos. Parece que Sarita pegó un respingo. He venido a saberlo veinte años después leyendo su libro tan informal y seguramente tan verídico.

En otros casos consiguió salir adelante con las bodas. De ellas surgieron a veces matrimonios consistentes y otros que se esfumaron a la vuelta de la esquina.

Muertes, bautizos, casamientos, enfermedades.

La enfermedad de un hombre célebre tiene sus bemoles. Un atardecer estamos con Neruda; recostado en un sofá de su casa de La Chascona, apenas conversa porque tiene fiebre y casi no puede entreabrir los ojos. Pero no quiere que los pocos amigos presentes se vayan todavía. Había entre nosotros un pacto tácito de no hacer demasiado ruido, pero queríamos acompañarlo porque él, entre otras cosas, no deseaba estar solo.

De súbito llega una pareja joven de poetas venezolanos, acompañados por el escritor Vicente Gervasi, entonces agregado Cultural de la Embajada. Ella es de belleza imponente y estatuaria. Ambos han hecho un viaje especial desde su país exclusivamente para conocer a Neruda. El ídolo está enfermo. Le cuesta abrir los párpados y la boca. La admiradora se instala a su lado y comienza a decirle algo que ha pensado probablemente largo tiempo: la devoción por su poesía, su compenetración con las visiones del poeta, el anhelo de que un día se digne leer alguno de sus versos y le dé su opinión. Hay en su voz algo que denota transparentemente que ése es un momento importante de su vida. Le habla en forma apasionada. Me parece estar aún escuchando su encendido monólogo. El poeta sigue reclinado como un Buda con los ojos cerrados. Tal vez oye desde lejos y no es capaz de reaccionar. La Bella continúa desarrollando su soliloquio, que, ante la falta de respuesta, se vuelve cada vez más desesperado.

Todos advertimos lo que pasa. Por fin me decido a intervenir tímidamente, diciéndole al oído: "Pablo está enfermo". Temo que ella, que no lo ha visto nunca antes, piense que es así siempre o que interprete ese estado de catalepsia como indiferencia, mala educación o desagrado por la entrada inesperada de unos convidados de piedra.

Al parecer, ella no me escucha. No le interesa nadie sino Neruda. Y sigue hablándole durante largo rato, contándole la impresión que le produjo el primer libro suyo que leyó, algo así como el rayo de Damasco; le detalla cómo ha seguido casi religiosamente toda su producción; cómo recorta sus artículos y poemas publicados en el diario *El Nacional*, de Caracas. Quizá ella quiera así disipar su desconfianza, dejarle en claro que se trata de una admiradora leal y conocedora de su obra. Comienza a recitar de memoria unos versos nerudianos. Pero el poeta sigue envuelto en su mutismo y ausencia. Todos sus amigos nos

hemos dado cuenta de su situación. El marido, a cierta distancia, parece más tranquilo. Le explicamos a él que Neruda tiene fiebre. Él le habla a su mujer. Ella contesta con un aire de infinito desencanto: "Nunca pensé que el poeta fuera así".

Después de decirlo, lo único que quiere es partir cuanto antes.

Quedamos consternados. Neruda tuvo encima el peso de plomo de la fama. Un hombre célebre no debe enfermarse nunca. Debe ser el "caballero sin inconveniente", personaje legendario que formaba parte de su visión cómica de la vida, que en este caso no era, en realidad, como para sofocarse de risa.

Happy end: años después Neruda sano y salvo viajó a Venezuela y se hizo muy amigo de la pareja de poetas que un día llegó de improviso a Márquez de la Plata, y de donde ella salió decepcionada a morir. En Caracas la relación se enhebró en diálogos gozosos. Fueron felices y comieron perdices.

143. *Balance y autocrítica*

Si Neruda es el primero en el autofestejo de su natalicio, costumbre que le viene desde pequeño, los sesenta años del poeta son celebrados por medio mundo en Chile, aunque, en verdad, sin esa atmósfera de kermesse jubilosa o de gran cónclave internacional que caracterizó la fiesta de su medio siglo. Fue más madura. La aventajó en profundidad en cuanto al análisis de su obra. Tres revistas editaron números especiales sobre el acontecimiento: *Mapocho*, *Aurora*, *Alerce*. En el diario *El Siglo* del 12 de julio de 1964. Neruda respondió a veintitrés preguntas y declaró a Raúl Mellado: "Para mí, escribir poesía es como ver u oír". Hernán Loyola comentó *Memorial de Isla Negra*. El prolijo Jorge Sanhueza entregó una "Bibliografía fundamental de y sobre Pablo Neruda".

Acompañé al poeta a distintas sesiones dedicadas al examen de su poesía en la Biblioteca Nacional. Lo escuché hablar desprendido de todo papel, como entregado a sí mismo, o más bien conversando con un solo interlocutor. Temí que nadie tomara nota taquigráfica de sus palabras, pero alguien salvó eso que pudo parecer intrascendente, pues el poeta le dio la forma de algo que tal vez decía para salir del paso ante un compromiso engorroso. Se publicó más tarde en la revista *Mapocho*, con el nombre de "Algunas reflexiones improvisadas sobre mis trabajos", título que corresponde realmente al tema y al modo de lo

que allí dijo. Es una reflexión en voz alta que induce a los balances, cuando concibe la vida como una espiral continua, donde cada punto está relacionado con los otros y con el todo. El poeta de sesenta años recuerda al poeta que aún no tenía veinte. El libro que escribió a los diecinueve o antes "se asemeja mucho —dice— a algunos de mis libros de mayor madurez". Vuelve a la idea cardinal de su poesía como un diario de cuanto acontece dentro y fuera de sí mismo, pero que le llega con exigencia profunda. La diferencia entre la poesía inicial y la que vino después es que la de su juventud no tenía un propósito fijo. Posteriormente el objetivo se adentró en su poesía y encaminó sus pasos.

En cuanto escribió *Crepusculario* entró en una crisis de incomformidad. Quería ser un poeta cíclico, que ahondara todo a partir de un nudo central y se expresase en una vastedad temática ambiciosa, que abarcara algo así como su cosmovisión, aunque ésta dimanara de su sentimiento alucinado del sexo, que acababa de descubrir en su consumación. Primera tentativa de abrazar la vida a partir de un núcleo primordial y también, según sus palabras, primer fracaso. Este fracaso se llama *El hondero entusiasta*. Y por eso retiene su publicación durante diez años. Escribe esos poemas como en estado de trance.

Creí percibir el sobrecogimiento en ese auditorio de la Biblioteca cuando Neruda evocaba que escribió ese poema, precisamente *El hondero*, en una noche extraordinariamente quieta, en Temuco, durante el verano, en casa de sus padres. "En esta casa yo ocupaba el segundo piso casi por entero. Frente a la ventana había un río y una catarata de estrellas que me parecía moverse. Yo escribí de una manera delirante aquel poema, llegando, tal vez, como en uno de los pocos momentos de mi vida, a sentirme totalmente poseído por una especie de embriaguez cósmica. Creí haber logrado uno de mis primeros propósitos."⁴⁴

Conmovió muchísimo a ese público el tono autocrítico con que el hombre maduro se refirió a sí mismo cuando tenía diecisiete o dieciocho años. En la correspondencia que sostiene entonces con el poeta uruguayo Sabat Ercasty habla de que su pretensión de muchacho lo perdió.

Éste le respondió que en *El hondero*, reconocía su influencia. "Mi inmensa vanidad recibió esta respuesta como una piedra cósmica..." Quedó enteramente desconcertado, porque su inexperiencia no entendió en esos años que no es la búsqueda de la originalidad lo más importante, sino la expresión propia, lograda con el aporte de diversos influjos.

Tomando pie de esta experiencia volverá a una expresión íntima, de la cual es resultado *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Estadísticamente, ésta es la obra nerudiana más popular, de mayor circulación. Sin embargo, su padre la celebró menos que el lector, porque no correspondía a la idea que lo atormentaba de la gran poesía.

Se empeñaría de nuevo por alcanzar su sueño. Empeño que se tradujo en *Tentativa del hombre infinito*. Segundo fracaso en un par de años. El título, que el autor, descontento, califica de presuntuoso, revela la magnitud del anhelo. El libro no puede ser lo que él quiso. Sin embargo, con esa obra, que él juzga de las menos apreciadas de su producción, muestra una benevolencia que no dispensa a *Veinte poemas*. *Tentativa* tiene el mérito, a su juicio, de haber señalado más claramente el camino que él quería recorrer.

Recordó que por esos mismos días había llegado a sus manos el manuscrito del crítico uruguayo Emir Rodríguez Monegal, que luego sería publicado con el título *El viajero inmóvil*. En esa ocasión Neruda rechazó el dato anotado en ese libro, donde el escritor chileno Jorge Elliot apunta la influencia del libro de Vicente Huidobro, *Altazor*. Neruda, que no conocía íntegramente la poesía de Huidobro no sabía a la sazón que existiera *Altazor*. No podía influirlo, entre otras cosas, porque los caracteres de ambos poetas eran muy distintos y tenían una idea polarmente diferente de la poesía. No podía ni quería compartir entonces el sentido lúdico de la poesía huidobriana.

Alturas de Machu Picchu es una victoria de la pertinacia: la vuelta a la concepción cíclica, que se realiza más ampliamente en el *Canto General*, donde decidió emplear todas las técnicas incluso una que horroriza a ciertos puristas: la idea del poeta como narrador de su época. Esto les parece que huele a crónicas polvorientos. ¿Por qué escandalizarse del polvo que forma parte de la tierra y de la atmósfera, como la lluvia? Él contará lo que sucede en los días del hombre. No se avergonzará de ser un reportero ni de recurrir en ciertos trechos al expediente de la poesía directa.

Se ha topado en su ejercicio poético de más de cuarenta años con incomprendimientos tajantes. Se estrelló a menudo con el rechazo a los cambios del poeta. Primero repudiaron sarcásticamente *Tentativa*; luego execraron *Residencia* por oscura y difícil; enseguida motejaron el *Canto General* de prosaísta. Más tarde reprocharon en *Las uvas y el viento*, más que su vastedad geográfica, su sentido político. Él entiende que su "inevitable apasionamiento"

to político lo hace difícil de aceptar a muchos de mis lectores. Yo me sentí feliz escribiendo este libro".⁴⁵

Y cuando rompió de nuevo su propia forma, nuevos malentendidos, nuevos anatemas.

Memorial de Isla Negra es un retorno a la poesía sensorial y diversa, un retorno que nunca será igual al tiempo al cual se regresa, porque el tiempo no tiene vuelta. Siempre camina en una sola dirección, hacia el futuro. Sólo se puede regresar con la memoria y el corazón. Y es lo que hace. Sin embargo, esto es una recreación, algo diferente. El hombre que celebra los sesenta años puede recordar al muchacho de dieciocho, pero no puede volver a ser el joven de entonces.

Se reprochará a sus compañeros comunistas que acostumbran festejar sus cumpleaños casi religiosamente. Cuando celebró los sesenta, le ofrecieron una comida donde habló el Secretario General, Luis Corvalán. Lo recordó precisamente como miembro del Comité Central. Se refirió a su propia experiencia como auditor en los recitales populares del poeta. "Cada vez que lo he oído leer sus versos ante el pueblo, ante los mineros de Lota o los trabajadores textiles de Tomé, antes los campesinos de Ñuble o los mapuches de Ponotro, Trauco y otras reducciones, he visto brillar el entendimiento y el placer que produce su poesía aun en las personas que no han podido recibir las luces de la cultura."⁴⁶ Esto suena a profanación a oídos de los que creen en la poesía para las minorías y en la incurable antipoesía de los de abajo.

144. *Su compañero William*

Ese año 1964 se regalará la traducción de un poeta que juzga supremo. 1964, antes que el año Neruda, fue el año Shakespeare. Para celebrar a uno de sus ídolos emprendió la peligrosa tarea de traducir *Romeo y Julieta*. Cuando el Teatro Experimental le hizo el encargo, se sintió inmediatamente atraído. Sostiene que aceptó con humildad. Quería inclinar su cabeza en signo de reverencia ante su colega. Aquella faena le hizo ver estrellas. Luego me dijo: "No reincidiré en estas empresas".

Metiéndose por los intersticios de las palabras vio con nueva luz el amor de los adolescentes desdichados. Pero detrás de su pasión arrolladora y de su conmovedor sacrificio, él divisó lo que estaba escondido bajo la superficie radiante del amor: "la condenación del odio inútil". Esa obra es execración de la guerra

e imploración por la paz. Tybaldó responde a Bemvolio: "No me hables de paz, esa palabra que odio". Neruda asoció esta frase a lo que dijo su amiga Gabriela Mistral: "La paz, esa palabra maldita".

Neruda tuvo que inaugurar en Chile el Año Shakespereano, diciendo unas palabras antes de que se abriera el telón para dar paso a la desgarradora lección de los amantes de Verona. Cuatro siglos después saludó a su colega poeta, el autor, y a los actores, con palabras de ayer y de hoy: "¡Salud, Príncipe de la luz! Buenos días, histriones errantes. Heredamos tus grandes sueños que seguimos soñando. Tu palabra es honor de la tierra entera".

Y, más bajo, al oído, le diría también: "Gracias compañero".⁴⁷

145. *Los pies azulosos*

Cuando llegaron al pueblito, éste estaba enardecido ante la noticia que sacarían los restos de Gabriela Mistral de su tumba para llevarlos a una plaza de juegos infantiles. Neruda entonces dijo que los restos habían sido traídos a su aldea natal porque allí quiso dormir su último sueño. En la ejecución de dicha voluntad intervino la Sociedad de Escritores, siendo él su Presidente. Y el sitio preciso se escogió porque desde ese lugar se domina todo el valle. La tumba en sí misma era por todo una piedra con letras en relieve y unas matas de cardenales. El 29 de julio de 1964 Neruda recordó que en todas partes donde la vio ella le hablaba de su cerro, de sus álamos, del agua que corría en la extensión pedregosa de esos valles... "Y cuando se quedó silenciosa, cumplimos con el deber de traerla al sitio desde donde partió su largo camino lleno de estrellas. Ella llamó la atención sobre los pies de los niños descalzos, que siguen aún descalzos."

Lo dijo Neruda cuando participó de cuerpo entero en la campaña presidencial de 1964, donde la candidatura que apoyaba, la de Salvador Allende, fue blanco de una virulencia desconocida antes en Chile. Luego se estableció que esto formaba parte de una planificación internacional, con mucho dinero detrás. Neruda, sobre todo, destacó la necesidad de una política cultural nueva. Lo subrayó junto a Salvador Allende cuando fueron hasta el caserío de Monte Grande, para visitar la tumba de Gabriela. Afirmaron que ella pedía a través de su poesía proteger a los

niños, dándoles educación y bienestar. Y proteger sus piececitos "azulosos de frío". Que siguen azuleando.

146. *El libro de la mesa feliz*

Ese año viaja de nuevo a Europa. Como miembro del jurado, discierne el premio Lenin al poeta Rafael Alberti. Pero antes ha recibido el título Doctor Honoris Causa en Filosofía y Letras de la Universidad de Oxford que se otorga por primera vez a un sudamericano.

Después, en Budapest, asociado con Miguel Ángel Asturias, comienzan a escribir, sobre la base de atesorar una succulenta vivencia previa, uno de los libros más apetitosos que hayan compuesto en colaboración dos grandes de la literatura, con un título sin circunloquios, *Comiendo en Hungría*, que la editorial Corvina de Budapest publicará simultáneamente en cinco idiomas. El prologuista húngaro, Iván Boldizar, recuerda que la idea surgió cuando fueron a comer juntos al restaurante Alabardero. Lo que habían gustado en esa mansión de estilo gótico al otro lado del río, en el Barrio del Castillo, Buda, los inspiró tanto que Neruda pensó en una poesía y Asturias en repetir el ágape. A la noche siguiente, acodados en una cantina de marineros, a orillas del Danubio, Asturias quiso escribir versos y Neruda se sintió impulsado a transmitir su experiencia a través de la prosa. Cada noche conocieron a Hungría comiéndola. Fueron de sorpresa en hallazgo.

Así nació el libro de la mesa feliz, con sus personajes Monje Gris, Tokay, Sangre de Toro. En el país sabroso se produjo la confluencia de ajés y *paprika*. Rehabilitaron una capitosa sopa de pescado. Se apoderaron de manjares centelleantes. Dispusieron al placer en el tabernón del Rey Matías y allí escribieron con sus tenedores la fecha 17 de agosto del año 1965. Subieron a la Citadella. Entonaron una pequeña balada saliendo de El ciervo de oro. Brindaron en la vinería El Puente. En un diálogo que no es al alimón, como el que sostuviera Federico con Pablo en Buenos Aires veintidos años antes, sino el de las escalopas sentadas sobre un diván capitoné de arroz con hongos. Neruda pregunta, ente epicúreo y nostálgico: "No te recuerda este jardín, esta mesa bajo el nogal y este vals *Sobre las olas*, que hace cosquillas en el recuerdo, aquellas viejas quintas alemanas, con música y cerveza, de nuestra juventud?" Asturias contesta: "A

mí, qué quieres, el ambiente, las gentes, todo, me devuelve a mi viejo barrio de corte español de una muy leal y noble Ciudad de Caballeros." Beben por la vida y por el día en que haya lugar para todos en las mesas del mundo.

Heterodoxo libro escrito sobre una mesa y nacido de la buena mesa y de la amistad, de la charla tan pantagruélica como las viandas y los vinos, oyendo a ratos violines gitanos. Porque la música se mezcla al sabor, el oído al paladar, el condimento al asombro, los ojos al olor, la cocina a las letras, el experimento literario al ensayo gastronómico.

Es la descocada aventura del recetario en la poesía y la prosa de dos Premios Nobel. Páginas hermanas de la "Oda al caldillo de congrio" o a la cebolla, de nuestro poeta culinario, amante de comidas y bebidas, lírico, romántico, materialista, sensual, tradicional y renovador, cocinero de afición, creador intelectual de platos y postres, amante de lo exquisito popular, que, entre *csardas* e invocaciones al Rey Matías, pasó del *goulash* al recuerdo del estofado criollo; de los pimentones, al ají verde; de la canción báquica, a la reminiscencia de las uvas de su niñez.

Bebieron los vinos históricos amarillo verdosos de delicado aroma, que deben ingerir los recién casados antes de su noche de bodas. Tomaron todo lo que produce un efecto favorable en el organismo humano, recomendado por los médicos contra la inapetencia y la debilidad. Los fortificó el Sangre de Toro de Eger y el Tallo Azul de Badacsony, bueno para intensificar la circulación sanguínea.

Fue un libro del cual decían que lo habían escrito con alegría de las papilas del gusto, con regocijo del cuerpo y del ánimo imaginando cabalgatas de húsares, racimos de moscatel y de borgoña de las viñas de Hungría y del centro de Chile, y Miguel Ángel, tal vez, aromosas plantaciones de café en Guatemala.

147. *Volantines*

Al poeta, irremediable niño grande, le gustaba elevar volantines. En los días de viento en Isla Negra subían al cielo, tiranteados por sus manos, enormes papalotes de género pintado, en forma de águilas, con las alas desplegadas. Sobre todo era una manera de empezar por la mañana la Fiesta Nacional del 18 de septiembre.

Pero también recurrió al papel volantín para la Pascua. Allí escribió: "Éste es un saludo de Navidad para las madres de Chile de Pablo Neruda". Dentro iba suelto un papel color envoltorio de velas sublimes con dibujos hechos por él. Escribió a mano un "Feliz Navidad y mejor 1965, pero sólo con Volodia para Senador". Todo parecía como un juego, tal vez menos divertido que elevar un volantín. Recomendaba a su amigo generosamente. Era el presidente de su campaña. Y como si Pablo Neruda fuera un desconocido, bajo su firma acompañaba títulos que acreditaban su autoridad: ex Senador de la República, Premio Nacional de Literatura, Premio Mundial de la Paz.

Hizo muchos papelitos parecidos con distinta lectura: "Permítame una palabra... Es una carta para usted de Pablo Neruda".

Debo decir que cuando el Partido Comunista pensó en la candidatura a Senador por Santiago, la opinión unánime coincidió en que debía ser Pablo Neruda. Cuando se le propuso, se echó a reír. ¡Por nada del mundo! ¡Basta con una vez! ¡No reincidiré jamás! ¡Que sea Volodia! Habiendo embarcado a su amigo en la campaña, él contribuía alegremente al trabajo, mandando sus mensajes impresos en papel de volantín. Pero soy de los que creen que él jugaba en serio.

148. *El disfrazador*

A través de toda una vida de comprador de cosas inútiles tiene en su casa baúles como para disfrazar a un regimiento o a todo un baile de máscaras. Los abre en las noches de fiesta. Algunos llegan listos para el carnaval. Otros, más tímidos o tontos graves, tocan la campana impecablemente vestidos de civil. Ya les sacará los pantalones y la chaqueta. Los dejará en zapatos y calcetines para que se conviertan en jeques árabes, indios pieles rojas, cocotas del 900, cantores tirolese, bonzos del Himalaya o apaches parisienses.

Para sus cincuenta años, su amiga Teresa Hamel ingresa al ruedo disfrazada de Gallo de Oro. Un amigo incrédulo se dedica a arrancarle las plumas más brillantes de la cola. De poeta a poeta, el brasileño Thiago de Mello se da el gusto de personificar a Alejandro Pushkin. Está muy soberbio por el éxito de su nuevo yo. En un lapsus no lo acompaña al baile su mujer legítima sino la heroína de *La guerra y la paz*, Natasha Rostova, a cargo de Anamaría Vergara, quien asume el papel con escrupulosa propiedad. Por ahí circula, como escogiendo a sus víctimas, el Con-

de Drácula. Carlos Vasallo es *Superman*, y la chispeante Carmen coquetea a su lado, asumiendo la cimbreante personalidad de Dalila.

El gran disfrazador cubre su ancha humanidad con un *bashlik*, la airosa capa de los jinetes del Cáucaso de altas hombreras, y se corona con un gorro de karakul.

Nosotros pertenecemos a los inhibidos que llegan sin disfraz. Pablo alarga la mano, escarba en el baúl mágico. Al minuto, como un prestidigitador, extrae una barba postiza y un turbante. Eliana se pone un *sahri*, con una careta. Neruda le pinta un punto rojo en el centro de la frente. Parece venida del Punjab.

149. *La ira de los paparazzi en la hora nupcial*

En un día de primavera a punto de ser verano nos reunimos un grupo de amigos en Isla Negra. En ese momento toda la casa parecía relucir. La virgen de madera con un niño en la mano esperaba el acontecimiento en el comedor. Allí el pirata Morgan, mirando un aparador con copas de colores, se preparaba para la fiesta nupcial. La casa de piedra contenía al novio y a la novia. Los veleros están brillantes, los estribos huasos relumbran mezclados a figuras de Toconao y piezas africanas. Estamos esperando instalados junto a las mesitas del bar. Hay un aire de expectación.

La empalizada que rodea la casa de Isla Negra está cercada. Entre los sitiadores hay varios con cámara fotográfica. Son los más atrevidos. Exigen a viva voz que se les permita entrar y tomar fotografías. Más que fotografiar la casa, que siempre ha sido magnética para la cámara, quieren ahora, en ese día 28 de octubre de 1966, retratar a los contrayentes Matilde Urrutia y Pablo Neruda en su ceremonia matrimonial.

El revuelo cunde afuera, donde ahora se concentra una multitud y se transforma en rugido cuando llega el oficial del Registro Civil, una mujer joven, con unos mechones negros que caen cubriéndole las orejas y formando un signo de interrogación sobre la mejilla. El mitin se torna cada vez más amenazante. Algunos han subido a través de la reja; otros comienzan a trepar por la parte más baja de esa construcción desordenada, que suma edificaciones de épocas diversas, y empiezan a invadir la casa, penetrándola por la fuerza. Neruda me pide que vaya a parlamentar con los asaltantes. Salgo.

—¿Qué quieren? —les digo—. Se trata de un matrimonio privado, de una ceremonia íntima. Respeten la voluntad de esa pareja.

—Que él respete el derecho de la prensa a informar. Que no atente contra la libertad y el sagrado derecho que tiene todo el mundo a ver una fotografía del matrimonio de un hombre público.

Algunos fueron más lejos:

—Comunista tenía que ser. —Otro agregó:

—No puede disimular que es un poeta totalitario...

Alguien se ríe de estas expresiones. Les propongo una transacción:

—Ustedes lo que quieren es una fotografía del momento en que se celebra el matrimonio. La tendrán. La sacará un buen fotógrafo y ustedes van a recibir copias.

Se tranquilizan, al parecer. Vuelvo al interior.

En ese momento ella, el oficial civil con un bucle caído en forma de pregunta, pregunta a los contrayentes si se quieren como marido y mujer. Matilde viste un traje blanco. Y Neruda, uno oscuro con una flor en el ojal y la punta del pañuelo asomando en el bolsillo superior de la chaqueta. Al lado de cada uno de ellos están los dos Cupidos que los presentaron y fomentaron sus primeros encuentros. La antigua amiga de Pablo y maestra de canto de Matilde, Blanca Hauser, y el fundador de la Orquesta Sinfónica de Chile, Armando Carvajal. El gran *cacciatore* Manuel Solimano aprieta el obturador. Capta el instante. Los paparazzi no quedarán del todo defraudados.

150. *El bandido mítico*

Se lanzará en dos nuevas aventuras. Durante diez domingos seguidos ofrece audiciones semanales de radio. Además, al parecer, no suficientemente escamado con los sudores fríos que le costó la traducción de *Romeo y Julieta*, se embarca en un riesgo todavía más peligroso: escribir una pieza de teatro, *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*.

Cuando le preguntan en una de esas charlas si es verdad ese rumor, él asiente, pero contesta a la defensiva. Reconoce que antes se ponía colorado al confesar que había escrito una obra de teatro, porque no le agradan los poetas que hacen de hombre bombo y practican todos los menesteres. Corren el albur de no

hacer nada bien. "El teatro es ajeno a mí y estoy seguro de haber escrito una pésima obra teatral."

El periodista, entonces, espeta un contragolpe de cajón: "¿Pésima? Bueno, ¿entonces por qué lo hizo y de qué se trata?". Neruda respondió: "Vamos a ver. Hace algunos años el gran actor y director francés Jean Louis Barrault me pidió que le escribiera algo para presentar. Soy sólo un poeta y no me interesa sino escribir mis versos. Y, además, no sabría cómo escribir para el teatro, le dije. Ésa es tu equivocación —me contestó Barrault—. Tú escribes tu poesía y yo te la hago teatro".

Ese sueño que se complacía repetidamente en autodescribirse como individuo de reacciones tardías, al cabo de algunos años despertó un día: ¿por qué no? Y se puso a escribir un poema sobre lo que él considera un bandido romántico que se transformó en mito popular. Todo sucedía en los tiempos del oro en California. Joaquín Murieta, que fue allí a buscarlo junto con muchos otros chilenos a mediados del siglo XIX, lo que encontró fue la persecución y la muerte.

Como otras historias de bandoleros, este hombre fuera de la ley es reclamado por varias patrias. Incluso un historiador chileno, Eugenio Pereira, sostiene que Murieta fue mexicano. Neruda, "Caballero del Águila Azteca", es su *desmexicanizador*. En 1849, argumenta, el pan que se comía en California estaba hecho con harina chilena llevada de Valparaíso. Tres mil de sus compatriotas llegaron a San Francisco y en esa región uno de los emigrados chilenos fundó una ciudad llamada Washington. El poeta acumula antecedentes como un historiador minucioso. Joaquín Murieta quiere protección y respeto para los suyos en tiempos de codicia y racismo cuando se trata como gente de color y se aplica la ley de Lynch tanto a chilenos como a mexicanos. El epílogo: la cabeza cortada de Joaquín Murieta se comienza a exhibir el 12 de agosto de 1853 en una barraca de feria en San Francisco, cobrando un cuarto de dólar por la entrada.

El autor aboga por la chilenidad de sus personajes. Pero más que eso pretende dar forma poética y teatral al mito trágico de un compatriota suyo "valiente, desdichado y errante", al cual presenta como luchador contra la injusticia.

Como acontece siempre, hechos cotidianos, hasta el azar, impulsaron a Neruda a dar forma al intento escénico. En los días en que iba de escondite en escondite bajo el régimen de Gabriel González, encontró en un satinado ejemplar del *National Geographic Magazine* la reproducción del afiche que anunciaba la exhibición en la feria de la cabeza de Joaquín Murieta, cosa que

para él hasta entonces había sido un hecho desconocido. Cuando visitó California recorrió las pistas de Murieta y recogió materiales.

Otro factor que influyó para conducir al personaje hasta el tablado fue una opinión de Matilde. Leyendo ella un poema sobre Joaquín Murieta, en su libro entonces inédito *Barcarola*, le brotó una exclamación: "Pablo, pero si esto es teatro". "No me diga —respondió— Me salió así, por casualidad." Entonces decidió escribirlo como drama y resultó ese híbrido que algunos denominan cantata o poema dramático.

Poco antes, en Santiago, se había exhibido una película norteamericana cuyo título original era *Murieta*, pero se la presentó como *La última venganza*, anunciándola con frases de sensacionalismo espeluznante: "El hombre que inundó de sangre a todo un pueblo". "Llevaba escrita en el alma una razón para matar a sangre fría." "¡Habían violado y matado a su mujer! ¡Ahora él destruiría California entera!"

La noche del sábado 14 de octubre de 1967 reunió al *tout Santiago*. Un tanto impacientes, estábamos en la platea del Antonio Varas para asistir al estreno mundial por la compañía del Instituto de Teatro de la Universidad de Chile. Vinieron *ex profeso* de Buenos Aires el editor de Neruda, Gonzalo Losada, el director cinematográfico argentino Leopoldo Torre Nilsson, la novelista Beatriz Guido, la fidelísima Margarita Aguirre, el cantante Leonardo Favio.

En el único intermedio, Víctor Jara interpretó canciones con letra de Neruda y música de Sergio Ortega. La soprano Matilde Broders cantó *Barcarola*, un tradicional chileno, anónimo del siglo XIX. Kerry Keller interpretó un *spiritual*.

El director Pedro Orthous y el escenógrafo Guillermo Núñez hicieron aquello que propuso Jean Louis Barrault. La obra nerudiana le dio a Orthous más trabajo que el montaje de *Fuenteovejuna* de Lope; *El tío Vania*, de Chejov; *Noche de Reyes*, de Shakespeare; *El sombrero de paja de Italia*, de Labiche; *Un amigo del pueblo*, de Ibsen; y *Santa Juana*, de Bernard Shaw. Pues se entregó a la tarea, diremos titánica, de convertirla en una pieza de teatro coral o colectiva, que ya había intentado en *Fuenteovejuna*. Integró todas las artes escénicas; el teatro, la danza, el canto, la pantomima. Encontró en Neruda un autor llano a introducir cualquier elemento que hiciera la obra más teatral. Pidió verbalmente y por escrito que la puesta en escena tuviera ante todo imaginación. El director extrajo elementos del coro griego, del *music-hall* y de las festividades populares de La Tirana.

Sergio Ortega, el autor de *El pueblo unido jamás será vencido*, *Venceremos*, de los más difundidos himnos cantados por el pueblo chileno en la segunda mitad del siglo XX, compositor de afinada formación, escribió la música para *Murieta*. Al final se hizo presente sobre la escena, vestido de artista, con un traje de color violeta birmano. Concibió una música popular, algunos aires de neta raíz folclórica, de procedencia nortina. Compuso, además, canciones anecdóticas y otras dramáticas, cuidando siempre de subrayar el texto poético.

La coreografía de la obra, de Patricio Bunster, fue trazada por una serie de movimientos dispares. Introdujo coros de mujeres con acentos de la antigua Grecia en violento contraste con otros de la secta racista norteamericana "Los galgos", música de cabaret, notas de folclor y un tema especialmente pedido para ballet.

La obra fue representada en muchos países y en muy diversos idiomas. Neruda me hablaba con los ojos iluminados sobre una versión que vio en Polonia. Le gustaba que se explotaran con largueza las instrucciones del autor en el sentido de concederse los *metteurs en scène* todas las atribuciones y licencias para recalcar con recursos teatrales la idea matriz.

Esta libertad se ha llevado tan lejos como para recrear, partiendo de ella, las versiones más atrevidas, convirtiéndola en ópera-rock o en un filme particularísimo, empresa que encabeza un autorizado traductor de Neruda al ruso, Pavel Grushko quien, consciente de las innovaciones introducidas, agrega al título *Fulgor y muerte de Joaquín Murieta*, la explicación "según motivo de Pablo Neruda".

Seguramente al padre de la pieza le hubiera gustado, porque según él: "Ésta es una obra trágica, pero, también, en parte está escrita en broma. Quiere ser un melodrama, una ópera, una pantomima. Esto se lo digo al director para que invente situaciones y objetos fortuitos, trajes y decorados".

Así, el controvertido fantasma de Joaquín Murieta, con diversos rostros, aún recorre California y escenarios disímiles, con interpretaciones que por lo libres, sin duda, llenarían de contento al autor si pudiera verlas.

151. J. S.

Hay una cercanía impalpable que se desliza por el contorno nerudiano, que va de aquí hacia allá diciendo algunas frases a

menudo cabalísticas y desaparece como disolviéndose en algo que era una característica de su personalidad: el sentido de la ausencia. De estatura reducida, un rubio castaño de ojos claros, que despedían una mirada entre tímida e interrogativa, se esfumaba para hacer conocidos y desconocidos menesteres. Entre los conocidos estaba el de ser secretario de Neruda, un trabajo que había aceptado por amor a la literatura, devoción por el poeta y ganas de aportar algo a cierta ordenación de sus papeles y ganas de apostar libros. Cuando se creó la Fundación Pablo Neruda para el estudio de la Poesía, él estaba atendiendo cosas en la trastienda, haciendo listas de incunables, cronologías del poeta, fichas bibliográficas, referencias de citas en diarios y revistas. Era a ratos imperceptible y se sospecha que en la Biblioteca dedicaba horas a soñar con los ojos abiertos. Se enamoraba de mujeres bellas e inaccesibles. Las acompañaba fielmente cuando éstas iban al lado de sus maridos. Se preocupaba por el intento de compra de intelectuales latinoamericanos que se fraguaba desde una ciudad instalada junto al río Potomac. Y me mandaba largos informes con datos sobre la gran telaraña.

Quería escribir un libro sobre el poeta. Tal vez pensaba en Eckermann, hablando todos los días con otro poeta en Weimar. Pero casi sin que nadie se diera cuenta, el 17 de julio de 1968 murió Jorge Sanhueza en una pieza de hospital, a los cuarenta y tres años. Neruda lo vio tan discreto para vivir y morir que consideró excesivo titular el poema que le dedicó con su nombre completo y lo designó sólo por sus iniciales. "De distraído murió Jorge Sanhueza... La verdad fue su ausencia." El hombre era enigmático. "Si se escondió en el quicio de una puerta/ a media luna de la noche, o bien/ está detrás de una ventana oscura/ haciéndonos creer que ya no existe,/ yo no lo sé, tú no lo sabes, es así:/ seguiremos jugando a no saberlo."⁴⁸

152. *Pajarintos y pajarantes*

En los intermedios el poeta escribe libros sobre objetos voladores. No son platillos. No son aviones, no son naves cósmicas. Son pajarintos: albatros, águilas, alcatraces, bandurrias, cernícalos, cisnes, codornices, cóndores, cormoranes, chercanes, chincoles, chirigües, choroyes, diucas. Cuando era niño, allí donde el ulmo doble florecía, tenía la visión del ángel rosado. Era el flamenco. Le llamaba la atención la garza que dormía con los

ojos abiertos. Después, la golondrina que le traía cartas por el aire volviendo a Isla Negra en primavera. Tenía siempre bajo su mirada a sus eternas secretarías, las gaviotas.

El niño amaba el jilguero y la loica de corazón ensangrentado. Recordó que cuando adolescente, en Temuco, le decían "El Jote". Su capa negra se abre y se cierra como un paraguas. Siempre al poeta le intrigó el laborioso toc-toc del pájaro carpintero; los vuelos tan distintos; la exhalación de la perdiz y la palpitación suspendida del peuco, preparándose para caer como una piedra. Prefería el picaflor, el queltehue, la tenca de cola larga y esa columba araucana, la torcaza de patas rojas que adoró en su infancia.

Pero también le interesan los pajarantes, los pájaros jeroglíficos, el tontivuelo, el pájaro ella (*Matildina Silvestre*); el pájaro yo (*Pablo Insulidae Nigra*). El poeta se ve como pájaro.

El poeta pajarero, popular, provinciano, se siente pájaro que recorre la tierra. Sostiene que tiene alas en el alma. Y que no lo detiene la inmovilidad. Ha contemplado las aves desde que nació. Se queda largo tiempo mirándolas por el ventanal de Isla Negra.

153. *La casa de bandera azul*

Ha visto tantas cosas en Isla Negra que a ella, por lo menos, debe dedicarle un volumen. Escribe *Una casa en la arena*. Ochenta o noventa por ciento prosa. Poesía sólo el "Diente de cachalote" y "Amor por este libro".

Siempre recuerda el almacén de Temuco La Llave, donde una inmensa abridora de puertas orientaba a los indios. Se pierden cosas. Esa llave se la robó él, pero a él le roba cosas el océano, aunque el océano también le ha devuelto la llave de la casa y el sombrero enarenado. En esa casa en la arena se defendió contra los Premios Nobel que no llegaban. Cuando por fin llegó, vivía en una casa que no era suya: la oscura Embajada de Chile en Francia.

Recuerda la primera vez que vio la casa de Isla Negra. Andaban a caballo por la playa sola. Don Eladio Sobrino iba adelante, vadeando el Estero de Córdoba. Llegaron a media tarde. Don Eladio murió y la casa creció. Escribió entonces su nombre sobre la chimenea de piedra. El republicano español Germán Rodríguez fue el arquitecto. Don Alejandro García, el

maestro mayor. Y Rafita, el poeta de la carpintería. Sobre las vigas de raulí Rafita recortó la caligrafía del poeta para escribir los nombres de sus amigos difuntos.

A ella llegaron las medusas, mascarones de proa de barcos desguazados. Una, por lo majestuosa y la túnica al viento, le recordó a Gabriela Mistral en Temuco.

También encontró en el extremo sur, colgando de un barco enhollinado, a la "Sirena de Glasgow", que salió del astillero en 1866 y terminó transportando carbón en el sur de Chile.

Rescatada del Mercado de las Pulgas, está "María Celeste", una mujer de madera que llora. Está "La Novia", con la cara agrietada de tanto salpicarla la niebla. "La Cimbellina" enterrada en la arena. Y "La Bonita", con su rostro impertérrito, con sus facciones de muñeca, vacía de corazón.

Poco antes, en 1964, llegó la corpulenta "Micaela".

El poeta se siente en su casa algo más que un capitán. Cuando se encuentra en Isla Negra ella se comporta como los palacios de gobierno si están en ellos el Rey o el Presidente de la República. Se hace flamear la bandera en el mástil. La presencia de Neruda en Isla Negra se indica por la bandera azul con un pez horizontal encerrado en dos círculos.

Hay un ancla en el patio que llegó de Antofagasta. En lugar de dormir en el mar o en el desierto, descansa en el gran sitio de Isla Negra. Fueron necesarios cuatro bueyes para entrarla.

Cerca de ella descansa el locomóvil del sur, que rugió como una locomotora y trabajó en las tierras trigueras que él contempló embobado cuando niño desde el tren de su padre. Estuvo trillando eras, cortando bosques, humeando, arrojando fuego por la boca. Neruda dice que quiere al locomóvil "porque se parece a Walt Whitman".

El cerco que querían perforar los cazadores de noticias fue originalmente levantado para que dos perros del poeta, Panda y Yufú, no se fueran a comer sacrílegamente ovejas en el seminario vecino de Punta de Tralca. Ese cerco —salta a la vista— no es el muro del castillo medieval. Pero los perros pueden ser anticlericales.

154. *El bamboleo de La barcarola*

Dedicado a Matilde, "la chillaneja fragante", publica *La barcarola*. Su iniciación es amorosa. Rememora los días en que el

capitán que escribía los versos se escondía tras una máscara negra. Los amantes de Capri, los sueños, la nostalgia del destierro, el regreso, Alberto y Olga Mantaras, los buenos amigos uruguayos que los refugiaban en su casa de la costa atlántica.

Luego vienen los poemas nacidos de las noticias que el cable transmite: "Terremoto en Chile." Para espantar fantasmas, sale a la *Rue de la Huchette*, pequeña como una granada.

Le llega otra noticia tan mala como la del terremoto: ha muerto Rubén Azócar. Escribe para él "Una corona del archipiélago". Hay tanta ternura para su hermano del alma, hermano carnal de la esquiva Albertina, como evocación agria para aquel charlatán que le "dejó rehén en un pobre hotelucho, sin plata y sin ropa, en honor de la literatura".

Neruda, como otros poetas que he conocido, escuchaba poca música. Para mí asombro un día lo sorprendí oyendo las dos caras de un *long-play*. No tocaba una orquesta. No cantaba Caruso ni María Callas. Eran los carillones solemnes de Rostov. Un disco llegado de lejos. Al día siguiente escribió su poema "Las campanas de Rusia". Eran campanas de guerra, campanas de paz, campanas nupciales. Estaba muy conmovido. Se sentía llamado por sonos y sus badajos. "Lloremos campanas, bailemos campanas, cantemos campanas/ por la eternidad del amor, por el sol y la luna y el mar y la tierra y el hombre".

El libro cantará enseguida a Lord Cochrane, el primer Almirante de la Marina de Chile; a Artigas, aquél que lo interpretó más de un siglo antes y dijo una frase dolorosa que amó: "Amargo trabajo el exilio".

De la alborada del siglo pasado pasará a la alborada del futuro: el astronauta.

155. *La trutruca y el juglar*

El nuevo año poético empieza temprano, el 10 de enero, con una conjunción de astros en el Estadio Nataniel, de Santiago. El calor es sofocante. José Miguel Varas toma el micrófono y pide silencio. Cada poeta está en su puesto con vasos de agua y lámparas. Neruda dice: "Eugenio: no te he invitado a un torneo de jabalíes, sino simplemente, para ser tu escudero, el intérprete de tu poesía". Evtushenko lee un primer poema, "El mar", traducido por Neruda. Es un actor-recitador-mimo, un espectáculo

completo por sí mismo, al cual no estamos acostumbrados, y que saca al público de sus casillas. Nada es más distinto al modo nerudiano de decir sus poemas. El nuestro imprime una curva lenta a las palabras, gangosa, como música de trutruca. "Eres del pobre sur, de donde viene mi alma..."

Evtushenko, en cambio, es como un juglar o un malabarista, pero todo en su poesía tiene sentido. Recita "No existen hombres poco interesantes", "Ternura", "Babi Yar", "Feria de Simbirsk", la ciudad donde nació Lenin; otros. Y cierra con "Granizo en Jarkov".

La mayoría de los poemas estaban traducidos por Neruda. En el caso de Evtushenko, que habla bastante español, sobre la base de la versión hecha por el mismo autor. Neruda tenía la pasión del traductor. Lo hacía ordinariamente del francés y del inglés. Desde joven se dio a esa tarea. Había vertido al español a Rainer María Rilke, James Joyce, William Blake, Walt Whitman. Más tarde tradujo poemas de sus amigos Nazim Hikmet, Stephan Hermlin, Walter Lowenfels, Thiago de Mello. Volvía a los clásicos, fueran Adam Mickiewicz o Charles Baudelaire.

Proyecta una editorial que alcanza a publicar *J. M. C., el húsar desdichado*, libro que contiene la memoria de Manuel A. Pueyrredón, poesía y canciones que tratan la vida y la muerte de don José Miguel Carrera. Su idea era publicar por lo menos veinte títulos de libros extraños y olvidados relacionados con Chile, con el continente y la poesía.

156. *El malacólogo*

Un fenómeno colectivo se ensancha y cobra vuelo: la consagración de Neruda no se limita a la élite literaria. Es una leyenda a nivel de masas. Cuando va de nuevo a Colombia, en 1968, un periodista recuerda alguna frase referida a Victor Hugo. La fuerza de su verbo es algo más que un gruñido de la humanidad. Dilata en "nosotros la facultad de sentir los secretos del pasado y los enigmas del futuro".

Los diarios titulan: "Apoteosis en recital de Neruda". En Manizales la multitud que no había logrado entrar al teatro Los Fundadores comienza a apretarlo de tal forma que tiene que ocultarse detrás de un camión. El público se precipita y daña las puertas de vidrio del edificio, que al romperse hieren a un empleado y a varios espectadores que pujaban por entrar. Empezó

con "Un hombre anda bajo la luna" y terminó con un poema sobre "Mi mala educación".

Ese año, el 8 de abril, recibe la medalla Joliot-Curie en el Teatro Municipal de Santiago. El poeta expresa: "El nombre de esta medalla es más ancho que mi pecho".

Escribe en *Ercilla* un artículo: "Escarabajia dispersa". Informa sobre los resultados de sus exploraciones personales en Isla Negra. Tenía un ojo que miraba al microscopio, descubriendo lo ínfimo en los secretos de la naturaleza. Le gustaba inquirir, sobre todo en los seres vivos. Sus afanes de coleccionista no respondían a un prurito de acaparamiento ni a un sentido de propiedad privada. Prueba está en que donó sus colecciones a instituciones a las cuales juzgó de utilidad pública.

Tuve la percepción de esta facultad nerudiana más claramente años antes, cuando una noche llegó a su casa en Michoacán el científico inglés Julian Huxley, que entonces era Secretario General de la Unesco. Más alto que su hermano Aldous, lo vi entrar con ese talante de flema y dominio de las formas que caracteriza a algunos intelectuales británicos. Preciso, como estudiando a ese hombre animal raro que lo recibía en una casa tan particular, le dijo francamente de entrada: "A mí más que el poeta me interesa en usted el malacólogo". Neruda lo llevó a ver los caracoles y también las rutilantes mariposas. Escuché un diálogo inesperado. Era la conversación entre dos científicos, que sabían de todo respecto de esos seres del mar y del aire. Usaban con la mayor naturalidad sus nombres en latín. Comencé a descubrir en Neruda un conocimiento que no le suponía. Y concluí que sus libros sobre pájaros, su sabiduría respecto de la fauna de la tierra y de los océanos, su omnisciencia en plantas no era pura invención poética, sino que estaba fundada en un estudio serio, derivado de una observación apasionada y de inagotables lecturas.

A esta altura de su vida la reconciliación con Vicente Huidobro *in absentia* es total. Fueron hombres y poetas de dos polos. Pero Neruda se saca el sombrero ante el que abrió las ventanas de la poesía chilena a los vientos de la gracia. Lo dice en un artículo que publica en la revista *Ercilla*, el 7 de febrero de 1968. Y más definidamente aún, en el prólogo que escribe para una antología de la poesía huidobriana, que debía imprimirse en Bélgica y que sólo aparecerá tras el deceso de Neruda.

Entre viajes y vueltas, este poeta que escribe en el automóvil, en el tren, en el avión, en la mesita, al fondo de la casa, en la cama, haciendo poesía a mano, entrega agradecidamente un nuevo libro, *Las manos del día*, donde se declara culpable de no haber hecho una escoba con las manos que Dios le dio. Porque él quiere hacer de todo. Lamenta no haber participado en la fabricación del mar. Y está interesado en una vida en que todos tengan derecho a asiento. Encuentra que hay manos negativas: las que no han hecho nada. Hasta el frío hace cosas. Es el padre del fuego. Pero sobre todo admira al campanero, al que hace banderas, espátulas de fierro, cinturas de vasijas. Está preocupado del buen uso de los días, del cuerpo, y también de la palabra. Porque, ¡Señor mío!, de escritores está poblado el mundo. Y hay tantos retratos muertos. Mejor manos para hacer cosas, para hacer el vino, para hacer el canto.

Su pasión es ser útil socialmente. Cuando un periodista le pregunta:

—A usted que es hombre de múltiples aficiones, ¿cuál es la que más le entretiene?

—Construir.

—¿Cómo le gustaría que transcurriera su vida futura?

—Como antes y como siempre: escribiendo mi poesía.

—Si tuviera que concederle un regalo al mundo, ¿por cuál se decidiría?

—El mejor regalo sería la restauración de una verdadera democracia en los Estados Unidos. Es decir, la eliminación en ese país de las fuerzas regresivas que ensangrientan los territorios más distantes. Un gran país como éste, despojado de su prepotencia política y económica, sería un regalo para el mundo.⁴⁹

Todo pretexto resulta bueno para celebrar, y las medias décadas, también. Con motivo de sus sesenta y cinco años, publicará nuevos libros. La Academia Chilena de la Lengua, bastante lerdá, lo designa Miembro Honorario. La demora obedeció a sinrazones políticas. Nunca él había manifestado interés por ser incorporado a ella. Pero, ya que se ha firmado la paz en esa guerra silenciosa, tratará de sacarle "brillo y esplendor" a la lengua, comentó, con una sonrisa igualmente a medias.

Neruda, a diferencia de muchos escritores y a semejanza de otros pocos, creía que hablar de los proyectos literarios producía mal de ojo y los fatalizaba. Alguna vez rompió con esta creencia de hechicería. A pesar del reclamo de Matilde, que lo puso en

guardia, con la frase: "Pablo, usted nunca ha hecho eso de hablar de lo que va a escribir", continuó, sin prestar oído a la sabia advertencia: "Cuando termine el libro que aparecerá para mi cumpleaños, iniciaré inmediatamente otro diferente, de carácter poético-histórico. Trataré de una insurrección de esclavos que hubo en el siglo XVIII en Chile". Ese libro nunca apareció. Lo "ojeó" para siempre. Hubiera sido una contrapartida del *Benito Cereno*, de Herman Melville, que se inspiró en los mismos hechos.

A esta altura, el poeta ha sido traducido a cincuenta lenguas y los trabajos escritos sobre él suman millares. Es el clásico viviente. Al cumplir los sesenta y cinco, el periodista le pregunta:

—¿De qué errores cometidos está arrepentido?

—He escrito algunas tonterías. Cuando me critican les encuentro razón, pero me río.

—¿Los poemas a un presidente que usted eligió y después puso al Partido Comunista fuera de la ley?

—También. El hombre no es infalible.

—¿Cuál ha sido la mayor satisfacción o felicidad de su vida?

—Mi campaña y mi elección de senador por el norte.

—¿Ni lo literario ni lo sentimental?

—No. Aquella fue una experiencia única en toda mi existencia. No sirvo para senador, pero soy hombre del sur y cuando descubrí la pampa seca y muerta, con sus hombres y sus sufrimientos, recibí una impresión que nunca olvidaré. No sé si en el mundo existían hombres más desamparados. Enterraban a sus muertos cantando, caminando por sobre la tierra muerta. Nada se podrá igualar a la felicidad (y al dolor) de este descubrimiento.

El periodista le pregunta cómo definiría su filosofía de la vida: "No se puede ser feliz si no se lucha por la felicidad de los demás. Nunca se puede abandonar el remordimiento de tener algo si los demás no lo tienen. El hombre no puede ser una isla feliz. Ésta no es toda mi filosofía, naturalmente, pero es lo más importante de ella".⁵⁰

Pocos días antes de cumplir los sesenta y cinco años, el 30 de junio de 1969, cuatro periodistas lo interrogan en el Canal 9 de televisión: Julio Lanzarotti, Augusto Olivares, Emilio Filippi y Carlos Jorquera. Allí cuenta que el libro que se regala para su cumpleaños es *Fin de mundo*. Cuando se inquiera por su sistema de trabajo, responde: "Yo diría que mi sistema de trabajo es papel blanco y tinta verde. Más en serio: yo trabajo solamente en las mañanas. Me es imposible después del mediodía, pero lo hago todas las mañanas, o casi todas, porque me he impuesto un hábito o una disciplina, como usted quiera llamarlo".

Declara que se propuso vivir para la poesía porque no sabría hacer otra cosa. En cuanto a aquello de vivir de la poesía, es un accidente fortuito. Pero en ningún caso el nivel de ventas de su obra es comparable al de una novela de éxito.

Cuando surge la pregunta obligada sobre si su condición de militante de un partido político lo limita, le corta las alas o le modela el camino, Neruda contesta: "Nunca mi Partido se ha dirigido a mí para censurarme algo o para pedirme que escriba de alguna manera determinada. Esto es más bien una leyenda que existe".

Ante aquellos que lo acusan de ser un burgués que vive muy cómodamente y ponen en duda su sentimiento militante, Neruda replica preguntando si no se comprende que un poeta comprometido como él "ha debido enfrentar muchos intentos de seducción y corrupción por los del otro bando. ¿Dónde están las claudicaciones?"⁵¹

158. *Portaestandarte*

La política iba a sacarlo de Isla Negra. En 1969 se vivía en Chile un clima preelectoral. La conciencia del cambio se había extendido; pero entre las fuerzas que lo querían había una grave dispersión. No existía en ese momento en la izquierda un consenso común para levantar un candidato único a la presidencia de la República. Habían surgido ya varias postulaciones. Algunos no descartaban la idea de atraer los votos del Partido Comunista, el cual pensaba que la unidad se alcanzaría en una segunda fase, que articulara a todos los sectores de avanzada en torno a un solo abanderado. En esas circunstancias se pensó en la conveniencia táctica de levantar un nombre que, sin llegar hasta las urnas, contribuyera a la cohesión y abriera camino a la candidatura única.

En el análisis en el seno de la Comisión Política, varios miembros pensaron en mí como probable candidato presidencial del Partido. Me pareció un error por varias razones. Había compañeros con mejores títulos y méritos. Pero sobre todo, existía uno que ni pintado para la ocasión. Sería el candidato de lujo, la más alta expresión como signo nacional: Pablo Neruda. Propusimos que se conversara con él. No era fácil que aceptara. Yo mismo fui encargado de sondearlo. Llegué a Isla Negra para explorarle el ánimo, resuelto a describir el cuadro tal como era:

el de una candidatura que no llegaría a la meta sino hasta la semifinal. Entendíamos que era arrancarlo de su trabajo y lanzarlo a la vorágine. Pero él aceptó de inmediato, con la disposición de un muchacho invitado a asumir un pesado deber como si fuera una subyugante aventura.

Pocos días después volvimos a Isla Negra con Luis Corvalán.

Una aclamación unánime de los sesenta y cinco miembros del Comité Central designó a Pablo Neruda candidato presidencial del Partido Comunista. El pleno se había iniciado el martes 30 de septiembre a las 17 horas. El subsecretario general, Óscar Astudillo, a nombre de la Comisión Política y de la Comisión Nacional de Control y Cuadros, hizo la proposición. Invitó a cualquiera que tuviera alguna observación o duda que la formulara. A las 18:30 me correspondió dar la noticia a los numerosos periodistas de radio, prensa y televisión y a los corresponsales extranjeros que esperaban en el *hall* del Comité Central, junto a la sala en que se desarrollaba el Pleno.

Una muchedumbre repletó la calle de pared a pared, desbordando varias cuadras. Comenzaron a agitarse banderas, estandartes, plumeros de colores, pañuelos y se encendieron globos, fuegos artificiales y antorchas. Víctor Jara cantó la "Plegaria a un labrador"; Patricio Manns, "La hora final". Actuaron Rolando Alarcón y Héctor Pavez, el Aparcoa y el conjunto Millaray, con Gabriela Pizarro.

Al saberse la noticia en Valparaíso, en Concepción, en Temuco, se realizaron desfiles al grito de "Neruda, Neruda, el pueblo te saluda". Lo mismo sucedió en numerosas ciudades y pueblos de Chile.

No todos fueron vítores. Un dirigente del Partido Nacional con ojo que quería ser profético, se condolió por la designación. "O nos dedicamos a la política o a la literatura." Adolfo Ballas agregó: "Creo sinceramente que este país ha perdido su mejor oportunidad de tener un Premio Nobel. Personalmente creo que Pablo Neruda se lo merecía". El diario *La Nación* habló de "el reestreno en sociedad de Pablo Neruda..., de su presencia cuidada, elegante y burguesa". Reparó en "la fragante humareda que deja la pipa del candidato" y aseguró que Neruda tenía una voz agringada".

A fines de septiembre el Secretario General del Partido, en un discurso desde el segundo piso de Teatinos 416, anunció ante la multitud reunida: "...el Comité Central ha resuelto, por unanimidad, proclamar candidato a un luchador de primera [...] Grande como personalidad, Neruda es candidato para una empresa gran-

de: la de encarnar el ansia de cambio revolucionario de la sociedad chilena [...]. No decimos: Pablo Neruda o ningún otro [...]. Nos permitimos invitar a los demás partidos de izquierda y a los otros candidatos proclamados por las demás fuerzas populares a ponernos todos en este mismo plano”.

Cuando habló Neruda, se definió como miembro de una familia de trabajadores. “Y como chileno no sólo por nacimiento, sino por amor y por deber [...]. Por eso acepto esta candidatura. Y quiero que mi amor apasionado se vea fortalecido por la unidad del pueblo [...]. Por esto la candidatura no será guardada como una joya en una caja de cristal, sino que será eminentemente activa, se desplazará por todo el territorio y se convertirá en un mandato cuando la tome el pueblo en sus manos para imponer la Unidad Popular en cada provincia, en cada aldea, mina o campo.”

Refiriéndose a la designación de Neruda, un senador demócratacristiano dijo: “Tal como están las cosas en materia de presidenciables, creo que mi candidato no va a ser Radomiro Tomic, sino Claudio Arrau... Ese hombre sí que tiene dedos para el piano”. Neruda rió con el chiste, pero advirtió que más gracioso le resultaba el comentario hecho por el diario *El Siglo*. “Ya está bueno que llegue la poesía a La Moneda. Los gobiernos anteriores han sido pura música.”

Otra pregunta parecida:

—¿No le parece absurdo que en una época como la actual, en que gobernar no es asunto sencillo, se haya designado a un poeta candidato a la presidencia de un país que pretende ser moderno?

—Yo he sido un hombre político desde joven. Nunca he dejado de serlo. Tampoco he estado marginado de la política, como algunos afirman. Sólo me estaba “haciendo”.

Tranquiliza al angustiado periodista que teme que el trabajo político disminuya la cantidad y la calidad de su poesía.

—Ella sobrevivirá a todos los esfuerzos y trabajos que tenga que hacer. Es como una parte viva de mi organismo, de la cual no puedo prescindir. Es imposible saber hoy si la poesía de mañana será peor o mejor, pero estoy seguro que la escribiré.

—¿No cree que esta campaña presidencial puede ser un escollo insalvable para llegar al Premio Nobel?

—Ignoro si eso puede suceder. Desconozco absolutamente el mecanismo de ese premio.

—¿Está dispuesto a abandonar su siesta diaria de dos a cinco de la tarde, que es una costumbre sagrada desde hace décadas?

—Mi siesta no es transable. Si no duermo paso el resto del día enfermo. A lo mejor, si escarba en la historia de Chile, tal vez se dará cuenta que se puede ser Presidente y dormir siesta. Por lo menos, Barros Luco lo hacía.

—¿Esto quiere decir que en materia de siesta usted se define como conservador y tradicionalista?

—Hummmmm, es posible.⁵²

159. *Una campaña singular*

Al día siguiente, el Comité Central designó al Comando de la campaña, nombrándome su Presidente. La idea era abrir secretarías en todas partes.

Días después se hizo la primera gira al norte. Partimos en una comitiva muy reducida hacia Arica, que el martes 14 de octubre se despobló, interesada por escuchar a Neruda, pero también porque esa gente quería la unidad. En Iquique, el jueves 16, el cuadro eufórico se repitió. Cuando llegamos a Antofagasta el 19, y entramos en el hotel, recibimos un notición: el jefe de la División Militar, general Roberto Viaux, se había declarado en abierta indisciplina contra el gobierno entonces presidido por el demócratacristiano Eduardo Frei. Viaux estaba acuartelado y formulaba exigencias que constituían un ultimátum para la autoridad. No hubo entre nosotros la más leve sombra de vacilación. Aunque opositores, defenderíamos el gobierno constitucional. Un senador demócratacristiano, asustado, pidió conversar conmigo. Tanto miedo tenía que propuso un sitio de reunión muy secreto: la trastienda de un café de barrio. Fui a entrevistarme con él para decirle que nosotros respaldábamos al régimen legal. Temblaba de susto y decía cosas tremebundas contra los militares. Ese nervioso senador, llamado Juan de Dios Carmona, fue más tarde promotor del golpe de Estado contra el presidente constitucional Salvador Allende y actuó como un agente de la dictadura de Pinochet.

Reinaba una atmósfera de inquietud en la población, pero se necesitaba más que nunca realizar el mitin, que cubrió, en el centro de la ciudad largas cuerdas de la calle Latorre. Allí Neruda leyó un poema pero, en particular, llamó a defender el régimen legal contra una asonada facciosa. Rememoró su experiencia de España, comparando el levantamiento de Franco en

África con el peligroso pronunciamiento que había vivido ese día Antofagasta por parte de un militar golpista. Era un alerta.

Volvimos al hotel muy tarde y excitados. La periodista de *El Siglo* que nos acompañaba, Ligeia Balladares, había ido, con gran audacia, a entrevistar directamente al general insurrecto. Éste le contó muchas cosas que revelaban un mar de fondo tenebroso. Neruda escuchaba y escribía algo en una servilleta.

Tal vez como un desahogo poético fabuló sobre todas las variaciones que le sugería el nombre Ligeia. Se convirtió en un poema que muestra la fuerza desencadenante de las palabras, de los sonidos, una especie de asociación libre. La fantasía de las letras era para él también una forma de descanso, un pequeño reposo del guerrero tras una jornada de batallas agotadoras. Es el "Soneto de las equivocaciones". Ligeia tiene muchos nombres: Ligentina... Licosigla, Ligenta, Liprofesa, Lichuga, Litemuca, Lilinares...

Recorrió gran parte del territorio con diversos camaradas. Yo lo acompañé al centro del país. Volvimos a Parral y a Chillán, las cunas vecinas de Pablo y Matilde. Pero el viaje más largo fue el que hicimos el 18 de octubre a Punta Arenas. Allí todo es diferente, como trasladarnos a un puerto noruego o a Murmansk, en viaje al círculo polar antártico. Era primavera. No había nieve. El acto de proclamación en el teatro contó con una orquesta particular: una gran tempestad. Y con una pianista muy conocida del poeta: la lluvia, que caía a chuzos. Resonaba sobre el techo con una música enérgica, ruidosa, que apagaba la voz del orador dentro de la sala. Y éste detenía su discurso y callaba unos momentos, galantemente, para dar paso a la gran dama de la familia, a la gran contralto de su infancia: la voz del agua que caía del cielo.

De regreso, en el avión, se instaló junto a la ventanilla. Comenzaron las turbulencias y como me viera apretar los puños y ponerme tieso, me recomendó como un viejo lobo del aire: "Hay que hacer lo contrario. Soltarse". Luego se abstrajo en la contemplación del paisaje de la Patagonia inmensa y solitaria, que se veía como una tierra donde el hombre nunca había llegado, cortada por los fiordos y las ensenadas, los lagos secretos, miles de islas, valles ocultos donde el hombre podría refugiarse en caso de un cataclismo universal y fundar allí una nueva civilización. Me habló de esto. Lo escuché como si fuera la divagación grandiosa y desorbitada de un soñador. Estaba equivocado. Él miraba esa tierra misteriosa y virgen para no enhebrar una charla sin sentido, sino porque estaba trabajando en una utopía

poética que le dictaba algún interés del corazón. Estaba urdiendo un libro y miraba hacia abajo, hacia la tierra no como un geógrafo, sino más bien como un dramaturgo que recurre al geógrafo porque necesita ubicar bien los personajes de su obra.

Nunca hubo en Chile un candidato a la presidencia tan particular como éste. El país se merecía un Primer Mandatario que le había descubierto su propio ser, contribuyendo más que nadie a crearle una imagen mundial de pueblo noble, donde los grandes sueños del hombre podrían concretarse. Neruda había generado con su poesía un Chile nerudiano. Ese país todavía pertenecía al futuro. El candidato estaba adelantado a su tiempo. No era su hora de Presidente. Bien la merecía, pero no alcanzaría a conocerla. Además, desde la partida, él supo que participaba en el primer relevo de una gran carrera de postas. Quería entregar la antorcha al candidato único cuando todos los postulantes que corrían por la pista llegaran a un acuerdo unánime para apoyar la candidatura de la izquierda unida. Cuando este laborioso proceso culminó, Neruda entregó satisfecho su antorcha a Salvador Allende. No se retiró a su casa como un hombre que ha cumplido su tarea, sino que trabajó afanosamente por el triunfo del portestandarte común.

160. *Un viejo sordo con un acordeón*

Tiempo de rememorar raíces familiares. Neruda quiere vivir muchos años. "Mi abuelo don José Ángel Reyes vivió/ ciento dos años entre Parral y la muerte./ Era un gran caballero campesino/ con poca tierra y demasiados hijos./ De cien años de edad lo estoy viendo: nevado/ era este viejo, azul era su antigua barba/ y aún entraba en los trenes para verme crecer./ en carro de tercera, de Cauquenes al Sur./ Llegaba al sempiterno don José Ángel, el viejo,/ a tomar una copa, la última conmigo:/ su mano de cien años levantaba/ el vino que temblaba como una mariposa."

Este poema forma parte de un nuevo libro, *Aún*. ¿Por qué *Aún*? Porque es una respuesta a los buenones de siempre que murmuran la decadencia del poeta declarándolo escritor terminado, que ya no tiene nada nuevo que decir. *Aún* seguirá molestándolos, *Aún* seguirá escribiendo, *Aún* seguirá descubriendo. Le gustaría vivir tanto como su abuelo José Ángel para seguir haciendo su trabajo.

El poema inicial se titula "1971". Comienza con un regreso a la Araucanía de su infancia. Él estará siempre importunando. Si hay una piedra perdida en el viento es él. "Si hallas en un camino/ a un niño/ robando manzanas/ y a un viejo sordo/ con un acordeón,/ recuerda que yo soy/ el niño, las manzanas y el anciano." Es un hombre que percibe los guiños de la vejez, pero quiere hacer "honor al día fresco, a la juventud del rocío y a la mañana del mundo".

161. *El poeta y el siglo*

Los versos están a salvo. Acaba de terminar un libro. Y ya está en otros "escarceos", en una lucha con las sombras y consigo mismo. El "gran esfuerzo" se lo había demandado este volumen de doscientas ochenta páginas, *Fin de mundo*. Es una conversación con el siglo XX. ¿A dónde se irá? "¿A la revolución idolatrada?" Es el siglo de la bomba (hombres, peces, insectos calcinados). Un siglo de guerras, de desaparecidos. Pero en este siglo siempre se nace. Él ha sido un ciudadano suyo. Y ha visto todo lo que pasó. Lo ha gozado y lo ha sufrido. Le dolió la muerte del Che. Caminó sus caminos. Conoció su soledad, sus vientos, su metamorfosis. Y él como un hombre dentro de este siglo, de profesión "estrellero". Cuando chico aprendió a mirar las botellas rotas, acumuló clavos torcidos, porque quería despertar la fosforescencia del vidrio y el frenesí de los metales. Pero más le gustaron los volantines de cola vibrante, las cometas casadas con el cielo. Se define como poeta carpintero buscador de la rosa del herbolario, curioso por las bestias, interesado en perros y caballos. Este siglo XX fue el de las revoluciones desencadenadas y también el siglo de la revolución del sexo desencadenado.

Habla de sus escritores admirados. "Canta Cortázar su novela/ de impotente sombra argentina/ en su iglesia de desterrado." Hay versos para Juan Rulfo de Anáhuac, Carlos Fuentes de Morelia, Miguel Otero de Orinoco. Para Sábado, claro y subterráneo, a Onetti, cubierto de luna, Roa Bastos del Paraguay y desde luego García Márquez, un volcán que echaba sueños como los volcanes echan fuego.

Es también el tristísimo siglo de los desterrados, de los exilios. Quisiera vivir cien años y seguir cantando el siglo.

Neruda quería a Matta y Matta quería a Neruda. En *Nicaragua violentamente dulce* Julio Cortázar escribe que Matta en un grupo, cuando lo ve acercarse, exclama a gritos, para que lo oigan todos, incluso él: "Aquí viene el idiota". Julio no puede ocultar una cara de sorpresa. El irreverente Matta repite: "Sí. El idiota, el idiota de Dostoievski, el Príncipe Mishkin, el hombre puro, que tiene la razón más profunda". Matta ofende para elogiar, o mejor dicho, para descubrir una gran verdad.

Neruda, navegando por la misma corriente, lo llamaba el "Matto Matta". Roberto Sebastián Matta habla un híbrido chileno-francés-italiano. Que el poeta le dijera loco en italiano lo tenía a mucho honor.

Aunque Neruda estaba feliz de contar con ilustraciones de Matta, éste le reclamaba en su cara: "A ti no te gusta mi pintura". Dicho lo cual se ponía a hacer payasadas. Matta los invitaba a todos a la hostería de doña Blanca en Isla Negra. Su mujer, la bella Germana, tomaba fotos con Polaroid. Esa noche era un festín no sólo de mariscos, los llamados locos de mar, sino también de locos de tierra, el delirio de los juegos de palabras. Se inventaban barrabasadas, cosmogonías y cochinas muy surrealistas. De todo ello salía algo práctico. Porque poeta y pintor eran expertos en pasar de los sueños a los hechos.

El poeta siempre tuvo pasión interdisciplinaria. Andaba buscando para sus versos cantantes, pintores, gentes de teatro, de cine, de ballet, músicos, periodistas, hombres o mujeres de la televisión. Es muy amigo de Mario Carreño, Julio Escámez se instala largo tiempo en Isla Negra. Este pintor le relata sus sueños y nadie sueña más fantásticamente que él. En la vigilia los cuenta a lo vivo, con toda su voz difusa y nocturna, donde el terror, la alucinación, las seriales del cine mudo de la infancia en la escena final, donde los muros se juntan para reventar al hombre que sueña, todo está descrito con una atmósfera onírica; uno piensa que un sueño descrito tan a lo vivo no puede ser una invención literaria del pintor. Él está allí dibujando pájaros para el libro del poeta. Los contempla en el follaje donde se domicilian y también en las láminas de los grandes volúmenes del ornitólogo Neruda. Ángel Parra le pone música y le canta a la pajarería.

Mario Toral ilustra una edición de *Veinte poemas de amor y una canción desesperada*. Son acuarelas impresas en offset a colores, en papel estucado de ciento ochenta gramos. Neruda ha

pedido el texto en tipografía Eusebius. Las letras ornamentales Vulcan fueron sacadas del álbum de alfabetos de J. B. Silvestre. La tipografía es de Mauricio Amster y la diagramación de Mario Toral. Al poeta le gustan las encuadernaciones en cuero y los estampados en oro. Alguna vez se criticó esta pasión suya por las ediciones singulares, libros de tamaño ingente, ojalá cuadrados. Se quedaba largo rato mirando los miniados de los *Libros de horas* medievales. El trabajo fino de esos monjes, el tiempo no tenía por qué matarlo ni desaprenderlo. Por algo el poeta escribió una "Oda a la tipografía". La mayor parte de sus ediciones estaban determinadas por el mercado editorial que dictaba su ley. Pero se sentía en la obligación de compensar una impresión lujosa con otra popular.

163. *La Ciudad de los Césares*

Neruda invita a sus amigos una noche a La Chascona para una reunión de carácter inesperado: una velada poética. Había cuatro lectores: el mismo Neruda, María Maluenda, Roberto Parada y el hijo de ambos, José Manuel Parada (un joven talento múltiple, valeroso, funcionario de la Vicaría de la Solidaridad, que la dictadura militar degollaría quince años después, junto al maestro Manuel Guerrero y al pintor Santiago Nattino). Con algunos intermedios leen un libro entero, *La espada encendida*.

○ Cuando comienzo a escucharlo me doy cuenta del porqué de su atentísima contemplación de la Patagonia en aquel viaje por avión de regreso de Magallanes. Neruda retoma el mito de la Ciudad de los Césares. Una ciudad mitológica, hecha de oro, plata y piedras preciosas, ubicada en el sur de Chile, en un lugar imprecisable de la Cordillera de los Andes. Es el mito de la Ciudad del Sol de Campanella, la utopía del pueblo dichoso, el comunismo primitivo, donde se vive al margen de los problemas de las sociedades habituales. Es un poco el retorno a la noción del "buen salvaje". Muchos conquistadores salieron en el siglo XVI a buscarla. Algunos no volvieron, otros retornaron contando que la habían visto. En los siglos XVII y XVIII se organizaron nuevas expediciones para descubrir la Ciudad de los Césares. Alguien lo intentó también en el siglo XIX.

El poeta hará su aporte del siglo XX a la leyenda, pero con variantes determinadas por su propia biografía. Empieza por una cita del Génesis: "Cuando Dios expulsó al hombre del huerto del

Edén, puso una espada encendida que se revolvía por todos lados para guardar el camino del árbol de la vida.” Además este habitante del siglo XX que se llama Pablo Neruda, siglo durante el cual se ha lanzado la bomba atómica y vive bajo el peligro de que se disparen otras, teje esta fábula poética para relatar “la historia de un fugitivo de las grandes devastaciones que terminaron con la humanidad”. Fundador de un reino emplazado en las espaciosas soledades magallánicas, se decide a ser el último habitante del mundo, hasta que aparece en su territorio una doncella evadida de la ciudad áurea de los Césares. El destino que los llevó a confundirse levanta contra ellos la antigua espada encendida del nuevo Edén salvaje y solitario. Rhodo y Rosía son los héroes de esta refundación de la humanidad. Ciento treinta años tenía Rhodo, el viejo. Rosía era una piedrecita sin edad. El diálogo se entabla. Es como el último amor del milenario Rhodo, en medio de los volcanes y de la sombra. Es como un último desesperado poema de amor. Y encierra algún enigma en la vida del poeta. Seguramente un amor que se oculta, con una joven, que sirve de modelo a la imagen de Rosía. Pero el poeta que encuentra a la mujer que viene de la Ciudad de los Césares no conseguirá refundar el mundo sino a través de la poesía.

164. ¡Piedras, esperen!

Neruda trabaja en la campaña presidencial de Allende, lo acompaña en sus preocupaciones y vive toda esa atmósfera densa, mefítica, de confabulaciones e intrigas que se orquestan desde fuera. Generalmente las tardes encuentran a Neruda hablando en algún mitin en la capital o en provincia.

Por las mañanas escribe. De *Las piedras de Chile* pasa a *Las piedras del cielo*. En verdad son piedras de la tierra, que a ratos cobran alas y vuelan como piedras lanzadas y, a veces, es cierto, caen como meteoros o aerolitos. Hay piedras particulares, como las supremas esmeraldas de Colombia. Tallaron una para él y la piedra celestial se escapó por el aire, como una mariposa de la provincia de Muzo. Por cierto piedras del cielo son para él el ágata marina, el topacio de oro, pero también la piedra donde crece el liquen, la piedra que cae rodando desde la cordillera o que transporta el agua. ¿Pero dónde hay más piedras que en la Cordillera de los Andes? Está cerca de su casa el laberinto rocoso de Trasmanán, entre el peñón de Tralca y las primeras casas

de El Quisco sur. Se fijará en la piedra con agua de los diamantes, en el esplendor de la amatista, pero también en el cubo de la sal. Algún día él espera ser piedra. "Allá voy, allá voy, piedras, esperen."

El poeta, al cual peatones de la vereda de enfrente pronosticaron que la política lo enmudecería, escribe a veces varios poemas diarios y conversa con la realidad y la memoria, con las materias y los espíritus. Conversa con el sol de Valparaíso. Sostiene soliloquios. No quiere despedirse nunca de sí mismo, pero le sale la palabra adiós. Si dejó de ver a Federico y a Miguel Hernández y Alberto Sánchez, se pregunta por qué no ve a José Caballero, que está en España pintando una rosa blanca ensangrentada.

Anda viajando por los caminos para proclamar a su amigo, el candidato de la Unidad Popular. Ve troncos cortados sobre un camión que viene de Lonquimay. Siente la tristeza de los bosques moribundos, que eran los follajes fríos de su niñez. Una campaña electoral de Chile supone muchos viajes. Él anda "siempre por los caminos". Está nublado entre Metrengo y Villarrica. Amanece con el corazón nublado. Hará un viaje hacia las islas lejanas, donde de noche se construyeron estatuas. Me invita a acompañarlo a la Isla de Pascua. No puedo, le digo. Parte y vuelve con *La rosa separada*.

Aquí termina la parte chilena y polinésica de *Geografía infructuosa*. El libro se interrumpe por un tiempo. Cambiará de residencia en la tierra.

165. *Discurso de medianoche y conversación matinal*

Es el discurso de la medianoche del 4 al 5 de septiembre de 1970. Habla Salvador Allende desde los balcones de la Federación de Estudiantes, frente a un gentío que cubre la Alameda de las Delicias, desde la Plaza Italia hasta la Universidad de Chile. Ha sido elegido Presidente en las urnas. Estamos radiantes; otros están furiosos. Tan iracundos que sienten que se van a vivir en Chile los sesenta días más extraños, de una rareza homicida manipulada al segundo desde afuera y desde adentro.

Aquel general de división que se rebeló contra el poder civil el día que llegamos a Antofagasta con Neruda para proclamarlo, después se trasladó a la capital para repetir la historia ampliada en el regimiento Tacna contra el mismo Presidente Frei. De nue-

vo los trabajadores, los comunistas, y Neruda, por cierto, se lanzaron a la calle a defender ese gobierno que no era el suyo, pero que representaba una legalidad indispensable. El poeta, siempre obsesionado por la experiencia española, como interrogándose a sí mismo, me preguntó: "¿Viaux es Sanjurjo o Franco?"

No sabíamos que protagonizaría pronto escenas aún más terribles dirigiendo el rapto que terminó con la muerte del Comandante en Jefe del Ejército de aquel entonces, general René Schneider. Cuando en el barrio alto de Santiago se produjo el asalto de los conjurados, varios de ellos jóvenes de buena familia, el poeta me dijo: "Aquí hay gato encerrado".

Después se hizo una agobiante claridad: todo respondía a una orquestación sangrienta, donde la venerable Agencia Central de Inteligencia manejaba la batuta, para impedir por cualquier medio que el Congreso pleno eligiera Presidente Constitucional a Salvador Allende. En el Senado de Estados Unidos la Comisión Church puso tiempo después oficialmente al descubierto toda la encrespada maraña. Pero el 3 de noviembre Salvador Allende fue proclamado Presidente de la República de Chile y entró a La Moneda con un título limpio, legítimo y democrático. Neruda estuvo allí con la conciencia de que él y los suyos habían contribuido a esa victoria, pero que quedaba lo más difícil por delante. Él deseaba colaborar en el lugar que estimara más útil.

El domingo siguiente por la mañana voy a buscarlo a La Sebastiana. Matilde lo increpa entre burlona y seria. Lo trata de viejo verde. Riéndose, lo acusa. Todo parece alegre. Llega en ese momento a la casa su editor, Gonzalo Losada. Neruda propone que vayamos a darnos una vuelta por Viña del Mar. Al llegar a la plaza, vemos el típico cuadro dominguero matinal. Gente que entra a la misa de once en la parroquia. Algunas victorias con sus viejos caballos, que esperan la pareja turística para trotar la ciudad. Neruda le dice a Matilde: "Conversa tú con Gonzalo. Debo hablar algo con Volodia". Como es su costumbre, va derecho al grano.

—Yo tengo que poner distancia. Salir por un tiempo, pero al servicio del gobierno. Creo que debo ser Embajador en Francia. Convérsalo con los compañeros. Y si están de acuerdo, que se lo propongan a Salvador.

Así se hizo. Y a Allende le pareció que Chile no podría tener mejor embajador en Francia que Pablo Neruda. El nombramiento fue extendido de inmediato. El Ministro de Relaciones Exteriores, Clodomiro Almeyda, envió el mensaje al Senado, que

esta vez se aprobó sin dificultad. Tenía ganas de partir y emprendió el viaje pocos días más tarde.

[Introduzco unas pocas líneas más explícitas dos años y medio después de la muerte de Matilde. Ahora este recuerdo no puede dolerle. En cambio, complementará con un rasgo más el conocimiento de su psicología. Vivió una relación conyugal hecha de pasiones, crisis y luchas inherentes a cualquier matrimonio que se respete. En cuanto a la imagen del hombre, el hecho subraya su incorregible necesidad de amor que lo acompañó toda su vida.

La tempestuosa escena matinal se desarrolló en mi presencia. Estábamos los tres de pie. Matilde reprendía a su marido con risa violenta y palabras fuertes. Apenas entré, junto a Neruda con cara de niño culpable, sorprendido comiéndose el dulce a escondidas, comenzó a acusarlo:

—Te diré que tu amigo no es un santito. Se ha metido con mujeres sucias y ahora está enfermo de la parte correspondiente. Y no sana. Por donde pecas, pagas.

Pablo intentó calmarla:

—No sea exagerada, Patoja. No hable así...

—Estoy diciendo la pura verdad —siguió reprochándole, pero sin perder el control. Pablo, al revés, se veía turbado. Para salir del atolladero y poner fin a la escabrosa catilinaria, no encontró nada mejor que insistir en ese viaje a Viña acordado el día anterior.

—Se hace tarde. Partamos —apuró golpeando las manos, con una mirada que quería fingir ausencia y naturalidad.

¿Qué había pasado? Matilde se encontró un día con un cuadro que no era exactamente una naturaleza muerta. Era demasiado vivo, un episodio en cueros, semejante al que produjo la ruptura del matrimonio Neruda-Hormiga, pero esta vez con un personaje distinto. Y los papeles aparecían cambiados. Pues no era ella la que ahora ocupaba la cama como vino al mundo, sino una joven a quien había llevado a Isla Negra a vivir como familiar, para que la ayudara en el arduo trabajo doméstico y tener alguien con quien conversar en confianza.

Pablo se aficionó a esa segunda mujer que se movía silenciosamente por la casa aislada junto a la playa. Parecía cariño de padre. Y oficiaba un poco de abuelo. Porque ella trajo a su hija, una pequeña pelirroja, que asistía a la escuela primaria del lugar. Dibujaba, a juicio del poeta, tan bien que decidió convertir uno de sus monos infantiles en la portada algo chillona de una

voluminosa antología de su poesía que por ese tiempo publicó Editorial Nascimento excepcionalmente, ya que el poeta tenía contrato exclusivo en lengua española con Seix-Barral y Losada.

Como dice su amigo García Márquez, no hay que confundir la fidelidad con la lealtad. Neruda fue siempre leal a Matilde. No le fue siempre fiel. Se rigió por ese principio en todos sus matrimonios.

En el sentido de los nombres trocados vuelve a repetir la historia de los *Versos del Capitán*, pero sin llegar al extremo de renegar la paternidad del hijo. Porque las obras son distintas. En aquel episodio extraconyugal que culminó en la Isla de Capri se delataba solo. Se advertía a la legua que se trataba de un poema impudicamente autobiográfico. Éste también lo era, pero aquí el autor se cubría con un disfraz grandioso. Repetía a ratos el tema del Génesis mezclado humildemente con el Apocalipsis.

Para despistar tuvo la coquetería de doblarse la edad. Con cada nuevo amor inventaba una nueva mujer nada esotérica como un modo de generar otro motivo poético que le maravillara la vida y alimentase y reanimara con ese combustible imprescindible no sólo el fuego de la sangre, sino también de su palabra. A la hembra cotidiana —donde otros no descubren nada, salvo quizás por un momento el sexo palpitante— la convirtió en tema íntimo y desmedido a la vez, proclamándola refundadora de la humanidad. Es probable que en su poesía, tan generosa en la celebración de los encantos femeninos, nunca concediera tan integralmente el papel de Eva, madre de todos los hombres, como lo hizo con esta mujer de apariencia sencilla y callada, para él, sin duda, cálida, que andaba por los treinta, un poco menos de la mitad de la edad del poeta, más que nunca dispuesto, por su parte, a asumir en grande el papel de Adán.

“Rhodo, pétreo patriarca, la vio sin verla./ era/ Rosía, hija cesárea, labradora./ Ancha de pechos, breve de boca y ojos/ —descripción, por otra parte, ajustada al original— salía a buscar agua y era un cántaro/ salía a lavar ropa y era pura./ Rhodo la destinó sin saberlo, al silencio.” De nuevo la clandestinidad amorosa. Metaforiza su propia situación. Todo es una clave personal. Escritura visible, mujer invisible, aventura profunda descrita con tinta simpática. A través de ella necesitaba escapar a la catástrofe y refugiarse en un sitio inaccesible. “Era el cerco glacial de la naturaleza/ de Aysén al sur de la Patagonia...” Rhodo siente que sus setenta mujeres se habían convertido en sal. No es una ima-

gen al vuelo. Corresponde a un número redondo sacado de su vida. Ellas se marcharon una tras otra, pero entraron a formar parte de su memoria. ¿Dentro quedaron convertidas en estatuas? No. Aunque unas cuantas han muerto, están vivas en el recuerdo activo, dulces o saladas, tal como eran en los días del amor. Conforme a su costumbre de trabajar con códigos secretos, componiendo diccionarios crípticos y denominaciones apócrifas, les atribuirá nuevos nombres, incluso a las que ya antes llamó en forma diferente. Las rebautizará como inspiradoras que deben seguir actuando en la renovada penumbra. Níobe, la roja; ¿Rama, "la delicada", era la misma que robaba frutas, trepada en la tormenta? Beatriz, de tan interminable cabellera. Y Abigail, Tere-sara, Dafna, Leona, Cascabela, Cristina, Delgadina, Granada, Petronila, Doralisa, Dorada, Dorotea. Son las reminiscencias de la noche, cuando en su lecho el hombre solitario rememora y juega a designarlas con nombres de fantasía. Pero ahora siente el ardor de la pasión actual, que lo perturba mientras escribe. Entonces apareció Rosía: "Se abrió para que entrara Rhodo en ella/ y un estertor o un trueno/ manifestó la tierra..." Es uno de los libros nerudianos que la sensualidad recorre como un incendio (véase el poema "Las fieras". No es menos eróticamente salvaje que algunas páginas de *El hondero entusiasta*).

Luego sobrevino, más que el sentimiento de culpa, la sanción por la infracción a la ley de la tribu. Y otra vez el castigo de Dios (que no era exactamente Jehová sino que tenía cara de mujer). Al rey, al cual sorprendieron yaciendo desnudo, quieren convertirlo en mendigo. Pero el poeta tiene voz suficiente no sólo para defenderse sino para interceder por ella ante el tribunal de la poesía, recrearla, hablar en su nombre, darle la sensación de nacimiento y redescubrimiento. "Y fui mujer desde que me tocaste / y me hiciste crecer como si tú me hubieras hecho nacer..." Lo dice a la llegada del "Gran Invierno", su propia estación final. Rosía, expulsada del paraíso, la fugitiva, sufrirá el castigo. Él también, como el Primer o el Último Padre. Durante un instante lo atormenta la inutilidad de los recomienzos. "¿Por qué fundar la humanidad de nuevo?" Prevalece su deber de salvar el mundo. El camino de la salvación pasa por el gran viaje. "Rhodo levanta una mano invisible. La nave me llamó... El viaje será un rito de pavesas." Mucho, muchas cosas han quedado reducidas a cenizas. (De ese viaje —que en cierta forma es una huida— me habla sin circunloquios ni poesía aquella mañana en la plaza de Viña.)

En el libro se dedica al arte de los subterfugios y de las coartadas. Ella será "doncella de la sombra". Sumergirá "la llave de mi amor... bajo las olas". Su pasión debía sofocar los gritos y gemidos, susurrarse y consumarse sólo en el reino submarino de los secretos. La nieta de los Césares —o sea la que escapó de la ciudad encantada— sintió hasta los huesos la sacudida del planeta. "Como una sola hoja/ tembló el mundo." Era el crujido del trueno y la luz escandalosa del rayo. Era también la ira de la institución desacatada. Sobrevino la expulsión (fue arrojada a cajas destempladas del Paraíso, Isla Negra). ¿La vida —preguntó el poeta— "era un jardín perdido? ¿Era la hora anaranjada de la calcinación y del castigo?" Tal vez la hora cárdena. "¿Por qué debo morir si ahora nací?", se interroga el enamorado sorprendido *in fraganti*. Hará funcionar la imaginación. Buscará una réplica a nivel del Antiguo Testamento. Se transfigura en Noé. Inventa entonces la nave, el arca. La llena con todos los seres vivientes. No recalará en el Monte Ararat. Pertenece a otro hemisferio. La nave del sur atraviesa el invierno. La persigue el volcán encolerizado. La sentencia quemante, el río de azufre contiene fuego y lava. Es la hora de la catástrofe en casa. El poeta lo asocia a la suerte de la humanidad. "Te quema el paraíso./ te persigue el infierno./ Aléjate, varón, se quema el reino./ El gran amor se paga/ con la sangre y el alma,/ con el fuego." Me habla de la necesidad de alejarse por un tiempo. Así nace la idea de la Embajada en Francia.

Como es habitual en su poesía, pero acentuando a fondo dicha tendencia, la vivencia autobiográfica prefiere refugiarse en un sistema de lenguaje cifrado. Pero a la vez, el hombre acosado, desdeñando toda insignificancia y distanciándose de la historia picante, transfigura su problema personal en duelo contra el cataclismo máximo, equiparándolo al diluvio de los cuarenta días y las cuarenta noches y a la hora de la catástrofe nuclear. Por la fuerza del sentimiento sobrevivirá a todo. Su respuesta anuncia un elemento más: el poder de la poesía y del amor volverán a poblar el mundo. Gracias a la pareja condenada se salvará al Hombre, continuará el tiempo, se garantizará el futuro: "Tú eres el infinito que comienza./ Tan simple tú, hierba desamparada/ de matorral, me hiciste despertar,/ y yo te desperté, cuando los truenos/ del volcán decidieron avisarnos que el plazo se cumplía."

Se ve que no era un poeta pesimista ni de tono menor. Tomó la nave... aérea. Viajaba a París y a su vera iba el volcán ahora más apaciguado, porque ella creía en la hierba del olvido de la lejanía. Sin confesarlo a nadie, él llevaba a Rosía dentro del

pecho. Navegando a diez mil metros sobre el océano ya estaba pensando cómo hacerle llegar mensajes furtivos. Y alguna vez un regalo. No podía ya recorrerla "con la boca y la médula", pero desde Francia enviaría, con viajeros amigos, misteriosas maletas colmadas de presentes de Rhodo, para comunicarle a una Rosía expulsada del Paraíso que en París se sentía solitario, más solitario que la nieve.

Además se sentía enfermo. El ojo clínico de Matilde se equivocaba esa mañana de domingo cuando lo acusaba ante mí de meterse con mujeres sucias. La ira cegadora le dictaba un falso diagnóstico. No. No se trataba de los síntomas de una enfermedad venérea. Eran los primeros signos, aún no detectados, del cáncer prostático.

Pero a él también lo atormentaban otra clase de angustias, las preocupaciones políticas.]

—Hay una porción de noche que acompaña al hombre incluso de día, sobre todo cuando posee oído fino para escuchar el trueno antes de ver el relámpago. Como si tuviera pacto con lo aún recóndito, Neruda no parecía contento cuando fuimos a despedirlo al aeropuerto, aunque las cosas marchaban bien hasta ese momento. Se leía en su expresión cierta ansiedad, un trazo sutil de preocupación. Como le fastidiaba lo patético no haría ninguna escena. Pero se marchaba inquieto, dejando una crisis latente. No se creía un numen tutelar de la República. El poder de ningún hombre sería suficiente para salvarla. No quería dar consejos; pero sólo se podría conjurar lo que se estaba preparando desde lejos si había unidad ancha, si se sabía con quien estábamos enfrentados, si no se hacían locuras. Habló esa vez en imágenes, pero salió al encuentro de las metáforas apócrifas. El estereotipo de la sobajeadada "Suiza de América" sería reemplazado por otro lugar común más verídico: el de Chile como país sísmico y volcánico. No se dislocarían esta vez las placas terrestres. No se estremecerían los Andes ni los terrenos de la poesía y del lenguaje. Pero podía producirse un terremoto político que mataría más gentes que las sacudidas telúricas. Lo provocaría la voluntad de un sistema implacable de dominación. Él lo denunciaría en su *Incitación al Nixonicidio*. Recurrirían a todo para pulverizar ese ensayo inédito que empezó a desarrollarse con la llegada de Salvador Allende a La Moneda; esa tentativa de cambiar la suerte del oprimido con más democracia y más libertad, tan limpia como el agua fresca del pozo, que venía del fondo de la tierra. Todo esto lo murmuró en una despedida que no

166. *Noticias inquietantes*

En pleno invierno francés, noviembre de 1970, llega como embajador de Chile. Se disfraza de frac. El coche de la embajada entra por el *Faubourg Saint-Honoré* al patio con gravilla del Palacio de Gobierno. (La gravilla le recuerda a su padre y al tren lastrero.) Desciende con cara de circunstancias importantes y presenta credenciales ante el Presidente Georges Pompidou. Se sacan las fotografías de rigor. Me manda una copia. Pompidou políticamente está lejos de él, pero ha publicado una antología de poesía francesa. Lo observa como para descubrir su lado poético. Al parecer no se lo encuentra. Vuelve al viejo caserón con fantasmas e historias de suicidas donde funciona en París la embajada de Chile. Esa construcción pesada y tétrica de *La Motte-Picquet*, próxima a *Les Invalides*, no rima con su personal sentido arquitectónico ni con su necesidad de luz. De inmediato se siente prisionero en una jaula oscura.

Tiene que asistir a cónclaves ininteligibles, que le reviven el horror a las matemáticas que lo persiguió desde su más tierna infancia. Concorre a una institución de economistas y banqueros llamada Club de París. Allí se congregan los acreedores de Chile, que les debe cantidades que marean. Se trata de renegociar la deuda externa contraída por los gobiernos precedentes. En su calidad de embajador, Neruda preside la delegación chilena. ¡Qué le vamos a hacer!

No todo serán cifras. Tiene días sin versos. Su salud flaquea. Para oxigenarse se prescribe un tratamiento de poesía. *Geografía infructuosa* fue continuado en Francia. Al final el poeta publica una orientadora nota aclaratoria: "El año 1971 fue muy cambiante para mis costumbres. Por eso y por no aparecer enigmático sin razón esencial dejo constancia de desplazamientos, enfermedades, alegrías y melancolías, climas y regiones diferentes que alternan en este libro. Algo fue escrito entre Isla Negra y Valparaíso, y en otros caminos de Chile, casi siempre en automóvil, atrapando el paisaje sucesivo".

"También en automóvil muchos poemas fueron escritos en otoño e invierno por los caminos de la Normandía francesa."⁵³

Meses más tarde llegan noticias intranquilizadoras sobre su salud. Fechada en París el 11 de julio de 1971 recibo una carta en que me habla de enfermedades: "... después de haberme dado de comer y haberme sostenido para ir al baño en mi primera levantara de cuatro días (10 metros, 10 minutos), Matilde, rebo-sante de salud, me permite también terminar el dictado. Estoy vagamente enfermo con varios días de penicilina, que posible-mente me llevarán de nuevo a la oficina, es decir, al piso de arri-ba, uno de los sitios más encantadores de esta ciudad no despro-vista de encanto. Tengo fiebre, esto no tiene importancia, sino que mañana es mi cumpleaños, lo que tampoco la tiene..."

Luego me habla de las dificultades con la sección comercial y de los pésimos sueldos de las secretarias. Da una pincelada triste y autoirónica sobre su vida en ese momento. "Aquí todo sigue igual, dentro de esta catacumba, no veo museos ni amigos, de cuando en cuando vamos al cine, con gran esfuerzo de voluntad, como si fuéramos de Isla Negra a Valparaíso. De mi poesía no te hablo porque no he reasumido... Si sigo dictándole a Matilde, le voy a transmitir mi fiebre. Cariños a los tres de nosotros dos. A propósito nunca he visto tantos paseantes chilenos en Europa; los atendemos con solicitud pero no deja de inquietarnos el extraor-dinario aumento del turismo. En cambio he pedido que se invite a Graham Greene y después de mil insistencias no me contestan, él irá de todas maneras y aún es posible que rechace el billete, pero quería que nos diéramos el lujo de gastar un poco en un hombre grande. Si puedes ayudar aún es tiempo, él quiere estar allí en la última quincena de septiembre. Voy a ponerme el ter-mómetro. Hasta pronto."

Calmando nuestras aprensiones, fechada tres días después, el 14 de julio, recibo unas palabras suyas, con tono bromista: "Ves-tido de colipato regresando del Eliseo, abrazos para los dos + la marinera. Viva. Pablo, Matilde, Laura Reyes, Enrique Bello".

Vuelta a los temores. El 30 de septiembre me manda una car-ta acompañada de fotografías, referidas al 18, "que por primera vez tuvo un alcance popular en esta embajada. Asistieron cerca de mil chilenos con algunos invitados. Ésta no fue la fiesta ofi-cial, ya que el Gobierno a causa de los sismos la prohibió, así que no hubo recepción diplomática, y fue sólo una fiesta para los chilenos, organizada en gran parte y con mucho entusiasmo por la parte más juvenil de la colonia".

Lo angustioso viene un poco más abajo.

Te escribo desde la clínica, en donde estoy sometido todavía a exámenes que me tienen flaco y deprimido, necesito una buena carta tuya para reconfortarme.

A mediados de octubre regresa a Chile el doctor Raúl Bulnes. Le he pedido que haga una exposición ante nuestros amigos de mis actuales dolencias y vaticinios médicos y quirúrgicos. Él te llamará o te dejará recado a su regreso.

Abraza a los dos incluyendo a Marina, a la que le envío un beso clínico enteramente esterilizado. Salud. *Pablo Neruda.*

Al volver el doctor Bulnes (recordemos: uno de los tres fundadores de Isla Negra, junto con Eladio Sobrino y Pablo Neruda), converso largo con él. Como médico estuvo presente en la intervención quirúrgica del poeta en el Hospital Cochin, de París. Este Raúl es un personaje de una delicadeza inmensa. Me cuenta casi todo, pero no me dice nunca la naturaleza exacta del mal. Tal vez se guía por el aforismo: "A buen entendedor, pocas palabras". Como soy mal entendedor sigo abrigando esperanzas.

Doy cuenta de la conversación. Se decide que yo viaje a verlo. Antes de partir hay que aclarar si Neruda va a venir a Chile, cosa que todos piden después de haber recibido el Nobel.

167. *El juicio sueco*

El anuncio de la Academia Sueca, que se reunió en la vieja Bolsa de Estocolmo para confirmar su decisión, empezó con algunas bromas del secretario Karl Ragnar Hierow. Recordó que en noches anteriores por la televisión discutía con el Primer Ministro Olof Palme, quien sostuvo que sería mejor dar todos los premios a embajadores para que no hubiera problemas, a la hora de entregarlos. La confesión era inusitada pero el hecho existía. Durante la década pasada la Academia entregó premios a Saint-John Perse, en 1960; al yugoslavo Ivo Andric, en 1962; al griego Georgios Seferis, en 1964, y a Miguel Ángel Asturias, todos diplomáticos.

Ante los confundidos periodistas, el Secretario de la Academia Sueca dijo, con una sonrisa, que ese día habían seguido la sugerencia de Olof Palme. Y añadió: "El embajador Neftalí Ricardo Reyes Basoalto ha sido seleccionado ganador". Después de una pausa, agregó: "Más conocido con el seudónimo de Pablo Neruda".

El texto del anuncio oficial comienza de una manera un poco intemperante: "El Premio Nobel de Literatura de este año ha sido adjudicado a un contencioso autor que no sólo es discutido sino que para muchos es también discutible. Esta discusión se ha mantenido durante los últimos cuarenta años, lo cual prueba que su contribución es incuestionable". El texto, a su vez, insiste en subrayar notas encomiásticas y ácidas. Junto a aquellas palabras célebres de presentación de García Lorca: "Más cerca de la muerte que de la filosofía" señala su revés con lo expresado por otro poeta de su lengua, también Premio Nobel, Juan Ramón Jiménez, que como se recordará dijo que Neruda era un "gran mal poeta".

La Academia Sueca constata que la poesía nerudiana compone una masa avasalladora. Es lícito preguntarse —agrega— si existe cosa igual en la historia de la poesía. Saca cuentas estadísticas. En 1962 había escrito dos mil páginas de poesía. Dos años más tarde publica cinco nuevos volúmenes de poemas bajo el título de *Memorial de Isla Negra*. El portavoz académico usa expresiones muy libres para referirse a la inmensidad de esa obra.

Que en este mundo sin fin tratemos de presentar un poema o una colección, sería ridículo, esto sería como tratar de achicar una embarcación de cincuenta mil toneladas con una cucharita. No podemos sintetizar la obra de Pablo Neruda, esto no lo ha logrado ni él mismo.

Que toda esta gigantesca producción literaria se encontrara en un mismo nivel sería sencillamente inconcebible. Quien desee encontrar el flanco débil de la poesía nerudiana, no lo necesita buscar mucho tiempo. Quien desee encontrar el flanco fuerte, no lo necesita buscar en absoluto. Desde su primer triunfo literario y hasta en su última obra, casi podemos decir que lo encontramos en una riqueza inagotable. Lo más notable por cierto es que evidentemente su inspiración ha aumentado con los años. Es como uno de esos ríos del continente de Neruda; una corriente con playas sin alcance para la vista, que más se ensancha y que tiene más poderío cuando se acerca a su desembocadura.

La declaración registra que esta larga marcha se ha desarrollado bajo el signo de una transformación estilística continua, con una incesante renovación de motivos, metamorfosis de ideas y desplazamiento de sentimientos.

A trechos el documento académico se comporta como un profesor europeo que reprocha a su alumno marginal falta de escri-

pulosidad, pareciéndole por momentos, ante la brusquedad de las metáforas amontonadas, un estudiante apresurado de la poesía surrealista europea leída en manuales y manifiestos. Luego estima que tal vez esto se deba a que su fantasía reaccione de modo diferente a la europea, en relación inmediata y misteriosa con la creación del mismo idioma y del lenguaje figurativo.

El análisis de la Academia Sueca no puede eludir al poeta formulador de un deslumbrante sueño del futuro, pero que también es un presentista revolucionario. Cita alguna expresión para cimentar su aserto: "Y entonces dejé de ser niño porque comprendí que a mi pueblo no le permitieron la vida y le negaron la sepultura". Es imposible dejar de registrar este momento y la certificación que él hace de su tierra "violada y oprimida desde los días de los conquistadores". Él mismo vez tras vez fue arrojado y perseguido, pero nunca se resignó. La comunidad de los oprimidos la hallamos en todas partes. Esto es lo que él ha buscado sin cesar, "tornándose en el poeta de la humanidad violentada".

La alocución, que luego fue leída por radio, muestra una mano experta en nerudología. Corresponde al Ángel del poeta en la Academia. Un Ángel con una espada, famoso escritor sueco, contemporáneo de Neruda, sujeto a las mismas influencias de la revolución estética, experto, por añadidura, en literatura latinoamericana. Durante veinte años Artur Lundkvist hizo campaña en favor del premio para Neruda. Había estado en Chile en 1946, en mayo, finales del otoño, época lluviosa, y tuvo que ir pisando las piedras colocadas en la húmeda hierba para llegar a su casa, según recuerda en el libro *Elegía a Pablo Neruda*. En ese año Neruda me lo presentó. Luego fui a visitarlo al Hotel Crillón de Santiago. Lundkvist volvió a Chile en 1957. Vio al poeta entre sus colecciones, pero le pareció que sobre todo coleccionaba experiencias, rostros, destinos humanos a través de las cosas del mundo que iba juntando.

Este académico sueco trabajó largos años dentro de la conservadora institución de dieciocho miembros hasta lograr el premio para su amigo, que consideraba el poeta mayor.

168. *La hora de las luces de magnesio*

Sonaba el rin-rin del teléfono en *La Motte-Picquet*. El embajador sueco pidió una cita para las nueve de la mañana. Una

nube de periodistas penetró al gran salón. El tropel estaba al acecho de las declaraciones y gestos de Neruda. Pero éste no aparecía. Aguardaron durante dos horas. La prensa insistía. "El embajador espera confirmación oficial para conversar con ustedes", era la respuesta invariable. Cuando apareció por fin venía acompañado de Matilde y del poeta francés Louis Aragon. El salón chisporroteó con el relampagueo de los flashes, se llenó de carreras alocadas y de un fuego cruzado de preguntas. El poeta consiguió sentarse en un sillón, donde se acomodó lentamente. Tenía a su lado a su esposa, con un traje sastre azul. La marejada de las interrogaciones iba y venía. Aragon, de negro y corbata rosa, charlaba en medio del bombardeo con el poeta chileno. La artillería se detuvo un instante cuando un funcionario le dice en voz alta: "El Presidente Allende pregunta por usted al teléfono".

La mayoría de los escritores entrevistados dijo que el premio era justo, aunque a algunos se les encogió el corazón. Aragon manifestó que Neruda era uno de los poetas que más admiraba y que lo prefiriere entre todos los del mundo. En Vallauris Pablo Picasso subrayó la coincidencia de su noventa aniversario y de este Nobel de la Literatura concedido a su amigo y tocayo.

En España se hizo una encuesta rápida. Vicente Aleixandre, que años después también recibirá el Nobel, el más importante poeta sobreviviente de la generación del 27 junto con Rafael Alberti, ajeno a toda mezquindad, manifiesta: "Como escritor de la lengua española, me felicito del justísimo otorgamiento del Nobel a Pablo Neruda, y como viejo amigo del poeta extraordinario, me sumo a la satisfacción general que reinará en el ámbito de la literaturas hispánicas".

Una amiga muy próxima, la novelista Anna Seghers, envió a Neruda, desde la República Democrática Alemana, una comunicación con tono personalísimo. Ella quiere escribir su carta para que se comprenda "lo que tú representas". Están sentados alrededor de una mesa con Jorge Amado, Louis Aragon e Ilya Ehrenburg y se discute sobre uno de los escritores más enigmáticos en la historia de la literatura: Bruno Traven. Sólo ellos dos sabían quién era y mantienen el secreto. Si había escritores en el movimiento de la paz —decía— esto obliga moralmente a que cada llamamiento fuera "una pequeña obra de arte". Ana Seghers rememora escenas bajo el fuego. Por primera vez vio a Neruda durante la guerra en España, cuando el consulado chileno había quedado abierto en pleno Madrid bombardeado. Recuerda

que entonces con sus versos Neruda orientó a muchas personas, "pues es algo grande cuando se saca al hombre de su soledad, una soledad que puede ser como el aislamiento en una celda".

Él había luchado desde niño por no estar solo. Ahora se sentía muy acompañado.

169. *Júbilos en casa*

El jueves 21 de octubre por la mañana me dirijo al Senado. Escucho de repente la noticia en la radio del automóvil: "Estocolmo. El poeta chileno Pablo Neruda fue galardonado hoy aquí con el Premio Nobel de Literatura". Después supimos que el ganador confió a los periodistas que "los poetas creen en milagros y esta vez parece que el milagro sucedió". El despacho explicaba que la Academia Sueca acordó el premio por "una poesía que con el efecto de una fuerza natural hace revivir el destino y los sueños de un continente". La información era caudalosa y no se reservó el dato del monto: cuatrocientas cincuenta mil coronas suecas, equivalentes a ochenta y ocho mil dólares. Agregaba que el actual embajador de su país en Francia era el segundo chileno que conquistaba el Premio Nobel de Literatura, después de la poetisa Gabriela Mistral, en 1945. Otro escritor latinoamericano —añadía—, el guatemalteco Miguel Ángel Asturias, obtuvo el mismo reconocimiento hace algunos años. El cable anunciaba que sería entregado al laureado en persona por el Rey Gustavo Adolfo VI, el 10 de diciembre, en una ceremonia en la iglesia Filadelfia, porque el Palacio de la Música de Estocolmo, donde tradicionalmente se entregan los premios todos los años, estaba cerrado por reparaciones.

Cambio de dirección y me encamino a la casa del Partido. Llegan reacciones de todas partes: el país entero vibra como electrizado. Habla Allende por cadena de emisoras para referirse al acontecimiento. "Este galardón —afirma— que incorpora a la inmortalidad a un hombre nuestro, es la victoria de Chile y de su pueblo y, además, de América Latina."

El Comité Central del Partido Comunista se reúne extraordinariamente y resuelve enviarle un saludo a Neruda. "Todos los militantes del partido de Recabarren y Laferte, a quienes cantó el poeta como cantó a sus héroes patrios, Lautaro, Caupolicán, Bernardo O'Higgins, Carrera, Manuel Rodríguez y Balmaceda, se enorgullecen de esta decisión de la Academia Sueca..."

Fiesta en las poblaciones. En una de calles sin pavimentar cuyos nombres corresponden a los títulos de los libros del poeta, la Pablo Neruda, se embanderaron todas las casas con el pabellón nacional.

A las 16 horas la televisión, a través del periodista Augusto Olivares, logró conversar telefónicamente con Neruda.

—Me levanté feliz pero luego me quedé abrumado por una felicidad que me desborda. Me emociona saber que Isla Negra está llena de banderas.

Luis Corvalán publicó en *El Siglo* un artículo, "El ejemplo de Pablo", donde dice: "Todos sabemos que le ha cantado a todo, al mar, a los pájaros, a las piedras, a las lluvias del sur, al bravo mar Pacífico, a la araucaria, al cactus, al aire, a la cuchara, a la cebolla, al congrio colorado, a cuanta cosa vio y palpó con sus ojos y sentimientos de poeta. Y al mismo tiempo al hombre, a los héroes a la Patria, a nuestros antepasados araucanos, al minero, al ferroviario, al panadero, al trabajador de todos los oficios, a las grandes epopeyas de nuestro tiempo. Para su Partido ha escrito versos conmovedores, poesía de amor para su pueblo y de fuego contra el enemigo".⁵⁴

170. Glóbulos rojos

El 6 de noviembre de 1971 recibo una carta de Matilde donde me dice que a ella le aterra un poco ese viaje a Chile por un mes. Pablo tendría que permanecer en Santiago por algunos días en un hotel, pero ahora con lo del premio sería imposible, estaría al alcance de todo el mundo. "Yo creo —explica— que tenemos que protegerlo un poco. Pablo está muy débil todavía, su recuperación va lenta. Con este terremoto del Premio Nobel tiene mucho trabajo. Él tiene muchos deseos de ir a Chile pero yo pienso, ¿es cuerdo esto?"

Finalmente Neruda se convence de que no debe viajar por el momento. Me lo comunica en carta del 20 de diciembre.

Querido y remoto Vol: es inútil escribirte, estás peor que yo en contestaciones. Recibí en Estocolmo el telegrama de Lucho. Estoy contento de evitar ese viaje después de la abrumadora corrida del Price. Pero quiero saber más del asunto. Podrías tal vez mandarme (información) con alguien de los muchos que por aquí vienen; los Bernstein, etcétera, hacen nubes agitando sus alas.

Después del Nobel se descolgó una avalancha de publicaciones no autorizadas de su obra. "Y esto —me dice— interfiere en los asuntos de Losada que ha sido grande y bondadoso conmigo. Le piden de todas partes esas autorizaciones... en fin, he pasado un mal rato en el momento en que se multiplica la piratería de mis libros. Tendrás mucho que decir y yo que oírte de tus viajes y giras. Ojalá pudieras alcanzar por acá y descansaras. Qué hago con lo que reservo para la familia? Lo mando? Lo guardo? Estoy sentido contigo por tu silencio. Debe tener alguna explicación. Mientras tanto aquí van nuestros abrazos para Eliana y Marina. Recibe mi cariño y mi deseo de verte. P."

Se muere en "el viejo mausoleo" (así llama al edificio de la Embajada) de la *Rue de la Motte-Picquet*. Con el premio lo primero que piensa es comprarse una casa de campo, salir de la ciudad, volver a la naturaleza. La ha buscado mucho y al fin la ha encontrado. Adquirirá esa residencia en Normandía: "Con el premio, aunque me lo lleve casi todo, porque todo es caro en esta dulce Francia. De todas maneras llevaré algo para nuestra común parentela. La casa está a una hora y media de París, con agua y bosque. Mañana dormiremos por primera vez en ella, aún sin pagar nada (el premio lo logra todo). La casa es bella como un sueño, no tiene nombre aún. Ojalá vengas algún día, con tu prole, para que descanses de foros y elecciones".

De nuevo vuelve a la idea de viajar a Chile. "Quisiera pasar el mes de enero en Chile con Patoja y un mínimo de actuaciones. Cómo lograrlo? Tal vez una sola reunión de masas. En fin ustedes decidirán. Entre nosotros, he quedado débil y necesito algunas transfusiones. Glóbulos rojos: sólo tres millones. Y por primera vez el corazón muestra fatiga y he necesitado cardiólogo y remedios. Descanse, me dicen, pero cómo? Cuándo?

"El premio me gustó naturalmente por mí pero al mismo tiempo por nuestro querido Partido. Picquet me decía que era la primera vez que caía en uno del C.C. de ningún país. Me siento feliz de hacerles tragar a tanta gentuza su anticomunismo con esta hermosa píldora de color colorado (telegrama y felicitación del emb. norteamericano en París (!) entre otras cosas). Aunque fatigosamente, valía la pena vivir."

Insiste en la idea que su poesía debe llegar a todos y hacerse una edición popular en gran escala. "Me propone (Losada) una antología pequeña (sin ganancias para él, ni derechos para mí) para escolares o sindicatos, es decir, para repartirla *gratis*. Si le gusta la idea a los compañeros, esto puede armonizarse con mi llegada, y hacer un reparto masivo, de un millón o algo parecido,

pero que el Partido la ofrezca al Ministerio de Educación, por ejemplo. Antólogo? Loyola? De todos modos si se hace algo debe ser *gratuito*, condición que se pone ante tantos pedidos comerciales que ponen neurasténico a Losada.

“No sé qué más tengo que decirte, sino mis abrazos a todos los compañeros del C.C., a Lucho, a Lili y para Eliana, Marina y tú, el corazón (fatigado?) de tu viejo hermano. Pablo

“No recuerdo haber escrito una carta tan larga!”

171. *Revelación*

Después de varios retardos, derivados de la difícil situación política, consigo por fin hacer el viaje. Encuentro a Pablo desempeñando su funciones normales. Le noto cara de luna, seguramente a causa de la cortisona. No hablamos de enfermedades. Él todavía vive la euforia del Nobel. Me cuenta que cuatro días antes de conocerse la noticia, de paso para las islas Baleares, se alojó en la embajada chilena Artur Lundkvist, quien venía de Estocolmo. Conversaciones intensas entre los dos viejos amigos. Hablaron de todo menos del premio, aunque Neruda creyó advertir en sus palabras ciertos elementos cabalísticos. Venía justamente saliendo de los debates de la Academia Sueca, que había decidido otorgarle el premio. Pero su amigo se hizo realmente el sueco. Y Neruda quedó con la sensación de que ese año tampoco se lo darían.

Duermo en el dormitorio morisco de la embajada. Al frente se alojan por unos días el novelista José Donoso y su mujer. Suelen llegar a la hora de almuerzo Miguel Ángel Asturias y su esposa, Blanca de Mora y Araujo. Todo parece estar bien... hasta el momento. Por la noche, los tres vamos al cine. Al día siguiente, a mediodía, visitamos una galería de cuadros. Neruda quiere hacer una exposición de artistas reputados en solidaridad con el Gobierno de Chile. Al atardecer paseamos un poco por las orillas del Sena. Marcha con paso lento, porque le gusta mirar las librerías de viejo. Su conversación versa sobre lo que sucede en nuestro país. Por la noche llegan a la embajada Louis Aragon, Jean Marcenac, altos dirigentes del Partido Comunista Francés, incluyendo a Jacques Duclos: allí Neruda explica que en Chile hay una suerte de Vietnam silencioso y pide respaldo.

En la tarde siguiente recibo una invitación al revés; Matilde me murmura al oído que quiere que vayamos a conversar a un

café. Nos alejamos varias cuadras de la embajada. Cuando se sienta me dice de sopetón:

—Pablo tiene cáncer. Ha sido operado, pero su enfermedad vuelve. Los médicos dicen que puede durar varios años, siempre que no suceda algún accidente fatal. No puedo hablarlo con nadie, pero tú tienes que saberlo para que lo transmitas a quien corresponda. Pablo no lo sabe y yo tengo que representar todo el día la comedia de la esposa dichosa.

—¿Y no sospecha nada?

—Eso no lo sé. No me lo ha dicho. Y no puedo preguntárselo.

172. *Un castillo de niebla*

Un campanario negro de una mínima iglesia “como para que rece una paloma”. En viaje de París a su casa de Normandía hace detener el auto en el camino para mostrarme el campanario de Authenay. Le da alegría y un poco de rabia consigo mismo. Pudo él haber construido ese campanario que sostiene un gallo en el cielo.

Avanzamos en el automóvil hacia Condé-sur-Iton. Matilde va al volante. Neruda a su lado escribe: “Yo vivo ahora en un país tan suave / como la piel otoñal de las uvas...” Voy en el asiento trasero. Sé que el poeta no está bien de salud y lo veo descubriendo los rostros de la verdad. En el cristal de atrás hay escarcha.

Bajamos. Me propone que vayamos a conocer el castillo del duque de Rohan, que la derecha chilena y una red internacional de prensa que publica en todas partes los mismos infundios, lo atribuye a su propiedad. Es un mediodía de luz indecisa. Caminamos sobre la tierra húmeda en medio de una atmósfera como dibujada. A lo lejos se oyen campanadas lentas. Entre los árboles sin hojas, de repente, allí, surgiendo como una aparición, asoma el castillo con su alta torre. Atravesamos el foso. Unos obreros lo están reparando por cuenta de su verdadera propietaria, una multimillonaria norteamericana, a quien le gustaría ser la duquesa de Rohan.

—Ahora podrás decir en el Senado que has visto con tus propios ojos el castillo y que no he sido aquí recibido con trompetas como el nuevo castellano. El castillo prefiere a las multimillonarias en dólares.

La casa que realmente le pertenecía está en las proximidades. Es una antigua dependencia del castillo. Antes había sido un taller con aire de bodegón donde los siervos del duque fabricaban tejas de pizarra. Y luego sirvió de caballeriza.

—Pero qué he de hacerle —exclama Neruda— si a algunos chilenos todavía les parece demasiado para mí lo que estaba destinado a los caballos de un conde.

El senador Bulnes hablaba muy cursi del *château*. Cuando se lo contaron a Pablo, éste respondió: “Traté de comprar el palacio de Versalles, pero no me los quisieron vender. Esos establos les molestan?”

Alone también echa su cuarto a espadas respecto del *château*. Tres días después de concedido el Nobel publicó en *El Mercurio* un artículo donde sostiene que en el poeta hay una cosa superior a la belleza: el cambio. Cuatro meses más tarde Alone publica otro, demostrativo de que él practicaba también el principio ineludible del cambio. No se firma con el seudónimo por el cual es conocido sino por dos iniciales, sólo aptas para iniciados, H. D., correspondientes a su verdadero nombre y apellido, Hernán Díaz. Reproduce todas las especulaciones posibles sobre el destino del premio, ingresado a la cuenta del poeta. ¿Se lo entregará a la caja del Partido, a fin de incrementar la propaganda anticapitalista? Al parecer, no. “La noticia de que Pablo Neruda había comprado en Francia un castillo resonó como una bomba.” Dicha información (desinformación) fue distribuida en todo el mundo. Y H. D. explica por qué. “Es que no se trataba de un castillo cualquiera sino de uno perteneciente a la familia histórica más novelesca de la alta aristocracia, la de los duques de Rohan, uno de cuyos representantes máximos, príncipe y por añadidura cardenal, quiso obtener los favores de María Antonieta regalándole un collar de diamantes. Así lo dice Alejandro Dumas.” Esas tierras señoriales llevaban anexo el título nobiliario. Y, por tanto, Neruda pasada a ser duque de Rohan, ya que no príncipe ni cardenal. Tampoco podría pretender a María Antonieta. Se pasaba por alto un pequeño detalle: la Revolución Francesa, que no sólo guillotizó a la reina sino que también abolió la propiedad feudal.

Así en el fronterizo Chile plebeyo el castillo en el aire de Pablo Neruda bailó en la imaginación de sus enemigos como en las novelas de su admirado autor de *El collar de la Reina* o *El Vizconde de Bragelonne*. Se ve que los poetas tienen pacto secreto con las fábulas.

Pronto el castillo se vino al suelo. Se trataba de antiguas y distinguidas pesebreras. Se acabó el encantamiento malicioso fabricado en el Senado. Porque toda esta novelería saltó al tapete cuando se propuso en un proyecto de ley comprar el solar, la modestísima y arruinada casita donde el poeta nació en Parral, para dedicarla a museo.

H.D. lamentó el feo desenlace sin castillo prodigioso. Las ballerizas son prosa vil. Pero apostó a que, pese a todas las grises pruebas empíricas, el castillo nerudiano seguiría flotando como una leyenda.

Efectivamente fue así, pero no como leyenda sino impostura. Al regreso de Europa, en cada capital sudamericana donde el avión hizo escala, leí en la prensa del día la misma historia fabricada por la misma agencia: el poeta rojo que se había comprado en Francia el castillo del duque de Rohan.

Me encargué de explicar en el Senado el castillo, o sea "las pesebreras", como testigo ocular. Un arquitecto las había adaptado como casa de campo. Así fue como el taller de *ardoises* medievales quedó transformado en una especie de hangar sin aeroplano. En una esquina Neruda instaló un estante labrado con libros, un escritorio, y un poco más allá una pequeña, acogedora mesa de comedor. El recinto era tan espacioso que permitía caminar dentro de la casa. Luego una escalera de curva fantasiosa conducía al segundo piso, donde, aparte del dormitorio matrimonial, había una pieza para alojados. El río Iton abrazaba la pequeña propiedad. Desde la ventana yo miraba a las robustas normandas apaleando ropa en el río, como un cuadro del siglo XVII. En la tarde salimos con Pablo a hacer una pequeña caminata por el bosque vecino, envuelto en una niebla que le imprimía una presencia espectral. El paisaje era literario. O sugería lances de capa y espada. Efectivamente traía reminiscencias de esas aventuras en las novelas de Alejandro Dumas. Pero nosotros no éramos mosqueteros. Y el paso de Neruda se mostraba vacilante. Con todo estaba contento de poder andar por allí y respirar ávidamente el aire puro y frío, en cuyas virtudes curativas creía.

Cuando regresamos, en la puerta de su casa tocaba la campana una pareja muy alta que acababa de descender de una citroneta. Eran Julio Cortázar y Ugné Karvellis. La velada estuvo animada por una conversación cariñosa y plácida. No venían a encender polémica, sino a visitar esa tarde de domingo a un amigo enfermo, de cuyo mal no se debía hablar. Pero cuando, ya bien entrada la noche, salí a despedirlos a la calle de la aldea, Cortázar me preguntó en voz baja: "¿Cómo está su salud?"

Poco después supe que Neruda viajó reservadamente a Moscú para un reconocimiento médico. El diagnóstico fue el mismo. No había otro tratamiento que el ya prescrito. Lo acompañó como intérprete Ella Braguinskaia. Conversaciones melancólicas con los amigos. Otros ya han partido. Les escribe un libro al cual da un título provisorio: *Elegía de Moscú*. Autoanticipaciones.

173. *La hermana del futurismo*

Durante nuestra permanencia en París nos citamos para encontrarnos en Milán en marzo de 1972. Ambos estamos invitados para asistir al XIII Congreso del Partido Comunista Italiano. Yo llego desde Londres un poco antes al aeropuerto de Linate. Tengo en el bolsillo el telegrama de Neruda que me anuncia su arribo con Matilde para tres horas más tarde. Hay tiempo, pues, para ir hasta el Consulado de Chile y volver con un funcionario que reciba al Embajador. Cuando éste comunica a los guardafronteras que espera a Pablo Neruda, la exclamación brota instantánea: el D'Annunzio de nuestro tiempo. Al poner en conocimiento de Neruda la apreciación del funcionario no lo toma a mal. Conoce todas las diferencias pero no puede olvidar que el gran ególatra de Pescara algo lo influyó en su juventud.

Instalados en un hotel frente al Duomo, Neruda contempla la catedral descomunal. Le gustan sus rosetones de piedra. Caminamos a paso demorado (a esa altura tiene dificultades para desplazarse) y nos instalamos cerca, en un café de la Galería Central. Al lado, en las vitrinas de la librería de la Academia, hay grandes fotografías suyas, anunciando lanzamientos simultáneos: *Neruda, le grandi opere, Tre residenze sulla Terra, Canto Generale y Fine del mondo*.

A las 7 de la tarde el salón de la Academia reúne al club de fans milaneses de Neruda, con "lolas" de diferentes generaciones. Le solicitan autógrafos como si fuera el rey de los Beatles.

Después, recepción en su honor en un restaurante. Está su amigo el pintor Guttuso. Hay una mujer desconocida a la cual escucho intrigado. Habla a Neruda de su padre, el poeta caféina de Europa, que quiso matar el romanticismo literario, proclamó el reino de la velocidad y exaltó la guerra como higiene del mundo. "¡Pobre papá!" susurra esa italiana de ojos grandes. "Murió víctima de la guerra y de sus palabras." Ella es hermana del futurismo. Su padre, el desafortunado poeta Marinetti.

Un monstruo aparece en escena, amenazándolo con un garrote moderno: el *stand by*. En abril del año 1972, invitado por el Pen Club de Nueva York, a raíz del cincuenta aniversario de su fundación, debe pronunciar un discurso sobre Walt Whitman. Hace una intervención inesperada narrando "la asamblea más misteriosa de las que he tenido que presenciar y compartir". Se encontraba en el banquillo de los deudores, rodeado por los grandes acreedores del mundo, a los cuales su país debía muchísimo dinero. Siente que le aprieta la garganta una mano de uñas afiladas, la del Fondo Monetario Internacional. Explica a los escritores norteamericanos: "Es importante saber en este capítulo lo que nos debemos los unos a los otros. Tenemos que renegociar perpetuamente la deuda exterior que pesa sobre nosotros, los escritores de todas partes. Todos debemos algo a nuestra propia tradición intelectual y a lo que hemos gastado del tesoro del mundo entero".

Buen pagador, puntualiza que está muy cerca de los setenta años, pero cuando apenas cumplía quince descubrió a su más grande acreedor, Walt Whitman. Recalcó que Chile estaba haciendo una transformación revolucionaria y por eso había mucha gente que se sentía ofendida.

En la reunión con los acreedores citó la "Balada del viejo marinero". Samuel Taylor Coleridge escribió su poema a partir de algo acontecido en el extremo sur de Chile y publicado por Shelvocke en sus memorias de viaje. Su país tiene la forma de un largo albatros. Los acreedores de una deuda externa tan usuraria y astronómica que América Latina no puede pagar deberían recordar que esa historia del albatros asesinado, contada en la "Balada del viejo marinero", termina con la condena perpetua del navegante que lo mandó a llevar colgado del cuello el cadáver del pájaro de las tormentas.

La enfermedad vuelve a arremeter. El 27 de junio de 1972 me manda unas letras: "...Estoy en capilla. Mañana en la mañana me cauterizan. Los abrazo a todos. *Pablo*". Agrega una nota dolorida: "Sufrimos por la partida del Chico". Se refiere a nuestro amigo común, el fotógrafo de *Las piedras de Chile*, Antonio Quintana.

Al cabo de algunos meses parte a verlo un nuevo viajero. Es Sergio Insunza, ministro de Justicia de Salvador Allende. Hemos sabido de una recaída. El 5 de agosto de 1972, desde La Manquel, nombre araucano de su controvertida casa en Normandía, me escribe: "Sergio te contará estos días de convalecencia en La Manquel. Ha sido tan agradable tenerlo por acá y también muy útil. Ya te contará él mis reflexiones y disposiciones. Te mando mi último libro asaz melancólico, resultado de enfermedades y exilios. Me gustaría que saliera una página con estos versos que nadie conoce." El libro al cual se refiere es *Geografía infructuosa*, donde el enfermo pide al frío que le devuelva su copa de energía y se llama a sí mismo el sobreviviente que saluda a los pájaros. En esta carta habla de nuevo de las dificultades y peros del regreso. "Sergio te contará cómo es imposible pensar nuestro viaje antes de noviembre con la imprecisión de mi salud que debe afirmarse para sostenerme durante la llegada y la gira. Por ahora el reposo en La Manquel me ha hecho muy bien, pero varias veces me he sentido bien para llegar a un retroceso".

Tiene un consuelo: "Homero, como palomo postal, aterrizó en La Manquel. Estamos trabajando diariamente en las memorias. Se trata de completar el texto del *Cruzeiro* hasta formar un libro importante. Homero y yo nos divertimos bastante y nos celebramos con entusiasmo".

Pocas semanas más tarde Neruda y Matilde deciden el retorno. En una carta me lo explica todo, hasta el detalle, como acostumbra. Un poeta español recordó que había mostrado unos versos suyos por el mismo tiempo a García Lorca y a Neruda. El primero le había dado una apreciación estructural sobre fondo y forma. Neruda, en cambio, reparó concretamente en palabras, sobre todo adjetivos, proponiendo la eliminación de aquellos que no le parecían lo suficientemente expresivos, conforme al pensamiento de Huidobro: el adjetivo, cuando no da vida, mata. Las cartas de Neruda eran siempre así: concretas y pormenorizadas al extremo. Creo que hacía bien. Desconfiaba de nuestra desorganización. Escribía como Juan Segura.

VIAJE. Matilde y yo hemos determinado la fecha de nuestro viaje y tú eres la primera persona en conocerla. Partiremos el día 31 de octubre en el vapor italiano *Eugenio C.* Este barco llega el 12 de noviembre a Buenos Aires en donde podríamos quedarnos dos o tres días. La fecha de llegada la pueden determinar ustedes comunicán-

dose conmigo a la dirección de Margarita. Pienso que la llegada, y lo que deba yo hacer debe ser estudiado y comunicado con mucho tiempo para prepararnos nosotros. Como ya lo hablamos hemos fijado estas fechas para colaborar con la campaña electoral. Esta colaboración debe pensarse bien para que sea efectiva y no me canse demasiado. Me gustaría aprovechar la gira al sur para pasar unos diez días en un sitio selvático para volver a tomar contacto con la tierra. La fecha de mi regreso también debe ser vista por ustedes, pero creo que debe ser antes de la elección.

He rechazado todas las invitaciones internacionales. La verdad es que no me da el cuerpo para traqueteos y exhibiciones. Sin embargo, creo que la gira puede ayudar a la campaña, ya que su resultado probable me tiene muy preocupado. Ojalá me escribas sobre este asunto al que yo no le veo hasta ahora perspectivas.

Matilde y yo te abrazamos, incluyendo a Eliana y Marina. Este abrazo alcanza también a Lucho y familia incluyendo a los compañeros de la dirección. Hasta luego. P.

Agrega todavía otros datos concretos sobre los pasajes. Y algo más importante: quiere verse, sin falta, con Salvador Allende. Tiene necesidad de conversar de viva voz. Por eso, con cierta alarma, el 15 de agosto de 1972, me escribe una carta ante un posible desencuentro que le preocupa.

Aquí ha salido en un diario que Salvador Allende viajará al exterior a fines de octubre. Como tú sabes, por esos días saldremos a Chile para no llegar a Buenos Aires hasta el 12 de noviembre. Por una parte, me parece que debo llegar a Chile cuando no esté de viaje el Presidente y, por otra, me gustaría saber si pasará por París, pues en este caso debo acogerlo en la Embajada.

Yo quiero que me hagas el favor de averiguarlo y contestarme, si es posible, por un mensaje telegráfico del Ministerio de Relaciones, o bien, por una carta aérea rapidísima.

Sigue dictando sus memorias.

Recibo con fecha de 7 de septiembre de 1972 una nueva carta, acompañada por la copia de una comunicación que le dirige a Allende, a quien llama "Mi querido Presidente Salvador". Allí le propone que el Estado publique una edición de un millón de ejemplares de una antología popular de su poesía. Anuncia que tanto el editor Losada (propietario del Copyright) como el poeta renuncian a toda utilidad y derechos de autor siempre que la edición se regale enteramente a la población escolar, los sindi-

catos y (¡oh ironía!) a las Fuerzas Armadas. Le pide al Presidente un prólogo para el libro y si no fuera posible, que se imprima el mensaje que le mandó Allende con ocasión del Premio Nobel. En la carta que me dirige se refiere al mismo problema, pero agrega la proposición de otra antología, también popular, vendida "a precio de kiosko". Explica que no ha aceptado las invitaciones que tenía para Alemania, Bélgica, Yugoslavia y otras. Sólo irá a Oxford, donde su amigo el profesor Pring-Mill, nerudiano apasionado y especialista riguroso, lo aguarda con nuevas sorpresas. Luego adjunta una tercera carta, dirigida al asesor del Presidente, Antonio Benedicto. Allí la pasión concretizadora del poeta muestra una precisión casi anglosajona. Reitera las indicaciones que deben ser observadas en la confección de la antología. Exige que las recomendaciones sean estrictamente cumplidas, especialmente las que se refieren a los signos ortográficos. "Insisto porque sé por experiencia lo porfiados que son los correctores. Las tapas no deben llevar fotografías ni dibujos. Lo único que me gusta es la tipografía clara y espléndida."

El diablo mete otra vez el rabo. El 18 de octubre de 1972 recibí una carta que cambia la fecha de sus planes.

Entre los estremecimientos que nos da la situación chilena y el embargo del cobre, tengo que darte, además, otra mala noticia. Se me ha producido un fuerte retorno de la misma enfermedad: estoy de nuevo condenado a muchos días de sondas y objeto de inyecciones y comprimidos de antibióticos. Según el médico, hay que hacer de nuevo lo que llaman "una limpieza", lo que es en realidad una operación con anestesia total.

Además, el médico cree peligroso un viaje en barco por si se presenta en él una situación difícil y me aconseja el avión.

Tampoco puedo hospitalizarme de inmediato porque arrastrándome tengo que andar en los líos del cobre y en la conferencia de la Unesco en donde debo hablar el jueves 19 de octubre. El 26 de este mismo mes seré recibido por Pompidou para plantearle nuestra situación sobre el embargo del cobre.

Mañana en la tarde debo arrastrarme a los Tribunales porque empiezan los alegatos.

He escogido, entonces, el 27, después de la entrevista con Pompidou, para hospitalizarme y entrar a la sala operatoria.

Hoy en la mañana te mandé un telegrama pidiendo aplazar hasta el 2 de diciembre la reunión del Estadio. Esto me dará tiempo para salir del período post-operatorio y tomar un avión con un descanso de dos días en Buenos Aires.

Suponiendo que todo esto pueda cumplirse, te ruego tomar en cuenta también que quiero irme directamente de Pudahuel a Isla Negra, para preparar mi discurso con la ayuda de Homero que viajará conmigo. Es importante, naturalmente, que no se sepa nada de mi enfermedad. Ahora hay que mantener un silencio muy estricto.

Sin decirlo, te desmentí al decir que no renunciaría. La prensa de aquí, sin decirme la fuente original, me expresó que en Chile me daban por renunciado. Esta noticia, en este período, me restaba autoridad para las complicadas gestiones de cada día, aún dentro de la Embajada. No quiero alargar esta carta que sólo tiene el objeto de decirte lo indicado. Dicen que el período de hospitalización durará una semana. Un abrazo.

Pablo

176. *Piedra araucana*

Baja rengueando del avión. Los periodistas se precipitan a preguntarle qué le sucede. "Es la gota, la enfermedad de los nobles ingleses", responde, tratando de bromear. Hay mucha gente esperándolo, aunque no ha sido publicitada su llegada.

Pero es el monstruo sagrado que vuelve, después de recibir una consagración mundial. El poeta no está para fiestas. Un auto lo espera a fin de trasladarlo directamente a Isla Negra, sin pasar por Santiago, ciudad aterradora en esas circunstancias. La bienvenida ha tenido un aire irreprimible de disimulada tristeza.

Vamos a verlo a Isla Negra. Desde la cama dicta el discurso que deberá pronunciar en el Estadio Nacional cuando se realice la recepción pública. Allende está en gira por el extranjero. Lo acogerá en nombre del Gobierno, del pueblo y del país, el Vicepresidente de la República y Comandante en Jefe del Ejército, general Carlos Prats.

En el país, la campaña de desestabilización, el mercado negro, la fuga de divisas, la guerra psicológica, se desarrollan a tambor batiente. La derecha confía en que las elecciones parlamentarias del primer domingo de marzo de 1973 den a la oposición los dos tercios necesarios para destituir constitucionalmente al Presidente de la República. Se trata del "golpe blanco" pensado como un jaque mate por los jugadores de ajedrez de la Casa Blanca, en cuyo Salón Oval el Presidente Richard Nixon, en presencia de Henry Kissinger, ha dado a Richard Helms, director general de la CIA, el mandato de derrocar a Allende por

todos los medios. Se destinan muchos millones de dólares para comprar diarios, parlamentarios, generales. Ya han obtenido un éxito considerable en la empresa de sembrar la confusión, bajo una consigna que cotidianamente repiten los diarios de la cadena Edwards: "¡Juntar odio!".

Ese clima repercute en el acto de acogida a Neruda en el Estadio Nacional. No concurren las cien mil personas que se esperaba. Se notan claros en las aposentaduras. Actúa el Cuadro Verde de Carabineros y luego aparecen sobre la cancha perros policías de mal augurio: presagian ese Estadio Nacional convertido antes de un año en campo de concentración.

El Vicepresidente ofrece el acto con un discurso que revela no sólo conocimiento del poeta y de su obra sino respeto hacia un hombre que ha enriquecido como pocos el acervo cultural y patriótico de la nación.

Pablo Neruda pronuncia un texto cuyo original, salvado del incendio de septiembre de 1973, tengo en mi poder. Es una alocución de advertencia. Él vivió la tragedia de España y no quiere un franquismo para Chile. De regreso, ha respirado la atmósfera de peligro que se cierne sobre el país. Hay aires más límpidos. Esa mañana lo despertó el trueno marino de Isla Negra. "En esta ceremonia con pitos y tambores me parece haberme casado una vez más con mi patria. Y no piensen ustedes que éste puede ser un matrimonio de conveniencia. Se trata sólo de amor, del gran amor de mi vida".

Aquel acto nos dejó a todos cierta sensación de hielo. El poeta estaba enfermo y al país lo habían enfermado, inyectándole desde fuera toneladas mortales de rencor.

Angustiado por la situación, se va a trabajar a Isla Negra. Recurrirá a la poesía como arma.

Me manda cerca del fin de año una tarjeta coronada por su *ex libris*, el pez entre los dos círculos armilares, dictando el decreto consabido: "El 31 de 1972 esperaremos juntos el 1º de 1973 en La Sebastiana, Valparaíso". Cuando las sirenas del puerto, en esa medianoche de relevo, comienzan a ulular, nos reencontramos los amigos, incluso dos venidos de Venezuela, María Teresa Castillo y Miguel Otero Silva, en la gran azotea que Sebastián Collados soñó un día se convirtiera en pista de helicópteros. Nuestros pensamientos vuelan no tan lejos. ¿Qué pasará en 1973?

Cuando el Año Nuevo amanece me entrega un prólogo que acaba de escribir para mi libro *El oficio ciudadano*. Refleja su estado de ánimo. Toma pie en un artículo publicado en *El Mer-*

curio el domingo 17 de diciembre de 1972, firmado por E. B. Neruda comienza citando un párrafo textual, revelador de la mentalidad que está actuando para revertir la historia del país. "Eran los años de los Ford de bigotes, de los caballeros de bastón y polainas y las damas de sombreros emplumados. Apagados los fuegos de la guerra que creyeron 'la última', la gente respiraba a sus anchas, llena de ilusión, sin darse cuenta de que la paz había nacido tarada con el cáncer bolchevique, destinado a contagiar a los vagos, a los flojos, a los incapaces, a los patanes, a los maleantes, a los resentidos, a los fracasados, a los envidiosos y a los violentos. La minoría negativa del género humano, su peso muerto, iba a levantarse con la pretensión monstruosa de dirigir el mundo." Contestó muy directamente: "Entre estos tarados, patanes, maleantes, incapaces y fracasados, fueron o son comunistas hombres como Máximo Gorki, superhombres como Gagarin y los primeros cosmonautas, constructores de aviones como Tupolev, científicos como Joliot-Curie, pintores como Pablo Picasso, Henri Matisse, Fernand Léger, tapiceros de genio como Lurçat, artistas sobrecogedores como Paul Robeson, escritores como Anatole France, Henri Barbusse, Vladimir Maiakovski, Louis Aragon, Paul Éluard, Bertold Brecht, Mariátegui, César Vallejo, políticos como Lenin, Jorge Dimitrov, Antonio Gramsci, Ho Chi Minh, Luis Emilio Recabarren. Humildemente, yo estoy en el número de esos tarados del cronista mercurial".

Días después, una mañana, alrededor de las 11, junto con Luis Corvalán, estamos a la espera en una cancha de Isla Negra donde los niños y los lugareños suelen jugar fútbol. Un resoplido viene bajando del cielo. El helicóptero deja de bufar, planea y se posa sobre el suelo, suavemente, como quien se sienta con delicadeza. Baja el Presidente. Nos encaminamos a la casa de Neruda. El poeta, después de una conversación a risotadas y de unas fotografías informales, se instala junto a una mesita y comienza el recital más raro de su vida, ante un auditorio muy singular: sólo tres personas, empezando por Salvador Allende. Lee ante el Presidente un llamado a matar a otro Presidente. Paladea cada palabra del largo título *Incitación al Nixonicidio y alabanza de la revolución chilena*.

La voz hace juego con la materia. Suena resuelta y el tono marcha a compás: "Ésta es una incitación a un acto nunca visto: un libro destinado a que los poetas antiguos y modernos, extinguidos y presentes, pongamos frente al paredón de la Historia a un frío y delirante genocida".

Al trío que escucha seducido le salta al oído que, como explica Neruda, esta obra, así como *Canción de gesta*, que el poeta subraya es el primer libro poético en castellano dedicado a la Revolución Cubana, “no tiene la preocupación ni la ambición de la delicadeza expresiva, ni el hermetismo nupcial de algunos de mis libros metafísicos”. Se declara un hombre que de vez en cuando debe “hacer de palanquero, de rebadán, de alarife, de labrador, de gáster o de simple cachafaz de regimiento, capaz de trenzarse a puñete limpio o de echar fuego hasta por las orejas”. Es decir, actuará como bardo de utilidad pública. No tiene más remedio y contra los enemigos de su pueblo, lanzará su canción “ofensiva y dura como piedra araucana... Ahora, firmes, que voy a disparar”. Pide apoyo al viejo Walt Whitman contra el genocida de la Casa Blanca. Lo somete a juicio.

El poeta en este caso no es oráculo; sólo es bardo, amén de vate. Predice lo que vendrá: el *impeachment* y la destitución, por primera vez, de un Presidente de los Estados Unidos, llamado Richard Nixon, que dirigió la conspiración contra Chile; no sólo lo de Watergate. Vale decir su *Incitación al Nixonicidio* fue escuchada, acogida y puesta a su modo en práctica, por los propios norteamericanos, no sabemos si con la complicidad secreta del viejo Whitman. No lo mataron pero sí lo degradaron de su cargo.

Neruda en esas páginas cobra a Nixon todas las cuentas pendientes: el embargo del cobre, Vietnam, la conjura de la CIA, el caos tan bien organizado en Chile por sus agentes. “Una historia vulgar” le permitirá evocar la acción de su hombre, Viaux, de aquellos que entre las bambalinas prepararon el golpe del 11.

¡Cuba, siempre! Da un adiós al general Schneider asesinado, reproduciendo a viva voz la atmósfera de emergencia que pesa como aire de plomo derretido.

Si comenzó invocando a su viejo hermano Whitman, ahora terminará con un noble compañero, don Alonso de Ercilla, porque “la misma antigua lucha esplendorosa/ viene del fondo de la Araucanía... Chile, fértil provincia señalada,/ en la región antártica famosa..., ni a extranjero dominio sometida”.

Cuando termina la lectura, callamos. Nos deja atónitos la pasión del luchador herido. Allende es el primero en romper el silencio.

—Pablo, el poema es sobrecogedor. Dice lo que sentimos, habla o canta por millones de chilenos... —Hace una pausa. Luego agrega—: Pero quiero hacerte una pregunta.

—Presidente, ¿cuál?

—¿Crees tú, Pablo, que después de publicar este libro puedes seguir siendo Embajador?

—Precisamente, Salvador, quería hablarte de ese asunto. Te pido que me releves del cargo. Quiero y necesito estar en Chile.

A petición de *The New York Times*, en Isla Negra, el 28 de junio de 1973, escribe un artículo llamado "Watergate: ¿De qué escándalo me hablan?". "No es que desee a los norteamericanos 365 watergates al año. Pero si se empeñan los tendrán."

Bajo la presidencia de Reagan se ha hablado de "Debategate" y han saltado a la luz o a la media luz muchos escándalos. El Watergate de Chile, o sea, la *non sancta* responsabilidad del señor Presidente de los Estados Unidos en la violación de los derechos humanos en Chile, se produjo en vida de Neruda y siguió repitiéndose por los años.

177. *El sueño de Cantalao*

Neruda escribe poesía de batalla; pero también íntima. En medio de los vientos que lo sacuden sigue haciendo libros, planificando empresas, empezando construcciones. Concluye que debe combinar el aire marino con la atmósfera cordillerana. Comienza la edificación de una nueva casa al oriente de Santiago, en los faldeos de los Andes, concretamente en Lo Curro, que más tarde un dictador con complejo de Hitler escogerá como sitio indicado para levantar un *bunker* palaciego. Neruda se oxigenará en la altura y dejará de vivir en pajareras, a las cuales hay que ascender a través de fatigosos peldaños. Será una casa amplia de un solo piso. En las noches podrá mirar un cielo de constelaciones nítidas, donde conoce hasta la última estrella. Y también sentir a sus pies la Babilonia de las luces, que quiere y no quiere, pero a la cual necesita, porque, entre otras razones, allí viven sus médicos.

Construirá esa casa más para él, pero levantará un pueblo destinado a los poetas, al cual pone el nombre de Cantalao, que saca de *El habitante y su esperanza*. Compra los terrenos donde fundará esa aldea de artistas pobres en dinero, ricos en sueños, ubicada no lejos de Isla Negra. Para dirigir el plano urbanístico y concebir profesionalmente la obra recurre a un notable arquitecto, hombre noble a carta cabal, Rector de la Universidad Católica de Santiago, Fernando Castillo Velasco.

Una mañana nos encaminamos los tres, atravesando cerros, cuyos arrecifes costeros se cortan a pique cayendo al océano, más allá de Punta de Tralca. Nos detenemos en un altiplano, donde crece el pasto. Neruda ha hecho armar como un adelanto una pequeña habitación de tablas, donde se guardan los materiales de construcción para la obra. Nos encontramos con que, en medio de esa soledad, ha amanecido destruida. Es el vandalismo de los que no quieren pueblos para poetas y odian al poeta que quiere construirlos. De vuelta Neruda escribe a este propósito un poema que no oculta la pena.

Las fechorías contra sus sueños de Cantalao le dolieron. Más que descorazonarlo fueron para él campanadas anunciadoras de tiempos malos. Al fin y al cabo, ¿a quién podía perjudicar ese proyecto? Lo que él había logrado, un sitio para vivir y trabajar junto al mar, quería que lo tuvieran sus colegas escritores. Comenzó a abrigar la utopía de ser el fundador de un pueblito singular. En 1970 terminó de pagar las cuotas del territorio en que se levantaría, sobre la altura rocosa de Punta de Tralca, nombre araucano que quiere decir "punta del trueno", porque en ese lugar de la costa las olas revientan y se levantan a muchos metros de altura. Él mismo solía ir por largas horas a trabajar o descansar en la cabaña que armó como una avanzada rústica. Allí escribió un libro entero. Alguna vez entraron los ladrones, se llevaron la hamaca rota, dos vasos y tres libros. Uno era de poesía inglesa. En la primera página había escrito un poema que "ahora —comenta, con una pizca de humor tristón— sólo leerán los ladrones".

Pero aquel hurto de libros queridos y de viejos objetos no lo entristeció nada en relación con la tribulación causada por el asalto en despoblado de los depredadores políticos que quebraron los ventanales y desparramaron sobre el piso trozos azules, verdes y rojos de vidrio. Fue como un ensayo en pequeño de lo que harían más tarde con la casa de La Chascona el día de su muerte.

¿El sueño de Cantalao, el poblado de los escritores, se lo llevó para siempre Neruda consigo al país del delirio?

Bajo un régimen que confiscó Isla Negra, por ser un peligro para el Estado, la idea del poeta queda archivada. Algún día tal vez se realice.

Pero el poeta, ciudadano incorregible, trabaja simultáneamente en otra tarea: transformar Isla Negra, hacerle un parque y una plaza como se hace un hijo o como si fueran poemas. El parque tendrá la gracia de las ágatas, de las piedras lisas y coloridas

descubiertas por el ojo nerudiano y de Mari Martner. Se forma una comisión dirigida por Sergio Insunza, en que trabajan también Carlos Matus, Flavián Levine, Gonzalo Martner, los arquitectos Fernando Castillo Velasco, Miguel Lawner, Federico Wong, Sergio González, Carlos Martner y Raúl Bulnes C. En una sesión se acuerda aceptar el ofrecimiento de la Sociedad de Arte Contemporáneo de donar una escultura de Marta Colvin para la plaza. Neruda organiza, se preocupa del aspecto financiero y la administración. Parece un muchacho de veinte años que planifica en voz alta o un hombre de cuarenta que actúa con mayor eficacia que un ejecutivo último modelo, sin abandonar nunca una informalidad juguetona.

178. *Las tapicerías del pobre*

Consigue del Gobierno de Salvador Allende la resolución de construir la Casa de la Cultura de Isla Negra, donde se exhibirían en exposición permanente las obras de las tejedoras que un día domingo por la mañana fuimos juntos a ver en la Municipalidad de El Quisco, dentro de cuya jurisdicción se encontraba su domicilio. Quería que esas muestras de humildes arpilleras recorrieran el mundo. Le gustaba su sentido práctico que no urdía seda pulida y pálida, sino que era el resplandor esparcido por una lámpara campesina, una creación natural de la pobreza donde los necesitados trenzaban sueños y anhelos, o sea, lo que no podían alcanzar. Después del golpe, ese arte de los perseguidos cobró multitudinario vuelo en las aglomeraciones del pobre-río, no sólo rural, sino también urbano. En la Babel pululante de las poblaciones no se podían pintar ya los antiguos frescos populares. Estaban prohibidos los murales de la Brigada Ramona Parra; pero entre la niebla que dejaban los relentes de la sangre, dentro de los lugares cerrados del clandestinaje, había manos, sobre todo femeninas, que retomaban y enriquecían esos trozos de telas deshilachadas fijando en retazos de desecho la nostalgia de la libertad perdida, la historia de la tragedia que estaban viviendo. Se trata de una artesanía surgida bajo la violencia, ajena a toda nota bucólica. Son las arpilleras de la noche. Recurren a los colores empapados en la sangre, porque a su alrededor ésta corre a borbotones. Allí cuentan todo: peripecias y penurias. Rememoran. En algunas invocan a Allende, a Neruda. En el plano inextricable de la ciudad marginal, con sus centena-

res de callampas mártires y rebeldes, de algún modo brotó y cundió el sueño del poeta de proyectar las arpilleras hacia todos los puntos cardinales como mensajes enviados al mundo para que éste supiera.

Más allá de la muerte, del hambre, se multiplicaron como documentos de vida, denuncias sobre el tiempo terrible. No imitan los lujosos tapices de los viejos palacios. Están hechas a mano por un corazón afligido que quiere dejar constancia y rendir testimonio entrelazando los cordelitos usados de un viejo chaleco de lana, roído por el tiempo, dado de baja. Así reproducen esa expresión reconcentrada de la desdicha que no claudica. Los habitantes del suburbio suelen acompañar ese modesto rectángulo, dominado por la descripción a lo vivo de horrores, con un verso del poeta que siempre les ayuda a sostener en alto su bandera y a expresar el descontento por su mundo despedazado. Aquel sueño nerudiano de llevar las arpilleras a todas partes se cumple de un modo inesperado, generalizando un movimiento masivo, que es poesía combatiente, pintura, gobelino plebeyo, tejido menesteroso y radiante.

179. *Dedicatorias corregidas*

Neruda solía ir a Santiago, sobre todo para controles médicos. Entonces avisaba desde Isla Negra que ese mismo día almorzaría en casa de cualquiera de sus amigos, para luego dormir la siesta. De vez en cuando, llegaba a la mía. Necesitaba ese reposo más que nunca, para cortar el cansancio y prolongar la noche, que siempre fue para él la hora de las conversaciones encantadas, pero ahora estaban bañadas por una llovizna de melancolía, que no le impedía la risita chaplinesca.

García Márquez cuenta que en su casa de Barcelona le ofreció la cama matrimonial para la siesta. El autor de *Cien años de soledad* guarda un libro de Neruda, con dedicatorias corregidas. La primera dice: "A Merceditas, desde su cama". Su amigo Gabo agrega que después de haberla escrito, Pablo dijo: "No, esto no está bien". Y agregó: "A Merceditas y Gabo en su cama". Reflexionó un instante para concluir que con el añadido había quedado peor. Y volvió a corregir: "A Merceditas y Gabo en su cama, fraternalmente".

Lo *sui generis* de la conspiración es que se desarrollaba no sólo en la sombra sino también a la luz del día. Neruda se esfuerza por dar el alerta. Aparece pegado en los muros de Chile un cartel suyo de un metro de altura, fechado en Isla Negra el 20 de mayo de 1973, con un encabezamiento en gran tipografía roja: "A los artistas e intelectuales". Es un penúltimo llamado a la conciencia del drama *ad portas*. "Las señales son inequívocas y deben ser tomadas en serio." Propone un plan de acción. Pide a los intelectuales, poetas en especial, ir a las provincias y pueblos, a las industrias, empresas, escuelas, poblaciones, para explicar a todo el mundo lo que se trama en la penumbra. Llama a los autores y artistas teatrales, intérpretes de ballet, de la canción popular, compositores; a los pintores, grabadores, escultores y artistas plásticos, a profesionales y artesanos, para que pongan su obra al servicio de la salvación del país de la catástrofe. Hace un llamado a sus amigos artistas, intelectuales, creadores de América Latina, de los Estados Unidos y del Canadá, de los países europeos, asiáticos, africanos y oceánicos, para prestarnos su ayuda, su voz, sus sentimientos fraternales.

Se ve que el poeta no estaba tranquilo ni tampoco inmovilizado. A pesar de sus dolencias se movía como un dínamo para impedir lo peor.

El resultado de las elecciones parlamentarias del 4 de marzo de 1973 ha dado al traste con el "golpe blanco". La Unidad Popular ha tenido un éxito más allá de lo esperado en las urnas.

La conjura tiene que decir adiós a su plan de destituir al Presidente de la República. Declara cancelado el camino legal. Opta por la sedición armada. Todo debe ser realizado en función de este objetivo. Contacta generales, articula el dispositivo golpista en el terreno de la política, de la economía, de los medios de comunicación de masas. Serán implacables. No se detendrán ante nada. No vacilarán en el baño de sangre, en la tortura, en el desaparecimiento de personas ni en el exilio de un millón de chilenos. El plan está en marcha. Neruda lo percibe con más claridad que otros. Porque el poeta posee antenas que le ayudan a captar a menudo elementos invisibles que se mueven en el aire o actúan en la trastienda de la sociedad.

No oculta a nadie su visión de los peligros. La casa permanece atrincherada ante el asedio de los periodistas que vienen de muchas partes del mundo y quieren entrevistarlo.

Un día estoy en el estudio de radio grabando un programa cuando el periodista hispano-mexicano Luis Suárez viene a pedirme que interceda para que Neruda lo reciba. No debo hacerlo. Pero entiendo que se trata de algo que vale la pena. Lo llamo por teléfono. Un par de horas más tarde Luis Suárez toca la campana colgada de una viga sobre la puerta hecha de troncos. Lo encuentra sentado en un sillón, en la biblioteca, con los pies estirados sobre un taburete, cerca de la chimenea donde arde la leña. Está vestido con un suéter gris. Escribe poemas sobre un cuaderno. Se interrumpe cuando el periodista entra. A su lado hay un carpintero que trabaja en reparaciones. El periodista quiere hablar del Premio Nobel, pero Neruda quiere hablar de Chile. Los golpes del carpintero no lo dejan oír bien. El periodista cambia de lado.

Neruda se referirá a su *Incitación al Nixonicidio...* "Ése es un libro poético y panfletario para poner los puntos sobre las íes en muchas cosas... He sido —agrega— toda mi vida la persona menos sectaria y soy el antidogmático por excelencia. Creo en el realismo y en el irrealismo y estas dos leyes son fundamentales en la creación artística. El que suprime el realismo se aleja de la vida y llega a ser un espectro flotante, y el artista que se niega al sueño y al misterio naufraga a la mitad de la calle."

181. *El chaquetón*

El 12 de julio de 1973 vamos a saludarlo a Isla Negra con motivo de su sesenta y nueve cumpleaños, junto a los diputados Gladys Marín y Rosendo Huenumán. En esa misma fecha la casa ardía con las fiestas más alegres, con disfrazados y un humor a chorro irresistible. Ahora todo es el reverso. El organizador del gran jaleo está en cama. Le entregamos el regalo del Partido y él se pone a hablar inmediatamente de lo que le obsesiona: la situación política. Luego conversa largo y tendido con Huenumán, poeta mapuche. Neruda tiene en la cabeza, y a su juicio debe ser una de las obras que realice el Gobierno Popular, la creación de la Universidad de la Araucanía, donde se enseñe en lengua nativa, se dé forma escrita a su literatura y a su cultura. Los indígenas tienen derecho a ser respetados como una nacionalidad. El tema le apasiona. Me quedo admirado por el fuego que pone en ese nuevo proyecto el hombre que yace enfermo. Poco después entra Gonzalo Losada hijo, quien trae en los brazos un gran paquete, que desenvuelve meticulosamente.

Es un imponente chaquetón argentino, forrado en chiporro de la Patagonia.

—Se lo manda mi padre que no quiere que usted, Pablo, pase frío este invierno.

El joven Losada lo despliega en toda su magnitud. Pablo agrega:

—Gracias, es un maravilloso regalo. —Tiene una sonrisa amable y triste.

Antes de una semana llega a mi casa en Santiago, de Matta Oriente 394, de repente, el auto de Neruda. Desde mi escritorio, con sorpresa, lo diviso a través de la ventana. Veo a Manuel Araya, el chofer, que viene con un cargamento en los brazos. Me entrega una carta, que leo con el resuello contenido.

18-VII-73

Querido Valentín. Pienso que este abrigo (de origen losadeco) te vendría bien y es más juvenil que tu sotana oscura. Muchas gracias si lo aceptas; yo estaré en cama en invierno y no va bien entre las sábanas.

Te abrazo. Ven por estos lados. P.

No se necesitaba ser buen entendedor para comprender esas pocas palabras. No era el capote de Gogol. El regalo del chaquetón contenía una metáfora, la metáfora de su despedida. Era una donación anticipadora, extratestamentaria, por causa de muerte. De la muerte no habló nunca llamándola por esa palabra, porque este hombre bueno, que algunos equivocadamente estimaron débil, fue en la vida un hombre fuerte. Y cuando la muerte comenzó a rondarlo la afrontó con un estoicismo recio y tan creador como no había visto nunca. Lo digo así porque en aquella escena de la entrega del gran chaquetón por Gonzalo Losada hijo, respondió de inmediato el poeta con otro obsequio, o tal vez, con un autoobsequio. Pues enseguida llegó Matilde con varios cartapacios. Eran ocho libros inéditos, los cuales Neruda entregó formalmente al editor delante de nosotros. Éste le preguntó:

—¿Son para su publicación inmediata?

—No —respondió Pablo—. Son regalos que yo me hago para celebrar mi setenta cumpleaños. Deben aparecer en la primera mitad de 1974.

Ésa era también una contestación a la muerte que le hacía guiños detrás de la puerta y a través del ancho ventanal que miraba al mar, desde ese cuarto donde él quería tanto oír el canto

de los pájaros, que había hecho instalar en su interior una gran jaula con canarios tenores de plumaje verde dorado.

182. *Obra póstuma*

Esos libros inéditos aparecerían como libros póstumos, para cantar siempre el irrefrenable amor a la vida del hombre que los escribió.

Cuando nos encontramos en Europa, agosto de 1974, Matilde me entrega dedicados los libros ya impresos que Neruda en su original dio a Gonzalo Losada hijo, aquel mediodía de cumpleaños, el 12 de julio de 1973, estando en cama, en presencia nuestra. Los tomo en mis manos, trémulo ante la voluntad de este hombre que los escribió entre sábanas, cuando la muerte lo esperaba y le decía cada noche que lo estaba esperando.

Son una fuente de rememoraciones.

Ese viaje a Isla de Pascua, al cual me había invitado un ya distante mes de enero y en el que no pude acompañarlo, es el retorno al tema de los orígenes ignotos de la antigua Rapa Nui y también una meditación filosófica. Un contrapunto entre los hombres, torpes transeúntes, y la pequeña isla en medio del mar inmenso, forjada por el viento de la Melanesia. El poeta anda buscando los rostros de la eternidad. Cree encontrarlos allí, en las duras máscaras, labradas en el corazón del silencio.

Cuando la gente vuelva al continente retornará a las discusiones ya sostenidas, a las guerras, a la música atacante, a las falsas sonrisas, en contraste con la limpieza, bañada por la luz y la sal oceánica, de las estatuas que viven en *La rosa separada*.

La situación de Chile se le mete por todos los tabiques de la casa y penetra todos los poros del hombre yacente. "Estos meses arrastran la estridencia/ de una guerra civil no declarada." Los aullidos del lobo se oyen junto al jardín. Su vida es un *Jardín de invierno*, instalado en el cual desfilan por la cinta de su memoria las estaciones pasadas, mujeres, pasiones. Le hace pensar en Quevedo. Dentro del cuarto no hay primavera. Hay enfermedades. La primavera está en el exterior. Que ella no lo atormente recordándole tantas primaveras extinguidas.

Tiene el mar al frente. Y no va al mar este verano, no sale al mar. "Estoy encerrado, enterrado, y a lo largo del túnel que me lleva prisionero oigo remotamente un trueno verde." Es el océano que lo espera.

Por aquel tiempo murieron en el mismo día dos hombres muy distintos, dos escritores muy diferentes, ambos Premios Nacionales de Literatura: Manuel Rojas y Benjamín Subercaseaux. Recibe la noticia acostado. Suenan para él como dos toques haciéndole un signo personal. "Se murieron con horas de intervalo:/ uno envuelto en Santiago, el otro en Tacna:/ dos singulares, sólo parecidos/ ahora, única vez, porque se han muerto." Junto con Salvador Allende, fuimos a ver una mañana de marzo al que se había muerto en Santiago, Manuel Rojas. Estaba allí, como lo veía Pablo sin verlo, preparándose para seguirlo, "taimado y soberano,/ áspero, de rugosa investidura,/ más bien dado al silencio". El otro, Benjamín, "fuego centrista con un bello faro de intermitentes rayos", estaba lejos. Pero ambos, quietos, se acostumbraban al espacio de la oscuridad. No sabía cuándo él haría lo mismo.

Dentro del corazón registra cada muerte conocida, como si llevara en el pecho la cuenta de cada golpe de metrónomo de aquel anciano cronometrista porteño Asterio Alarcón, al cual dedicó un poema. En verdad, lo dedicó al Tiempo, que es la Vida, pero también —¡Dios mío!— es la Muerte, que se te apersona cuando llama en la lista a Manuel y a Benjamín.

2000 es un intento de sobrevivir hasta el cambio de folio del siglo y del milenio y un voto para que sobreviva "la vieja tierra color de excremento" y "la maldita progenie que hace la luz del mundo".

Su interrogación es muy franca:

Y nosotros, los muertos, los escalonados en el tiempo,
sembrados en cementerios utilitarios y arrogantes
o caídos en hueseras de pobres bolivianos,
nosotros los muertos de 1925, 26,
33, 1940, 1918, mil novecientos cinco,
mil novecientos mil, en fin, nosotros,
los fallecidos antes de esta estúpida cifra
en que ya no vivimos, qué pasa con nosotros?

Por lo menos sabemos lo que pasa con él, algo que había predicho en un verso: "Sucede que voy a vivirme".

Habla sin ambages de su osamenta, del año que lo llevó, "dejando en vez de canto o testimonio/ un porfiado esqueleto de palabras". Los esqueletos son duros, resisten el tiempo. Incluso sobreviven durante millares de años.

El corazón amarillo es una de sus obras de sesgo más surrealista. El hombre se resiste a morir. Sabe que algunos lo dan por difunto. "Los periodistas dirigieron/ su maquinaria extravagante/ contra mis ojos y mi ombligo/ para que les contara cosas/ como si yo me hubiera muerto..."

No es el otoño la característica del humor anticonvencional de esta poesía, "En mi infancia descubrí/ mi depravado corazón/ que me hizo caer en el mar/ y acostumbrarme a submarino." La fantasía es fresca. Más que con un corazón amarillo se emparenta con el submarino amarillo de los Beatles.

Este Galileo Galilei, que no se ha retractado, insiste con un "sin embargo, me muevo". Léase este libro, digno de los hermanos Marx, con una risa penúltima del que mira al mundo y su vida con el ojo de la extravagancia sabiendo que no le queda mucho tiempo.

Es la despedida de "nosotros, héroes y pobres diablos,/ débiles, fanfarrones, inconclusos/ y capaces de todo lo imposible...", hasta que "se robaron sus laureles, sus medallas, sus títulos, sus nombres", como podía sucederle a un hombre como él, en cuanto cerrara los ojos en un país donde todo podía suceder.

En el *Libro de las preguntas* está el hombre que espera la muerte trabajando como una fábrica de poesía sobre la colcha, escribiendo una obra hecha de puras interrogaciones, cada una contenida en dos versos. Son las preguntas del niño y del hombre, del poeta y del ciudadano. "Dime, la rosa está desnuda/ o sólo tiene ese vestido?... Por qué Cristóbal Colón/ no pudo descubrir España?... Aquel solemne Senador/ que me atribuía un castillo/ devoró ya con su sobrino/ la torta del asesinato?... Hay algo más tonto en la vida/ que llamarse Pablo Neruda?... No será la muerte por fin/ una cocina interminable?... Cuál es el trabajo forzado/ de Hitler en el infierno? Pinta paredes o cadáveres?/ Olfatea el gas de sus muertos?"

Hay un libro que Neruda me entregó en el original para que le dijera mi opinión. ¿Qué juicio podía yo darle? Era una obra hermosa y sombría. Mi secretaria la salvó de los repetidos asaltos a mi casa y requisas de mi biblioteca. Alguien, en los puentes por los cuales pasaba una correspondencia que no podía decir directamente el nombre del destinatario, sacó una copia de ese libro. Pronto apareció una edición pirata que molestó a Matilde. Es el libro *Elegía* por sus amigos que lo precedieron en la partida, pero también preludia una autoelegía. Cuando recuerda a Nazim Hikmet, a su traductor Ovadi Savich; a Ilya Grigoriovich Ehrenburg, el de los trajes arrugados, saturado de opiniones incómodas; cuando derrama una lágrima por Sioma Kirsanov, está

derramándola también por el amigo de esos amigos, por Pablo Neruda. Por ese Pablo que quiso a Alberto, el fabulador toledano, panadero mitólogo, inventor de formas, que no alcanzó a volver a España. Se prepara para la muerte, donde se juntará con ese Pushkin, cuyo monumento las palomas disputan y picotean con melancolía. Y con ese colega, Maiakovski, a quien, como él, le gustaban las asambleas recitantes. Es un adiós al barrio Arbat, al restaurante Aragbi, al Hotel Nacional, porque él sabe que no volverá a verlos. Es un "Salve Moscú entre las ciudades". Es una Elegía por los que fueron y por el que se irá una noche de septiembre pero para volver cada vez que sea necesario.

En *El mar y las campanas* él está entre la campana que anuncia al visitante de Isla Negra, entre todas las campanas que ha escuchado en su vida, y el mar que, desde su cama, mira por la ventana. ¿El mar y las campanas son elementos contradictorios? Las campanas personifican la imagen de la vida. El mar, en este caso, ¿es el símbolo de la muerte? Desde su lecho escribe: "No tengo más que el duro mediodía del mar, y una campana". Pero él quiere ver aún ambos elementos como representaciones de la vida. "Y vive el mar. Existen las campanas". Se siente propietario de muchas muertes de perfil que lo buscan y que aún no lo hallan. Tal vez porque todavía hace sonar campanas. Y sigue recorriendo el mar. Un barco soviético cruza las aguas del mundo llevando el nombre de Pablo Neruda. Así continúa navegando y regresando el viejo viajero trotaocéanos.

A ratos habla con acento testamentario: "Declaro cuatro perros:/ uno ya está enterrado en el jardín,/ otros dos me sorprenden,/ y una perra greñuda/ distante". Alude a la campana rota que quiere sin embargo cantar. Es él mismo. De fuera le llega el rumor de un país arremolinado. E insta a los suyos: "Sí, camaradas, es hora de jardín,/ y es hora de batalla..."

Quiere también, una vez más, dejar constancia de su amorosa gratitud hacia Matilde: "Fue tan bello vivir cuando vivías". *Defectos escogidos* es una forma de la autoironía, que recuerda ese retrato burlón que el poeta dijo de sí mismo:

Por mi parte, soy o creo ser duro de nariz, mínimo de ojos, escaso de pelos en la cabeza, creciente de abdomen, largo de piernas, ancho de suelas, amarillo de tez, generoso de amores, imposible de cálculos, confuso de palabras, tierno de manos, lento de andar, inoxidable de corazón, aficionado a estrellas, mareas, maremotos, admirador de escarabajos, caminante de arenas, torpe de instituciones,

chileno a perpetuidad, amigo de mis amigos, mudo para mis enemigos, entrometido entre pájaros, mal educado en casa, tímido en los salones, audaz en la soledad, arrepentido sin objeto, horrendo administrador, navegante de boca, yerbatero de la tinta, discreto entre los animales, afortunado en nubarrones, investigador en mercados, oscuro en las bibliotecas, melancólico en las cordilleras, incansable en los bosques, lentísimo de contestación, ocurrente años después, vulgar durante todo el año, resplandeciente con mi cuaderno, monumental de apetito, tigre para dormir, sosegado en la alegría, inspector del cielo nocturno, trabajador invisible, desordenado persistente, valiente por necesidad, cobarde sin pecado, soñoliento de vocación, amable de mujeres, activo por padecimiento, poeta por maldición y tonto de capirote.⁵⁵

183. *Memorias e inéditos*

En marzo de 1974 se publican sus memorias cuya redacción quedó interrumpida por su muerte.

Confieso que he vivido tuvo de inmediato un extenso eco, numerosas reediciones y versiones en lenguas extranjeras. Más tarde, en 1977, apareció una recopilación, *Para nacer he nacido*, de textos en prosa repartidos en siete cuadernos: "Es muy temprano", "Imagen viajera", "Fuego de amistad", "Navegar por el humo", "Reflexiones desde Isla Negra", "Lucha por la justicia", "Pablo Neruda habla".

Después, Matilde volando en un avión, me cuenta de un libro nuevo, formado con poemas no publicados de la poesía adolescente y juvenil y artículos de ese tiempo, que constituyen un aporte al conocimiento de los primeros pasos literarios de Neruda. Forman parte de *El fin del viaje*, que aparece en octubre de 1982 como obra póstuma. Contiene una serie de textos válidos, misceláneos; recogidos aquí y allá, en distintas épocas. Hay un diálogo entre Pablo Neruda y Herman Melville, comienzo de un guión de película que no se filmó. El chileno polemiza —como se ha dicho— con el escritor norteamericano a propósito de *Benito Cereno*. El título de esa obra inconclusa es *Comienzo para un rebelde* y pertenece al guión de la película *Babo*. "¿Quién es Babo?... Babo murió hace un siglo. Lo ahorcaron en Concepción de Chile."

Hay una "Elegía para cantar" a la cantora: "Cuando naciste, fuiste bautizada/ como Violeta Parra:/ el sacerdote levantó las

uvas/ sobre tu vida y dijo:/ 'Parra eres y en vino te convertirás.'/ En vino alegre, en pícara alegría, en barro popular, en canto llano./ Santa Violeta, tú te convertiste/ en guitarra con hojas que relucen/ al brillo de la luna,/ en ciruela salvaje/ transformada,/ en pueblo verdadero,/ en paloma de campo, en alcancía".

El 3 de mayo de 1963, día de cumpleaños de Matilde en La Sebastiana, él le regaló un globo: "Un año más, picadito en semanas/ por Dios, el cardenal y compañía,/ un año más, Patoja soberana,/ para tu deficiente ortografía... Tienes un año menos alma mía".

El pequeño volumen agrega un valor precioso con la publicación de un lejano texto, "Paloma por dentro". Su valor privilegiado radica en que, como ya se ha dicho, el autor de los versos se llama Pablo Neruda, y el de los dibujos, Federico García Lorca.

Ese único ejemplar en poder de la Rubia, Sara Tornú de Rojas Paz, apareció por primera vez publicado en diciembre de 1982.

Matilde me dice que quedan aún materiales de Neruda no recogidos en libro. Tengo constancia de varios.

184. *Despedida*

Neruda me pedía que fuera a verlo y lo hice cada vez que pude; la última fue el 30 de julio. Al día siguiente yo debía partir a Europa en un viaje muchas veces aplazado. El presidente Allende me comisionaba para explicar en ese continente la situación de Chile y recabar todo el apoyo posible a su Gobierno a fin de evitar el desplome de las instituciones democráticas y un mar de sangre.

Neruda que vivía cada vez más sumergido en la preocupación por el derrumbe que veía venir a corto plazo, me insistió en que debía regresar pronto, que apresurara la vuelta lo más posible, porque tenía que conversar conmigo. Leí en sus ojos el temor de no estar cuando yo retornara. Le dije que sí, que tenía muchas cosas que hacer en Europa pero que volvería cuanto antes. Me repitió su requerimiento. Había en nuestra conversación un lenguaje mudo; sus ojos, el entrelíneas de sus palabras lo decían todo: inquietud no sólo por su salud, sino angustia porque entreveía un gran mal que amenazaba al país entero.

Lo abracé sin saber que era la última vez que lo veía.

Luis Corvalán lo visita con su esposa once o doce días antes del golpe. Su preocupación es lo que ve venir. Inclusive cree que

si triunfan los facciosos llegarán a Isla Negra con su violencia. Corvalán trata de tranquilizarlo: "Sí —le dijo—, puede haber un golpe. Pero a ti, Pablo, no podrán tocarte. Eres suficientemente grande como para que se atrevan a hacerlo".

Le respondió con calma, seguro de lo que afirmaba:

"Te equivocas —dijo—. García Lorca era el príncipe de los gitanos, y ya sabes lo que con él hicieron."⁵⁶

185. *La muerte entre la muerte*

El golpe del 11 de septiembre se da mientras vuelo en un avión desde Roma a Moscú. Esa noche debo viajar a Santiago, para reasumir mis responsabilidades en Chile. Pienso partir a Isla Negra al día siguiente de mi llegada, para ver a Pablo. Cuando entro en el hotel, por unas horas, antes de tomar el avión que debe trasladarme a Santiago, un compañero cubano, Blas Roca, me pregunta si sé las últimas noticias de Chile. "Hay una sublevación militar. Valparaíso ha sido tomado. Allende se ha dirigido a La Moneda..."

"Valparaíso ha sido tomado." Toda la agonía nerudiana comenzó el 11 de septiembre, cuando el poeta sintonizó el receptor en el velador, junto a la cama, y descubrió que no estaban transmitiendo, salvo la Radio Magallanes. Oyó con los puños apretados el último mensaje, bajo las bombas, de Salvador Allende: "...pagaré con mi vida mi fidelidad al pueblo...". Después, el gran silencio. Neruda busca en el dial desesperadamente una voz. Sintoniza en onda corta la radio de Mendoza. Están contando toda la tragedia.

Matilde trata de calmarlo; pero es imposible. No se despegará de la radio. Quiere oírlo todo, saberlo todo, aunque se muera. Matilde llama por teléfono al doctor Vargas Salazar. "Eche a perder la radio, la televisión, desconéctela. Si sabe lo que está pasando será para él un golpe mortal."

—Pero, doctor, ¿cómo puedo echar a perder la radio y la televisión si Pablo está como loco tratando de saber lo que sucede? (En el verano europeo de 1974 paso dos semanas con Matilde en la playa. Ella necesita reposo después de tanta prueba. Es para mí un gran reencuentro. Durante esos quince días me va narrando paso a paso lo que ocurrió en ese tiempo.)

Cuando escuchó el discurso final de Allende, Neruda supo que todo estaba perdido. Para tranquilizarlo, Matilde le dijo: "Tal

vez no sea tan horrible". "No, respondió Pablo. Es el fascismo." Esa noche la fiebre le subió. Había visto seis veces en la televisión el asalto a La Moneda. Escuchó en esa radio de Mendoza la noticia de la muerte de Allende.

El médico recomendó que fuera transferido a Santiago porque ni él ni la enfermera, que vivía en San Antonio, podían moverse con el toque de queda. "Trasládelo en ambulancia a una clínica." En el camino fueron allanados dos veces por los soldados. Pusieron la cama en posición vertical. Por primera vez, Matilde lo vio llorar. Él le pidió: "Límpieme la cara, Patoja". No sacaba nada Matilde con decir: "Es Pablo Neruda". Seguramente sería para peor. Lo sabía porque antes habían allanado la casa de Isla Negra, buscando, según dijeron, armas. Neruda no tenía armas, pero en el momento en que la tropa llegó a la casa estaba dictando a Matilde las últimas páginas de sus memorias, que él consideraba indispensables, para dejarlas como testamento y acusación:

Escribo estas rápidas líneas para mis memorias a sólo tres días de los hechos incalificables que llevaron a la muerte a mi gran compañero el Presidente Allende. Su asesinato se mantuvo en silencio; fue enterrado secretamente, sólo a su viuda le fue permitido acompañar aquel inmortal cadáver. La versión de los agresores es que hallaron su cuerpo inerte, con muestras visibles de suicidio. La versión que ha sido publicada en el extranjero es diferente. A renglón seguido del bombardeo aéreo entraron en acción los tanques, muchos tanques, a luchar intrépidamente contra un solo hombre: el Presidente de la República de Chile, Salvador Allende, que los esperaba en su gabinete, sin más compañía que su gran corazón, envuelto en humo y llamas.

Tenían que aprovechar una ocasión tan bella. Había que ametrallarlo porque jamás renunciaría a su cargo. Aquel cuerpo fue enterrado secretamente en un sitio cualquiera. Aquel cadáver que marchó a la sepultura acompañado por una sola mujer que llevaba en sí misma todo el dolor del mundo, aquella gloriosa figura muerta, iba acribillada y despedazada por las balas de las ametralladoras de los soldados de Chile, que otra vez habían traicionado a Chile.

¿Podía adivinar que semanas más tarde él mismo sería enterrado en una tumba cualquiera?

En la muerte de su amigo el Presidente presentía parte de su propia suerte. Encerraba para él una premonición.

El Presidente de México, Luis Echeverría, envió un avión especial para trasladar a Neruda a ese país. El embajador Martínez Corbalá le extendió la invitación en la clínica Santa María. Neruda agradeció, rechazándola. Luego el embajador volvió a la carga. Esta vez Matilde contó que acababan de asaltar y desvalijar La Chascona, desviando el canal e inundando la casa. El Embajador insistió: "Allá tendrá mejor atención médica que acá. Volverá sano". Neruda se resignó a partir. Pensó que era muy importante poner a salvo las memorias, sobre todo por las últimas páginas. Fueron sacadas de Chile por valija diplomática. Las cerró personalmente con las palabras de Allende y la responsabilidad de los golpistas.

Matilde fue a Isla Negra a buscar ropa para el viaje y unos libros que mantenía bajo llave. De regreso lo encontró muy inquieto. Por la noche, en su delirio, decía: "Los están fusilando". En el día venían amigos a verlo. Se retiraban temprano, para alcanzar a volver a sus casas antes del toque de queda. Por la noche, dormido, entre sueños agitados, volvía a decir: "Los están fusilando, los están matando". El poeta estaba aislado en el cuarto de la clínica. Oía por las noches el volar de los helicópteros. Sabía lo que estaba pasando. Entre el día del golpe y su muerte, la gente de Pinochet asesinó a miles de chilenos. Él sentía cada una de esas muertes. Matilde le tenía cogida la mano y percibió un súbito estremecimiento. Su corazón se había detenido, roto. Vino la enfermera y comenzó a hacerle masajes en el pecho, pero llegó el médico y le dijo: "No siga, déjelo tranquilo".

Eran las diez y media de la noche del 23 de septiembre de 1973.

186. *El féretro errante*

Matilde abrió la maleta que había preparado para el viaje a México. Sacó la chaqueta a cuadros favorita, una camisa escocesa, y le enrolló un pañuelo de seda roja alrededor del cuello. El médico había dicho que si no sobrevenía un imprevisto, podía vivir cinco o seis años más. Teruca Hamel la ayudó a vestirlo completamente. Porque era un hombre que moría con los zapatos puestos. Las dos salieron para comunicar la noticia de la muerte por teléfono. Cuando volvieron, Pablo no estaba. Salieron corriendo. Lo buscaron en la planta baja. Tampoco lo encon-

traron. Se fueron al sótano. Vieron un rótulo: "Capilla". Estaba oscuro. No había nadie. Momentos después, entre ruidos de ruedas y chirridos metálicos, lo vieron venir por el pasadizo. Entró a la capilla y el enfermero le dijo: "Señora, está prohibido quedarse aquí". Matilde les gritó: "¡Pueden irse! ¡Ustedes no tienen nada que hacer aquí!" Reclinó su cabeza sobre la de Pablo. Alguien entró de puntillas. Era Laurita. No lo velaban en una pieza, sino en un corredor oscuro.

Cerca de la medianoche, un locutor había dicho por radio: "El poeta Pablo Neruda se encuentra en estado agónico y se estima que no pasará la noche. Hay prohibición absoluta de visitarlo en la clínica Santa María, donde se encuentra".

Al día siguiente, cuando se levantó el toque de queda, y comenzaron a llegar los periodistas, los fotógrafos, la Dirección de la Clínica decidió sacar al muerto del pasadizo. Lo colocaron en un *hall*. Era un VIP.

Un enjambre de fotógrafos apretaba el obturador. "Por favor, no más fotos", dijo Matilde. Llegaron los amigos: Homero Arce, Graciela Álvarez, Juvencio Valle, Francisco Coloane, Aída Figueroa, Enrique Bello, Juan Gómez Millas, unos cuantos más.

Neruda estaba tendido sobre una mesa envuelto por un sudario blanco, con la cara descubierta. Sonreía, expresión difícil de concebir considerando la hora de los chacales que regía en el momento en que expiró. Cuando llegó la urna, le quitaron las sábanas y fue trasladado a ella. Coloane le abotonó la punta de la camisa. Cerraron, soldaron la urna. Salieron en dirección a La Chascona. Cuando llegaron a ella no pudieron entrar. La escalera de acceso a la casa estaba anegada, cubierta de lodo y agua, y obstruida por los escombros. La urna no cabía. La gente de la Junta había cumplido con su misión. Entonces los que componían el cortejo decidieron dar la vuelta a la manzana y penetrar por la entrada posterior, que daba al cerro. Allí había un puñado de jóvenes que se colocaron junto al féretro y luego rompieron el silencio, alzando los puños en alto mientras uno decía a toda voz, como llamándolo:

—¡Compañero Pablo Neruda!

—¡Presente!

—Ahora...

—¡Y siempre!

—Ahora...

—¡Y siempre!

Eran gritos suicidas. Eran temerarias exclamaciones de rebelión que se escuchaban al cabo de dos semanas del comienzo y

prosecución de la matanza, que continuaba desarrollándose, con millares de sacrificados.

Allí estuvieron un rato tratando de entrar por la puerta trasera, pero tampoco pudieron. Los enviados de la Junta desviaron el canal que pasaba por arriba y desencadenaron una corriente de agua que aislaba esa parte de la casa. Además había llovido. El lugar parecía un pantano. Descansaron de la urna, dejándola en el suelo por unos momentos, mientras discutían qué hacer. Se alzó una voz proponiendo llevar a Neruda a la Sociedad de Escritores.

Matilde replicó secamente: "Pablo quiso ser trasladado a su casa. No lo llevaremos a ninguna parte".

Aída Figueroa aventuró en voz baja otra solución: "¿Por qué no lo llevas a mi casa?" Matilde le respondió: "¿No crees que mientras peor esté la casa tanto mejor va a estar Pablo?"

Al lado, dentro de una barraca abierta, había materiales de construcción, tablones, postes. Alguien los vio de repente y llamó a construir un puente para pasar. Enrique Bello tomó un tablón. Todos los demás hicieron lo mismo. Al cabo de unos cuantos minutos el puente existía. Tomaron el féretro y con él auestas repecharon la empinada subida. A medida que avanzaban vieron las destrucciones por todas partes. Los zapatos sonaban crujientes porque el caminito estaba tapado por vidrios rotos. Se descubrían los montículos de cenizas a que habían sido reducidos objetos que Pablo coleccionó. Divisaron cuadros, libros semiquemados, abanicos rotos, plumas de aves brillantes arrojadas al barro. Era un helado día de primavera y en todos los niveles de la casa advirtieron los boquetes de las ventanas sin cristales. El comedor parecía bombardeado. De las paredes colgaba una pintura despedazada. En el suelo, restos de lámparas.

Cuando llegaron al living advirtieron las huellas de las botas. Algunos amigos comenzaron con las manos a sacar los vidrios rotos. Matilde se interpuso: "No, Pablo hubiera pedido que dejaran todo igual como lo dejaron los asaltantes".

Colocaron la urna. Matilde depositó un ramo de claveles rojos. Después apareció el embajador Harald Edelstam, con una gran corona. La depositó al pie del ataúd. La cruzaba una larga cinta de moaré azul con amarillo y tenía la siguiente inscripción: "Al gran poeta Pablo Neruda, Premio Nobel. Gustavo Adolfo, Rey de Suecia."

La casa de Isla Negra no fue saqueada, pero sí los infantes de Marina desvalijaron también La Sebastiana, en Valparaíso.

Enrique Bello fue a obtener los permisos para inscribir la defunción y obtener el pase de sepultación. El Registro Civil no atendía. Las funcionarias habían cerrado los libros. En esos días moría una cantidad de gente tan grande que no cabía en los libros. Cuando supieron quién era el difunto, las dos muchachas expresaron silenciosamente su solidaridad, pues, sin decir palabra, reabrieron los libros. Luego preguntaron dónde se haría la sepultación.

—En la tumba de Carlos Dittborn, calle O'Higgins Central, entre Limay y Los Tilos, del Cementerio General —precisó Bello.

En vista de que Neruda no podía ser enterrado en Isla Negra, como había sido su reiterada voluntad, Adriana Dittborn ofreció a Matilde la tumba de su familia.

Aparecieron en la casa unos jóvenes comunistas, que trabajaban en la editorial Quimantú, situada cerca, y donde en esos momentos la tropa guillotinaaba millones de ejemplares de libros. Dijeron: "No saquen fotos, por favor. Vamos a rendirle un homenaje a Neruda con una guardia de honor". Mientras duró la ceremonia nadie sacó fotos. Pero cuando terminó el Embajador de Suecia instaba a viva voz a los periodistas: "Saquen fotos, fotos y más fotos, con todas las destrucciones, para que el mundo sepa".

A la entrada de la calle Márquez de la Plata se había apostado un autobús con carabineros. Se llamó por teléfono a la Comisaría. Habló Matilde. El oficial le dijo: "Señora, es sólo para darle protección a usted y al señor Neruda".

187. *Convidados de piedra*

Seguía llegando gente. Se vio a los embajadores de México y de Francia saltando entre el barro y el agua, sorteando obstáculos, para llegar al cuadro insólito de esa pieza saqueada donde se velaban los restos del poeta. Parecía una escena filmada en la guerra. De súbito, alguien vio a un anciano, seco, sarmentoso, como encogido, escondido detrás de anteojos oscuros, traje negro, mirando alrededor como a hurtadillas, como si no entendiera nada de lo que pasaba. Él había prestado dinero a un Neruda de diecinueve años para sacar su primer libro, y también había abogado desde sus artículos por la caída de Allende, porque odiaba cuanto olier a "comunismo". Pero Alone, en ese

momento, miraba como confundido lo que sucedía. Tal vez no era el triunfo que esperaba.

Aída Figueroa descubrió al cantante y escritor Patricio Manns. Le preguntó por qué se exponía de esa manera, tomando en cuenta lo sucedido con Víctor Jara, asesinado días antes. Era la hora de la muerte general. Y los que no habían sucumbido tenían que ocultarse.

Saltando charcos llegan Radomiro Tomic, Máximo Pacheco, Flavián Levine.

Virginia Vidal, que estuvo presente como periodista en la entrega del Premio Nobel en Estocolmo, contempla a Neruda a través del cristal de la urna. Los párpados están cerrados, pero en los gruesos labios se dibuja una sonrisa. Recuerda las preguntas de los periodistas cuando bajó del avión en Estocolmo. "¿Cuál es su objeto predilecto?" "Los zapatos viejos." "¿Cuál es su palabra favorita?" "La palabra amor." Ahora yace allí, rodeado de ruinas y de gente que se juega la vida por acompañarlo. El Árbol de la Vida, esa maravilla del arte popular mexicano, está hecho trizas. Virginia recoge de él una pequeña virgen de arcilla. Las telas de los pintores primitivos chilenos han desaparecido de los muros del comedor. Después las encontrarán en el canal, podridas por efecto del agua.

También llegaron los extraños visitantes hasta el dormitorio. Allí lo único que se salva de la destrucción es la chimenea con campana de bronce y las letras grabadas y unidas P y M. Han roto la cama. El colchón, desventrado, registra el fango dibujado por los bototos militares.

En el tercer plano, en la biblioteca y el cuarto de trabajo de Neruda, oculto por el ramaje, todo huele a papel quemado. Roberto Parada sostiene en la mano y lee el título de una portada desprendida y chamuscada: Miguel de Unamuno, *Del sentimiento trágico de la vida*. Plancha el papel con la mano. Le asoman unas lágrimas. Lo guarda en el bolsillo. El reloj, alto como una persona, instalado en su antiguo pedestal, también ha sido herido. Le arrancaron los péndulos y las pesas. No tiene punteros.

El frío entra por las ventanas sin protección. La vecina Queta Quintana propone a Matilde que vaya a comer algo caliente a la casa. "No." Ella seguirá allí, ése es su puesto. La tarde de septiembre está fría. De repente Matilde dice: "Ahí vienen. No los recibire". Sube los escalones que conducen a su alcoba y cierra la puerta estruendosamente. Pero antes le ha dicho a Aída Figueroa: "Conversa tú con ellos". Allí están avanzando. El

terreno no es apto para paradas militares ni pasos de ganso. Pero penetran, tanto civiles como uniformados, militares y carabineros. No se quitan los cascos ni las gorras. Visten camuflados, con uniforme de campaña algunos de ellos, pantalones y casacas con manchas pintadas; ésas que los cubanos bautizaron metafóricamente como la ropa de los gusanos. Uno se presenta como edecán del general Pinochet. "Quiero hablar con la viuda y familiares del gran poeta Pablo Neruda, gloria de las letras nacionales, para expresar las condolencias..." Corta la frase. Luego pregunta: "¿Dónde está la viuda? ¿Dónde hay un pariente del señor Neruda?"

Responde la voz impetuosa de Chela Álvarez: "Todos los presentes somos familia de Neruda. ¡Exigimos respeto a nuestro duelo!"

El edecán repite casi textualmente las palabras ya dichas. Pide hablar con la viuda.

Aída Figueroa le responde: "La viuda está reposando y no lo recibiré". Les pide pasar al comedor. Caminan a tropezones en medio de los restos de libros, cuadros, quinqués, organillos rotos. El que hace de jefe torna a decir: "Venimos a darle las condolencias a la viuda".

El portavoz militar está confundido:

—Esto no lo hemos hecho nosotros.

—Es curioso —responde Aída—, pero no han robado nada.

Después los lleva al escritorio de Neruda. Les muestra el reloj destripado, con la marquetería acribillada, las cuerdas rotas, el péndulo saltado. La vieja dama de un cuadro muestra un cuchillo ensartado en uno de los ojos y desde allí se extiende la rasgadura. Después les enseña algunas de las cosas sacadas del canal, que comenzaban a formar una pequeña montaña. El oficial de nuevo, vuelve a su estribillo: "Queremos dar la condolencia..."

Chela Álvarez les dice: "En estas ruinas que ustedes han dejado estamos velando a Neruda. Queremos respeto y tranquilidad para rendirle el último homenaje, y garantía para que esta noche podamos estar en paz".

El oficial sostiene que "el Ejército de Chile es respetuoso con las glorias nacionales".

Siguen sacando del canal más cosas: bandejas, cerámicas, cuadros rotos, piezas de vajilla.

El oficial anuncia que el Gobierno decretará duelo oficial de tres días por la muerte del poeta y que éste empezará a regir

desde el día del fallecimiento. El anuncio oficial se hace el día de los funerales. Así decretan un duelo retroactivo de tres días, pero que termina un par de horas después de la comunicación oficial. Nadie se ríe. Nadie grita. Nadie llora. Todos los miran con expresión petrificada. Se marchan como perros apaleados.

Más o menos simultáneamente con el decreto de duelo oficial aparece también la información oficial en que se dice que una banda infantil, capitaneada por un niño de diez años de edad, es la culpable de la destrucción de la casa del poeta Pablo Neruda.

188. *El cortejo*

Se acerca el toque de queda y la gente tiene que partir. Para el velorio sólo se quedan nueve personas: Matilde, Laura Reyes, el matrimonio Cárcamo, parientes de Matilde; Aída Figueroa, Elena Nascimento, Juanita Flores, Queta Quintana y Hernán Loyola, quien había ido a su casa a fin de buscar algunas frazadas y volvió antes de las ocho, hora en que comenzaba el toque de queda. En la casa no había nada que pudiera abrigarlos. Parecía realmente la casa de la muerte. Pero también todo despedía una sensación fuerte de dignidad.

Matilde trata de dormir algo. Antes de dos horas está otra vez en pie. Se mantiene el restó de la noche junto a Neruda, mirándolo.

A la mañana siguiente, cuando se levanta el toque de queda, comienzan a llegar escritores, políticos, universitarios, obreros, mujeres pobremente vestidas, con el drama pintado en la cara.

Hay que marchar hacia el cementerio. De nuevo se plantea el problema. ¿Cómo sacar la urna? Lo intentan por la puerta cochera. Es una maniobra que requiere gran esfuerzo e ingenio. Cuando asoman a la calle Márquez de la Plata, los reciben los primeros gritos de aquel día. Una voz exclama: "¡Camarada Pablo Neruda!" Todos los demás contestan en coro: "¡Presente!".

Es un grito de obreros y estudiantes, pero hay otra gente que oculta rostros aviesos tras anteojos negros. Al desembocar junto a la plazuela que está al pie del Cerro San Cristóbal, ubicada a unos cincuenta metros de la casa de Neruda, los esperaba un puñado de personas que se sumó al cortejo.

En ese momento el funeral se convirtió en un pequeño desfile inverosímil, porque toda esa gente enfrentaba a la muerte, que estaba rodeándola, mirándola por los ojos de los camiones llenos

de soldados, que apuntaban con sus metralletas. Nadie en el desfile miraba hacia el lado. Todos miraban hacia adelante. En la esquina se encontraron con una mujer que lloraba. Se tapó la cabeza con un pañuelo negro y se introdujo entre las filas. La policía se movía en una y otra dirección, tal vez desorientada, sorprendida de que se hubieran atrevido a formar una columna. Los carabineros en motocicletas daban la impresión de que iban a atropellar el cortejo; se alejaban y regresaban. Cuando pasaron frente a una estación eléctrica, se encontraron a boca de jarro con una compañía de "boinas negras", en posición de apuntar sus fusiles contra esa procesión fúnebre que ya formaba una multitud.

En un momento no bien preciso los integrantes del cortejo comenzaron a mirar hacia los lados, detrás de los carros llenos de militares que apuntaban con sus armas. Miraban hacia las ventanas. Allí se encontraban con ojos que los escudriñaban atónitos de hito en hito. Ya esa pupila fija era un acto de presencia y una muestra de valentía. Como lo era la agitación de un visillo que delataba a una persona que estaba contemplando el paso del cortejo. En otras ventanas de la calle Purísima o de la avenida Perú, la manifestación era más evidente: una mano que saludaba o la ondulación de un pañuelo. Otros, un pequeño ademán. Cuando empezaron a transitar por Santos Dumont hubo gente que comenzó a bajarse de los autos para engrosar el desfile. Alguien, como un sacerdote que abre la Biblia en una misa, abrió un libro de Neruda y comenzó a leer en voz alta: "Generales/ traidores./ Mirad mi casa muerta./ mirad España rota... Chacales que el chacal rechazaría..." Era *España en el corazón* en manos del Presidente del Sindicato Quimantú. Otros no necesitaban consultar libros. Sabían poemas suyos de memoria y comenzaron a recitarlos.

Al llegar a la avenida La Paz, de repente alguien aventura tímidamente los primeros sonos de la canción prohibida: "Arriba los pobres del mundo, de pie los esclavos sin pan..." Otra voz acompaña. Luego se apaga. Pero el canto comienza a resurgir en diversos puntos de la columna. Luego todos parecen cantarlo como un murmullo. Un muchacho cojo se lanzó de súbito a recitar de viva voz versos de Neruda. El funeral se había convertido en una muchedumbre. Muchas mujeres traían flores. Cuando pasaron frente a la morgue, que estaba repleta hasta los topes con cadáveres de "N.N.", había mucha gente esperando.

En la fila caminaba una mujer alta, de pelo castaño, ojos azules, con el semblante pálido, el paso tembloroso, afirmada en

dos amigas. Una de las que la apoyaba gritó a todo pulmón algo que era como la voz del escalofrío.

—Compañero Víctor Jara...

—¡Presente!

—Compañero Víctor Jara...

—¡Presente!

—Compañero Víctor Jara...

—¡Presente!

—Ahora...

—¡Y siempre!

La mujer a la cual sostienen permanece muda. Es la bailarina Joan Turner de Jara, la viuda de Víctor, cuyo cuerpo ella rescató personalmente de esa morgue frente a la cual pasa en este instante.

Rodeando la plazoleta del Cementerio General hay carros blindados y *jeeps* con soldados. Al entrar al camposanto se deposita el ataúd en una plataforma rodante. En ese momento todos están cantando "La Internacional". Más que cantarla, la lloran, es como un gran sollozo. Uno que no está de acuerdo con la quejumbre, abre un libro de Neruda para subrayar con aire desafiante: "Aquí tenéis/ como un montón de espadas/ mi corazón/ dispuesto a la batalla."

Cuando atraviesan las anchas puertas del cementerio, alguien grita un lema esperado, un nombre:

—¡Salvador Allende...!

Todos responden a coro:

—¡Presente!

Las voces rebotan en la cúpula y vuelven con un eco:

—¡Presente!

La gente volvió a cantar "La Internacional", con el puño en alto, sin recato. La cantaban todos, incluso los que no la habían cantado nunca, los que no la sabían y la entonaban con un susurro. Pocas veces, en medio de la muerte que acompañaban y que los cercaba, ese himno había alcanzado tan trémula intensidad. Era un canto a la vida y un himno de protesta contra todo lo que estaba sucediendo.

Los soldados miraban estupefactos, desconcertados. Les costaba dar crédito a sus oídos. En la multitud muchos creían que de repente sonaría una descarga.

De nuevo, la voz: "Compañero Pablo Neruda..." Y la respuesta: "¡Presente!".

Pero de improviso, el grito volvió a cambiar. Se oyó: "¡Compañero Víctor Jara!". Y la respuesta de todos fue: "¡Presente!".

Hubo un silencio y aquel que hacía de portavoz exclamó con voz estentórea: "¡Compañero Salvador Allende...!".

Le contestó algo así como un alarido colectivo, un "¡Presente!" donde se encerraba toda la adhesión hacia el Presidente caído, todo el furor contra los asesinos, toda el ansia de justicia, toda la conmoción del momento, toda la pena por Pablo y por todos los muertos, todo el temor de caer ellos mismos. Era el minuto preciso en que había que derrotar el pánico, suspender el miedo. Y por eso volvieron a cantar y a llorar "La Internacional". Tal vez se sentían vagamente protegidos por la presencia de varios embajadores y de periodistas extranjeros.

189. *¡Hasta luego!*

Ya dentro del cementerio, el cortejo tuvo que detenerse. Se habló de trámites. Luego reemprendió la marcha por las calles interiores, circundadas por árboles y tumbas. El periodista Luis Alberto Mansilla se encontró con el profesor Alejandro Lipschütz, a quien Pablo llamó "el hombre más importante de Chile". El sabio acababa de cumplir noventa años. Y había ido a despedir a su amigo con el cual intercambiaba flores y poemas, y le enviaba traducciones de Ovidio que él hacía directamente del latín. En sordina le confidenció a Mansilla:

—Anoche tuve visitas inesperadas.

Allanaron su casa de la calle Hamburgo. Lo tuvieron encerrado toda la noche en un cuarto junto con su esposa, Rita, de la cual él en sus días de cumpleaños se complacía en recordar que era una mujer mayor que su marido. Pusieron la casa patas arriba. Buscaban armas y sobre todo a Luis Corvalán. Tenía un parque tan grande como su casi vecino Pablo Neruda, cuando vivía en Los Guindos, pero mucho más cuidado por la mano de una jardinera primorosa, doña Margarita. Con chuzos y palas removieron todo. Después subieron a la biblioteca, una de las más ricas de Chile. Destruyeron papeles, robaron reliquias.

El profesor Lipschütz tenía una facha de nigromante medieval y le dijo, como un ser que había acumulado toda la experiencia del mundo y estaba muy atento a las lecciones de la historia:

—Esta gente no es eterna... He visto mucho. El fascismo hizo lo mismo en Europa y ya ve cómo terminó.

De repente el cortejo comenzó a correr. Era una muchedumbre desordenada donde todos querían estar lo más cerca de la

tumba para poder ver con sus ojos la sepultación. Y así casi inconscientemente todos, incluso Matilde, iban a la carrera. También los que llevaban el féretro apuraron el tranco. Todos se sentían atacados por la prisa.

En esa ceremonia de la despedida final no hubo nada programado. Alguien leyó unos versos del *Canto General*. Un muchacho obrero dio lectura a un poema que él había escrito de seguro la noche anterior. Imágenes que buscaban desesperadamente decir lo que estaba sintiendo no sólo él, sino toda la gente que asistía a los funerales y la que no estaba presente. Chela Álvarez, antigua actriz, sacó de nuevo la voz, recitando versos que había dicho en vida del poeta, incluso en su presencia.

Frente a la multitud había un alto mausoleo, grande como una casa, desde cuyo techo numerosos fotógrafos registraban la imagen de cada uno de los presentes. Todos pensaron que inevitablemente allí estaba retratándolos el ojo policial.

La última "Internacional" se canta cuando el féretro es colocado en el mausoleo. Es un himno más tranquilo, que despide un aire de adiós o de hasta luego.

Ahora había que pensar cómo salir del cementerio, que podía ser una ratonera. Corría el rumor: "Afuera están deteniendo". Consejos: "Hay que salir por atrás. Por el lado de Recoleta. Irse rápido, no pararse en la puerta". Los corresponsales extranjeros comunicaron que saldrían primero para constatar si arrestaban. Surgieron de pronto por primera vez después del golpe, que se había asestado dos semanas antes, pequeños equipos de seguridad, que iban haciendo de guardia protectora de las personas más buscadas.

En la rotonda fuera del cementerio había carros con militares, las metralletas apuntando. Observaban la salida de la gente, pero no se movieron.

Ese funeral fue la primera manifestación que se hizo en Chile contra los que asaltaron el poder el 11 de septiembre de 1973. Otro mérito del poeta. Seguía combatiendo después de muerto.

190. *Sucede que voy a vivirme*

Neruda no duró mucho en el mausoleo de la familia Dittborn. Hubo amenazas del régimen, presiones. Se repitió con él la historia que contó en "La copa de sangre", cuando tuvieron que trasladar de tumba a su padre, en el cementerio de Temuco.

Ahora hubo que sacar ese ataúd, donde empezaban a insinuarse los hongos, pero del cual no salieron esos hectolitros de agua de lluvia que cayeron del ataúd (sino del cuerpo de su padre), en esa hora de cambio de la morada definitiva. Matilde y unos cuantos amigos realizaron el traslado. Neruda fue a dormir en un modesto nicho incrustado en el muro de los muertos de septiembre. Al fin y al cabo, le correspondía. Estaba allí con sus compañeros de nombre conocido o simplemente anónimos. Pero todos habían caído en el mismo mes y por la misma causa.

La junta dictó una resolución declarando Isla Negra un peligro para la seguridad nacional. Decretó su confiscación. Ante un repudio que vino de cien países del mundo y algunas voces que se alzaron en el interior, agregó una frase. Esa propiedad pasaba a manos del Gobierno, pero mientras Matilde Urrutia viviera, podía mantener su usufructo. Y nada de cumplir con la voluntad del poeta estampada en diversas disposiciones de sus libros: ser enterrado en Isla Negra.

La bandera nerudiana fue tomada en sus manos por Matilde Urrutia. Decidió ceñir su vida a una ley suprema: ser fiel al espíritu de aquel hombre, imaginar en cada situación lo que hubiera hecho de estar vivo y participar de lleno en las causas que fueron las de su marido. Lo hizo con gran coraje y con viva inteligencia. En Chile ella fue símbolo de un sentimiento compartido por millones. Porque al fin y al cabo Neruda no es sólo Neruda. Es todo aquello por lo cual luchó firmemente hasta el último día de su existencia.

Matilde, tía de desaparecidos, se encadena junto a otros familiares a las rejas del Congreso Nacional, preguntando: "¿Dónde están?". Detenida durante horas en lóbregas comisarías, a pesar de que su salud experimenta quebrantos, está en todos los actos, trabaja en el Centro Cultural Mapocho, patrocina la creación del Movimiento Democrático Popular.

De muchas partes del mundo la solicitan. Ella tiene dos fechas sagradas en las cuales prefiere no salir del país: los 12 de julio y los 23 de septiembre, aniversarios del nacimiento y de la muerte de Pablo.

En Isla Negra se hacen presentes jóvenes y no tan jóvenes en caravanas. En el día del natalicio las empalizadas que dan a la calle y al camino se cubren con inscripciones. Mensajes, recados, conversaciones con el poeta. Isla Negra es un centro de peregrinación.

El Cementerio General el 23 de septiembre se puebla de gente y de claveles. También de policías. Embisten, cargan, tra-

tan de dispersar la muchedumbre. Matilde está siempre allí, como el hito de referencia de la vitalidad permanente del poeta.

Se niegan sistemáticamente los teatros para recordarlo. Pero el 22 de octubre de 1983, en un país donde las Jornadas de Protesta Nacional habían señalado un gran avance en la lucha por la libertad y la democracia, con motivo del décimo aniversario de la muerte de Neruda se celebró en el teatro Caupolicán un acto de homenaje en tres partes, con título "Chile saluda a su poeta". Participó allí toda la cultura y también el pueblo chileno. Se recibieron multitud de adhesiones desde el exterior, entre ellas de Bengt Goeransson (ministro de Cultura de Suecia), Claudio Arrau, Rafael Alberti, Gabriel García Márquez, Ernesto Sábato, Alberto Moravia, Mario Benedetti, Juliette Gréco, Bernardo Bertolucci, Federico Fellini, Renzo Rossellini, Ettore Scola, Gian Maria Volonté, Mónica Vitti, Vittorio Gassman, Claudia Cardinale, Hortensia de Allende, José Venturelli, Gustavo Becerra, Harald Edelstam, Mikis Theodorakis, Melina Mercouri, Paco Ibáñez, Pierre Galand, Roberto Matta, Miguel Orozco. Colaboraron la Comisión Chilena de Derechos Humanos, la Sociedad de Escritores, el coordinador cultural. La apoteosis se amplificó sobre el mismo escenario cuando fue evocado el ochenta aniversario del nacimiento del poeta.

Coincidimos con Matilde en su vuelta a Capri, el lugar donde nacieron ilegales *Los versos del capitán*. La escuché en Nápoles en el homenaje al setenta y cinco aniversario del nacimiento de Neruda, invitada por el alcalde de esa ciudad, Maurizio Valenzi. Evocó Matilde aquellos días felices. "Allí comenzó a escribir *Las uvas y el viento*, también la primera oda, que fue "El hombre invisible", ahora recitada por todos los poetas chilenos, y es de imaginar —dice— por qué."

La vi de nuevo en Frankfurt-am-Main, en una reunión con escritores en el exilio. En dicha ciudad tomamos juntos el avión para Estocolmo. En el Dramat Teatr se conmemoraba el X aniversario de la concesión del Premio Nobel de Literatura a Neruda. Matilde, en ese sitio de trabajo de Ibsen y de Ingmar Bergman, sobrecogió al auditorio con su reminiscencia personal de aquellos días tan lejanos, tan hermosos, tan distintos del drama que un año después envolvería al poeta y a todo el pueblo. Me correspondió decir algunas palabras de justicia hacia esa mujer que hacía flamear el estandarte, el pez nerudiano en medio de la noche.

En 1983, la máxima organización cultural, la UNESCO, en su teatro, rindió tributo a la personalidad y la poesía de Pablo Ne-

ruda. Marcel Marceau, el mimo universal, que por principio y oficio jamás acompañaba sus actuaciones con palabras, rompió su silencio y dijo algunas frases que el representante de la Unesco, sentado a mi lado, comentó en un cuchicheo: "Esto es un acontecimiento mundial. Nunca Marcel Marceau ha hablado en escena". Dijo muy pocas palabras: "Hace unos cuantos años actué en Chile en presencia de Neruda. Ahora lo hago ante su viuda. Quiero representar una obra que tiene cierto significado actual para el país de Neruda y de Matilde: La jaula". En ella, sin abrir los labios, decía todo lo que debía hacer el hombre prisionero para salir del calabozo.

Matilde se convirtió en una figura iluminada sobre el escenario en medio de la sala oscura. Contó lo nuevo que estaba sucediendo en Chile y cómo Neruda y la poesía eran armas relucientes en manos de multitudes cada vez mayores. Un gigante, que ocupaba el asiento vecino, se incorporó lentamente, cuan largo era, trepó los peldaños que conducían al escenario y habló sobre "ese sonriente guerrero". Era su amigo, el que en su visita a La Manquel me preguntaba: "¿Cómo está la salud de Pablo?". Yo esa noche no le pregunté al hombre de casi dos metros, con cara de niño bondadoso, cómo estaba su propia salud. Me tocó después pronunciar algunas frases. Volví a mi asiento. Me despedí del larguirucho de ojos azules y piel tensa con un abrazo afectuoso. No sabía que era la última vez que vería al admirable y generoso Julio Cortázar.

Al día siguiente, el Presidente de Francia y madame Mitterrand reciben a Matilde en el Palacio del Elíseo. Le piden que vaya con cuatro amigos. Ella me inscribe en la lista. Y tengo, por tanto, ocasión de ver la expresión de asombrado interés con que los anfitriones escuchan cómo sobrevive un poeta, lo que sucede en Chile, lo malo y lo bueno. Y cómo la resistencia va creciendo.

Matilde parte de regreso. Siempre está haciendo su tarea: mantiene viva la herencia nerudiana, traduciéndola cada día a una realidad nueva.

191. *Postdata*

Hernán Loyola dedicó su estudio "Pablo Neruda, el espacio fundador"⁵⁷ a la memoria de Laura Reyes, la hermana que conservaba desde la infancia los cuadernos escolares del poeta y

que siempre le acompañó desde la lluviosa provincia hasta ese segundo final en que él dijo: "Me voy, me voy". Ella no lo sobrevivió. Había como perdido la razón de existir.

Quien lo sobrevivió largamente es Delia del Carril. Cuando se conmemoraron los ochenta años del natalicio de Neruda, ella cumplió cien. En su silla de ruedas se seguía moviendo por la casa de Los Guindos, entre caballos gigantes y desorbitados, entre fugas y vacíos de la memoria, sumergida en el reino de las brumas de la arterioesclerosis, en una senilidad que no excluye los intervalos lúcidos ni los dichosos momentos en que ella cree que Pablo está vivo y a su lado. En cuanto a lo primero, de algún modo tiene la razón.

Por mi parte, con ese chaquetón nerudiano he resistido hasta ahora once versiones sucesivas del gran invierno ruso. La larga *dublionka*, forrada en chiporro patagónico, sigue prestando servicios. Está vieja, pero no acepta la jubilación. Se niega a ser pieza de museo, como aquel que me la regaló como un adiós.

Neruda vivirá mientras viva su poesía. Pero por lo que se conoce, por toda la odisea y la parábola ya descrita, no es aventurado concluir que no necesitaba confesar que había vivido, porque éste era un secreto a voces.

12 de julio de 1984

192. *Seis meses después*

Los libros tienen su destino y a veces sus aventuras.

Pese a la prohibición de ingreso a Chile, éste, de todos modos, debía hacer su viaje de Ulises, retornar a Santiago, entre otros motivos, porque tenía una cita con una moribunda.

En cuanto apareció la primera edición, noviembre de 1984, despaché desde Madrid tres ejemplares para Matilde Urrutia, que debían llegar a sus manos de contrabando, a través de correos personales, secretos y distintos. Se trataba de una carrera contra la muerte. La sabía enferma irremediable.

Aquí interviene una difusa ley de las afinidades amorosas. Como a Pablo, la devoraba veloz el cáncer. Deseaba yo procurarle ojalá una última pequeña alegría con esta obra sobre el poeta, que también a ella le pertenecía, entrañablemente.

Cada día que pasaba sin tener noticias de Matilde —quien se consumía a quince mil kilómetros de distancia— trataba de ave-

riguar sobre su estado y me preguntaba si aquellos volúmenes furtivos habrían llegado a su destinataria. Y si así fuese, surgía la segunda interrogación: ¿su mal tan avanzado le permitiría leer el libro o por lo menos echarle una mirada?

Me llegó la noticia de su fallecimiento el mismo día de ocurrido por un telefonazo, que hizo puente en una capital europea. Con su partida se cerraba un nuevo círculo de las vidas nerudianas.

Una semana antes Matilde hizo llamar a la actriz y ex embajadora en Vietnam, María Maluenda, y a su amiga Quena Horwitz, quien junto a su marido, la acompañaron cuando se internó en el Hospital Cochin, de París. Era sólo ojos, puros ojos. Lo demás se reducía a pies y huesos. ¿Qué quería decirle? Fue derecho al grano: deseaba morir como Pablo y tener funerales útiles. Subrayó la palabra: *nosotros*.

María quiso desviar el tema; le preguntó si conocía el libro *Neruda*. Empeñada en hablar de cualquier asunto que no fuera la muerte, le contó que ella lo había leído en un ejemplar incompleto, con pliegos en blanco. Pertenece a Claudio, quien viajó, junto a los editores y conmigo, una mañana con sol de principios de invierno, en un pequeño automóvil desde Madrid hasta el pueblecito de Fuenlabrada, donde funcionaba la imprenta. Cuando llegamos, las máquinas trabajaban en el tiro de la obra y dos maestros en overol se afanaban por dar el tono exacto a los colores mezclados de la portada. En la emergencia se armó un ejemplar incompleto, con la tapa sin barnizar y la goma fresca, porque Claudio no quería partir esa tarde de España sin llevarse el libro. En Chile cayó en manos de María y Roberto, personajes que entran y salen de sus páginas como si fuera su casa.

Matilde contestó con un gesto afirmativo.

—Aquí tengo un ejemplar completo. Se lo prestó a María como una contraseña.

—Ven a verme de nuevo —le agregó—. Y que este libro te sirva de abre puertas. Muéstralo abajo y sabrán que puedes pasar sin mayor consulta.

Noches más tarde un joven secretario de Matilde, el poeta Gustavo Becerra, llegó muy angustiado a la casa de María y Roberto.

—Ella se está muriendo —susurró.

Quena Horwitz propuso partir de inmediato a La Chascona. Pronto empezaría el toque de queda.

—Esperemos la mañana —dijo María.

Cuando llegaron no tuvo necesidad de mostrar el libro como santo y seña. Matilde ya se había marchado. Murió en la madrugada. Estaban en casa su hermana Ángela, una sobrina, personal de servicio. María telefonó a Radio Chilena. Ésta agradeció la primicia. Eran las diez de la mañana.

Tres días más tarde un amigo común me llamó desde París. Vio a Matilde en su miércoles postrero. Ella le contó que había recibido los tres ejemplares por conductos separados. Creo que fue el último libro que leyó. Luego, agregó: "Yo le hubiera contado a Valentín muchas otras cosas..." Sin embargo, no se llevó sus secretos a la tumba. En sus días de agonía sacó fuerzas de la desesperación para escribir sus memorias, que cuentan sobre todo la historia íntima de un gran amor.

A ella, humanidad de tamaño discreto, a ella que era fina y no tenía las piernas torcidas, él le dio un nombre más, que prevaleció sobre todos los apodos que le puso el poeta: Patoja. Alguna vez Neruda escribió para su Patoja: "Dos amantes dichosos hacen un solo pan,/ una sola gota de luna en la hierba,/ dejan andando dos sombras que se reúnen,/ dejan un solo sol vacío en una cama".

Así el sábado 5 de enero de 1985, a la tres de la mañana, en La Chascona, se le quebró al poeta su caballito de greda negra, voló su paloma del crepúsculo por el camino en dirección única, se le rompió la alcancía con lágrimas derramándolas sobre el mundo. Y se fue a dormir con él en un nicho contiguo al que ocupa Neruda, en el número 44 del patio México, en el Cementerio General de Santiago. Nos dijo adiós a todos, Matilde Patoja, su bienamada. Menos a él quizás. ¿Acaso Neruda no había escrito que "dos amantes dichosos no tienen fin ni muerte... tienen la eternidad de la naturaleza"?

193. *Seis años después*

Mi vida junto a Pablo Neruda, que apareció publicado por Seix-Barral en noviembre de 1986, empieza por el final: el golpe de septiembre de 1973, la muerte y el funeral del poeta, tomados más tarde como pretexto y soporte literario por José Donoso para enmarcar su novela *La desesperanza*. Hay un angustioso y solitario retorno de Matilde a Isla Negra. De allí la máquina del tiempo la devuelve a sus primeros encuentros, a los cuentos de su vida, a las ciudades del amor, a los retornos furtivos, a sus

días de mujer sola, a los viajes por el mundo y sus reintegros a Isla Negra. En sus 250 páginas contará algo de lo que se sabe y mucho de lo que se ignora sobre esta relación. Pero también es la vuelta a los deberes del *post mortem*, cuando ella asume como propio el capítulo de los “secuestrados y desaparecidos” a manos de la dictadura, entre los cuales figura un sobrino suyo. Lleva a Pablo adentro. ¿Pero cómo era Pablo por dentro? “Pablo era muy poco secreto...”, explica. Matilde termina: “Tranquilo amaneció ese día 11 de septiembre de 1973...” Ese día que adelantó la muerte para él, para ella, para tantos.

En 1989 se cierra el círculo de las mujeres nerudianas. Hablamos de las capitales.

El 26 de julio, de madrugada, cuando la Hormiga se descarga el peso del mundo, hace tiempo que Delia es ya pura ausencia y ni siquiera sabe que espera la muerte. Ha olvidado todo, incluso su infancia en San Juan. Tal vez lo último que se borró de su memoria fueron los caballares de la Hacienda “Polvaredas”. Y quizás lo primero que se tragó la amnesia fue una inscripción en letras plateadas: “Surco de mi arado, Oro cosechado”, grabada en el escudo de armas de la familia del Carril. Se desvaneció pronto porque no le gustaba recordarla y ante nadie se jactó de aristocracia. Hace tiempo que había ahogado en el pozo, en el tiempo —el mejor asesino—, a su primer marido, el loco lindo, Adam Diehl Algeth, virtuoso insoportable sádico, verdugo encantador y maldito sea. Se le esfumó muy rápida la definición que al verla hizo de ella Miguel Hernández: “La de los ojos boquiabiertos”. Todo se ha hecho polvo de “las polvaredas” en su cabeza. Y si alguien pronuncia a su lado la palabra “Pablo” no le dice nada ni tampoco las líneas de esa carta que en enero de 1935 Neruda envió a su corresponsal argentino Héctor Eandi: “Vivimos en una casa con seis metros de balcón, muy alta con vista a las sierras y a la nieve de Guadarrama. Vive con nosotros una argentina, Delia del Carril (hermana de Adelina) muy simpática y profundamente buena”.

Ya en su corazón no hay furias ni hay penas. Ni escapadas a una relación cruzada por reminiscencias de borrascas. No le pasa ya por la mente esa carta-súplica que recibió hace más de cincuenta años: “Hormiguita adorada: No sé por qué te vas a quedar por meses en Barcelona. Tú tenías planes... Dejé a Maruca. La situación está arreglada con su ida... Estoy en un hotel muy viejo frente al viejo puerto, miro cada mañana los veleros. Qué bien estaríamos juntos!... Me he cortado las uñas

por primera vez solo...! También quiero que me compres un barquito que vimos con Manolo Ángeles, vale 35 pesetas... Lo necesito con urgencia porque vivo en el Hotel Náutico. Te abrazo con todo mi corazón y te quiero cada día, espero verte que es lo único que quiero. Pablo”.

Todo se había fundido en la nada. Rosita Callejas, que la atendió en sus últimos tiempos con tanto mimo y delicadeza, no la sintió marcharse de madrugada. Se fue montada en sus caballos a los 104 años. Los seguirá cabalgando en los muros y los sueños de los otros, aunque una mañana de ese mes frío la acompañáramos hasta el fuego final del crematorio.

Adiós, Delia.

Adiós, esquiva, inasible Albertina, con tu cara mapuche inescrutable y tus eternamente blancas colinas donde crece la araucaria araucana. Adiós, hembra desconcertante, a la cual el poeta regaló una personalidad de fantasía. Murió en noviembre del 89. ¿Pero es verdad que se fueron todas las mujeres de su vida? Existe la certidumbre que aún restan viejas Helenas en varias ciudades de Chile o del globo. Cuentan a sus nietos que un día el poeta... O tal vez lo callen, pero lo rememoran por las noches, a solas.

Y más de un suspiro arranca todavía en alguna parte a una joven que ya entró en la edad madura.

Se sabe que sus versos de amor siguen sirviendo como instrumentos de trabajo a ciertos seductores.

El hombre que fue es y seguirá siendo. Porque el gran seductor, feo e irresistible, no ha muerto.

194. *De vuelta a casa*

Poeta de siete vidas y tres sepelios, se preparó para la prueba. Dijo que “todos los días hay que darse un baño de tumba”. Previó esos baños pero no los trasladó. Raro, porque tenía experiencia en la materia. Recuérdese que allá por el 38 asistió en el Cementerio de Temuco al cambio de sepultura de su padre, quien pidió yacer junto a la madre. Pudo serle infiel en vida, pero no en la muerte. (Me repitió varias veces una historia que le encantaba. En un cementerio del sur, del fin del mundo, donde hacía mucho frío, un hombre mandó a construir una tumba de cemento en forma de cama de dos plazas para compartir la eter-

nidad con su esposa. Ella murió primero. Él volvió a casarse y hubo problemas para transformarla en cama de tres plazas. Terminaba el cuento con un... y así sucesivamente.) Quizás la idea simbólica de permanecer juntos, de ser uno en huesos, influyó en el hijo, quien expresó por escrito su deseo de reposar en definitiva al lado de una mujer que quiso y en la misma casa donde ambos habían vivido. Hizo el encargo a gente de confianza: "Compañeros (lo pidió en sus "Disposiciones" del *Canto General*, enterradme en Isla Negra./ junto al mar que conozco,... Abrid junto a mí el hueco de la que amo, y un día/ dejadla que otra vez me acompañe en la tierra".

No somos nada más que una veintena los que el 11 de diciembre de 1992 estamos a la espera mientras los panteoneros practican incisiones en un par de nichos. Cuando se colocan los dos féretros en una especie de catafalco todos guardamos un minuto de silencio inevitable. Los discursos se abrevian por la prisa del trámite. Atardece. Suben los ataúdes al furgón funerario y nos incorporamos al cortejo que atraviesa la ciudad de los muertos, hasta la puerta de San José. Ya en la calle lo vertiginoso de la carrera hace imposible a los transeúntes y al público estacionado participar en la despedida.

■ En vista que la Universidad de Chile rechazara la petición de que Neruda fuera velado en su Casa Central (Gabriela Mistral en este trance fue más afortunada), se instaló la capilla ardiente en el Salón de Honor del antiguo Congreso. El palacio de estilo francés, del siglo XIX, podía recibir dignamente a quien, amén de poeta, fuera senador y embajador en Francia. Al día siguiente, el espacio se pobló de adioses. El Coro Ars Viva entonó una música que venía de siglos anteriores. Preludió el último tramo del viaje.

■ Eran pasadas las cuatro de la tarde cuando partió el cortejo rumbo a Isla Negra. Atravesó con celeridad los populosos barrios del surponiente de la capital. Al entrar al viejo camino, que el poeta acostumbraba recorrer en su desplazamiento a la costa, disminuyó la velocidad. En esa fracción despaciosa del trayecto el Funeral Nacional se desplegó a sus anchas. A la altura de Maipú, Talagante, El Monte redoblaron las campanas y se oyó ulular las sirenas. El coche funerario quedó recubierto de flores. Las calzadas se convirtieron en banderitas de papel. Desde Pajaritos, pasando por Melipilla y las bermas de Puangue y Leyda, todo fue una avalancha de carteles, ondulación de estandartes, chaya, nube de pañuelos nostálgicos. También salieron a airearse amarillentos retratos del poeta.

Poco después se sintió el olor a mar. Una pancarta recordó en la costanera de San Antonio al asiduo comprador de merluzas, al poeta cocinero y consumidor consumado del caldillo de congrio. Por Fabres, Los Suspiros, por las calles de Cartagena, en la playa grande, entre San Sebastián, Las Cruces, El Tabo, manos y ojos saludando.

Trasmitida por walkie talkie, se recibe una orden perentoria: ¡Detenerse hasta nuevo aviso! Pregunto en voz alta cuál es la razón. Eusebio Leal, Conservador de la Ciudad de La Habana, historiador que sabe de vetustas y nuevas reglas del protocolo y va conmigo en uno de los automóviles, la interpreta: —Esto quiere decir que el Presidente no está todavía en Isla Negra.

Cuando llegamos el Presidente Aylwin ya estaba allí. Recibió las urnas y encabezó su traslado al peñón. El mar brillaba a plenitud, iluminado por el esplendor de un atardecer de verano. Una orquesta juvenil tocaba la Obertura Egmont. De súbito se entremezcló la música de Beethoven con la voz del poeta, recitando versos del *Canto General*. Luego oímos con interrupciones “Se une la tierra y el hombre”, texto nerudiano y partitura inédita de Fernando García, vecino de Isla Negra, compositor modernísimo, a quien Neruda conoció desde niño.

Una playa enardecida apenas contiene el movimiento de la multitud agitada. El crepúsculo a esa hora del día y del año enciende y cambia de color el cielo en cosa de minutos. A mi lado, el pintor ecuatoriano Oswaldo Guayasamín señala el gentío que se arremolina abajo, formando parte del paisaje. Susurra: —nunca he visto una pintura tan increíble, tan luminosa.

El Presidente comienza a hablar. Se produce abajo una silbatina que se prolonga a lo largo de toda la lectura de su discurso. Algo ha sucedido. Sólo después lo supimos. Desde la mañana la policía trató de desalojar la playa, repleta de familias enteras que llegaron con sus niños. Venían a saludar a su Poeta. Las embestidas de los carabineros a caballo tratando de expulsarlos agotaron la paciencia de los atropellados. Pero el disgusto tenía raíces más profundas.

Estoy a tres metros del Presidente. Un periodista francés, Marcel Niedergang, alude al episodio en *Le Monde* del 23 de abril de 1993. Se refiere a mí diciendo que “he guardado silencio con la cabeza baja. Este incidente —agrega—, informado de manera elíptica por la prensa chilena, ha mostrado que todas las heridas del golpe militar no estaban cerradas”.

Moraleja simple de esta historia: el que la sigue la consigue. Aunque demoró casi veinte años, estaba de nuevo en casa.

¿Cómo es la tumba? No un panteón dedicado a los dioses ni un túmulo de tierra levantado en honor a un antiguo guerrero. Está a tono con sus pasiones, con el sueño del albatros y del viejo marinero. Semeja una proa apuntando a las aguas del Pacífico, lista para penetrar al océano, venciendo los oleajes violentos que al pie de la casa chocan con los arrecifes, cubren y descubren la arena, rugen en su eterno, acompasado ir y venir.

Está emplazada en el mismo sitio donde el poeta, si había buen tiempo, cubierto con su infaltable jockey, se sentaba a escribir en una mesita su cotidiana ración de poesía. Allí trabajó durante miles de mañanas y creó gran parte de su obra. Eran mañanas en que conversaba consigo mismo, con el mundo de los otros, con el océano alucinante, infinitamente solo, que solía traerle el recuerdo de los veranos, de Carahue, del amor en Puerto Saavedra, con su playa vacía.

Sobre el sencillo sepulcro de piedra grisácea se depositan flores silvestres, nacidas entre rocas, cardos de la costa. Se respira un oxígeno suavizado por la fragancia que viene de los pinos.

Concluida la tercera exequia, la pareja queda sola. El badajo junto a la empalizada de troncos cilíndricos ya no golpea anunciando visita; pero las campanas siguen "sonando como sueños o ramas o lluvias, / o bocinas de puerto triste, / si tú soplaras en mi corazón, cerca del mar, / como un fantasma blanco / al borde de la espuma, / en mitad del viento, / como un fantasma desencadenado, / a la orilla del mar, llorando".

Sin embargo no prevalece el llanto. El hombre no permanece ocioso. Sale a vagabundear por los cines, por los caminos, por los textos, por la memoria de tantos. Resucita a diario, cada vez que alguien abre un libro suyo y lee unas líneas para una mujer que está cerca o cita versos en una carta que envía a tierras lejanas. Además siempre tiene quien continúe trabajando para él. "El mar trabaja en mi silencio."

Si se pregunta cuánto tardó Neruda exactamente en su retorno a Isla Negra, la estadística respondería con cierta precisión fría: diecinueve años y tres meses. Transcurrieron más de siete mil días y más de siete mil noches. El país kafkiano, de las exequias dobles, o de los que no tienen ninguna porque están desaparecidos, en este caso tuvo funerales triples.

Muchos niños saben que escribió un *Libro de preguntas*. Pero el cuestionario sigue creciendo. ¿Señor: tiene preparada su carta de presentación para el Tercer Milenio? —Comencé a escribirla en 1923. ¿Con qué nombre? —El que se sabe. ¿Pero quién es

usted? ¿Nefalí, por la madre? ¿Ricardo? ¿Eliecer? “Yo recuerdo el día en que perdí mis tres primeros nombres.” ¿Don Nadie o Don Todos? ¿Cuántas y cuáles fueron sus vidas? ¿Las de un soñador, de un rabelesiano, de un mujeriego (“no hay primer tomo sin mujer”) de un profeta, un ecologista (“avant la lettre”); “un animal de luz acorralado/ por sus errores y su follaje”? ¿Un revolucionario, un constructor de casas, un casamentero, un armador de fiestas y de barcos dentro de la botella? Fui uno que pidió “piedad para estos siglos y sus sobrevivientes” y, con todo, aunque mataran la verdad a palos o a mentiras, fui un esperanzador, uno que dijo “alabada sea la tierra color de excremento. Sus cavidades, sus ovarios sacrosantos/ ...la maldita progenie que hace la luz del mundo”.

Sí. Fue todo eso y seguramente algo más. ¿Pero qué cosa más? Si quieren saberlo, pregúntenlo a su poesía. ¿En definitiva quién es, de dónde viene? “Soy de las viñas negras de Parral,/ del agua de Temuco,/ de la tierra delgada, soy y estoy.” Es el que fue y el que será. Un hombre que está en la cima del promontorio mirando al mar.

Agosto de 1996



9./ Fotografía tomada por Julio Cortázar en la casa de Neruda en Normandía

Notas de la Primera parte

1. *El río invisible*, Seix Barral Editores, Barcelona, 1980, p. 91.
2. Diario *El Siglo*, Santiago de Chile, 3 de diciembre de 1967.
3. *Obras completas*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1957 (tres tomos), Tomo II, *Memorial de isla Negra*. (En las notas posteriores, se cita con las iniciales O.C.)
4. *Ibid.*, II, *Memorial de Isla Negra*.
5. Revista *Aurora*, Segunda Época, números 3-4, Santiago de Chile, julio-diciembre de 1964.
6. *El río invisible*.
7. Revista *Ercilla*, Santiago de Chile, 2 de noviembre de 1954.
8. *El río invisible*.
9. *Ercilla*, N° cit.
10. *Ibid.*
11. *Para nacer he nacido*, Seix Barral Editores, Barcelona, 1978, p. 65.
12. O.C., II, p. 1116.
13. *Cartas de amor de Pablo Neruda*, Ediciones Rodas, Madrid, 1974.
14. *El Siglo*, Santiago de Chile, 11 de julio de 1954.
15. *Cartas a Laura*, compilación y notas de Hugo Montes. Todas las citas posteriores están tomadas del mismo libro.
16. O.C., II, p. 543 (*Memorial de Isla Negra*).
17. *Ibid.*, p. 545.
18. Margarita Aguirre, *Genio y figura de Pablo Neruda*, Editorial Universitaria de Buenos Aires, Buenos Aires, 1954 (pp.110-118: "Cartas a Eandi".)
19. Diario *La Nación*, "Oriente y Oriente", Santiago de Chile, 7 de febrero de 1929.
20. *Para nacer he nacido*, pp. 227-229.
21. O.C., I, p. 180 (*Residencia en la tierra*).
22. *Ibid.*, p. 223.
23. *El libro de las preguntas*. Editorial Losada, Buenos Aires, 1974.
24. Pablo Neruda, *Selección*. Editorial Nascimento, Santiago de Chile, 1943, pp. 305-306.
25. *Pablo Neruda*, Edición de E. Rodríguez Monegal, Editorial Taurus, Madrid.
26. Declaraciones de Neruda a Alfredo Cardona Peña.
27. *Pablo Neruda*.
28. O.C., III, pp. 640-641.
29. O.C. ("Federico García Lorca").
30. O.C., I, p. 255 ("Vals").
31. *Ibid.*, p. 264 ("Las furias y las penas").
32. Anne Chisholm, *Nancy Cunard*. Oliver Orban, París, 1980.
33. O.C., III, p. 651 ("Copa de sangre").
34. *Ibid.*

Notas de la Segunda parte

1. *Para nacer he nacido*.
2. O.C., II, p. 1053.

3. Ibid.
4. Luis Enrique Délano, *Lenin y otros escritos*. Universidad Obrera, México, 1975.
5. "Discurso", en *Tierra Nueva*, Revista de Letras Universitarias, números 9 y 10, México, 1941.
6. Diario *El Nacional*, México, 24 de agosto de 1942.
7. Ibid., 22 de agosto de 1945.
8. *Gaceta de Cuba*, N° 180, La Habana, 1979.
9. Diario *Excelsior*, México, 1 de junio de 1943.
10. Edmond Cross, en *Anales de la Universidad de Chile*, Santiago, enero-diciembre de 1971, p. 178.
11. Revista *Vistazo*, Santiago de Chile, 14 de julio de 1952.
12. *El Siglo*, 12 de julio de 1964.
13. *O. C.*, II, p. 34.
14. Revista *Enfoque Internacional*, N° 31, Praga, julio de 1969.
15. *Humo de pipa*, Editorial del Pacífico, Santiago de Chile.
16. Senado de Chile, Sesión 3ra. ord., Santiago de Chile, 30 de abril de 1945.
17. Ibid.
18. *O.C.*, I, pp. 501-502.
19. Ibid., p. 505
20. *Para nacer he nacido*, p. 289.
21. Ibid. pp. 326-327.
22. *O.C.*, I, pp. 600-601.
23. *Para nacer...*, p. 205.
24. *O.C.*, I, pp. 603-604.
25. Ibid., p. 647.
26. *Vida de un agitador*, Universidad Autónoma de Sinaloa, México, 1982, p. 148.
27. "Un poeta querido por millones de hombres", en *Literatura Soviética*, Moscú, julio de 1964.
28. Dolores Ibárruri, *Memorias de Pasionaria*. 1939-1977, Editorial Planeta, Barcelona, 1984, p. 68.
29. *O.C.* I, p. 479 ("Los poetas celestes").
30. Revista *Hoy*, Santiago de Chile, noviembre de 1979.
31. *Confieso que he vivido*, Editorial Losada, Buenos Aires, 1978 (6ª edición), p. 289.
32. *Para nacer...* p. 109.
33. *O.C.*, II, p. 674.
34. Revista *Ercilla*, Santiago de Chile, mayo de 1969, p. 50.
35. Revista *Zig-Zag*, Santiago de Chile, 24 de julio de 1954, p. 29.
36. Un inventario parcial de quienes han escrito en Chile sobre Neruda surge de la evocación de los números especiales dedicados a su persona y obra por muchas revistas nacionales. He aquí algunas de ellas: *Aurora* N° 3-4, *Segunda Época*, julio-diciembre de 1964 (contiene trabajos de Jorge Sanhueza, Hernán Loyola, Jaime Concha, Giuseppe Bellini, Héctor Agosti, Yamis Ritsos, Luis Corvalán, Rafael Alberti, Homero Arce, Rubén Azócar, Luis Enrique Délano, Julio Escámez, José Santos González Vera, Julio Moncada, Diego Muñoz, Orlando Oyarzún Garcés, Sylvia Thayer, Jaime Valdivieso, Juvencio Valle y el autor de este libro); *Mapocho*. Tomo II, N° 3, 1964 (Guillermo Feliú Cruz, Diego Muñoz, Luis Sánchez Latorre, Hugo Montes, Jaime Giordano, Nelson Osorio, Mario Rodríguez Fernández, Alfonso Escudero, Guillermo Ferrada Partrarieu, Jaime Concha); *Anales de la Universidad de Chile* N° 131, julio-septiembre de 1964 (Mario Rodríguez Fernández, César Bunster, Edmundo Concha, Jorge Sanhueza); *Alerce* (Publicación de la Sociedad de Escritores de Chile) N° 6, Primavera de 1964 (Jorge Sanhueza, Guillermo Atías, Luis Merino Reyes, Benjamín Subercaseaux, Vinicius de Moraes, María Rosa Oliver,

Eugenio González Rojas, Luis Oyarzún, Thiago de Melo, Delia Domínguez); *Pro Arte* N° 157, agosto 1952 (Teófilo Cid, Nicanor Parra, Carlos Vattier, José Miguel Varas, Mariano Latorre, Diego Muñoz, Rubén Azócar, Alejandro Lipschütz, Ángel Cruchaga Santa María, José Santos González Vera, Louis Aragon, Juvencio Valle, Gustavo Mujica, Paul Éluard, Marta Vergara); *Anales de la Universidad de Chile* N° 157-160, enero-diciembre de 1971 (Hernán Loyola, Carlos Santander, Alain Sicard, Federico Schopf, Darío Puccini, Juan Villegas, Cedomil Goic, Edmond Cross, John Felstiner, Jorge Sanhueza, Mario Rodríguez Fernández, Viviane Lerner, Clarence Finlayson, Wilberto Cantón, Louis Aragon, Alfonso Calderón, Hernán Castellano, Delia Domínguez, Jean Marcenac, Waldo Rojas, Hernán Valdés y el autor de este libro); *Hechos Mundiales* N° 60, 1972 (Jaime Concha, Diego Muñoz, Jaime Quezada, Hernán Loyola, Virginia Vidal, José Miguel Varas, Jorge Edwards, Margarita Aguirre); *Taller de Letras* N° 2, Instituto de Letras de la Universidad Católica de Chile, 1972 (José María Caballero Bonald, Gabriel Celaya, Carmen Foxley, Hernán Lavín Cerda, Hugo Montes, Ignacio Ossa, Martín Panero, Mario Rodríguez, Jorge Román Lagunas, Fidel Sepúlveda, Jurgen von Stackelberg, Salvador Allende, Gabriela Mistral, Miguel Ángel Asturias, Vicente Aleixandre, Jorge Guillén, Manuel Altolaguirre, Fernando Castillo Velasco, Fidel Araneda, Nicolás Kunsemuller, Josefina Rodríguez, Carlos Ruiz-Tagle, Adriana Valdés, Ricardo Yamal y el autor de este libro); *Araucaria de Chile* N° 26, 1984 (Julio Cortázar, Hernán Castellano Girón, Francisco Coloane, Humberto Díaz Casanueva, Hernán Loyola, Luis Alberto Mansilla, Osvaldo Obregón, Federico Schopf, Raúl Silva Cáceres, José Miguel Varas y el autor de este libro).

37. *O.C.*, II, p. 237.
38. *Ibid.*, pp. 309 y 335.
39. *Ibid.*, pp. 1135 y 1143.
40. *Confieso que he vivido*, p. 438.
41. *O.C.*, II, p. 1089.
42. *Para nacer...*, p. 219.
43. Ignazio Delogu, "Pablo Neruda en Italia".
44. *O.C.*, II, pp. 1116-1117.
45. *Ibid.*, p. 1120.
46. *Aurora*, N° cit.
47. *Para nacer...*, p. 180.
48. *O. C.*, II, p. 319.
49. *Enfoque Internacional* N° 31, Praga, julio de 1969.
50. Diario *El Mercurio*, Santiago de Chile, 20 de abril de 1969.
51. *El Siglo*, Santiago de Chile, 13 de julio de 1969.
52. Diario *La Segunda*, Santiago de Chile, 3 de octubre de 1969.
53. *O. C.*, II, p. 603.
54. *El Siglo*, Santiago de Chile, 23 de octubre de 1971.
55. Revista *Panorama*.
56. *Santiago-Moscú-Santiago*, Edic. Coirón, Madrid 1983, p. 55.
57. *Araucaria de Chile* N° 3, Madrid, 1978, pp. 61-82.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

- Abril, Javier 391
 Adán 450
 Aгенаar, María Antonieta (Maruca) 86, 131, 159-160, 167, 173, 178, 182-185, 189, 359, 509
 Aguirre, Margarita 172-173, 266, 376, 391, 400, 427, 471
 Aguirre, Sócrates 172
 Aguirre Cerda, Pedro 94, 233, 242-243, 246, 249, 252, 260
 Ahrweiler, Alice 330
 Ai Ching 371
 Alarcón, Asterio 405, 485
 Alarcón, Rolando 438
 Alazraki, Juan 391
 Alba, Pedro de 307
 Albert, Tótila 115
 Alberti, Rafael 104, 147, 172, 176-178, 186, 188, 191-192, 194, 196-197, 199-200, 202, 210-211, 213, 217-218, 220-221, 225, 247-248, 254-255, 302, 374, 376, 421, 460, 504
 Alberti, Aitana 254
 Aldunate, Roberto 233
 Aldunate Phillips, Arturo 391
 Aldus (impresor) 373
 Aleixandre, Vicente 192, 194, 196, 199, 225, 253, 460
 Alessandri Palma, Arturo 46, 53, 61-62, 223, 242, 249, 286, 332-334
 Alicata, Mario 354
 Alicata, Sarah 353
 Alice 401
 Alicia 123
 Almagro, Diego de 27, 235
 Almeyda, Clodomiro 448
 Alone (ver Díaz Arrieta, Hernán)
 Alonso, Amado 256-257
 Alonso, Dámaso 200
 Altolaquirre, Manolo 194, 220
 Álvarez, Graciela 493, 497, 502
 Alvear, Elvira de 156, 177
 Alviso Escalona, Amalia 74, 134, 156, 172
 Allende, Salvador 58, 61-62, 84, 357, 360, 362, 393, 420, 440, 442, 446, 447-448, 453, 460-461, 470-473, 475-477, 479, 485, 489-492, 495, 500-501
 Amado, Jorge 328, 330, 346, 363, 366, 367, 390, 460
 Amado, Zelia Gattai de 367, 390
 Amanda (señora) 111
 Amarasingan, S.P. 163-164
 Amster, Mauricio 445
 Amunátegui, Gabriel 233
 Amunátegui Solar, Domingo 333
 Ana, Marcos 407
 Anacreonte 255
 Andersen, Hans Christian 266
 Andrei, Stefan 20
 Andreiev, Leónidas 49, 118
 Andrew Sisters 298
 Andric, Ivo 328, 457
 Ángeles, Manolo 510
 Anguita, Eduardo 205-207, 231
 Antúnez, Nemesio 126, 371
 Aparcoa (conjunto) 438
 Aparicio, Antonio 333
 Apollinaire, Guillaume 60, 101, 208, 230, 408
 Aracena, Alberto 34
 Aragon, Louis 188, 190, 219, 225-227, 229, 250, 327, 330, 348, 400, 409, 460, 464, 475
 Araoz Alfaro, Rodolfo 266, 376
 Araya, Bernardo 305
 Araya, Juan Lenín 162
 Araya, Manuel 483
 Arce, Homero 65, 116, 137, 391, 395, 414, 470, 473, 493
 Arellano Marín, Manuel 249-251
 Arenal, Angélica 259
 Argensola, Bartolomé y Lupercio 175
 Arguijo, Juan 175
 Arrau, Claudio 179, 345, 439, 504
 Arrué, Laura 116
 Artigas, José M. 432
 Astorga, Enrique 19
 Astudillo, Óscar 438
 Asturias, Miguel Ángel 268, 298, 325-326, 389, 421-422, 457, 461, 464

- Asúnsolo, María 263, 345
 Ávila Camacho, Manuel 261
 Axioto, Melpo 328
 Aylwin, Patricio 254, 512
 Azócar, Adelina 96
 Azócar, Albertina Rosa 74, 78, 86-102, 104, 106-110, 112-115, 117-118, 122, 127-131, 151, 160, 168, 170, 317, 382, 432, 510
 Azócar, Augusto 96
 Azócar, Etelvina 96
 Azócar, Vicente Lientur 414
 Azócar, Rubén 52, 64-65, 88, 92, 95-96, 106, 109, 112-115, 119, 121-123, 130, 233, 414, 432
 Azócar, Víctor 96
 Azócar Peña, Ambrosio 96
 Azorín 48
- Babo 488
 Bacon, sir Francis 361
 Balmaceda, José Manuel 461
 Balzac, Honoré de 374
 Balladares, Ligeia 411, 441
 Ballas, Adolfo 438
 Bandeira, Manuel 291
 Barberis, Víctor 61, 115
 Barbusse, Henri 475
 Baroja, Pío 46
 Barrabás 120, 388
 Barrault, Jean Louis 426-427
 Barrios, Eduardo 118, 358
 Barros Luco, Ramón 440
 Basoalto, Beatriz 17
 Basoalto, Buenaventura 14
 Basoalto, Manuel Ijido 17
 Basoalto, Rosa Neftalí 11-13, 16-18, 21-22, 43
 Batori, Madame 187
 Baudelaire, Charles 37, 60, 226, 372, 433
 Baudrillard (cardenal) 255
 Beatles, los 468, 486
 Becerra, Gustavo 504, 507
 Beckett, Samuel 228, 411
 Bécquer, Gustavo Adolfo 374
 Beecham, sir Thomas 224
 Beethoven, Ludwig van 342, 512
 Bellet, Juan 317
 Bellet Bastías, Jorge 314-315, 317-318, 323-324
 Bello, Andrés 292, 365
 Bello, Enrique 456, 493-495
 Bemvolio 420
 Benavides, Julio 115
 Benavicto, Antonio 472
 Benedetti, Mario 504
 Benítez, Fernando 262
 Bergamín, José 155, 198, 211, 259, 263
 Bergman, Ingmar 504
 Bernal, John 370
 Bernhardt, Sarah 364
 Berni, Antonio 328
 Bernstein (flia.) 462
 Bertolucci, Bernardo 504
 Bianchi, Vicente 391
 Bianchi Gundián, Víctor 65, 318, 323
 Bingham, Hiram 273
 Blake, William 211, 433
 Bliss, Josie 139, 153-154, 162-163
 Blum, León 245
 Blume, Isabel 370
 Boldizar, Iván 421
 Bolívar, Simón 265, 272, 285, 328, 401, 409
 Bombal, Loreto 75, 173
 Bombal, María Luisa 75, 173
 Borges, Jorge Luis 148
 Borrás, Eduardo 285
 Bowers, Claude 304
 Braguinskaia, Ella 339, 468
 Brampy 162, 165
 Brecht, Bertolt 475
 Brillat-Savarin 398
 Broders, Matilde 427
 Brown, Lloyd L. 340
 Browning, Elizabeth Barret 265
 Brum D'Avoglio, Luis 329
 Buda 138, 415
 Buffalo Bill 37
 Bulnes, Francisco 466
 Bulnes, Lala de 315
 Bulnes, Manuel 296
 Bulnes, Raúl (arq.) 378, 479
 Bulnes Cerda, Raúl 315, 457
 Bunster, Patricio 428
 Burkhardt, Charles 227
 Bussi de Allende, Hortensia 58, 491, 504
 Bustamante, Abelardo 65, 67
 Byron, lord 58, 339
- Cabada, Juan de la 263
 Caballero Bonald, José 447

- Cabezón, Isafas 65
 Calbuco 191, 361
 Calvino, Ítalo 327
 Callas, María 432
 Callejas, Rosita 510
 Camoens, Luis de 348
 Campanella, Tomás de 445
 Camprubí de Jiménez, Zenobia 198
 Campusano Julieta 306
 Candia Marverde, Micaela 22
 Candia Marverde, Trinidad 22, 26-27, 29, 33-34, 68, 75, 107, 113, 135, 157-158, 176, 235, 247
 Candia Quevedo, Ramón 133
 Cantón Wilberto 265
 Capdevila, Arturo 174
 Carabantes, Raúl 259
 Cárcamo (matrimonio) 498
 Cárdenas, Lázaro 260, 270, 328, 340
 Cardinale, Claudia 504
 Cardoza y Aragón, Luis 259, 326-328
 Cardoza y Aragón, Lya 326
 Carlos (comandante) 262
 Carlota (prima) 111
 Carmona, Darío 251
 Carmona, Juan de Dios 440
 Caro, Rodrigo 175
 Carpentier, Alejo 177
 Carranza, Eduardo 271, 305
 Carrasco Vintimilla, Alfonso 391
 Carreño, Mario 444
 Carrera (hermanos) 91, 391
 Carrera, José Miguel 433, 461
 Carril, Adelina del 187, 509
 Carril, Delia del 63, 86, 126, 186-191, 232, 244 247 261, 263, 273, 309-310, 316, 325, 340, 346, 355-356, 361, 367-369, 379-382, 384-385, 449-506, 509
 Caruso, Enrico 364, 432
 Carvajal, Armando 297, 425
 Casanova 126, 352
 Casanueva, Carlos 249
 Cassou, Jean 327
 Castillo, María Teresa 474
 Castillo Armas, Carlos 91
 Castillo Velasco, Fernando 378, 477, 479
 Castro, Baltazar 367
 Castro, Fidel 386, 403-404
 Castro, Óscar 233
 Castro Leal, Antonio 260
 Caupolicán 23, 54, 461
 Cavalcanti, Alberto 367
 Cela, Camilo José 63
 Cerda, Rosario de la (ver Urrutia, Matilde)
 Cereno, Benito 436, 488
 Cerio, Erwin 353
 Cernuda, Luis 194, 198
 Cervantes, Miguel de 69
 Césaire, Aimé 327
 Cid, Vicente 34
 Cifuentes Sepúlveda, Joaquín 61, 117, 119-122, 205
 Cochrane, almirante 432
 Coke (ver Délano, Jorge)
 Coleridge, Samuel Taylor 469
 Coloane, Francisco 20, 233, 493
 Colón, Cristóbal 486
 Colonna, Victoria 373
 Colvin, Marta 380, 400, 479
 Collados, Sebastián 396, 474
 Companys, Luis 267
 Concha, Jaime 391
 Concha Riffo, Gilberto (ver Valle, Juvencio)
 Condon, Alfredo 176
 Conrad, Joseph 58, 148
 Coper, Diego 102
 Corbière, Tristan 373
 Coronado, Rosita 306
 Correa, Ulises 304, 334
 Cortázar, Julio 443-444, 467, 505
 Corvalán, Lily de 464, 489
 Corvalán, Luis 325, 386, 402, 419, 438, 462, 464, 471, 475, 489-490, 501
 Cosette 37
 Cot, Pierre 327, 370
 Cotapos, Acario 211, 233, 297, 405-406
 Cotton, Eugénie 327
 Courtade, Pierre 330
 Cristo 18, 54, 290
 Cruchaga Santa María, Ángel 65, 88-90, 92-93, 130-131, 207, 233, 383
 Crusoe, Robinson 397
 Cruz Ocampo, Luis David 233
 Cuevas Mackenna, Luis 381
 Cunard, Nancy 224-229
 Cunhal, Álvaro 348
 Cupido 414, 425
 Custer, general 23
 Cyrano de Bergerac 73

- Chacón y Calvo, José María 267
 Chaliapin, Fedor 364
 Chao I Ming 371
 Chaplin, Charles 327, 405
 Charry Lara, Fernando 271
 Chávez, Filomeno 296
 Chávez, Manuel 119
 Chejov, Anton 41, 44, 106, 427
 Chufilái 191
- Dalf, Salvador 402
 Dalila 424
 Dampierre, conde de 348
 D'Annunzio, Gabriel 76-77, 468
 Dante, Alighieri 19, 265, 372
 Darío, Rubén 170, 175, 195, 203, 271, 279, 376, 404, 407
 Decroly, profesor 127
 Deglané, Bobby 213
 Délano, Jorge 363
 Délano, Luis Enrique 126, 182-183, 224, 258-259, 261, 266, 345-346
 Délano, Poli 261
 Delmira, doña 58
 Delogu, Ignacio 411
 Depestre, René 328
 Desdémona 352
 D'Halmar, Augusto 285, 351
 Diaguilev, Jorge 226
 Díaz Arrieta, Hernán 206-207, 377-378, 391, 466-467, 495
 Diehl Algeth, Adam 509
 Díaz-Casanueva, Humberto 233
 Díaz del Castillo, Bernal 265
 Dickens, Charles 149
 Diderot 37
 Diego, Gerardo 178-179, 192, 195, 199-200
 Díez Pastor, Fulgencio 213
 Dimitrov, Jorge 475
 Dimov, Dimiter 377
 Diógenes 177
 Dittborn, Adriana 495
 Dittborn, Carlos 495
 Dittborn, familia 502
 Donoso, José 464, 508
 Dostoievski, Fedor 41, 107, 257, 265, 293, 335, 444
 Drácula, conde 385, 424
 Drda, Jan 376
 Dreyfus 308
- Dubois, E.W.E. 328
 Duclos, Jacques 464
 Duhalde, Alfredo 294-295
 Dumas, Alejandro 126, 466
 Dussuel, Francisco 382
- Eandi, Héctor 140-141, 143-146, 148-149, 156, 172, 176-177, 509
 Eckermann 429
 Echeverría, Luis 261, 492
 Edelstam, Harald 494-495, 504
 Eduardo VIII 224
 Edwards Bello, Joaquín 167, 286
 Edwards MacClure, Agustín 224, 474
 Egaña, Juan 91
 Egmont 350
 Ehrenburg, Ilya 229, 261, 328, 330, 334, 337, 347, 366, 371, 409, 460, 486
 Ehrenburg, Liuba 371
 Einaudi, Giulio 327
 Einstein, Albert 267
 Elena de Troya 398
 Elena la Bella 86
 Eliot, T.S. 149, 172, 203, 226
 Elizabetha Petrovna, emperatriz 372
 Éluard, Dominique 348
 Éluard, Paul 327, 330, 339-340, 348-349, 373, 475
 Elliot, Jorge 418
 Emi-Siao 328, 371
 Encina, Francisco Antonio 358
 Endicott, J.G. 340
 Engels, Federico 209, 267
 Epstein, Jean 226
 Ercilla, Alonso de 23-24, 35, 254, 265, 338, 409, 476
 Errázuriz, Ladislao 52-53
 Escámez, Julio 397, 444
 Escobar, Zoilo 67
 Espinel, Vicente 23
 Espinosa, coronel 215
 Espinoza, Benigno 325
 Esquilo 265
 Era 450
 Evtushenko, Eugenio 432-433
- Fadeiev, Alexander 328, 336
 Falcón, Lola 261
 Falla, Manuel de 179, 214
 Fargue, Ives 327-328
 Fast, Howard 327

- Fausto 350
 Favio, Leonardo 427
 Felipe II 409
 Felipe, León 190, 195, 259, 264
 Félix, Marfa 364
 Felizardo de Prestes, Leocadia 268
 Fellini, Federico 76, 187, 504
 Fernández Larráin, Sergio 90-95, 97
 Fernández Montesinos, doctor 214
 Fernández Ordóñez, Francisco 95
 Fernando VII 91
 Figueroa, Afda 493-494, 496-498
 Filippi, Emilio 436
 Flaubert, Gustav 136, 372
 Flores, Juana 498
 Florescu, Mijail 20
 Fokin 226
 Fonseca, Ricardo 302, 314, 346
 Fort, Paul 38
 Fortuny, José Manuel 328
 France, Anatole 119, 475
 Francesca de Rimini 76-77
 Franceschi, monseñor 382
 Frank, Waldo 229
 Francke, Guillermo 242
 Franco, Francisco 94, 191, 197, 212, 215-216, 222, 230, 254-255, 265, 440, 448
 Franulic, Lenka 360-362
 Frei, Eduardo 358, 440, 447
 Freud, Sigmund 208
 Fučík, Julius 347
 Fuentes, Carlos 410, 443
 Fumandjiev, Nicolás 377

 Gagarin, Yuri 475
 Galand, Pierre 504
 Galilei, Galileo 486
 Gandhi, Mahatma 37, 160
 Gandulfo, Juan 51-54
 Garaudy, Roger 340
 García, Alejandro 430
 García Lorca, Federico 54, 146, 173-177, 179, 182-183, 192-195, 197, 199-200, 207, 211-217, 219-220, 225, 231-232, 244, 255, 279, 374, 396, 405, 421, 447, 458, 470, 489-490
 García, Fernando 512
 García Márquez, Gabriel 443, 450, 480, 504
 García Márquez, Mercedes 480
 García Monje, Joaquín 340, 363
 Garcilaso, Inca 276
 Garfias, Pedro 258
 Gargantúa 122
 Garrincha 292
 Garro, Elena 263
 Gasear 401
 Gassman, Vittorio 504
 Gatica Martínez, Tomás 167
 Gauquin, Paul 397
 Gervasi, Vicente 415
 Giordano, Jaime 391
 Gironde, Oliverio 173, 376
 Goded, Ángel 225
 Godet, general 212
 Godoy Alcayaga, Lucila (ver Mistral, Gabriela)
 Godoy Urrutia, César 332, 345
 Godunov, Boris 405
 Goeransson, Bengt 504
 Goethe 265, 278, 350-351
 Gogol, Nicolás 318, 335, 483
 Gómez, Fina 399
 Gómez, Laureano 272
 Gómez de la Serna, Elena 398
 Gómez de la Serna, Ramón 174, 398
 Gómez Millas, Juan 373, 493
 Gómez Rojas, Domingo 52, 54-55
 Góngora, Luis de 372
 González, Galo 302, 314, 392
 González, Pedro Antonio 378
 González, Sergio 479
 González Castillo, 310
 González Martínez, Enrique 259, 265, 340
 González Rojas, Eugenio 52, 358
 González Tuñón, Raúl 173, 196, 217, 225, 232, 376
 González Vera, José Santos 35, 40, 51-52, 54
 González Videla, Gabriel 35, 65, 248, 297-299, 303-308, 310, 315, 323, 329, 332, 334, 340, 345, 358-359, 426
 González von Marées, Jorge 232
 Gorki Máximo 37, 56, 293, 368, 475
 Gorkin, Julian 391
 Goya, Francisco de 175
 Gramsci, Antonio 475
 Grass, Günther 354
 Grave, Jean 40
 Greco, El 338, 413
 Gréco, Juliette 504
 Greene, Graham 148, 456

- Greiff, León de 271
 Grez, Alfonso 249
 Gris, Juan 187
 Grushko, Pavel 428
 Guarello, Ángel 300
 Guayasamin, Oswaldo 512
 Guerrero, Juan 195
 Guerrero, Manuel 445
 Guerrero, Xavier 259
 Guevara, Ernesto Ché 267, 443
 Guido, Beatriz 427
 Guillén, Jorge 192, 195, 200
 Guillén, Nicolás 225, 229, 264, 328, 330, 340, 366-367
 Guillermina, la 74
 Güiraldes, Ricardo 187
 Gullón, Ricardo 198
 Gustavo Adolfo VI 461, 494
 Gutiérrez, Alejandro 296
 Gutiérrez, Joaquín 325, 367
 Guttuso, Renato 327, 330, 339, 352, 468
 Guzmán, Ernesto 378
 Guzmán, Juan de 23
 Guzmán, Mónica 93
 Guzmán Araujo, Roberto 261
 Guzmán Cruchaga, Iván 271
 Guzmán de Alfarache 69
- Hamel, Teresa 423, 492
 Hauser, Blanca 132, 188, 297-298, 344, 389, 425
 Heine, Heinrich 267
 Helfmann, Federico 207
 Helms, Richard 473
 Hemingway, Ernest 229
 Henestroza, Andrés 265-266
 Henestroza, Cibeles 266
 Henríquez, Camilo 91
 Hércules 151, 248
 Heredia Spínola, marqués 218
 Hermlin, Stephan 433
 Hernández, Miguel 192, 195-197, 201-203, 255, 279, 345, 447, 509
 Herrera, Ariosto 94
 Herrera Petere, José 177, 257
 Herrera y Reissig, Julio 199, 264
 Hidalgo de Cisneros, Ignacio 259
 Hierow, Karl Ragnar 457
 Hikmet, Nazim 349, 412, 433, 486
 Hindenburg, Guillermo von 405
 Hinojosa, Álvaro 124-126, 137
- Hitchcock, Alfred 249
 Hitler, Adolfo 91, 213, 218, 245, 258, 260, 266, 288-289, 304, 308, 337, 371, 405, 477, 486
 Ho Chi Minh 475
 Holmes, Sherlock 371
 Homero 23
 Hormiga (ver Carril, Delia del)
 Horwitz, Quena 507
 Howard, Brian 225
 Huenumán, Rosendo 482
 Huerta, Efraín 205
 Hughes, Langston 225, 327
 Hugo, Victor 339, 372, 433
 Huidobro, Vicente 30, 68, 88, 93, 120, 199, 203-209, 229-231, 418, 434, 470
 Humboldt, Alejandro 272
 Huxley, Aldous 226, 434
 Huxley, Julian 434
- Ibáñez, Bernardo 295
 Ibáñez, Paco 504
 Ibáñez del Campo, Carlos 160-161, 164, 358, 363, 392
 Ibar, Eusebio 61
 Ibarbouru, Juana de 105
 Ibarruri, Dolores 337
 Ibsen 427, 504
 Ifigenia 350
 Inés, ñata 65
 Insunza, Ramiro 378
 Insunza, Sergio 360, 470, 479
 Irene 102
 Iturriaga, José 265
 Iván el Terrible 53, 405
 Ivette 386
- Jacob, Max 209
 James, Francis 372
 James, Henry 224
 Jara, Álvaro 400
 Jara, Aníbal 45
 Jara, Heriberto 259
 Jara, Marta 312
 Jara, Max 378
 Jara, Víctor 427, 438, 496, 500
 Jebeleanu, Eugene 339
 Jehová 451
 Jezabel 225
 Jiménez, Juan Ramón 175, 192, 198-203, 458

- Job 89
 Joliot-Curie, Frédéric 327, 434, 475
 Joliot-Curie, Irène 327
 Jorge, Faustino 307
 Jorquera, Carlos 436
 Joyce, James 65, 155, 173, 433
 Jruschov, Nikita 227
 Juan Cortapedras 273-274, 512
 Juan Piesdescalzos 273
 Juan, don 125, 294
 Juan Bautista 414
 Juliet, Raúl 304
 Julieta 77, 251, 419, 425
 Júpiter 272
- Kafka, Franz 59, 402
 Kahn, Albert 328
 Kalinin, Mijail Ivánovich 333
 Karloff, Boris 385
 Karvellis, Ugné 467
 Kelin, Fiodor 334
 Keller, Kerry 427
 Kid Azteca 259
 Kindermann, Francisco 23
 Kirsanov, Semion 336, 486
 Kisch, Edwin 59
 Kissinger, Henry 473
 Kosintzev 212
 Kostra, Jan 377
 Krieger, Edino 367
 Krishnamurti 142
 Kuchvalek, Jaroslav 377
 Kuo Mo-Jo 328
 Kuthaka 191, 257, 361
 Kutieishikova, Viera 334-336
 Kuzmichev, Vladimir 336, 338
- Labarca, Guillermo 233
 Labarca, Santiago 52, 54
 Labaste, Guillermo 324
 Labiche, Georges 427
 Lafertte, Elfas 280-282, 284-285, 295, 407, 461
 Lago, Tomás 58, 63-65, 67, 69, 71, 93, 119, 206, 381
 Lam, Wilfredo 402
 Lamabadusuriya, Alex S. 162
 Lange, Norah 173, 376
 Lanzarotti, Julio 436
 Larraín, marqués de 91
 Larraín, Sergio 233
- Larrea, Juan 179, 199, 234
 Lastra, Fernando de la 92-93
 Latorre, Mariano 286, 392, 408
 Lautaro 23, 461
 Lautréamont, conde de 204, 208, 327
 Laval, Pierre 308
 Lawner, Miguel 479
 Lawrence, D.H. 149, 226
 Lawrence de Arabia 149
 Leahy, almirante 299, 304
 Lazarillo de Tormes 69
 Leal, Eusebio 512
 Léger, Fernand 187, 475
 Leighton, Bernardo 233
 Leiva, María Luisa 14
 Lenin 335, 338, 364, 394-395, 409, 433, 475
 León, Estanislao 14
 León, fray Luis de 195
 León, María Teresa 178, 213, 247, 254, 293, 376
 León Bettiens, Teresa (ver Terusa)
 León Muller, Rosa 84
 León Vásquez, Teresa (ver Terusa)
 Lessa, Orígenes 367
 Letelier, Marco Aurelio 64
 Levi, Carlo 352
 Levine, Flavían 479, 496
 Lientur 414
 Lillo, Baldomero 95, 286
 Lipschütz, Alejandro 414, 501
 Lipschütz, Rita de 501
 Lira, Armando 65
 Lisboa Calderón 296
 Lisle, Lecomte de 372
 Lisle, Rouget de 372
 Lombardo Toledano, Vicente 340
 López, Alfonso 272
 López, Manuel Antonio 296
 López, Rigoberto 404
 López Portillo, José 261
 López Velarde, Ramón 259
 Lorenzo, Arturo 254, 398
 Losada, Gonzalo 343, 370, 382, 390, 405, 412, 427, 448, 463-464, 471
 Losada hijo, Gonzalo 482-484
 Loti, Pierre 136
 Loveluck, Juan 391
 Lowenfels, Walter 227, 433
 Loyola, Hernán 390, 416, 464, 498, 505
 Loyola, Margot 367, 377

- Lugones, Leopoldo 146, 203
 Luis XIV 372
 Lulú 137, 225
 Lundkvist, Artur 459, 464
 Lurçat, Jean 475
 Luzbel 89
- Machado, Antonio 192, 203, 230, 245-247, 279
 Machado, Gerardo 262
 Machado, hermanos 175
 Madrigal, Luis Ínigo 391
 Maese Cabra 72
 Magallanes Moure, Manuel 95
 Maiakovski, Vladimir 335, 370, 475, 487
 Mairena, Juan de 246
 Maldonado, Héctor 325
 Maligna (ver Bliss, Josie)
 Malraux, André 157, 229-230, 409
 Maluenda, María 21, 133, 377, 445, 507 508
 Malva Marina 182-185, 195, 269
 Mallarmé 60, 101, 104, 230, 408
 Mancisidor, José 259
 Mann, Thomas 340, 389
 Manns, Patricio 438, 496
 Manrique, Jorge 246
 Mansilla, Luis Alberto 501
 Mantaras, Alberto y Olga 357, 432
 Maples Arce, Manuel 264
 Maquiavelo, Nicolás 187
 Marceau, Marcel 505
 Marcenac, Jean 330, 399-400, 464
 Marcó del Pont, Casimiro 334
 Margarita 471, 501
 María Antonieta 466
 Marianetti, Benito 324
 Mariátegui, José Carlos 475
 Marín, Gladys 482
 Marín, Manuel 235
 Marinech 135, 291
 Marinello, Juan 229, 328, 340
 Marinetti 204, 354, 468
 Marisol (ver Terusa)
 Marisombra (ver Azócar, Albertina)
 Marius 37
 Marshall, general 370
 Martí, José 142, 279, 404
 Martín, Carlos 271
 Martínez, José Luis 269
- Martínez Corbalá 492
 Martino, César 345
 Martinov 336
 Martner, Carlos 378, 479
 Martner, Gonzalo 479
 Martner, Mari 395, 479
 Marx, Carlos 259, 267, 409
 Marx, hermanos 301, 486
 Masson, Carlos 22
 Masson, Orlando 30, 36-37, 45-47, 62
 Masson Candia, familia 25
 Matisse, Henri 475
 Matta, Germana de 444
 Matta, Roberto 402, 444, 504
 Matta Figueroa, Enrique 160
 Matus, Carlos 479
 Maximiliano 23
 Mayo, señor 240
 Médicis, Lorenzo de 373
 Mefistófeles 198
 Melfi, Domingo 45
 Mello, Thiago de 423, 433
 Melville, Herman 436, 488
 Mella, Julio Antonio 262
 Mellado, Raúl 416
 Mena Alvarado, Nalvia Rosa 324
 Mendelssohn, Moses 267
 Méndez Bravo, Alberto 45
 Menéndez Pidal, Ramón 392
 Mercouri, Melina 504
 Meredith 226
 Merimée, Próspero 85
 Mery, Juan Luis 209
 Meza Fuentes, Roberto 52, 59
 Michelet 228
 Mickiewicz, Adam 433
 Midas, rey 383
 Mijaikov 336
 Milocz 265
 Millaray (conjunto) 438
 Minerva 352
 Miró, Emilio 391
 Miró, Joan 402, 413
 Mirto, Fernando 119
 Mishkin, príncipe 444
 Mistral, Federico 77
 Mistral, Gabriela 38-41, 77, 95, 119, 121, 145-146, 180-182, 186, 204, 206, 239-241, 246, 258, 292-294, 333, 336, 340, 345-346, 356, 358, 363, 376, 392, 399, 420, 431, 461, 511

- Mitterand, Danielle 505
 Mitterand, François 505
 Modesto 407
 Modotti, Tina 262
 Molina, Enrique 128
 Molina, Tirso de 212
 Molina Ventura, Eduardo 205
 Mom, Amparo 173, 232
 Monestier, Renato 65
 Monje (ferroviario) 29, 41
 Montagnana, Mario 262
 Montale, Eugenio 203
 Montes, Hugo 133
 Mora, Constanza de la 259
 Mora, Marcial 358
 Mora, Matilde 18
 Mora (secretario de la OEA) 387
 Mora y Araujo, Blanca de 464
 Moraes, Vinicius de 363
 Morales, Félix 331
 Morales Hermosilla, Natalia 14
 Morante, Elsa 352
 Moravia, Alberto 352, 504
 Moreno Villa, José 199, 259
 Morgan 397, 424
 Morla, Bebé 211
 Morla Lynch, Carlos 176, 179, 211, 214
 Mujaes, Jaled 266
 Muñoz, Diego 34, 65, 71, 206
 Muñoz Meany, Enrique 351
 Muñoz Rojas, José A. 195
 Murga, Romeo 61, 115
 Murieta, Joaquín 425-428
 Mussolini, Benito 76, 212-213, 218

 Napoleón 409
 Napoleón III 23
 Naranjo, Vicente 171
 Nascimento, Carlos George 118, 172, 391
 Nascimento, Elena 498
 Nattino, Santiago 445
 Negri, Pola 107
 Negrín, Juan 247
 Nehru, Yawarjadal 160, 347
 Nemo, capitán 279-280
 Nenni, Pietro 327
 Neptuno 397
 Neruda, Jan 59-60
 Netocha (ver Azócar, Albertina)
 Neves, Eugenia 391
 Nezvanova, Netocha 107

 Niebla 191
 Niemayer, Óscar 355, 363, 367
 Niedergang, Marcel 512
 Nixon, Richard 473, 475-476
 N.N. (ver Rosía)
 Noé 452
 Novoa (periodista) 67
 Núñez, Guillermo 427
 Núñez de Balboa, Vasco 271
 Núñez Morgado, Aurelio 223
 Obregón Santacilia, Carlos 345
 Ocampo, Salvador 340
 Ocampo, Victoria 186, 298
 Odiseo 255
 O'Higgins, Bernardo 91, 334, 391, 461
 Ojeda (peluquero) 123
 Olivares, Augusto 436, 462
 Oliver, María Rosa 376
 Onetti, Juan Carlos 443
 Opazo, Tomasa 14
 Orélie-Antoine 22
 Orfeo 293
 Orléans, Charles d' 348, 372
 Orozco, José Clemente 341, 344-345
 Orozco, Miguel 38, 504
 Ortega, Abraham 246, 252
 Ortega, José 186
 Ortega, José Manuel 17
 Ortega, Sergio 427-428
 Ortega Masson, Rudecindo 46, 69, 134, 158
 Ortega y Gasset, José 174, 177
 Orthous, Pedro 427
 Ortiz de Zárate, Julio 65
 Orwell, George 225, 378
 Osorio, Luis 324-325
 Ospovat, Lev 334, 337
 Osses, Mario 392
 Osorio, Luis 324-325
 Otelo 373
 Otero Silva, Miguel 20, 328, 340, 401, 443, 474
 Ovidio 501
 Oyarzún, Aliro 66, 119
 Oyarzún Garcés, Orlando 57-59, 65, 67, 69

 Pacheco, las 78
 Pacheco, Máximo 496
 Pagodin, Sacha 118
 Palacio, Enrique 215

- Palma, Waldo 385
 Palme, Olof 457
 Panero, Juan 195
 Panero, Leopoldo 195, 392
 Pantagrúel 122
 Paolo Malatesta 76-77
 Parada, Encarnación 14
 Parada, José Manuel 445
 Parada, Roberto 375, 377, 445, 496, 507
 Parodi, María 74
 Parra, Ángel 444
 Parra, Nicanor 402, 408
 Parra, Ramona 296
 Parra, Violeta 377, 488-489
 Parra del Riego 199
 Paschin (ver Abelardo Bustamante)
 Paseyro, Ricardo 391, 411
 Patoja (ver Urrutia, Matilde)
 Pauling, Línus 340
 Pavez, Héctor 438
 Pavlova, Anna 364
 Paz Octavio 229, 259, 263-264, 269
 Pelé 292
 Pellicer, Carlos 259
 Peña, Lázaro 340
 Pereira, Eugenio 426
 Pereira, Jimena 19
 Pérez, Onías 207
 Pérez Rosales, Vicente 23
 Perse, Saint-John 457
 Pétaín, mariscal 304
 Petöfi, Sándor 339
 Petrarca 373, 375-376
 Petrovna, Elizabeta 372
 Pey, Víctor 312
 Pezoa Véliz, Carlos 283, 286, 378
 Picasso, Pablo 187, 310-311, 327-328, 347, 399, 402, 413, 460, 475
 Picón Salas, Mariano 389
 Picquet 463
 Pieres, Boya 162-163
 Pineda y Bascañán 35
 Pinilla, Norberto 35
 Pino, Yolando 115
 Pinochet, Augusto 251, 254, 296, 305, 440, 477, 492, 497
 Pizarro, Gabriela 438
 Platón 265
 Plaza, Rafael 379, 431
 Plisetskaia, Maia 369
 Poe, Edgar Alan 48
 Pola, Erika 137
 Poleo, Héctor 328, 402
 Polifemo 364
 Pompidou, Georges 455, 472
 Porset, Clara 261
 Portales, Manuelita 88
 Portinari, Cándido 363, 402
 Posada, Jaime 271
 Pound, Ezra 203
 Prado, Caio 328
 Prado, Pedro 408-409
 Prats, Carlos 473-474
 Praxiteles 348
 Presa, Fernando de la 179
 Prestes, Luis Carlos 268-269, 292
 Prieto, Jenaro 206, 285
 Prieto, Julio 265
 Prieto, Miguel 258, 345
 Pring-Mill, Robert 472
 Proudhomme, Sully 38
 Proudhon, Pierre 51
 Proust, Marcel 65, 177, 226, 372
 Pueyrredón, Manuel A. 433
 Puga Borne 406
 Pushkin, Alejandro 334-336, 339, 370, 372, 423, 487
 Queiroz, Eça de 42, 57
 Quetzalcóatl 139
 Quevedo, Francisco de 69, 175, 206, 209, 211, 221, 268, 278-279, 372, 484
 Quijote, don 69, 190, 212, 388, 412-413
 Quintana, Antonio 233, 339, 380, 389, 399-400, 469
 Quintana, Queta 380, 496, 498
 Rabelais, François 348, 354
 Radvanyi, Lászlo 258
 Rafita (ver Plaza, Rafael)
 Ragnar Hierow, Karl 457
 Rapún 212
 Ratnaigh 148
 Ratón Agudo (ver Cifuentes, Joaquín)
 Reagan, Ronald 477
 Recabarren, Luis Emilio 62, 241, 281-282, 284, 289, 394, 461, 475
 Recabarren González, Luis Emilio 324
 Recabarren González, Manuel Guillermo 324
 Recabarren Rojas, Manuel Segundo 324-325

- Rejano, Juan 258, 265
 Renn, Ludwig 258
 Revueltas, José 198, 266
 Revueltas, Rosario 263
 Revueltas, Silvestre 263
 Reyes, familia 18, 21, 43, 78, 84, 107, 111, 113
 Reyes, Abdías 14, 37
 Reyes, Alfonso 259, 340
 Reyes, Amós 14-15, 37, 158
 Reyes, Enrique de los 345
 Reyes, Joel 14-15, 37
 Reyes, Oseas 14-15, 37, 158
 Reyes, Rodolfo 43-44, 133, 156, 167, 235
 Reyes, Salvador 119
 Reyes, Teresa de 156
 Reyes Candía, Laura 34-35, 43-47, 59, 68-69, 74, 108-109, 113, 132-135, 156-157, 161, 167, 176, 214, 403, 456, 493, 498, 505-506
 Reyes Hermosilla, José Ángel 14-15, 158, 442
 Reyes Morales, José del Carmen 13-18, 22, 25-29, 32-34, 41-42, 59-60, 65, 68, 85, 113, 122, 135, 157, 159, 167-168, 172, 176, 183, 234-235, 247, 300, 323
 Reyes Parada, José Ángel 17-18, 442
 Reyes Toledo, Raúl 22
 Rhodo 446, 450-453
 Ribalkin, Igor 20
 Ricci, Paolo 354
 Riess, Frank 391
 Rilke, Rainer María 119, 203, 265, 433
 Rimbaud, Arthur 37, 60, 136, 140, 230, 348, 372-373
 Rimbaud, Isabelle 373
 Ríos, Juan Antonio 260, 286, 289, 294, 304
 Rivas, Florencio 102
 Rivas, Lorenzo 49
 Rivera, Diego 38, 203, 328, 340, 345, 356, 364, 366, 395
 Rivet, Paul 327
 Roa, Israel 65
 Roa Bastos, Augusto 443
 Roberto, Milton 367
 Robeson, Paul 328, 330, 340, 475
 Roca, Blas 490
 Rocco del Campo, Antonio 65, 206
 Roces, Wenceslao 259-260, 345
 Rockefeller, John D. 364
 Rodig, Laura 38-39, 376
 Rodin 38
 Rodríguez, Carlos Rafael 340
 Rodríguez, Germán 430
 Rodríguez, José 317
 Rodríguez, Manuel 91, 391, 461
 Rodríguez Arias 378
 Rodríguez Monegal, Emir 97, 418
 Rohan, duques de 465-467
 Rojas, Jorge 271
 Rojas, Manuel 53, 119, 485, 489
 Rojas, Puchoco 287, 302
 Rojas Giménez, Alberto 63, 65-68, 116, 121, 413
 Rojas Paz, Pablo 173-174, 376
 Rokha, Pablo de 68-72, 109, 112, 115, 120, 203, 206-210, 257
 Rokha, Winétt de 207-208
 Romeo 77, 351, 419, 425
 Romero, Alberto 229, 233
 Rommel, mariscal 364
 Roosevelt, F.D. 261, 308
 Rosales, Luis 195
 Rosales, familia 214
 Rosaura (ver Azócar, Albertina)
 Rosía 446, 450-453
 Ross Santa María, Gustavo 242
 Rossellini, Renzo 504
 Rostova, Natacha 423
 Roxana 73
 Rubio, Alberto 21
 Ruiz Alonso, Ramón 214-215
 Ruiz Ibárruri, Amaya 337
 Ruiz Ibárruri, Rubén 337
 Ruiz Lagorreta, Antonio 315, 323
 Rulfo, Juan 443
 Saavedra, Cornelio 23
 Saba, reina de 170
 Sabat Ercasty, Carlos 45, 118, 199, 417
 Sábato, Ernesto 443, 504
 Sabella, Andrés 39-40
 Sacha 118
 Sade, Márques de 187
 Sadoul, Georges 227-228
 Sáenz, Luis 212
 Sáez, Manuela 401
 Safronov 336
 Saint-Pierre, Bernardino de 37
 Salacrou, Armand 327

- Salas Viú, Vicente 255
 Salgari, Emilio 37, 361
 Salinas, Pedro 177, 192, 195, 200
 Salomón, rey 170-171
 Salzberd 158
 Samper, Darío 271
 San Agustín 12
 San Martín, padre 17
 Sancha, Clara 412
 Sánchez, Alberto (de Cuba) 268
 Sánchez, Alberto (de España) 211-212, 412-413, 447, 487
 Sánchez, Clara 212
 Sánchez Vásquez, Adolfo 259
 Sandino, Augusto César 404
 Sanfuentes, Juan Luis 53
 Sanhueza, Jorge 390, 416, 428-429
 Sanín Cano, Baldomero 338-340, 363
 Sanjurjo, general 448
 Santa Teresa 181, 265
 Santaella Blanco, Antonio 126
 Santander, Carlos 391
 Santiván, Fernando 363, 371
 Sartre, Jean Paul 411
 Satanás
 Savich, Ovadi 336, 486
 Scola, Ettore 504
 Scorza, Manuel 276
 Scheller, Max 392
 Schmidt Alfonso 367
 Schmidt, Johann Lorenz 258
 Schnacke, Óscar 52
 Schneider, René 448, 476
 Schomlyo 379
 Schweitzer, Daniel 52
 Schwob, Marcel 119
 Seferis, Georgios 457
 Seghers, Anna 258-260, 327, 330, 460
 Seghers, Pierre 327, 399
 Seguel, Gerardo 35, 65, 119, 233, 351
 Seoane, Luis 328
 Sepúlveda, Germán 61, 391
 Serani, Alejandro 34, 63-64
 Sereni, Emilio 327
 Sergueiev, embajador 302-303
 Serrano Plaja, Arturo 177, 195, 255
 Sforza, conde 244
 Shakespeare, William 294, 351, 419-420, 427
 Shaw, George Bernard 226, 427
 Sheeko, Georgi 20
 Shelvocke 469
 Shelley 339, 348
 Sholajov, Mijail 328
 Shostakovich, Dimitri 328
 Sicard, Alain 169
 Siddharta 153
 Siéverova, Tamara Alexieievna 302-303
 Sijé, Ramón 195, 197
 Silva, Víctor Domingo 284
 Silva Castro, Raúl 46
 Silvestre, J.B. 445
 Simonov, Constantin 336
 Simpson, Wallys 224
 Siqueiros, David Alfaro 38, 259-260, 268, 345, 402
 Sobrino, Eladio 244, 430, 457
 Solá, María Magdalena 391
 Solimano, Delia 92-93
 Solimano, Manuel 92, 352, 425
 Somlyó, György 339
 Somoza, dinastía 333
 Somoza, Anastasio 404
 Soto Rodríguez, Juana 96
 Springfell, Alviso de 156-157
 Stalin, José 369
 Stein, Charlotte von 350
 Stevenson, Robert L. 149
 Stravinski, Igor 226
 Strindberg, Arthur 37
 Suárez, Luis 482
 Subercaseaux, Benjamín 393, 485
 Sue, Eugenio 402
 Sulamita 170-171
 Sun Yat Sen 370
 Superman 424
 Tagore, Rabindranath 198, 205-206, 265
 Tallone, Alberto 411
 Tallone, Bianca 411
 Tamayo, Rufino 402
 Tantamount, Lucía (ver Cunard, Nancy)
 Tapia, Astolfo 360
 Tapia, César 296
 Tasso 350
 Tchernigov, Anatoli 20
 Teitelboim, Claudio 393, 507
 Teitelboim, Marina 456-457, 463-464, 471
 Teitelboim, Eliana Farías de 399, 424, 456-457, 463-464, 471
 Tello, Arturo 386

- Terusa 74-75, 77-78, 80-88, 97, 99, 112, 151, 206, 376
 Thaelmann, Ernst 267
 Thayer, Silvia 125-126
 Theodorakis, Mikis 504
 Tijonov, Nicolai 336
 Tobalaba 414
 Togliatti, Palmiro 262
 Tolstoi, León 41
 Tomic, Radomiro 280, 439, 496
 Toral, Mario 444-445
 Tornú de Rojas, Sara 173, 175, 489
 Torre Nilsson, Leopoldo 427
 Torrealba, Ernesto 37, 41, 336
 Torres Rioseco, Arturo 119
 Traven, Bruno 460
 Trigo, Felipe 37
 Triolet, Elsa 190, 249-251, 327
 Tristan, Flora 397
 Troy, Virginia (ver Cunard, Nancy)
 Trujillo 258
 Truman, Harry 299, 304
 Tupolev 475
 Turguenev, Iván 400
 Turner de Jara, Joan 500
 Tybaldo 420
 Tzara, Tristan 225
- Ugalde, Pedro León 52, 160
 Ugarte, Eduardo 258
 Uhse, Bodo 258
 Ulises 506
 Umaña Bernal, José 271
 Unamuno, Miguel de 53-54, 68, 94, 192, 203, 212, 496
 Ungaretti, Giuseppe 203
 Uribe, Armando 68
 Uribe, María de la Luz 68
 Urrutia, Ángela 508
 Urrutia, Matilde 12, 14, 19, 75, 131, 164, 188, 344, 346, 349, 353, 356, 357, 359, 369, 380-381, 385-386, 389-390, 393-395, 398-403, 410, 424-425, 427, 431, 435-436, 441, 448-450, 453, 456, 460, 462-465, 468, 470-471, 483-484, 486-496, 498, 502-509
 Urrutia, Práxedes 414
- Valdés, Luis 359
 Valdivia, Pedro de 54
 Valencia, Gerardo 271
 Valencia, Guillermo 298
 Valente, Julio 54
 Valentino, Rodolfo 43, 67
 Valenzi, Maurizio 504
 Valéry, Paul 298
 Valin, Ninon 187
 Valjean, Jean 37
 Valle, Juvencio 28-31, 37, 233, 386, 493
 Valle, Rosamel del 65, 207
 Valle Inclán, Ramón del 175, 298
 Vallejo, César 155, 179, 221, 229, 234, 265, 383, 475
 Varas, José Miguel 402, 432
 Varela, Alfredo 326-328, 354
 Varela, Lorenzo 258
 Vargas, Getulio 268
 Vargas Salazar, doctor 490
 Vargas Vila, José María 37
 Vasallo, Carlos 357, 424
 Vasallo, Carmen 424
 Vasconcelos, José 121
 Vásquez, Teresa (ver Terusa)
 Veas, Ángel 331
 Vega, Garcilaso de la 205, 320
 Vega, Lope de 23, 202, 209, 372, 427
 Velasco, Francisco 395
 Velasco Ibarra, José María 333
 Velásquez, Diego 175
 Venturelli, José 296, 324-325, 504
 Verísimo, fray 382
 Vergara, Anamaría 423
 Verlaine, Paul 38, 271, 372
 Verne, Julio 37, 280
 Vial, Sara 389, 396, 414
 Viaux, Roberto 440, 448, 476
 Victoria, Reina 152, 226
 Vicuña Fuentes, Carlos 120, 160, 164, 233, 360
 Vidal, Virginia 496
 Vidali, Vittorio 262
 Videla Pineda, Alfredo 95
 Vilarín, Cástor 164
 Villamediana, conde de 211, 268, 372
 Villon, François 58
 Virgilio 13, 67
 Vitti, Mónica 504
 Vitorini, Elio 327
 Vivanco, Luis Felipe 177, 195
 Viveash, Myra (ver Cunard, Nancy)
 Volonté, Gian María 504

Wagner, Richard 188
Walker Larraín, Horacio 289-290
Wallace, Henry 340
Wassilewska, Wanda 328
Waugh, Evelyn 226
Weiner, Judith 233, 340
Wells, George Herbert 215
Wendt, Leonel 149
Werneck 367
Werther 341
Whitman, Walt 119, 150, 265, 364, 366,
389, 431, 433, 469, 476
Wilde, Oscar 226
Wilson, Blanca 73
Winter, Augusto 97, 114
Winter, doctor 212
Wong, Federico 479
Wiracocha 273

Xirau, Joaquín 265
Xirgú, Margarita 213
Yáñez, Álvaro 160
Yáñez, Eliodoro, 160
Yeats, W.B. 203
Yegulev, Sachka 49, 59, 108
Yin Yin 346
Yurkievich, Saúl 391
Zalamea, Jorge 271
Zañartu, Enrique 402
Zola, Emilio 307
Zorrilla, Américo 324-325
Zweig, Arnold 327
Zweig, Stephan 346

Pablo Neruda fue un inmejorable narrador de sí mismo. Tal vez por eso muy pocos se atrevieron a escribir su biografía. Volodia Teitelboim es probablemente el más autorizado para ello. Gran estudioso de la obra nerudiana, la analizó a fondo en numerosos artículos y ensayos. Fue su íntimo amigo durante casi cuarenta años. La existencia de ambos estuvo signada por idénticos amores: la literatura y la vida, convirtiéndolos en actores de primera fila de la historia intelectual y política chilena. Su oficio de narrador y periodista le permitió tomar distancia sin que el cariño e identidad de utopías le nublaran el relato.

"Neruda vivirá mientras viva su poesía, y no necesitaba confesar que había vivido porque eso era un secreto a voces", dice el autor respecto al personaje central de esta insuperable biografía, corregida y completada con "De vuelta a casa", emotivo recuerdo del definitivo descanso del poeta en su residencia de Isla Negra.



Neruda

VOLODIA TEITELBOIM

¿Y quién fue Neruda?

"Si quieren saberlo, pregúntenlo a su poesía. En definitiva ¿quién es, de dónde viene? *Soy de las viñas negras de Parral, del agua de Temuco, de la tierra delgada, soy y estoy.* Es el que fue y el que será. Un hombre que está en la cima del promontorio mirando al mar."

Así concluye Volodia Teitelboim la más completa, amena y compenetrada biografía que se haya escrito sobre el poeta.

ISSN 956-262-041-7



9 789562 620413